



SEMANARIO

DE LAS

SEÑORITAS MEXICANAS

EDUCACION CIENTIFICA, MORAL Y LITERARIA
DEL BELLO SEXO.

TOMO 2.

MEXICO, 1843.

IMPRESA DE VICENTE G. TORRES.

Calle del Espiritu Santo n.º 2.



ABRIL 27 DE 1841

RELIGION.

PENSAMIENTOS DE PASCAL SOBRE SU ESTUDIO.

LA inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto y que nos toca tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para tener ó mostrar indiferencia encunto á la realidad de este dogma. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos deben tomar distinto rumbo siempre que estemos bien persuadidos de que hay bienes eternos que esperar, y es imposible marchar con buen sentido y con juicio, sin arreglar nuestra conducta á este punto de vista, que debe ser nuestro primer objeto.

Nuestro primer interés por consiguiente y nuestro primer deber es ilustrarnos sobre una materia de que depende nuestro modo de proceder y esta es la razon porque se encuentra una estrema diferencia entre las personas que procuran instruirse con todo esfuerzo y las que viven sin tomarse el trabajo de pensar.

Yo no puedo menos de compadecerme de los que dudan de la inmortalidad y que miran esta duda como la última de las desgracias, sin procurar salir de ella y sin hacer de su investigacion la principal y mas seria de sus ocupaciones. Pero considero de muy distinto modo á los que pasan su vida sin pensar en el último fin de ella, y que por la única razon de no encontrar en sí mismos luces que les persuadan de la inmortalidad, no procuran cerciorarse, ni examinar á fondo, si su existencia es una de aquellas opiniones que el pueblo recibe por una crédula sencillez ó de aquellas, que aunque obscuras en sí mismas, no por eso dejan de estrivar en fundamentos muy

sólidos. Esta negligencia en un negocio, en que se trata de ellos mismos, de su eternidad y de su mas grande interés, me irrita mas que me entenece; me espanta, me amedrenta y es para mí la mayor monstruosidad. Al decir esto no atiendo á un celo piadoso ó á una devocion espiritual, pretendo por el contrario que el amor propio, que el interés humano y que la mas simple luz de la razon debe darnos estos sentimientos, y que para ver esta necesidad, no se necesita examinarla, sino del modo que pueden verla las personas menos ilustradas.

No es preciso tener una alma muy elevada para comprender: que en la vida jamás hay satisfaccion verdadera y sólida: que todos nuestros placeres no son sino vanidad: que nuestros males son infinitos y que en fin, la muerte que nos amenaza á cada instante, debe ponernos dentro de pocos años y acaso dentro de pocos dias en un estado eterno de felicidad, de desgracia ó de aniquilamiento. Entre nosotros y el cielo, el infierno ó la nada no existe pues, sino la vida, que es la cosa mas frágil del mundo; y no habiendo cielo ciertamente para aquellos que dudan si su alma es inmortal, no pueden aguardar otra cosa que el infierno ó la nada.

No hay verdad mas positiva que esta; pero tampoco puede haberla mas terrible. Por mas valientes que queramos hacernos, este es el fin que debe esperar la vida mas hermosa del mundo.

En vano procuran algunos distraer su pensamiento de esa eternidad que les aguarda, como si pudieran destruirla con no pensar en ella. Ella subsiste á su pesar, ella se avanza y la muerte que debe abrirle la puerta, los pondrá infaliblemente dentro de poco tiempo en la horrible necesidad, ó de ser infelices ó de verse aniquilados eternamente.

He aquí una duda de las mas terribles consecuencias,

que ya es seguramente un gran mal el hecho solo de estar en duda, y que demuestra por lo mismo el indispensable deber de investigar si existe ó no. Así quien duda y no procura saber la realidad, es tan injusto contra sí mismo como desgraciado. ¿Pues qué dirémos de aquel, que tranquilo y satisfecho hace profesion de dudar, y hace vanidad de permanecer en ese estado, que forma el objeto de su gozo y de su vanidad? Yo no encuentro términos para calificar una criatura tan estravagante. ¿Pero se pueden comprender semejantes sentimientos? ¿Qué motivo de gozo puede imaginarse en no aguardar sino miserias sin recurso? ¿Cómo puede ser objeto de vanidad, verse siempre en medio de obscuridades impenetrables? ¿Ni qué consuelo puede proporcionar, el no aguardar nunca un consolador?

Semejante reposo en esa ignorancia es la cosa mas monstruosa, y es preciso hacer sentir la estravagancia y la estupidéz de aquellos que pasan en ella su vida, representándoles lo que sucede en su interior para confundirlos á la vista de su locura. He aquí como discurren los hombres cuando se resuelven á vivir en la ignorancia de lo que son, sin procurar ilustrar sus ideas.

«Yo no sé quien me ha puesto en el mundo, ni lo que es el mundo, ni aun lo que soy yo mismo: me hallo en una ignorancia terrible de todo esto. Ignoro lo que es mi cuerpo, mis sentidos, mi alma y aquella parte de mí todo que piensa lo que digo y que reflexiona sobre lo que no conozco. Yo veo esos vastos espacios del Universo que me rodean, y me encuentro en un rincon de ellos, sin saber por qué estoy colocado en él, mas bien que en cualquiera otro, ni por qué razon, este corto tiempo que se me ha dado para vivir, se me ha designado en este punto de la eternidad que me ha precedido y que debe seguirme.

Yo no veo por todas partes sino infinitudes, que me absorven como un átomo y como una sombra, que dura un instante para jamás volver. Todo lo que yo conozco es: que debo morir bien pronto; pero lo que mas ignoro es esa muerte misma, que no sabria evitar."

«Como yo no sé de donde vengo, ignoro tambien á donde voy, y solamente sé: que saliendo de este mundo caeré para siempre, ó en la nada ó en las manos de un Dios irritado, sin saber á cual de estas dos condiciones estaré destinado eternamente. He aquí mi estado lleno de miserias, debilidad y obscuridad. De todo concluyo: que debo pasar todos los dias de mi vida sin rastrear lo que ha de sucederme y que debo seguir mis inclinaciones, sin reflexion, ni inquietud, haciendo todo lo necesario para caer en la desgracia eterna, si son verdaderos los dogmas de la religion. Podria acaso encontrar alguna aclaracion en mis dudas; pero no quiero tomarme esa pena, ni dar un paso para resolverlas: antes bien tratando con menosprecio á los que se toman este cuidado, yo quiero llegar sin prevencion alguna y sin temor, hasta el momento en que se verifique este acaecimiento y dejarme conducir blandamente á la muerte en la incertidumbre de la eternidad y de mi condicion futura."

Es muy glorioso á la verdad para la religion tener por enemigos hombres tan sin razon y cuya oposicion le es tan poco peligrosa, que sirve por el contrario al establecimiento de las principales verdades, que nos enseña. Porque la fé cristiana no se dirige principalmente sino á establecer estos dos principios, la corrupcion de la naturaleza y la redencion de Jesucristo. Ahora bien, si semejantes personas no sirven para demostrar la verdad de la redencion por la santidad de sus costumbres, sirven al

menos maravillosamente, para probar la corrupcion de la naturaleza por sus sentimientos desnaturalizados.

Nada hay mas importante para el hombre que su estado, ni nada mas dudoso que su suerte en la eternidad. Así es que si se encuentran personas indiferentes á la pérdida de su existencia ó al peligro de una eternidad llena de miseria, esto no es natural; porque ellas no son indiferentes á otras muchas cosas: temen y prevenen aun los mas pequeños peligros y sienten las menores desgracias: aun esa misma persona que pasa los dias y las noches en la rábia y la desesperacion por la pérdida de un cargo ó de una persona amada ó por cualquiera ofensa imaginaria á su honor, es la misma que va á perderlo todo por la muerte, y que cree morir sin embargo, sin inquietud, sin turbacion ni emociones. Esta estraña insensibilidad con las cosas mas terribles en un corazon tan sensible aun á las mas ligeras, es una cosa monstruosa, es un encanto incomprendible, es un letargo sobrenatural.

Un hombre en un calabozo no sabiendo si su sentencia de muerte se ha dado, no teniendo mas que una hora para averiguarlo, y siendo esta hora tiempo suficiente para que sabiendo que estaba dada, pudiese hacerla revocar, seria contra la naturaleza que en vez de emplearla en informarse, si verdaderamente estaba sentenciado á morir, solo la ocupase en jugar y divertirse. Pues tal es el estado en que se encuentran todas esas personas, con la diferencia, que los males de que se hallan amenazadas, son sin comparacion mucho mayores, que la simple pérdida de la vida y el suplicio pasajero, á que estaba condenado aquel preso. Sin embargo, tales incrédulos corren sin dilacion al precipicio despues de haberse arrancado de sus ojos la venda, que les impedia verlo, y aun se burlan de los que se lo hacen advertir.

De esta manera no solo el zelo de los que buscan á Dios prueba la verdadera religion, sino tambien la seguedad de los que no lo buscan y que viven en tan horrible negligencia. Es preciso que haya un extraño trastorno en la naturaleza del hombre para vivir en ese estado y todavia mayor para tener vanidad de continuar en él. Porque aun cuando ellos tuviesen una certidumbre entera, de que nada tenian que temer despues de la muerte, sino volver á la nada, ¿no sería este mas bien un motivo de desesperacion, que de vanidad? ¿Y no es por consiguiente una locura inconcebible, no estando asegurados de ello gloriarse de estar en esa duda?

Ni es menos cierto que el hombre está tan desnaturalizado cuando puede nutrir en su corazon la semilla de una alegría de esta especie. Ese reposo brutal, entre el temor del infierno y de la nada, parece tan bello que no solo aquellos que están en esa duda desgraciada se glorian de tenerla, sino que aun los que creen conceptúan glorioso fingir que no tienen tal creencia. Porque la esperiencia nos ha hecho ver que la mayor parte de aquellas personas que se encuentran en esta segunda clase, son gentes, que se engañan á sí mismas, que no son lo que quieren parecer, y que solo se muestran tales por remedar los modales del mundo y por el prurito de imitar á otros, ó de que se les llame hombres de espíritu (*).

Pero aun cuando ellos tengan tan poco sentido común,

(*) *Pensar poco, hablar de todo, no habitar sino fuera de su alma y no cultivar sino la superficie de su espíritu, espresarse felizmente, tener una conversacion ligera y delicada, saber agradar sin darse á estumar, haber nacido con el talento equívoco de una concepcion pronta y creerse superior á la reflexion, volar de unos en otros*

no será difícil hacerles entender cuanto se equivocan, creyendo por este medio adquirir estimacion ó aura popular. No es el modo de adquirirla, ni aun entre las personas de mundo, que saben juzgar de las cosas, y que no ignoran que el único para hacerse estimable una persona es el de parecer honesta, fiel, juiciosa, y capaz de servir útilmente á su familia y á sus amigos; porque tanto el hombre como la muger no aman naturalmente sino aquello que puede serles útil. ¿Y qué ventaja puede resultar á nadie de oír decir á un hombre: que ha sacudido el yugo de la religion: que no cree que haya un Dios que vela sobre sus acciones: que se considera como el árbitro absoluto de su conducta, y que opina no tiene que dar cuenta á otro que á sí mismo de sus operaciones? ¿Se atreveria á pensar acaso haber adquirido por esto se tuviese confianza en él, ó que alguno esperase recibir de él consuelos, consejos y socorros en las necesidades de la vida? ¿O juzgaria que los que no pensamos de un modo tan miserable, tendríamos gusto en que nos dijera: que él dudaba, si nuestra alma no era mas que un poco de viento ó de humo, y que nos los asegurase con tono satisfecho y gozoso? Este es un asunto que parece no puede tratarse sino con burla; pero por el contrario, es la cosa mas triste del mundo.

Si semejantes incrédulos pensasen seriamente, verian que sus ideas son tan chocantes, tan contrarias al buen sentido, tan opuestas á la honradez y tan distantes de ese buen tono á que aspiran, que nada hay mas capaz de atraer-

objetos, sin profundizar ninguno, deshojar rápidamente todas las flores y no dar jamás tiempo á los frutos, para que lleguen á su madurez, es una débil pintura de lo que ha querido honrarse en nuestro siglo con el débil nombre de espíritu.—(D'Aguesseau.)

les el desprecio y la aversion, de todo hombre sensato y de toda señora bien educada, haciéndolos pasar por último, por las personas mas escasas de talento y de juicio. En efecto, si tuviesen que dar cuenta de sus sentimientos y que manifestar las razones en que se fundan para dudar de la religion, dirian cosas tan débiles y miserables, que mas bien persuadirian lo contrario. Que era lo que oí decir cierta vez muy á propósito á una persona: «si V. continúa en discurrir de esa suerte, en verdad que me convertirá.» Y tenia razon; porque seria horroroso adoptar sentimientos, en que solo se tuviese por compañeros personas tan despreciables.

Así es que aquellos que fingen dudar ó adoptar tales errores son muy desgraciados en contradecir sus sentimientos natureles para hacerse los mas impertinentes de los hombres. Si ellos están enfadados en el fondo de su corazon; porque no tienen bastantes luces para vislumbrar el dogma de la inmortalidad, que no lo disimulen. Semejante declaracion no puede ser vergonzosa: nada hay de vergüenza donde no puede haberla, ni nada descubre mas una estraña debilidad de espíritu, que el no conocer la desgracia que arrastra un hombre sin Dios. Nada denota mas un corazon bajo que no apetecer la verdad de las promesas eternas. Nada es mas vil que hacerse el valiente contra Dios. ¡Que dejen pues los incrédulos sus impiedades para aquellas almas infelices, que únicamente son capaces de alimentar tales errores: que sean al menos gentes honradas, ya que no pueden ser cristianos, y que reconozcan finalmente, que no hay sino dos clases de personas, que puedan apelar á la racionalidad: las que sirven á Dios con todo su corazon, porque le conocen, ó las que le buscan de todo corazon, porque no le conocen todavia!

[Traducido para el Semanario por I. G.]

BOTÁNICA.

HA comenzado ya la estacion de la agradable primavera, y no habiéndonos ocupado de la ciencia de las flores desde el número 11, página 249 del tomo anterior, parece que es el tiempo mas adecuado para continuar las lecciones de este precioso ramo de la Historia natural; porque en efecto, cuán poco interés puede proporcionar esta bella estacion á nuestras amables suscriptoras que ó se disponen á lo que se llama en México mudar de temperamento ó están ya en él, si sus delicias campestres solo se reducen á la observacion de los sitios pintorescos. La pintura de paisaje si bien agradable y risueña, obliga á quien se dedica á ella á viajar sin cesar para encontrar un punto de vista, que presente algo de novedad y de interés, y las campiñas no pueden ofrecer con facilidad esta satisfaccion á las señoritas, que vuelven invariablemente cada año al mismo pueblo, á la misma casa de campo ó á la propia hacienda durante la misma temporada, y que por consiguiente saben con anterioridad el aspecto que les presentará la naturaleza á tal hora del dia ó en tal posicion del sol en la eclíptica durante sus acostumbrados paseos anuales. Si fatigada la vista del brillante espectáculo de la naturaleza en globo encuentra un instante de reposo en la contemplacion de un horizonte sin límites, de un cielo puro y de algunos árboles verdes, tal sensacion repetida debe producir muy pronto la monotonía y esta acarrear el disgusto. Es preciso pues decender del conjunto á los pormenores; ahora bien. «Las plantas, en concepto de Rosseau parecen haber sido sembradas con tan maravillosa profusion sobre la tierra para invitar al racional por medio del atractivo del placer y de la curiosidad al estudio

de la naturaleza; y ella parece nos indica pasando de una yerba á otra y de una á otra planta el gusto de examinarlas, de comparar sus diversos caractéres, de marcar sus relaciones y diferencias, en fin, de observar la organizacion vegetal de un modo que podamos seguir su marcha, y el juego de las máquinas vivientes, investigando á veces con feliz éxito sus leyes generales, la razon y el fin de sus diversas estructuras y de entregarnos al encanto de la admiracion reconocida hácia la mano, que nos hace gozar de todos estos placeres."

De esta manera con solo dirigir la vista á todo lo que os rodea en el campo no tendreis que temer el disgusto y el fastidio. Ya os encontreis en el recinto de vuestro jardín, ya en la espaciosa huerta, ó ya corriendo por las montañas, los bosques y las llanuras, no habrá objeto alguno de la admirable vegetacion de nuestro fertilísimo pais, que no deseis explorar y que no os ofrezca en efecto mucho de desconocido y de maravilloso que descubrir.

Pero yo melisongéo, misamiables lectoras, de que me dispensaréis el tono magistral que voy tomando, sin otro derecho que mi deseo de ser vuestro profesor en los elementos botánicos; pero habiendos manifestado al hablar por primera vez de la botánica mi oposicion al uso de los términos desconocidos, de que los sábios han rodeado el estudio de esta ciencia hasta denominarle el language botánico, temereis acaso vaya á atronar vuestros delicados oídos un diccionario entero de voces técnicas sacadas la mayor parte del griego tan difíciles de comprender como de retener en la memoria. Sosegaos lectoras mías, que si mi plan os agrada, él está concebido de manera, que no tendreis que aprender ningun nuevo idioma para comprender las obras de Dios. Yo quiero que podais decir con el ermitaño de





La Jardinera.

del casto de la Reina n.º 1

Montmorency en los *delirios de un paseador solitario*: «Atrahido por los risueños objetos que me rodean, los considero, los contemplo, los comparo y aprendo en fin á clasificarlos y heme aquí de un golpe tan botánico como tiene necesidad de serlo, el que no quiere estudiar la naturaleza, sino para encontrar incesantemente en ella nuevas razones para amar á su autor.»

Para no teneros suspensas por mas tiempo, mis amables lectoras, voy á descubrir os mi plan en toda su estension. Me he propuesto emplear de vez en cuando una ó dos horas de paseo por la mañana cuando el sol se levante, que será seguramente antes que el mayor número de mis lectoras, y acompañado de una florista, que para que no sea tan imaginaria podeis figurárosla semejante á la de la litografía que va al principio de este artículo, la que apoyada de mi brazo con su grande sombrero y su canasta al canto, viene á saludar con migo á los nuevos huéspedes, que la estacion florida nos ofrece, y que armada de un alfiler ó de una horquilla entre-abre una flor y separa sus hojas para penetrar lo íntimo de las plantas. Despues de haber examinado ambos su belleza y su conjunto, pasaremos á su íntima estructura, maravillándonos siempre por conclusion y persuadiéndonos mas y mas, de que el Criador del Universo ha estendido su mano protectora tanto sobre la humilde planta que rastrea al pie de la roca, como sobre el hombre, Rey y Señor de la tierra.

Primer paseo en una huerta de S. Agustin de las Cuevas.

ORGANOS CONSERVADORES.—RAICES.

El Editor.—Este maravilloso tapiz que se estiende á nuestros pies y que todavía no es para V. señorita, sino un césped blando, vá bien pronto á ofrecerle un mundo nuevo de observaciones.

La Florista.—Ya comprendo. V. como Bernardino de San Pedro en su Pablo y Virginia va á hacerme la enumeracion y clasificacion de las moscas, que vuelan al derredor de esas hojillas, de las avejas que sacan la miel de esas flores y de los gusanos que se arrastran por sus raices.

Editor.—No señorita, dejen para otra vez hablar de los insectos que rodean las plantas y de los animales sin número que animan un paisaje. Por hoy quiero únicamente descubrir á V. el reino vegetal, es decir, ese inmenso número de seres, que segun Lineo crecen, viven....

Florista.—Y á quienes rehusa la facultad de sentir. A pesar de mi ignorancia en la Historia Natural, ya sabia yo esa definicion, y os confieso que era una de las causas de mi repugnancia al estudio de la botánica; porque no puedo encontrar interés, en estudiar unos seres tan fatalmente adheridos á la tierra, á quienes no dirige instinto alguno y cuyo modo de existir es tan miserable, que su nombre solo sirve para espresar el último grado de la desgracia.

Editor.—No ignoro de dónde proceden esas ideas. V. sabe señorita, que los minerales crecen, que las plantas crecen y viven y que los animales crecen, viven y sienten. Ya ha leído V. en el número 9 del Semanario de las Señoritas, página 187 y siguientes, que los cuerpos se dividen en orgánicos é inorgánicos, siendo estos últimos los minerales; y quiere establecer una comparacion entre el vegetal y el animal; pero si toma V. por objeto de sus observaciones en este al pintado chupamirto, y á la laboriosa araña con el águila de Chiapas ó con el colosal elefante, encontrará entre estos objetos un vacío tan grande y una distancia tan inmensa, que caerá en un abismo, en que se pierda su imaginacion; mas si V. deciende en la

escala animal hasta el punto que forma el suave limite de los dos reinos, y si compara, como se dice en el lugar citado, un pólipo con la planta llamada sensitiva, y vé al vegetal moverse esteriormente, y que al tocar sus hojas se encogen con tanta rapidez como los tentáculos del pólipo, y si por último reflexiona sobre el estado de sopor y letargo, en que se encuentran los insectos encerrados en su crisálida, no hallará tanta diferencia, ni en la que hay, tal motivo de desprecio. Creame V. señorita, es preciso conocer los objetos, para juzgar bien de ellos; nuestras preocupaciones no tienen otra cuna que la ignorancia.

Florista.—A V. toca disipar la mia, y es empresa demasiado grandiosa la que ha tomado sobre sí. Porque ¿quién al ver esta hermosa huerta, en que hay tantos y tan diversos árboles, cuyos solos nombres pueden desafiar para retenerlos á la memoria mas ejercitada, se atreveria á ofrecerme, que no solo conservaré sus nombres, sino tambien sus diversos caracteres y aun la nomenclatura y destino de muchas de sus partes?

Editor.—Pues para lograrlo señorita, comencémos ordenando nuestros estudios, pues que solo el método, que demos á ellos, podrá hacer útiles nuestros paseos, clasificándolos en la memoria, sin sobrecargarla. Si examinamos este castaño, cuyas hojas comienzan á estenderse, notaremos en él órganos muy fáciles de distinguir: su tallo robusto y vigoroso es lo primero que llama la atencion, siguen las ramas de que está adornado, continúan las hojas y rematan las flores, que sirven de apéndice para acabar de decorarlo; á nuestros pies serpean esas enormes raices que van á perderse en el suelo, sirviendo para fijar el árbol y proporcionarle una parte de los jugos que lo alimentan, suponed pues, que este castaño nos sirve de tipo ó modelo

para buscar despues en las otras plantas los órganos análogos á los que vemos en él; y si no los encontramos en ellas, notaremos las semejanzas ó diferencias que presentan con el modelo adoptado; si faltan, investigaremos la causa de su ausencia, y averiguaremos el origen de donde procede, que no estén conformes con el modelo. Estas mismas diferencias establecerán á su vez las semejanzas con otros vegetales, y de aquí resultarán las clasificaciones por grupos naturales, por medio de las relaciones que las plantas tienen entre sí, que constituyen las afinidades botánicas. Sentémonos entre tanto bajo estos árboles gigantescos; su sombra protectora ha resguardado de los rigores del invierno pasado á las plantas que los rodean, así es que la yerva que besa sus plantas está mas frondosa, la flor de primavera anticipa su delicada corola, el renúnculo florece no léjos de la fresa y del jacinto á quienes parece que protege bajo sus estendidos brazos. Comencémos. Los vegetales en general se componen de dos partes: la una brillante de verdura se eleva hácia la atmósfera, la otra desprovista de brillantez se esconde en la tierra para cumplir secretamente sus funciones; la primera es el tallo, la segunda la raiz. Se puede considerar como una señal característica de la raiz la disposicion que tiene, para evitar la claridad del dia y para buscar las obscuras sombras: como una consecueucia natural de esta propension puede agregarse lo descolorido de su tegido que no presenta jamás el color verde, y que no ofrece sino á veces un tinte rojo ó ferruginoso. La raiz sirve para fijar la planta al suelo y proporcionarle el alimento de que necesita, y no hay obstáculo que no sobrepuje para lograr su objeto, atraviesa y taladra las paredes, y aun rompe y se introduce por las rocas. La raiz por consiguiente es uno

de los órganos mas esenciales de la planta, y no puede cortarse sin poner en mayor ó menor riesgo la vida del vegetal. Sin embargo, en algunas plantas cuyas hojas son espesas y carnosas así como su tallo, y que toman su nutrición del aire, las raíces son tan débiles y fibrosas que parece no tienen otro objeto, que el de fijar la planta al suelo; así es que se ven vegetales de algunas especies sobre las paredes, sobre las rocas y en los terrenos mas áridos. Notad por ejemplo, aquel crecido nopal sobre la corniza de piedra de aquellas ruinas. Pero en las plantas cuyo tegido es seco y poco grueso, por el contrario el objeto principal de las raíces es su nutrición. Casi todas las partes del vegetal pueden en ciertas circunstancias producir raíces, así las estacas y ramos de los árboles producen una nueva planta, y aun se puede sembrar un tronco con las hojas bajo la tierra y las raíces, al aire las que al cabo de algun tiempo reemplazan las funciones propias de su organización.

Florista.—He aquí un fenómeno curioso que muestra hasta qué punto domina el hombre la creación y los seres que le están sometidos.

Editor.—La naturaleza ya les habia enseñado antes y la observacion les indicó este procedimiento. Mirad de nuevo aquel nopal y advertiréis: que de sus ramas descenden largos filamentos que tocando al suelo se implantan en él, formando como unos arcos de verdura. A dos se reducen las disposiciones principales de la forma de las raíces, la ramosa y la sencilla: la primera es la que veis en este castaño, la segunda la del betavel, sanahoria, la chirivía &c.; pero á mas de estas encontraremos falsas raíces de tres órdenes diferentes: 1.^o Algunas cañas rastre-
ras que son como tallos subterráneos organizados como los tallos que están al aire, aunque colocados á media os-

curidad, como la grana, los iris y violetas. 2.^a Los tubérculos, cuyo tegido está enriquecido de fécula, como las orchias, la dahalia y la papa, y todos los botones ó yemas susceptibles de dar nacimiento á nuevos tallos. 3.^a Los bulbos que crecen debajo de las raíces de ciertas plantas y que son el resultado de la espesura de las primeras hojillas, que se cubren unas á otras y se embainan todas al modo que el tallo. Las cañas y los tubérculos son tallos estraviados; el bulbo es un verdadero boton prolífero, es decir proporcionado para reproducir no solo la planta sino otros botones semejantes á él.

La duración de la vida de los vegetales está subordinada á la de las raíces: la existencia de estas está limitada unas veces á un año, otras á dos ó mas y en algunas se prolonga casi sin límites, tomando de aquí la denominacion de anuales, bisanuales, vivaces y leñosas; pero los climas tienen gran influencia sobre el desarrollo y longevidad de las plantas.

Florista. Yo deduzco de esto que el botánico que quisiera emitir su opinion sobre la naturaleza y duracion de un vegetal, podria equivocarse por los accidentes y circunstancias acaecidas en su crecimiento.

Editor. La fisiología nos pone al abrigo de semejantes errores, haciéndonos por el contrario sacar todo el partido posible de una planta puesta en tales circunstancias mas ó menos favorables. Bernardino de San Pedro abrió á los naturalistas un nuevo camino indicando las armonías de las plantas con los diversos agentes que se encuentran en relacion con ellas; así por ejemplo la inspeccion del suelo de un pais puede hacer designar de antemano las raíces que se encontrarán en él: sobre las montañas batidas por los vientos, las raíces fibrosas, duras y leñosas estarán ácidas á las quebraduras de las rocas para sostenerse contra la violencia de los huracanes; en las tierras fuertes y profundas las raíces perpendiculares irán á buscar su nutrición, mientras que las rastreras lo harán por las primeras capas de un suelo compacto; en los terrenos blandos se ensancharán los bulbos, á la vez que en los húmedos las raíces se subdividirán hasta lo infinito, y la ciencia, que no es una fútil enumeracion de las diferencias, que pueden presentar ciertos órganos en la serie vegetal, mostrará en sus modificaciones el resultado de aquella prevision, que sabe adaptar cada objeto al fin á que está destinado..... Pero insensiblemente nos hemos detenido demasiado, y por último solo os diré que las raíces ofrecen al hombre y á los animales numerosos recursos de alimento, así como inmensos servicios á la medicina. Ellas tienen por último en su variada forma demasiado interés para el filósofo: segun Kircher los chinos formaron las letras de su antiguo alfabeto por las formas de las raíces.—*I. G.*

u-
o-
es
os.
cas
ri-
an
os
on
lo

la
gu-
is-
ro-

so-
y

or
n-

in
se

in
re

i-

a-
cu

n
o.

il

s-

a-

o



WALS DE LOS LAMENTOS.

Compuesto por la S.^{ta} D.^{ca} Maria de Jesus Zepeda.

Allegretto loco.

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower in bass clef. The key signature has two flats (B-flat and E-flat), and the time signature is 3/8. The music begins with a piano (*p*) dynamic. The upper staff features a melodic line with eighth and sixteenth notes, while the lower staff provides a harmonic accompaniment with chords and eighth notes. A fortissimo (*ff*) dynamic marking appears in the middle of the system, followed by a return to piano (*p*).

The second system continues the piece. It features a melodic line in the upper staff with slurs and a piano (*p*) dynamic. The lower staff continues the accompaniment with a steady eighth-note pattern. The system concludes with a repeat sign in the upper staff.

The third system shows the continuation of the melody and accompaniment. It includes a fortissimo (*ff*) dynamic marking and a *Fin* marking in the upper staff, indicating the end of a section. The piano (*p*) dynamic is also present. The lower staff continues with its accompaniment.

The fourth system begins with a *Dolcissimo* dynamic marking. The upper staff features a melodic line with slurs and a piano (*p*) dynamic. The lower staff continues the accompaniment. The system concludes with a repeat sign in the upper staff.

The fifth system is the final one on the page. It features a melodic line in the upper staff with slurs and a piano (*p*) dynamic. The lower staff continues the accompaniment. The system concludes with a *DC.* (Da Capo) marking in the upper staff, indicating a repeat of the beginning of the piece.

LA MÚSICA.

La música es de todos tiempos, y existe en todo y en todas partes. El ruido del trueno y del mar, el murmullo de los arroyos, el que forman los árboles sacudidos por el viento, el movimiento en fin de los mismos cuerpos celestes son música en la gran escala de la naturaleza, que tiene al espacio por estension, al tiempo por medida, y á los mundos por instrumentos.

La música fué venerada desde la mas remota antigüedad: era el arte por escelencia y la ciencia de los sacerdotes y sábios. Construía las ciudades con Anfiön y las destruía con Josué. Presidia á las festividades religiosas y á los juegos del circo; á la guerra y á las asambleas pacíficas; al foro y al hogar doméstico. En CANTICO entonaba la música las alabanzas de los Dioses; en HIMNO las virtudes y proezas de los héroes; en ODA, los placeres de la vida doméstica y las labores del campo.

La música, cubierta de velos y llena de misterios, fué considerada en su origen como hija del cielo, y cada nacion de las antiguas tenia alguna historia particular sobre su descubrimiento, atribuyéndolo unas á Hermes, otras á Orfeo y otras á Tubalcain. Como quiera que sea, es muy probable que las primeras pasiones y los fenómenos de la naturaleza diesen origen á la música (1), y que no existiendo todavía dialecto alguno organizado, espresasen los hombres sus sensaciones por medio de gritos y de sonidos (2).

En China, en donde se cantaba hacia mucho tiempo de este modo, hubo un sábio que notando la diferencia que

(1) *Lacépede. Poët. mus.*

(2) *Leseur.*

habia entre las armonias celestes y los ahullidos que daba el pueblo en las fiestas de la divinidad, y martirizados sus oidos con aquellos cantos salvages que abandonaban al acaso el ritmo y la entonacion, se puso á investigar las leyes músicas. No sabiendo como daria principio ni la base en que apoyarse, resolvió ir á la orilla del rio sagrado, y tomar por base los sonidos que por espacio de tres dias oyese al ponerse el sol. Para que los Dioses le fuesen propicios pasó ocho dias en oracion y partió al noveno. Habiendo llegado á la caida de la tarde cerca de una colina, se recogió aguardando á que se manifestara la voluntad de los Dioses, cuando al principiar el crepúsculo, silbando el viento en un cañaverál inmediato á él, formó el signo de *ut*. Despertóse á la mañana siguiente al gorgéo de los pajaritos, y observó que uno de ellos repetia incesantemente *ut mi*. Al tercer dia se postró á la orilla del torrente de donde nace el rio sagrado, é inclinando su oido á la tierra percibió entre los ruidos que producian las aguas del rio despeñándose en el abismo, el mismo sonido grave y fuerte acompañado de una multitud de otros que hibraban acompañando al primero y formando armonía con él. Fuera de sí de alegría se levantó el sabio para dar gracias á la Divinidad, cuando hiriendo su báculo en un trozo de roca formó el acorde perfecto. Hallada de este modo la ley, hizo la música muchos progresos y se estendió rápidamente entre los pueblos del Oriente y en las Gaulas (3).

Los caldeos tenian una gran música; trescientos sesenta músicos, cuyo número correspondia á los dias del año,

(3) Algunos historiadores antiguos aseguran que desde el año del mundo 2140 habian instituido los bardos escuelas de música en las Gaulas.

acompañaban al rey en sus paseos y en la guerra, cantando sus alabanzas y las de sus ascendientes. Bajo el reinado de los Tolomeos no era en Egipto la música solo el arte de componer y ejecutar los sonidos, sino que abrazaba la poesía, astronomía y baile. Los sacerdotes músicos eran los primeros personajes del estado, que gozaban de inmensas prerrogativas, y tenían el derecho de juzgar al rey despues de su muerte y negarle la sepultura cantando el himno de las imprecaciones. Cuatro mil levitas músicos cantaban entre los hebréos las alabanzas de Jeová en el templo de Jerusalem, acompañándose con liras, sistros, bocinas, címbalos, timbales, trompas y cien trompetas sagradas.

En Roma y en Atenas se tenia por deshonrado á quien no sabia música. Neron apreciaba mas su reputacion de músico que su cualidad de emperador.

Pero pronto los bárbaros invadieron el Oriente y Occidente. Les importaba poco el destruir los monumentos y saquear los templos; lo que ellos anhelaban era acabar con los libros, los poetas y sobre todo con los músicos: pues la esperiencia les habia enseñado que las naciones vencidas serian temibles mientras quedase algun vestigio de ellos.

Las hordas salvages tomaron esta empresa por su cuenta con espantosa actividad. Todo cuanto cantaba fué muerto; todo cuanto recordaba el antiguo esplendor de la pátria y escitaba su amor fué quemado. A los cantos de Olimpo, Terpandro, Timoteo y Tirteo sucedió una pesada salmódia; el salvage no gustaba sino de su música, y el hombre tuvo que sufrirla; y siendo bárbaro el vencedor, debia serlo tambien el vencido. San Agustin, San Gerónimo y otros padres de la iglesia habian salvado al-

gunos trozos de la melopea antigua, recogiénola de las palabras sagradas; pero despojándola la ignorancia de sus mas bellas cualidades, le hizo perder su carácter magestuoso y su hermosura antigua. El arte antiguo se aniquiló.

La música de los bárbaros no tenia ni melodía, ni ritmo, ni armonía, era una sucesion de notas como arras-tradas al acaso y sin direccion simultánea con solo la entonacion. Esta música, si tal puede llamarse un conjunto monstruoso de sonidos, duró hasta fines del siglo X. En los sucesivos dejándose conocer la necesidad de la melo-día y aumentándose el talento de los compositores y eje-cutores, las leyes músicas se hicieron claras y precisas; y en el momento en que se creia haber imitado el arte an-tiguo, se acababa de crear un arte nuevo: *el contra punto*.

La nueva ciencia música, que compuesta solamente de la armonía consonante y de jiros melódicos y armóni-cos parecia por la calma é indecision de sus formas mas análoga al misticismo católico, estuvo á pique de verse ahogada por los ribetes y adornos ridículos. Cada can-tor, ansioso de sobresalir, improvisaba notas que no es-taban en su parte, y en vez de buscar la originalidad del pensamiento y la pureza del estilo, no trataron los músi-cos sino de amontonar en sus composiciones *imitaciones, cánones y fugas* unas tras otras, contentándose con agrar-dar á la vista descuidándose enteramente del oido, y el maestro de capilla que compuso al *Canon enigmático*, el mas difícil de adivinar, fué proclamado por el mayor músico de su tiempo. Esto duró hasta el siglo XVI, en que apareciéndose Gudimel y Palestrina, y apoyándose en la verdadera entonacion, sacudieron todo aquel fár-rago escolástico, se sirvieron de la música de sus antece-sores como de medio solamente, y compusieron obras á

las que se ha podido tal vez igualar, pero jamás esceder.

Entónces se verificó en la música una revolucion asombrosa y que no tiene ejemplo en ninguno otro arte. Los trovadores de la Provenza y Picardía habian difundido hacia tiempo en Europa una música que por su melodía y armonía, su forma y estilo se diferenciaba esencialmente del contrapunto; y sea que influyese esta en los músicos italianos, sea casualidad, sea imposibilidad de sobrepujar en su estilo á los dos grandes maestros del siglo XVI, Claudio Monteverde escribió en compás de Madrigal la disonancia sin preparacion, y esta innovacion tan bella como atrevida, echó abajo toda la teoría de contrapunto, y creó el elemento de la música moderna.

En breve la música profana, hasta entónces menospreciada, tomó un rápido vuelo. Cada soberano quiso tener su música de palacio, su ópera: multiplicáronse por todas partes los conciertos y los teatros. Las cortes de Italia, España, Saboya, Inglaterra y Francia dieron en todas sus funciones intermedios de música, de los que es el mas célebre el de Enrique III en las bodas del duque de Joyeuse. Los músicos de talento abandonaron poco á poco, aun en lo eclesiástico, el contrapunto, mirado hasta entónces como el arte sagrado; y Cavalli, Lulli y Haendel prepararon entre otros con su genio la senda á Glurck, Paesiello y Mozart, y estos á los representantes del arte actual.

Este rasgo histórico de la música, tomado del Semanario pintoresco de Madrid de Febrero de 838, servirá de ampliacion á la historia de este arte encantador de que hemos hablado en las páginas 1 y 201 de nuestro tomo primero, al insertar dos composiciones mexicanas. Hoy tenemos la satisfaccion de publicar la que nos ha remitido y dedica á sus amables paisanas la Srta. D.^a Jesus Zepeda.

REMITIDO.

Señores redactores del Semanario de las Señoritas.—Durango Marzo 25 de 1841.
—Muy señores míos:—Desde que comenzó el recomendable periódico de vdes. quise tener el honor de ver en él, algun artículo mio, como humilde homenaje á las señoritas mexicanas, de quienes soy apasionado admirador. Nada hallé mejor para mi objeto que una poesia, por ser superior á mis talentos incultos cualquiera otra materia científica; y si vdes. encuentran esta digna de su Semanario, sírvanse vdes. señores editores insertarla despues de corregirla, seguros de mi eterno reconocimiento, pues así me proporcionan la ocasion de servir á las bellas mexicanas, y de repetir: para con vdes. su afectísimo y seguro servidor Q. B. SS. MM.

Pedro José Olvera.

TEMPESTAD Y MUERTE.

I.

¡CUAL brama el Aquilon!... que horror ins.
(para
La creacion toda en lobreguez envuel.
(tal...
Del caos informe verdadera imagen,
Noche de horror y de fantasmas llena,
Y de sangre, y venganzas, y esterminio
Eres cual ahora al orbe te presentas!
Densos grupos de negros nubarrones
Mas y mas cada instante el ciclo pue-
Y de los astros y la triste luna (blan,
Convierten los fulgores en tinieblas.
Bien pronto de relámpagos marcadas
Se ven de fuego momentaneas huellas,
Al fin rimbomban los fragosos truenos.
Lánzase ¡oh Dios! de la celeste esfera,
Rayos de destruccion... sigue un momento
De aparente quietud, calma funesta,
Turbada sí, por tempestad horrible
Que mientras rugen mas, muy mas aterra.
Las cataratas rómpense del cielo,
Cae el agua á torrentes so la tierra;
Entre tanto á la estancia de su amada
A pesar de la noche, y la tormenta,
Un ausente, animoso en los peligros,
Se encamina frenético por verla.
Ya llega, ya terminan sus fatigas,
¡Que esperanzas tan plácidas lo alientan!
Entra al hogar, y ¡cuál su pecho late!
¡Oh cuántas emociones lo enagenan!
¡Qué vas á hacer! ¡qué guardas! retroce.
(de,
Muy distinto es lo que hay á lo que pien.
Por no ver espectáculo tan triste (sas)
¡Infeliz, por piedad los ojos cierra!

II.

Mas ya todo lo vió, y así cual Neove
En roca convertida,
Objeto no hay que la atencion le robe
Como el de su querida.
En una estancia lúgubre y oscura
Hay un lecho de muerte:
Yace en él una célica hermosura
Pálida y casi inerte.
Delira allí la prometida esposa
Tan solo con su amante:
¡Ay! que en lugar de nupcias una foan
Le aguarda en un instante,
Adios placeres, dulces ilusiones,
¡Quien tal cosa aguardara!
Iba á unir himeneo dos corazones
Que hoy la tumba separa.
De su madre en los brazos se incorpora
La jóven moribunda;
Pero ¡qué ha visto en su postrera hora
Que en lágrimas se inunda?
¡La eternidad la habrá aterrorizado
Que se queja y suspira!
Empero no, que á Carlos ha llamado,
Y atónita le mira.
Voy á espirar, la eternidad me llama,
Le dice con ternura,
En mi pecho arderá de amor la llama,
Aun en la sepultura.
El cruel destino nos negó el consuelo
De llamarnos esposos:
Pero allá, dijo, señalando al cielo,
Serémos venturosos....
No pudo mas... quedóse adormecida,
Su cuerpo estaba yerto....
Un grito horrible resonó en seguida...
La jóven había muerto.—P. J. Olvera

MODAS.

DE un curioso boletín de la Hesperia de la semana pasada hemos tomado las siguientes indicaciones sobre las últimas modas de París y Londres. En aquellas capitales los colores mas de tono á las últimas fechas eran el de rosa bajo, el de porcelana y el matiz azul y naranjado sobre fondo blanco, haciendo el color de naranja el mismo efecto que el oro apagado sobre el raso blanco de los vestidos. En las guarniciones de estos alternan las blondas con las gazas; y tienen la forma de túnica tanto los de raso como los de terciopelo. Un cierto crespón rayado llamado á la jardinera por la inmensa multitud de florecitas de todos colores, estaba muy en boga. El gran tono era vestidos negros de blonda con flores de terciopelo azules, amarillas ó de lila. Los peinadores y trages de casa se usaban de géneros acolchados de mucho relieve y de colores oscuros, forrados de azul ó del mismo que tiene el vestido, sobre ellos se estilaban camisetas de tafetan encarnadas, azules ó verdes. Las capas de camino se ven guarnecidas por el dobladillo de abajo con una sencilla cinta de seda: las de tertulia tenían una especie de esclavina imitando los chales de cuello y en algunas semejantes á las de los dominós guarnecidas de encaje ó de piel. Habia otras capas cortas con esclavinas redondas y anchas y otras llamadas á la poloneza con esclavina puntiaguda y estrañamente guarnecida: las mas de terciopelo pardo ó de flor de granada con guarniciones de piel.

Aunque los sombreritos crecian en tamaño conservaban siempre la antigua forma de ala estrecha y recogida, y la copa baja, adornados con marabouts del mismo color que el sombrero; pero la falta de novedad en ellos se

reemplazaba con la que habia en los peinados. Listones y redesillas de oro y cintas de terciopelo lucian á porfia en los cabellos de las señoritas de buen gusto. Una puntilla de encaje cuyos extremos vienen á recogerse en la parte posterior de la cabeza prendidos con hojas de terciopelo verde, formaban el peinado de última invencion llamado *Fichú*. Otro adorno de encaje blanco ó negro, colocado sobre el rollo principal del pelo y cayendo sus cabos hasta cerca del hombro, interpolado con los bucles y las flores se llamaba *Fanchonete*. Las mangas eran muy estrechas en la parte baja del brazo y moderadamente anchas del codo á los hombros.

En México solo hay digno de notar que ha desaparecido el peinado á la mariposa, resultado fácil de preveer á quien, como nosotros haya observado al admirable consumo de botones redondos dorados que se hizo en el portal de las flores, en grave detrimento de las calzoneras de los payos. Toda moda barata se ha de estender muy pronto, y por consecuencia necesaria ha de tener una existencia muy poca duradera. Los ojos baratos de la mariposa y la facilidad de formar su cuerpo, estendieron este peinado con la rapidez de su vuelo, y haciéndolo muy pronto comun, ocasionen que participara de la efímera duracion de este insecto alado, que en llegando á serlo, termina la carrera de sus transformaciones: lo mismo que ha sucedido en el peinado de las señoritas, cuya absoluta sencillez actual ha dado márgen á pronosticar á cierta clase de profetas: que es precursora sin duda de grandes cambios en esta parte integrante de su tocador, y que en sus nuevas metamorfosis secundará la revolucion de peinados, que hemos anunciado se verifica hoy en las cabezas femeninas de Lóndres y París.—I. G.





El Baile.

BAILE.

ENTRE todos los pueblos conocidos sin escluir aun á los mas salvages, el baile ha sido uno de los primeros artes que han puesto en ejercicio. El baile precedió en Grecia á las representaciones escénicas, y á la verdad era muy natural que obtuviese esta primacia, porque la naturaleza humana para espresar sus sensaciones usa de la palabra asi como del gesto, y á la manera que hay en la voz acentos de placer á la vez que de dolor, se reconoce tambien en los movimientos del rostro y en la fisonomia la espresion de todos los sentimientos del alma. De estos diversos acentos ha nacido la música, así como el baile del gesto. La música y el baile han precedido pues naturalmente á todos los demas artes, y como el primer sentimiento de la criatura ha debido ser la espresion de su reconocimiento hácia el Criador, la primera música lo mismo que la primera danza han sido consagradas á la divinidad. En efecto, entre los hebréos el baile era una parte de sus fiestas religiosas: Moises, y Maria su hermana, despues de haber pasado á pie enjuto el mar Rojo y de haber visto destruido el ejército Egipcio, bailaron conduciendo el uno un coro de hombres y la otra uno de mugeres, entonando el cántico que nos ha conservado el sagrado libro del Exodo. Las hijas de Silo danzaban en la fiesta de los tabernáculos cuando fueron robadas por los jóvenes de la tribu de Benjamin. David danzó delante del arca santa cuando los levitas la condujeron de la casa de Obededon á Bthleem, y en muchos de sus salmos invita á formar coros de baile para honrar á Dios. Scaligero asegura que los primeros obispos dirigian el baile en los co-

ros en las festividades solemnes, y aun á principios del siglo pasado todavía solia usarse en el dia de Navidad bailar los canónigos en el coro, no solo en Francia sino tambien en España.

Los egipcios celebraban con bailes sus misteriosas iniciaciones, figurando los movimientos celestes y la armonía del universo. Así es que danzaban al rededor de sus altares para imitar la marcha de los astros en derredor del sol, y los sabios comentadores de los trágicos griegos asientan: que este fué el origen de las estrofas, de las odas de Pindaro y de las que cantaban los coros de la tragedia, mientras que el episodio representaba la inmovilidad de la tierra. Luciano refiere la opinion de Pithágoras que aseguraba ser Dios un número y una armonía; por cuya razon los griegos creian honrar á la divinidad con sus marchas é imitaciones en cadencias medidas. Platon en su República quiere que el legislador introduzca las fiestas y los bailes no como simples diversiones, sino considerando la danza como especialmente necesaria para dar gracia á las acciones y á los movimientos del cuerpo, en lo que segun él, debe pensarse lo mismo que en herosear y adornar el espíritu. Este sentimiento por extraño que parezca hoy, estaba fundado en la opinion que tenian los antiguos de la belleza: el que era tan sublime que no podia permitirles ni aun sospechar, que un cuerpo bien formado, libre y gracioso en sus movimientos pudiese ejecutar una accion baja ó producir un racionio falso.

Cuando se establecieron en Athenas las representaciones escénicas, aquella imitacion brillante de los acontecimientos de la vida y de las pasiones humanas debió recordar á los griegos, que les faltaba una nueva forma en su teatro y que nada podria agregarse mejor al encanto de su

espectáculo que el accesorio del baile; pero muy pronto conocieron, que la danza era por sí sola muy capaz de representar una acción y desempeñar el objeto de las escenas dramáticas. La expresión del rostro en armonía con el gesto sirvió á sus bailarines y bailarinas tanto como los colores á sus pintores y las palabras á sus poetas. A la manera que la combinación de los sonidos y de los intervalos constituye la armonía, no de otro modo decia Plutarco obraba el baile no siendo sino un conjunto de variados gestos y de diversas actitudes, pues que la suspensión de los movimientos en él no son sino las pausas ó silencios de la música, á quien llamaba un baile parlero, mientras que el baile no era sino una música ó una poesía muda.

Una vez reconocido el baile como el resultado del principio imitativo que le es comun como á los otros artes, esta imitación debe ser su fundamento y su mas esencial objeto. Sin ella no habria sido entre los antiguos, como no es entre nosotros frecuentemente sino una secuela de movimiento sin expresión, de pasos arbitrarios muy poco adecuados para conmover al espectador, y que el único interés que pueden causar es el que resulta del mérito de haber vencido lo difícil de aquel paso ó la celeridad de aquellos movimientos.

Así es que en Grecia á ese baile alegórico, en que se quiso representar el curso y la marcha circular de los astros alrededor del sol, se substituyó la representación de algunas acciones humanas, Theseo saliendo del laberinto, las Eumenides atormentando á Orestes &c.

Seria ridículo pretender que el baile de los griegos no era una verdadera danza, porque no se parecia al ejercicio simétrico y convencional, que nosotros honramos hoy con este nombre. Sócrates y Platon en sus diálogos han

hablado de la danza de accion, que es lo que hoy llamamos baile pantomimico. Aristóteles en su poética hace expresa mencion de bailarines, cuyos movimientos arreglados por la música imitaban las costumbres, las pasiones y las acciones humanas.

Es verdad que en Roma y en el siglo de Augusto, llegó este arte á una perfeccion que todavía hoy nos parece maravillosa, y que los romanos sistemaron este arte y lo perpetuaron hasta bajo el reinado de los Césares. Un rey del Ponto llamado á Roma por Neron, viendo por la primera vez un baile de pantomina ejecutado por un diestro artista, suplicó al tirano le diese aquel esclavo para servirse de él como un intérprete en las naciones bárbaras vecinas, cuya lengua ignoraba, persuadido de que el bailarín con solo el poder de sus gesticulaciones se haria fácilmente comprender de todas ellas. Este ejemplo es suficiente para indicar que el baile era entónces otra cosa muy distinta de lo que hoy llamamos baile, reducido á movimientos uniformes y regulares de los brazos y de las piernas, y á pasos insignificantes, notables únicamente por la mayor perfeccion con que se ejecutan.

Las primeras tentativas que se hicieron en Italia en la época del renacimiento para dar al arte del baile su antiguo esplendor, tuvieron por consecuencia por único objeto la representacion de una accion. A fines del siglo XI para celebrar la entrada á Tartana de Galeas duque de Milán y de Isabel de Aragon su nueva esposa, Botta hizo representar la *conquista del Toison de oro*, baile adornado de cantos y de diversos episodios, que dió la primera idea de las grandes óperas y de los bailes de maquinaria.

Pero muy pronto sin embargo, el canto venció al baile y se introdujo la ópera en Francia bajo la proteccion

del cardenal Richelieu. El baile ya no tuvo lugar sino en algunos pueblos en donde muchas cuadrillas de bailarines y bailadoras, descosas de desarrollar sus gracias solo buscaban bellas actitudes en lugar de interesarse en la accion que hacia el asunto de la pieza. Aun se conserva una obra titulada Baile cómico de la reina hecho en las bodas del duque de Joyeuse y de la señorita Vaudemont, que fué representada en el Louvre el 15 de octubre de 1581 en presencia de diez mil espectadores, pero no es sino una verdadera ópera, en que el baile solo ocupa una muy corta parte. El mismo Richelieu hizo representar en 1641 el primer baile grande que tenia por título: La prosperidad de las armas de Francia, en que todo era alegórico: la armonía, el orgullo, el deseo de reinar, formaban bailettes en que se ejecutaban rigodones. Durante la menor edad de Luis XIV, el cardenal Mazarin permitia que el jóven rey hiciese papel en los bailes grandes de algunas óperas, hasta que los versos de Racine le obligaron á abandonar esta diversion en 1669, última en que danzó en el baile de Flora teniendo ya treinta y un años de edad.

Nos hemos detenido en este largo preámbulo sobre el origen de los bailes que hemos tomado de Violet el Duque en el Diccionario de la conversacion, para dar á conocer á nuestras amables lectoras cuanto se ha alejado este espectáculo del objeto de su invencion entre los antiguos desde su primer origen. El baile grande, tal como se comprende en Europa, mezclado de versos que esplican el asunto de la música, que le acompaña, de las máquinas que le embellecen y del lujo de las decoraciones y trages de que apenas se tiene idea en México, no se reúne á estas cosas accesorias, sino como un nuevo ac-

cesorio, siendo así que la danza, no hay duda, que es el objeto principal de un baile. Ahora bien, la danza teatral, dimanada de la declamacion muda debe siempre representar y pintar una accion. Toda especie de representacion escénica está sometida á esta ley inmutable, y todo lo que se separe de ella debe llevar tras sí la frialdad y el fastidio. Ninguna obra drámatica subsiste sino por el interés que inspira al espectador; en vano el baile grande quizo reemplazar ese interés por la variedad de las decoraciones, el juégó de las tramoyas, el brillo de los trages, los grupos y los pasos simétricos de los bailarines, semejante espectáculo si atraia la atencion de la vista, no penetraba mucho en la imaginacion, así es que se ha visto abandonado tanto en Europa como entre nosotros, quedando reducido á refugiarse como una diversion que amenice las grandes óperas.

Nuestros bailes grandes teatrales en México aun en la época de su apogéo, se limitaban ordinariamente á interminables entradas ó bailettes, á pasos de dos, de tres, de cuatro en que un mismo número de individuos brillaban por gracias facticias ó en hacer piruetas con cierta medida, especialmente en los solos ó patedús, hasta que el cansancio les obligaba á dar lugar á las comparsas, que formando figuras regulares ó vistosos grupos agotaban bien pronto las combinaciones que pudieran tener relacion con la accion que representaban; sin embargo, en obsequio de la justicia deben distinguirse dos ó tres épocas en el teatro mexicano con respecto al baile. Psiquis y Cupido en tiempo de Marana, de la Sendejas y de Morales no pueden compararse con la perfeccion adquirida tanto en la parte bailable como en la representacion de la accion con los bailes de la Niña mal guardada, la Flauta encantada,

Osing y Ohango &c. en la época de la Pautret, ni mucho menos con los bailes de niños que dirigió su marido en el teatro de los Gallos por medio de su importante conservatorio de baile. Aunque á la verdad ninguno de ellos pudiese dar la mas ligera idea de los bailes griegos, ni de los modernos de Europa.

Es cierto que los griegos mezclaban igualmente el baile en sus representaciones trágicas; pero sabemos tambien que la aparicion de las Eumenides tenia un carácter tan espresivo aunque mudo, que producía el horror en el alma de los espectadores; la multitud huía, las mugeres en cinta abortaban y á la verdad que el baile no adquiriria tan patéticos resultados por medio de pasos ó de saltos extraordinarios, ni por turbillones violentos, ni por ganvetas descompasadas, sino por una pantomima espresiva y variada.

Quinaul, el creador de la ópera francesa, en su representacion de Cadmo presentó á sus héroes sembrando los dientes del Dragón, é indicó que la tierra debia producir inmediatamente hombres armados, que enristrasen sus armas unos con otros. Es evidente que si la intencion del autor se hubiese llenado, el teatro habria ofrecido en ese momento un cuadro de baile interesante á la vez que bien ligado con la accion principal. En resúmen, ni en los bailes de Europa ni menos en los nuestros, se ha visto jamás la imitacion de la accion como su objeto principal, por el contrario se ha sustituido á esos cuadros animados evoluciones sin objeto ó que no tienen otro que el de agradar á los ojos, mientras que en la ejecucion solo se encuentran figuras inciertas y sin espresion, y en los bailarines y bailarinas la manifestacion mas penosa de esfuerzos demasiado violentos para reunir alguna gracia.

A pesar de esto los espectadores se contentan en Europa y se contentaban en México con un baile noble ó voluptuoso cuya perfeccion mecánica les parecia inimitable considerando como una exageracion los prodigios que nos refiere la historia del baile entre los antiguos, y como sus percepciones no iban mas allá del objeto que los entusiasmaba, ponian y ponen todavía al baile moderno como muy superior á toda comparacion.

Sucede tambien comunmente que el mas hábil maestro de baile que enseña á dar ciertos pasos y que dá lecciones de conducir el cuerpo con gracia ó con actitudes ameneradas no es mas bailarín que el maestro de escritura que enseña á formar letras pero que no es un sobresaliente pendolista ó un caligrafo consumado, y que mil veces los discípulos y discípulas exeden muy pronto en la ejecucion las lecciones de sus mas bellas teorías, y que habiendo una distincion tan marcada entre el baile teatral y el de un salón ó una tertulia, no es fácil se encuentren genios que posesionándose de su posicion en el teatro sepan distinguir el verdadero objeto de su profesion.

Esta es la razon en nuestro concepto porque algunas célebres bailarinas han llamado tanto la atencion en estos últimos años así en Europa como en la América, causando un furor que apenas se ha concedido á las mas célebres profesoras de canto y de representacion.

Muchas de nuestras amables suscriptoras habrán leído ú oído al ménos los grandes encomios que ocupan la mayor parte de los periódicos con respecto á Madama Taglioni y cuanto se ha hablado de la sylfida ó de Fani Esleer, esta célebre alemana que á los veinte y dos años de su edad ha llenado de admiracion á las principales ciudades de la Europa y de los Estados-Únidos, y que últimamente ha tenido en la Habana un beneficio que le ha producido once mil pesos. La litografia que acompañamos la representa en el papel de Florinda del baile titulado: el Diablo cojuelo.—*I. G.*





El valle de la Palma n.º 4.

MARIA CALDERONA.

MAYO 4 DE 1841.

MARÍA CALDERONA.

En el Keepsake francés de este año, ó sea el libro de aguinaldo para las señoritas de París y Lóndres que acabamos de recibir, hemos encontrado la siguiente novela que hemos traducido y adaptado para el Semanario, copiando el retrato de su heroína en la mas interesante de sus escenas.

En tiempo de Felipe IV habia en Madrid una pobre muchacha que ganaba su vida cantando algunas cauciones por las calles, lo que le producía algunos cuartos que solian darle los que pasaban. En el quicio de una puerta con su guitarra en la mano y con una voz preciosa repetía las cantatas ó sonecitos nacionales: en la vispera de algunas festividades entonaba cánticos y recitaba algunas escenas de los Misterios de Lope de Vega, ó de los Autos sacramentales de Calderón de la Barca. Su traje infeliz variaba menos que su repertorio: una mantilla de seda, que habia sido negra en otro tiempo, y tan usada que casi habia llegado á la trasparencia, ocultaba su talle y cubria de tal modo su cabeza y su rostro, que apenas dejaba ver dos ojos tan hundidos como brillantes. Durante las tardes del estío, un público no muy selecto, pero bastante numeroso, asistía á este espectáculo que á mas de gratuito se verificaba al aire pleno: sin embargo, la buena ejecucion de la cantorcita movía la compasion general y pocos dejaban de echar á sus pies alguna pequeña moneda. Asi podia vivir con alguna comodidad en el verano; pero cuando llegaba el frio noviembre, la mayor parte de los transeuntes se pasaban de largo, y ella se retiraba con su voz enronquecida, sus ojos llenos de lágrimas y su bolsa vacía.

Una tarde de invierno en que se había repetido esta escena, la pobre muchacha miraba con melancólica resignación los grandes preparativos que se hacían en todas partes para la noche buena, observaba las ventanas iluminadas, los coches que circulaban rápidamente, los lacayos con galones y todos los preparativos para las cenas opíparas. El contraste de toda esta opulencia con su miseria la afligian dolorosamente, y reflexionando que aun los pobres habían recibido aquella mañana limosnas á las puertas de los conventos, se figuraba que ella sola en todo Madrid se acostaría sin cenar en la noche buena. Por la primera vez sintió debilitarse su valor: el frío y el hambre le aconsejaban mendigar; pero abatida, vergonzosa é indecisa no se atrevía á levantar la mano. La noche se avanzaba, la luna desplegabá su manto en la calle desierta, y los vidrios de la iglesia de San Isidro se iluminaban con la claridad de los cirios que la alumbraban.

Dios mio, qué frío hace, murmuró la cantora, recogiendo cuanto pudo hácia su cuerpo la parte de su traje que no lo estaba. En este momento pasaba un hombre envuelto en su larga capa, y ella estendiendo su pequeña mano pálida y trémula, con voz balbuciente exclamó: ¡A nombre del Salvador una caridad! ¡Una caridad por Dios! El que pasaba al oír la voz de una niña, le tiró algunos reales que cayeron sobre las rodillas de la cantorcita: quiso levantarse para dar gracias á su bienhechor; pero le faltaron las fuerzas, vaciló y habría caído, si el caballero no se hubiese apresurado caritativamente á sostenerla.

¡Dios me ayude! gritó con otro tono muy distinto del que había usado para exitar la conmiseración. Esta criatura se ha privado, dijo el caballero. ¿Será de frío ó de hambre? Y no hay quien la socorra.... Ni una tienda, ni una puer-

ta abierta..... Al decir estas palabras la habia sentado sobre un poste y miraba al rededor de si con aire inquieto; pero felizmente esta situacion embarazosa no se prolongó demasiado, la muchacha pareció reanimarse, un profundo suspiro alivió su pecho, y de sus labios salieron estas palabras: ¡Madre de Cristo, tened piedad de mí! ¡Sacad de este mundo á una jóven abandonada!

Habia en esta exclamacion un acento tan vivo de sufrimiento y de dolor, que el caballero movido á compasion le dijo con dulzura: vamos, niña mia, tened valor, vos no podeis pasar la noche aquí, es preciso conducirnos á vuestra casa. Pero si yo vivo, dijo ella con voz débil, muy léjos.... Hasta la plaza de la cebada. Muy pronto se abrirán las puertas de San Isidro y yo entraré.... La iglesia es la mancion de los pobres.... Me pondré de rodillas en un rincón y así pasaré la noche.

No teneis fuerzas para ir á pie hasta vuestra casa, le replicó el caballero admirado de tan humilde resignacion, venid con migo, yo os sostendré. Ella se levantó trastornada y casi fuera de sí. A cien pasos aguardaba al caballero una carroza á la que le dijo que subiese. Ella obedeció maquinalmente. Los lacayos se pusieron á la zaga, uno de ellos gritó: á la plazuela de la cebada, y las mulas marcharon á galope.

¡Ah señor! ¡Eu dónde estoy, gritó la cantorcita, adónde vamos? A vuestra casa, yo os dejaré hasta la puerta de ella, contestó el caballero, os habeis dirigido á mí en vuestra miseria y yo no quiero que sufrais mas la fatiga, el frio, ni el hambre. Tomad. A estas palabras puso sobre sus rodillas un bolsillo de dinero, y agregó suspirando. Niña vos pediréis á Dios por mí.

Todos los dias de mi vida, gritó ella poniendo sus lá-

bios en la mano generosa que le presentaba aquel socorro. ¿Como os llamais? le dijo el caballero despues de un momento de silencio. Me llamo respondió, María Calderona, y he quedado sola en el mundo desde que murió mi madre hace dos años... ¡Mi pobre madre! A este recuerdo se agotó su voz, apoyando en sus manos el rostro y comenzó á llorar.

¿Y quién era vuestra madre? ¿qué educacion os dió? preguntó el caballero. Mi madre me enseñó la música y la declamacion, queria que fuese como ella una artista. Si habeis concurrido al teatro de la Cruz, acaso os acordaréis de Lucinda, este era el nomhre bajo el cuál mi madre se presentó en las tablas.—La conocí, era un talento cómico y vos acaso hija mia seréis su digna sucesora. Si queréis entrar al teatro, yo os podré proporcionar los medios para que seais colocada en el coliséo real.

—¿Cómo? ¿Seria posible?... ¿Qué dirian de vos preguntó con sencillez, viéndome en este traje?—Eso nada importa, yo me encargo de que os presentéis con decencia. En este momento llegaban á la plaza de la cebada. La cantorcita bajó de la carroza y como aturdida no encontraba palabras para espresar lo que pasaba en su alma. Para llegar á su habitacion el caballero le ofreció el brazo, que aceptó con timidez. Un lacayo marchaba delante de ellos con una hacha en la mano para iluminar aquellos callejones estrechos y tortuosos, hasta llegar á su casa, que era la mas negra y maltratada de todas, y cuya escalera tan apollillada como oscura no podia subir nadie sin titubear, ni tener miedo. La cantorcita abrió la puerta, entrad señor, le dijo, á este miserable cuarto; él se habia detenido en el umbral dirigiendo al centro una mirada de admiracion. Sus muebles ofrecian en efecto

singulares contrastes, la ventana no tenia vidrios, ni habia otro asiento que una caja; pero su cama era de madera esculpida y tenia encima un cobertor de seda, en una rinconera habia una jarra con flores y en la otra un crucifijo dorado en una cruz de ébano.

Esta es toda la herencia que me ha dejado mi madre, dijo la cantorcita, y esta es la cama en que murió, he querido mas bien cantar y aun mendigar hoy, que vender estos objetos para mí del mas tierno recuerdo.

Muy bien, le dijo el caballero con emocion, estos son los mas bellos sentimientos de una noble pobreza. Cumpliré las promesas que os he hecho. Muy pronto os vendrán á buscar de mi parte; si entre tanto teneis necesidad de algun socorro, ocurrid á la calle de Alcalá á la casa del Duque de Medina: presentaos sin temor, yo daré órdenes para que os dejen verme. ¡Qué señor, seria posible!... El Duque de Medina... ¡Un grande de España en mi casa! le dijo levantándose con cierto aire de respeto.

Adios hija mia, le dijo el Duque que advirtió la posicion embarazosa de María, y se retiró reiterándole sus ofertas. La cantorcita quedó largo tiempo inmóvil en el lugar que estaba: su alma llena de esperanza y de júbilo habia olvidado su miseria y no hacia sino contar y recontar las monedas que habia en la bolsa que le habia dado el Duque: rezó sus devociones ordinarias, y ya era muy entrado el dia cuando despertó; entónces la naturaleza le advirtió que aunque llena de satisfacciones se habia quedado sin cenar la noche buena.

Seis meses despues una maravillosa metamórfosis se habia verificado: la mariposa se habia desarrollado, la crysálida habia dejado su capullo y sus alas transparentes volaban en un cielo brillante; la pobre cantorcita de las

calles habia llegado á ser una gran actriz y una hermosura celebrada. Jamás apareció sobre los teatros de Madrid un talento tan joven y encantador, ni un público entusiasta que aplaudiese con mayores transportes de admiracion que el de la córte de España á la Calderona.

Mas en medio de tantas prosperidades solo una cosa faltaba á la gloria de María, y era presentarse á las tablas delante del rey de España y ser aplaudida en el coliséo de la córte. Una vez en fin, el Duque le anunció que iba á presentarse en una de aquellas suntuosas representaciones, que se verificaban en el palacio del Buen-Retiro, y que debia hacer el papel de Teodora en la famosa comedia de Calderon de la Barca, el Mercader de Toledo. Cuando apareció en un teatro tan espléndido, y cuando se encontró á la vista de una tan bella y noble concurrencia, se sintió poseida de un temor inesplicable, y no pudo sostener la primera escena sino con una timidez, que acaso le sirvió para hacerla mas hechicera. La sala ofrecia en efecto un espectáculo imponente y magnífico. En el centro se elevaba un dosél coronado con las armas de Castilla y bajo el cual estaba colocada la silla del rey. Desde lo alto de su trono, el rostro pálido de Felipe IV dominaba su córte; los grandes de España estaban sentados á uno y otro lado con aquel trage tan sério, que vemos todavia en los retratos de Velazquez. Las señoras vestidas de anchas batas guarnecidas de blondas brillaban adornadas de ricas pedrerías.

Felipe IV era joven todavia; los desastres que affligieron el fin de su reinado aun no se aparecian. Indolente, amigo de fiestas y placeres, se divertia tanto como podia permitirlo la etiqueta á un rey de España y cuanto podia sufrirlo el estado de su debilitada salud. Cuando la Cal.

derona terminó su primera escena, dió con sus reales manos la señal de aplauso, y dijo en voz alta: que era la primera actriz de España y del mundo entero. Estas palabras encontraron repetidos ecos en la noble asamblea, y á ejemplo de su señor, los cortesanos proclamaron el talento de la Calderona, y mil ramos de flores y coronas y joyas cayeron á sus pies. La comedia fué seguida de un baile, en que el rey se manifestó distraido y como absorto de la impresion que habia hecho sobre él el talento dramático de la Calderona.

Cinco años despues... ¡Y cómo pasan y con qué rapidez se deslizan en medio del lujo, de los placeres y de las diversiones! La Calderona salia una mañana de la iglesia de San Isidro, á donde habia ido á oír misa, cuando un recuerdo penetrante y vivo hirió su corazon, representándole de pronto aquella triste noche en que débil y penetrada de hambre y de frio habia comenzado su felicidad y su fortuna, y desde los ladillos de su dorada carroza miraba con ojos humedecidos aquel poste, del que la habia recogido la piedad generosa del Duque de Medina. La comparacion de la tranquilidad que disfrutaba en su alma, vino despues á fijar con disgusto tristes comparaciones con la inquietud y displicencia, que rodeaban á cada paso su desarreglada vida. Semejantes ideas tan estrañas hasta entónces en una muger que disfrutaba todo el favor del Monarca, no fueron sino el relámpago de la tempestad que amagaba su cabeza y que tronó sobre ella aquel mismo dia. Las intrigas de la córte habian preparado de antemano el golpe mortal que debia recibir en esa noche. Una orden del rey arrancó de sus brazos á su hijo querido, que despues de algunos años fué legitimado, y como el bastardo del emperador Carlos V tomó el nombre de D.

Juan de Austria. Este cruel decreto estaba acompañado de una orden para salir desterrada fuera de la corte dentro de veinte y cuatro horas.

Un rayo no produce efectos mas instantáneos y terribles; sin embargo, despues de un desmayo de algunas horas que acaso hizo menos dolorosa la ejecucion de la primera parte de la real orden, poco á poco pudo recobrar la energia é indiferencia de sus primeros años. Un sentimiento amargo de despecho y de indignacion ocupó su corazon, y la Providencia que vela sobre sus criaturas, convirtió aquel trastorno de crueles ideas desde la desesperacion hasta el único origen del verdadero consuelo.

¡Dios mio! exclamó volviéndose al Cristo que habia heredado de su madre y que habia conservado siempre en su recámara: aceptad mi Dios el sacrificio de un corazon que desde hoy será solo y todo entero para vos.... Tened piedad de mi.... salvadme.

Desbaratando despues con sus manos los adornos que cubrian su peinado, y arrojando las pedrerías que adornaban su traje: estos cabellos dijo, caerán muy pronto cortados por la tijera y serán cubiertos por una toca sencilla.... será mi único vestido un ropage de lana, una selda del convento de Santa Clara sustituirá el lujo de este palacio, y en los cortos dias que me restan de vida, el claustro será la tumba, cuya loz aoculte los desórdenes de mi vida. En vano el amor maternal quiere debilitar estas heroicas resoluciones, inútilmente clama se le permita dar el último ósculo al fruto querido de sus entrañas, la carroza que lo conducia, se encuentra ya muy léjos. Cerciorada la Calderona de esta triste verdad, no pudiendo sobrepajar el combate de las alecciones que contrastan en su alma, no puede sostenerse, y con las manos estendidas al cielo y enclavados los ojos hácia él, cae como muerta.

Los esfuerzos de la medicina logran volverla en sí, y los empeños de sus domésticos consiguen se demore el cumplimiento de la orden de su destierro. Un eclesiástico respetable, persuadido de la invariable resolucion de su penitenta para entrar al claustro, recaba por último la licencia del rey, y algunos dias despues la Calderona toma el velo en las monjas de Santa Clara, y al siguiente año pronuncia sus últimos votos.

Física.—REMITIDO.

Señores editores del Semanario.—Suplico á vdes. se sirvan insertar la siguiente conversacion de unas señoritas zacatecanas sobre una de las lecciones de fisica que han dado vdes. en dicho periódico.

Guadalupe R.—¿Has leído niña el Semanario?

Regina A.—Sí, y trae cosas muy buenas y curiosas.

G.—Añade é instructivas.

R.—No sé de cuales hables, ó por mejor decir, de cuál de ellas hayas sacado esa instruccion.

G.—Por lo menos no he dejado de entender las ideas generales de la fisica.

R.—Pues yo no teniendo quien me explique, me he quedado sin entender varias cosas, á pesar de que estoy estudiando fisica.

G.—Pero va mucha diferencia de la fisica particular que tú estudias á la del Semanario que á mas de contener nociones muy claras, casi son solo definiciones de la general (1).

R.—Pues bien, dime lo que has entendido de esa leccion.

G.—Todo, menos una explicacion que dá acerca de las leyes de atraccion, que ó no la entiendo ó me parece falsa.

R.—Pues debes comprenderla cuando así la calificas; pero ¿cuál es?

G.—Oye lo que dice el párrafo primero de la página 152 en el 7.º cuaderno. «Por último, si dos cuerpos se atraen estando uno y otro libres para moverse, marcharán al aproximarse con celeridades inversas proporcio-

(1) En obsequio de las señoritas que no estén estudiando *fisica particular*, creemos necesario decir que esa division de la ciencia hace mucho tiempo que claudicó. La fisica como todas las ciencias puede considerarse en lo general ó en lo particular de los diversos ramos en que se subdivide; pero su objeto es el mismo, y la claridad mayor ó menor al explicarla, no depende de que se traten por ejemplo de las propiedades comunes á la materia ó de que se den las reglas especiales del movimiento en un tratado de mecánica.

nales á su masa. Aquel cuya masa fuere diez, veinte ó cien veces menor, recorrerá en el mismo tiempo un espacio diez, veinte ó cien veces mayor."

R.—En esto nada absolutamente encuentro yo de falso, estoy pronta á defender la opinion del Semanario.

G.—Pues yo estoy pronta tambien á combatirla, y acercándose por allí Manuelita, no sería malo que nos sirviera como de tercero en discordia.

R.—Mejor será D. Narciso, que viene acompañándola, y aunque es hombre y nuestra disputa de mugeres, podrémos preguntarle lo que no comprendamos.

G.—Manuelita, D. Narciso, buenas tardes. Nos encuentran vdes. nada menos que en una cuestion científica sobre la inteligencia de este párrafo del Semanario (lo lee), el que yo digo que es falso.

R.—Y yo digo que no.

G.—Para manifestar mi acerto supongo que ó los cuerpos deben caer en iguales tiempos, y en este caso caerán primero los mas grandes conforme á la primera ley de la atraccion, pues que esta crece en los cuerpos á proporcion de su masa. Luego no puede hablar el párrafo en cuestion de los cuerpos cuando decienden; pero tampoco puede hablar de los cuerpos que giran horizontalmente porque sucede lo mismo, los grandes corren mayores espacios que los pequeños.

Manuela G.—Eso de ninguna manera debe concederlo Regina.

R.—Ya se vé que no lo concedo; porque dime, si tiras esa silla en que estás sentada y la llave de la puerta, ¿cuál irá mas léjos?

G.—La llave; pero eso consiste en que la llave es mas grave que la silla y esto la hace ir mas léjos. Si te pare-

ce harémos la esperiencia con dos cuerpos homogéneos ó de una misma naturaleza.

R.—Si, pero vamos al jardín, para que allí lo hagas prácticamente, tirando dos piedras una chica y otra grande.

R.—Ya estamos en facha. Esta piedra pesará como ocho libras y la otra una libra no mas.

G.—Pues hago la esperiencia, pon cuidado, ya las tiro.

R.—¡Ha ha! completamente hemos ganado, la chica ha llegado hasta el cuarto naranjo, y la grande se quedó cerca del segundo.

G.—Ya, pero eso fué, porque pesando mucho la piedra grande, me ha falseado el brazo al tirarla.

R.—Pero esa no puede ser razon.

Narciso B.—Si es razon, pues lo que quiere decir D.^a Guadalupita es, que no comunicó iguales fuerzas á ambas piedras.

R.—Pues que las tire otro que tenga suficientes, ó que me dé otra razon ó ponga otro ejemplo, en que no haya tantas dificultades.

G.—Aquí tienes uno que me ocurre muy claro; viste al entrar que desde la cabecera del jardín corrieron D. Narciso y mi hermano Juanito, ¿cuál llegó primero al otro extremo?

R.—D. Narciso, porque tiene mas fuerzas que Juanito.

G.—Y porque se le acabaron primero á Juanito, aunque empezaron la carrera con igual velocidad.

R.—Yo niego que llevasen al principio velocidades iguales.

G.—¿Cómo no? pues no observaste, que hasta cerca de los fresnos habian corrido iguales. Basta lo dicho y no creo que puedas tú ponerme ningun ejemplo en contrario; de lo que infiero que tampoco hablará el Semanario de los cuerpos que se mueven horizontalmente.

R.—¿Quién sabe si estaremos entendiendo mal lo que dice el Semanario? Volvamos á leerlo.

G.—Pero tú ya me has concedido, que de dos cuerpos disparados con iguales velocidades, irá mas lèjos el grande, por la razon de que al chico se le acaban primero las fuerzas.

R.—Sí (2).

N.—Podria agregar tambien que la resistencia se aumenta en razon de las superficies, y que los cuerpos grandes de una misma figura aunque contienen mas materia, presentan menos superficie y por consiguiente deberán tener menos resistencia; pero los cuerpos con menos resistencia andan mas, luego los cuerpos grandes caminarán con mayor velocidad.

(2) Pero yo no señoritas, que he estado callado hasta ahora; y ya que por la bondad de vds. al servirse remitirme su comunicado quieren darme parte seguramente en su conversacion, me permitirán les suplique antes de todo se sirvan leer no solo el párrafo en cuestion, sino desde donde comencé á hablar de la atraccion que es en la página 150. Mi Sra. D.^a Guadalupe creyó haber entendido muy bien todo lo anterior, y encontrando dificultad en el párrafo de que se trata, seguramente no ha creído necesario volver á leer desde el principio ni tampoco el fin, y de hay procede que califique de falsa una consecuencia necesaria de las primeras leyes de la atraccion, mientras que mi Sra. D.^a Regina agraviando su buena penetracion y sus talentos, acaso cree superior á su sexo ó á su edad la inteligencia de estas nociones, que como hemos ofrecido, he procurado poner al alcance de las mas cortas inteligencias.

Desde luego advertirán vds. que la atraccion ha sido descubierta por decirlo así, por el inmortal Newton, meditando sobre la forma de las elipses planetarias y sobre las causas que hacian variables sus celeridades, lo que esplicó demostrando, que habia una atraccion entre el sol como el centro del sistema y los demás planetas, y despues como una consecuencia: que todos los cuerpos del planeta que habitamos eran igualmente atraidos hácia el centro de la tierra. Por consiguiente, al decirse en el párrafo de la disputa que si dos cuerpos se atraen marcharán al aproximarse con mas velocidad el chico que el grande, expresé terminantemente „estando uno y otro libres para moverse,“ lo que unicamente puede convenir á los planetas, y de ninguna manera á los cuerpos que existen en el globo terráqueo, supuesto que el centro de la tierra no está libre para moverse hácia el cuerpo que se le aproxima ya perpendicular ya horizontalmente. Así es que en el último párrafo de la misma página 152, digo: que la atraccion no puede ser demostrada por experimentos directos, que pudieran repetirse en un gabinete de física. Mi Sra. D.^a Regina podia haber quedado triunfante con solo haber leído á D.^a Guadalupe esta parte del artículo, y mi Sra. D.^a Guadalupe no se habria cansado en manifestar los efectos de la gravedad ó de la atraccion ó pesantez, ni mucho menos en tirar piedras, ni en cuestionar el premio de la carrera á D. Narciso, porque las fuerzas vivas que producen la velocidad del movimiento tienen muy distintas reglas que las de la atraccion, y por lo mismo no pueden servir de argumento al tratarse puramente de la atraccion..... Pero continen vds. que ya me olvidada, que no soy mas que un interlocutor en una conversacion á que han tenido vds. la bondad de convidarme.

R.—¿Y podría V. probarme que los cuerpos grandes de la misma figura que los chicos tienen menos superficie?

N.—Muy pronto y muy claramente señorita, aquí tiene V. unos dados ó lo que llaman los géometras cubos.

Pues bien ¿cuántas superficies presenta uno solo?

R.—Seis.—N.—¿Y los dos unidos?—R.—Doce.

N.—Cuéntelas V. bien pues no son mas que diez.

R.—Es verdad.

N.—Una V. tres que parece deberian dar diez y ocho.

R.—No son mas de quince.

N.—Pues ya ha observado V. como vá duplicando y triplicando la masa sin duplicar ni triplicar las superficies (3).

R.—¿Pero no podría V. ponerme otro ejemplo mas claro que el de las piedras y el de la carrera?

N.—Si señorita. Si de un cañon se disparan dos balas, una de ocho libras y otra de una, camina mas la de ocho; y aquí no puede V. negarme que haya iguales velocidades.

R.—Es cierto (4).

(3) El Sr. D. Narciso me permitirá que le repita las expresiones del párrafo en cuestion que dice: si dos cuerpos se atraen, estando uno y otro libres para moverse &c. Si hay resistencia, ya no están libres para moverse y por consiguiente no estamos en el caso de que hable el párrafo de la cuestion. Esto solo bastaría si mi silencio sobre su teoría de las superficies no pudiera dar á entender que estaba de acuerdo con ella; pero V. me dispense una ligera reflexion aunque no viene al caso en el asunto de que tratamos. La resistencia disminuye la fuerza, no en razon de las superficies que tiene el cuerpo, sino de la superficie ó superficies que chocan con el impedimento, que se opone á la velocidad. Con los mismos dados que tiene V. en la mano puede convencerse de ello. Si arroja uno perpendicularmente, la superficie que mira para abajo y las cuatro laterales, tendrán que vencer la resistencia del aire; pero la que mira para arriba nada tiene que resistir, ni por consiguiente puede disminuir nada la velocidad en la caída. Ahora bien, si V. arroja los tres dados perpendicularmente uno sobre otro, la resistencia mayor la sufrirá la superficie común que mira para abajo, y si los uno V. horizontalmente la resistencia será mayor porque debajo de estas tres superficies ha de haber mayor número de columnas de aire que las que hay bajo una sola.

(4) Pues para mí no lo es que las haya, pues el impulso de la pólvora obra en razon de la superficie de la bala, y siendo mayor la de ocho libras que la de una, no hay tal igualdad. Pero aun cuando así no fuese, la bala obra por una fuerza de impulsión, y la cuestion es de dos cuerpos, que se mueven por atracciones mútuas. La bala encuentra resistencia en su misma gravedad, en el aire y demás obstáculos que se le oponen, y el párrafo habla de dos cuerpos libres para moverse.

G.—¿Pero para seguir nuestra cuestion no seria conveniente que entendiésemos lo que es atraccion?

M.—Yo entiendo por atraccion la propiedad que los cuerpos tienen de descender al centro de la tierra.

G.—Pues esa definicion obra en mi favor; porque recuerdo mi primer argumento, y entónces se contradice la primera ley de la atraccion.

N.—No desprecio la definicion de D.^a Manuela, porque aunque ha definido la gravedad, los físicos convienen en que atraccion y gravedad son una misma cosa. Yo diria que atraccion es una potencia por la que todos los cuerpos y aun las moléculas de ellos se dirigen unas hácia otras ó tienden á unirse reciprocamente.

R.—Pues segun eso resulta que un cuerpo como dos atrae á otro como uno con mayor fuerza: que el segundo al primero, y por lo mismo que el cuerpo como uno, que es el mas chico; anda con mayor velocidad que el grande, que es lo que dice el párrafo. Acércate á esta mesa Guadalupe y supón que este vaso grande y esta copita se atraen mutuamente. Supón además que si fuesen iguales, puesto cada uno en un extremo de la mesa, como se atraian con fuerzas iguales, llegarian á un mismo tiempo á su centro; pero la copa es atraida por el vaso que es doble en tamaño, y por consiguiente recorrerá, teniendo tres varas la mesa, dos, mientras el vaso solo andará una.

G.—Baste pues lo que has dicho; pero hazme entender esa atraccion: ¿se tiran, se avientan, ó cómo? Esplicate, porque no te entiendo, ni menos, como puedan ir el uno hácia el otro sin que se les comunique movimiento ¿O caminan solitos hasta encontrarse?

R.—Pues yo sí lo comprendo.

G.—¡Ha, ha, ha! ¿Conque solo se atraen y se ponen

en movimiento los cuerpos en tu concepto? Pues yo creo que nadie tendrá ideas tan extravagantes, ni mucho menos el autor del Semanario quien nos dá á entender que no se atraen estando quietos, cuando hace aquella pregunta ¿por qué un hombre pasando cerca de la Catedral no es atraído por el edificio y no queda pegado á sus paredes? (5).

N.—Segun la definicion que he dado, yo diria que cuando Newton, de quien la he tomado, dice que los cuerpos se atraen reciprocamente, no entendió que hubiese una potencia residente en los mismos cuerpos, que los pusiese en movimiento y los hiciese obrar unos sobre otros y como fuera de sí mismos y solo usaba la palabra atraccion para manifestar un hecho cuya causa es desconocida; de manera que dice muy bien D.^a Guadalupita, que estando dos cuerpos quietos es imposible se atraigan. Estas son las palabras de Newton: «No me detengo aquí á examinar cual puede ser la causa de la atraccion si efecto de la impulsión ó de otra causa para mí desconocida, y uso de esta palabra para significar en general una fuerza, por la cual tienden los cuerpos reciprocamente unos hácia otros.»

R.—Todo eso será muy cierto y basta que V. lo diga; pero siendo tan terca Guadalupe como yo, no hemos de quedar convenidas, si no nos convencemos una ú otra de nuestro error; mejor sería que ocurriésemos á los editores del Semanario, para que nos hicieran entender este párrafo; porque nadie debe estar mas penetrado de su verdadero sentido que el que lo ha escrito.

(5) Hablamos señorita, aunque parezca importuno, de dos cuerpos que se atraen estando uno y otro libres para moverse, ni el vaso ni la copa se encuentran en esta circunstancia, porque uno y otro son atraídos por el centro de la tierra hácia donde gravita, ni el ejemplo de mi Sra. D.^a Regina es un experimento, porque la atraccion no puede demostrarse por experimentos directos; pero la atraccion general del sistema planetario está casi demostrada y por ella esplicó Newton la regularidad del movimiento de los planetas del modo mas satisfactorio.

G.—Buen pensamiento; pero encuentro dos inconvenientes: 1.º que no tenemos comunicacion con esos señores, y lo 2.º que no acabariamos en contestaciones epistolares. Seria mejor escribirles: que se sirviesen insertar en uno de sus números nuestra conversacion ó disputa, para que resolviendo nuestra duda en el mismo Semanario, todas sus suscriptoras, ó por lo menos aquellas á quienes haya ocurrido la misma dificultad, queden desengañadas como yo y aun convencidas de lo que nos digan, sin hablar mas en este punto.

R.—Estoy de acuerdo absolutamente.

M.—El pensamiento es bello. ¿Pero cómo se habian de dar al público en el Semanario las ideas de vdes? ¿Qué les faltará que poner á sus editores?

G.—No ciertamente, no. ¿Pero acaso las zacatecanas no podemos raciocinar como cualquiera otra suscritora al Semanario? Además que aunque sea yo la mas tonta de todas, deseo comunicarles mis tonterías, y este es un medio inmejorable.

N.—Yo me encargaré si vdes. gustan de suplicarles inserten su conversacion en el Semanario, pues aunque no tengo relaciones con dichos señores tampoco lo creo necesario.

G.—Bueno. ¿Pero V. nos promete que la verémos en alguno de los próximos cuadernos?

N.—Sí, confiado en la voluntad de sus editores—R. (6).

(6) Con la mas grata satisfaccion hemos obsequiado los deseos de nuestras amables suscriptoras zacatecanas, y procurado resolver su duda en cuanto nos lo permiten nuestras cortas luces y lo estrecho de nuestras columnas, pues á pesar de haber usado de letra mas pequeña no nos queda lugar hoy para ampliar mas nuestros conceptos; pero ofrecemos para el número siguiente estender en otro artículo las nociones generales de la atraccion, distinguiéndola de la pesantex que es la causa que en nuestro concepto ha producido la duda ó falta de claridad en el párrafo que ha dado margen á este artículo.

Por lo demás, celebramos infinito la remision de él, porque nos indica dos cosas de la mayor satisfaccion para nosotros, la primera la aficion á la lectura y á las ciencias que va estendiéndose ya en el bello sexo mexicano, y la segunda que nuestras pobres tareas van logrando el objeto que nos hemos propuesto que no es otro sino el de interesar útilmente á nuestras amables suscriptoras.—I. G.





Evelina Berenger.

MAYO 11 DE 1841.

EVELINA BERENGER.

RASGO CARACTERÍSTICO DE LA HEROINA DEL CONDESTABLE DE
CHESTER, NOVELA DE WALTER SCOTT.

EVELINA, pobre castellana de diez y seis años, pobre hija viuda de tu padre, tú te ves reducida á defender tu posesion de Guarda-Dolorosa contra Gwenwyn, el príncipe de Powys-land que ha matado á tu padre delante de tus ojos y al frente de las murallas de tu castillo, por que sir Raymundo Berenger no queria, siendo un antiguo gefe normando, entregar á su hija á un gefe breton, al mas procaz y mas cruel de sus enemigos.

Tú te ves sola, pobre niña, contra la hacha de Peugwern, contra el lobo de Plinlimmon, que ha desplegado el dragon blanco ó la bandera de Gwenwyn á la vista de los muros de Guarda-Dolorosa; pero yo te veo bajó la custodia del cielo aunque no tengas en la tierra para defenderte sino solo á Flammock Wilkin, un artesano flamenco que parece dispuesto a hacerte traicion y venderte por algunas monedas de oro, y al padre Aldrovando tu confesor que tiene el miedo mas grande al voluntario que le va á imponer la carencia de todos los víveres en el castillo sitiado. En vano este religioso te hace esperar los socorros de Hugo de Lacy, el condestable de Chester, aquel mismo que te habia pedido en matrimonio, despues de haberte visto en un tornéo. Tú nada esperas; porque sabes que el condestable debe haber partido para la cruzada que ha predicado Baudouin, arzobispo de Cantorbery, y mas de la mitad de los arqueros y de los hombres armados que defendian el castillo, han perecido la víspera en el

combate, en que la cabeza de Raymundo Berenger ha caido bajo la terrible masa de Gwenwgyn. Y sin embargo tú soportas la desgracia con alma intrépida. Jamás en una muger agoviada por el dolor se ha visto una dignidad mas notable.

Apenas el sol de la mañana ha venido á iluminar tu segundo día de duelo, cuando por tí misma haces la ronda en los reductos avanzados como el gefe mas aguerrido. Para animar el corazon de los valientes y alentar á los mas tímidos, tú les enseñas algunas veces el manto negro que flota al rededor de tí como el emblema de tu infortunio y el puñal cincelado que has colgado en tu cintura como un objeto mas precioso para tí, que tu rico collar y tus costosos braceletes.

Tú cuidas de los heridos, de las mugeres, de los niños, de los viejos, de todo el mundo, escepto de tí misma; porque para dar el ejemplo espones tu vida al tiro de las flechas de los enemigos. Durante la noche haces la centinela sobre la torre en lugar de un soldado que está dormido: salvas al pobre Peterkin Wost y continúas veando con la pica en la mano, mientras que Flammock mismo cede al sueño y que el padre Aldrovando se duerme á su vez, recitando los salmos penitenciales.

La religion por fin viene en tu auxilio. Postrada de rodillas en tu oratorio delante de una imágen de la vírgen, invocas á tu divina protectora y le dices suspirando.

«Señora mia bondadosa

De Guarda-Dolorosa,

Cuando en tal riesgo me ves,

Dígnate de proteger

A la huérfana Evelina,

A Evelina Berenger.”

«Mis penas son exesivas, pues parece que Dios se complace en castigarme, y mis lágrimas caen en la pila del agua bendita mezclándose con ella. Un gefe breton á quien aborrezco, no contento con haber conducido á la tumba á mi querido padre, quiere tambien apoderarse de mi corazon y mi castillo. Enviadme para que me defienda un guerrero escogido por vos, y yo os prometo desde ahora elegirlo por mi esposo, pues que ni dones ni plegarias obtendrán de mí el perdon de aquel malvado. Para vengar á mi noble padre, para reinar en mis posesiones y para que me agrade nada importa sea el que fuere... Pero le amaré además constantemente si se parece al caballero cuya imágen se me ha representado en sueños.»

Apenas termina su plegaria, cuando el estruendo de las armas resuena en la campiña. Evelina recobra su valor, Nuestra Señora de Guárda-Dolorosa ha escuchado su oracion. La caballería del condestable de Chester se avanza, dando una carga á sus enemigos y el condestable mismo á su cabeza. Apenas supo este, que Evelina se hallaba en peligro retarda su marcha á la Palestina y viene á destruir el campo de los bretones, á herir de muerte al feroz Gwenwyn y á rendir los últimos homenages á Sir Raimundo Berenger.

¿Y es él, acaso á quien te ha enviado la virgen santa, á la que acabas de hacer un voto tan solemne? Porque Hugo de Lacy se te presenta despues de la victoria como tu libertador y viene á pedir tu mano, aunque la imágen de ese viejo y valiente guerrero no es la que se te ha aparecido en sueños. ¿O mas bien es Damian de Lacy, el nieto del condestable que viene al lado de su padre, y á quien aunque miras por la primera vez, lo reconoces desde luego por el caballero á quien viste soñando?

En vano el condestable ha vengado la muerte de tu padre, en vano su enlace debe colocarte en el rango de una princesa, tú no puedes resolverte á darle la mano. Consuélate Evelina, tú sufrirás todavía algunas pruebas; pero Nuestra Señora tendrá piedad de tí, y sin que tú te rehuses á cumplir tu voto, tu dulce protectora enviará á Damian de Lacy en socorro de tu corazón, como envió al condestable en auxilio de tu castillo.

FEDERICO DE COURCY.

(Traducido de la *Galería de mugeres de Walter Scott.*)

A María.—POESIA.

I.

Ea dulcísimo en oriente
El lucero reluciente
Que anuncia la luz del día;
Pero es mas bella la frente
Y el mirar de mi MARÍA.

Dulce sueño de mi infancia,
Grata flor cuya fragancia
Es fragancia de alegría,
Nunca olvides mi constancia,
No la olvides mi MARÍA.

De mi pena en el desierto
Tú me conduciste al puerto
Del sosiego vida mía;
Ya no sigo rumbo incierto,
Ya me ampara mi MARÍA.

De su voz la melodía
Es tierna como el arrullo
Del ave al romper el día,
Es mi delicia, mi orgullo,
Es mi encanto mi MARÍA.

No ya pasión turbulenta
Que en medio de la tormenta
Al destino desafia,
Hoy el sosiego alimenta

Mi amor y el de mi MARÍA.

Blanca nube que se mece
Sobre la quieta laguna,
Que cándida resplandee
Con el brillo de la luna,
Tan bella así me parece.

Flor pura que besa ufana
La onda del limpio arroyuelo,
Hermosa cuanto galana,
Hija querida del cielo
Desde su edad mas temprana.

Tal la miro: es mi tesoro
Mucho mas grata que el oro;
Pues mas que toda armonía
Suena en mi alma un „yo te adoro“
De boca de mi MARÍA.

La luz la miro en su frente
Como mas resplandeciente,
De su lábio nacarado
Sale el viento perfumado,
No hay pesar que no me ayente.

II.

Bello ángel de mi amor, no ya en mis
Siento cundir el obstinado fuego (venas
Que tanto tiempo redobló mis penas.

Por siempre padecer yo me decia
Y desgarraba á mi dolor la venda.
¿Por siempre padecer? ¿y ciego hundia
El puñal en mi pecho atormentado?

Loco obstinado levanté la frente,
Vi el porvenir, maldigo mi destino,
Y en frágil barca lánzome al torrente
Y me duermo el bramar del torbellino.

Yo te acusé mi Dios al entregarme
Al esquife sin velas y sin remo,
Compadecido el Hacedor bendice
La atormentada frente del blasfemo.

¿Y cómo desperté? resplandecia
Tu astro sublime, religion sagrada,
Me hirió tu luz, mi voz alborozada
Te llamó con ternura, esposa mia.

Ya no soy como el ave que en los mares
Al chocarse las hondas irritadas
Ronca entona sus ásperos cantares.

No misántropa flor que vive y muere
Sola y aislada en arenal ingrato,
Que ni el viento la besa ni la hiere,
Ni las aguas le ofrecen su retrato.

III.

¿Pero una dicha tan pura
Un encanto tan divino
Mi caprichoso destino
Acaso respetará?

Acaso será que un día
En la copa de ventura
Vierta su yel la amargura
Y tu vida amagará.

Cobarde temo el destino
Temo su airada violencia,
Lo temo aunque fué mi herencia
La desdicha y la horfandad.

Lo temo aunque á mis miradas
Su lustre les quitó el llanto,
No eres tu hija del quebranto
Tierna y amada beldad.

Si desde el mar de la vida
Miro en el confín distante

Nave frágil, vaga errante
Tiemblo mi bien de temor.

Me parece que presagia
Borrascas, horrores, muerte;
No, el acibar de la muerte
Apuré tan solo yo.

Cuando en mis brazos dormida
Te contemplo, dueño mio,
Como gota de rocío
En el áspero zarzal.

Como la faja del iris
Sobre la lóbrega nube
Me pareces un querube,
Antídoto de mi mal.

Te contemplo con ternura
Con indecible cariño,
Como si durmiera un niño
En el seno maternal.

Mi aliento tu rostro eleva
Y lo haja con delicia,
Cual á un barco que acaricia
La mansa oleada del mar.

IV.

Angel que te lanzaste entre mis brazos
Para el pan del dolor partir conmigo,
Niña que te entregaste al rumbo incierto
Que sigue mi horfandad y desabrigo.

Abrázame otra vez, no en tu semblante
Lúbrico beso estamparé sediento,
No temblando de amor mi ahogado acento
Coomoverá tu pecho como amante:

No empañada la vista
Al travez de la lágrima engañosa
Que arranca el fuego del deleite impuro
Fijaré en tí mis ojos, te lo juro.

Pero si entusiasmado, festejoso
Legítima pasión arderá en mi alma,
Y haré que triunfe de la helada calma
La ardiente fé del satisfecho esposo.

Guillermo Prieto.

CRONOLOGIA.—Remitido.

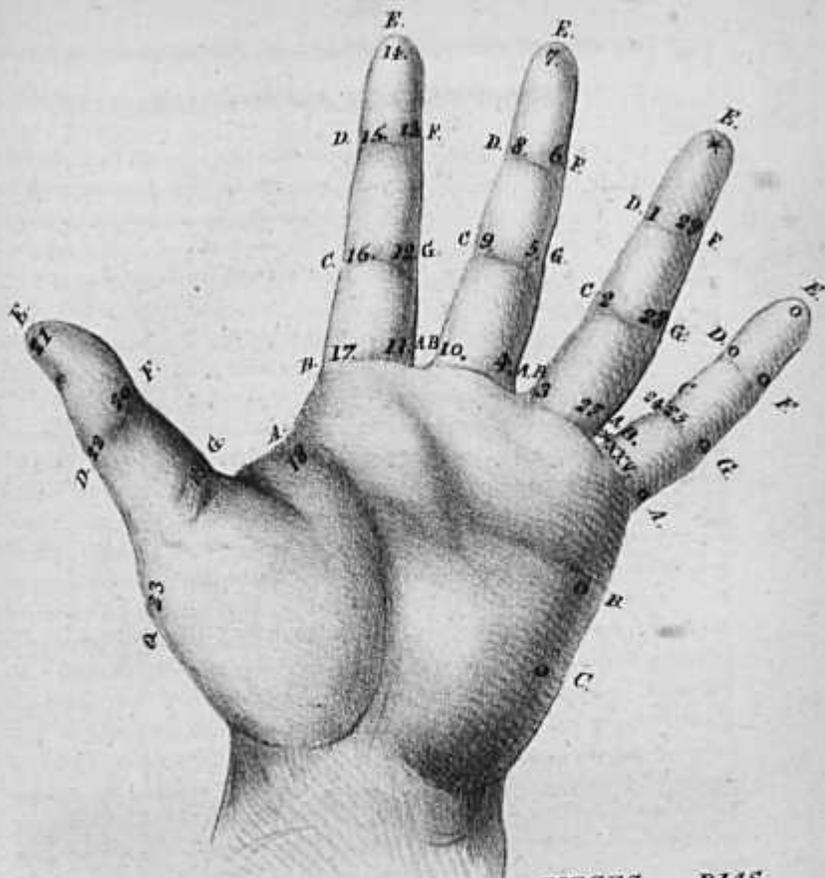
„Nuestra mira pues y el objeto que deseamos llenar es el siguiente: *hacer penetrar por todas las clases del bello sexo conocimientos generales y positivos acerca de todas las ciencias.*”

Semanario núm. 7, pág. 145.

ENTUSIASMADO por la benévola acogida que ha obtenido mi explicacion del último eclipse, consagrado á las bellas lectoras del Semanario de las Señoritas, voy á darles ahora la mano..... ¡Jesus.....! ¡Qué atrevimiento.....! ¡La mano.....! ¡Y á todas.....! ¡Qué, no sabe V., señor articulista, que en nuestra patria *afortunadamente* está prohibida la poligamia hasta por la santa religion.....? Lo sé señoritas, sé que lo está como la tolerancia religiosa *de derecho*, y aunque deseara yo no fuera así, á mí de nada me valdria supuesto que aun á los mahometanos les es permitido tener *nada mas* de aquellas mugeres que pueden mantener.....; pero no se trata de mi mano, porque siendo como todas, no mereceria ocupar vuestra curiosa atencion. La que pongo en las preciosas vuestras, es la admirable mano astronómica y cronológica que veréis en la estampa, *con aquellos ojos* con que visteis el eclipse del 5 de febrero. Ella, cuando el fastidio de la enojosa alhaja os haga abandonar el bastidor, será instructiva y deliciosa, os demostrará verdades matemáticas muy agradables, y con el placer que sentís cuando adivinais en la tertulia los complicados enigmas, hallaréis entretenimiento en la misma divertida tertulia; y en esta mano, oculta bajo un número y una letra toda la clave cronológica, para poder vosotras sin ayuda de maestro, formar cada año el calendario, señalar las fiestas movibles en él, las conjunciones, crecientes, llenas y menguantes de la luna, con solo que honreis este artículo y la estampa con aquella atencion inestimable con que veis los pormenores de un retrato querido.

Como el tiempo sea por su naturaleza una cantidad real, supuesto que tiene todas las propiedades de aumento y disminucion, de igualdad ó desigualdad; sin embargo, si se quiere conocer una cantidad de tiempo corrido, es de necesidad ocurrir al movimiento de los cuerpos, una vez que nosotros carecemos de otros medios de juzgar intervalos sucesivos, ni de compararlos entre sí. La medida del tiempo supone en consecuencia el movimiento, así como este supone el espacio, y para probarlo nos basta andar. La presencia del tiempo se hace perpetuamente sentir: todo está sometido á sus leyes: la destruccion y la reproduccion de los seres se ejecuta en el tiempo: su curso rápido nos arrastra consigo..... El momento en que digo saludando, á los *pies de eds.*, está ya lejos de nosotros.

Supuesto que el tiempo corre necesariamente de una manera constante y uniforme, el movimiento mas propio para hacernos conocer la cantidad y por consecuencia para servirnos de medida, debe ser aquel que por su naturaleza sea mas simple ó igual; en una palabra, debe ser aquel que siendo una vez impreso á un cuerpo, *na-pa mgnos* que por la mano omnipotente del Criador, se conserve y le haga recorrer



<u>MESES.</u>	<u>DIAS</u>
Enero	31.
Febrero para es- ta cuenta aumen- ta año bisiesto tiene	28.
Marzo	31.
Abril	30.
Mayo	31.



<u>MESES.</u>	<u>DIAS.</u>
Junio	30.
Julio	31.
Agosto	31.
Septiembre	30.
Octubre	31.
Noviembre	30.
Diciembre	31.

Deñeado y dedicado a las Señoritas
por el General **MANUEL MICHEL TORENA.**



en tiempos iguales, iguales espacios. De aquí es, graciosas señoritas, que los movimientos del sol y de la luna hayan sido vistos *siempre* como las mejores medidas del tiempo.

La astronomía, pues, nos ha enseñado á dividirlo para los usos de la vida. Se puede decir, que el orden y la multitud de nuestros negocios, de nuestros deberes, de nuestras diversiones; el gusto de la exactitud y de la prevision en nuestras citas; nuestras costumbres en fin, nos han hecho esta medida del tiempo indispensable, y casi la han elevado al número de las necesidades de la vida.

En consecuencia, una persona instruida y de una esmerada educacion, no deja de avergonzarse de no saber cuando se le pregunta, ¿para qué sirven ó qué significará en los libros de la iglesia ó en los calendarios el Auréo número, la Epacta, la letra Dominical, el Ciclo Solar &c. Estas y los que los leen, se imaginan que es menester estar muy versado en la astronomía para comprender y explicar todas aquellas cosas, y con esta opinion, descuidan ó no procuran instruirse. Si bien es verdad que los diferentes ciclos no han podido ser inventados sino por los mas hábiles astrónomos, no lo es menos que *con alguna dedicacion* es fácil comprender su naturaleza y uso: *divertido y sorprendentemente agradable*, el buscarlos y *obtener exactos resultados*.

Estas verdades me han sugerido á pensar en esta pequeña obra, cuyo fin es ofrecer á las señoritas mexicanas, una ligera instruccion cronológica ó de lo que concierne á la medida y distribucion en el tiempo, y á creer verán con placer la explicacion que someto á sus atractivas miradas.

Si no tuviéramos fiestas *movibles*, ó que caen en diversos dias cada año, no necesitaríamos los ciclos, que no son otra cosa que un cierto *periodo* ó sucesion de números, hasta un término dado. El ciclo solar, por ejemplo, es un periodo de veinte y ocho años, *cumplido el cual*, los domingos y demás dias de la semana vuelven á suceder, en la *misma cantidad del mes* que sucedieron veinte y ocho años antes.

Se llama ciclo solar, no porque tenga relacion con el curso del sol, sino porque antiguamente el domingo era llamado [*diez solis*] dia del sol; y porque este ciclo fué inventado para hallar la letra que marca en cada año *los domingos* ó la dominical. Vais á ver señoritas en el siguiente párrafo en qué consiste la *precision* de que este periodo sea de veinte y ocho años y *ni mas ni menos*.

Como el año comun ó egipcio es de trescientos sesenta y cinco dias, y no contiene un número cerrado de semanas completas, sino que los trescientos sesenta y cinco dias hacen cincuenta y dos semanas y un dia, los años que se siguen no comienzan en el mismo dia de la semana; por ejemplo, el corriente comenzó en viernes, y como acabará en viernes, es necesario que el entrante de cuarenta y dos comience en sábado, acabe en el mismo dia, y el de cuarenta y tres principie y conclaya en domingo.

Resulta pues, que las fiestas llamadas *fijas*, porque suceden *siempre* en el mismo dia numérico del mes, caen sucesivamente como el *primer dia del año en los diferentes de la semana*; así es que si todos los años fueran comunes, el ciclo solar no seria evidentemente sino de siete años; porque como se ha dicho antes, teniendo cada uno

cincuenta y dos semanas y un día, á los siete se completaría otra semana, y ya el octavo año comenzaría el mismo día de la semana en que principió el primero; pero como hay años *bisiestos* ó de trescientos sesenta y seis días cada cuatro años, el ciclo solar no puede completarse si no es conteniendo *siete años bisiestos*, á fin de que el día de exeso de cada uno de estos complete otra semana, y entónces se verifique que comience el año veinte y nueve, en el mismo día de la semana en que comenzó el primero.

Ya veis señoritas que esto es curioso, fácil de comprender y fundado todo en la razón; pues una vez que tenéis sabido lo que es *ciclo*, voy á explicaros el de el *Aureo número* y la *Epacta*, datos que necesitáis para entender y explicar la mano de la *estampa*.

Ya hemos visto que las fiestas *fijas* caen *siempre* en la misma cantidad del mes, y cada veinte y ocho años tambien en el mismo día de la semana: ahora pues, vamos á ver que las *movibles* lo son porque se arreglan por el curso de la luna; y como esta tenga su movimiento *anual* mas rápido que el del sol, ha sido necesario otro ciclo para concordar ambos.

Este es el *Aureo número*, llamado así porque causó tanta sensacion su admirable combinacion, que en la antigüedad se escribía con letras de oro. El arregló el curso del sol y de la luna, así como el ciclo solar el de los días de la semana en que comienza el año; de manera que cada diez y nueve cumple la luna con el sol, toda la diversidad de conjunciones, cuartos crecientes, llenas y menguantes.

Ahora bien: respecto de la *Epacta*, para que vdes. bellas lectoras fácilmente comprendan lo que es, me tomo la libertad de hacerles observar que el año solar se compone, como llevamos visto arriba, de trescientos sesenta y cinco días, seis horas y minutos, y el lunar de trescientos cincuenta y cuatro, ocho horas, cuarenta y ocho minutos, treinta y seis segundos; así es que doce meses de sol, ó el año solar, exeden en cerca de once días, á doce meses de luna, ó sea al año lunar; de modo que, cuando el sol acaba el suyo, la luna tiene ya once días del año siguiente. Pues á este exeso es al que se llama *Epacta*, de las palabras griegas *Epi* que significa *sobre*, y *Acta* que quiere decir *exeso*. Téñese, pues, cada año mucho cuidado de juntar estos once días de *Epacta* con los del venidero: así es que si un año tuvo once, el siguiente tiene veinte y dos y el tercero treinta y tres; mas como treinta días forman ya un mes, se quitan, y solo se dice que tiene tres.

Para saber colocar todos estos ciclos, los hombres de todos tiempos han necesitado calentarse mucho la cabeza, haciendo cálculos de aritmética y álgebra; mas yo he escudriñado y revuelto muchos libros cansados, y manuscritos viejos y modernos, á fin de lograr que los podáis hacer, bellas mexicanas, sin necesidad de ocurrir á aquellos ramos de la ciencia. Estos ciclos son indispensables para la colocacion de las fiestas movibles en el calendario, muy en particular, la de la Pascua de Resurreccion, que como veréis mas adelante, arregla todas las demás.

Dios mandó á los judíos en el capítulo 13 del levítico: „Que celebraran la pascua, ó su paso por el mar rojo, el primer mes y la noche del día catorce.“ Hay que advertir que entónces el primer mes era marzo; porque el año de los judíos era lunar y de

tal modo arreglado, que se llamaba primer mes aquel, cuya llena caia en el dia del equinoccio ó inmediatamente despues.

La iglesia sin embargo no quiso alejarse mucho de esta regla, y decidió en el concilio de Nicea el año de trescientos veinte y cinco, que para distinguirnos de los judios, la pascua fuera celebrada, no el dia catorce de marzo, ó en el dia de la llena, *sino en el domingo inmediato*: así es que aunque caiga en domingo la llena, *no se celebra* aquella sino hasta el otro siguiente, de donde se deduce la regla infalible *que la pascua no debe jamas suceder antes* del veinte y dos de marzo, porque se ha sentado arriba que debe celebrarse el primer domingo *despues* del dia de la llena. Así cayó en el año de mil quinientos noventa y ocho, de mil seiscientos noventa y tres de mil ochocientos diez y ocho, y caerá en el de dos mil doscientos ochenta y cinco. Tampoco *podrá acaecer mas allá* del veinte y cinco de abril, lo que sucede raras veces, como en mil quinientos cuarenta y seis, mil seiscientos sesenta y seis, mil setecientos treinta y cuatro, y sucederá en mil ochocientos ochenta y seis, mil novecientos cuarenta y tres del siglo venidero, dos mil treinta y ocho y dos mil ciento noventa.

Pues bien, amables señoritas, á fin de saber *en qué dia* de los treinta y cinco que hay desde veinte y dos de marzo á veinte y cinco de abril inclusive, cae la Pascua de Resurreccion, necesitais tres datos para buscarlo en la mano; el primero el *Aureo número*, el segundo la *Epacta* y el tercero la letra Dominical. El primero lo vais á hallar sin necesidad de operaciones dificiles, aritméticas ó algebraicas, con el sencillo método del ejemplo siguiente. Quereis *verri gratia*, saber el del año de mil ochocientos cuarenta y dos: quitareis (como para buscar el Aureo número de todos los años del presente siglo) *se quitan* pues mil y quinientos: quedan trescientos cuarenta y dos; por cada veinte se cuenta una unidad, así es que los trescientos teniendo quince veinteos nos dan quince unidades y los cuarenta dos, hacen diez y siete, y los dos del pieo forman diez y nueve. Este pues será el Aureo número de cuarenta y dos. Si *pasare* de diez y nueve se rebajará *esta cantidad*, y el resto será el Aureo número buscado. Si aun despues de rebajados exediere de diez y nueve, *se volverá á rebajar esta suma*, y lo que quedare, espresará el número que se desca saber.

Siguiendo el ejemplo de mil ochocientos cuarenta y dos, ya que teneis el primer dato, señoritas preciosas, él os dará el segundo *que es la Epacta*, con solo repartir aquella suma en los tres puntos del dedo pulgar que veréis abajo de la mano: en él hay un cero, un número diez y un veinte. En el *cero* direis *uno*; en el *diez* *dos*; en el *veinte* *tres*; en el *cero* otra vez *cuatro*; en el *diez* *cinco*; en el *veinte* *seis*; en el *cero* *siete*; en el *diez* *ocho*; en el *veinte* *nueve*; en el *cero* *diez*; en el *diez* *once*; en el *veinte* *doce*; en el *cero* *trece*; en el *diez* *catorce*; en el *veinte* *quince*; en el *cero* *diez y seis*; en el *diez*, *diez y siete*; en el *veinte* *diez y ocho*; en el *cero* *diez y nueve*; y como esa sea la cantidad que sacamos arriba, y nos tocó acabar junto al cero, no tenemos mas que unir la cantidad que acabamos de repartir, con la que está en el dedo, como se practica cuando se acaba la reparticion en frente del diez ó del veinte; así es, que en nuestro caso, solamente dirémos diez y nueve en el cero, menos uno *que se rebaja siempre*, quedan diez y ocho que será la *Epacta* de mil ochocientos cuarenta y dos.

Quereis saber el Aureo número y la *Epacta* de mil ochocientos cuarenta y tres:

practicareis la misma operacion de rebajar mil y quinientos, y reunir las quince unidades de los trescientos restantes, a dos de los cuarenta, que harán diez y siete y tres del pico, veinte; mas como recordareis, lectoras bellas, que *siempre* que exeda de diez y nueve esta suma se rebajarán de ella diez y nueve, quedará en uno y esc diréis es el Aureo número de ochocientos cuarenta y tres. Con ese uno pasamos al dedo, y es evidente pararemos luego luego en el cero al decir uno; y como una unidad se rebaja *siempre* de la *Epacta* que dá el Aureo número repartido en los tres puntos del dedo, diréis que no hay *Epacta*, lo que se designa con una estrellita así *.

Ya veis preciosas, que sencillamente sabeis *buscar* y *hallar* el Aureo número y la *Epacta*, pues con mucha mayor facilidad hallaréis el tercer dato *necesario*, para saber por la mano *todas* las fiestas movibles de *todos* los años.

No tenéis mas trabajo que ver en la tablita que está al frente de la estampa el lugar en que se encuentra el número de la *Epacta* que ya supisteis por el dedo, y abajo vereis la letra Dominical que le toca. Continuando el ejemplo de mil ochocientos cuarenta y dos del que ya sabemos será la *Epacta* diez y ocho, ocurriendo á la tabla de la mano, *verémos* bajo este número diez y ocho, letra B; y como dijimos antes que para cuarenta y tres la *Epacta* será estrellita, ocurriendo á la misma tabla, veremos 43.*-A y A, será su letra dominical.

Pues muy bien, con este número sabido y la letra hallada, pasaremos á buscar en la mano todas las fiestas movibles de ochocientos cuarenta y dos y las hallaremos con él tan sencillo, como combinado método que sigue.

Busquemos, comenzando *por el 23* del dedo pulgar y hácia la *parte interior* de los dedos hasta donde encontrémos el número diez y ocho ya subido, y allí clavaremos un alfiler para evitar olvido. Luego por la *parte exterior* buscaremos la letra ya conocida que para cuarenta y dos hemos visto será B, no conformándonos con la primera que encontrémos, ni con las semejantes si las hubiere *antes* del alfiler clavado y *donde la hallemos* despues de él, clavaremos otro ó el mismo que nos sirvió; pues ya no es necesario en aquel lugar, y principiaremos á buscar las fiestas *comenzando á contar con el número de dias que se dice en frente de la mano*. Querémos, (verbi gratia) saber ¿á cuantos de qué mes de ochocientos cuarenta y dos caerá el miércoles de ceniza? buscaremos en frente de la mano y verémos que necesitamos comenzar la cuenta con cuatro de febrero; y así dirémos: *febrero cuatro en la D del pulgar*, cinco, en la E; seis, en la F; siete, en la G; ocho, en la A; nueve, en la B; y como allí está clavado el segundo alfiler, concluirémos acertivamente, diciendo que será ceniza á nueve de febrero. Querémos saber á cuantos será juéves santo, ocurrirémos como antes al frente de la mano, y como véamos diga, se debe comenzar la cuenta (*siempre* en la D del pulgar) con diez y nueve de marzo, dirémos en la D, marzo diez y nueve; en la E, veinte; en la F, veinte y uno; en la G, veinte y dos; en la A, veinte y tres; y en la B, veinte y cuatro; y como allí hallémos el alfiler, podemos con total seguridad decir: *caerá el juéves santo en el año venidero, en el mes de marzo, y á veinte y cuatro de él*. Querémos por último, saber á cuantos será Corpus, y haciendo la misma operacion, verémos frente á la mano, se debe comenzar á contar con veinte y uno de mayo en la D del pulgar, y

hallarémos será á veinte y seis del mismo, por estar el alfiler en la B. De este modo sencillo se determinan *todas las demás fiestas móviles*, empezando la cuenta *para todas*, en la D del pulgar, y con el número de días, que *para cada una* se dice al frente de la mano, y acabando por asegurar acaecerá *cada una*, en el número de días, con que lleguémos á la letra, en que se halla clavado últimamente el alfiler.

Hay que tener presente, bellas mexicanas, que cuando la *Epacta* sea veinte y cinco, podéis con razon dudar el lugar en donde clavar el alfiler, por encontrarse este número en dos puntos de la mano: en el uno, con el veinte y seis en esta forma, 26... XXV, y en el otro, de esta manera, 25...24. Para no errar pucs, tengo el gusto de advertiros deberéis adoptar el XXV de números romanos que está junto al 26, *siempre* que el Aéreo número de aquel año, fuere *menor de 12*; pero si fuere doce ó pasare de esta cantidad, tomaréis entónces el segundo 25 de números arábigos que está junto al 24, y allí clavaréis vuestro alfiler. Si hallareis alguna vez concurrir la letra Dominical con la *Epacta enfrentito*, no tomaréis aquella letra, y si la semejante que le siga para fijar en ella el alfiler. En las demás *Epactas* no hay cosa que dudar; y así, con entera confianza de que os saldrán bien vuestros cálculos, podeis clavarlo en el lugar donde las hallareis en la mano, recordando que la *estrellita es Epacta*, y en consecuencia tambien debe clavarse en ella cuando le toque á el año, como sucedió á los de mil ochocientos cinco, ochocientos veinte y cuatro, y sucederá á ochocientos cuarenta y tres.

Por último, encantadoras criaturas, si el año que buscáis fuere bisiesto, tendrá necesariamente dos letras Dominicales, y vosotras no haciendo caso de la primera, *buscaréis en la mano la segunda*; advirtiendo añadir entónces una unidad á las fiestas de enero y febrero; y *nada á las demás* de los meses siguientes. Si se acabare el mes en que se empieza á contar, sin llegar todavía á la letra Dominical apuntada en la mano con el alfiler, continuaréis con el siguiente hasta llegar á el lugar donde esté aquel; procurando no olvidar que aunque sea bisiesto el año, febrero para *esta cuenta* tiene *siempre* veinte y ocho días; y cuidando de contar los de treinta por treinta, y los de treinta y uno por treinta y uno: á fin de que los tengais presentes y á la vista, he puesto en la estampa de la mano, los doce meses con su número de días al frente.

Para mayor claridad os pondré el ejemplo de buscar el día de Pascua de Resurreccion del presente año de ochocientos cuarenta y uno: su Aéreo número es diez y ocho; porque quitados mil quinientos, los trescientos cuarenta y uno restantes nos dán diez y siete veintes, es decir diez y siete unidades, y la otra que sobra hasta 41, hacen el número diez y ocho: la *Epacta* que le tocó es siete; porque repartido aquel número en el dedo del modo que llevo dicho, al decir diez y ocho, tocamos con el veinte del dedo, cuyas dos sumas hacen treinta y ocho, y quitando los treinta, por haer un mes, y la unidad que se quita *siempre*, nos quedaron siete: su letra Dominical es C, porque es la que está en la tablita de la mano debajo de siete. Buscando en la mano el número siete de la *Epacta* por el derredor *interior* de los dedos desde la D del pulgar, venimos á hallarlo en la cima del dedo de en medio, y siguiendo de allí por la parte *exterior*, á buscar la letra C, darémos con ella en la segund

coyuntura del dedo cuarto ó anular. Clavado allí el alfiler, vemos al frente de la mano que para hallar *resurrección*, se comienza la cuenta con veinte y dos de marzo; y así dirémos: veinte y dos, en la D del pulgar; veinte y tres, en la E: veinte y cuatro, en la F; veinte y cinco, en la G; veinte y seis, en la A; veinte y siete, en la B; veinte y ocho, en la C; veinte y nueve, en la D; treinta en la E del índice; treinta y uno, en la F; 1.º de abril en la G; dos, en la A; tres, en la B; cuatro, en la C; cinco, en la D; seis, en la E del dedo de en medio; siete, en la F; ocho, en la G; nueve en la A; diez, en la B; once en la C del dedo anular, y como allí está el alfiler, dirémos que el domingo de pascua de mil ochocientos cuarenta y uno, cayó en el mes de abril y el día once.

Ved señoritas cualesquiera calendario de este año y quedaréis agradablemente satisfechas de la exactitud de este método.

En resumen señoritas, para que formados vuestros cálculos por lo dicho antes, podáis conocer si están ó no bien hechos, os diré *por regla general* que hallada la Pascua de Resurrección de cualquiera año, la septuagésima será sesenta y tres días *antes*; miércoles de ceniza, cuarenta y seis; primer domingo de cuaresma, cuarenta y uno; segundo domingo, treinta y cuatro días; tercer domingo, veinte y siete; cuarto domingo, veinte; quinto domingo, trece; y sexto, seis días; *antes de pascua toda*. Igualmente *antes del domingo de Pascua de Resurrección*, á los treinta y ocho días del miércoles de ceniza, será el viernes de Dolores; el juéves santo, á los cuarenta y cuatro, viernes santo á los cuarenta y cinco, y el sábado de gloria á los cuarenta y seis. Las fiestas móviles *después de pascua*, son: las rogaciones á los treinta y seis días; la Ascension, á los cuarenta; pentecostes, ó pascua de Espíritu Santo, á los cincuenta; la Santísima Trinidad, á los cincuenta y siete, y el juéves de Corpus, á los sesenta días.

Modo de saber los efectos de luna.

Para calcular las lunas nuevas, crecientes, llenas y menguantes, no os asustéis bellas, con creer necesitaréis instrumentos astronómicos, ni las tablas complicadas que para saber el instante en que suceden, les son indispensables á los astrónomos; á vosotras lectoras apreciables, os importa bien poco la exactitud de las horas y minutos, así es que para que sepáis *el día*, tengo el placer de daros la regla mas sencilla que he hallado.

Sabido el número de la *Epacta*, á este se le agrega una unidad *por cada uno* de los meses que hay de marzo á diciembre; y otra unidad mas que se llama *concurrente* y se agrega para conocer el día de la conjunción, *solo cuando* el mes antecedente á aquel en que se busca esta, tuvo treinta y un día. La suma del número de la *Epacta*, la del de los meses y la *unidad del concurrente*, si es que se agregó por haber tenido treinta y uno el mes anterior, se restará el todo de treinta, y lo que quedare señalará el día de la conjunción.

¡Queréis señoritas saber á cuantos será la conjunción del presente mayo del corriente año, en el que como ya sabéis la *Epacta* es siete; pues como tenemos que agregar una unidad por cada mes desde marzo, dirémos así: por marzo uno, y uno por

abril, dos, y otro por mayo tres; con que tres de meses, nada de concurrente porque abril tuvo treinta no mas, y siete de *Epacta*, hacen diez; á treinta van veinte, y así diremos que el día veinte será la conjunción del mes de mayo de mil ochocientos cuarenta y uno. ¡Queréis saber la de diciembre del mismo año corriente! direis siete de *Epacta*, diez, del uno por cada mes que hay desde marzo á diciembre y uno de concurrente, porque pasado junio á los demás meses *tengan ó no treinta y un días*, se les agrega aquella unidad, hacen diez y ocho; á treinta van doce: así es que á doce de diciembre podeis asegurar será la conjunción: quedaréis agradablemente satisfechas al ver la exactitud en cualesquiera buen calendario de este año.

Si el número de la *Epacta* fuere muy subido, como veinte y nueve por ejemplo, y se buscare la conjunción de un mes como diciembre, es evidente que veinte y nueve de *Epacta*, diez de meses, y uno de concurrente sumarán cuarenta. En este caso y sus semejantes, no se resta de treinta sino de sesenta, y se dirá que en el propuesto, será la conjunción á veinte, porque de sesenta hemos quitado cuarenta.

Como no haya reglas sin excepciones, esta tiene las suyas, y estas, que son pocas, las encontraréis en los siguientes *versillos* para fijarlas mas en la memoria, procurando aplicarlas en sus casos *literalmente*.

Excepciones de las reglas que es menester tener muy presentes para no equivocarse el cálculo.

Al consagraros mi afecto,
Bello sexo mexicano,
Para vuestro gusto y uso
Las reglas del calendario,
Os doy por esplicacion,
Que cuando es bisiesto el año
Y la *Epacta* sea una estrella,
A febrero sea quitado
Desde luego el *concurrente*;
Y lo hallaréis tan exacto
Cuanto á vuestra inteligencia
Puesto en término el mas claro.

Siendo *Epacta* veinte y seis
O veinte y siete, os encargo
No enumeréis *concurrente*
Al febrero ya citado,
Y pasando el mes de junio
El *concurrente* es probado
Que lo hay en todos los meses
Hasta el de diciembre helado.

Quando *Epacta* es veinte y tres
O veinte y dos, os aclaro,
Que en setiembre y en noviembre,

El *concurrente* es marcado
Con dos, en lugar del uno,
Que está puesto en todo caso;
Cuya regla es conveniente
Para nunca equivocaros.
Y si completaseis treinta,
O si de estos se ha pasado,
Del número de sesenta
Deben ser ellos restados.

Si el mes tiene treinta y uno
Y á primero se ha notado
Que hay conjunción, desde luego
La habrá al fin ya de contado.
Y si hay veinte y ocho de *Epacta*,
Como principio asentado,
Asegurad que á febrero
La conjunción le ha faltado.

Estas reglas niñas bellas,
Con sumo placer he dado,
Porque os deseo tan instruidas
Como un astrónomo sábio,
Y que como en diversion
Forméis vuestro calendario.

Método para responder en todo tiempo la edad de la LUNA.

Quando alguno os preguntare en *cualesquiera dia*, ¿qué edad tiene hoy la luna, ó lo que es lo mismo, cuántos dias hace que fué la conjuncion ó la llena? no tenéis señoritas mas que recordar *la fecha del dia en que se os haga la pregunta*, agregarle el número de la *Epacta* del año, y una unidad por cada uno de los meses desde marzo, como dijimos antes, y la suma os dará lo que buscáis. Por ejemplo: ¿qué edad tendrá la luna, el dia 11 del presente mayo en que salió este número del Semanario?

Diréis, de mayo once.....	11.	} 21.
De <i>Epacta</i> siete.....	7.	
De meses desde marzo tres.....	3.	

Luego hay desde la conjuncion veinte y uno, hasta el dia en que se pregunta, y esos diréis qué hace fué la conjuncion. En consecuencia la llena fué seis dias antes del once de mayo.

Hay que hacer una pequeña reflexion, y es, que todos los efectos de luna acaecen en *el dia astronómico*, y los astrónomos cuentan sus dias, no desde las doce de la noche á las doce de la *noche siguiente*, como nosotros, sino desde las doce del dia, á las doce del *dia siguiente*, por lo que puede sucederos que segun las cuentas que hagais la conjuncion sea el dia quince por las reglas dadas, y resulte en el calendario que fué la víspera en la tarde ó en la mañana siguiente.

Método para averiguar el dia de la semana en que una persona nació.

Por complemento de este artículo, os explicaré, amabilísimas lectoras, una curiosidad que no os será desagradable practicar. Todos sabemos por lo regular, la fecha del dia en que nacimos ó en el que nos ha acaecido alguna cosa próspera ó adversa; como el dia de la boda, muerte de nuestros padres, de nuestros hijos ó amigos ó otro notable accidente; pero ignoramos por lo comun en qué dia de la semana cayó esa fecha, y esto que es curioso y á veces interesante lo averiguaréis con las tablitas que pongo *para este objeto* á el fin de este artículo que he tenido la complacencia de trabajar *exclusivamente* para vosotras. Una linda mexicana sabe que nació el dia catorce de enero de mil ochocientos veinte y cinco, no tiene mas que buscar la Dominical de aquel año en la tabla titulada *cómputos desde 1800 á 1900*, y allí verá que la que tocó á 825 fué B., y pasando á ver que letra tiene á su lado ese dia catorce de enero en la tabla rotulada *Letras perpetuas para cada dia del año*, hallará que es G. Pues para saber qué dia de la semana es esa G., recorrerémos *hácia atrás* las siete Dominicales siguientes: B. A. G. F. E. D. C., y dirémos, B, fué domingo. C, lúnes. D, mártes. E, miércoles. F, juéves y G viérnes. Luego la señorita que salió á luz el 14 de enero de 1825, nació en un dia viérnes, sin que pueda haber equivocacion en esto.

El dia 23 de junio de 1767 se publicó en México el bando de espulsion, y se aprendió á los jesuitas. En la tabla rotulada *Letras perpetuas*, veréis en junio toca á el 23 la letra F. que apuntaréis; y en la titulada *Epactas y Dominicales desde*

1750 á 1799 veréis que á 1767 le tocó por Dominical la D, ocurriendo á las letras B. A. G. F. E. D. C., dirémos, D, *foé* domingo; E, *lunes*; F, *mártes*, luego la F nos dice que *foé* *mártes* el 23, y podeis asegurar que la orden para la espulsion jesuitica se publicó y ejecutó en México el *mártes* 23 de junio de 1767.

Para comprobar vosotras mismas la exactitud infalible de este método sencillo, no teneis mas señoritas, que recordar un suceso del cual sepais la fecha y día de la semana, decid á una amiga vuestra lo busque por las reglas dadas, y veréis con gusto, por la facilidad con que lo acierte, la seguridad que debeis dispensar á la operación.

Ya me parece os veo arrugar esas arqueadas cejas que los poetas llaman arcos, desde donde Cupido, asestando sus flechas á nuestros bravos pechos, convierte nuestras entrañas en las de tímidas palomas, y temeroso de fustidiar vuestra preciosa atención, he reducido este artículo á lo que indispensablemente exige la claridad de explicación: si por esta causa algo pareciere oscuro, á la menor insinuación vuestra, me apresuraré á explicarlo mas. Por ahora termino el artículo dándoos hechos los cálculos desde 1800 á 1900: los corridos hasta el presente año, para que viendo cualesquiera calendario de los pasados que tengais á mano, os aseguréis de la conformidad; y los venideros, para que haciendo el cálculo vosotras por las reglas que he tenido la honra de indicaros, ya como adivinanzas de tertulia, en las vuestras, ó ya ayudadas por pasatiempo de vuestros inmediatos admiradores que disfrutan la dicha inapreciable de trataros con familiaridad, podais confrontar y no quedaros, hermosas, ni la duda mas pequeña del acierto.

Perdonad señoritas este pequeño obsequio á el que todo género de trabajo que hubiere impendire en arreglarlo de la manera que os lo presenta, lo dará por bien empleado si mereciere la buena acogida que es esperable de las finas é ilustradas suscriptoras del Semanario de las Señoritas Mexicanas, á quienes, si se dignan suscribirse, avisándolo á los señores editores del Semanario, ó apuntando su nombre en la lista que al efecto llevarán los repartidores al entregar el número siguiente á este, dedicaré el año entrante, comenzando en enero, un cuaderno cada quince dias el 1.º y medio del mes, con una graciosa carátula, una ó dos litografías finas y de escogido dibujo y veinte páginas de tamaño y letra de este Semanario por cuatro reales que importa su costo de imprenta, estampa y papel, conteniendo puras curiosidades instructivas y divertidas, *todo clásico ó romántico*, cuyos cuadernos al fin del año formarán dos tomos completos que no desdeñarán tener en su biblioteca los viejos y los jóvenes, los sabios y el bello sexo. El redactarlos ha costado algunos años de desvelos y trabajo á el autor de este artículo, quien al tener el sentimiento de cesar de hablaros, bellas mexicanas, paladea la satisfacción de deciros atentamente os besa los pies.

Manuel Micheltorena.



EPACTAS Y DOMINICALES DESDE 1840 A 1900.

Años	1840	41	42	43	44	45	46	47	48	49	50	51	52	53	54	55
Epaetas	26	7	18	*	11	22	5	14	25	6	17	28	9	20	1	12
Dominicales	C D	C	B	A	F G	E	D	C	B A	G	F	E	D C	B	A	G

Años	56	57	58	59	60	61	62	63	64	65	66	67	68	69	70	
Epaetas	25	4	15	26	7	18	*	11	22	5	14	25	6	17	28	
Dominicales	F E	D	C	B	A G	F	E	D	C B	A	G	F	E	D	C	B

Años	71	72	73	74	75	76	77	78	79	80	81	82	83	84	85	
Epaetas	9	20	1	12	23	4	15	26	7	18	*	11	22	5	14	
Dominicales	A	G	F	E	D	C	B	A	G	F	E	D	C	B	A	G

Años	86	87	88	89	90	91	92	93	94	95	96	97	98	99	1900	
Epaetas	23	6	17	28	9	20	1	12	23	4	15	26	7	18	*	
Dominicales	C	B	A	G	F	E	D	C	B	A	G	F	E	D	C	B

Día del mes con que se comienza á contar en la D de Pulgar para sacar las fiestas anuales.

Septuagésima con 18 de Enero.

Sexagésima con 25 de Enero.

Quincuagésima con 1.º de Febrero.

Ceniza con 4 de Febrero.

Dominica primera de Cuaresma con 8 de id.

Témporas con 11 de Febrero.

Dominica segunda con 15 de Febrero.

Dominica tercera con 22 de id.

Dominica cuarta con 1.º de Marzo.

Domingo de Pasion con 8 de id.

Viernes de Dolores con 15 id.

Jueves Santo con 19 id.

Resurreccion con 22 id.

Dominica in Alvis con 29 id.

Dominica segunda con 5 de Abril.

Dominica tercera despues de Pascua con 12 idem.

Patriocinio con id. id.

Dominica cuarta con 19 id.

Dominica quinta con 26 id.

Las letanias los tres dias siguientes á la anterior Dominica.

Ascencion con 5º de Abril.

Pentecostes con 10 de Mayo.

Santisima Trinidad con 17 de Mayo.

Témporas de la Trinidad Santísima con 15 id.

Corpus Cristi con 21 id.

Dominica segunda despues de pentecostes, con 24 id. y así se sacan las otras dominicas despues de pentecostes añadiendo 7 á la última que se sacó.

El adviento se saca viendo en el siguiente renglon la Dominical del año y arriba se hallará la fecha del día.

27, 28, 29, 30
B C D E | de Noviembre.

1, 2, 3,
F G A | de Diciembre.

Las dominicas despues de Pentecostes son ya mas ya menos; pues si la dominal hallada está con el dedo pulgar ó en la raya que se sigue serán 28; si en el índice 27; si el dedo del medio 26; en el anular 25; si en el meñique 24 y si mas abajo 23.

Las otras témporas caen despues de la dominica tercera de adviento y despues de 14 de Septiembre, en miércoles viernes y sábado.

Las velaciones se cierran desde Ceniza hasta el domingo in *Alta* y desde adviento hasta el día de Reyes ambos inclusivos.

COMPUTOS DESDE 1.800 A 1.900 INCLUSIVOS.

Años	AUREO-NÚMERO.	EPACTA.	LETRA DOMINICAL.	CICLO SOLAR.	INDICCIÓN ROMANA.	LETRA DEL MARTIROLOGIO
1800	15	4	F E	17	3	d
801	16	15	D	18	4	a
2	17	26	C	19	5	G
3	18	7	B	20	6	r
4	19	18	A G	21	7	t
5	1	*	F E	22	8	P
6	2	11	E	23	9	l
7	3	22	D	24	10	C
8	4	3	C B	25	11	c
9	5	14	A	26	12	P
10	6	25	F G	27	13	F
11	7	6	E	28	14	f
12	8	17	E D	1	15	s
13	9	28	C	2	1	M
14	10	9	B A	3	2	i
15	11	20	A	4	3	A
16	12	1	G F	5	4	a
17	13	12	E	6	5	m
18	14	23	D	7	6	D
19	15	4	C	8	7	d
20	16	15	B A	9	8	q
21	17	26	G	10	9	G
22	18	7	F E	11	10	g
23	19	18	E	12	11	t
24	1	*	D C	13	12	P
25	2	11	B	14	13	l
26	3	22	A	15	14	C
27	4	3	G	16	15	c
28	5	14	F E	17	1	P
29	6	25	D	18	2	F
30	7	6	C	19	3	f
31	8	17	B	20	4	s
32	9	28	A G	21	5	M
33	10	9	F	22	6	i
34	11	20	E	23	7	A
35	12	1	D	24	8	a
36	13	12	C B	25	9	m
37	14	23	A	26	10	D
38	15	4	G	27	11	d
39	16	15	F	28	12	q
40	17	26	E D	1	13	G
41	18	7	C	2	14	g

Años	AUREO-NÚMERO.	EPACTA.	LETRA DOMINICAL.	CICLO SOLAR.	INDICCIÓN ROMANA.	LETRA DEL MARTIROLOGIO
1842	19	18	B	3	15	t
843	1	*	A	4	1	P
44	2	11	G F	5	2	l
45	3	22	E	6	3	C
46	4	3	D	7	4	c
47	5	14	C	8	5	p
48	6	25	B A	9	6	F
49	7	6	G	10	7	f
50	8	17	F E	11	8	s
51	9	28	E	12	9	M
52	10	9	D C	13	10	i
53	11	20	B	14	11	A
54	12	1	A	15	12	a
55	13	12	G	16	13	m
56	14	23	F E	17	14	D
57	15	4	D	18	15	d
58	16	15	C	19	1	q
59	17	26	B	20	2	G
60	18	7	A G	21	3	g
61	19	18	F	22	4	t
62	1	*	E	23	5	P
63	2	11	D	24	6	l
64	3	22	C B	25	7	C
65	4	3	A	26	8	c
66	5	14	G	27	9	P
67	6	25	F	28	10	F
68	7	6	E D	1	11	f
69	8	17	C	2	12	s
70	9	28	B	3	13	M
71	10	9	A	4	14	i
72	11	20	G F	5	15	A
73	12	1	E	6	1	a
74	13	12	D	7	2	m
75	14	23	C	8	3	D
76	15	4	B A	9	4	d
77	16	15	G	10	5	q
78	17	26	F	11	6	G
79	18	7	E	12	7	g
80	19	18	D C	13	8	t
81	1	*	B	14	9	P
82	2	11	A	15	10	l
83	3	22	G	16	11	C

AÑOS	AUREO NUMERO.	EPACTA.	LETRA DOMINICAL.	CICLO SOLAR.	INDICACION ROMANA.	LETRA DEL MARTIROLOGIO.
1884	4	3	F E	17	12	c
885	5	14	D	18	13	P
86	6	25	C	19	14	F
87	7	6	B	20	15	f
88	8	17	A G	21	1	s
89	9	28	F	22	2	M
90	10	9	E	23	3	i
91	11	20	D	24	4	A

AÑOS	AUREO NUMERO.	EPACTA.	LETRA DOMINICAL.	CICLO SOLAR.	INDICACION ROMANA.	LETRA DEL MARTIROLOGIO.
1892	12	1	C B	25	5	a
893	13	12	A	26	6	m
94	14	23	G	27	7	D
95	15	4	F	28	8	d
96	16	15	E D	1	9	g
97	17	26	C	2	10	G
98	18	7	B	3	11	g
1899	19	18	A	4	12	t

LETRAS PERPETUAS PARA CADA DIA DEL AÑO.

ENERO.

A.	1.	8.	15.	22 y 29.
B.	2.	9.	16.	23 y 30.
C.	3.	10.	17.	24 y 31.
D.	4.	11.	18 y 25.	
E.	5.	12.	19 y 26.	
F.	6.	13.	20 y 27.	
G.	7.	14.	21 y 28.	

MARZO.

D.	1.	8.	15.	22 y 29.
E.	2.	9.	16.	23 y 30.
F.	3.	10.	17.	24 y 31.
G.	4.	11.	18 y 25.	
A.	5.	12.	19 y 26.	
B.	6.	13.	20 y 27.	
C.	7.	14.	21 y 28.	

MAYO.

B.	1.	8.	15.	22 y 29.
C.	2.	9.	16.	23 y 30.
D.	3.	10.	17.	24 y 31.
E.	4.	11.	18 y 25.	
F.	5.	12.	19 y 26.	
G.	6.	13.	20 y 27.	
A.	7.	14.	21 y 28.	

JULIO.

G.	1.	8.	15.	22 y 29.
A.	2.	9.	16.	23 y 30.
B.	3.	10.	17.	24 y 31.
C.	4.	11.	18 y 25.	
D.	5.	12.	19 y 26.	
E.	6.	13.	20 y 27.	
F.	7.	14.	21 y 28.	

FEBRERO.

D.	1.	8.	15 y 22.
E.	2.	9.	16 y 23.
F.	3.	10.	17 y 24.
G.	4.	11.	18 y 25.
A.	5.	12.	19 y 26.
B.	6.	13.	20 y 27.
C.	7.	14.	21 y 28.

ABRIL.

G.	1.	8.	15.	22 y 29.
A.	2.	9.	16.	23 y 30.
B.	3.	10.	17 y 24.	
C.	4.	11.	18 y 25.	
D.	5.	12.	19 y 26.	
E.	6.	13.	20 y 27.	
F.	7.	14.	21 y 28.	

JUNIO.

E.	1.	8.	15.	22 y 29.
F.	2.	9.	16.	23 y 30.
G.	3.	10.	17 y 24.	
A.	4.	11.	18 y 25.	
B.	5.	12.	19 y 26.	
C.	6.	13.	20 y 27.	
D.	7.	14.	21 y 28.	

AGOSTO.

C.	1.	8.	15.	22 y 29.
D.	2.	9.	16.	23 y 30.
E.	3.	10.	17.	24 y 31.
F.	4.	11.	18 y 25.	
G.	5.	12.	19 y 26.	
A.	6.	13.	20 y 27.	
B.	7.	14.	21 y 28.	

SETIEMBRE.				OCTUBRE.					
F.	1.	8.	15.	22 y 29.	A.	1.	8.	15.	22 y 29.
G.	2.	9.	16.	23 y 30.	B.	2.	9.	16.	23 y 30.
A.	3.	10.	17 y	24.	C.	3.	10.	17.	24 y 31.
B.	4.	11.	18 y	25.	D.	4.	11.	18 y	25.
C.	5.	12.	19 y	26.	E.	5.	12.	19 y	26.
D.	6.	13.	20 y	27.	F.	6.	13.	20 y	27.
E.	7.	14.	21 y	28.	G.	7.	14.	21 y	28.
NOVIEMBRE.				DICIEMBRE.					
D.	1.	8.	15.	22 y 29.	F.	1.	8.	15.	22 y 29.
E.	2.	9.	16.	23 y 30.	G.	2.	9.	16.	23 y 30.
F.	3.	10.	17 y	24.	A.	3.	10.	17.	24 y 31.
G.	4.	11.	18 y	25.	B.	4.	11.	18 y	25.
A.	5.	12.	19 y	26.	C.	5.	12.	19 y	26.
B.	6.	13.	20 y	27.	D.	6.	13.	20 y	27.
C.	7.	14.	21 y	28.	E.	7.	14.	21 y	28.

NOTA. Si fuere el año bisiesto serán en febrero F, el 25—G, el 26—A, el 27—B, el 28—y C, el 29.

Para fijar en la memoria las letras con que empieza cada mes, supuesto que ya se sabe no son mas que de la A á la G en el orden alfabético, y que llegando á la G se vuelve á comenzar con la A, no puedo marcarlas mejor que señalando cada letra con que empieza el mes con una de aquellas cualidades que tanto realzan á las bellas mexicanas.

MESES.	CUALIDADES DE LAS LETRAS MEXICANAS.
Enero	A-mabilidad.
Febrero.....	D-ulzura.
Marzo.....	D-elicadeza.
Abril.....	G-enerosidad.
Mayo.....	B-eneficencia.
Junio.....	E-stilo.
Julio.....	G-arvo.
Agosto.....	C-astidad.
Setiembre.....	F-ranqueza.
Octubre.....	A-fabilidad.
Noviembre.....	D-onaire.
Diciembre.....	F-idelidad.

EPACTAS y Dominicales desde 1750 hasta 1799 para averiguar el día de la semana de su nacimiento ó algun suceso notable, próspero ú adverso, á las personas de los 50 últimos años del Siglo próximo pasado.

Años.	EPACTA.	LETRA DOMINICAL.	Años.	EPACTA.	LETRA DOMINICAL.
1750	22	D	1775	28	A
751	3	C	776	9	G F
52	14	B A	77	20	E
53	25	G	78	1	D
54	6	F	79	12	C
55	17	E	1780	23	B A
56	28	D C	781	4	G
57	9	B	82	15	F
58	20	A	83	26	E
59	1	G	84	7	D C
1760	12	F E	85	18	B
761	23	D	86	*	A
62	4	C	87	11	G F
63	15	B	88	22	E
64	26	A G	89	3	D C
65	7	F	1790	14	B
66	18	E	791	25	G F
67	*	D	92	6	A G
68	11	C B	93	17	F
69	22	A	94	28	E
1770	3	G	95	9	D
771	14	F	96	20	C B
72	25	E D	97	1	A
73	6	C	98	12	G
74	17	B	99	23	F



FÍSICA.

CONTINUANDO las nociones elementales de esta ciencia que publicamos en el número 7 del primer tomo, nos reduciremos á dar una idea del aparato inventado por Cavendish, por medio del cual ha demostrado experimentalmente la propiedad esencial de la materia que se llama *Atraccion*; pero segun ofrecimos en nuestro número anterior con motivo del comunicado de las señoritas zacatecanas, ampliaremos un poco mas las ideas generales de esta propiedad de la materia.

Galiléo habia sometido ya á cálculo los fenómenos que acompañan la caída de los cuerpos á la superficie de nuestro globo; habia reconocido que el aire presentando á los cuerpos que le atraviesan una resistencia proporcional á su volúmen, era la única causa de las diferencias que se notan en la velocidad con que caian. Kepler despues de veinte años de trabajos, encontró al fin las leyes que arreglan la marcha de los cuerpos celestes, el camino que deben recorrer y el tiempo que debe durar su revolucion: estas leyes eran la espresion literal de la gravitacion: pero semejante empresa requeria todo el genio de Newton, único que llegó á esplicar hasta entónces y á preveer con esactitud los fenómenos mas complicados, los cambios mas grandes y las perturbaciones mas diversas que presentan; pero no contento con estos adelantos astronómicos, reconoció bien pronto que la caída de los cuerpos á la superficie de la tierra, obedecia á la misma ley que la marcha de los planetas y proclamó la atraccion universal; es decir, que suponiendo todas las moléculas de la materia dotadas de una fuerza de atraccion las unas hácia las otras, pudo dar razon de todos los fenómenos respectivos de la gravitacion.

No parecerá inútil observar que estas palabras atracción, gravitación y pesantez, no son sino la expresión de los fenómenos sin pretender jamás hacer conocer por ellas la causa que los produce, causa que no conocemos hasta ahora. La atracción ¿será el resultado de una propiedad inherente á la materia? ¿En este caso de dónde viene esa propiedad? ¿Es el resultado de la acción de un fluido particular? ¿O resulta del movimiento interior de las moléculas? ¿O es el producto de la repulsión? Estas cuestiones nos conducirían al absurdo de suposiciones y de sistemas semejantes á aquellos por medio de los cuales se ha intentado, aunque en vano, hacer conocer las causas primarias de todo lo que existe, y en unas lecciones dedicadas al bello sexo mexicano, es claro que solo debemos reducirnos á lo que pertenece especialmente á la física y al estudio de los diferentes fenómenos que manifiestan la pesantez y la atracción.

De estos fenómenos los unos son idénticos con la atracción de los cuerpos celestes, y no son sino una continuación, un efecto sobre el globo que habitamos y sobre todos los objetos que hacen parte de él: esta es la pesantez propiamente dicha. Los otros son considerados por la mayor de los físicos como una modificación de la atracción, y los designan bajo el nombre de atracción molecular ó de afinidad ó bien de fuerza de cohesión. En estos fenómenos la atracción no se manifiesta sino á muy pequeñas distancias: en algunos sin duda en virtud de la atracción mas fuerte entre ciertas moléculas, y mas débil entre otras producen la combinación de los cuerpos. En otra lección nos ocuparemos de la pesantez ó gravedad y de sus diversos fenómenos generales.

Para terminar espondremos el modo de que se ha valido

Cavendish para demostrar la atracción que es el siguiente.

Se cuelga del techo de un cuarto una varilla metálica muy delgada, suspendida por una hebra de seda cruda y tal como se obtiene al devanar el capullo. Manteniendo horizontalmente la varilla se encorba en ángulo recto y hacia abajo por sus dos estremidades de las cuales penden bolitas de una sustancia muy ligera. Debajo de esta varilla hay una gruesa barra de hierro fuertísima que tiene en cada punta dos esferas de plomo del peso de diez y siete arrobas. Esta barra descansa por su medio en un eje que atraviesa el pavimento; todas las aberturas están emparedadas á excepción de una sola serrada con un cristal claro por donde se alumbra el aparato con una lámpara colocada detrás y fuera de la habitación. Para observar, se mira por un antejo que atraviesa la pared. Todas estas precauciones se emplean para evitar las agitaciones del aire que perjudicarían al experimento. Estando paralelas entre sí las dos barras y colocados en una misma línea los centros de las cuatro bolas, un mecanismo dispuesto por fuera permite imprimir movimientos sobre su eje al travesero, que sostiene las esferas de plomo. Apenas se han desviado se ve á las bolitas mudar de sitio y torcer el hilo, del cual pende la palanca ó varilla en que están, pasan mas allá de las gruesas, oscilan opuestas á las grandes y al fin se paran. La fuerza atractiva de las esferas grandes puede medirse por el esfuerzo que haga la seda torcida. Este experimento deja enteramente fuera de duda la fuerza atractiva de la materia.

Podría hacerse esta objeción: „¿Cómo es que una esfera de plomo de diez y siete arrobas es capaz de comunicar á las bolitas movimientos de oscilación, como las arrastra en pos de sí, obligándolas á trazar muchas

circunferencias en tanto que el Chimborazo y los montes Schalienos apenas influyen en la plomada? Pero podemos contestar que para desviar la plomada se necesita una fuerza capaz de luchar contra la de la tierra que mantiene aquella vertical, mientras que en el aparato de Cavendish los cuerpos son desalojados al rededor de un circulo horizontal y sin apartarse de la perpendicular.—*I. G.*

(*Se continuará.*)



CORRESPONDENCIA ESTERIOR.

En los últimos periódicos de los Estados-Unidos del Norte hemos leído que nunca las sesiones del congreso de Washington habian sido favorecidas por tantos espectadores de ambos sexos. Un senador propuso se admitiese á las señoras en el recinto del senado, privilegio que se les habia concedido hace mucho tiempo, pero que perdieron á virtud de haber tomado una parte muy activa en una discusion importante, pues que al momento que subia á la tribuna algun orador de opinion contraria al público femenino; este se levantaba y dejaba la asamblea. En castigo de esta manifestacion de irreverencia el senado privó la entrada á las mugeres, y parece que todavia conserva algun resentimiento porque la proposicion del senador Mr. Novel fué desechada por veinte y seis votos contra diez y nueve despues de muchos dias de una animada discusion. Los periódicos Whigs anunciaban á las ladys americanas que con el nuevo presidente Harrison comenzaria un régimen mas galán y mas urbano con respecto al bello sexo; pero la muerte del mencionado presidente ha destruido todas sus esperanzas.—*I. G.*

Mayo 18 de 1841.

LITERATURA.

Dos acepciones distintas tiene esta palabra; significa á veces el conocimiento de las bellas letras, y abraza en otras todas las producciones literarias de las naciones.

Hasta aquí habíamos dado á nuestras amables suscriptoras algunos artículos tanto nacionales como extranjeros de literatura, tomada esta palabra en su segunda acepción: hoy vamos á dedicarles uno de literatura tomada bajo la primera.

El conocimiento de las bellas letras supone el profundo estudio de todos los ramos del arte de escribir y de todas las obras á que este se aplica; de manera que no habrá verdadera literatura en una persona, ó no podrá llamarse verdaderamente literata, si no posée los conocimientos necesarios sobre la epopeya heroica y cómica, la tragedia y la comedia, las diversas clases que hay de sátiras, los cuentos, las fábulas, los romances, los tratados de los moralistas, la historia antigua y moderna, especialmente la primera, cuyo mérito literario hace frecuentemente el primer papel; en fin, la elocuencia aplicada á las diferentes especies de composiciones, y á cada escena particular del drama de la vida humana. Esta multitud de conocimientos pueden adquirirse de dos modos, ó por una memoria feliz que los reciba y reproduzca como un guarda seguro y fiel, ó por el auxilio de una segunda memoria, que yo llamaría juicio, por el que nos apropiamos todo lo que la otra ha retenido. Se puede saber muy bien el objeto y la marcha de una composición cualquiera, los nombres de los personajes que rolan en ella, y aun sus acciones y sus mismas palabras, y sin embargo, no conocer la obra

de que tenemos á nuestra disposicion todos los elementos. De aqui se deduce, por una consecuencia natural, que la literatura no es una ciencia de palabras, sino mas bien de cosas, y que no será literata una persona, si no ha estudiado ántes el arte de pensar, ya sea en los tratados especiales que sobre el asunto han escrito los filósofos, ó ya en los trabajos del genio, que despues de haber adivinado las reglas por un instinto sublime, tiene el cuidado de llamar despues en su auxilio á la razon, para adquirir la facultad de crear, de ordenar y de combinar las felices disposiciones que ha recibido de la naturaleza: por consiguiente no puede haber literatura sin lógica. Pero no creais por esto, mis amables lectoras, que os he cerrado la puerta de la literatura. La lógica que se necesita para entrar al vestibulo de las bellas letras, no es ciertamente el estudio cansado de las aulas, ni los conocimientos alambicados de la sofistería. Vdes. tienen ya sobrados elementos de esta ciencia, aunque tal vez alguna no habrá visto su nombre sino en el índice de nuestro primer tomo, porque de propósito no quisimos asustarla usando de él, cuando podíamos en su lugar llamar á esta ciencia Perfeccion de las facultades intelectuales, y en las páginas 161 y 387 del tomo primero, sin saberlo, han aprendido dos lecciones de lógica, y bajo este mismo nombre continuaremos dando otras en los números siguientes. Pero prosigamos nuestras ligeras indicaciones sobre la literatura.

Siendo el corazon humano el foco de las pasiones que agitan la tierra, y no siendo otro el objeto de la literatura, que el de representar al vivo á los seres humanos, debe estudiar ántes que todo en sus mas secretos asilos, los movimientos que determinan sus acciones, y que co-

mo los vientos que combaten á un mar agitado, los arrastran con frecuencia en sentidos contrarios. Homero, instruido por la naturaleza, (al menos no conocemos á los predecesores de ese divino poeta) la siguió con la mas admirable y esacta fidelidad. Los griegos que le sucedieron han immortalizado sus nombres, y entre los romanos, Lucrecio, Ciceron, Tito-Livio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Phedro, Séneca y aun el mismo Tácito, han investigado el corazon humano sin encontrarle el fondo. Sin hablar de Shakspeare, de Milton, de Pope entre los ingleses; del Dante, del Ariosto y del Tasso entre los italianos, observadores todos y pintores hábiles de nuestra especie, ¡cuántas observaciones nuevas sobre el hombre no debemos á los literatos franceses, españoles y mejicanos! Montaigne, Labruyere, La Rochefaucault, Pascal, Bossuet, Fenelon, Masillon, Lafontaine y Molière; Cervantes, Lope de Vega, Calderon, fray Luis de Leon, el padre Isla, Jovellanos y Alarcon, Alegre, Alzate, y tantos otros que onuitimos por no molestar á nuestras lectoras, han empleado sus mayores conatos en estudiar al hombre en todos los tiempos y lugares.

Despues de estudiar la raza humana en general, la literatura exige el estudio de los individuos de ella en particular, modificados por el clima, las leyes y las costumbres, de que resultan los diferentes grados de civilizacion, y los cambios de su grandeza y decadencia, comparando por ejemplo, á los romanos en la época del consulado con los de los tiempos de César. Todos estos estudios se encuentran en el dominio de la literatura, pues sin ellos le faltaria la base para asegurar sus juicios.

Siendo el hombre ó la muger seres morales, la persona literata debe estudiar ademas las leyes de la moral. Las unas universales y soberanas, forman en cierto modo la

conciencia del género humano; las otras particulares y dueñas absolutas de tal ó tal sociedad constituyen la conciencia de cada pueblo. Las primeras, aunque grabadas, y por decirlo así, innatas en nuestra alma, esplendor de la inteligencia y del corazón para el uso de la vida, como la luz del día son tan claras, que se atraen el respeto y llevan consigo un convencimiento que á nadie falta en el silencio de las pasiones. Las segundas violan frecuentemente las primeras, proviniendo este mal, ya del estado social en el país ó en el mundo al tiempo de la institución de un pueblo, ya de la ignorancia y de las preocupaciones del legislador, ó ya finalmente de las circunstancias que han dominado su genio ó sus fines particulares. En resúmen, la literatura debe dar entrada á la filosofía, árbitra suprema de todo lo que puede obtener hoy los sufragios de los naciones civilizadas.

De ella es hermana la crítica, discípula de la razón y de la filosofía, y sin la cual, así como sin el estudio del corazón humano, no sería sino una vana ocupación del alma ó un frívolo adorno de la memoria. «Es admirable, dice Montaigne, que tengamos mas poetas que jueces ó intérpretes de poesía; porque es mas fácil hacer que conocer las razones de lo que se hace» Las mas veces el mundo concede, como el filósofo, la inmortalidad á los célebres maestros, lo mismo que á los bellos ingenios, cuyas obras pesa en las balanzas de una justicia tan ilustrada como imparcial. Por lo demas, estos honores de la igualdad en la gloria decretados á la crítica, no dejan de tener su fundamento, pues que para servirme de una expresión familiar, que dará á conocer mas bien mi pensamiento: los que hacen mejor una cosa, no son siempre los que mejor juzgan de ella ó de sus semejantes: sin embargo, al lado de los errores, en que cae el genio cuando se distrae de la

funcion de crear para entregarse á la de criticar ó de caracterizar las producciones de otros, sus mas sublimes lecciones son en las obras maestras el fruto de la inspiracion y de la meditacion de los hombres superiores, pues que estas mismas obras maestras son la fuente de que sacan los jueces de la profesion las reglas que les sirven de guia y de norte en sus observaciones.

Es preciso notar tambien que los grandes escritores nos ilustran tanto con sus faltas como con sus bellezas; estas llaman mas la atencion cuanto mas viva ha sido la admiracion que aquellas nos han inspirado, mostrándonos la enorme diferencia que hay entre lo verdadero y lo falso, lo natural y lo afectado, lo bajo y lo sublime. Mas sea cual fuere la autoridad de esos críticos que nos instruyen con el ejemplo de sus obras, sea cual sea la confianza que nos merecen esos escritores que consagran su vida á presentarse siempre como los oráculos de la literatura, ni los unos ni los otros son bastantes para las necesidades del siglo filosófico en que vivimos. En efecto, merced á las luces que se difunden diariamente, y á las ideas mas justas que ha sembrado la civilizacion, merced al órden que la filosofía ha establecido en los sentimientos, al cuidado que ha tomado en dar un valor real á las cosas, y en colocar en el templo de la gloria á los derechos legítimos y no á las opiniones usurpadas, casi todos los juicios literarios aguardan una última revision, que hará de ellos la imparcialidad de los siglos en la edad viril de la razon del mundo. A preparar y á anticipar este juicio, está destinada la crítica; y esta sublime mision debe darle mas importancia, especialmente á los ojos de los literatos contemporáneos, infundiendo en ellos una idea mas elevada de sí mismos, de sus trabajos, de sus deberes y del noble premio que les está destinado.

Hasta aquí no he hablado de la erudicion que comprende el conocimiento de los hechos, de los lugares, de los tiempos, de los monumentos, de los usos y de las costumbres, y que exige ademas estar iniciada la persona que la tiene en el conocimiento profundo de los trabajos de los eruditos, para esclarecer los hechos, fijar las épocas y escritos de los antiguos, y los monumentos de los pueblos pasados ó de los presentes. Sin duda la erudicion pertenece esencialmente á la literatura, pero compone una ciencia aparte, que tiene su templo particular: así es que, sin separarla de la literatura, la que tiene una gran necesidad de ella, es preciso dejar la erudicion en su esfera particular, aguardando al tiempo en que todos los literatos sean eruditos y todos los eruditos literatos.

La segunda acepcion de la palabra literatura, que abraza todas las obras literarias de una nacion, excita desde luego una idea primordial, y es la necesidad de comparar todas las literaturas entre sí. Cuando el mundo no conocia mas de la literatura griega y la romana, no era tan necesaria esta comparacion; pero hoy que casi todas las naciones tienen su literatura particular, es absolutamente indispensable, á fin de que elevándonos sobre el amor propio de nacion, sobre las habitudes de nuestra educacion y sobre las preocupaciones de escuela ó de partido, podamos examinar ¿si seria posible una literatura mas elevada, mas vasta, mas original y mas dedicada á representar fielmente al hombre, y sobre todo, mas esenta de aquellas pinturas de convencion, que nos dan un retrato de fantasia en vez de una copia sacada al natural? En otros artículos diremos algo sobre la literatura particular de algunas naciones. Pero no podemos dejar de lamentarnos del poco aprecio que se hace en nuestro pais al estudio de las humanidades, resultando el grave inconve-

niente de que los jóvenes, y especialmente el bello sexo, no se toman el trabajo de adquirir algunos conocimientos literarios por no esponerse al ridículo.

Si la crítica se redujese á reirse de las personas que con frecuencia citan sin necesidad á Platon y á Aristóteles, á Hipócrates ó á Cervantes para comprobar un pensamiento comun á todas las naciones y á todas las sectas, no dudariamos en convenir con semejantes criticos; pero esta máxima generalizada con indiscrecion, ha aumentado el número de personas perezosas que, incapaces de trabajar por instruirse, se contentan con menospreciar á quienes no pueden imitar, y que por desgracia han estendido en el bello sexo meicano un gusto frivolo que en vano intenta sostener la ignorancia y la barbarie.

Mas á pesar de esa amarga crítica de los bufones ignorantes ó de las jóvenes poco empeñosas en cultivar sus despejados talentos, yo os aseguro, mis amables lectoras, que solo las bellas letras pueden pulir el alma é ilustrar, rectificar y perfeccionar el juicio y dar gracia y facilidad á las ciencias y á las bellas artes.

Antes de terminar este artículo me permitireis, amables lectoras, copiar la hermosa descripcion que hace el célebre La Harpe de una persona literata.

„El hombre de letras ó el literato, tiene por objeto principal cultivar su razon para auxiliar la de los demas. En esta especie de ambicion particular concentra la actividad toda y todo el interes que los otros hombres esparcen sobre los diferentes objetos que los ocupan. Celoso de estender y de multiplicar sus ideas, se remonta á los siglos y se avanza al travez de los monumentos esparcidos en la antigüedad, para recoger allí los rasgos mas eficaces, y el alma y el pensamiento de los grandes hombres de todas las edades: conversa con ellos en su pro-

pio language, lo que le sirve para enriquecer su idioma, y recorre el dominio de la literatura estrangera, con cuyos despojos honrosos aumenta el tesoro de la literatura nacional. Dotado de aquellos órganos felices que hacen amar con pasión lo bello y lo verdadero en cualquier género, deja á los espíritus miserables y preocupados el vano esfuerzo de plegar á una misma medida todos los talentos y todos los caracteres, mientras él goza de la variedad fecunda y sublime de la naturaleza en los diferentes medios de que ha dotado á sus favorecidos para encantar á los hombres, ilustrarlos é instruirlos. Por esta razón el literato nada pierde de lo que hace; y con un oído sublime, Virgilio ha dado tanto encanto á la armonía de sus versos; con un juicio sagaz Racine estiende una luz clara en los ocultos senos de las almas tiernas; á la vez que Tácito ilumina el profundo abismo del alma de los tiranos, Montesquieu defiende la causa de la humanidad, y Fenelon embellece la virtud.

Para el literato toda verdad es una conquista, toda obra maestra un placer. Acostumbrado á aprovecharse igualmente de sus reflexiones y de las de los demas, jamás estará solo en su retiro ni será estrangero en la sociedad; ya en medio de las especulaciones matemáticas ó ya en el mundo encantado de la poesía, lo mismo cuando mida á los hombres sobre la escena, que cuando los instruya en la historia, en vez de detener á los transeuntes en el camino, ni de disminuir el mérito de sus ofrendas, para aumentar el precio de la suya, no mirará los triunfos de sus rivales con ojos consternados, ni los aplausos que se les prodigan serán jamás un ruido importuno á sus oídos, porque recorriendo el vasto campo del saber, al elevar el mérito de sus contrincantes, observará anticipadamente un lugar á que puede aspirar."—I. G.





11. — *de la Palmera*

Una Señorita Inglesa.

NUESTRAS amables suscriptoras han visto ya en algunos de los números anteriores, el carácter y la historia de la muger en general; pero si las plantas degeneran ó mejoran á proporcion del terreno donde crecen, y del esmero y cuidado que se usa en su cultivo, el bello sexo no puede menos de variar infinitamente, en razon de las costumbres de los diversos paises, y especialmente de la distinta educacion que recibe. Deseosos de dar á conocer estas diferencias, hemos traducido el siguiente articulo de las obras del Baron de Haussez, sobre

LAS MUGERES EN INGLATERRA.

EN la sociedad inglesa las mugeres hacen un papel poco importante á pesar de los esfuerzos que manifiestan algunos para persuadir lo contrario. Si se atiende á su educacion, pareceria que debia prepararlas á otro porvenir muy distinto del que les está reservado. Pero las costumbres nacionales ejercen todo su imperio, y se ve á los caracteres mas pronunciados abatirse delante de ellas, y tomar aquella aparente uniformidad que distingue el exterior del pueblo ingles. ¡Feliz efecto del imperio de las costumbres en una nacion grave y reflexiva que ha tenido hasta hoy la sagacidad de no poner á exámen ni á discusion, y por consiguiente de no esponer al riesgo de las modificaciones ni sus costumbres ni su constitucion.

La educacion de las mugeres en Inglaterra no tiene por objeto hacer de ellas unos seres especiales ó una especie de idolos destinados á ser colocados sobre un pedestal con el fin de atraerse las miradas, llamar la admiracion y recibir homenajes. Esta educacion la reciben generalmente en lo interior de sus casas, mas bien que en esta-

blecimientos públicos. Los maestros vienen á enseñarles la historia, la música y el dibujo. Algunas profesoras llamadas ordinariamente de la Suiza, cuyo país está en posesion de proveer de maestras á la Gran Bretaña, familiarizan á sus discípulas con los principios y la práctica de la lengua francesa. La habitud al órden y á la subordinacion, resultan de la naturaleza de las relaciones entre padres é hijos. Rara vez el afecto maternal está acompañado de aquellas precauciones tan multiplicadas que se ven en otras partes. En lugar de mutuas caricias, este afecto se limita á ciertos cuidados por una parte y al respeto por la otra, y la admirable gerarquía que se nota en el órden político ingles, comienza desde el órden doméstico.

La direccion que se da á su infancia y á su juventud, no dispone á las inglesas a brillar en el mundo. Es verdad que su educacion en ciertos puntos de poca importancia deja mucho que desear; pero esta imperfeccion puede á veces considerarse como un bien. Las mugeres no dudan hacer el sacrificio de sus talentos á sus deberes de esposas y de madres.

El piano no se abre sino para reemplazar el violon en un baile improvisado; y un *Album* de una señora inglesa, á cuya formacion han contribuido los pinceles y las plumas de toda una sociedad, jamas es hojeado por personas ociosas que no hacen sino pasar la vista por un centenar de dibujos muy medianos; pero por una compensacion muy ventajosa la mayor parte de las señoritas inglesas tienen conocimientos estensos en las lenguas y en la literatura francesa é italiana, de las que sin pedantismo ni afectacion saben sacar el mejor partido.

La libertad de que gozan las jóvenes en el intervalo

que separa el fin de su educacion y su matrimonio, es un singular principio de la reserva y seriedad correspondiente á esta ultima posicion de la vida femenil. Se las ve hacer visitas, seguidas de una criada, recorrer los almacenes, detenerse en las tiendas, hablar con los conocidos que encuentran, montar á caballo, mantener correspondencias sin dar cuenta de ellas á nadie, y presentarse en los bailes sin sus madres, acompañadas de una amiga que las conduce, pero que habiendo entrado en el salon, parece no vuelve á ocuparse de ellas.

Este estado de libertad, debe presentar muy raros ó muy débiles inconvenientes, puesto que prevalece, sin influir nada sobre las habitudes diferentes que en casándose tienen la obligacion de contraer, sometidas entónces á la voluntad de un esposo en sus acciones las mas insignificantes, renuncian por agradarle casi á todos los placeres mas vivos de la edad de la juventud, y especialmente al baile que les prohiben la mayor parte de los maridos ingleses: rara vez montan á caballo, y únicamente cuando ellos convienen en acompañarlas. Sin participar de la direccion de la casa, están limitadas á la estéril prerogativa de hacer los honores de la mesa y de disfrutar en sus salones de los goces del amor propio que el uso les reserva. Estas graves habitudes se vuelven necesarias por el rápido aumento de las familias. Una especie de presentimiento de las privaciones que les aguardan en el matrimonio, hace á las inglesas un poco reservadas para contraerlo. Raras veces se casan ántes de tener veintitres años: los diez primeros que siguen, los consagran ordinariamente á los cuidados que exige la crianza de los hijos; y los otros diez á la de su educacion, en la que emplean la mas constante y laudable vigilancia. Su

juventud entonces ya ha pasado, y sus gustos han desaparecido. Sin esfuerzos, sin recuerdos, y casi sin reflexion, envejecen en la práctica de aquella especie de vida, tanto mas soportable, cuanto que no les presenta ninguna comparacion para hacerles sentir el desagrado.

Al ver á las inglesas en lo interior de sus casas, se creería que estaban siempre ocupadas; pero no es así: ellas apenas saben los nombres de las personas á quienes convidan á comer sus maridos: por lo que toca al servicio doméstico, no están mejor informadas: los maridos lo mandan todo, y ellas solo pueden indemnizarse de su pasiva nulidad, haciendo grandes gastos para su tocador ó sus brillantes equipages. De tiempo en tiempo pueden tambien hacer ostentacion en sus salones, de sus bellos diamantes, ó de sus numerosas plumas en un palco de la ópera. Dos ó tres veces al año suelen dar bailes á una concurrencia que reunen en su nombre, y nada falta á su satisfaccion, cuando en un artículo cuya insercion han pagado, redactado por ellas ó por un oficioso amigo, sabe todo Lóndres por medio de un periódico acreditado los pormenores mas minuciosos de las fiestas que han dado.

Las inglesas deben á su educacion, cuando no á su carácter, una gran parte de la felicidad de que disfrutan en su interior. Nunca se ha animado mas el acceso de mal humor de un marido por una réplica de su muger. El tono brusco se apaga contra la paciencia, y una observacion aunque acompañada de la mayor vivacidad, jamas degenera en querella.

Por otra parte, emplean todo su esmero y todas las prevenciones imaginables en fijar á sus maridos. Su salud jamas sirve de pretesto á quejas ni á contradicciones. Miradas y atenciones de todas clases exigen de su parte

una reciprocidad de buenos procedimientos, y sus cuidados secundarios contribuyen á prolongar el amor bastante tiempo para ser reemplazados por la costumbre.

Las mugeres llegan de esta manera, al travez de una vida sin combinaciones, sin placeres vivos y sin grandes riesgos, á una vejez honrosa, que conserva la apariencia, los trages y muchos de los gustos de la juventud.

Las inglesas no se ocupan de reinar en la sociedad ni de arreglar y mantener los usos, ni de llamar á su tribunal á los jóvenes que se permiten dirigirlas sus tiros, ni de ejercer por último aquella especie de censura que previene la invasion y reprime los descarrios del mal tono. A esta negligencia, que es una de sus mas preciosas prerrogativas, debe atribuirse aquella especie de frialdad que se observa en muchos salones, en que por otra parte se encuentran los elementos de una sociedad de primer orden. Este papel viene á consolar á las mugeres que no pueden brillar ya por su juventud, y les atrae una gran consideracion y respeto.

La literatura inglesa es deudora á las mugeres de un gran número de obras de mérito muy distinguido, sobre todo en el género del romance ó la novela. Haciendo las costumbres sociales demasiado raras las reuniones en que podian hacer brillar su talento, se ven en la necesidad de escribir, y lo hacen con una gracia tal y con una finura de observacion, que dan un carácter muy interesante á sus producciones. Algunas cultivan las ciencias, y no se escapan otras de aquel género de pretension que se llama Bello espíritu acompañado del ridículo.

Se preguntará acaso, ¿qué son la religion y las costumbres en medio de ese contraste de una juventud poco contrariada y de una edad madura, que participa tan poco de

la libertad? La religion es en algunas mugeres una piedad ardiente que acostumbrada al conocimiento y á la discusion de los dogmas, no está esenta de intolerancia. Casi todas tienen una Biblia, aunque á veces olvidada, sobre una mesa de su recámara: observan rigurosamente el domingo: son muy esactas en ir á la iglesia, á la que van con mucha compostura, y en la que tienen una actitud recogida; por último, á su celo aparente en las prácticas exteriores, no deja de reunirse muchas veces una grande indiferencia en el fondo.

En cuanto á las costumbres, se observa en las mugeres sábias cierta afectacion de duda con respecto á la virtud de las mugeres de otros paises y de susceptibilidad por lo que toca al suyo; una gasmoñeria de language llevada hasta la mas risible afectacion; una vida pasada en la sociedad de sus maridos; un continuo círculo de una familia que se aumenta cada año: y mucha sagacidad para con las mugeres, así como una extrema reserva con los hombres.

Cuando se quieren establecer comparaciones entre las mugeres de Inglaterra y las de otros paises, rara vez se hace un juicio equitativo de las primeras, no teniéndose cuenta de la proteccion que se les concede en Inglaterra, ni de la especie de abandono en que las dejan los usos, las costumbres, las preocupaciones y aun las leyes mismas. En resumen, se debe clasificar á las inglesas entre las mugeres mas notables de la Europa.

A las prendas que constituyen la belleza, reúnen las que les dan su verdadero valor: la dedicacion á sus deberes, una instruccion variada, un espíritu adornado, la reunion en fin de lo que hace la felicidad de las familias y el encanto de la sociedad.—*El Baron de Haussez.*



VANIDAD DE LA VIDA.

POESIA.

Mil veces en la noche silenciosa,
Adormecido en ilusion liviana,
La voz del tiempo al escuchar lejana
Perdido entre las sombras me postré.
Y en los espacios al buscar la huella
Del ya finado refulgente día,
Tras un eco solemne de agonía
Solo las sombras de la nada hallé.

¡Y siempre así rasgado en ocidente
El viso de carmin, la franja de oro,
Trocada en cáliz de amargura y lloro
La copa del placer.
Con sus alas el ángel de la muerte
Las escelsas regiones enlutando,
Y la tierra en tinieblas recordando
El esplendor de ayer.

Y siempre, siempre la soberbia loca
Al pié de sus castillos arrastrada,
Entre cenizas yertas sepultada
La corona que fulgida brilló.
Tronchado y seco en el profundo valle
El cedro erguido que afrontó la cumbre,
En el fango la espléndida techumbre
Que el trono de los Césares cubrió.

Y nada miran los incautos ojos
Sobre la senda que á su vez mancharon
Las edades nefastas que sembraron
El crimen y el baldon.
Ni en los escombros de la parda almena,
Preclaro timbre de pujanza y gloria,

Dó fijaba sus palmas la victoria
Por escudo y pendon.

Que vendadas y altivas las pasiones,
Inmarcesible su laurel creyendo,
De la rama que mecen floreciendo
No ven el tronco decadente ya.
Ni basta á disipar su torpe engaño
La negra nube que el zénit guarnoce,
Ni el lucero que apenas resplandece
Cuando al ocaso descendiendo va.

Y cruza por las ámbitos perdida
Esa voz de los siglos lastimera,
Como el ave del canto pasajera
En desierto confin.
Que si apagando sus dolientes ecos
El seno agitan procelosos mares,
Cubren tambien el ay de los pesaros
Las risas del festin.

Y en vano el hombre por diadema ostenta
El astro que sus pompas ilumina, (ta
A su despecho sin cesar camina
De los sepulcros al helado umbral.
Allí, donde los hijos sin quefeñas
En las antrañas de la madre unidos,
Aun albergan sus odios escondidos
En los pliegues del manto funeral.

Y en vano, en vano de reinar sediento,
La cima del poder hollando erguido,
Ve cual se agita el mundo descreido
De sus lauros en pos.

No es mas que polvo vil.... ¡y de qué sirve!
Que sobre el suelo su miseria encumbre
Si esa que admira celestial techumbre ¡
Está á los pies de Dios!...

¡Por qué entre goces insaciable anhela
Que plácida la suerte le sonría, ¡
Si cada goce del vivir de un día
Es un suspiro del finar cruel?
Si desaparece la existencia breve
Como en alas del viento los cantares,
Como la espuma de revueltos mares,
Como el vestigio del veloz bajel!

¡Por qué entre lujo y esplendentes galas
En torno suyo magestad refleja?
¡Por qué del ceno su morada aleja,
Si al ceno ha de volver!....
Si ha de cubrirle en impensada hora
De su palacio el pavimento frio,
Sin riqueza, sin lustre ni atavio,
Sin gloria, sin poder!....

¡Tremenda ley! el sueño de la infancia
Niega á sus ojos la estacion florida,
Como el alhago de ilusion perdida
El hielo de la triste senectud.
Y ya sin goces, ilusion ni sueño,
Al carro de los vicios arrastrado,
De las mansiones del placer lanzado
Vuelve tarde la vista á la virtud.

— 132 —
Y es la vida vanidad,
Y navega el pensamiento
En un mar de livandad,
Y arrastra á la eternidad,
Tan solo el remordimiento.

Sus propias alas cortando,
Entre pasiones cautivo,
Quizá se juzga volando
Mientras que le va burlando
Un ensueño fugitivo.

Son de su alcazar dorado
Las estrellas pavimento,
Y él altivo y deslumbrado,
No ve que solo ha trazado
Mil delirios en el viento.

De los mares procelosos
Domña recios embates,
Y en sus giros borrascosos
No ve los cuadros penosos
De sus mortales combates.

Y otra ilusion anhelando
Tras otra ilusion perdida,
Vése á la tumba llegando,
Y muere al cabo dudando
Si es una ilusion la vida!

¡La vida! cándida flor,
Que al aura gentil se mece,
Entre frescura y verdor,
Y pierde aroma y color,
Y mustia y seca perece.

¡La vida! estrella falaz,
Que decora el firmamento,
Y se desliza fugaz,
Y vuelve á esconder la faz
Entre las alas del viento.

¡La vida! son de laud
En los espacios perdido,
Que alhaga la juventud,
Y en el fúnebre ataud
Halla por eco un gemido!

FEDERICO A. MIRANDA.





DIBUJO.

El arte del dibujo es, para hablar exactamente, un medio por el cual se representa con lineamentos la forma de todos los objetos que se nos presentan á la vista. Es por consiguiente uno de los primeros elementos de la pintura, y no se puede llegar á la perfeccion en este arte sin una grande exactitud de dibujo. Mr. de Montavert se espresa en estos términos: „Quien dice dibujo, no dice solamente contornos buscados, valientes escorsos &c., sino que comprende tambien la ciencia y el conocimiento del hombre, la mecánica anatómica y moral, tanto de la raza humana, como de toda la naturaleza: quien dice dibujo, hablando de un brazo ó de una mano, no dice solo el contorno valiente y el perfil ingenioso y diestramente espresado de esta parte del cuerpo humano, lo que solo pertenece al modo de ejecutar el artista, sino que dice tambien exactitud y verdad de formas y de perspectiva, armonía perfecta en la parte con el todo, belleza, conveniencia, unidad y perfeccion.”

Todo está compuesto de líneas en la naturaleza, y nada de lo que la pertenece podria espresarse sino con líneas. Los seres de diferentes especies se hallan colocados sobre la superficie de la tierra como sobre un vasto cuadro, y la naturaleza misma parece que nos ha dado los primeros modelos del dibujo en las sombras que el sol proyecta, en la imágen que nos ofrece la onda pura y tranquila de un manso arroyo ó de una clara laguna, cuyos elevados bordes se ven sobre la superficie de las aguas vestidos de verdura y coronados de árboles ó de rocas.

El gusto general quiere dar al color tanta importancia como al dibujo; pero á mas de las razones con que

combatimos esta idea en nuestra primera leccion de dibujo en la página 309 del primer tomo, dando la preferencia á la forma sobre el color, agregaremos que el dibujo solo da la mayor gracia á una figura, así como toda la espresion á una cabeza, por ejemplo; estos resultados de un buen dibujo, aunque á veces no se presenten á primera vista, son precisamente los que producen la mas dulce emocion, cuando al observarlos, llegamos á descubrir su mérito. En una pintura por el contrario; la belleza del colorido que habia podido seducir nuestros ojos de pronto, acaba produciendo un efecto tanto menor, cuanto mayores son las faltas de dibujo que se descubren en ella, y finalmente, el tiempo y mil accidentes pueden cambiar y disminuir la belleza de los colores, mientras que el dibujo nada puede perder.

Contrayéndonos ahora á la historia de este arte encantador de tanta utilidad como diversion para el bello sexo, no seria fácil decir la época ni el lugar de su cuna; pero es muy probable, que el hombre lo ha ejercido de de que se encontró en sociedad, pues que se hallan trazos y dibujos muy antiguos aun en los pueblos que se llaman salvajes, y muchos mas en aquellos cuya instruccion se muestra muy atrasada. En las naciones civilizadas se ve á los niños pequeños apoderarse de un carbon, y trazar sobre las paredes ó con su dedo sobre la arena la imágen que ha llamado mas su naciente imaginacion. Es verdad que estaba muy léjos en el principio de la civilizacion y en el imperio de la barbarie, de acercarse este arte á la perfeccion á que lo elevaron un Miguel Angel ó un Rafael; pero los medios que han empleado estos sublimes artistas, jamas ha sido el de la convencion, sino antes bien el del exámen minucioso y

el de la vista continua y perspicaz de la naturaleza, exigiendo como un principio de absoluta necesidad para todos los artistas de cualquier género, la exacta imitación de la naturaleza. Por consiguiente, si nuestras amables lectoras aspiran á la correccion y esactitud en sus dibujos, despues de los elementos indispensables que han adquirido de los profesores en el arte, deben estudiar sus modelos en la naturaleza misma, como Claudio de Lorena, Gazpar Pausin, y todos los demás grandes maestros, cuyas obras hemos publicado en el tomo primero, constan en el índice bajo la palabra *Pintura*.

Despues de haber considerado la palabra *Dibujo* en su acepcion mas estensa, dirémos que se emplea tambien para designar el producto mismo del dibujo, y que se le agregan varias designaciones para dar á conocer el modo con que está ejecutado: así se dice dibujo de pluma, de lápiz, de aguadas, dibujo colorido, lineal, de puntos &c., segun el método, de que se ha usado para representar los diversos objetos. Entretanto que podemos dar á nuestras lectoras los elementos de este arte, segun hemos ofrecido, creemos leerán con gusto el siguiente.

Procedimiento para aumentar ó disminuir un dibujo.

La adjunta litografía indicará á nuestras suscriptoras aficionadas á dibujar, el modo mas sencillo para reducir ó ampliar á su gusto el tamaño de un dibujo ó de una pintura, de que usan los pintores para trasladar sus diseños ó bosquejos sobre grandes cuadros, ó para sacar copias pe- de las grandes pinturas.

Es preciso trazar sobre el dibujo ó pintura que se quiere reducir ó aumentar, cierto número de cuadros muy esactos, y que tengan igual largo y ancho. Si se quiere reducir á la mitad, es indispensable tomar con el compas la

mitad de un cuadrado establecido sobre el original, y hacer sobre el papel ó el lienzo el mismo número de estos pequeños cuadrados, numerándolos del modo que se indica en la litografía. Esta operacion puede hacerse para no maltratar el original colocándolo sobre un restirador, de manera que puedan ponerse sobre él, y sin tocar á la estampa ó lienzo del original, otros tantos alfileres ó puntiles cuantas sean las líneas perpendiculares y horizontales que forman la cuadrícula, poniendo un número igual en los puntos opuestos; de suerte que de unas á otras se puedan atar hebras de seda gruesa, ó de hilo de color oscuro bien restiradas, á fin de que no varie la parte del original contenida en cada cuadrito.

Quando se ha hecho esta operacion, se dibuja con cuidado todo lo que se encuentra en cada cuadro, y se obtiene con prontitud el lineamiento del dibujo en una proporcion perfecta; pero es preciso emplear para trazar los cuadros sobre el papel, de un lápiz blando, y para hacer el lineamiento del dibujo de uno mas duro, á fin de poder borrar con la miga de pan las líneas que forman los cuadros, y que quede únicamente el lineamiento del dibujo, el que despues se puede perfeccionar muy fácilmente.

Fácilmente se concibe que para aumentar un dibujo, se procede del mismo modo, si se quiere hacerlo la mitad mas grande, ó un tercio, ó una cuarta parte, y así, por medio de los cuadros mas ó menos grandes, puede aumentarse un retrato pequeño en miniatura, al tamaño del natural. En este caso es preciso, que las personas que quieran hacer este aumento, sepan dibujar muy bien, porque es mucho mas difícil hacer una copia grande de un original pequeño que por el contrario. En resumen, conoci-

do el tamaño del modelo que se quiere copiar y la dimensión que quiere darse a la copia, debe proporcionarse á estos datos el tamaño de la cuadrícula: por ejemplo, el original tiene una vara de largo y tres cuartas de ancho; si se quiere reducir á una cuarta de largo y su ancho proporcionado, es claro que los lados de los cuadrados que le han de dibujar en el papel para sacar la copia, serán la cuarta parte de los lados de los cuadretes que están sobre el original.

LITERATURA.—*Remitido.*

A LA LUNA.

ERA una noche de otoño en que el viento soplaba caprichoso y variable como una mimada hermosura: la brizaba tan fresca, que las blancas nubes giraban en el espacioso firmamento tan velozmente, ó como si fuese el preludio de algun acontecimiento funesto de la naturaleza, ó ya tan suave y sosegada como el aliento de un tierno niño medio dormido, que cualquiera podria imaginarse ser la vigilia del solsticio estival. La brillante luna en medio de su estrellada corte, reinaba tranquila en el azulado-claro firmamento, á la sazón que me hallaba triste y meditabundo en la parte mas solitaria de un bosque, recostado sobre el viejo tronco de una encina, contemplando al astro luminoso, cuya poderosa influencia me hizo prorumpir así:

¡Oh tú, reluciente luna! ¡objeto bello de mi amada! no te escaparás de una invocacion, aunque quizá en este mismo instante, algun mal compositor de sonetos estará charlando de «El niño Endymion» y el «Plateado Arco.» Aquí, á ti reina de la noche! ¡en el nombre que mas grato

te sea; Ya el de Bendis, como te saludan en la inculta Tracia, ó Bubastis, como en espantoso grito te llaman en la misteriosa Egipto; ya Diana, como te ofrecian sacrificios en la suntuosa Roma; ó Artemisa como te suspiraban en los relucientes campos de la siempre glosiosa Grecia! ¿Por qué todos los hombre contemplan en tí? ¿Porque todos te aman y aun te adoran?

¡Brilla, brilla, sultana del alma! Las pasiones son tus enuocos esclavos; la ambicion si medita en tí, templa su ardiente ceño y su agitada pulsacion se calma; el dolor se pierde en las sendas que tu alumbras, y no hace derramar lágrimas; y cuando tu creciente sonrie, aun el brillo del ojo lleno de alegría queda ofuzcado. La violenta cólera á tu luz olvida la venganza, y aun la dulce esperanza no se alimenta en goces futuros, cuando medita en el portento de tu hermosura.

¡Brilla, brilla, que aunque virgen pura, eres la madre de toda abstracion! En tí se fija tanto el ojo del fatigado labrador, como la mirada estática del inspirado poeta: tú squietas el ruido y bullicio de un ejército en marcha, y ¿quién que haya observado el anchuroso atlántico, durmiendo bajo tus plateados rayos, podrá dudar de tu influencia sobre las olas?

¡Resplandece, resplandece! ¡Te llaman satélite de la tierra! mas cuando lijo en tí mis ojos, mis pensamientos no se adhieren á esta creencia. Se nos enseña tambien que tu poder es una fábula y tu divinidad un sueño. ¡Oh reluciente reina! Jamás seré yo traidor á tu dulce autoridad, y ciertamente no creo que tu influencia sobre nuestros corazones sea en este momento menos poderosa que cuando te adoraban en tu magnífico templo de Epheso, ó temblaban á los horrores tenebrosos de tus ritos Arria-

nos. Así pues, ¡salve, soberana de la noche! ¡salve, Diatina, Trifornis, Cintia, Ortia, Tauria, siempre poderosa, siempre amable, siempre divina! ¡salve, salve!!—*J. M. A.*

PENSAMIENTOS MORALES

sobre las mugeres, por madama Necker.

Muchos se admiran de que la inteligencia de las mugeres sea demasiado viva y precoz, mientras que los progresos de los hombres son perezosos ó tardíos. Yo encuentro muy natural esta diferencia: á las primeras no se les habla sino de lo presente, á los segundos solo del porvenir.

Si yo defendiese la causa de las mugeres, comenzaria por probar que los hombres no pueden atribuir á la diferencia de sus órganos, la superioridad de sus talentos, y que por consiguiente, es preciso atribuirla á la diferencia de su educacion. Me ocuparia despues de esta educacion y de los objetos en que se nos hace emplear el tiempo: demostraria que la naturaleza de estos objetos modifica nuestra alma y nuestras inclinaciones, sin exigir por esto menos inteligencia y capacidad. En tercer lugar, yo citaria diversos tratados que prueban: que si las mugeres no son susceptibles de tan grande aplicacion como los hombres, son en recompensa frecuentemente mas virtuosas y mas pacientes, especie de constancia que vale mucho mas que la tenacidad en el trabajo; y que acaso la fuerza que soporta los dolores, es la misma que da el genio.

Las mugeres que saben reflexionar, son aquellas que saben conservar el corazon de su marido adquiriendo su confianza y proporcionándole recursos y consuelos. Las otras no son buenas sino para el gran mundo. El ins-

tante presente es el único que les pertenece algunas veces; el porvenir y lo pasado jamas hace parte de su imperio.

Las mugeres virtuosas deben sobre todo guardarse de los rasgos de locura y de los ratos de mal genio si no quieren destruir la estimacion á que son acreedoras.

Es preciso que una jóven se vista con sencillez, quando es hermosa, para tener mas gracia, y quando es fea, para serlo menos.

Los mas pequeños deslices conducen á las mas grandes faltas, y alteran y destruyen la felicidad. Esta verdad general nunca es mas palpable que en los deberes particulares á las mugeres.

Una muger se muestra siempre humillada al menosprecio que se hace de su sexo: acaso sufriria menos de una acusacion personal, porque tendria la esperanza de justificarse.

Lo que prueba mas en favor del carácter de las mugeres, es, que teniendo contra sí las leyes y la fuerza, sin embargo raras veces se dejan dominar.

Una jóven que se permite la lectura de toda clase de novelas, debe hacerse muy triste la sociedad, porque en ella no encontrará nada, que le recuerde sus quimeras; mientras que una muger que en la soledad eleva su alma al Criador, estudia sus deberes y cultiva su razon, encontrará en el mundo el uso y la práctica saludable de las reflexiones que ha hecho anticipadamente.

Los sufrimientos de las mugeres en su edad madura, parece que están destinados para hacerles olvidar los placeres de la juventud, y para que aprendan á encerrarse en sí mismas segun conviene á su edad.

Madama Neker.





Lit. calle de la Palma n.º 6

Clara y Pompeyo.

Mayo 25 de 1841.

EL GRAN POMPEYO.—Carta a Teodora.

No te asustes, querida Teodora, al ver este título clásico en la historia que te he prometido; ni creas que voy á hablarte del gran rival de César, ó á recordar los tiempos de los famosos romanos, ni sus victorias y desastres. Tranquilízate: sólo se trata de un perro, y de un pobre perro de aguas muy viejo, feo y cascarriento, ignorado hasta aquí, pero cuyo historiador me he constituido con tanto orgullo como si fuese á tocar la trompa de la fama. Los altos hechos del corazón tienen á mis ojos más mérito que los de la gloria; y es más hermoso sacrificarse por aquellos á quienes se ama, que ganar laureles y coronas. La más preciosa de las cualidades de una mujer es la bondad, que hace excusar las faltas y olvidar los errores.

Tú no conoces á Flandes, ese país de carbón de tierra, cuyos bellos paisajes se componen de un campo de colles, de un cordón de amapolas y de un plantío de lino, con la perspectiva de cinco ó seis molinos de una misma forma y apariencia. En medio de esta llanura admirablemente cultivada, se encuentra la ciudad de Cambray, plaza muy célebre en los fastos de Luis XIV, mal construída, y en que hay poco que valga la pena de ser citado, á escepcion de las pinturas de la catedral y de las memorias de Fenelon que viven todavía en aquella diócesis.

En su ciudadela ó fortaleza, se veía sentado un viejo de más de setenta años, vestido con los restos bien conservados de un uniforme de zapador. Su alta talla, apenas encorvada por la edad, sus movimientos bruscos aunque políticos, revelaban un antiguo militar; su rostro animado anunciaba un buen genio, y alguno que otro cadejo

de cabellos que flotaban sobre su frente desnuda, así como su barba larga, que decía conservar en memoria, de su esplendor pasado, le daban un aire singular que no desmentía su conversacion. A su lado una jóven hermosa y tímida, con los ojos bajos ofrecia un extraño contraste. Su talle delicado, su esbelta estatura y su conjunto distinguido, llamaban la atencion. Su trage sencillo se componia de un vestido de fondo negro y rayas amarillas y de un delantal de tafetan; sus largos cabellos divididos sobre su frente, bajaban formando bucles al rededor de su rostro. Su padre la contemplaba encantado, y en sus labios manifestaba una sonrisa de felicidad y de orgullo.

«Conque tú dices, Clara, que Pompeyo se ha robado la comida del tambor y que el capitan de Ingenieros se queja de que hace hoyos al pié de los árboles.»

—Sí, padre mio, tenemos el trabajo de libertarle del castigo que merece; pero vos teneis la culpa, porque lo consentis de manera, que despues de haberse comido la racion del tambor, se comerá tambien la vuestra.

—Convengo en que este es mi débil; ¡amo tanto á este pobre animal! Cuando tú lo trajiste hace dos años de Turrena, de mi caro pais, de parte de tu abuela y de tu prima, que os criaron á Pompeyo y á tí, tenia mas docilidad, es verdad: sabia hacer el ejercicio, bailar y presentar las armas á los oficiales superiores; pero á pesar de sus travesuras, yo estoy orgulloso con tal discípulo y se lo perdono todo. ¡Nos ama tanto!

En este momento un viejo que marchaba penosamente apoyado sobre un baston, pasó cerca del veterano, interrumpió el elogio de Pompeyo, se levantó, le hizo el saludo militar, y siguió largo tiempo mirándolo.

La hermosa pierna de madera que tiene el coronel Di-

nau, hija mia, daria gana de recibir una bala aunque no fuera sino por mandar hacer una semejante: ella sin duda debe costar muy caro. Pero ya es tarde: éntrate en tu recámara; va á dar la hora en que los sargentos vienen á beber con el padre Ancelin, y es preciso que ocupe el lugar que tengo en la ciudadela, sirviendo en su cantina, mientras que tú cumples con tu deber componiendo la ropa de tu padre; pero á propósito, ¿has tenido, noticias de ese querido Roberto tu primo y tu futuro? ¿no me habias dicho que vendria aquí su regimiento en el otoño?

—Sí, padre mio.

Entónces harémos la boda, si es sargento mayor á lo menos; pues si no lo es, es preciso aguardar: bastante tiene con sostener á su madre sin cargar tambien contigo. Vámonos, y llévate á Pompeyo. Siempre quieren hacerlo trabajar, y yo no puedo soportar que prodigue sus talentos en la cantina: merece mucho mas.

Clara obedeci6, y llamó á Pompeyo. Un pequeño perro de aguas vino hácia ella con el hocico todo negro de tierra y jadeando de fatiga. «Veis, padre mio, dijo Clara, como continúa en su caza: el va á hacer que le casquen de nuevo.” Ambos entraron por una puerta baja, y desaparecieron.

Algunos dias despues, Ancelin, Clara y Pompeyo se encontraban reunidos comiendo en la recámara de la jóven. Ancelin manifestaba cierto aire de conquista y de regocijo, muy de acuerdo con el magnifico sol que brillaba al través de las cortinas. Pompeyo estaba recién bañado y tenia un hermoso collar de cobre con esta inscripcion: *Pertenezco al señor Ancelin, antiguo zapador de la brigada 18.*

Es claro que se preparaba una fiesta en que todos es-

taban contentos. Despues de haber comido, el viejo soldado tomó su sombrero, sacó de un armario un uniforme encarnado y una gorra de pelo muy pequeña, despues un fusil, un sable y una hacha de seis pulgadas de largo, lo envolvió todo en un gran pliego de papel, y besó á su hija en la frente ántes de abrir la puerta.

«Sed mas prudente, padre mio, no hagais locuras, tened cuidado con el vino del coronel Dinau; la botella ya os ha jugado mas de una vez una mala pieza. No perdais los vestidos de Pompeyo, ni olvideis sobre todo que las puertas se cierran á las nueve, y no os detengais.»

—No, no: queda tranquila; yo vendré á tiempo. No quiero sino emplear una hora despues de comer para enseñar á mi discípulo y tomar café. Estoy seguro de que el coronel quedará encantado, y su esposa tambien. A Dios.

Quando el padre Ancelin hubo salido, su hija se aproximó á una mesa, tomó una pluma y escribió: «Mi querida tia, he recibido la carta de vd., y le doy gracias por que se acuerda de mí; pero no puedo aceptar la oferta que me hace de llevarme consigo. Cualquiera que sea la amistad que tengo á Roberto, á quien quiero tanto como si fuera mi hermano, jamas me casaré con él si es preciso dejar á mi padre por seguirlo. Mi padre no tiene en el mundo mas de á mí; está viejo, quiere esta ciudadela porque mi pobre madre ha vivido aquí con él, y yo no me atreveria á proponerle que habitase en otra parte. Digale vd. á mi primo que tal es mi última resolucion; que, si como lo espero, obtiene el grado á que aspira, yo no me opondré á la voluntad de nuestras familias: él comprenderá que mi plaza está aquí, y que no puedo abandonar á mi padre. Por consiguiente no me aguarde vd. El matrimonio si se verifica, será en Cam-

bray, y nada me hará variar de esta decision, así como la de ser siempre su amantísima sobrina."

Concluida la carta, la cerró, y se puso á cantar riéndose consigo misma. Así pasó la tarde: cuando vino la noche, Clara preparó la cena para los ausentes, bajó en seguida á la esplanada, y se sentó sobre un banco á aguardar á su padre. Los soldados iban entrando á la ciudadela. La retreta sonó bien pronto, despues la llamada, y la jóven comenzaba á impacientarse: ya no pasaba sino una que otra persona, la noche se avanzaba al paso que se aumentaba su inquietud. „¡Dios mio, exclamó, las puertas van á cerrarse! ¿cómo podrán entrar?

Entónces se dirigió hácia el camino que iba á la casa de campo del coronel Dinau; pero al llegar á la puerta de la ciudadela, acababan de mandar las llaves al comandante de la plaza. Entónces su temor no tuvo límites: suplicó al cabo le permitiese salir ó al ménos abrir la puerta á su padre cuando se presentase, lo que no podia tardar. Un soldado de faccion que estaba cerca de la puerta, le aseguró que su padre habia entrado hacia media hora con Pompeyo, y juró que los habia visto á los dos. La pobre jóven corrió al momento á su modesto asilo que encontró vacío, y nadie pudo darle noticia de los ausentes. Clara aguardó sin embargo todavia una media hora mas; pero de pronto la desesperacion se apodera de ella, sale de la ciudadela, y empieza á correr por todas partes; mas en una ciudad de provincia, y sobre todo á las once de la noche, todo está en calma. De cuando en cuando se escuchan únicamente los alertas de los centinelas, que se repiten dos ó tres veces en un tono lúgubre, y todo calla de nuevo.

La jóven perdida y desolada llamaba á su padre y á

Pompeyo. En un instante en que estaba cerca de la puerta de Valencienes, oyó un alarido prolongado y siniestro. Al momento repitió el nombre de Pompeyo, y el mismo alarido mas doloroso volvió á repetirse. „¡O Dios mio! gritó, él está en el foso. ¡Pompeyo! ¡Pompeyo! ¿Dónde está tu amo? ¿Qué haces ahí? A nombre del cielo, padre mio, una palabra que me muestre que aun vivis.” Pero solo Pompeyo renovaba sus quejas. Mira sin embargo á su padre, á mas de diez varas de distancia, y sin tener ningun medio para llegar adonde estaba, corre como una loca, esclama como una insensata; y al fin, sintiendo la necesidad de tomar un partido, mira hácia la ciudad y percibe una luz en una casa cercana. A sus ruegos algunos operarios la siguen, y distinguen muy pronto los ladridos de Pompeyo. Guiados por esta voz fiel, bajan al foso, y Clara vuela con ellos. El perro viene hácia ella meneando su cola; y corriendo en la misma direccion, se detiene en fin en un lugar un poco elevado, donde aumenta sus alaridos. Allí está Ancelin.

Clara se precipita sobre él, lo llama con los nombres mas tiernos, le llena de caricias y de lágrimas, procura levantarlo; y al tiempo de hacerlo, vuelve en su conocimiento, y reconociendo á su hija, le dice: „Mi pobre Clara, ¿yo podria ahora tener una hermosa pierna como el coronel Dinau?

Un mes despues de esta aventura, Clara, Ancelin y Pompeyo se hallaban reunidos en su pabellon de la ciudadela. Ancelin habia sufrido una cruel amputacion, y tendido en su cama de dolores, juraba de cuando en cuando: Clara lloraba, y Pompeyo dirigia alternativamente sus miradas á los dos.

„No os agiteis así, padre mio, vuestras llagas podrian inflamarse: y, ¿qué seria de mí si tal sucediese?

—Haces bien, hija mia, de hablarme de ti para tranquilizarme: si yo no te fuera tan necesario, me moriria burlándome de la muerte.

—Paciencia, querido padre: tal vez Roberto obtendrá el permiso de venir á vernos.

—Lo que me pone en rabia es que la miseria se avanza á grandes pasos. No tenemos nada: tú no puedes trabajar pasándote los dias y las noches á la cabecera de mi cama; no nos queda sino pedir limosna. »¡Mendigar un viejo soldado.... Jamas!

La triste Clara lloraba al oír hablar de esta manera á Ancelin. Una vez tratando de distraer un instante á su padre, le decia: »¿No veis á Pompeyo? ¿qué mas podria decirnos si nos comprendiese? ¡Ved qué aire tan triste tiene, y cómo nos mira con cierta especie de compasion!

—Pobre animal! él no encuentra que comer aquí sino pan duro, lo que le obliga á robar, no ya la comida del tambor, sino aun los restos del rancho, y por consecuencia recibir buenos palos todas las mañanas. Lo que me allige mas es, que va á perder sus habilidades: él no quiere repetir sus lecciones, y lo va á olvidar todo despues de tantos trabajos que me ha costado instruirlo.

—Pues bien, padre mio, ¿quereis que yo le dé su leccion en vuestra presencia y á vuestras órdenes? Acaso os distraireis un poco.—Ensayemos pues, hija mia.

—Clara sacó los vestidos de Pompeyo, y cuando estuvo en gran trage de granadero, Ancelin indicó á Clara el modo de hacerse obedecer y el serceto de los talentos desconocidos que todos admiraban sin comprender, haciendo que el perro jugase al Dominó, reconociese al mas

hermoso y al mas feo de una concurrencia, y remedase al ayudante ó al capitan de ronda. Clara habia escuchado á su padre; pero interrumpiéndole de pronto, le dijo: «Y no creéis, padre mio, que Pompeyo ganaria su vida con este oficio? ¿Cómo si ganaria! Hay muchas gentes mas bestias á quienes se paga mas caro, y no saben tanto.»

Clara revolvía mil ideas en su imaginación; y cuando el enfermo se durmió, buscó un gorro negro usado que habia pertenecido á su madre, y se lo puso en la cabeza, mirándose al espejo y observando si le cubria la cara. La noche siguiente preguntó á su padre si no necesitaba de alguna cosa, porque queria salir una hora con Pompeyo á ver las fiestas que se celebraban en la ciudad. Ancelin se apresuró á concederle tal permiso, y Clara salió llevando el gorro escondido así como los vestidos de Pompeyo. A su vuelta parecia un poco agitada, y sus caricias á Pompeyo eran mas espresivas.

La mañana siguiente Ancelin encontró al levantarse, flores en la chimenea, tabaco en su pipa y una botella de vino de Burdeos á su lado.

»Bebed, padre mio, es el regalo de un amigo, pero no sabreis quien.» Los dias siguientes las comodidades de la casa se aumentaban, y parecia que una mano bienhechora velaba sobre la familia. Ancelin deseaba saber de dónde venian estos obsequios, y se admiraba del gozo de Clara, que se ponía á reir cuando le hablaba del bienhechor incógnito, abrazando al perro con todas sus fuerzas.

Un domingo estando sentada cerca de la cama de su padre, entró de improviso la cantinera vecina, diciendo: „Venid padre Ancelin, á defender el honor de vuestro perro.

—¿Pues qué tenéis que decir de mi perro? ¿os ha roba-

do alguna cosa? Seria indisciplinable cuando de algun tiempo acá la cocina está mejor provista.

—No es eso; el ataque es á sus talentos. Los soldados dicen que nada sabe en comparacion de un nuevo perro que ha llegado hace algunos dias, y se presenta por las tardes en la plaza de armas, y se llama Monsieur.

—¡Un nuevo perro, un rival de Pompeyo! ¿Y quién lo enseña?

—Una vieja de gorro y anteojos, con una capa negra, que parece es muy fea.

—Bien: yo aseguro que ese Monsieur no es digno de desatar los zapatos de Pompeyo; ese perro y esa vieja cumplen con su oficio, pues que lo ejercen en público y por dinero, mientras que nosotros lo hacemos solo por divertirnos. ¿No es así, Clara?

—Clara habia desaparecido desde el momento en que la cantinera habia comenzado la historia del perro sabio, y no volvió hasta que su vecina habia partido. Su padre, no pudiendo sufrir la afrenta hecha á su discípulo, no se ocupó de otra cosa, y exigió de su hija la promesa de que iria aquella tarde misma á asistir á una representacion del admirable cuadrúpedo, para saber si con justicia eclipsaba realmente las glorias de Pompeyo. Clara fué, y á su vuelta le aseguró que el célebre Monsieur no llegaba ni á cien leguas á su querido compañero, que era un vil perro comun sin orejas ni cola.

La mañana siguiente fué un gran dia de fiesta. El correo trajo una carta de Roberto anunciando la venida de su regimiento á Cambray, que en efecto llegó á los ocho dias.

A continuacion se recibió una soberbia pierna de madera, semejante á la del coronel Dinau, y que Ancelin no tar-

dó un minuto en colocársela, atribuyendo en su corazón esta galanteria al buen coronel, á quien habia testificado muchas veces su admiracion con respecto á este miembro mecánico. Al oír atribuir al coronel esta accion generosa, Clara se sonrió y abrazó á Pompeyo.

En el invierno siguiente Dinau y Ancelin se paseaban haciendo un ruido compasado con sus piernas de palo. El segundo decia al coronel: „En mi enfermedad nos hemos comido todas mis economias en un mes, mi pobre hija ha hecho trabajar á mi perro para ganar dinero. Una tarde oculté á Clara que iba á salir por la primera vez, para no inquietarla: ansiaba por ver al rival de Pompeyo que tenia el talento de atraer á la multitud como un cómico de Paris; pero cuál fué mi sorpresa al reconocer á mi perro. Pompeyo no podia ser vencido sino por Pompeyo mismo. Descubrí todo el misterio, y Clara no pudo enseñar al animal despues de haber sido descubierta; pero felizmente llegó mi yerno, que acababa de ser nombrado sargento mayor, y conforme á mis promesas, va á dar mañana la mano á mi hija, y no dudo tendreis la bondad de ser el padrino de la boda.

EDUCACION DEL BELLO SEXO.

Reflexiones generales sobre su necesidad.

CUANDO se reflexiona sobre la indiferencia con que se mira generalmente la educacion de la muger, no parece sino que se tiene por un ser meramente pasivo, sin facultades que cultivar ni pasiones que dirigir. En efecto, abandonadas á merced de sus impresiones, las niñas crecen y se desarrollan, sin haber sido estimuladas una vez siquie-

ra por los atractivos de las ciencias. Pero ¿cuáles son las causas que en la opinion pública se oponen á la educacion de esta parte integrante de nuestra existencia social? Una es la causa, tan absurda en su principio, como funestísima en sus resultados. Se dice que la muger es muy débil para recibir, sin grave perjuicio de la sociedad, todo el grado de cultura de que es susceptible el hombre. A poco que se medite sobre la constitucion intelectual de una y otro, se verá, que la previsora naturaleza repartió á los dos iguales facultades, y que de consiguiente una es la disposicion en ellos á recibir las simientes de las ciencias, y ridícula por lo tanto semejante opinion. Además, ¿porque es débil la muger, no necesita fortalecerse? ¿y puede conseguirse este objeto sin la educacion?

Dotada la muger de un sistema nervioso mas delicado, mas impresionable que el nuestro, tiene una imaginacion mas viva y movible, que la espone á estraviarse frecuentemente; pues arrastrada por los prestigios de pasiones revestidas con todo el lujo y atractivos de una facultad, que cual otro Proteo, toma á cada paso nuevas y variadas formas para engañarnos, mira como realidad lo que solo es una sombra; vive en un mundo ideal, y, valiéndome de la espresion de un moralista del siglo pasado, es estremada en todo. Capaz de las virtudes mas sublimes, de las acciones mas heroicas, suele cometer grandes errores, guiada tan solo por una sensibilidad escesiva y pasiones delirantes. Vacio de nociones positivas su entendimiento, se debilita en un ocio de todos los momentos; y de aquí es que para sacudir la monotonía de una existencia siempre uniforme, busca en los placeres mas frivolos, distracciones que muy repetidas, se convertirán en hábitos. La educacion pues, así considerada, es necesaria

para temprar y moderar estas pasiones, modificar esta imaginacion, dar á su alma sólidos principios, que la fortalezcan y la hagan capaz de apreciar toda la estension de sus altos destinos en la sociedad, y por último, ofrecerla útiles y variados conocimientos que la distraigan.

El matrimonio, mirado en su verdadera luz, es una sociedad moral, el estado mas perfecto del hombre civilizado, el estado en que la muger debe ser para él un ángel de paz y de consuelo, que amenice con sus virtudes é instruccion el árido campo de la vida, que unidos han de recorrer. Estrechamente enlazada su existencia moral y la de sus hijos con la conducta de la que eligió por compañera, esta debe haber bebido en las fuentes de una sólida educacion los principios de sus deberes, si se quiere que sostenga en toda su pureza la dignidad de su carácter; pues no basta que sea virtuosa por *hábito*, es necesario que lo sea por *conviccion*, es preciso que tenga la conciencia de sus deberes. Por otra parte, sujeta á preocupaciones, la mayor parte caprichosas, y lo que es peor, condenada quizás á vivir unida á un hombre fantástico, cuando no vicioso: sola en su espinosa posicion; aislada las mas veces de todo consejo, ajada su sensibilidad, escitada su imaginacion, se convierte en cárcel horrorosa lo que hubiera debido ser el santuario de su felicidad; pésanle sus obligaciones; y léjos de consultar su razon, solo oye la voz de las pasiones y los placeres. Su alma, ansiosa de afecciones dulces, ávida de felicidad, en vano se empeña en buscarla fuera del círculo de sus obligaciones haciéndose independiente de ellas, pues solo encuentra tristes desengaños, que agravan cada vez mas su mal. Pasado este primer raptó, sucede la reflexion, pero ya tarde: preséntase á ella como un sueño espantoso, aterrador, la-vi-

da desnuda de todo prestigio y de todas las hechiceras ilusiones de una imaginacion ardiente; persiguela constantemente esta realidad; en vano trata de sustraerse á ella; se recoge, se replega sobre sí misma, busca nuevos goces en su alma, que estéril, no le ofrece, sino recuerdos amargos. ¿Y podrá decirse lo mismo de la que ha recibido una sólida educacion? No. Imágen anticipada de la felicidad eterna es para el hombre la muger virtuosa é instruida. Superior á las frivolidades, buscará sus placeres en conocimientos positivos y útiles; y léjos de arredrarse á la vista de sus deberes, se gozará en ellos, derramando al rededor suyo la paz y el contento.

El hombre no es un ser meramente físico, es eminentemente moral, y así, el *único* medio de sujetarlo, es ofrecer á su alma los atractivos, no de la belleza física, sino de la belleza moral; y en éste sentido el elocuente Rousseau dice, que la muger hace del hombre lo que quiere: todo está, pues, en los medios que emplea. Una muger cuya alma ha sido formada por una buena educacion, conservará su dignidad, no avezándose á los caprichos del hombre; al contrario, sabrá moderarlos con su ejemplo: le hará respetar sus deberes, aceptando ella los suyos; ejercerá sobre él aquel ascendiente tan irresistible de la virtud, sin que jamas quiera arrogarse atribuciones ajenas de su sexo y de su condicion social; censora de las acciones del hombre, este respetará como sagrada la opinion de aquella: conservará por una prudente economía la fortuna de su marido: la dulce paz, origen de felicidades, desterrará de su familia la cruel discordia, causa de los mayores desórdenes que notamos en la sociedad. Cuando desgarrada el alma por los repetidos y amargos desengaños de la ingratitud, duda el hombre en su deses-

peracion, que existan virtudes en este mundo, en su esposa encontrará el complemento de todas; la amistad, passion de las almas nobles y tiernas, brillará en ella pura con todo su entusiasmo; entónces, solícita y amante, deramará en sus heridas el bálsamo de los consuelos, y será para él la imágen de la Divinidad. Tales son los resultados generales de la educacion en la muger. Y no se diga que quiero hacer de ella un ente ideal, pues participando de las mismas facultades que el hombre, destinada á vivir con él, en este y en aquella debe ser una la educacion, si unos han de ser los sentimientos, porque de la armonía de las partes nace la perfeccion del todo.

Principio de eterna verdad es, que sin la educacion privada ningun resultado puede esperarse de la pública. Por educacion privada entendemos aquí la que el niño recibe en su casa, esto es, la que recibe en el regazo de la madre; á esta toca, pues, cuidar *inmediatamente* de las primeras impresiones del hombre-niño; pero si la constante esperiencia nos muestra que estas impresiones son siempre profundas, siempre decisivas, siendo así que á veces no basta el poder de la razon á modificarlas siquiera; si es constante que la sociedad entera es el conjunto de todas las familias, y que cada uno de sus miembros ha debido pasar por esta primera edad, y de consiguiente ser modificado por impresiones análogas; y si se admite que la naturaleza no basta siempre á corregir nuestras percepciones, porque no hemos sabido observarla cual es, deducirémos naturalmente que la muger, como madre institutora, debe haber recibido una buena educacion, y esto desde la cuna, si se quiere que desempeñe tan nobles como sagradas atribuciones. Una vigilancia continua, de todos los momentos, sobre la conducta del niño: consejos

dictados por una razon madurada en el estudio incesante de sus deberes, y sostenidos por el ejemplo, podrán únicamente rectificar y enderezar las inclinaciones del hombre en los primeros años de su vida.

Queda, pues, demostrado, que la educacion de la muger es necesaria; 1.º, porque forma una parte integrante de la sociedad, y es por su constitucion moral mas fácil de estraviarse que nosotros: 2.º, porque destinada á vivir unida al hombre, si no tiene virtudes é instruccion, no podrá hacer la felicidad de este, ni ménos la suya propia; y 3.º, porque como madre, *está obligada* á ser la maestra de sus hijos, á formar sus primeros sentimientos, y de consiguiente á zanzar los cimientos de su futura suerte.

¡Ojalá puedan estos mal concertados renglones animar á plumas mas adiestradas! Tal vez lograrán persuadir á los que sumidos aún en añejas preocupaciones, niegan al sexo encantador la necesidad de una esmerada educacion, concediéndole apenas los principios de una mal aliñada enseñanza primaria.

¡Loor mil veces á todo el que se sacrifique por el bienestar de sus semejantes! Nuestra solicitud en favor del bello sexo, y nuestros fervientes votos, son: que aunados todos, cultivemos el árbol de la vida, el árbol de las ciencias. Un dia vendrá en que sentadas á la sombra de sus frondosas ramas, las naciones contemplarán con noble orgullo descollar hermosa y rozagante entre sus hermanas á nuestra patria privilegiada por la naturaleza, aunque abandonada por sus hijos, que indiferentes parecen rechazar las esperanzas que ansiosa les presenta.

El Septuagenario.



LOS PAJAROS.—Ornitología.

NUESTRAS amables lectoras habrán leído ya en el primer tomo las nociones elementales sobre la historia natural y sobre la Zoología en particular: una de las partes en que se divide esta última ciencia es la Ornitología ó la ciencia que trata de los pájaros, y como la bella estación de la primavera sea la mas adecuada para su examen así por su multiplicidad como por la variacion de su plumage, aprovechamos esta oportunidad para dar principio á un estudio tan grato como divertido.

Aunque en las obras mas antiguas se habla ya de pájaros, sin embargo hasta Aristóteles no se encuentran ni aun nociones generales sobre la Ornitología propiamente dicha. Este padre de la historia natural, conocia un gran número de especies de pájaros, y describió sus costumbres é instinto propio; pero olvidó compararlos, y á escepcion de algunas familias tan comunes, que no se las puede confundir como los pájaros de presa ó aves de rapiña y los acuáticos, no observa ningun método en sus escritos. Plinio multiplicó despues las observaciones; aumentó la masa de las especies conocidas; pero hasta la renovacion de las ciencias á mediados del siglo XV, no comenzaron á ocuparse de esta ciencia Gonsard, Gesner y Pedro Bellón, que en 1555 publicaron una obra acompañada de figuras grabadas en madera en que se encuentran los pájaros divididos en familias, y segun sus costumbres ó el lugar de su habitacion.

Despues de ellos Aldrovando y Jomston, los clasificaron en 1657 conforme á principios mas ciertos y mas aproximados por grupos naturales. Juan Ray fué el que dió el primer método ornitológico regular. En tal es-



El Faisán de las Molucas.



tado se hallaba la ciencia cuando apareció Lineo, y en su obra del Sistema de la naturaleza, estableció caracteres, órdenes y géneros los mas exactos, y tomados siempre de las partes mas esenciales del pájaro, y mas capaces de compararse entre sí. De este modo sus discípulos y sucesores, han perfeccionado hasta nuestros dias sus trabajos, pero sin cambiar las bases.

No á todas las especies de pájaros ha sido dado el instinto social: pero aquellas en que se manifiesta, es mayor y mas decidido que en los otros animales. No solamente sus grupos son mas numerosos, y su reunion mas constante que los de los cuadrúpedos, sino que parece que á ellos solos pertenece aquella comunidad de gustos, de proyectos y de placeres, y aquella union de voluntades que forma los lazos del mutuo enlace.

En efecto, si consideramos las sociedades libres ó forzadas de los animales cuadrúpedos, ya se reúnan furtivamente ó por contingencia en el estado salvaje, ó ya se encuentren reunidos bajo el imperio del hombre y convertidos en criados ó esclavos, no podemos compararlos á las grandes bandadas ó sociedades de pájaros formadas por puro instinto y conservadas por gusto y afeccion bajo los auspicios de la libertad mas plena. Vemos á las palomas buscar su comun domicilio y manifestarse tanto mas contentas, cuanto mayor es su número. Vemos á las golondrinas y otros pájaros de paso ó que emigran de un punto á otro, reunirse, reconocerse, y darse en seguida la señal general de marcha: sabemos que las gallináceas (familia de pájaros cuya mandíbula ó parte superior del pico está ahovedada ó encorvada así como las narices) tienen en el estado silvestre las mismas habitudes sociales que en el doméstico que han secunda-

do sin contrariar su naturaleza: en fin, vemos á los pájaros que anidan en los árboles ó dispersos en los campos, agruparse, y despues de haber disfrutado de sus variados juegos en los últimos dias del otoño, marchar de acuerdo é irse á buscar reunidos, climas mas felices ó inviernos mas templados, y ejecutar todo esto independientes del hombre, aunque á su vista y sin que él pueda oponerles obstáculo, y parece que aniquila por el contrario toda sociedad, toda voluntad comun en los animales cuadrúpedos á quienes lo mismo es desunirlos que dispersarlos.

La sabiduría del Autor de la naturaleza se manifiesta admirablemente en la organizacion de todos los seres; pero especialmente los pájaros prueban del modo mas evidente que cada uno de los órdenes á que pertenecen ha sufrido las modificaciones mas adecuadas á su destino. Las aves de presa, por ejemplo, y todas aquellas que están dotadas de un vuelo rápido y de la facultad de elevarse á una grande altura, tienen un amazon huesoso mas ligero que las Palmípedes (orden de pájaros nadadores y de piés cortos, cuyos dedos están pegados por largas membranas), y las Gallináceas. Formados para navegar en la inmensidad de los mares, su pecho está cubierto de un esternon, cuya parte saliente ó paletilla, mas desarrollada que en los pájaros que vuelan menos, representa la quilla indispensable á los buques que hienden las aguas. Alas de una grande estension, movidas por fuertes músculos y pulmones de una amplitud considerable, hechas para recibir una gran masa de aire, contribuyen tambien á la superioridad de su vuelo. Sus dedos fuertemente contruidos, están armados de agudas y encorvadas uñas como las del Aguila y el Gavilan; por el contrario el Avestruz, destinado á la carrera, tiene en sus piernas

la solidez necesaria para sostener un cuerpo, que pesa por lo comun mas de tres arrobas. En algunos pájaros los órganos del vuelo se hallan en un estado casi elemental: sus alas cortas y sus flexibles plumas de una finura estrema, indican bastante que su pesada masa no puede elevarse en los aires. El sentido del oido se halla tan desarrollado en los pájaros, que es difícil decidir si es mas vivo que el de la vista ó el del olfato; sin embargo, este último tiene una delicadeza notable en el buitre y en el cuervo: el gusto y el tacto son los mas imperfectos de sus sentidos.

Un autor ha pretendido traducir el language de las aves: sus cantos y sus gritos son tan variados, que podria creerse que se comunican sus necesidades, sus deseos y sensaciones con mas facilidad que los otros animales. Lo que hay de cierto es que pueden oirse desde muy léjos, y que no hay cuadrúpedo cuya voz por estensa que sea, pueda compararse, hablando con respecto á su tamaño, á la del Ruiseñor ó el Cenzontli. Se sabe que en el curso de un año el desarrollo de la voz varia en la mayor parte de las especies: que en algunas de ellas en la época de los amores es cuando adquiere su mayor fuerza: que muchos pájaros no cantan sino por la mañana, asi como otros solo por la tarde y noche.

De todas las clases de animales, la de los pájaros es la mejor caracterizada, en la que las especies se parecen mas, y la que se halla separada de las otras por un mayor intervalo. La distribucion de los pájaros se funda en los órganos de la manducacion, es decir, en el pico, y en los piés.

Desde luego se nota que los piés palmeados, es decir, aquellos cuyos dedos están unidos por membranas, son los que distinguen á los pájaros nadadores. Otras aves tienen por lo comun algo de palmeado en los piés, ó

se les observan al ménos entre los dedos esternos tarsos elevados, sus piernas están desnudas de plumas en su parte inferior, y su talla es elevada; en una palabra, tienen todas las disposiciones propias para marchar á lo largo de las aguas, y se les llama Riveranos ó Zancudos. Entre los pájaros verdaderamente terrestres, las Gallináceas tienen como nuestro gallo doméstico, el paso torpe, el vuelo corto, el pico mediano y las narices cubiertas en parte por una especie de escamado blando, y se alimentan principalmente de granos; así es que hay diversos métodos ó clasificaciones para la division de los órdenes, grupos, ó familias de los pájaros. Indicarémos dos de ellos únicamente: el adoptado por Cuvier y el de Temminck. El primero comprende seis órdenes, dividiendo las aves en pájaros de Presa, Gorriones, Trepadores, Gallináceas, Zancudos ó Riveranos, y por último Palmípedes ó Nadadores, cuyos órdenes se dividen en diversas familias, como veremos otra vez.

Temminck hace su division en doce órdenes: 1.º Pájaros Rapaces. 2. Omnívoros, ó que comen de todo. 3. Insectívoros, ó que se alimentan de insectos. 4. Granívoros, ó que comen granos. 5. Zigodáctilos. 6. Anisodáctilos. 7. Alciones, ó que hacen sus nidos cerca de la mar ó de los rios. 8. Chelidones ó Pasajeros. 9. Palomas. 10. Gallináceas. 11. Alectorides. 12. Corredores ó Correcaminos. 13. Gralles. 14. Pinnatípedes. 15. Palmípedes, y 16. Inertes. Estos órdenes contienen doscientos doce géneros.

Ya que hemos hablado de los primeros autores que se ocuparon de esta ciencia, hemos creído verán con gusto nuestras amables lectoras una de las aves mas hermosas que describe el mas moderno de los ornitólogos, cual es el Faisan macho de las islas Molucas.—*I. G.*

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO.

POEMA EN DOS CANTOS.

CANTO I.

PRESTAME en esta vez tu acorde lira,
 ¡Oh musa celestial! y dulce acento
 A mis labios inspira:
 Que inflamado mi pecho en sacro aliento,
 Del Espíritu Santo
 La venida triunfal, y el vencimiento
 Del soberbio Satán celebro y canto.

Y tú, nómén sagrado,
 Que en la cumbre de Oreb el armonioso
 Son acordaste al vate, que inspirado
 Con tu soplo ardoroso,
 De Jehová Criador y poderoso
 Las obras ensalzó; mi lengua impura
 Mueve también; tu auxilio me asegura;
 Y quedarán confusas
 Mi voz oyendo las mentidas musas.

Ya en las alas del viento,
 Y de ardientes querubas ascendido,
 El inmutable asiento
 Ocupaba el Ungido
 A la diestra del Padre. Conturbados
 Los discípulos fieles, silenciosos,
 Tristes y pesados,
 Gemían del maestro abandonados;
 Que mientras se cumplía
 La promisión eterna
 Que al elevarse á la mansion superna
 Les dió Jesus en el glorioso día,
 De tímidas pasiones
 Libres no estaban aun sus corazones.
 Ellos la escuadra electa
 Formaban que impertérrita calcando
 Al infernal Satán, y su impia secta
 Como ligera niebla disipando,
 Valer haría por el orbe entero
 El precio de la sangre del Cordero.

Ya el tiempo señalado
 A la gloriosa lucha se aproxima;
 Los almos campeones,
 Con ánimo concorde y humillado,
 Al Padre, de Sion en la alta cima,
 Dirigen sus fervientes oraciones.
 Tal suelen ántes de la lid sangrienta
 Dos guerreros vibrar la aguda lanza,
 Del caballo adestrarse en la carrera,
 Mientras la voz cruenta
 Oyen del general que á la matanza
 Los llama, enarbolando la bandera.
 El príncipe infernal que así los mira,
 Arde en furiosa ira.
 Su imperio destruido,
 Sus astucias burladas,
 Y sus leyes tiránicas holladas,
 Le hacen lanzar un hórrido alarido;
 Mas su soberbia loca
 A terrible venganza le provoca.
 Sus ojos centellantes
 Mas susto imprimen que en oscuro cielo
 Cometas rutilantes,
 Nuncios infaustos de terror y duelo.
 Agita su cabeza furibundo
 De silbadoras víboras crinada,
 Que en roscas mil se encogen y repliegan,
 Y queda envuelto el anchuroso mundo
 En una noche lígubre y nublada,
 Cuando sus negras alas se despliegan.
 Tres pasos, vomitando viva lumbre,
 Da de Sion al Etna cavernoso,
 Y por la abierta cumbre
 Baja en torcido vuelo al reino umbroso;
 Y en su trono sentado,
 Con voz honditonante,
 Como el trueno del rayo fulminante,

Manda juntar el infernal senado.

¡Oh musa divina! tú que comprendes
En un instante solo,
Cuando tu vista abrazadora tiendes,
Cuanto pasa del uno al otro polo:
¡Quiénes los principales
Espíritus se hallaron congregados
A contrastar osados
De Jehová los designios eternos!

Belzebuth fué el primero
Que la diestra ocupó de Satán fiero.
El coloso de Ródas afamado,
Cuya enorme figura
Setenta codos numeró de altura,
Nada fuera á su lado:
¡Tanto es disforme su hórrida estatura!
Los ángeles rebeldes le miraban
Como á uno de sus príncipes mayores:
Los de Accaron sin seso lo adoraban,
Tributándole inciensos y loores.
Al trono de Satán con orgullosos
Pasos se acerca: dobla la rodilla;
Y al sentarse en su silla,
Retiemblan los abismos tenebrosos.

Sigue en orden Moloc, cuyo santuario
De víctimas humanas
Sembraba el amonita sanguinario,
Sofocando cruel sus quejas vanas
Con tímpanos y pífanos tañidos
En medio de sus ayes doloridos.
Este monstruo fatal, de sangre hebrea
Hartado, anduvo errante
En regiones diversas y apartadas:
El fanatismo emplea
Su astucia vil, trayéndolo triunfante
De Anáhuac á las tierras desdichadas;
Huitzilopochtli le llamó al tirano,
Y lo hizo dios del ciego mexicano.

Cámos, deidad lasciva del moabita,
Y de Sidon la inveracunda Astarte,
Tras el cruento Moloc vienen ligeros:

Los tres del sabio rey israelita
En la impía adoracion tuvieron parte,
Y eran inseparables compañeros.

Despues sigue Dagon, monstruo biforma
Del filisteo insensato venerado,
Aun cuando mutilado
Lo dejara é informe
El Sesoa de Israel, y castigara
De este modo su intento temerario
De usurparle el santuario,
Y á la suya acercar su inmunda ara.
Baal, dios de Moab, Fenicia, Asiria,
De Judea y Samaria:
Belial sin ley ni freno;
Remmon, númen de Siria,
Y otra turba de dioses adversaria
De la cruz del ungido Nazareno,
Cuyos nombres rehusa
Memorar la sagrada pia Musa,
Vienen del ángel fiero á la llamada
Con frenética furia desusada.

Satán el negro labio así desplega
Cuando el tartáreo bando se congrega:
„Dioses, Príncipes, Angeles, Querubes,
¡Cederémos por fin en la atroz guerra
Jurada al hombre? ¡Al polvo de la tierra
Nosotros que nacimos en las nubes
Esclavos servirémos,
Y el imperio del orbe perderémos!
El mortal se prefiere
Al inmortal. ¡Ay triste!
¡Quién la carne tuviera que reviste!
¡Ay! quién muriera como el hombre muere!
El hombre!... voz fatal, voz que resuena
En mi oido cual rayo retumbante
Por la mano triunfante
De Miguel despedido, y la cadena
Me recuerda incesante
Que á la cerviz atada
Nos impuso Jehová con mano irada:
Jehova, que á par de nuestro horrible enco-
A la humana natura, (no

Raudales de ventura
 La envía sin cesar de su alto trono.
 ¡Qué fué nuestro pecado
 Junto á su ingratitud negra y horrenda?
 Y ¡ay! su ira tremenda
 En nosotros descarga á toda hora,
 Y al hombre ha reservado
 La piedad infinita que atesora.
 Abierto el dique está de sus ojos
 Para los querubines;
 Mas su bondad para él no tiene fines;
 Lo ama como á las niñas de sus ojos.
 Despues de su caída la consuela:
 Habla con él: con él perenne habita;
 Y por su bien continuamente vela.
 Por una que se irrita,
 Cien veces se contenta: le predice
 Por sus vates su alianza;
 Y todo cuanto dice
 Con milagros sin número le afianza....
 ¡Mas cómo referir aquí prolijo ..
 De su clemencia la inefable historia?
 Puso término, en fin, á su esperanza;
 Y humanado le envió su Eterno Hijo,
 Entre himnos mil y cánticos de gloria.
 El Verbo de su Padre la ternura
 Iguala. Aquí doctrina
 A un ignorante pueblo: allí convence
 La Sinagoga: acá piadoso cura:
 Fuerza al tímulo allá su voz divina
 A que produzca vida; al hambre vence,
 Que á millares de gentes aquejara,
 Con pan que apenas para dos bastara:
 A un número escogido
 De discípulos traza el fiel modelo
 De la moderna ley que ha establecido;
 Ley de piedad, de gracia y de consuelo...
 ¡Qué mas? Su vida ofrece,
 Y sufre los tormentos que merece
 El hombre ingrato, duro,
 A su voz sordo y á su fe perjuro:
 Y de su amor en prueba,
 Y en piedad de la alianza que renueva,

Aunque torna otra vez á la morada
 Del cielo fortunada,
 Velada en accidentes,
 Para salud y vianda de las gentes,
 Deja su misma sangre que vertieron,
 Su cuerpo mismo que despedazaron,
 Su sangre en que inhumanos se tiñeron,
 Su cuerpo que feroces inmolaron.
 Para llegar al ángel solo un grado
 Faltaba al hombre: todo cuanto encierra
 La inmensurable tierra,
 La fiera, el bruto, el ave, el pez alado,
 Fué rendido á sus piés: vedlo encaizado
 Ya sobre el querubín: vedlo fulgente
 En la sagrada mesa; y de la eterna
 Sustancia alimentado, reverente
 Ved como ante él el cielo se prosterna...
 Pero ¡qué digo el cielo, si el abismo
 También le adorará...! también yo mismo...!
 Ved luego cual levanta
 Hasta el empero el vuelo, y á la estrella,
 Y á la luna, y al sol su planta huella,
 Y la faz del Señor ve sacrosanta:
 La faz ¡ay! para nos siempre negada;
 Siempre de enojo y de furor velada.
 ¡A tal grado se eleva, á tal altura
 Del polvo terrenal la endeble hechura!
 ¿Y será que Satán le incline el cuello?
 ¡Será que sus legiones
 Reciban, abatiendo sus pendones,
 De esclavitud el ominoso sello?
 No, que la encouosa
 Rábia que me devora
 Os incita también, y la ardorosa
 Pasion de combatir no se minorra
 En vosotros: sois dioses, sois guerreros
 Como yo; solo el rango nos separa:
 Mido por mi rencor vuestros rencores;
 Y correrémos á la lid tan fieros,
 Como cuando quisimos cara á cara
 Disputar á Jehová los resplandores.
 Si no, yo os recordara
 Las heroicas hazañas,

Que nos hicieran dueños y señores
De los hombres, al ángel servidores,
Ya en fuerza del poder, ya de las mañas.
Ceden á nuestros genios vencedores
Como al recio huracán débiles cañas;
Y su infelice historia
Nuestro poder publica y nuestra gloria.
Dejemos, pues, el ocio letargoso;
Dejemos el sosiego,
(Si tal puede llamarse este horroroso
Arder sin fin en perdurable fuego):
En la estendida tierra
Encendamos el hacha de la guerra;
Y donde mas se apure
El valor, sea en Sion, de donde escrito
Está que una ley nueva, un nuevo rito
Saldrá que eterna por los siglos dure.
Allí los adversarios principales
Están juntos orando,
Y la ruina terrible preparando
Del Tartaro y sus dioses inmortales.
Corramos, pues, volemos:
No haya fuerza ni ardid que no se muera:
Este precioso tiempo aprovechemos;
Y cogera los frutos el abismo
De la semilla que en la frágil Eva
En el jardín de Eden sembré yo mismo.
¡Y quién, triste agogero,
Osará presagiar triunfo ominoso
A Satan altánero,
Y á su ejército fuerte y belicoso?
Quédese aquí quien tema
En el ocio sumido vergonzoso:
Y si el infierno entero cual problema
Ve la empresa, y la cree tan arriesgada,
Quédese aquí tambien; que sin auspicio
Solo yo busto á conquistar el suelo:
Yo que insultar osé, la frente alzada,
Con la audaz tentacion al Dios del cielo:
Yo que ordené su bárbaro suplicio:
Yo que supe inspirar la alevosía
Al discípulo infiel: yo que dictaba
Los sangrientos decretos á los jueces:
Que de furor armé la turba impía:
Que cuando Cristo de la cruz colgaba,
Le hice del cáliz apurar las heces.
Pero ¡temer! ¡á quién! ¡al débil bando
De doce pescadores ignorantes,
Que pavoridos del suplicio infando,
En su fe vacilantes,
Dejan cobardes al atroz cuchillo
Entregado el Maestro? Su caudillo,
Que ántes le defendió tan alentado,
¿Por veces tres, no le negó cuitado?

¡El pueblo, los magnates, el partido
Seguirán del que impíos condenaron
Y en afrentosa cruz sacrificaron?
¡Segúralo el gentil, descentendido
Del culto que sus padres le enseñaron,
Y abrazará una ley tan misteriosa,
Que su razon sencilla
Mirará como absurda y fabulosa!
Mas á la fe se humilla
Su espíritu; y ya adora,
Hincada la rodilla,
La cruz del Redentor: llega la hora
Del placer, y natura le convida
A gustarlo sin freno ni medida:
Pero la nueva religion le ordena
Luchar sin fin con él; aquí la pena;
La incertidumbre aquí, la aporrasia:
Que su carne á tal yugo no avezada.
Ni á tan cruda porfia,
Renuncia de Jesus; y apresurada,
Su Cérés busca, que de henchido grano
Sus troges llena: á Baco, que el sabroso
Vino le brinda con lasciva mano;
Y á Vénus, que al gustoso
Delicite del amor dulce le llama,
Y de plácido ardor su pecho inflama.
Mas ya el tiempo nos insta á la guerrera
Empresa: el enemigo
En sus rugos serviles persevera:
Y este es el fuerte escudo que al abrigo
Del triunfo le pondrá, si no curamos
De apresurar la lid. ¡A qué aguardámos?
Esta mansion de luto y tristeza
Dejemos; pruebe el mundo
Todo el poder del Orco furibundo;
Y vea en nuestra indómita fiera
Jehová, que de su ley siempre contrarios
Serémos, y no viles tributarios."

Dijo Satan: tres veces execrable
Blasfemó del purísimo, adorable,
Santo nombre de Dios: la hueste impía
Su imprecacion horrible repetía;
Y con maligna risa y algarazara,
Con gestos espantosos,
De su gefe celebra los dolosos
Discursos que entre llamas pronunciara.

Suspende ¡oh Musa! tu cantar divino;
Que para proseguir tan peregrino,
Tan sublime concerto,
Necesito tomar algún aliento.

[Se continuará].

 JUNIO 1.º DE 1841.

MORAL.

SIENDO la moral uno de los estudios mas importantes al bello sexo, y uno de los ramos mas necesarios á la educacion, hemos procurado en el primer tomo de este periódico, infundir en nuestras amables lectoras algunas ideas sobre las principales virtudes, imprimiendo en sus almas la pureza y regularidad de las costumbres, y des-terrando muy léjos de nuestras columnas la mas ligera idea ó alusion que pudiera perjudicar en lo mas leve la moral práctica; sin embargo, deseosos de la uniformidad en todos los ramos de instruccion que procuramos á nuestras amables lectoras, vamos á dar hoy algunas nociones de lo que es la moral en general y de sus distinciones.

La moral es la ley que gobierna á los seres inteligentes y libres, y segun la cual se caracterizan en sus determinaciones del bien y el mal, el vicio y la virtud; es á la vez la ley natural independiente de toda institucion humana y la ley religiosa que emana del legislador supremo; ley obligatoria por sí misma; ley en la que manda, no la fuerza, sino la autoridad; y que domina, no por la violencia á la servidumbre, sino por el convencimiento á la obediencia; y ley finalmente universal é inmutable.

Hay una moral práctica y una ciencia de la moral. La moral práctica es el primer interes del hombre en sociedad, así como la ciencia de la moral es la mas noble y mas importante porcion de la filosofía. La moral práctica subsiste por sí misma independiente de la ciencia; la ciencia está llamada á perfeccionar la moral práctica. Ha-

blarémos hoy de esta, dejando para otra vez hacerlo de la ciencia de la moral.

De la moral práctica.

Por la práctica de la moral, tanto el hombre como la muger entran en la condicion de la humanidad. La inteligencia, aun la que se halla esclarecida con mas brillantes luces, no bastaria por sí sola á constituir á aquel, ni á esta en la verdadera posesion de su naturaleza, y aun podria acaso hacer mas funesta su alteracion.

Creado el ser racional, no solo comò inteligente, sino esencialmente como un ser moral, se hallan ligadas en él intimamente entre sí estas dos altas dignidades, y la ciencia es la hermana de la virtud. La moral se revela por sí misma y sin necesidad de maestros desde la cuna de las sociedades, desde la primera infancia y casi sin sentirse; su voz penetra en el alma del sordo-mudo, lo mismo que en la de aquel que ha recibido las lecciones de la enseñanza.

La moral práctica reinaba ántes de los moralistas, y estos solo han sido sus órganos: hubo necesidad de intérpretes, porque existia una ley; y se les comprendió, porque la ley respondia desde el fondo del alma, y no eran mas de los ecos de la conciencia humana. Los primeros moralistas se limitaron pues á traducir la ley moral en sentencias ó á mostrarla viva por medio de los ejemplos, ó á hacerla familiar adornándola con los apólogos, es decir, que no hicieron sino espresarla, y que no tuvieron necesidad de demostrarla; ni era preciso ponerla en evidencia, para que se hiciese conocer. Era la ley sola que hablaba como ley, con un language tan sencillo como poderoso, porque sacaba su poder de ella misma. No trataba de justificar su título y sus derechos, y al decir: *Obra de esta manera*, ya habia persuadido la justicia y la necesidad de su precep-

to. Así es que esas antiguas máximas de los primeros moralistas, han pasado hasta nosotros al travez de los tiempos sin envejecerse, y rodeadas de la veneracion de todos los pueblos. Su autoridad es inmortal, porque es la de la ley; y es eminentemente popular, porque es la de la naturaleza.

Tres causas principales han concurrido á desarrollar y á fortalecer la moral práctica en las diversas naciones y en los distintos siglos: las leyes positivas, las instituciones religiosas y la civilizacion; pero estas tres causas, obrando poderosamente sobre las costumbres, han tomado para sí mismas una porcion esencial de su fuerza del imperio de la moral, que encontraron ya establecido en el corazon humano. Por este poder de la moral se forman los vinculos sociales; por este poder invisible se conservan las mismas sociedades, y llegan á obtener el mas alto grado de orden y de prosperidad. Los legisladores se han valido pues de todos los medios de que disponian para afirmar el imperio de la moral. La ley del deber, grabada en la conciencia humana, espresada en sus códigos con mas ó ménos fidelidad, ha venido á ser la ley escrita y positiva. Asustados de la violencia de las pasiones humanas, han tratado de socorrer á la voluntad en la lucha que debia sufrir; agregando á los preceptos de la moral la sancion de los castigos y la esperanza de las recompensas; la espada de la ley ha vengado la violacion del deber. Así es como los sabios de la antigüedad han venido á ser los primeros legisladores de los pueblos, porque ya eran como los mensajeros de la moral sobre la tierra, y así es como las primeras leyes civiles tenian por uno de sus objetos el de formar las costumbres; porque ya eran como un sistema de educacion popular.

Es verdad que al meditar los códigos de los legisladores, se ve que han atendido mas al interes general de la sociedad, que al interes de la moral considerada en si misma; y que á proporcion de que se ha ido desarrollando, la legislacion se ha concentrado mas en el primero de estos dos puntos de vista. Ella no se ocupa de investigar lo que pasa en el secreto del corazon, ni en castigar lo que no daña á la comunidad: ha graduado sus penas sobre el hecho mas bien que sobre la intencion, y sobre la estension del perjuicio mas que sobre la gravedad intrínseca del delito. Pero ¡cosa admirable! la utilidad comun se ha encontrado ordinariamente de acuerdo con el deber de cada uno. Hay mas: los legisladores mismos han conocido que no les bastaba hablar á nombre del interes general, y han querido hablar á nombre de la justicia, de aquella justicia eterna que no les pertenecia criar, pero cuyos decretos no podian ménos de proclamar. No se han limitado á decir: *Haced esto, porque es útil*, sino que han dicho: *Haced esto, porque es justo*. No les bastaba armarse de castigos y prometer remuneraciones, sino que han querido obtener una obediencia racional y conciensuda, y que la sumision á las leyes se considerase como un deber; han querido ejercer una verdadera autoridad, y esta la han querido sacar de la moral, única que tiene el derecho de mandar en la conciencia humana; y han invocado la moral, porque sin ella su poder, si habria tenido fuerza, habria carecido de autoridad; y sus penas, si habrian inmolado víctimas, no habrian castigado culpables.

Mientras que las instituciones civiles regian las acciones exteriores del hombre en sociedad y en sus relaciones con sus semejantes, las instituciones religiosas pene-

traban en el santuario íntimo de la conciencia, y se dirigen al hombre en el seno mismo de la soledad. Las nociones morales y las nociones religiosas, el sentimiento moral y el sentimiento religioso, se desarrollan casi espontáneamente, y son naturalmente simpáticas. El autor de todo lo creado se manifiesta á la vez como el legislador supremo y como el modelo ideal de la perfeccion moral; las perspectivas de la vida futura se descubren ricas de esperanzas á la virtud, y ofrecen una carrera de expiacion al crimen. Desde entónces la moral práctica recibe un nuevo órden de sancion, una sancion invisible, íntima, inmensa.

En su alianza con la moral, el culto religioso mismo se embellece tambien y se depura, estendiendo nuevos beneficios sobre la humanidad. Pero en el seno del cristianismo es donde se ve mas completamente consumada esta preciosa alianza, y donde la moral entera se halla enteramente animada de un espíritu religioso. Jamas la moral práctica habia poseido sobre la tierra una coleccion de preceptos mas completa y acabada, y jamas habia recibido su inspiracion por motivos mas sublimes. La virtud desde el establecimiento del cristianismo, no fué ya solo el cumplimiento de un deber imperioso, sino que se mostró con toda su alta y hermosa vocacion como la tendencia á la perfeccion; las lecciones de la Sabiduría reservadas á un corto número de favorecidos, se hicieron populares; el mérito del sufrimiento, la dignidad de la desgracia, fueron reveladas y comprendidas; se proclamó la igualdad entre los miembros de la familia humana; la caridad santa crió sus benéficos prodigios, la pureza del corazon fué el primero de los deberes, porque el corazon es el santuario del mismo Dios; la fide-
li-

dad, á la verdad, fué mandada por aquel que es la verdad eterna. El tránsito del hombre sobre la tierra, se explica como una grande preparacion; la virtud viene á ser la primera parte del culto; el código entero de la moral se redujo á estos dos preceptos, el amor de Dios y el amor de los hombres, y ambos se confundieron en uno solo.

La historia nos lo ha manifestado así para gloria del evangelio, y para honor de la moral. A su pureza y á su sencillez ha debido el Evangelio muchas de sus conquistas, y durante diez y ocho siglos la admiracion de todos los sabios. Así es como el Evangelio ha encontrado en la ley natural, grabada ya en el fondo de las almas, un testimonio de correspondencia y de simpatia con sus máximas.

Lo que se llama civilizacion es el resultado de las relaciones estrechas, estensas y variadas entre los hombres, y comprendiendo á la vez el desarrollo del trabajo y de la industria, el progreso de las luces y del gusto, la firmeza del orden general, y la mejora de las costumbres públicas y privadas, es en parte el fruto de las instituciones políticas, civiles y religiosas. Las influencias de la moral práctica obran poderosamente sobre ella, afianzan los vínculos sociales, fortificando el respeto á la equidad, y á las disposiciones de la benevolencia; alientan al trabajo y le aseguran su recompensa protegiendo la propiedad; favorecen las luces y alimentan el amor á la verdad secundando los esfuerzos de la meditacion, así como rectifican el gusto depurando y ennobleciendo el sentimiento de lo bello. La civilizacion á su vez sirve á los intereses de la moral pública: mientras mas se multiplican los lazos que unen á los hombres, tanto mas aprenden estos á sentir lo que se deben a sí mismos. El trabajo hace conocer á los ra-

cionales el sentimiento de su dignidad. Los conocimientos del alma, las producciones de las bellas artes, ayudan á la virtud, ilustrando la razon, y haciendo apreciar los goces nobles y delicados. El menosprecio público ataca al vicio: los sufragios de la opinion, las palmas de la gloria, exaltan el entusiasmo virtuoso, y recompensan el heroismo.

Si la moral, pues, tiene su fuente en el seno de la conciencia humana, si existe ántes que las leyes escritas, que el culto religioso y que la civilizacion, ¿por qué no se reproduce siempre la misma en todos los países y en todas las edades?

La moral práctica supone dos condiciones: la noción del deber fielmente conocida, y la autoridad del deber fuertemente sentida. Ahora bien: la noción puede ser despreciada por la ignorancia, ó alterada por el error, y el sentimiento puede debilitarse.

La ley del deber lleva en su expresion una estrema generalidad, y dice por ejemplo: *Conserva tu dignidad propia, no dañes á tu hermano.* En esta noción general y primitiva á la vez, la ignorancia y el error no pueden hacerse escuchar; pero al tratarse de las aplicaciones, los raciocinios se suceden y á veces se prolongan; su encadenamiento se estiende hasta las ideas mas ó ménos delicadas.

El sentimiento del deber exige cierto grado de reflexion sobre si mismo: la conciencia no responde sino á aquel que le pregunta: supone cierta calma de espíritu y disposiciones favorables: se debilita, y casi se estingue en una vida muy agitada y en medio de los abusos de los placeres sensuales: es una facultad acordada al ser racional, pero bajo la condicion de ejercitarla; es un tesoro de gran precio que posee, pero bajo la condicion de conservarla en uso.

Ahora bien: lo mismo que en cada individuo el beneficio de esta ley moral obtenido desde su tierna infancia, puede sufrir todas las alteraciones que resultan de desviarse de la razon ó de las funestas habitudes que adquiere, lo mismo sucede en las sociedades, esta grande dotacion de la humanidad sufre las modificaciones que producen las circunstancias generales. Tales son precisamente las instituciones civiles y religiosas: tal es tambien el carácter que toma la civilizacion en los diversos elementos que la constituyen.

La nocion del deber recibe á veces del legislador asociaciones arbitrarias, las que acaso se estienden á aplicaciones mas ó ménos distantes que la desmienten. Las instituciones religiosas se apoderan tal vez de la nocion del deber, transportándole á prácticas ociosas; sin embargo, el principio moral vive todavía en el corazon humano, que permanece fiel por la intencion de honrar á la religion, y solo se engaña en cuanto á la eleccion de los medios, por los que cree cumplir el mas augusto de los deberes. La opinion tambien hace cometer semejantes errores, atribuyendo algunas veces las nobles ideas del honor á puerilidades ó á odiosas violencias.

Pero hay que notar finalmente en esto, que el principio tan puro como verdadero sobre el que reposa la fe del deber, pertenece á la naturaleza misma, y el error de la aplicacion solo es del hombre. En fin, si algunas veces las leyes, el culto religioso y la opinion, introduciendo en las costumbres falsas máximas ó habitudes funestas, han alterado en la sociedad el sentimiento del deber algunas veces, sin embargo, ese sentimiento obrando con energia en el fondo de la conciencia humana, ha llegado á modificar las leyes, el culto y los usos.





Escuela de la Fabrice nº 4

Los Españoles.

LOS ESPAÑOLES.

No está mala esta acuarela, (decía un viejo aficionado á la pintura, á un jóven artista que estaba en su taller,) sin embargo, parece un poco pálida y fria; vd. podia haberle dado mas fuego á los ojos de esa jóven.... Los pliegues del ropage no están bastante bien indicados.... No debe valer mucho.

El argumento era claro: M. B. mas bien Chalan ó cambalachero que poseedor de un hermoso gabinete de pinturas y curiosidades, queria comprar el original, cuya copia presentamos litografiada á nuestras amables suscriptoras.

El jóven pintor se puso encarnado; el amor á su arte y el convencimiento de su talento, iban á hacerle cometer una imprudencia, si no se hubiese acordado de su querida madre á quien sostenia con la venta de sus obras, y solo respondió con dulzura: «Señor B., vd. es un gran conoecedor, yo lo sé bien, y habrá advertido que este cuadro está tomado del natural.

—Qué! ¿Realmente ha visto vd. á esa encantadora criatura, y á ese jóven tan hermoso que se inclina hácia ella?

—Sí señor; este pequeño cuadro me causa la mayor pena cuando dirijo mis ojos hácia él.... Si vd. quiere comprarlo, yo se lo cederé.... ¡Cuántas veces un canto alegre se ha detenido en mis labios al mirarlo.... Sin embargo, yo he oido cantar á esa jóven, y jamas la espresion de su tierna voz se borrará de mi memoria.

—¡Ah! contadme esa historia. Será seguramente una historia de amor.

—Creo que sí; pero yo no he visto de ella mas de este episodio. Hará cosa de un año que en la bella estacion de la primavera, me paseaba en un bosque donde des-

pues de haber dibujado algunos árboles y comido sobre la yerba, me encontré de improviso frente á una hermosa casa de campo, cuyas persianas y ventanas abiertas dejaban ver su interior. Me detuve sorprendido: un cercado solamente me separaba del jardín lleno de flores que rodeaban la casa, el que salté, y en el ángulo mas cercano á mí, observé desde luego una hermosa cama con colgaduras de musolina blanca; vistosos ramilletes de rosas sobre jarras de cristal adornaban la chimenea. Seguía después una gran sala iluminada por los rayos del sol, que se inclinaba ya al ocaso, haciendo brillar los vivos colores de las tapicerías de Persia de que estaba tapizada; mirtos y naranjos en flor exhalaban en sus ventanas un olor delicioso. Las puertas estaban abiertas; parecia que la felicidad y la confianza habitaban en aquel lugar, del que nadie cuidaba. Yo admiraba los pintorescos efectos de la luz que se reflectaba por entre los cristales, cuando un ligero ruido y una nueva aparición me dejó inmóvil. Una jóven de una belleza sorprendente entró á la sala: sus cabellos caían en graciosos rizos sobre su cuello; dos perlas de oriente pendían de sus orejas, y resaltaban caprichosamente al través del ébano de su pelo. Su traje era singular: llevaba un vestido de seda blanca bordado al salpique de flores grises, y un delantal de blonda ricamente guarnecido, completaba su adorno. Un perrito español la seguía á pasos lentos, y saltando muy pronto sobre el camapé, se recostó sobre un chal. Su dueña sin ocuparse de él, se acercó á uno de esos cuadros llenos de mil bagatelas que el mundo inventa sin cesar, y tomó después un atril de bronce dorado, donde puso un bosquejo de un cuadro de Robert; vd. lo ha de conocer, Señor; los Pescadores.

—Sí, sí, dijo el Chalan, un cuadro que vale el doble, desde que murió el artista.

—Sin duda cuando estamos muertos se nos aprecia mas, dijo el pintor.

—Acabad pues, vuestra historia, amigo mio, replicó con tono de proteccion el supuesto comprador.

—Muy bien, señor. Yo estaba transportado de júbilo, pensando que esta hechicera criatura comprendia toda la poesía de aquella hermosa composicion, y no me engañé; porque tomando una guitarra, sus ágiles dedos pulsaron las cuerdas sonoras, y al punto oí que su voz expresiva y pura dominaba los trozos mas preciosos de la armonía, y que la belleza de sus miradas se animaba por una doble inspiracion. Yo copié este canto que he conservado al lado de mi pintura, y que podeis leer, si gustais.

M. B. leyó.

«Es preciso partir. El cielo está puro, la mar en calma; ved los rayos rojos del sol que van á descender muy pronto, y á apagarse en el seno de las aguas. La baja mar entra ya en las rocas, y se ve saltar en blancos surtidores. Es preciso partir.

El calor disminuye, sopla la brisa, los pájaros vuelan al rededor del mástil, y comienza á inflarse la vela. Es preciso partir.

He ahí á nuestra madre sentada sobre el banco de piedra al lado de la viña; sus cabellos blancos flotan sobre sus sienes arrugadas; sus hondos ojos errantes á lo léjos, espresan una inquietud vaga. Un pensamiento amargo reposa sobre sus labios pálidos: ¡Siempre se marcharán! Es preciso que partan.

Padre, he aquí las redes, están secas y ligeras, pero volverán húmedas y pesadas. María nos protegerá, he aquí su santa imágen. Podemos partir.

Amo, aquí están los víveres, las cuerdas y una brújula; la noche será sombría, puede venir la tempestad. Es preciso partir.

¿Por qué es tan triste el sonido de tu voz, Pedro? ¿Por qué se dirigen tus miradas á la ribera? Levanta la cabeza, es tu padre quien te lo dice. Es preciso partir.

Ya lo sé, padre; pero los años han endurecido tu corazón y empedernido tu alma. ¿Ves allá abajo á tu hija cerca del borde de las olas, con sus ojos bañados en lágrimas y cuyos piés desnudos y blancos se detienen en la arena del mar? Tiene en sus brazos á mi hijo primogénito, no puede seguirnos. Es preciso partir.

Sí, padre, mira ya el humo que se escapa de la chimenea de tu cabaña y se eleva en los aires. Ese techo querido que muy pronto vamos á perder de vista, abriga la cama de tu madre y el lecho virginal de mi esposa. Mira como su inocente pecho palpita de temor. Ve como enjuga con las largas trenzas de sus cabellos las lágrimas que inundan sus ojos. No puedo decir mas sino que la amo. Otro le traerá frutos y flores. Es preciso partir.

Es preciso partir. ¡Anselmo, qué felicidad! En fin, hace doce años hice mi primer viage. Mi abuela estendió su mano temblorosa sobre mi cabeza, y al bendecirme, colgó sobre mi cuello esta efigie del Niño Jesus. Nosotros traerémos corales, perlas y peces. Pronto. Es preciso partir.

¿Qué aguardas? el viento es bueno, la mar hermosa. ¿Qué os puede detener en tierra? El aire caliente, abrasador? No se oyen sino los llantos de las mugeres y los gritos de los niños; el marinero muere cuando no se créese seguro en el agua. Vamos, levemos el ancla, ya tiendo la vela. ¡A Dios! Es preciso partir.

¿Has oído ese grito prolongado y desolador? Teresa, cuán pronto se alejan. ¡Angelina, hijas mías, el corazón de esos hombres no conoce la piedad. Una niebla espesa cubre ya el horizonte. Ya han desaparecido; esto es hecho. ¡Mis ojos no los verán mas! La muerte me llama; si ellos volviesen, decidles: Ella tambien, la abuela se ha visto precisada á partir.”

—Bien, bien, dijo M. B. devolviendo el manuscrito, continuad vuestra historia.

—La jóven cantaba todavía, exclamó el pintor, cuando un jóven tan hermoso como ella entró sin hacer ruido para no interrumpir un canto tan dulce como melancólico. Una lágrima tan pura como el rocío brilló en una de sus pupilas. Se aproximó dulcemente, é inclinándose hácia ella, tocó sus cabellos. Ella se volvió gozosa; pero al punto su fisonomía tornó á entristecerse.

«Supuesto que tú no partes jamas, dijo ella, tú lo sabes, mi pátria toda entera eres tú.” El sin responderle, la estrechó sobre su corazón. Sin duda un secreto penoso se ocultaba en su seno.

Yo no pude detenerme mas; volé al momento á mi habitación, bosquejé mi cuadro, y proseguí mi viage. Cuatro años despues, al pasar por el mismo lugar, dirigí mis pasos á la propia casa de campo. Las ventanas estaban cerradas; en lugar de las flores cultivadas del jardín solo habia plantas silvestres; un muchacho estaba á la puerta, yo le pregunté: ¿Qué, nadie vive aquí?

—No señor: los españoles se han ido.

—¡Ah! Eran españoles y se han vuelto á su país.

—Sí. Es decir, el marido ha partido solo; se fué á España y allá murió en la guerra. Entónces su muger que habia quedado aquí; porque él no quiso llevarla,

murió al recibir la noticia; dicen que de miedo. Hoy no habita nadie la casa; pero el año que entra se alquilará á otras personas.

¿Creeríais, señor, agregó el artista, que yo me he vuelto de mi paseo tan triste como si hubiera perdido á uno de mi familia? Este es el motivo porque quiero vender este cuadro. ¿Me lo comprais?

—El Chalan contestó: Abi verémos.—MADAMA LA PRINCESA DE CRAON.

(Traducido para el Semanario, del Keepsake frances de 1837.)

EL JUEGO.

EN las Cartas críticas del conde Agustin Santi Pupieni, tom. 3.º, se lee que un viagero Siamita escribia hace algunos años á un amigo suyo desde París:

«Los franceses dicen: que adoran únicamente á un solo Dios; yo no puedo creerlo, porque ademas de las deidades vivientes, á las cuales se ve ofrecen votos, tienen todavía otras muchas inanimadas á quienes sacrifican, como he observado en una de sus concurrencias, donde entré casualmente.»

«Vi un grande altar adornado con un tapete verde, luces en el medio, y rodeado de muchas personas que estaban sentadas del mismo modo que lo ejecutamos nosotros en nuestros domésticos sacrificios.»

«En el momento en que hube entrado, uno de ellos que al parecer era el sacrificador, estendió sobre el altar algunos papeles sueltos de un pequeño libro que tenia en la mano. Sobre ellos estaban pintadas imperfectamente ciertas figuras que acaso serian las imágenes de algunas deidades; porque á proporcion que se distribuian al rededor, cada uno de los asistentes ponía encima su ofrenda

segun su devocion, observé que estas ofrendas eran mucho mas crecidas que las que ofrecen en sus templos públicos."

«Despues de las ceremonias que he referido, el sacrificador alargó su mano trémula sobre el resto de aquel libro, y por algun tiempo quedó sin accion y como oprimido de temor. Todos los demas estaban muy atentos á lo que ejecutaba, igualmente que él, suspensos é inmóviles. A cada papel que volvia, los circunstantes espresaban diversas agitaciones á proporcion que su espiritu se alteraba: uno, juntando las manos, da gracias al cielo: otro mira sin pestañar á su imagen reclinando los dientes; otro se muerde los dedos y con los piés hiere el suelo; en suma, todos ejecutaban extremos y hacian contorsiones tan estrañas, que parecia habian perdido el juicio. Pero apenas el sacrificador volvió cierto papel, cuando él mismo se enfurece, rompe el libro y rabiosamente le destroza, trastorna el altar y devora el sacrificio. Ya no se oyen mas que lamentos, gritos é imprecaciones; al verlos tan descompasados y furiosos, me imaginé que la deidad que adoraban era un dios celoso, quien para castigarlos por el sacrificio que ofrecen á otras deidades, envia á cada uno de los asistentes un espíritu infernal que los atormente."

Esta sencilla descripcion del Juego podrá dar una idea á aquellas de nuestras amables lectoras que hayan tenido la fortuna de no haber visto una partida ó un monte, aunque hayan ido ántes de ayer y ayer á San Agustin de las Cuevas; pero acaso no será bastante para las que por una desgracia verdaderamente lamentable, crean una cosa indiferente á su sexo la alicion al juego, y esto nos hace demorar un momento, á fin de esponer, aunque de paso, una que otra reflexion, con el objeto de conservar y sostener ese prudente decoro y esa sabia determinacion

adoptada hace mucho tiempo por las Señoritas megicanas, que para honor de su sexo no solo no se degradan sentándose en una mesa de juego, sino que rara vez se divierten con juegos de envite, ni mucho ménos con apuestas de consideracion, aun en lo interior de sus familias, y no miran bien á las Señoras que obran de otra manera.

En otros paises y en otros tiempos, el saber jugar acaso era un ramo de educacion para la juventud del bello sexo, puesto que se trataba de una cosa en que las Señoras de cierta edad solian emplear una gran parte de la vida, pues por no estar bien instruidas, perdian con frecuencia, acarreándose mil disgustos y esponiéndose á mil riesgos; pero entre nosotros aun las Señoras que acostumbra algun juego carteadado, interesan cantidades tau cortas, que verdaderamente juegan y se divierten. A pesar de esto, cada vez se disminuye mas esa aficion; pues las Señoritas han llegado á conocer que la que pierde con frecuencia, aunque sean cantidades pequeñas, no puede ménos de disgustarse y de tener cierta especie de mal humor, que en vez de diversion debe causar fastidio; pero si por el contrario gana, por lo comun ha de notar, aunque no quiera, ese disgusto en las personas con quienes juega; y ¿cómo puede una Señora tener placer en una cosa que desagrada á las demas? Ni se diga que la pequeñez de la cantidad y las proporciones de las Señoras que juegan, deben destruir ese temor de disgusto, pues ya que no el interes, el amor propio obra siempre el mismo efecto, cuando se supone menor inteligencia ó talento en la persona que pierde, ó aunque le sobre una y otro, la falta de suerte no puede serle grata, mientras que la favorecida por ella, es muy fácil que dé entrada en su corazon al orgullo ó al excesivo placer, que pocas veces podrá disimular.—*J. G.*





Vista general de Guadalupe.

GUADALAJARA,

CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DE JALISCO.

CUMPLIENDO la oferta que hicimos, de insertar en este tomo algunos artículos de objetos relativos á nuestro pais, comenzamos hoy presentando á nuestras amables suscriptoras, una vista general litografiada de Guadalajara, dibujada por la señora de Word, y acompañada de una ligera idea de esta hermosa ciudad, la segunda ó la tercera de toda la república.

Fué fundada por Nuño de Guzman en 1531, es decir, diez años despues de la conquista de Méjico, en un frondoso y dilatado valle, á distancia de 162 leguas de Méjico y 16 de la laguna de Chapala, regado por varios arroyos y fuentes que lo fertilizan, y á las orillas del rio de Santiago, San Juan ó Esquitlan, que naciendo en la ciudad de Lerma del valle de Toluca, y atravesando los departamentos de Méjico, Michoacan y Guanajuato, entra en el de Jalisco; corriendo despues con alguna rapidez cuatro leguas al S. O. de Guadalajara tiene una caida muy alta, pasa por la laguna de Chapala y va á desembocar al mar del Sur, cerca del puerto de S. Blas y Chiametlan.

Esta escelente posicion y la salubridad de su temperatura, aunque algo cálida, aumentaron su poblacion tan rápidamente, que á los diez y siete años, en 1548, fué escogida para residencia del Obispado y Catedral de la Nueva Galicia. A fines del siglo pasado, segun el Diccionario de Alcedo, se componia ya de quince mil familias, en 1805, el Baron de Humboldt le da 19,500 almas, número que le conserva todavia el nuevo Diccionario geográfico de Barcelona del año de 1831, tan equivocadamente, que Malte-

Tom. II. 18.

Brun le habia dado ya 30,000, que en los censos de aquella época tenia mas de 80,000, y que en 1837, la Geografía del Sr. Almonte la reputa en ochenta y cinco mil.

Un plano levantado recientemente por D. Santiago Guzman que tenemos á la vista, acredita este aumento de poblacion por el número de sus edificios y la estension de la parte habitada en todas direcciones, pues solo de la otra parte del rio, á cuyas orillas se fundó, existe hoy cerca de una quinta parte del total de la ciudad aunque solo forma el 8.º de los ocho cuarteles en que está dividida. Tiene 762 calles, casi todas tiradas á cordel, y cuya anchura es de doce á catorce varas.

Hermosean á Guadalajara cuatro grandes plazas: la de la Constitucion, la de la Independencia, la de San Agustin en donde está el Mercado, y la de los Toros, á mas de diez y siete plazuelas llamadas de San Fernando, del Santuario, de la Soledad, de la Catedral, de Santo Domingo, de la Compañía, de la Aduana, de San Antonio, de la Maestranza, de la Leña, del Cármen, de Mexicalcingo, de la Losa, de la Salud, de Analco, de San Juan de Dios y del Hospicio. Tiene una magnífica Catedral de tres naves, hermoso edificio aunque muy maltratado por los rayos, donde se ven soberbias pinturas de artistas españoles. Hay cinco parroquias denominadas el Sagrario, Santuario de Guadalupe, Jesus, Mexicalcingo y Analco: doce conventos de religiosos, San Francisco, Santo Domingo, la Merced, San Agustin, el Cármen, San Juan de Dios, Santa Mónica, Oratorio de San Felipe, Santa María de Gracia, Capuchinas, Santa Teresa y Jesus María. A mas de la Universidad hay cuatro colegios: el Seminario, el Clerical, Santa Clara y San Diego, y un Instituto ó Academia de medicina: dos hospitales, el general de San Miguel de Belen y el de San Juan de Dios: una casa de Re-

cogidas y nueve edificios públicos: las casas Municipales, la del Gobernador, el Obispado, la Moneda, la Factoria del tabaco, la Aduana, el cuartel general, ántes Hospicio de pobres, la Cárcel de córte y el Coliseo. En sus estremidades son dignos de notarse los molinos de Joya y de las Beatas, la Alameda, los Baños, la Presa, el Arenal y la huerta de Batres. Hay una manzana rodeada toda de hermosos portales en la plaza mayor dedicados á los héroes de la independencía y se está formando un jardin botánico.

En su mayor parte Guadalajara tiene tres mil varas de largo y otras tantas de ancho; pero desde la garita de San Pedro hasta la de Zapopan hay mas de una legua de cuatro mil varas; y desde la de Buena-vista hasta la Presa, poco menos, así como de la del Cármen ó de los Galápagos á la misma. Su calle recta mas larga es la que saliendo de la garita del Cármen, se dirige por Jesus María á la plaza de la Independencia hasta las últimas casas despues de la manzana del Hospicio.

La latitud de Guadalajara, aunque el Sr. Alcedo dice ser de 20° , $51'$ y su longitud de 108° , $21'$, segun las últimas observaciones, no es sino de 21° , $9'$ la primera, y de 105° , $22'$, $30''$ la segunda; pero segun las mas recientes del Sr. Narvaez hechas en el año pasado, la longitud es 105° , $40'$, $18''$ al O de Paris.

Para terminar esta ligera descripción topográfica, copiaremos las palabras con que concluye la suya el referido Diccionario de Alcedo: «Guadalajara goza de hermosas aguas que entran de la parte del Poniente por unas cañerías de muy buena arquitectura, largas, de cinco leguas, hechas á todo costo, y que fertilizan á la vez sus alrededores. Los naturales de Guadalajara son por lo comun de apacible genio, hermoso rostro, y muy aplicados al trabajo.»-I. G.

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO.

POEMA EN DOS CANTOS.

CANTO II.

(Véase el número anterior.)

SALVE mil veces, día afortunado,
 Mas puro, mas brillante,
 Que aquel en que luciera rutilante
 Por la primera vez el sol dorado.
 Salve, montaña santa
 De Sion, mas que el Sínai venerable,
 Pues la ley sacrosanta
 Viste grabada en piedra mas durable
 Salve, ciudad dichosa, cuya gloria
 Durará eternamente,
 Y respetada tu inelita memoria,
 Irá de gente en gente.
 Salve, pues la victoria
 El Dios Omnipotente
 Contra Satan y su ominoso bando
 En tu feliz recinto dispusiera,
 Cuando al creador Espíritu enviando,
 De su yugo libró á la tierra entera.
 Salve, en fin, y permite que refiera
 Como el hecho se obró tan portentoso.
 Mas tú por mí, celeste Musa, dilo;
 Que á asunto tan grandioso
 Jamas podrá bastar mi humilde estilo.
 El infernal congreso ya disperso,
 Los ángeles rebeldes dividieron
 Entre sí el universo.
 Los volcanes se abrieron;
 Y entre el humo sulfúreo que salía
 Por sus bocas ardientes, cavernosas,
 Vomitan á la luz del claro día
 Mil espectros de formas espantosas.
 Con furia desalada
 Corren bramando á la infeliz morada;

Como leones rugientes,
 Afilando las garras y los dientes,
 Cuando ven una grey abandonada.
 Al fuego que brotaban
 Secábanse los rios: los encumbrados
 Montes ardian: los míseros ganados
 Sin vida desmayaban
 Al aliento letal que respiraban.
 En tanto los sonoros
 Cantos suspenden en el almo cielo
 Los angélicos coros,
 Y abrasados en santo ardiente celo,
 Y de sacro pavor sobrecogidos,
 Aguardan de Jehová la voz tonante
 Que castigue del príncipe arrogante
 Los intentos nefarios y atrevidos;
 Y ya Miguel, desnuda
 La flamígera espada,
 Que jamas embotada
 Vióse en batalla cruda,
 Dispuesto á aniquilar el negro averno,
 A una señal ligera del Eterno.
 Cuando bañado en luz inesplicable,
 Vuelve el rostro inefable
 El Padre Dios al Verbo Sempiterno:
 „Hijo amado,” le dice,
 „Causa de mis mayores complacencias,
 De la promesa que á los hombres hice
 Llegó ya el cumplimiento: inteligencias
 Desde hoy se tornarán: sobre ellos baje
 Mi Espíritu Paráclito: el ultrage
 Vengado quede de mi excelso nombre:
 Sobre Satan tu cruz eterna impere:

En ella viva el hombre;
Y la tierra en tu ley se regenere."

Dijo el Padre: los recios aquilones
Con estrépito fuerte resonaron:
Las bóvedas celestes se rasgaron;
El espíritu Dios raudo descendiendo
Sobre los apostólicos varones:
En su divino fuego los enciende;
Y el alcázar sagrado y eminente
Queda lleno de lumbré refulgente.
Nunca suele tan súbita ahuyentarse:
Del exorcista sacro á los conjuros
La renegrida nube tempestuosa,
Como el ángel oscuro, que al llegarse
De Sion á los muros,
Divisó la morada luminosa.
Mas, venciendo la audacia á sus temores,
Vuelve á Jerusalem: aquí su rabia;
Pues la catúpida grey de pescadores
Se ha convertido en elocuente y sabia.
Todos son ya valientes oradores;
Ya sus redes no tienden
A débiles é incautos pececillos,
Sino á miles de oyentes,
Que se quedan absortos cuando entienden
Sus discursos sublimes y sencillos,
Aunque son de regiones diferentes.
Unos á otros se miran:
Del portento magnífico se admiran;
Y dicen entre sí: "¿De Galilea
No son estos que anuncian
Las grandezas de Dios? ¿Cómo pronuncian
Tantas lenguas diversas? De Judea,
De la Frigia, del Ponto, de Cirene,
De todas las naciones aquí estamos:
Y todo lo que dicen entendemos.
Algun alto misterio se contiene
En aquesto; pues no nos acordamos
De haber visto jamas lo que ora vemos."
Inmóviles quedaban;
Y, del alma Parsclito movidos,
Algunos adoraban
La cruz del Redentor. Mas, poseidos

Otros del mal espíritu, burlaban
Su crédulo candor, y les decian:
„Ebríos están; el vino habla por ellos."
Mas con dóciles cuellos
A Jesus se rendian
Cuando, á la voz de Pedro obedeciendo,
Y sus pasos rigiendo,
Los tullidos por sí su andar seguian
Entre himnos mil que gratos repetian.

Como al luchar de vientos bramadores
Los cedros corpulentos
Suelen mover sus ramos silvadores,
Azotando violentos
Contra la tierra sus nudosos troncos,
Con rechinidos ásperos y broncos;
La rabia y el furor de esta manera,
Cuando mira cercana
La ruina de su imperio tenebroso,
Combaten á la fiem
Bestia infernal, que insana,
Ya muerde el labio cárdeno espumoso;
Ya pateando la tierra la estremece;
Ya la crin serpentina hórrido mece.
Mas no por esto muere la esperanza
En su hondo pecho impuro;
Que cada vez mas duro,
Respira mas rencor y mas venganza:
Cual férvido torrente,
Que mas redobla su impetu vehemente
Mientras peñas mas gruesas se interponen
Y en su arrogante curso se le oponen.

Ya en humanal figura se transforma,
Remedando de Anas el gesto y forma:
Ya la grey santa arrastra la cadena
En la oscura prision, á do su encono
Injusto la condena.
Ya preside el Sanedrio: ya con tono
Imponedor sacrilego la ordena
Sellar el labio que á Jesus predica.....
¿Sellario? ;Oh insensato! ¿Acaso ignoras
Que el Espíritu Dios por él se explica?
Oyelo, y tus traidoras

Asechanzas confúndanse burladas.
 „Al hombre obedecer será mas justo
 Que á las eternas leyes, que intimidadas
 Nos fueron por el mismo Dios augusto?”
 Tal impávido Pedro pronunciando,
 Del tribunal nefando
 Se aparta, y fervoroso
 Por las calles, las plazas, y el santuario,
 Pasa, anuncia, reprende, profetiza,
 Sana, convence, riñe; y victorioso,
 Tremolando la insignia del Calvario,
 Cria, reengendra, enciende y diviniza.
 Grato el pueblo le llama
 Su genio tutelar, ledo le aclama.
 Mas de Sadoe la impia
 Secta, inspirada de Satan maligno,
 Nuevos hierros previno
 A Pedro y á sus justos. Viene el día:
 En la cárcel no están. ¿Dónde se fueron?
 ¿Cómo las cerraduras quebrantaron?
 De lo alto descendieron
 Angeles del Señor: los libertaron.
 Allá en el templo está: allí derraman
 Del Espíritu Santo
 A millares el fuego sacrosanto,
 Y millares en él luego se inflaman.

En tanto, la escamosa
 Cola azotando al uno y otro lado,
 Y la piel espionosa
 Erizando furioso y espantado,
 A los suyos decia
 El triste rey de la mansion umbría:
 „Mucho nuestros rivales
 Adelantan, guerreros inmortales.
 El cielo los defiende,
 Jehová los patrocina,
 Su Espíritu los rige, los inflama.
 En toda Sion se estiende
 La voz de su doctrina,
 Que por todos se aplaude y se proclama.
 Mas porque la divina
 Mano hácia ellos alarga el Invincible,
 ¿Nosotros desmayar? La saña horrible

Desfallecer del Orco tenebroso?
 ¡Aplacarse la furia inestinguible
 De Satan indomable, rencoroso?
 Si un Dios está con ellos,
 ¿Otros miles de dioses no han jurado
 Encadenar sus miserables cuellos?
 Y si ese Dios hasta ora no ha enseñado
 Do llega su insondable
 Depósito de bienes infinitos,
 ¿Por ventura el abismo es calculable
 De males que inventamos los precitos?
 Todavía no se apura
 De Satan el recurso postrimero:
 Llénelos, pues, de gracia y de ventura
 Su Dios, mientras dañero
 Llover sobre ellos hago
 Infortunios sin fin. Pues que el aciago
 Destino á mí y á vos no nos permite
 Tomar otro desquite:
 Ya que ni amar ni hacer el bien podemos,
 En el mal sin descanso trabajemos.
 ¿Las funestas pasiones
 Se podrían numerar que el hombre encierra?
 Y una sola es bastante, oh campeones,
 Bien manejada, á feneecer la guerra.
 Os hablo del dolor: solo su nombre
 Al mortal intimida:
 Solo él hacer temblar pudo al Dios hombre.
 Su penetrante herida
 Sienta la raza inmunda:
 Verémos si á la muerte furibunda
 Sabe sobreponerse; si al deguello
 Por esa nueva ley ofrece el cuello.”

Dijo el fiero: de plagas mil fatales
 Vense luego acosados
 Los fieles de Jesus: ya soterrados
 Miranse en calabozos funerales;
 De su virtud en precio
 Reciben ya el tormento,
 Ya el azote sangriento,
 Ya el insulto, la burla y el desprecio.
 Mas no por esto abjuran
 De la adorada cruz. ¿Sus penas crecen?

Se alicentan mas, se alegran, se enervecen.
 ¡Ven el cáliz mortifero? Lo apuran.
 El Parálito Santo
 En medio de ellos es: en sus temores
 Los conforta: mitiga sus dolores;
 Y enjuga aliviador su tierno llanto.
 Con sus alas cobija á sus hijuelos:
 Como allá remontada en la alta esfera
 El águila altanera
 Cuando saca á volar á sus polluelos.

Mas ¿dó, Satan altivo,
 Llenos de confusion los torvos ojos,
 Te escondes fugitivo?
 ¡Huyes, porque burlados tus enojos,
 Te deslumbra la faz esplendorosa
 De Estevan, que ascendido á la gloriosa
 Mansion á do jamas volver esperas,
 Cual otro Redentor perdon implora
 De sus impios verdugos! Tú sus fieras
 Manos armaste: tú la feliz hora
 Al justo apresuraste:
 Tú la obra comenzaste
 Ven, complácete, mira
 Como durmiendo en Dios, tranquilo espira.
 Mira ya cual se rasga el firmamento,
 Y el Espíritu Santo
 Lo eleva sobre el viento,
 Y el Hijo Sacrosanto
 A su Padre lo ofrece, que propicio
 Acepta su glorioso sacrificio.
 ¡En cuán honda tristeza, en luto cuánto
 Sumido yace el reino del quebranto!
 Tus negros pabellones
 Abate ya, Querub vanaglorioso.
 Mas ¡en Saulo animoso
 El triunfo libras aun de tus legiones!
 ¡En él tu confianza?
 Pues en él á morir va tu esperanza.

De la ley adorable la ruina,
 Respirando amenazas y rencores,
 Saulo jura, y á Siria se encamina.
 ¡Ay de vosotros fieles servidores

Del Dios de Nazaret! Saulo fulmina
 Sus iras contra vos y contra el cielo;
 Y á la naciente iglesia ver desecha
 Augura su fantástico desvelo,
 Cual diestro cazador que ávido acecha
 Al pajarillo que, recién nacido,
 Por la primera vez deja su nido
 Para ensayar el inesperto vuelo.
 De su colera ciega
 En vano libertarse solicita
 El varonil ó el sexo delicado.
 A do quiera que llega
 Prende, persigue y á abjurar incita
 De la fe de Jesus crucificado.
 Fanático en su ley, lleno de aliento,
 En los escombros de la cruz medita
 Levantar de su gloria el fundamento.
 Ya de Damasco las orillas pisa:
 Sus torres elevadas ya divisa:
 Ya arde en iras su pecho; ya prepara
 El formidable golpe; ya incitando
 Al caballo espumante lo acelera....
 Cuando una luz que de la del sol mas clara,
 Como rayo sus ojos penetrando,
 Súbito pára su veloz carrera:
 Lo deslumbra, lo ciega, lo derriba;
 Y en la tierra postrado,
 El angusto mandato
 Adora que le intima desde arriba
 El Espíritu Santo.... ¡Tú has hablado,
 Espíritu divino! ¡El insensato
 Furor de Pablo tu bondad merece!
 Sí, y en el libro eterno de los justos,
 Entre tantos como hay nombres augustos.
 También de Pablo el nombre comparece.
 Tu fuego abrasador Pablo respira:
 Ya no es aquel perseguidor furioso,
 Sino un atleta fiel que solo aspira
 A defender tu iglesia valeroso.
 Tú del apostolado le revistes;
 Y en la vision sublime, que no vieron
 Los ojos, ni las lenguas refirieron,
 Tú le subes al cielo. Tú le asistes
 Cuando recorre el Asia toda entera:

Cuando de Europa viene á las regiones
 Y cuando confundiendo á la altanera
 Filosofía, rinde sus pendones
 A la fe de Jesús. Tú le consuelas
 En la prisión oscura; tú le alientas
 Si hambres padece, si recibe afrentas:
 Tú á su socorro vuelas,
 Si el insolente pueblo amotinado
 Insulta su virtud; y tú le inspiras,
 Cuando toma la pluma entusiasmado
 Contra las seducciones y mentiras
 De los falsos doctores; tú le exhortas
 Cuando afirma á los fieles en su creencia;
 Tuyo es su fuego, tuya su elocuencia.
 En fin, tú le confortas
 Cuando deja el oriente
 Para alcanzar la palma que anhelaba,
 Muriendo por Jesús. Su cielo ardiente
 Por la predicación jamás se acaba:
 La tierra sí; que su ámbito termina
 Primero que de Pablo la doctrina.

¿Qué es de Satan? Confuso y desesperado
 Está en su honda guarida sepultado.
 ¿Y sus fieros secuaces qué se hicieron?
 ¿En dónde se ocultaron?
 También se despeñaron,
 Y en el Tártaro fúncbre se hundieron.

Ya la tierra anchurosa
 Es toda del Señor Omnipotente:
 Su diestra poderosa,
 De fuego precedido refulgente,
 A su Espíritu envió: ningún viviente
 De su calor se esconde inestinguible:
 Con él quemó el escudo,
 Y quebró el arco de Satán sañudo,
 Y sus armas también: vióse terrible
 Sobre todos los dioses: las naciones

Todas ven ya su gloria:
 De su cruz presenciaron la victoria:
 Ya la adoran con tiernos corazones.
 Sus vanos simulacros, confundidas,
 Desprecian y se miran ya erigidas
 Aras inmaculadas,
 O hóstias cándidas son sacrificadas,
 A par de nuevos cánticos que entonan.
 No hay gentes ni regiones escondidas
 A los héroes de Cristo: ellos pregonan
 Su triunfo, y por do quier el eco suena:
 Ni hay lengua que no entienda y apereba
 Su voz que el orbe llena,
 Su voz que siempre enciende en llama viva.
 Por los desiertos de la Libia ardiente,
 Por los pueblos flecheros,
 Del Septentrion al Sur, de Ocaso á Oriente,
 De Jehová mensajeros,
 Corren, vuelan, enseñan, iluminan;
 El sacerdote, el mago, el ignorante,
 El filósofo, el príncipe arrogante,
 Oyen, aprenden, arden, vaticinan.
 De las virtudes el virgíneo coro
 Ante ellos va risueño y presuroso,
 Y un siglo nacer hace venturoso,
 Ann mas que aquel feliz mentido de oro.
 El rubor encendido,
 La sencillez amable,
 Y la fé conyugal en lazo unido
 Se ven, que la concordia unió hermanable.
 Hé al séquito triunfal y formidable
 Entrar en Roma altiva y opulenta:
 Hé al espíritu Dios, que el domicilio
 Fija en ella y la da perenne auxilio:
 Ya callaron sus vates;
 Descendieron al arco sus Penates;
 Y poniendo la planta acá en el suelo,
 Alza la Religión su frente al cielo.

Francisco Ortega.





La Hermosura de Brighton

 JUNIO 8 DE 1841.

 —❧—
LA HERMOSURA DE BRIGHTON.

Voy á contarte, mi querida Estéfana, una de mis aventuras durante el viage que hice á Inglaterra hace seis años; entónces solo tenia veinte que es la mas bella edad para visitar cualquier pais, como que en ella el alma está mas libre para recibir toda clase de emociones. Encantado de correr al mundo, como al raton de la fábula, la mas pequeña huronera parecia un monte á mis ojos. Era una mañana del estio cuando desembarqué en Brighton, es decir, en la barahunda mas completa y confusa que pueda imaginarse, en un almacen de carne humana en que todas las clases de la sociedad figuran en trozos ó muestras..... un mar vivo en que iba á engolfarme, si no hubiese tenido la felicidad de encontrar á Sir Jorge Barrymore á quien abracé con todas mis fuerzas. Sir Jorge estaba en la flor de su edad y era el rey de los *fashionables* que le habian decretado unánimemente el cetro del difunto Brummel que fué el Napoleon de las corbatas. Mi buena fortuna quiso que lo hubiese encontrado en París en una concurrencia, donde habia producido la sensacion mas grande. — Sir Jorge se dignó reconocermé, y me introdujo con algunos caballeros sus conocidos, ofreciendo conducirme á un baile de suscripcion que se daba aquel dia mismo; y digo aquel dia, porque era un baile campestre que debia verificarse en un salon cuya bóveda era el cielo libre. Sin embargo, apenas podria distinguirse de los demas salones, si se atendia á las luces artificiales y al turbillon de trages que se presentaban en él; podria asegurarse que solo tenia de campestre el polvo del pavimento. Colocado al lado de Sir Jorge, que de miedo

de encontrarme demasiado forastero en medio de una multitud desconocida, había resuelto no abandonarme, admiré la correcta é imperturbable elegancia de mi compañero, quien dejaba caer á veces una mirada protectora sobre la asamblea, ó se revestía en otras del sentimiento de una incontestable superioridad. En efecto, no hay como los ingleses para dar seriedad á las cosas mas frivolas; un dandy frances puede disertar acaso sobre el cuello de un vestido ó inquietarse por los pliegues de una camisa; pero tiene mucho cuidado de ser el primero en chancearse y burlarse, y en no confesar toda la importancia que da á estas frioleras. El dandy ingles por el contrario, concede á la moda toda la gravedad de su alma y todo el orgullo de su nacion: profundiza el chaleco, sistematiza la corbata, y sobre todo, jamas cree que una cosa que juzga digna de su atencion no llame tambien la del mundo entero. Moderando yo cuanto podia mi porte y mi conducta por la de Sir Jorge, miraba con indiferencia en el baile los chasés metódicos y los valancés muelles de las cándidas señoritas y de las brillantes señoras, cuando un ligero rumor me hizo volver los ojos hácia el objeto que lo causaba. Era una jóven que acababa de llegar, y que merecia justamente en mi concepto el murmullo de admiracion con que habia sido recibida. ¿Quién es? dije con viveza á Sir Jorge.

—La Belleza de Brighton, me respondió sin volver la cabeza.

—¿Y quién es la Belleza de Brighton? volví á preguntarle.

—La Belleza de Brighton, me contestó con la misma flemá, es una joya provincial, que despues de haber eclipsado con su esplendor á todas las que podian pretender brillar en su ciudad natal, ha llegado á persuadirse que

no hay al rededor de ella ningun homenaje digno de sus encantos, y que debia lanzarse en el Oceano del gran mundo para encadenar á sus piés algun Leviathan de la moda y del gran tono. En consecuencia, miradla bogar ligeramente sobre la superficie de las olas, como Venus en su concha, elevando á su tránsito un dulce murmullo que muere á proporcion que ella se aleja.

Al escuchar con la mayor atencion este rasgo metafórico, le pregunté: ¿Y quién os ha dicho eso?

—Mi vista de ojo que jamás me ha engañado.

—¿Cómo! le interrumpí, disgustado de mi necedad. Este será uno de los cuentecillos que hace una hora que-reis hacerme apechugar.

—Apuesto cincuenta guineas á que la cosa es como lo he dicho, replicó Jorge siempre imperturbable.

—Admito la apuesta; pero ¿cómo podremos asegurarnos de la verdad?

—Eso os toca á vos; esta jóven solo hace tres dias que se halla aquí; á nadie conoce, y por consiguiente nadie le habla. A falta de nombre conocido, se le designa por el epíteto de la Belleza de Brighton. Esto es cuanto puedo decirlos.

Ella merecia bien este nombre, porque era una belleza poética, ideal, vaporosa, por decirlo así, flor delicada que no crece sino en el suelo ingles. Rasgos finos y regulares embutidos en ricas masas de cabellos negros, un cuello de cisne cuyo nacarado brillo parecia desafiar á las perlas que lo rodeaban; un talle elegante y flexible que hacia volar á manera de nubes los pliegues de la musolina de la India, y el brillo plateado del raso de su túnico; una banda ó chal negro jugando al rededor de sus espaldas, como para contrastar con su blancura; una guir-

nalda natural de laurel blanco en su peinado; y en fin, un encanto completo y una armonía sin ninguna disonancia, formaban su admirable conjunto. El traje, la edad y la figura de la dama que la acompañaba, ofrecía uno de aquellos valientes tipos y de aquellas hermosuras que solo produce la Mancha. Despues de haber contemplado á mi belleza que paseaba silenciosamente sus grandes ojos sobre la asamblea, viendo que nadie se atrevia á acercársele, me decidí á hacerlo yo, contando con mi calidad de extranjero en disculpa de mi atrevimiento. Reuní todo mi valor para dirigirle brevemente una invitacion en toda forma. Ella dirigió á mí sus bellos ojos, y una ligera sonrisa se deslizó de sus labios mezclada con un aire de hermosa melancolía. „No sé bailar, señor,” dijo con un sonido de voz el mas dulce y armonioso; pero fué lo único que pude obtener de sus labios. Rechazado de este modo, me detuve á su espalda procurando escuchar las palabras que pudiera dirigir á su compañera á fin de sacar algunas conjeturas; pero tambien en esto me pegué chasco; nada pude oír, y en mi disgusto rechacé á Jorge que me preguntaba si aceptaba todavia la apuesta.

—Sin duda, le respondí; pero me concedereis veinticuatro horas, para asegurarme de si he ganado ó perdido.

—Sir Jorge me hizo una señal de consentimiento. Cuando terminó el pequeño desórden que sigue siempre al fin de una contradanza, busqué con los ojos á mi belleza, á quien aquel movimiento me habia hecho perder de vista; pero en vano, habia ya desaparecido. Desde este momento todo me parecia insípido; y sin despedirme de Sir Jorge, me marché á mi casa, donde cambié el traje de baile por uno mas conveniente á mi proyecto. Habia resuelto reconocer de una en otra todas las casas, bajo el

pretesto de buscar un alojamiento, pero con la idea positiva de descubrir la habitacion de mi bella desconocida. La empresa no era fácil; era necesario observar sin que nadie pudiese advertirlo y preguntar sin excitar la desconfianza. Era ya muy tarde cuando pude encontrar lo que buscaba: despues de asegurarme de que no me engañaba, pregunté si habria en aquella posada un cuarto desocupado, y se me respondió que lo habria á la mañana siguiente, despues de la salida del paquete. Aproveché esta ocasion que me proporcionaba la de volver al dia siguiente, y cansado, me retiré á mi habitacion, donde pasé el resto de la noche demasiado agitado. En todos mis sueños se reproducia la imágen de la belleza de Brighton; pero cuando creia iba á tocarla, me encontraba en el fondo de un foso profundo que en vano procuraba salvar, ó bajo de una barrera que no podia saltar; algunas veces la perseguia al través de los árboles de un bosque donde siempre la perdia de vista. En fin, en el último de estos delirios me pareció verla á lo lejos avanzarse hácia una barquilla que la aguardaba; yo corria con todas mis fuerzas por alcanzarla; pero no obstante, la distancia entre ambos era siempre la misma. Yo gritaba; pero mi voz no podia formar ningun sonido; y sin oirme ella, continuaba marchando á paso igual y ligero; á medida que se aproximaba á la barquilla, mi corazon latia en el pecho y se doblaban mis rodillas: cuando llegué al fin jadeando á la ribera, la barca se alejaba conduciendo á mi belleza con sus vestidos blancos, su chal negro, su dulce mirada y su fina sonrisa. Entónces desperté lleno de sudor y tan fatigado, como si realmente hubiese corrido toda la noche. Ya era de dia, pero una de aquellas nieblas tan frecuentes en las costas apenas presentaba un sombrío cre-

púsculo. Me arrojé del lecho, y para distraer mis tristes impresiones, salgo á dar un paseo á la ribera. Era la hora en que marchaba el paquete del Havre, y lo vi alejarse lentamente, describiendo en las nubes un ligero rastro de negro humo. Al través de la niebla yo distinguía en el buque una figura elegante cubierta de un velo y con un manto obscuro. Mi alma se estremeció: me ocurrió un pensamiento horroroso; corro á la casa donde ella se alojaba; mi presentimiento era demasiado fundado, ella misma era la que acababa de ver: el cuarto que se me había ofrecido la víspera, era el suyo. Disimulando lo mejor que pude mi emoción, entré cómo para examinarlo: estaba todavía en todo el desorden de una marcha; pero nada había quedado en él, que le hubiese pertenecido. Procuré hacer hablar al criado. ¡Tiempo perdido! Un frances me habría dicho todo lo que quería saber y acaso un poco más; porque un criado frances toma parte de grado ó por fuerza en los intereses de aquellos á quienes sirve, y no deja pasar ninguna orden sin discutir el motivo, y ninguna acción sin comentarla bien ó mal según su humor; pero un criado ingles es un animal de otra especie, que á veces sirve hábil y fielmente, pero que fuera de esto, no comprende vuestras acciones, y se inquieta tanto por ellas, como podría hacerlo vuestro caballo ó vuestro perro. Así es que parecia aburrido de mis preguntas y sorprendido de que le hablase un caballero. ¿Las señoras, le dije que habitaban este cuarto, han partido para Francia?

—Sí señor.—¿Sabes su nombre?—No señor.—¿La joven no es conocida bajo el nombre de la belleza de Brighton?—No sé, señor.

Me fué imposible sacar otra cosa. Por de contado dije,

que el cuarto no me convenia; pero ántes de dejarlo, noté en el suelo un papel roto en que creí ver algunas palabras escritas: lo desdoblé y encontré este nombre, Geraldina, trazado en todos sentidos, como para probar una pluma. Este nombre era acaso el de la persona á quien iba á escribir, ó el del título de la novela que leía. Nada importa: desde entónces este nombre fué para mí el suyo, y en mi pensamiento nunca he podido darle otro.

He aquí mi secreto, Estéfana. ¿Lo comprendes ahora? Seguramente no, porque yo te veo abrir unos ojos estúpidos y quedarte con la boca abierta. Y bien: ¿no sientes que jamas debo olvidar esta impresion, y que jamas he podido encontrar ese mismo concurso de circunstancias? Acaso esa muger se me ha aparecido en uno de aquellos dias de belleza que están marcados con un punto brillante en la vida de sus semejantes. Otro dia, otro trage, tal vez habrian cambiado la idea que se ha fijado en mí. Sea como fuere, desde aquel momento, en vano he buscado algun objeto digno de admiracion: no lo he encontrado, y me digo siempre á mí mismo: No es ella. Desde entónces he pasado en el mundo por un espíritu altanero, desdeñoso y difícil; lo que me ha colocado en una situacion singular. Las mugeres han huido de mi juicio, porque le temen; y han solicitado mi aprobacion, porque era muy raro obtenerla; pero todos sus esfuerzos no han podido destronar á esa rival oculta que sospechaban existia en el secreto de mi pensamiento. Ella está siempre en mi alma tan bella y tan brillante como el único dia que logré verla. ¿Y no es una gran fortuna conservar de este modo un tipo inmutable que nada puede destruir ni cambiar? Si la desgracia lo hubiese querido, yo habria podido encontrarla, acercarme á su persona, amarla y casar-

me con ella. ¿Pero hoy, volveré á verla? ¡Quién sabe! Con papillotes, con otro trage seria por cierto muy estimable, pero no seria mi belleza de Brighton.—MDE. AMAÏLE TASTU. (*Traducido para el Semanario del Keepsake frances de 1837.*)

ASTRONOMIA MITOLOGICA.

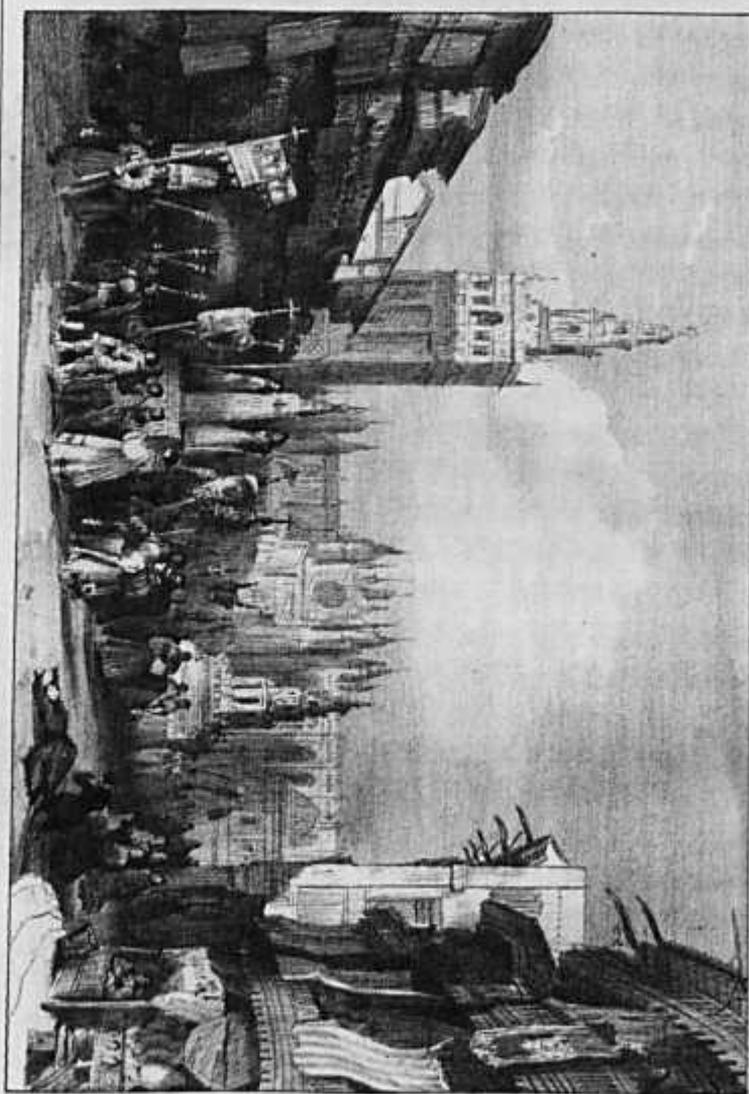
Explicacion de la fábula por medio del Sol y las Estrellas.

NADA mas á propósito para excitar la curiosidad en la astronomía, que examinar el uso que se ha hecho de ella en todos los pueblos del mundo, y conocer que las religiones paganas y las mas célebres fábulas, son alegorías astronómicas, como lo ha demostrado un célebre miembro de la Academia de las inscripciones y bellas letras de Paris.

El origen de las constelaciones parece ser la relacion de la vida de los antiguos pastores, y por decirlo así, un calendario rural del Egipto.

Hay cuatro constelaciones que salen en tiempo de las mieses. Una jóven con una espiga se presenta acompañada de su padre, que trae asimismo una hoz precedido de una yunta de bueyes [*la osa mayor*], y entre ellos una gabilla de trigo [*la cabellera de Berenice*]; seria difícil que figuras arrojadas á la casualidad, tuviesen entre sí un enlace tan íntimo y semejanzas tan notables con la miez egipcia en esta época. Del mismo modo *Acuario y Piscis* indicaron la estacion de la creciente del Nilo, y de la inundacion del Egipto; pero estos nombres, una vez dados á las diferentes estrellas, ocasionaron en seguida todos los romances que la imaginacion de los orientales se recreaba en producir. Así pues, el Sol considerado como la fuerza de la naturaleza, y pasando sucesivamente





Plaza Real y procesion del Corpus en Sevilla.

por los doce signos del Zodiaco, trajo á la imaginacion los doce trabajos de *Hércules*; la historia de *Adonis* corresponde al Sol; la de *Pluton* se ha originado de la constelacion del *Serpentario*, que se muestra cuando el Sol descendiende hácia el Mediodia, y la de *Proserpina* de la que hoy se llama la *Corona*. Esta ofrece sobre todo un ejemplo demasiado singular de la complicacion de estos antiguos romances. Se lee en los autores de Mitología, que Júpiter, enamorado de Ceres, se transformó en toro; teniendo por hija á Proserpina que despues se convirtió en serpiente; y que de un nuevo matrimonio nació un toro. Vamos á la esplicacion: *Ceres* es la constelacion de *Virgo*, *Proserpina* la de la *Corona*; en primavera, el signo de *Tauro* se pone en el mismo lugar que el de *Virgo*, al propio tiempo que las constelaciones de la *Corona* y de la *Serpiente* se muestran seis meses despues: estas constelaciones, se ponen á prima noche juntas, á la vez que Tauro comienza á salir; así es que *Proserpina* y la *Serpiente* producen á Tauro. Estas son generaciones monstruosas, que nunca se habian comprendido, pero que la astronomía explica del modo mas feliz y natural.

Se ha dicho que Proserpina estaba seis meses en los infiernos y seis en el cielo: esto proviene de la misma constelacion que, por su salida en la mañana, determinaba el paso del Sol á las regiones australes y al hemisferio inferior, así como determinaba seis meses despues, por su salida á prima noche, el retorno de este astro hácia nuestras regiones septentrionales, y anunciaba su paso por los últimos grados de *Aries*: cuando el astro del dia volvía la luz á nuestros climas, entónces ella presidia en el hemisferio boreal (reino de la luz) es decir, que Proserpina subía al cielo.

Toda la historia de Minerva es una alegoría de la luz, y las constelaciones vecinas de *Aries* han formado todos los atributos de esta divinidad.

Jano, que presidia al año y que llevaba las llaves del tiempo, es la espiga de *Virgo*, estrella que salia á media noche el primer dia del año que abrió su curso; y por este motivo Jano era el portero del cielo. Se le representaba con cuatro caras, porque correspondian á las cuatro estaciones: las constelaciones que salen al mismo tiempo, formaban la familia ó atributos de *Jano*; entre estas se nota el navio que lo acompañaba siempre; *Icaro*, que era abuelo de *Jano* y *Virgo* ó *Erigone* que era su madre, segun Plutarco: sus hermanos Fausto y Felix esplican los deseos del buen año, cuyo uso subsiste todavía.

Faeton es la constelacion del *Cocheo*, que asustado por el *Escorpion*, cae en el Eridano, porque la cuadrilla se pone por la mañana con la constelacion del Eridano cuando el Sol está en *Escorpion*.

Los doce trabajos de Hércules han sido imaginados segun los doce signos del Zodiaco. En efecto, el combate de Hércules contra las Amazonas, corresponde á *Aries*, porque cuando el Sol está en este, la constelacion de *Andrómeda* entra en los rayos del Sol, y la de *Virgo* se pone por la mañana. De aquí partió Hércules para la conquista del Vello cino de oro; es decir, que el Sol entraba en Tauro; ó para la de las vacas de *Geryon*, porque era la salida de la Osa mayor, que tambien se llama los *Bueyes de Icaro*. El triunfo de Hércules sobre el Cancerbero corresponde á la entrada del Sol en *Géminis*, que es el tiempo en que se pone Proeyon ó el Can menor. El viage de Hércules á Hesperia, es decir, al Poniente donde fué á hurtar el Vello cino de oro, es el tiempo en que se

ponia á prima noche la constelacion de Cefeo (antiguamente se presentaba un pastor con un hato de ovejas); ella estaba colocada sobre la del dragon, y he aquí por qué Hércules tuvo que combatir con el dragon que guardaba las Hespéridas. La entrada del Sol en *Leon*, corresponde á la victoria de Hércules sobre el Leon de Nemea. La puesta de la Hydra celeste, que viene despues, ha hecho imaginar su triunfo sobre la Hydra de Lerna. El combate contra los Centauros explica la salida del Centauro celeste, que sucede cuando el Sol está en *Libra*. Hércules, arrojando las aves del lago Estinfalo, es la entrada del Sol en *Sagitario*, marcada por la salida del Buytre, del Aguila y del Cisne, aves celestes. Limpia en seguida los establos de Augia; esto es, la puesta de las estrellas del *Acuario* que están bajo de Capricornio ó la Cabra, emblema de la suciedad. El combate de Hércules contra el Toro de Creta, es la alegoría del paso de la constelacion de Centauro, mitad hombre y mitad toro. En fin, doma las yeguas de Diómedes que vomitaban fuego, porque cuando el Sol está en *Piscis*, las constelaciones *Pegaso* y Caballo menor, se muestran por la mañana ántes que el Sol; así es que Hércules las condujo al monte Olimpo como caballos celestes.

Las fábulas de Pluton, de Sérapis y de Esculapio, han tenido origen en la constelacion del *Serpentario* ú *Ofiuco*, que anunciaba el paso del Sol por los signos inferiores; en primavera, *Júpiter* era el Genio solar, y Pluton en invierno. *Cerbera*, el *Can* de Pluton, es la estrella del Perro que se pone á la salida del *Serpentario* é indica la misma época.

En Egipto, el toro ó el buey Apis, era sagrado, y Pomponio Mela dice, que es el dios de todas las naciones. Las

fiestas de Baco eran los misterios del Toro. Al lado de un hombre que tenia piés y cuernos de toro, se colocaba el huevo Orfíco que todo lo contenia y todo lo producía. En el Japon se colocaba el huevo entre los cuernos del Toro. Segun los persas, todo ha salido del Toro, y es el principio visible de todos los bienes.

En la India, el portero del cielo está representado con una cabeza de toro, y el buey está consagrado en todas las pagodas indias. Los judíos adoraban el becerro de oro; los celtas juraban por su toro de metal.

En las Dionisiacas de Nomis, Baco ó el Sol, parte de *Tauro*, y vuelve á él al fin del poema; de manera que las aventuras de Baco, contenidas en este poema de mas de veinte mil versos, no son otra cosa que el movimiento anual del Sol.

Segun Macrovio, Baco representaba la fuerza motriz de la materia, la inteligencia que la organiza, el alma que se distribuye en todas sus partes, la mueve y la anima, é imprime una fuerza armónica al cielo ó á las siete esferas. Se encuentra en diferentes autores: que todos los grandes dioses del paganismo se reducen á esta sola fuerza, y el alma del mundo, que se esplicaba bajo nombres, formas y atributos diferentes. Baco ó el Toro era ya leon, ya serpiente, segun las diversas constelaciones hácia las cuales pasaba el Sol. El combate de Júpiter contra el gigante Tifon á los piés de la serpiente, finaliza en el poema de Nomis con el invierno; el orden se restablece, la paz vuelve á la naturaleza. En efecto, la *Serpiente* celeste, *Genio* del invierno, se pone entónces por la mañana; *Tauro* se muestra con *Orion*, que habia perecido por el piquete del *Escorpion*, otra constelacion que anuncia el invierno.

El poeta nos dice que despues del diluvio nació Baco de los rayos de *Júpiter*; este diluvio era la imágen de las lluvias del invierno, á las cuales sucedia el reino del fuego, es decir, la primavera; entónces Baco se transformaba en Toro que era su atributo, marchaba contra *Astreo*, general indio, acampado en el bordo del rio *Astaco*, que significa *Cáncer*, este era el signo en donde entraba el Sol un mes despues de haber salido de *Tauro*, y su triunfo era en la mas grande altura de este astro, en el solsticio de estío, es decir, en *Leon*; descubrió el Leon con la ayuda del Perro, porque en efecto, la constelacion del Perro anunciaba por su salida la entrada del Sol en *Leon*.

En el solsticio de invierno, se nos presenta á Baco transformado en niño; tambien los egipcios representaban al Sol bajo esta forma, en tiempo en que los dias son mas cortos. En el equinoccio de otoño, Baco se convierte en dios de la viña, porque el Sol la hace madurar en esta estacion. *Scaro*, padre de *Erigone*, es el primero que recibe vino, porque *Erigone* que es la constelacion de *Virgo*, aparece á prima noche en esta estacion. En seguida se enamoró de *Ariadne*: esta es la estrella de la *Corona* que viene despues de las otras dos, de manera que la historia de Baco no es otra cosa que una serie de las constelaciones.

La historia de *Faeton* tiene igualmente origen en el movimiento del Sol. No es otra cosa que la constelacion del *Cochero*, que por su salida heliaca, marcaba el equinoccio de primavera, la vuelta del calor, el reino de la luz y del fuego; pues el calor era para los poetas el incendio general del universo, así como las lluvias del invierno eran el diluvio. *Faeton* era hijo de *Climenes*, que

significa inundada; porque esta constelacion comenzaba á aparecerse despues de las inundaciones. Esta ninfa se casó con el Sol, las ninfas del Oceano cuidaron de Faeton; todas las Estrellas hacian guardia al rededor de su cuna; el Oceano, para divertir á este niño, lo arrojaba al aire y lo recibia en su seno; habiendo crecido, le hizo un pequeño carro al cual ataba carneros, y en la punta de la lanza habia puesto cierta estrella parecida á la de la mañana, cuya imágen era el mismo, segun Nomis, que da tambien á Faeton el nombre de *Porto Luz*. La salida heliaca de esta constelacion sucedia en el equinoccio, tiempo en que se celebraba en Egipto una fiesta en memoria del incendio del globo.

Durante todo el tiempo que dura el reino del fuego, es decir, todo el estío, el Cochero se encuentra por la mañana sobre el horizonte con el Sol, hasta que despues de haberse aproximado este todo lo posible hácia el norte, vuelve al ecuador y llega en el equinoccio de otoño hácia el Escorpion; es el fin del calor y de la carrera de Faeton, que entónces se pone en la mañana y desaparece bajo el horizonte ántes de la salida del sol; es puntualmente el camino que sigue Faeton en la descripcion que Ovidio nos hace de sus desvios. Se adelantá hácia el Norte, y hace arder con su fuego á la *Osa*, al *Dragon*, á *Bootes*, y por último vuelve á *Escorpion*, cuya vista espanta á sus caballos que se precipitan y aproximan á la tierra. El jóven Faeton, herido del rayo, parece que cae en el Eridano. Esta es la constelacion que precede pocos minutos á la de Faeton, ó Cochero, que está encima.

Esta apariencia astronómica, la puesta del genio de la primavera, acompañada del Eridano, que se hace en la mañana, cuando el Sol recorre las Estrellas del Escor-

pion, ha producido la fábula del jóven hijo del Sol, cuya caída se lloraba en Italia, como tambien en Egipto la muerte de Osiris, y en Syria la de Hércules. Plutarco que ignoraba la causa de semejante duelo, encontraba esta ceremonia demasiado singular. Es ridículo, decia, que hombres nacidos tantos siglos despues de la muerte de Faeton, cambien tambien de vestido, y anuncien tristeza por su pérdida. Efectivamente, seria difícil dar razon de un duelo que se hubiera perpetuado tan largo tiempo, si no tuviese por origen algun objeto notable para el universo, y consagrado por ceremonias religiosas.

La puesta de la constelacion del Cochero es seguida de la salida del cisne, que figura tambien en la historia de Faeton. La salida á la prima noche de las *Pleyadas* se ejecuta en el mismo mes que la puesta en la mañana del Cochero, pues las *Pleyadas* eran hermanas de Faeton y Ninfas de las aguas: lloraron su muerte, y fueron transformadas en plantas acuáticas; de manera que la alegoría de las lluvias aun en esto está sostenida: por lo demas, el poeta añade que Júpiter envió al instante torrentes de agua, para reparar las desgracias de la tierra y apagar sus cenizas ardientes, que Faeton fué colocado en el cielo en la constelacion del Cochero lo mismo que el rio Eridano. Asi es que todos los accesorios de la fábula de Faeton indican igualmente el fin de las calores y de la vegetacion, ó el duelo de la naturaleza.

Los principales puntos del año, los equinoccios y los solsticios, se esplicaban tambien por cuatro genios ó figuras simbólicas que no eran otra cosa mas que las constelaciones; de esto se ha hablado en Job y en S. Clemente Alejandrino, y tambien han servido para acompañar á los cuatro Evangelistas, con los cuales se representa en

efecto á Tauro, Leon, el Aguila y el Acuario bajo la figura de un hombre.

La quimera que se ve en la fábula de Belerfonte, es un monstruo ó compuesto astronómico formado por la *Cabra* y la *Serpiente*, cuyas salidas anunciaban la hermosa primavera y el caluroso otoño unidos á *Leon*, que era el signo solsticial.

El Perro de los infiernos, *Cerbero*, tenia tambien la cabeza herizada de serpientes, porque la constelacion de la Hidra está colocada arriba de la del Perro; figura en la bajada de Hércules á los infiernos, porque cuando el Sol está en esa constelacion, la de Hércules se aproxima al horizonte inferior, y aun su masa y sus brazos están puestos, cuando el Sol recorre los últimos grados de la constelacion de *Géminis* durante el oncenno de los trabajos de Hércules.

Todos estos ejemplos hacen la esplicacion astronómica de las fábulas tan curiosa como cierta. Por otra parte, ella está indicada por los antiguos: Luciano en su tratado de astrología nos dice en términos precisos, que segun las obras de Homero y Hesiodo, las fábulas antiguas vienen de la astrología. Hesiodo llama á los Dioses hijos de la tierra y del cielo estrellado, nacidos del seno de la noche y alimentados por las aguas del Oceano, adonde se decia en efecto que bajaban los astros todos los dias. Samblico nos dice: que Cheremon, sacerdote del Egipto y otros varios no veian en todo lo que se decia de Isis y de Osiris y en todas las fábulas sagradas de la gentilidad, mas que los movimientos naturales del Sol y de las Estrellas, las fases de la Luna, los hemisferios superior é inferior; en fin, cosas naturales, pero no personajes que hubiesen existido.

LA PROCESION DEL CORPUS EN SEVILLA.

LA mas célebre de las festividades religiosas en Sevilla, es la procesion del Corpus, á la que concurren casi de todos los puntos de Andalucia, y que la adjunta copia, representa en parte. En toda la carrera de las calles por donde pasa la procesion, casi no se ven las fachadas de las casas, por estar cubiertas completamente de cortinas y adornos de mil especies; pero en la litografía que hemos piado de los Viages á España por Eduardo Magnien, el dibujante ha conservado el punto de vista de los edificios que hay en la plaza real tan antiguos como hermosos, y que forman el aspecto mas pintoresco de la plaza real, terminada en su fondo por la magnífica Catedral. Con anticipacion de muchos dias se convida públicamente á todos los habitantes de la ciudad, para que se reúnan á fin de salir en la procesion, llevando en las manos cirios de cera de á media libra. A la hora fijada las comunidades religiosas y el clero de las diversas parroquias, entran al coro de la Catedral y entonan con vigor el *Pange lingua*, y en seguida se pone en marcha la procesion: á la cabeza de ella, avanzan las corporaciones de los diversos ramos de comercio con los guiones de su santo patron; despues marcha la rica bandera de la Iglesia Metropolitana, sobre la que está pintado el Cenáculo ó la última cena del Señor: por detras vienen muchos niños vestidos á la española antigua que bailan delante del altar principal por la mañana y por la tarde durante la octava de Corpus. Este es un privilegio concedido por el papa únicamente á la Catedral de Sevilla que sostiene la memoria ó imitacion del baile de David delante del Arca del Antiguo Testamento, con sola la diferencia de que

el Santo Rey se acompañaba con el harpa, y que los niños españoles lo hacen con castañuelas.

Inmediatamente despues sigue el misterio de la Giralda sostenido por figuras que representan á las hijas de los alfareros ú olleros: sin hablar del anacronismo de su trage y su mantilla, presentan otra singularidad que choca á los que no están acostumbrados al gusto español, y es que por medio de un mecanismo interior movido por los cargadores que no se ven, los ojos de aquellas estatuas se hacen movibles y se agitan incesantemente de abajo arriba, para asemejar que sus órbitas presentan la espresion de la plegaria ó del ruego. En fin, viene la custodia ó el tabernáculo, en el que se coloca el pié y el sol que contiene la sagrada hostia: el tabernáculo está formado de cuatro pequeños cuerpos de arquitectura, adornados de columnas y de bajos relieves de un trabajo el mas esquisito. Todo es de plata, de un precio enorme, y se mueve por veinte hombres que lo cargan ocultos por debajo como en la Giralda, para figurar, al ménos en la apariencia, que tanto el tabernáculo como la Giralda se mueven solos.

En Valencia se solemniza tambien la procesion del Corpus, y aunque muy parecida á la de Sevilla, tiene todavía algunas cosas mas notables. Acompañan á la procesion, entre otras figuras y personajes alegóricos, tres águilas inmensas que llevan en su pico grandes carteles, sobre los que va escrito con letras de oro, el testo de la Escritura que dice: *In principio erat Verbum. Et Verbum erat apud Deum. Et Deus erat Verbum.* Despues de estas águilas se ve un hombre con una cabeza de leon, otro con cabeza de toro, y el tercero sin máscara algu-

na; y la tradicion asegura que estos personajes con las águilas representan á los evangelistas. En seguida vienen otros tres trayendo una harpa, una guitarra y un laud, en memoria de la procesion de David delante del Arca. Veintiseis ancianos vestidos de blanco aparecen despues, trayendo cirios de un peso enorme. Siguen ocho levitas vestidos tambien de blanco, y llevando en las manos látigos con que dan en la cabeza á los espectadores que olvidan descubrirse al pasar la procesion. Por último, aparece el Santisimo Sacramento en un tabernáculo de estilo gótico, cuya altura pasa de catorce palmos.

En toda la carrera de la procesion de distancia en distancia, están repartidos numerosos grupos de gigantes, de enanos y de monstruos grotescamente vestidos: hay tambien carros de triunfo que los valencianos llaman rocas, y sobre las que aparecen figuras alegóricas, tirados por mulas ricamente enjaezadas, y á cuyo rededor hay bailarines y bailarinas que danzan sin cesar. Entre estos carros el mas notable es el que llaman la roca de la Purisima ó el carro de la Virgen, cuya altura es de mas de doce varas y mas de siete de largo.

En Méjico habia tambien muchos de esos gigantes y carros llamados tarascas, de lo que se conserva la memoria únicamente en los juguetes de los niños que se venden en ese dia. Las danzas, enramadas y figuras enmascaradas, así como las posas se conservan todavia en algunos pueblos y ciudades pequeñas de la república; pero en las principales la procesion del Corpus se verifica con toda la seriedad, magnificencia y decoro que corresponden al grande objeto á que se dirigen y á la civilizacion del siglo en que vivimos.—*I. G.*



La fiesta del Señor, á del Corpus.

No son las fiestas cristianas como las desordenadas ceremonias del paganismo; no se lleva en ellas un buey dios, un macho cabrío sagrado en triunfo; ni hay obligacion só pena de ser despedazado, de adorar un gato, un cocodrilo, ó caerse de embriaguez por las calles, dando alaridos, y cometiendo todo género de abominaciones en honor de Vénus, Flora y Baco; ántes por el contrario, en nuestras solemnidades todo es esencialmente moral. Si la Iglesia ha desterrado de ella las danzas, es únicamente porque previera las pasiones que encubre este placer bajo una inocente apariencia. El Dios de los cristianos no pide mas que el fervor del corazon, y los movimientos tranquilos de una alma que el apacible concierto de las virtudes regla y ordena. ¿Y qué solemnidad pagana podrá compararse, por ejemplo, á la fiesta en que celebra la Iglesia la cena del Señor?

En el momento mismo que anuncia la nueva aurora la festividad del Rey del mundo, se cubren las casas de tapices de lana y seda, se siembran las calles de flores, y los gozosos clamores de las campanas llaman al templo la universalidad de los fieles. Hácese la señal, todo se agita y conmueve, y empieza á desfilar la comitiva con religiosa pompa.

En primer lugar, se presentan los cuerpos que componen la sociedad de los pueblos. Conducen sobre sus hombros las imágenes de los protectores de sus tribus, y algunas veces las reliquias de aquellos hombres que, nacidos en la ínfima clase, han merecido por sus virtudes ser venerados de los reyes: leccion sublime que solo la religion cristiana ha dado al mundo.

Despues de estas turbas populares, se ve enarbolado el

estandarte santo de Jesucristo, no ya como una insignia de dolor, sino como una señal de alegría: á pasos lentos se adelanta en dos filas un largo séquito de aquellos esposos de la soledad, de aquellos hijos del yermo, cuya antigua vestidura renueva la memoria de otras costumbres y siglos. Viene el clero secular despues de estos solitarios, cuya religiosa cadena es tal vez prolongada por los prelados revestidos con la púrpura romana. Aparece solo, en fin, el pontífice de las fiestas, allá á lo léjos. Lleva en sus manos la radiosa Eucaristía, que se deja ver bajo un palio al fin de la magestuosa pompa, á la manera que algunas veces se descubre el sol bajo una resplandeciente nube dorada, á la estremidad de una larga avenida de sus rayos.

Entre las filas de la procesion, van tambien tropas de jóvenes; los unos presentan canastillos de flores; los otros vasos de perfumes. A una señal del maestro de ceremonias, se vuelven estas almas puras hácia la imagen del Sol eterno, y hacen volar las rosas deshojadas por donde ha de pasar. Revestidos los levitas con sus albas blancas, balancean sus incensarios delante del Altísimo. Elévanse entónces los piadosos cánticos á lo largo de las santas filas; el ruido de las campanas y el estruendo de los cañones, anuncian á las naciones de la tierra que el Omnipotente ha salido del umbral de su templo. Las voces y los instrumentos callan por intervalos, y este silencio tan magestuoso como el de los *grandes mares* en un dia de calma, reina en esta multitud sagrada, sin apercibirse otro, mas que sus graves y mesurados pasos, que resueñan sobre el empedrado de las calles.

Mas ¿adónde va este Dios formidable, cuya magestad proclaman de este modo las potestades de la tierra? A reposar bajo tiendas de lino, y sobre los arcos de verdura que le presentan, como en los dias de la antigua alian-

za, templos inocentes y retiros campestres. Los humildes de corazón, los pobres, los niños, le preceden; los jueces, los guerreros, los potentados, le siguen. Así camina entre la simplicidad y la grandeza, y se muestra á los hombres como aquel hermoso mes que ha escogido para su fiesta, entre la estación de las flores y la de los rayos.

Las ventanas y los muros de la ciudad, están coronados de habitantes, cuyos corazones se dilatan: el recién nacido estiende sus inocentes manecitas al Jesus de la montaña, y el anciano que se siente ya como inclinado hácia el sepulcro, se ve repentinamente libre de sus temores; una esperanza secreta de vida, le colma de una alegría inmensa á la vista del Dios vivo.

Todas estas solemnidades del cristianismo, están coordinadas de un modo admirable con las grandes escenas de la naturaleza. La fiesta del Criador viene en el momento en que la tierra y el cielo ostentan todo su poder, en que los bosques y los campos hierven en generaciones nuevas: todo está unido con los vínculos mas dulces: no hay una sola planta viuda en las campiñas.

Por el contrario, la desnudez de las plantas anuncia la fiesta de los difuntos al hombre, que cae como las hojas de los árboles.

En la primavera emplea la Iglesia en nuestras aldeas, una pompa no ménos agradable. La fiesta del Señor conviene mas á los esplendores de las cortes, y las rogativas á la sencillez de los lugares. El hombre rústico siente con alegría abrirse su alma á la benigna influencia de la religion, y sus terrones á los rocios del cielo. ¡Dichoso el que llevare mieses útiles, y cuyo humilde corazón se inclinare con el peso de sus propias virtudes, como la caña con el del grano que encierra en su seno!

[Chateaubriand, *Genio del cristianismo.*]

LITERATURA.

POESIAS MEGICANAS EN 1805.

SONETO.

Una vieja que fué de rompe y raja,
 Me hizo señas ayer desde su reja,
 Contándome de amores cierta queja,
 Cuando debía pensar en su mortaja.
 Dos negras aceitunas desencaja;
 Y valando lo mismo que una oveja,
 Un ingrato, me dice, la corteja.
 Que nunca la requiebra ni agasaja.
 En su pasión me ruega que la rija
 Sonando su nariz porruada y roja,
 Llena de mas berrugas que una bruja.
 Con su mantilla luego se cobija,
 Y un soneto mi musa al punto afoja
 De raja, reja, rija, roja y ruja.

EPIGRAMAS.

A todos nos da Teodora
 De cristiandad bello ejemplo,
 Pues devota se va al templo
 Apenas sale la aurora.
 Oyendo misa y sermon,
 La mañana toda pasa.
 ¿Y su familia, y su casa?
 Tienen mientras procesion.

¿Qué dieras tú por un pié?
 Un tuerto le dijo á un cojo,
 Y el respondió: Ya se vé,
 Por cierto, no daría un ojo.
 La satirilla en verdad
 Para otros mil está buena,
 Que olvidan su enfermedad
 Y se ocupan de la agena.

FABULA.

Le vendian á un caminante
 Cierta famoso caballo,
 De aquellos que en la Alameda
 Suelen ser muy alabados.
 El lo veía con desprecio,
 Y decía: Nunca habrá trato,
 Para paseo es bueno el bruto,
 Para camino muy malo.
 Señoritas, atencion:
 El hombre que busca estado
 Suele decir de ustedes,
 Lo que el otro del caballo.

Diario de Méjico.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Modo de limpiar y barnizar las pinturas al óleo.

DESPUES de quitar el polvo al cuadro y lavarle con agua clara y una esponja muy fina, se le dará con una brocha mojada en la infusion siguiente:—Una clara de huevo bien batida, un poco de zumo de limon y azúcar-piedra, ó candi, todo perfectamente mezclado.

Cuando esté limpio y seco el cuadro, tónese una libra de aceite de nueces puro, y media de la resina llamada *almáciga*, bien pulverizada y pasada por tamiz: póngase al fuego en una cazuela, y échesele al primer hervor un pedazo de alumbre calcinado. Luego se cuele, y cuando haya de darse este barniz, se calienta algun tanto para que se liquide bien y pueda correr la brocha, que se pasará con soltura y ligereza.

Otro barniz se emplea tambien, que se compone del modo siguiente:—Cuatro yemas de huevo, una onza de azúcar-piedra ó candi, media de zumo de limon, y otra media de ajos. Puesto todo en proporcionada cantidad de agua caliente, mézclese bien con la brocha, y puede usarse desde luego. (*Semanario industrial.*)

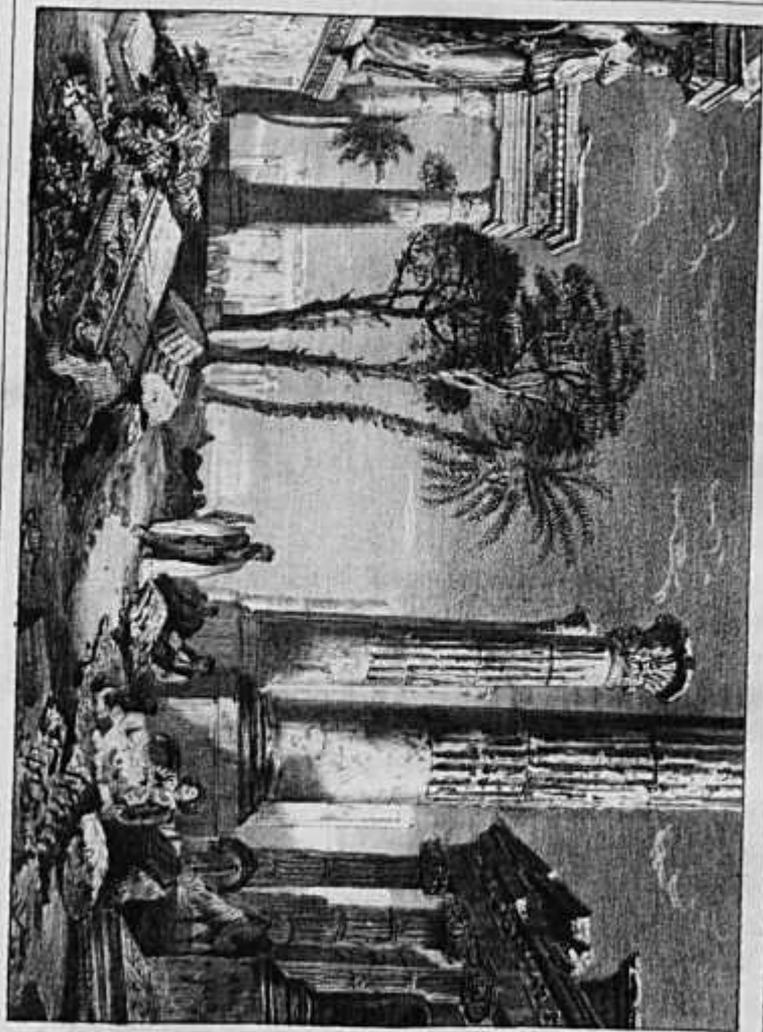
CHINCHES.

Las chinches crían cuatro veces al año, en marzo, mayo, julio y setiembre, y en cada vez ponen cincuenta huevos; dando un producto anual de descientas chinches. Al cabo de once semanas ha adquirido la nueva chinche su perfecto desarrollo, y se halla ya en disposición de reproducirse: sobre estos hechos se funda el siguiente cálculo. Supongamos que uno de estos animalitos se introduce en una casa antes del primer periodo de reproducción en la primavera; producirá en marzo 50 chinches, y entre ellas 25 hembras. En mayo las 26 hembras (incluyendo la madre) darán 1300 hijuelos; suponiendo que 750 son hembras, tendremos en julio una cría de 35,500. Las 15750 hembras que habrá entre ellas, unidas á las anteriores 750, compondrán 16,500, las cuales en setiembre producirán 825,000 chinches nuevas: de estas, 412,500 serán hembras, y unidas á las 16,500 de la cría anterior, harán 429,000 que al siguiente marzo darán 21,450,000. Añadiendo á este número 429,000 machos que no hemos contado, harán la suma de 21,879,000, ó cerca de 22 millones de chinches producidas todas por un solo individuo en el transcurso de un año. Nos equivocamos mucho si el conocimiento de este hecho no sirve de estímulo á la actividad y anhelo de la cuidadosa ama de gobierno, ó de cualquiera sefiorita, por extirpar la primera chinche que vea aparecer en su casa. El único remedio eficaz para esta plaga es la limpieza y el aseo.

[*Semanario Pintoresco de Madrid.*]







Ruínas de Palmira

JUNIO 15 DE 1841.

LAS RUINAS DE PALMIRA.

VEINTE caballeros espléndidamente vestidos, ricamente armados y montados como unos Emires, atravesaban un día el desierto de Siria: sus áridas y prolongadas llanuras se veían abrasadas por un sol tan ardiente, que parecía reflectaban un inmenso incendio; los caballos corrían á galope en la dirección del Occidente para escapar de la fogosa atmósfera de aquellos llanos que aparecían interminables, y los ginetes, echando sombrías miradas á su alrededor, descaban vivamente oír cualquier ruido en medio de aquella vasta y profunda soledad.

Al fin consiguieron ver dibujarse en el horizonte una cadena de montañas violadas, sobre cuyo fondo oscuro sobresalían en relieve los parasoles quemados de algunas palmeras, algunos áticos elegantes y largas filas de columnas de mármol blanco y de numerosas é imponentes ruinas de la mas admirable arquitectura corintia: mas allá hay una mancha eterna que cubre el nombre de las razas conquistadoras, las ruinas de Palmira.

Los caballeros desaparecieron detras de aquellos vastos edificios, y bien pronto llegaron á una especie de campamento donde los aguardaban sus esclavos y sus camellos. Entónces el gefe bajó de un salto del caballo, y se sentó sobre una estera á la sombra de una columna.

Antes de entregarse al reposo dijo á sus caballeros: «Es preciso ver si vuestras armas se hallan en buen estado; probad vuestras pistolas y carabinas, porque si favorecido por la noche quisiese huir el infame Kebir, tened todos entendido que yo he de verle muerto... y á su cómplice... Si, ellos morirán sin esperanza de venganza; porque el desierto es como el Océano, no conserva ningun rastro de

sangre. Los tigres ó chacales, y el simoun ó el viento devorador vendrán en nuestro auxilio.”

Dichas estas palabras, despidió á sus caballeros, y se durmió. Este hombre era el gefe de la milicia turca del Pachá de Alepo, un miserable osmanli encenegado en los vicios y que jamas retrocedia á la vista de un crimen, aprovechando siempre su posición para precipitar en el duelo á las familias árabes ó sirias, que tenian la desgracia de encontrarse en su tránsito.

Cierto dia, una numerosa caravana que venia de las altas regiones del Eufrates, entró en Alepo á la hora en que Joussof inspeccionaba sus tropas; el ruido aturdidor de sus soldados groseros, alborotó un fogoso caballo que montaba una muger cubierta con un velo, el que habiéndose levantado al caer la jóven, presentó á las penetrantes miradas de Joussof, la perla de todo el oriente. Este miserable hizo cuanto pudo para poseer ésta admirable criatura: ofreció una suma considerable por ella; pero siendo libre, no podia nadie venderla: quiso casarse con ella, pero estaba prometida. Su poder era grande: dejó alejarse la caravana, y alcanzándola á dos jornadas de Alepo con una horda armada, la atacó, la puso en fuga y se robó á Mazilii, á quien tuvo siete meses en su harem, en donde sufrió cuanto puede sufrir de mas horrible una muger. Despues de cuarenta dias de infinitos tormentos, Mazilii conoció que era madre; y para escapar á las persecuciones de Joussof y las angustias y el deshonor de su esposo el célebre árabe Abd-el-Kebir, resolvió dejarse morir.

Era tan hermosa, que Joussof queria conservarla á costa de todos sus tesoros, y llamó á todos los mas célebres médicos; pero la enfermedad de Mazilii se resistia

siempre á su ciencia. En fin, un médico armenio muy jóven, se ofreció á curarla, y su oferta colmó de júbilo al feroz genizaro. El doctor cumplió su promesa: Mazilii iba reanimándose por grados como una flor medio marchita que se riega gota á gota con agua; pero á medida que la jóven recobraba su hermosura, el rostro del doctor por el contrario, se ponía mas sombrío, sus ojos se entristecían, y se podría asegurar que estaba inoculado de los dolores de Mazilii. Joussof, feliz y loco de contento, recibía los parabienes de su corte, elogiaba el mérito de su sabio médico, y lo colmaba de regalos. Se disponía un día para marchar á uno de sus palacios situado á las orillas del lago Arlesio, cuando supo con el mayor asombro que Mazilii y su médico se habían fugado á media noche.

¿Quién podría pintar su furor, mucho mas cuando llegó á comprender que el supuesto médico armenio era Abd-el-Kebir.

¡Ois! ¿Parece que se percibe ruido de caballos? La tierra del camino resuena bajo el casco de las yeguas del Yemen. Si la noche no cubriese el cielo con su vasto y sombrío manto, se podrían ver en el llano los vestidos flotantes de los árabes y el velo de seda de Mazilii. Guardaos, pobres esposos; la venganza semejante al réptil, os aguarda en la sombra para asestaros el golpe mas seguro y haceros perecer.

Abd-el-Kebir y Mazilii seguidos de algunos esclavos, avanzaban con rapidez llenos de júbilo hácia las ruinas de Palmira. El jóven árabe habia sabido por los guías de los camellos el rumbo que habia tomado el genizaro, y lo creía ya cerca de los confines del territorio de Eme-so en el condado de Trípoli, y gozoso llegaba en fin cer-

ca del desierto y del hermoso Eufrates, á cuyas orillas sus ojos habian visto la luz primera.

Los viageros caminaban silenciosamente: Abd-el-Kebir abria la marcha, y se volvia con frecuencia á Mazilij á fin de animarla para que soportase las últimas fatigas: ella al mirarlo tan amante despues del oprobio de que lo habia cubierto, se sonreia tristemente, y no hallaba consuelo en el fondo de su corazon.

Llegaron por fin á un valle bastante profundo, cuyas entradas están cubiertas de grandes torres cuadradas. Eran los sepulcros de los habitantes de Palmira. Al reconocer el árabe estos lugares que habia visitado otras veces, se aproximó á la jóven y le dijo: «Mañana, Mazilij, si puedes continuar sufriendo el paso ligero del caballo, veremos el Eufrates: entre tanto podemos respirar libremente como el árabe en el desierto. Ya estamos en Palmira.

Bendito sea Allah, contestó la jóven, porque el sufrimiento agota ya el resto de mis fuerzas.

—¡Y desgracia á Joussouf! dijo Abd-el-Kebir con una voz sombría.

Cuando se creian con la mayor seguridad en las ruinas, llegó á sus oidos un ruido que llenó toda su alma de terror. El ojo centellante del árabe penetró en las vastas profundidades de la ciudad destruida, y vió una débil luz rojiza al pié de una columna que rodeaban algunos soldados. Se acercó solo, y escuchó con toda aquella fina percepcion de la raza árabe acostumbrada al desierto, lo que hablaban, y reconoció á Joussouf y sus tropas que venian sin duda en su persecucion.

Desesperado volvió adonde estaba Mazilij, á quien encontró revolcándose en la tierra con horribles convulsiones y mordiendo su velo para sofocar sus gritos.... ¡La

infeliz, conmovida por la fatiga del viage, sentia los primeros dolores del parto.

—«¡Esto es querer matar á tu servidor Allali! murmuró el desgraciado Kebir. ¿No estaba mi corazon bastante atormentado, sin despedazarlo todavía mas? ¿Cómo podremos escapar del peligro que nos circunda? ¡Aunque pudiéramos pasar la noche sin desgracia, mañana al salir el sol, el feroz Joussouf nos degollará como gamos!... ¡Pero no importa, con tal que no coja viva á Mazilii.

Habiendo colocado á la jóven sobre una estera, la transportó con uno de sus esclavos á alguna distancia bajo el pórtico de un pequeño templo edificado en una de las partes mas bajas de las ruinas colocada abajo del viento: en una direccion opuesta á sus perseguidores, sus gemidos sufocados no eran oidos, pero sus tormentos y sufrimientos eran intolerables. Kebir con la cabeza baja se desesperaba de no poder aliviar á la muger que adoraba, temiendo que sus gemidos, aunque valerosamente ahogados por Mazilii, por débiles que fuesen no llegaran a los oidos de Joussouf.

De improviso la yegua de Mazilii olfateando sin duda los caballos de Joussouf, comenzó á relinchar. El árabe, mas y mas asustado, se lanza hácia ella, le amenaza, le tapa las narices; pero apenas se aleja para volver á Mazilii, cuando la yegua hace oir de nuevo un prolongado relincho. Furioso, sin calcular que la yegua le es tan útil para escapar, Kebir la atraviesa con su puñal, y cae al punto muerta en tierra.

Vuelve hácia la jóven, á quien encuentra en horrible agonía; su boca arroja espuma, y sus manos hacen tiras su velo: se sienta cerca de ella, la rodea con sus brazos, y quiere animarla aunque en vano, pues sus dolores son tan insufribles, que pierde el sentido y casi muere.

«Y bien, grita Kebir con voz ensordecida, Mazilii, da libre vuelo á tus quejas, yo venderé muy caras tu vida y la mia. Esclavos, preparaos á combatir á Joussouf y sus soldados.»

Pero la noble jóven comprende todo el afecto de su esposo, la decision admirable de Kebir alienta su energia: desfallecida, se rie entre los dolores de la muerte, y da al fin á luz una débil criatura.

Mazilii se ve libre al fin: sus grandes ojos negros bañados en lágrimas se fijan en Kebir, á quien da gracias y bendice; pero no tardan en renacer otros temores mas vivos y alarmantes, los primeros brillos del crepúsculo que comienzan á aparecer y los llantos del niño que se prolongan y que no pueden calmar ni la agitacion ni el seno de la madre. Grita y sigue gritando. ¡Cuán cierto es que la vida es un viage lleno de dolores, que comienzan desde que el hombre pisa la tierra, y no terminan hasta el momento mismo en que el alma abandona al cuerpo! Cuán corta es esta distancia en algunos; la muerte sigue al instante de su nacimiento: el niño demasiado débil, desfallece y muere. Kebir se asegura de que Mazilii se siente bastante fuerte para continuar su marcha por algunas horas, y poniéndola sobre una estera colocada entre dos caballos armenios y sostenida por dos clavos, se resuelve á marchar.

Kebir les previene que se dirijan siempre hácia el rio; y cubriendo con un velo á Mazilii, «No tardaré en seguirte, le dijo; marcha sin temor.»

La débil caravana se aleja: el árabe apoyado contra una columna, la seguia con la vista llena de solicitud, y su fisonomia anunciaba la inquietud mas extrema y el sufrimiento mas cruel. En fin, limpia su frente del sudor que la cubria cuando la ve desaparecer tras de una de aque-

llas altas ondulaciones de tierra que los vientos forman en el desierto, y se vuelve hácia su hermoso corcel que le miraba con ojo inteligente. Aun aguarda dos largas horas, cuando advierte que la comitiva de Joussouf se prepara á marchar: monta á caballo, y resuelto á sostener la retaguardia de Mazilii, se lanza hácia Joussouf, que se dispone á perseguirlo, y á quien dirige hácia otro rumbo del que lleva su caravana. La velocidad de los caballos de ambos dejan muy atras á sus compañeros, y despues de una lucha demasiado larga, el árabe llega á una eminencia desde donde divisa á Mazilii sobre su litera, dirige su cimitarra á la cabeza de Joussouf, quien vacila un instante, y cae muerto: entónces con una voz terrible esclama: «Ya no deshonrarás mas las familias, odioso Joussouf.» Aterrada la comitiva del tirano, ve en aquel denuedo de Kebir la justicia de Allah contra el crimen. Libre ya de temor y vengado, se dirige gozoso con su bella y noble compañera hasta las afortunadas riberas del Eufrates.

LOTTIN DE LAVAL. (*Traduvido del Keepsake frances de 1839.*)

A la vista de las ruinas de Palmira, no hemos podido ménos de recordar las ideas sublimes que habiamos leído en Chateaubriand sobre su efecto pintoresco, y no dudamos serán leídas con gusto por nuestras amables suscriptoras.

Las ruinas consideradas bajo el aspecto pintoresco, embelezan mas en un cuadro que un monumento entero y reciente. En los templos que aun no han descantillado los siglos, ocultan las paredes una parte del paisaje, é impiden que se perciban las columnatas y los arcos de las bóvedas interiores del edificio; pero cuando llegan á caer, no quedan ya de ellos mas que unas moradas aisladas, en-

tre las que se descubren por lo yaltoá lo léjos, los astros, nubes, bosques, rios y montes. Entónces, por un efecto natural de la óptica, se retiran los horizontes, y las galerías suspendidas en el aire, aparecen como recordadas sobre el fondo del cielo y de la tierra. Estos bellos efectos no han sido desconocidos de los antiguos; pues levantaban circos sin moles cerradas, ni cubiertos, para dejar paso franco á las ilusiones de la perspectiva.

Tambien las ruinas tienen conformidades particulares con sus desiertos, segun el estilo de su arquitectura, sitios en donde se hallan colocadas, y reinos de la naturaleza y meridianos que ocupan.

En los países cálidos, que son poco favorables á las yerbas y musgos, se ven desnudas de las gramas que adornan nuestros castillos y torres viejas; pero tambien los mas grandes vegetales se unen á los mas grandes modelos de su arquitectura. En Palmira divide la palma las cabezas de *hombre* y de *leon* que sostienen los chapiteles del *templo del Sol*. La palma con su alta caña reemplaza la columna derribada; y el albérchigo, que los antiguos consagraban á Harpócrates, se eleva en el retiro del silencio. Aun se ve allí una especie de árboles, cuyas tendidas é inclinadas hojas y transparente fruto, presentan con los escombros pendientes, unos bellos contrastes de tristeza. Bien frecuentemente una caravana, sesteando en estos desiertos, multiplica los efectos pintorescos. El ropage oriental hermana bien su nobleza con la de estas ruinas, y los camellos y dromedarios parece que aumentan sus dimensiones, cuando reposando entre aquellos grandes fragmentos de albañilería, solo dejan ver sus rojas cabezas y sus jibosas espaldas.

PERFECCION DE LAS FACULTADES INTELECTUALES.

EN las páginas 161 y 367 del tomo primero, recordarán nuestras amables suscriptoras haber visto algunas nociones, las mas importantes sobre esta ciencia; hoy les suplicamos vuelvan á leerlas para que enlazando aquellas ideas, puedan comprender mas fácilmente las que á continuacion vamos á esponer.

Dijimos en la última leccion, que los medios de perfeccionar nuestro entendimiento, se reducen á *la observacion, la lectura, la instruccion verbal, la conversacion y la meditacion* ó el estudio. De todos ellos hablamos ya en comun: nos dedicaremos ahora á las reglas relativas á la observacion, dejando las otras cuatro para otras lecciones posteriores.

Aunque en todo el rigor de la palabra, la observacion es el primer medio de perfeccionar nuestras facultades intelectuales, y que en su acepcion absoluta, no comprende raciocinio ó discurso alguno sobre las cosas observadas, sin embargo son tan rápidos los movimientos del pensamiento, que es imposible dedicarse á alguna observacion ó esperiencia, sin hacer inmediatamente algunas cortas reflexiones. Al dar algunas reglas sobre este método, no me limitaré á la simple y primitiva impresion que recibe el ánimo por la observacion; y añadiré algunas ideas relativas á las reflexiones mas notables que se derivan de ella y que suelen ocurrir naturalmente.

Si el objeto contante de vuestros cuidados, mis amables lectoras, es el ampliar y estender vuestros conocimientos, advertiréis desde luego, que no hay lugar, tiempo, ocupaciones, sucesos, ni obligaciones que puedan impedirnos el perfeccionar vuestro entendimiento por medio de la observacion. Solas, acompañadas, en el cam-

po, en las ciudades, ocupadas ó en recreo, la naturaleza, las artes, los negocios todos, os ofrecerán siempre algo que observar y que aprender; cuando así no fuese, vosotras mismas, vuestras pasiones ó defectos, vuestras buenas ó malas cualidades podrán procuraros el utilísimo conocimiento de vosotras mismas.

Es preciso cuidar de sacar siempre alguna luz y alguna utilidad de todo lo que se nos presenta en el curso de la vida tanto, en nuestra misma persona, como fuera de ella. Las estrellas, el sol, las revoluciones de los planetas, han sido un objeto digno de ocuparos alguna vez al hablar de astronomía, así como la profundidad de la tierra, la estension de los mares en la geografía, los portentos de la naturaleza en la física, las raíces de los árboles en la botánica, y los órganos de los animales en la zoología.

El tiempo que vuela noche y día con mayor rapidez que el relámpago, las horas y minutos que se os escapan fugitivas, os advierten instantáneamente, mis amables lectoras, que aprovecheis el tiempo, y no dejéis perder momento de avanzar en conocimientos útiles.

Las continuas vicisitudes y revoluciones de pueblos y familias, os enseñan día á día la inestabilidad de las cosas humanas. ¡Las exequias y la tumba os lleven á conocer vuestro fin! En la odiosidad que presentan á vuestra vista los vicios y los errores ajenos, conoced lo que serán los vuestros á los ojos de los demas. Las virtudes que celebráis y aplaudís en algunas de vuestras compañeras, deben excitar vuestra imitacion con la emulacion más noble.

Recordad siempre que no habeis recibido del Criador vuestras facultades intelectuales, vuestro discurso, memoria, discernimiento, y aun vuestros piés y manos, para que no sirvan á ningun fin: sin duda tienen por objeto vuestro bien y el de vuestros semejantes.

En todo lo que ofrece la naturaleza, y en todos los incidentes de la vida, teneis un vasto campo para observaciones morales, religiosas y científicas, y su observancia aun puede daros útiles reglas que observar en vuestra conducta.

Para adornar la inteligencia con rica variedad de ideas, es mejor secundar la loable curiosidad de la juventud que no acobardarla. El empeño en observar, y el afán de examinar las cosas, es un excelente pronóstico en los primeros años: y no seria acertado acallar esa vocacion, ó limitarla á muy estrecho círculo; por el contrario, resultarán ventajas muy considerables á la niñez y á la edad madura de satisfacer la curiosidad juvenil con oportunas é ilustradas respuestas á sus sencillas preguntas. Madres de familia! á proporcion de vuestras posibilidades, procurad que las personas cuya educacion os toca, no vivan siempre encerradas: que vean el campo, los rios, las montañas, las ciudades, los edificios. El alma se dilata y el talento se aviva con la vista de los animales, de los vegetales, de los productos de la naturaleza, de los primores de las artes. La variacion de objetos y su observacion, siempre que haya una persona que acompañe y dirija á la persona que se educa, debe producirle entre otras ventajas, la de desecar lo malo y sacar partido de todo lo bueno que de nuevo se presenta á su vista.

¡Tiernas niñas! ¡amables jóvenes! si os acostumbrais á llevar apuntes por escrito de lo mas notable que observéis en vuestros paseos, en vuestros viages, ó aun en lo interior de vuestras casas, y si de tiempo en tiempo repasais esas notas, ocurrirán á vuestra imaginacion importantes reflexiones, convirtiendo vuestros inocentes recreos en sólida y duradera instruccion; pero no olvidéis que vuestras mas importantes observaciones deben ser

despues objeto de conversacion con las personas que os puedan ilustrar en ellas. Sobre todo, es indispensable sobreponerse á las pasiones y á las preocupaciones; de otra manera, solo encontraremos falsedad en nuestras observaciones. Como el que padece de ictericia, ve todos los objetos amarillos, el alma apasionada cambia el verdadero aspecto de las circunstancias. Al querer instruiros por medio de la observacion, es preciso que separeis á un lado vuestro interes personal, y que alejeis todo egoismo, amistad ú odio, si deseais ver las personas y las cosas tales como son en la realidad.

Solo observando bien esta regla, nos preservaremos de las frecuentes infidelidades de nuestras observaciones, es decir, de los juicios temerarios que infunden en nosotros la envidia y el orgullo. ¡Cuán difícil es que la primera no se mezcle en las observaciones que hacemos de otras personas, estando, como estamos siempre dispuestos á interpretar siniestramente las acciones ajenas! Esta es la causa porque solemos dar de nuestros semejantes ideas ménos favorables, que las que justamente merecen, mientras el orgullo y el amor propio nos hacen mejorar siempre el concepto que tenemos de nosotros, siendo así que deberian sufrir una modificacion considerable todos los juicios, que formamos á favor nuestro.

Al hacer útiles observaciones sobre las personas que os rodean, ó á quienes conocéis, amables lectoras, no os dejéis llevar de esa estrema curiosidad que quiere indagar siempre los ajenos negocios privados y domésticos, con un cruel prurito de saber la historia secreta de las familias. Rara vez una curiosidad tan inquieta deja de tener fatales resultados; porque frecuentemente engendra la desconfianza, la envidia y la desunion en las casas, é induce á la murmuracion y á difamarse mutuamente. No me nega-

reis que aun entre personas que se creen bien educadas, hay algunas que todo lo quieren saber, ménos lo que les conviene, y lo que es peor, que no pueden dejar de decir y á veces de aumentar todo lo que saben. Las personas que se entrometen en todo y que hablan de todo, están demasiado espuestas á incurrir á veces en la mas fastidiosa charlataneria.

Una de las bases que deben establecerse en todas las observaciones sobre personas y procederes, es que jamas tengan por objeto dar pábulo á miserables pasiones; sino solo á instruirse en la condicion humana, y á saber lo que debe imitarse y lo que debe huirse. Por consiguiente, ni en conversaciones ni en circunstancia alguna, para discurrir sobre los errores ó los vicios de la conducta ajena, se necesita nombrar á la persona; lo que hay que estudiar son las acciones y no el nombre de quienes las han ejecutado. Como el laudable objeto de esta clase de observaciones, no es otro que el de perfeccionar el entendimiento, tal fin no podrá lograrse, aprendiendo, ni mucho ménos ejercitando el arte de dañar la reputacion ó de atacar el honor de vuestros semejantes.

No imiteis, por último, á los que fundan teorías generales sobre un corto número de observaciones, y que se deslumbran con falsas apariencias. Esto es lo que los lógicos llaman falsa induccion. Cuando las observaciones generales llegan á ser seguras é indudables, porque se afirman sobre gran número de hechos y circunstancias particulares, entónces son un tesoro para el saber; pero tanto mayor debe ser la circunspeccion en hacerlas, cuanto serian mas graves las consecuencias de los errores que cometiéramos por falsas inducciones.—I. G.

LITERATURA.—Poesía.
TEMORES PANICOS.—Remitido.

ESDRÚJULOS.

Temo que una lengua vípera
 Me injurie de un modo elástico;
 O tal vez alguna vétula
 Que haya pasado el Atlántico:
 Temo al necio y al estúpido,
 Al malicioso, al fanático,
 Al discolo y al frenético,
 Al pedante y al romántico:
 Temo al alegre y al tétrico;
 Al muy robusto y al lánguido,
 Al abogado y al médico,
 Mas al rufian y al parásito;
 En conclusion, temo al aulico
 Que al lado del trono espléndido
 Parece estatua enigmática
 Envuelta en manto fantástico:
 Temo á la muger colérica,
 Al viejo, al adulto, al párvulo;
 Al miserable y al pródigo,
 Al cómico y á la trágica:
 Temo al político, al rústico,
 Al viento bóreas, al ábrigo:
 Temo al veterano, al cívico,
 Al que es bisoño y al práctico:
 Temo al Vesubio flamigero,
 Al fogoso Etna y al Tártaro:
 Temo al Iztacihuatl indico
 Y al Popocatepetl alto:
 Temo al cetáceo, al cuadrápodo,
 Al pólipo y al galápagos:
 A las aves de rapiña,
 Y á todo viviente acuático.
 Temo al puñal, temo al tósigo,
 Al toro, al jejé y al tabano:
 Al dia ventoso y al nébulo,
 Ya sca sereno ó ya diáfano:
 Efluvios temo, lunáticos
 Aun del claro sol los átomos;
 Temo, en fin, los tiempos fríidos,
 Los templados y los cálidos:

Temo al estallido horrisono,
 De los truenos y al relámpago.
 Temo las doradas píldoras,
 El emético, el catártico:
 Temo á la dieta y los tónicos:
 Como á los libros apócrifos,
 Y á los autores anónimos,
 Y demas frutos exóticos:
 Temo leer los cantos épicos,
 Y aun escuchar los eróticos:
 Como hacer un verso sáfico;
 O ir engastando un aeróstico:
 Temo las viandas insípidas,
 Pero es por ser mal gastronómo.
 Me irrita mucho lo pésimo,
 Y me desagrada lo óptimo:
 Temo padecer insómnios
 Por no gustar de narcóticos:
 Ni bebidas soporíficas,
 Ni nada que contenga ópico:
 Temo ser monge del Liliano
 Por no vivir en un zócalo:
 Temo bajar á una bóveda
 O á cualquier parage cóncavo:
 Temo estar como un estálto,
 Bajo un elegante pórtico
 De algun opulento sátropa
 Amante del órden dórico:
 Temo jurar por las féitidas
 Aguas de la Estigia y Cóeito:
 Temo leer innuados fátragos
 Y manuscritos autógrafos:
 Temo al escritor famélico
 Cuya brújula es su esófago:
 Temo al iluso, al cismático,
 Al idiota, al antropófago:
 Como temer á la víbora,
 Temo al poeta anfibiológico,
 Y á todo el que escribe óptsculos
 Arreglados al barómetro:

De Ptolomco y de Copérnico;
Temo el sistema astronómico,
Quienes subiendo á la eclíptica
Descendieron á los trópicos:
Temo al inventor de fósforos
A quien solo habla del Niágara,
Del Missisipi, del Rodano,
Del Garges ó el Orinoco.

Pero ya basta de preámbulos,
Que se reirán los estóridos,
Murmurán los eximios,
Y criticarán los lógicos.
Incierto estoy como el péndulo
En el centro de este círculo,
Descenderé del pináculo
Como Lazbel del olimpo. *M. B. G.*

CONTESTACION DE LOS EDITORES

sobre la poesia esdrújula.

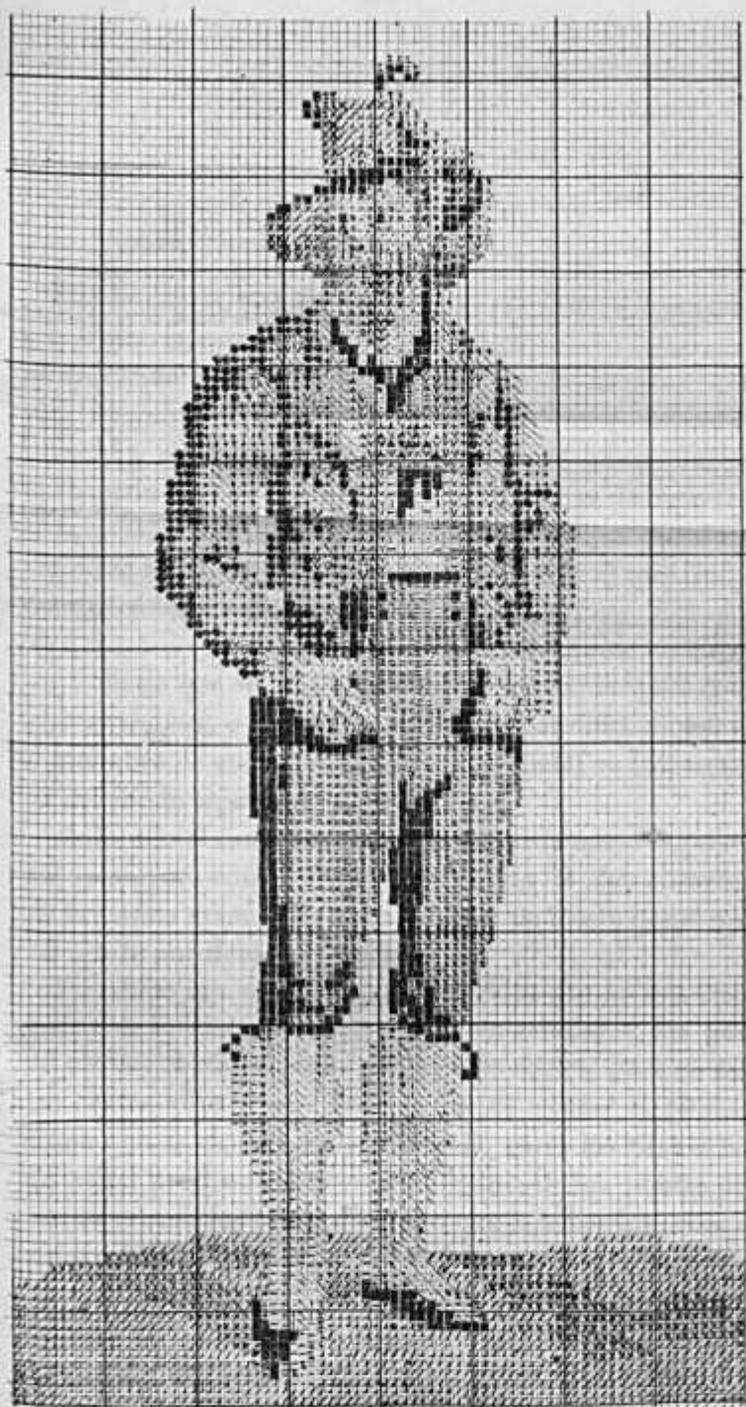
A CASO es la poesia esdrújula
La que mezcla como en diálogo
De nombres un buen catálogo,
Mas sin método, sin brújula.
Si son esdrújulos. ¡Cáscaras!
¡Y ha de ser un verso angélico
Porque reuna lo evangélico,
La política y las máscaras!
No señor. Por Santa Brígida
Que muchos sin ser estóridos,
Engastan conceptos sólidos
En la poesia mas rígida.
Mas si es esdrújulo, *Espátula*,
¡Sin preceder ningún título
Lo pondré como capítulo
En un libro sin carátula?
¡Será la musa metódica,
No será digno de un vándalo
Canonizar el escándalo
De una pluma marasmódica?
¡No será digna de pápagos
Y de desterrar terríficos
Cien susentores pacíficos
Hasta la isla de Galápagos!
Pero hablar del orden cónico,
De la faccion demagógica,
De las modas y la lógica,
Es mucho, muy macarrónico.
Y no queda sano un misenlo
Aunque sea en tono profético,

Al que le dan tal emético
Desde la aurora al crepúsculo.
Ni es clásico ni romántico
Brindar leyendas narcóticas
Con mil palabras exóticas
Aunque en estilo de cáustico.
El Semanario es metódico,
Y no por un juego métrico,
Entre lo alegre y lo tétrico,
Ha de perder lo prosaico.
Como hasta hoy á lo científico
Mezcle algunas sales cónicas
Y lecciones económicas
A lo lógico y lo fisico,
Cerca de algun rasgo místico
Bueno es luzca el estro poético,
Y junto al puñal patético
Souria el ingenio artístico.
Junto al guante mas elástico
Y la soga mas raquitera,
Del bello sexo es política
Dar algun trozo encomiástico.
Mire la esfera geográfica,
Junto á los trages el áulico,
Interrumpa un juego hidráulico,
Un apóstrofo seráfico.
Pero sea el plan metódico:
No digan: Este es un larrago,
Que escribe un innumero farrago
Disfrazado de periódico.

BORDADO.

DISPUESTOS á tratar de este arte, que como hemos dicho otra vez, desearíamos fuese esclusivo del bello sexo, con toda la estension que se merece, sin embargo, vamos á anticipar algunas nociones sobre el bordado en canevá ó cañamazo, tanto por la generalidad con que se ha estendido entre las señoritas megicanas de algunos años á esta parte, cuanto por presentarles un modelo de un bordado de colores, que sin embargo, no tiene en la lámina adjunta color ninguno; pero las diversas líneas contenidas en cada cuadrete del canevá, indican los colores que deben colocarse en cada punto. Así por ejemplo, una X indica el color verde subido: una línea oblicua de derecha á izquierda, verde mirto: un ángulo formado por uno perpendicular y una horizontal de derecha á izquierda, id. amarillo; una saeta, carmin: una I, rosado subido, una Λ , rosado bajo: dos puntos, color de carne: uno, blanco; una T, lila: una línea curva, lila claro; un cuadrado de cuyo centro salen líneas á sus cuatro angulos, azul: una cruz, azul claro: una diagonal de izquierda á derecha, azul celeste, una λ , bermellon: una V, plomo: cuatro puntos formando un cuadro, oro: γ . castaño: una, o, castaño claro, tres líneas cruzadas por otras tres, negro: Z, gris negro: dos líneas paralelas horizontales, gris subido: una horizontal sola, gris claro: una perpendicular, id. blanco, y una Y, perla.

Este ingenioso artificio nos proporciona, aunque aumentando el costo de nuestra litografía, el mérito y la utilidad que tendria si fuera de colores; y una vez inventado, puede aplicarse á toda clase de bordados de canevá, que dibujados en negro, darán el mismo resultado que si estuviesen matizados.



Valor de los Dignos.

X Verde subido
 / id. Myrto.
 ✓ id. Amarillo.
 ~ Carmin.
 T Rosado subido.
 A id. bajo.
 . Carne.
 - Blanco.

∇ Lilas subido.
 > id. claro.
 + Azul obscuro.
 + id. claro.
 \ id. celeste.
 X Vermellen.
 ∇ Plomo.
 ∴ Amarillo color de oro.

o Cestaño.
 o id. claro.
 ■ Negro.
 S Gris negro.
 = id. subido.
 - id. mas claro.
 √ id. blanco.
 + id. Perla.



Por lo demas, esta clase de bordado pertenece mas bien á la tapiceria, cuyo uso es tan general en Europa como poco conocido en nuestra república, en donde no hace mucho tiempo han comenzado á hacerse tapetes, carpetas, asientos y escabeles de canevá. El punto de que se usa es el llamado lomillo. La primera vez que haya de hacerse, se hará sobre cañamazo ó canevá grueso, porque como su tegido es claro y basto, se pueden contar en él mas fácilmente los hilos sobre que ha de cogerse el punto. Echado un dobladillo en el pedazo que va á servir como de ensayo, á fin de que no se deshilache ó se enrede la hebra con que se trabaja, y prevenida una aguja con hilo, algodón ó estambre de color con su nudo á la punta, se comenzará del modo siguiente.

Colocado el canevá sobre el índice de la mano izquierda, se asegura con el dedo pulgar y con el del corazon de la misma mano, y se clava la aguja de modo que el nudo quede por debajo.

Es sabido que todas las telas ó tegidos que no son cruzados, se forman con cuatro hilos entrelazados, los que se cortan sucesivamente en ángulos rectos; pues en estos cuatro hilos es en donde se ha de cruzar el punto: luego que se saca la aguja por debajo, entre los hilos se ha de hallar precisamente cerca de algunos de los puntos en que se cruzan los hilos, de modo que la hebra los cruce á su vez. Entónces pasa por dos de los cuatro ángulos rectos que forman los hilos. Se saca otra vez en el parage que forman un tercer ángulo, y se mete por encima del cuarto ángulo, de manera que la hebra cruce los dos hilos de la tela y el primer punto.

Esta operacion dará por resultado un punto en cruz, sobre cuatro hilos entrelazados, ó mas bien dos cruces formadas la una por la hebra y la otra por el tegido de la

tela, y dispuestos de suerte que los brazos de la una pasen por el intervalo de los brazos de la otra; de modo que á no ser por la diferencia de los colores y de la clase de hilos, seria una estrella de ocho rayos. Los hilos que forman los ángulos, deberán dividirse en hilos á lo largo é hilos á lo ancho de la tela.

Cuando se han vuelto á coger á la derecha los hilos á lo ancho, podemos decir que está acabado el punto de lomillo que se llama de marcar, por ser este el uso mas comun que se hace de él; pero como seria preciso si se sacase de pronto la aguja junto á estos hilos, comenzar de nuevo á pasarla bajo los otros dos del ancho que siguen, se cogen á un tiempo tanto los hilos que terminan un punto, como los que empiezan otro. Despues se coloca la aguja junto á los dos hilos á lo largo, y por debajo de los dos hilos á lo ancho hácia la izquierda; y como estos hilos siguen inmediatamente al punto anterior, resulta que los de marcar parecen cogidos los unos con los otros.

Esplicado ya el punto del bordado de canevá, hay que advertir ademas que puede dividirse en cuatro clases, segun los diversos objetos á que se aplica ó el modo de ejecutarlo: 1.^a el tapete ó alfombra: 2.^a la carpeta para muebles: 3.^a el bordado floreado ó de paisage para cuadros, y 4.^a la aplicacion del canevá al bordado en raso.

Para no detenerme en la descripcion de estos objetos con menudencias accesorias que podrian perjudicar á la claridad, advertiré á mis amables suscriptoras, que en el bordado de canevá usado para tapetes ó alfombras no es preciso usar siempre del lomillo en los términos que he esplicado, por lo mucho que demoraria la construccion de una alfombra ó tapete demasiado causada por pequeña que sea su dimension; sino que para aligerarla se podrá sustituir con el *medio lomillo*, es decir, no cruzan-

do el hilo, ó no haciendo que este forme una cruz, sino solo una línea.

Como el canevá forma cuadros, se toman cuatro ú ocho hilos, tanto á lo largo como á lo ancho, segun la magnitud del cuadrado que se quiere hacer: estos hilos se cubren por lo ancho de derecha á izquierda, por medio de un punto largo que abraza la tela, tanto por encima como por debajo, siempre en línea recta y pasando dos veces la aguja en un agujero del canevá ó trama; de este modo dichos cuadros presentan una especie de relieve ó realce rodeado con un surco ligero. La necesidad de cubrir sin interrupcion el cañamazo ó el canevá, obliga á bordarlo con diferentes colores para que se distingan mejor los cuadros, que solo se percibirían de otro modo, por los surcos ó rayas formadas al coger los puntos.

De los tapetes de canevá.

Los cañamazos que sirven para hacer estos tapetes, suelen venderse ya con los dibujos perfectamente matizados, en cuyo caso no tiene que hacerse otra cosa que colocar segun los colores el estambre correspondiente; pero otros hay que solo tienen los dibujos trazados en negro, y para meter los colores es necesario tener á la vista el modelo é imitar sus matices: sin embargo, tanto en unos como en otros, es necesario escoger los estambres segun la calidad del cañamazo mas ó ménos finos.

Debe comenzarse por el ramo ó florón colocado en medio del tapete, haciendo al mismo tiempo el fondo que hay entre las flores: los matices se variarán conforme lo indique el dibujo, *fundiendo*, por decirlo así, los puntos unos en otros, y apretándolos mas donde se figuren las venas y pistilos de las flores para señalarlos mejor, pues en el resto el punto será siempre igual y poco apretado, á fin de que el tapete quede flexible. Mientras se hace el fon-

do y la cenefa, se cubrirá el florón con papel apuntado por un ligero hilvan, con el objeto de que no se ensucie.

Los tapetes podrán afelparse poniendo lana debajo y haciendo una especie de acolchado con su correspondiente forro por debajo, ó si se quiere que no tengan tanto espesor, se guarnecerán con franjas y flecos. Lo común es hacer estos solo del color del fondo; pero también suelen mezclarse los colores del dibujo. Por ejemplo, en un tapete de fondo verde cuyo florón es de amapolas y rosas, alternan el verde, el violeta y el rosado.

Carpetas, asientos &c. de caneová.

Para cubrir los sillones, sofás, poltronas, almohadones de divanes, escabeles ó mesas pequeñas, se usa de los bordados en caneová mas delgados, y contruidos con mayor finura. Elegido que sea el dibujo conveniente, es menester ejecutarlo con esactitud; y como en su mayor parte no exigen franjas ni flecos, necesitan la precaucion de un pequeño ribete ó dobladillo para evitar se deshila-chen sus estremidades. Es tambien indispensable tomar esactamente la medida del mueble ú objeto á que se destina, pues seria tanto defecto el que un asiento estuviese demasiado bordado teniendo que ocultarse algunas flores, como el que estas, siendo muy pequeñas, no pudiesen verse. La rectitud y proporcionada distancia de los centros con respecto al mueble en que deben colocarse, da la simetría y regularidad necesaria para la uniformidad y buen gusto.

Las carpetas de caneová destinadas para mesas, se hacen de modo que no surquen el mármol ó las maderas finas sobre las que han de ponerse.

Bordados en caneová para cuadros.

Esta clase de bordados exige mucha mayor perfeccion: las flores mas pequeñas, ó paisages, caserios y figuras, y

tal vez alegorias ú objetos de imaginacion sin modelo y que por lo mismo son vistos por los padres, maridos y amigas, como de un mérito y aprecio particular por los esfuerzos que han costado á sus hijas, mugeres ó amigas.

Las orlas ó cenefas de flores ó grecas muy pequeñas y perfectas, hermosean los lados del cuadro, terminando sus ángulos con esquinas variadas de un mismo tamaño.

Pero la diferencia mas esencial es que se bordan con sedas de colores, los que se van desvaneciendo para figurar las medias tintas ó las sombras en los paisages. Muchas veces en vez de cubrir el centro, se deja sin tocar, poniendo por detras lama de oro, ó de plata ú oropel, para que trasparente por el canevá, que siendo muy fino hace muy buen efecto; pero siempre requieren una franja ó cenefa bordada, que siendo el centro de flores, puede ser verde representando el musgo ó césped sobre el que pueden ir alternadas flores de diversos colores, de manera, que una margarita blanca, por ejemplo, se halle junto á otra color de lila, ó una amapola jaspeada al lado de una anémona.

Concluido el bordado, se fija sobre un carton sencillo, á cuyas orillas se cose ó pega el canevá, para que conserve su esacta tirantez ántes de ponerlo en el cuadro, de manera que las líneas horizontales y perpendiculares del bordado, sean paralelas á las del marco.

Aplicacion del bordado de canevá sobre raso.

Como los géneros de seda no presentan la facilidad para bordar que el canevá, cuyos hilos en cuadrados y cuya regularidad de sus huecos proporciona una admirable regularidad en el bordado, se ha inventado pasar los dibujos ya pintados en canevá al raso ú otro género tupido.

Se coloca el canevá dibujado que quiere bordarse sobre el raso ó seda que le ha de servir de fondo, cosiendo ligeramente las estremidades de uno y otro género, y apuntándolo por el centro para que no se juegue.

En seguida comienza á hacerse el bordado sobre el canevá al mismo tiempo que sobre la seda; pero teniendo cuidado de no coger los hilos del canevá, á fin de que terminado el bordado, puedan estos cortarse por las estrechidades y sacarse sin lastimar el raso, para lo que es indispensable que el cañamazo sea fuerte y no muy fino. Como que los hilos han servido como de alma para el bordado, este queda con cierto realce á manera de aterciopelado, y el fondo de raso no sufre detrimento ni da á conocer el artificio con que se ha hecho esta clase de bordado, que proporciona los mas vistosos cuadros.—I. G.

NO HACER NADA.

SUELE decirse comunmente que lo que hace una persona lo hará otra si se empeña en ello; y los secuaces de esta opinion se fundan en que las fuerzas físicas y las facultades morales son susceptibles de tal aumento, de tal dilatacion por decirlo así, que cualquiera puede, generalmente hablando, desarrollarlas con el trabajo, la aplicacion y la constancia, en términos de alcanzar adonde cualquiera hubiera llegado. Una señorita á quien esponia esta máxima el otro dia, me escuchaba atentamente, y despues de un momento de reflexion, „Yo concederé, me contestó, que á pesar de la enorme diferencia que hay entre mis fuerzas y la de los atletas del Norte, tal vez habria conseguido con muchos años de ejercicios gimnásticos, disponer y fortificar mis miembros de tal modo, que me hallase tan capaz de vencer á un hombre en la lucha, como hoy me encuentro inútil para menear una silla sin grande esfuerzo. También concederé, continuaba, que si desde la infancia se me hubiese dedicado á los ramos de que se componen los conocimientos humanos, quizá se habria eternizado mi nombre como el de Mada-

ma Staël y tantas otras; pero aunque contra esta posibilidad podia acumular razones á millares, para probar el error que encierra la opinion de vd., me reduciré únicamente á decirle, que aun cuando el conato y todo el esfuerzo de que soy capaz se dirigiesen á imitar á ciertas y ciertas de mis amiguitas, me seria imposible igualarlas.

—¿Pues qué especie de señoritas son esas, le pregunté, y qué es lo que hacen?

—¿Qué es lo que hacen? ¡Ay, es una friolera! ¿Qué es lo que hacen?... No hacer nada. ¿Y le parece á vd. que es poco dificil esto para mi genio? No hablo de chanza, porque en mi concepto es preciso no solamente un estudio serio y una larga costumbre, sino tambien una organizacion especial para no hacer nada.

—Tal es mi parecer, le interrumpí; y en efecto, veo á cierta clase de hombres holgazanes de profesion, como una especie de prodigio, como unos entes admirables en que la sabiduría del Criador ha querido hacer alarde de su omnipotencia, dándoles por carácter distintivo, la inmovilidad de cuerpo y alma, así como en contraposicion dió á la hormiga y á la abeja la laboriosidad, la actividad y la industria, y lo peor es que los hay de todas clases, estados y condiciones; pero que todos parecen destinados con especialidad para mayorazgos ó donados de convento.

—Pues entre las amiguitas de que he hablado á vd., las hay que cuentan años y mas años sin haber hecho, dicho, ni aprendido una cosa nueva. Su cuerpo come, bebe, duerme y pasea alternativamente por efecto de la costumbre, y su alma de la misma manera ve, oye y percibe las demas sensaciones de que absolutamente no puede dispensarse; pero sin que una idea excite á otra, ni haya entre ellas comparacion de que pueda resultar algun juicio. Se levantan muy tarde, (entre ocho y nueve,) algunas,

despues de haber tomado su chocolate en la cama y fumado su cigarrito, se van á conversar con la familia ó con las criadas, pero sin saber ni lo que dicen, ni lo que escuchan. Tienen á veces la costura delante ó un libro, que es lo peor todavía, como si no lo tuviesen abierto. El almuerzo primero y la comida despues, interrumpen esta sistemada inaccion, y se van á la mesa maquinalmente ó por costumbre, y despues de una vida tan sedentaria, casi siempre sin apetito: si no duermen siesta, suelen por la tarde ir á dar un paseo en coche ó asomarse al balcon. La noche está dividida, la primera parte en el tocador y tomar chocolate ó merendar, y la segunda en hacer una visita, asistir á una tertulia ó dar una vuelta, trasladándose á su casa, donde el mismo natural impulso que lleva á los topos á encerrarse en su madriguera, las conduce á cenar y á acostarse para hacer dormidas lo mismo que han hecho despiertas con muy corta diferencia.

—Con todo: no es eso lo comun, le dije, aunque parece debia serlo, porque hay todavía una cosa mas digna de notarse en los hombres y en las señoritas de esa calaña, y es que tienen por lo regular cuantiosas rentas, padres ó tios que los mantengan, apoyo y proteccion decidida, y tanta fortuna para sostenerse en esa vida pacíficamente holgazana, como desgracia, persecucion y desprecio, abandono y émulos suelen tener los hombres laboriosos, emprendedores y útiles, y las señoritas aplicadas é instruidas, estudiosas y activas. Si hay quien no me crea, apelo á la esperiencia, y que me diga despues de observar un poco, si he exagerado en lo que he dicho de esa multitud de ociosos por naturaleza, de quienes dice muy bien Quevedo:

Solo un quejacer les agrada,
Que es hacer por no hacer nada.

(*Imitacion del Estudiante.*)





San Juan en la Fuente.

JUNIO 22 DE 1841.

SAN JUAN BAUTISTA.

LA copia que publicamos hoy del original de Annibal Carachio, que se conserva en la Galeriaréal de Lóndres, es uno de aquellos cuadros y de aquellas raras y escelentes composiciones que manifiestan el poder positivo de una simple y modesta pretension, y que dá á conocer cuán débiles se anonadan delante de ella todas sus imitaciones.

San Juan está representado bajo la figura de un jóven que se aproxima al estado de la virilidad y que aun no ha dado principio á su importante mision: tiene en su mano una pequeña cruz de caña, en cuya altura se ve la divisa comun que solo forma como un simbolo accesorio, y sirve acaso para recordar que aunque Jesucristo disputaba ya entre los Doctores á la edad de doce años, no hizo brillar todo su milagroso poder predicando delante del pueblo, sino cuando cumplió treinta años. San Juan no tenia sino seis meses mas que Nuestro Señor, y por consiguiente á la edad en que lo representa Annibal Carachio, pasaba en los desiertos de la Judea, como todos sabemos, la vida solitaria y contemplativa de un ermitaño.

Este cuadro es una idea poética, trazada sobre el lienzo por Annibal, idea en la cual la musa de la pintura muestra su particular poder y su atributo de este arte original, ó que á lo menos es susceptible de originalidad: es decir, que ella se muestra bastante poderosa para pintar lo que la historia y la poesia habian representado y descrito ya, sino tambien para poner á nuestra vista tales objetos que delante de ellos sus descripciones son demasiado débiles, porque la naturaleza sola es la que puede dar su verdadera representacion.

Pocos cuadros dan ó pueden dar una idea mas esacta

que este, de todo lo que es capaz la poesía y la pintura. El Salvador mismo y las profecías anteriores habían anunciado esta divina misión bajo la metáfora de una fuente de agua viva; y por este motivo Dromundo de Awhoruden, lo mismo que Annibal, empleó esta misma idea figurada. Al describir el poeta la vida de ermitaño de S. Juan Bautista y su alimento campestre, dice que „Bebía de la agua de la fuente de la vida que salía de una roca.” Y esto es puntualmente lo que representa la pintura. Sin embargo, el que examine esta composición, debe ocuparse ménos de un arroyo que conduce sus aguas tributarias á las orillas del Jordan, que de la pureza divina y del brillo de esas verdades religiosas de que estaba poseído San Juan aun cuando todavía solo es un jóven y un nuevo profeta, en esa época de su vida en que se nos representa. Las aguas de que parece estar sediento, son las mismas con las que bautiza despues á la multitud que corre á su voz, y de las que las aguas materiales del Jordan son solo un emblema.

San Lúcas dice de San Juan Bautista que „Era el profeta del Altísimo para conducir á su pueblo en el camino de la felicidad eterna.” Y agrega hablando de su infancia, que „Crecía y se fortificaba en sabiduría, permaneciendo en el desierto hasta aquel día en que se daría á conocer en Israel.” Nuestro ingenioso artista ha tomado su asunto de esa vida solitaria del santo, y su imaginación lo ha seguido en el desierto. Nos ha representado los rasgos de un jóven de pelo moreno y de un mirar tranquilo, recibiendo en una concha las aguas claras y puras de la vida eterna, que salían espumosas de aquella fuente de salud que borra los crímenes del mundo. Por consiguiente, ya sea que se tomen á la letra los pormenores del cuadro, ó ya que figuradamente expliquen el carácter sagra-

do de San Juan, no hay uno que no le convenga perfectamente.

Este cuadro de la Galería real de Lóndres, pertenecía á la del duque de Orleans, así como el resto de la colección de Mr. Augurstein. Su dimension es de cinco piés cinco pulgadas de alto, sobre cuatro piés una pulgada de ancho.

[Traducido de la Galería inglesa.]

DIA DE SAN JUAN.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DESDE tiempo inmemorial es este dia para los habitantes de la antigua Bética, dia de holganza y de contento general, tanto, que ya con algunas semanas de anticipacion se conoce en los rostros de los sencillos aldeanos la alegría que sienten al acercarse tan alegre fiesta. Si yo tratase ahora de describir una funcion de la alta aristocracia, no haria sino repetir lo que todos los dias hacen los nobles miembros que la componen: suntuosa y clásica comida, excelente para el hambriento parásito, y fastidiosa para la mayor parte de las demas personas á quienes ha reunido una ridícula etiqueta; diria de qué manera el prudente *hace-rimas* con sumo disimulo, desata los cordones de su pantalon y chaleco, para dar mas ensanche á su ético estómago, y engullir para la semana entera; diria en fin, que se fastidian clásicamente en este dia, como en todos los demas del año; mientras que el sencillo *destripa-terrones* disfruta de la alegría y de las diversiones que le proporciona su situacion en estas ocasiones, muy preferible á la ostentosa opulencia del magnate.— Mas por el pronto no trato de ocuparme de tan encopetados señores: las sencillas costumbres del campo, tan

apreciables, y sus vicios tan conocidos, he aquí á lo que se limitan por hoy mis pretensiones.

Graciosamente vestidos, mal adornados y bien bebidos, se dirigen en confuso tropel á las hermosas orillas del rio, montados en rocines enjaezados con sus aparejos redondos, y llevando en la grupa trasera la compañera de su vida, ó á cualquier muger: multitud de dichos graciosos se repiten por mil bocas; corren todos, todos gritan, todos rien; chiullan las mugeres, atropéllanse los unos, caen los otros, y todo es alegría, contento y felicidad.

Llegados al rio y á sus hermosas huertas, se dividen, comen, beben, bailan sin parar hasta el dia siguiente por la mañana, en que cansados de reir, de beber, y de bailar, vuelven á ocuparse en sus faenas diarias: los muchachos suspiran al acordarse que les falta un año entero para llegar á otro dia como este; los viejos se alegran, y los hombres lo sienten.

Los diversos cuadros que presenta esta fiesta, divierten y llaman la atencion del hombre observador. Colocado en el camino real, todo lo vé, todo lo domina: á la derecha Jaen, en la falda de un cerro peñascoso donde apenas se distinguen sus edificios por la multitud de árboles frutales y olivos de las fecundas huertas que riega el Argañel, al frente de las sierras nebulosas que dividen esta provincia de la Málaga; y á la izquierda y en la altura de una de estas sierras, la villa y castillo de la Guardia.— Dirigiendo la vista mas terrestrememente, es decir, mas por lo bajo, se encuentra con la multitud de cuadros que presenta la escena del dia; llegan á su oido las tremendas carcajadas de un vinoso mancebo que celebra á su modo el chocarrero chiste de un compadre; mas allá ve un grupo de mozuelos, que con sus vestidos, que apenas les cubren la pantorrilla, bailan saltando y brincando: á es-

te otro lado una merendona, donde se ostentan con suma profusion, multitud de botas de vino de á media arroba, y poquisimo que yantar: mas allá una pendencia; aquí una grita; acullá, entre aquellos olivos, una pareja amorosa; y en fin, en el camino real un continuo pasar y reparar, y correr, y gritar de esta multitud loca y entretenida.

Si el rio Argánel fuera como el de Sevilla, podriamos decir con el célebre y fecundisimo poeta español Lope de Vega.

.....

 ¡Qué es ver en el claro rio
 Tantas barcas enramadas,
 De toldos entapizadas
 Formar un bosque sombrío:
 Y en ellas alegremente
 Bailar todos muy contentos
 Al son de los instrumentos
 Que acompañan la corriente!
 ¡Qué es ver á tanto maten
 Muy erguido y puesto al olío.
 Con sombrero de á folio
 Ostentando el espadon:
 Con retorcido bigote
 Y como inspirando arambro

Mirar por cima del hombro
 Asomándose al capote!
 Ir derramando pendencia,
 Y hacerse lugar, diciendo:
 —¡Ápártense! ¡no están viendo
 Que aquí va la omnipotencia!
 ¡Qué es ver á tanta guardaña
 De clase y de trato vil,
 Buscar mas que un alguacil
 En donde encajar la uña!
 ¡Qué es ver á tanta gitana
 Decir la buena ventura,
 Y hacer pontífice á un cura
 Que apenas tiene sotana!

.....

Extasiado estaba yo gozando en la felicidad ajena; pensaba que esta gente que tan dulce, tan alegre y sencillamente se divertía, debía ser enteramente feliz; ¡cuán engañado estaba! Creía que aunque naturalmente miserables y esclavos de sus señores, en este día debían desechar toda idea de miseria y de esclavitud, y disfrutar de una libertad sin límites, esplayarse, gozar en fin, sin buscarse disgustos entre sí mismos: ¡mas mis buenos deseos eran vanos! A la caída de la tarde, la mayor parte de las botas estaban vacías, de los alegres chistés y graciosísimas ponderaciones andaluzas, pasóse á las groseras, indecentes é insultantes palabras; de aquí á las enormes y mortíferas navajas de Albacete, y en fin, á luto y sangre, y á dar que hacer á

los alcaldes de monterilla del vecino pueblo de la Guardia.

Si no hubiese sido testigo de lo que dejo escrito, nunca lo hubiera creído, pero al mismo tiempo que veo los graves inconvenientes que tienen estas reuniones populares, y que estoy convencido de que es necesario un milagro patente del cielo para que unos hombres que llevan en su cuerpo mas de media arroba de vino fuerte y espirituoso, se estén quietos y graves, así creo que pudieran evitarse muchos de estos desórdenes, si los mismos que forman el ramo ó departamento del poder, no se embriagasen y pusiesen como una uva.

Despues de haber presenciado una de las muchas catástrofes que tan comunes son por desgracia en las reuniones populares españolas, hacia estas tristes reflexiones, cuando llamaron mi atencion los agudos chillidos de unas mugeres. Acudí al instante, pero llegué tarde; el golpe terrible estaba ya dado!... Ví á un hombre revolcándose en su sangre; su matador al querer huir, cayó en el suelo porque la cabeza le pesaba mil veces mas que el resto de su cuerpo; en fin, le faltó el equilibrio, cayó.—Llamóse inmediatamente al alcalde; mas fué de todo punto imposible hacerle levantar de encima de una estera donde le habia postrado el licor de Baco, y donde juraba, perjuraba y apostrofaba á todos los que acudian á despertarle para que despachase los negocios de su cargo, dando al diablo la alcaldía, y la vara, y....*tool!*...

Poco despues cayó la noche, y como distaba una legua de mi casa aquel centro de tan alegres escenas, me retiré lo mas pronto posible, temeroso de que en el camino y desconociéndome en la oscuridad de la noche, me moliese los huesos á palos algun medio borracho, pues los que lo estaban enteramente, dormian en las orillas del rio.—J. AUGUSTO DE OCHOA. (*El Artista.*)

ROMANCE.

EL RAMO DE LA MAÑANA DE SAN JUAN.

LA mañana de San Juan,
 Cuando á los alegres campos
 A cogger verbena y flores
 Salen los enamorados;
 Entónces, cuando el Lucero
 Del alba sale bailando,
 Delante la descada
 Aurora mayor del año;
 Toma á bien que en tu ventana
 Te ponga, Zagala, el ramo,
 Ramo que en el Val de Otca
 Mis niñeces cultivaron.
 Tómalo á bien, mi señora;
 Recíbelo de buen grado,
 La vista pon en sus hojas,
 Y á la sembra de él sentaos.
 Primicia de mis amores,
 De tu gran belleza lauro,
 Regocijo de tu calle,
 De tu mirador ornato.
 Si te parece va pobre
 De flores y hermosos lazos,
 Arrímale á tu hermosura,
 Y será el mas adornado.
 Tómelo él, como yo lo hiciera,
 Los claveles de tus labios,
 La azucena de tu frente,
 Los jazmines de tus manos.

Entre sus hojas reciba
 El roció nacarado
 De tu aliento, y la fragancia
 De tu pecho soberano,
 Que yo, Zagala, le juro,
 Que él será rey de los Ramos,
 A quien salva harán rendidos
 Ruiseñores soberanos,
 Los que por mí mal te adoran
 Con placer irán mirando;
 Y las que no te compiten
 Lo verán con sobresalto.
 Y yo, Zagala, á su dicha,
 Esta letra iré cantando;
 Que por si no la escucharas
 Te la pase al pie del Ramo.
 ¡Qué florido estais!
 ¡Qué dicha tenéis,
 Ramito de flores
 De mi dulce bien!
 Decid á la Rosa
 De tan feliz Ramo;
 Es solo la hermosa
 Ventura que yo amo,
 Y el dulce reclamo
 Del niño Amor es
 Ramito de flores
 De mi dulce bien.

POESIAS DE D. JOSE IGLESIAS

ENTE nosotros tiene tambien sus particularidades distintas el alegre dia de San Juan: los baños, el vestido y armamento de los niños y las guerras de los muchachos.

Antes de rayar la aurora de la mañana de San Juan, los baños públicos aparecen con un aséo, limpieza y esmerado adorno de que carecen en el resto del año. Aguas aromatizadas, arcos de tules, festones de flores, ramilletes y guirnaldas de rosas adornan las puertas, los patios y los baños mismos, que diligentemente servidos, esperan á la multitud de ambos sexos que viene á disminuir la efervescencia calorosa de la estacion, en medio de las frescas aguas, segura de encontrar jabones de olor, sacates ó estropajos finos y pintados, jicaras muy limpias, y ademas, peras de San Juan, capulines y otras frutas, sin tener que pagar otro estipendio que el acostumbrado.

Al medio día los portales y el frente del átrio de la Catedral, presenta el aspecto de un almacén ó maestranza de armas, en que se encuentran de todas clases, desde los cañones y morteros de artillería, hasta los pequeños estoques de marina, así como gorros, morriones, fornituras, vestidos y divisas militares de todas clases, precios y tamaños, y por último, un excesivo número de caballos de todas razas, colores y condiciones. Este vasto almacén, proporciona á las diversas fortunas la habilitación completa del vestuario y armamento militar de los niños á mas ó menos precio; porque aunque hay de esta clase de efectos de todo lujo, la mayor parte lo son de papel, de cartón, de caña ó de cuero. Sin embargo, hay pocos padres y madres que no sacrifiquen algunos medios al imperio de la costumbre, y el caballo de caña, y la espada y el morrion, aunque dedicados esclusivamente á los niños, no dejan de ser usurpados por las niñas, que desde esa tierna edad desean aparecer con la virilidad de las Amazonas.

Por la tarde en muchos de los barrios de la capital, reunidos en grupos los muchachos de la ínfima clase con los arreos militares que han podido proporcionarse, no contentos con pasearse por las calles pavoneándose con ellos, procuran imitar mas á lo vivo los ejercicios de la profesion del soldado: forman bandos ó partidos, que en lo antiguo se denominaban de Moros y Cristianos, despues de Españoles y Franceses, luego de Insurgentes y Chaquetas, y sucesivamente de Independientes y Realistas, de Federalistas y Centralistas. Los simulacros de sus campañas no producirian mayor inconveniente si solo se limitasen al uso de sus armas de carrizo; pero muy pronto degeneran estos juegos infantiles, y usando de la piedra ambos partidos, termina la campaña con dos ó tres descalabrados, una ó dos piernas rotas, y muchos contusos.

La policia toma á veces sus precauciones, pero nadie puede tomarlas mas adecuadas que las madres de familias y las amas de casa, no solo evitando en sus hijos y dependientes un desorden tan perjudicial, sino procurando disminuir esa especie de espíritu militar, que cada año procura infundirse insensiblemente en la tierna niñez. — I. G.

CIENCIAS.—ECONOMIA DOMÉSTICA.

LA economía es la que mantiene la paz, el orden y el decoro en las familias, la que ocurre á todo lo que en ellas se necesita, y la que valiéndose de los innumerables recursos que encuentra en sí misma, hace frente á los gastos extraordinarios é imprevistos. En todas partes es indispensable su práctica; los estados, las corporaciones, los grandes, los ricos, los de corta fortuna, todos necesitan de su auxilio, y tanto mas, cuanto mayores son los gastos. No hay renta, por pequeña que sea, que no baste si se distribuye con la oportunidad que la economía sugiere, asi como no hay caudal que no se gaste, y con increíble prontitud, cuando aquella no influye en su inversion.

Se entiende por economía el equilibrio de los gastos con los productos; por mejor decir, la oportuna distribucion de los medios de existencia económica, señalando á cada objeto la parte de la cantidad total estrictamente necesaria. Esta distribucion varia de un modo indefinido, segun el mayor ó menor número de individuos de que la familia se compone, el pais que habita, la posicion que ocupa en la sociedad, los tiempos y el precio mayor ó menor de los objetos. Por esta razon no es posible presentar una norma estrictamente general para arreglar los gastos de las familias ó sea la distribucion de sus medios de existencia, que es la operacion en que, como se ha dicho, estriba la economía.

Pero la imposibilidad de comprender todas las cosas, no quita ni se opone á que se establezcan ciertos principios de inefable verdad para que sirvan de norma en el punto importante de arreglar y dirigir los gastos de una familia. Asi es que, convencidos de la ventaja de descender en este punto hasta á los mas minimos pormenores, hemos formado una distribucion de medios dividida en tres diferentes clases, con arreglo á las tres residencias que pueden tener las familias, á saber: primera, en el campo, esto es, en haciendas, aldeas, ranchos y toda especie de casas aisladas; segunda, en poblaciones cortas; y tercera, en poblaciones de orden superior, ciudades ó capitales.

Ademas, se establece que los objetos de esta distribucion sean cinco, á saber: primero el de alimentarse; segundo el de alojarse y amueblarse; tercero el de vestirse; cuarto el de gastos varios (esto es, gastos de sociedad, educacion de los hijos, enfermedades, casos imprevistos &c.), y quinto el de ahorros ó fondos de reserva. Con estas dos bases se

puede ya pasar á fijar la distribución, y consultando lo que pasa cada día entre nosotros, se verá que los cinco objetos expresados deben ser atendidos en los casos espuestos próximamente, del modo que se expresa á continuación.

CASOS.	Gastos de alimentos.	Gastos de alquileres y muebles.	Gastos de vestires.	Gastos varios.	Ahorros ó fondos de reserva.
Primero.	5	1	1	2	6
	15	15	15	15	15
Segundo.	5	1	1	1½	3½
	12	12	12	12	12
Tercero.	4	1	1	2	1
	9	9	9	9	9

De la aplicación de la base que esta tabla contiene, á las diversas fortunas de la clase media, que es la que principalmente necesita de economía, resultan las tablas siguientes: las cuales á pesar de estar fundadas en las razones espuestas, no deben tampoco ser seguidas con una estricta escrupulosidad, porque cada familia tiene circunstancias que le son peculiares.

Tabla primera, propia para una familia que se halla en el primero de los cuatro casos expresados, esto es, que reside en el campo, en un cortijo, masía, aldea ó casa aislada, viviendo en gran parte de las producciones de la misma hacienda.

RENTA.	Gasto de alimentos.	Gasto de alquileres y muebles.	Gasto de vestires.	Gastos varios.	Ahorros ó fondos de reserva.
200	79	14	14	27	66
300	100	20	20	40	120
400	132	28	28	54	148
500	166	33 4	33 4	67	200
600	200	40	40	80	240
800	264	56	56	108	296
1,000	332	67	67	134	400
1,500	498	100 4	100 4	201	600

Se considera que una familia adopta este modo de vivir, ó por pura necesidad, ó con el fin de observar una gran economía.

Acerca del primer caso nada hay que decir, y en cuanto al segundo, se notará en la antecedente tabla, que el gasto de alimentarse no es muy grande, porque se cuenta con las producciones de la hacienda, en especial de aquellas que no podrán beneficiarse: que el gasto de alojarse y mueblaje y el de vestirse, son ínfimos, porque en una casa de campo no hay motivo de gastar en estos objetos: que el de gastos varios es moderado, por igual razón á la anterior, y que la cantidad destinada al fondo de reserva es proporcionalmente muy fuerte, porque el objeto principal de una familia que se reduce á este modo de vivir, es ahorrar todo lo posible, ó para desempeñarse, ó para tener medios lo sucesivo para un objeto determinado.

Tabla segunda, propia para una familia que reside en un pueblo, aprovechándose de su baratura.

RENDA.	Gasto de alimentarse.	Gasto de alojarse y mueblarse.	Gasto de vestirse.	Gastos varios.	Ahorros ó fondos de reserva.
300	125	25	25	37 4	87 4
400	166	34	34	50	116
500	208	42	42	63	145
600	250	50	50	75	175
700	291	59	59	87 4	203 4
800	332	68	68	100	232
900	374	76	76	113	261
1,000	416	84	84	126	290

Tabla tercera, propia para una familia que reside en una ciudad grande ó en la capital.

RENDA.	Gasto de alimentarse.	Gastos de alojarse y mueblarse.	Gastos de vestirse.	Gastos varios.	Ahorros ó fondos de reserva.
400	180	44	44	88	44
500	225	55	55	110	55
600	270	66	66	132	66
700	310	78	78	156	78
800	360	88	88	176	88
1,000	450	110	110	220	110
1,200	540	132	132	264	132
1,500	675	165	165	330	165

Solo la precision ó la esperanza fundada de mayor fortuna debe inducir á las familias á adoptar la residencia á que se refiere esta ta-

bla. Las poblaciones de primer orden, y sobre todo, las capitales, exigen muchos medios, y el vivir en ellas no retribuye á medida de lo que se gasta. La distribucion que antecede es sobremanera económica, á pesar de que todos los artículos han sido aumentados á expensas, como siempre, del fondo de reserva que queda reducido á una expresion muy pequeña. Esta actitud es peligrosísima; un descuido, una contrariedad, un contratiempo puede ocasionar un desnivel extraordinario. Además, exige grandes sacrificios, y una economía muy estricta. Las familias que puedan, harán muy bien de cambiar esta actitud por la del caso anterior, que en realidad es la mas agradable y conveniente.

De los cinco artículos que comprenden las tablas que anteceden, el primero y de mas importancia es el relativo á alimentarse, y por esta razon se empezará por él el exámen de los gastos que debe hacer una familia. El alimento es en casi todas las poblaciones, el artículo que está mas proporcionalmente barato, siempre que no se aspire á hacer uso en las comidas de objetos esquisitos, tempranos ó raros. Por lo demas, los alimentos de primera necesidad se hallan por lo comun á precios muy cómodos en casi todas las poblaciones, porque deben estar al alcance de las facultades de los mas pobres, y porque se componen de los objetos de mas abundancia y baratura.

En efecto, el gasto de alimentarse puede sufrir economía hasta cierto punto, suprimiendo lo superfluo, lo esquisito, lo temprano y lo escaso; pero en llegando á cierto límite no puede pasar de allí, y todas las combinaciones son inútiles.

Las circunstancias que principalmente debe tener el alimento son las siguientes: frugal, sano, barato, limpio y bien sazonado. Las dos primeras contribuyen notablemente á la salud; la tercera favorece la economía, y las dos últimas lisongeán sin esceso nuestros sentidos, y son propias de la actual civilizacion.

Sigue al gasto de alimentarse, el de alojarse y mueblarse, que es caro en las poblaciones de orden superior, regular en las de orden mediano, baratísimo en las de orden inferior, y nulo en el campo. En este artículo puede la economía tener mucha influencia, y presentar grandes resultados con medianas proporciones.

En primer lugar, un alojamiento varía mucho de precio, con solo la diferencia de estar en el centro ó en los extremos, en calles pasageras ó de poco tránsito, en el primer piso ó principal, ó en el bajo, segundo

y aun tercero. La economía se aprovecha de todas estas variedades, y hace preferir, á pesar de algunos inconvenientes, lo que tiene mas cuenta.

Otro tanto puede decirse de los muebles. No es la multitud, sino la suficiencia la que debe buscarse en ellos; no la riqueza, sino la comodidad; no la magnificencia, sino la oportunidad y buen gusto. Déjese la ostentacion para los establecimientos públicos, y de los grandes señores.

El gasto de alojarse y mueblarse puede tambien sufrir disminuciones hasta cierto punto; pero, como todos los demas, tiene un limite, del cual es imposible que se pase. Las circunstancias principales de un alojamiento deben ser: capacidad, claridad, buena distribucion, ventilacion, limpieza, y regular escalera. Las de los muebles deberán ser: cantidad suficiente, forma cómoda y de buen gusto, y estado de uso decente.

Sigue despues del artículo *alojarse y mueblarse* el de *vestirse*, que como los demas, tiene su particular índole, y es susceptible de varias combinaciones. Se procura esponer en este lugar las máximas mas ventajosas sobre este punto, para que las familias, guiadas por la economía, obtengan en él, el partido que les sea posible.

El gasto de vestirse es cuantioso en las grandes poblaciones, menor en las medianas, de corto momento en las de órden inferior, y aun menos importante en el campo. Sin embargo, los jóvenes y el bello sexo tienen tendencia particular á gastar en este objeto, y es del caso que los gefes de las familias procuren disminuir esta inclinacion en cuanto sea posible y razonable.

En punto á vestirse, el buen órden de una familia proscribela exageracion, la estravagancia, el lujo, la superabundancia de objetos, y los excesos en el importe de sus géneros ó hechuras; exige que solo se haga fuera de casa por sastres y modistas lo que no se pueda hacer dentro de ella, y admite la limpieza en todas las edades, la elegancia siempre que no choqa ni es inoportuna, y aun la moda cuando sin tener pretensiones de seguirla, se conforman los individuos de una familia con los preceptos generales que aquella introduce.

Sea que se viva en una poblacion de primer órden, sea que la residencia se fije en una de mediano, ó de órden inferior, y aun en el campo, siempre es necesario tener trages diversos para que sirvan los unos diariamente, y los otros solamente en ciertas ocasiones. Este método es excelente; pero se debe tener gran cuidado en no incurrir en

los defectos que esta práctica trae consigo muchas veces, que con el fin de prevenir todos los casos, se tiene un guarda-ropa tan excesivo como inútil.

Las circunstancias de lo relativo á vestirse pueden considerarse reducidas á lo siguiente: limpieza, naturalidad, conformidad con el uso, calidad regular en los géneros, buen gusto en los colores, economía en sus hechuras, y ninguna superabundancia de trages ni de adornos.

El cuarto objeto que contienen las tablas presentadas al principio de este artículo, es el que se denomina en los mismos *gastos varios*, porque realmente se compone de artículos que exigen continuos y repetidos gastos, y que por lo tanto deben ser tomados en consideracion por las familias. El socorro, que es justo dar á los pobres en general, y en particular á nuestros parientes, amigos y criados si lo necesitan, lo que cuesta la educacion de nuestros hijos y la conservacion de la salud, el importe de los viages, aunque poco frecuentes, que puedan ocurrir, y los dispendios que originan las funciones públicas, los pasatiempos de sociedad, y las partidas de campo, á que muchas veces es del caso ocurrir por complacencia, son en gran parte los gastos varios que se comprenden bajo de esta denominacion. A ellos pueden agregarse otros muchos originados de la misma posicion de las familias, y que no se trata de enumerar por no ser necesario.

De estos gastos hay algunos que son absolutamente precisos, y otros que se pueden muy bien suprimir, si las circunstancias lo exigen. Una familia encontrará en la práctica constante de una economía bien entendida, los medios de no esponerse á hacer algunos de estos gastos que con frecuencia es del caso precaver de antemano, pues cuando llega el momento critico, es por lo regular imposible evitarlos. La prudente economía calcula de antemano los dispendios que ocasionan ciertas concurrencias, ciertas intimidads, ciertas compañías, y aun cierta posicion en la sociedad; y sin dejarse alucinar por tantas ilusiones como se hallan á cada paso en el comercio de las gentes, fija principios oportunos hasta en lo mas trivial de la conducta que se debe observar, para no verse obligada á gastos incómodos, y que pueden ocasionar el trastorno de una familia.

El socorro á los pobres, y sobre todo á los parientes, amigos y criados cuando verdaderamente lo necesitan, es un gasto de absoluta necesidad y justicia. En este particular se debe hacer todo lo posible, porque no hay cosa mas acepta á Dios que *hacer bien á sus semejantes*.

Lo que importa la educacion de los hijos, es otro gasto indispensable, y que con el tiempo dará muy buenos rendimientos. Pero debemos tener particular cuidado en no proceder con orgullo, con lujo ni con preocupacion en este punto. La educacion de los hijos debe ser correspondiente á la posicion en que se hallan sus padres, y análoga á la que con el tiempo tendrán los mismos interesados. Rara vez es conveniente adelantar, y por lo comun es mas oportuno seguir un camino trillado.

Por otra parte, muchos artículos de la educacion que necesitan los hijos, pueden ser desempeñados por los mismos padres. ¿Qué inconveniente hay en que estos los enseñen á leer, á contar, á medir, los elementos del dibujo, los de la religion, segun los catecismos aprobados, y sobre todo, los medios de dirigir desde su tierna edad los impulsos de su corazon hácia los deberes del hombre *amar á Dios, y al prójimo como á sí mismo?* De este modo muchas cantidades que en el día se invierten en la educacion poco cuidada de los hijos, podrian invertirse en otros objetos, sin descuidar este, que tal vez seria mejor desempeñado por este método.

Las circunstancias particulares que deben concurrir á determinar los *gastos varios* deben ser, ó la necesidad de hacerlos, ó las ventajas seguras de verificarlos. Todo lo que no parta de estas bases, debe por regla general evitarse, por ser contrario al buen órden de una familia.

Los ahorros que de continuo se han recomendado al tratar de los objetos que motivan los gastos de una familia, tienen por objeto proporcionar los necesarios para formar lo que se denomina comunmente el *fondo de reserva*. Este fondo para ocurrir á los gastos imprevistos, y á los verdaderamente indispensables, como son las enfermedades graves y la colocacion de los hijos, debe formarse con el residuo que dejen los gastos diarios que acabamos de calcular. No importa tanto que el ahorro sea crecido, como que sea constante y seguro. Una pequeña cantidad destinada constantemente por muchos años, produce al fin un capital considerable, cuya importancia es mucho mayor que los sacrificios y privaciones que ha costado reunirlo. El fondo de reserva es el que saca á una familia de apuros, el que la evita de contraer deuda, el que la liberta de deshacerse de objetos de utilidad á menos precio; en una palabra, el que ocurre á sus necesidades, y las redime de la humillacion de pedir prestado, y muchas veces de la total ruina. Si se considerase bien lo mucho que importa un fondo de reserva, y la utilidad que su existencia proporciona, asi como

CUADRILLAS DEL CONDESTABLE

Arregladas para Forte-Piano por J. ANTONIO GOMEZ.

Nº1.

The first piece, N°1, is written in 2/4 time and D major. It consists of six systems of two staves each. The first system features a treble staff with a melody of eighth and sixteenth notes and a bass staff with a simple accompaniment. The second system continues the melody with some sixteenth-note passages. The third system shows a more complex texture with sixteenth-note runs in the treble. The fourth system has a similar texture to the third. The fifth system features a more active bass line with eighth-note accompaniment. The sixth system concludes the piece with a final cadence in the treble and a simple bass accompaniment.

Nº2.

The second piece, N°2, is written in 2/4 time and D major. It consists of three systems of two staves each. The first system has a treble staff with a melody of eighth notes and a bass staff with a simple accompaniment. The second system features a more complex texture with sixteenth-note runs in the treble. The third system concludes the piece with a final cadence in the treble and a simple bass accompaniment.



N^o 3.

First system of musical notation for No. 3. It consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 6/8. The music features a complex, rhythmic melody in the treble staff and a more rhythmic accompaniment in the bass staff.

Second system of musical notation for No. 3. It continues the two-staff format from the first system. The treble staff contains dense, sixteenth-note passages, while the bass staff provides a steady accompaniment.

N^o 4.

First system of musical notation for No. 4. It consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 6/8. The music features a complex, rhythmic melody in the treble staff and a more rhythmic accompaniment in the bass staff.

Second system of musical notation for No. 4. It continues the two-staff format from the first system. The treble staff contains dense, sixteenth-note passages, while the bass staff provides a steady accompaniment.

First system of musical notation for No. 5. It consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 6/8. The music features a complex, rhythmic melody in the treble staff and a more rhythmic accompaniment in the bass staff.

First system of musical notation for the Final section. It consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 6/8. The music features a complex, rhythmic melody in the treble staff and a more rhythmic accompaniment in the bass staff.

Second system of musical notation for the Final section. It continues the two-staff format from the first system. The treble staff contains dense, sixteenth-note passages, while the bass staff provides a steady accompaniment.

MUSICA.

¿QUIEN NO conoce los encantadores efectos de este admirable arte? ¿Quién no los ha experimentado alguna vez al menos, en su vida, al escuchar el redoble de un tambor, el sonido de un clarín, ó la armonía de una música militar? ¿Quién no ha sentido latir su corazón y conmoverse sus entrañas al percibir las vibraciones magestuosas del órgano que resuena bajo las altas bóvedas de una catedral, y las voces puras y melifluas de los niños de coro á las que responde la voz grave y profunda de los sorchantres? ¿Y quién, por último, no se ha visto impulsado de un religioso respeto y de un santo recogimiento?

Hay ciertamente á mas de esas sensaciones involuntarias é instintivas, tan delicadas como sabias, una distancia muy considerable de las concepciones armónicas que deleitan á un compositor, á los éstasis musicales de un Mozart ó de un Bethoven; pero en fin, ese sentimiento que todos tenemos, ya jóvenes, ya ancianos, es el fundamento mismo de la música, del canto, y de la ejecución instrumental.

Por consiguiente, la música es el sonido arreglado segun ciertas leyes, y sacado de los instrumentos creados por nuestra industria, que obra poderosamente sobre nuestros sentidos. La música es el único arte que responde á las sensaciones del oído: las de la vista por el contrario, pueden reproducirse por medio de la pintura, la escultura, la arquitectura y otras artes secundarias.

La utilidad de la pintura, escultura y arquitectura, es evidente: todos saben de cuanto nos sirve, y nadie ignora el empleo que se hace de ellas todos los dias, para satisfacer nuestras necesidades y nuestros placeres; pero la música no parece hecha para satisfacer necesidad alguna,

sino que está destinada exclusivamente para divertirnos. Es verdad que últimamente se han hecho algunos ensayos para darle aplicaciones útiles, y Mr. Sudre ha inventado hacer de la música un lenguaje universal y un medio de comunicación fácil y rápido, entre todas las naciones indistintamente; pero estas aplicaciones de la música, ni son bastante seguras, ni tan estensas que puedan mirarse como definitivas, ó capaces de cambiar la naturaleza misma del arte musical. Hasta el presente, la música no ha sido ni es sino un objeto de pura diversion.

La música debe ciertamente hacer parte de la educación completa de una señorita, tanto para promover el desarrollo del genio músico de las personas en quienes se encuentra, como para asegurar aun á las inteligencias mas vulgares, todos los progresos que son capaces de adquirir naturalmente. La música es la educación del oído y de la oreja, así como la pintura y la escultura, lo son de la vista y del ojo. El buen sentido público ha llegado á comprender esta necesidad hace algunos años en México, y ha comenzado á introducir y á estender en las niñas tanto como la enseñanza primaria, los elementos del dibujo y los del solfeo.

Pero si en nuestros dias la música está reducida á ser un arte de pura diversion, no ha sido así en otras épocas. En la antigua Grecia la música se miraba como uno de los ramos esenciales de la educación, no solo porque toda persona instruida é ilustrada la poseía á fondo, sino porque sabia tambien conocer las influencias morales que ejerce la música sobre la organización humana. Hoy cada individuo hace de la música lo que quiere, escoje el instrumento que le conviene y las armonías que desea preferir. En la ópera el compositor le da el tono que quiere influirle su inspiración independiente; los músi-

cos ejecutan en el modo que indica la particion: todo en la música es espontáneo y perfectamente libre. En las repúblicas griegas el senado y el gobierno eran los que determinaban los modos en la música, los que fijaban el número de las cuerdas de la lira. ¡Infeliz de aquel músico que intentase infringir sus reglamentos!

Si queremos hallar la diferencia, la encontraremos reflexionando que la música tenia otra especie de influencia sobre la fina y delicada organizacion de los griegos, que la que ejerce sobre las fibras mas duras y menos sensibles de los modernos. Entre aquellos estaba prohibido tal modo en la música; porque podia hacer menos enérgicos los corazones; y tal otro se prevenia espresamente, porque inclinaba á la virtud, á la actividad, ó á la constancia. Nosotros ni aun podemos hoy concebir esos efectos de la música, ni esas inquietas precauciones de los legisladores; y acaso nos reimos de ellas, porque no las comprendemos. Sin embargo, si la música no posee en nuestros tiempos esa importancia moral, nos proporciona al menos el placer mas delicioso y la diversion mas honesta.

Por otra parte, la música es el único arte cuyo cultivo nos aproxima mas suavemente á la sociedad. Para realizar un sublime pensamiento, el pintor, el escultor ó el grabador, tienen necesidad de aislarse ó de estar solos; el músico por el contrario, necesita del auxilio y del concurso de otras personas. La música es pues el arte civilizador por excelencia, el que mejor endulza el genio, modera y liga las pasiones, ejerciendo la accion mas infalible sobre la sociabilidad de las poblaciones. La sencilla comparacion de los paises donde la música forma una parte de la educacion popular con los que apenas la cultivan, es una prueba mas que suficiente de su utilidad y

ventajas. Cualquiera que haya visto las poblaciones de la mayor parte de la Alemania, admirará desde luego aquellos gozes tan puros y tan dulces que en medio de la honestidad y de la calma disfruta el pueblo alemán después de los trabajos del día, en cultivar la música por las noches. Las mugeres dedicadas á las penosas tareas de la aguja y del manejo de la casa, tanto en las ciudades como en el campo, necesitan de alguna amena diversion, y cuando carecen de dinero ó de las demás circunstancias que se requieren para procurárselas, no encuentran otro objeto de diversion que el que les ofrece un rato de conversacion sedentaria, siendo muy felices cuando esta invencible necesidad de distraerse y divertirse, que está en el mismo fondo de la naturaleza humana, no las conduce á olvidar en los vicios las fatigas del día. La música es un placer y una diversion honesta que está al alcance de todos, que no cuesta cosa mayor, que no exige mucho tiempo para adquirirla, y que es tan satisfactoria que aun las clases mas opulentas no pueden en medio de sus riquezas, procurarse otra mas elevada ni mas conveniente. Esta sola consideracion seria bastante para que los padres de familia procurasen á sus hijas la enseñanza de la música, pues que si algunos instrumentos tienen un precio tan escesivo, que está fuera del alcance de las personas no bien acomodadas, hay otros de tan corto valor, que cualquiera puede adquirirlos fácilmente, y al menos el canto casi no exige gasto alguno.

Es verdad que para adquirir un conocimiento sublime en la música y en el canto, ó mas claro, para que una señorita llegue á ser profesora, requiere otros cuidados, otra dedicacion y otra enseñanza, que yo me guardaria muy bien de recomendar con generalidad á todas mis paisanas; pero entre dedicarse esclusivamente á la música

y tener las nociones elementales de este arte encantador, hay una diferencia tan grande, que nadie dejará de percibirla fácilmente. Por otra parte, el estado de la civilización de nuestro país exige ya como indispensable en cualquiera señorita medianamente educada los conocimientos elementales de la música. Entre tanto que podemos dar algunas lecciones sobre este precioso arte, hemos publicado algunas composiciones que nos han remitido los profesores mexicanos y algunas de nuestras suscriptoras, y acompañamos á este número unas cuadrillas compuestas por el acreditado profesor D. José Antonio Gomez, dedicadas á las Señoritas mexicanas.—I. G.

HIGIENA PÚBLICA.—BAÑOS.

LOS altivos emperadores romanos para conservar su popularidad entre aquellos republicanos esclavos, hacían construir magníficas casas de baños, y SS. MM. Imperiales concurrían á ellos, y la Magestad imperial se bañaba con el pueblo bajo un mismo techo. Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, Severo, Aureliano, y Diocleciano, todos estos emperadores fueron aficionados á los baños públicos. Mas de *ochocientos* edificios destinados á este objeto existían entónces en los diferentes cuarteles de Roma. Una especie de campana anunciaba su apertura. El precio era tan bajo que podía pagarlo el hombre mas pobre de la plebe, y debía ser así, porque el pobre tiene mas necesidad de lavarse, mas necesidad del baño que el rico. En las grandes solemnidades, los baños públicos eran *gratis* y en las grandes calamidades se cerraban al propio tiempo que los espectáculos públicos. Así la muerte de un emperador costaba muchos sudores al pueblo que no podía bañarse.

En un principio todo era decoro y honestidad en las casas de los baños de Roma. Los dos sexos estaban rigurosamente separados, y seria castigado severamente el que violase esta separacion. Los niños tenían baño aparte hasta cierta edad; pero el lujo convirtió á Roma en una sentina de vicios. Remediaron estos males por algun tiempo, los emperadores Adriano, Marco Aurelio y Alejandro Severo.

Los baños siguieron la estrella de la civilizacion. Son indudablemente uno de los síntomas visibles de la cultura de un pueblo. La irrupcion de los bárbaros acabó con los baños. Aparece Carlo-Magno y hace construir en Aquisgran uno, en el que solia bañarse con todo su ejército. Desde entónces el progreso de los pueblos fué inseparable del progreso de los baños, fenómeno singular que no ha llamado, como debia, la atencion de los sábios. Recientemente hemos observado, que los pueblos mas agitados, mas turbulentos, mas revolucionarios son los que mas uso hacen de los baños. Asi el baño no es solamente un medio higiénico, sino tambien político. El agua desempeña un papel importante en las revoluciones modernas. Con las bombas de apagar los incendios se sosegó un tumulto en Paris.

En todas las capitales del mundo hay baños públicos, y en muchos baños *gratis* para los pobres. Baños tienen los caballos en la escuela de veterinaria de Berlin, y baño de piedra con todas las comodidades, hemos visto construir en Madrid en el Buen Retiro para el uso de la elefanta, del camello y del dromedario.

El baño es una necesidad de primer orden en nuestro pais, es una necesidad higiénica, es una necesidad vital.

Los médicos varían tantas veces de opinion con respecto á los baños, cuantas variaron de sistema médico. Mucho tiempo sostuvieron que el baño templado era de-

bilitante. Despues se probó hasta la evidencia, que fortifica y da tono, siempre que la temperatura del agua no esceda á la del cuerpo.

Es indudable y probada la virtud tónica y corroborante del baño frio, pero el baño frio, en la mar, ya no es un medio higiánico, sino terapéutico. Es una medicina; y tomar medicina sin consulta de médico es arriesgar la salud y la vida. El baño frio en los climas cálidos es un remedio heróico.

A nadie conviene menos en estado de salud el baño frio que á las damas, y á los rostros hermosos, porque el baño frio endurece la piel, circunstancia que puede hacerlo nocivo, porque suspende la traspiracion insensible. Un baño frio puede causar la muerte á la jóven que lo tome, hallándose indispuesta. Al contrario, el baño templado, conserva la hermosura, y sosteniendo la traspiracion insensible, conserva la frescura de la tez. Pero ni aun templado debe usarse el baño sin consultarlo, cuando existe alguna indisposicion anterior, cuando se nota postracion de fuerzas, cuando se ha sudado mucho, y aun cuando affige algun pesar.

Aconsejamos á nuestras lectoras, á las que se hallen en este caso, que destierren enteramente el uso del aguardiente en el baño. Es anti-cosmético, es perjudicial á la hermosura del cútis, y debe ser así naturalmente. En lugar de un liquido espirituoso, que irritando la piel la afea, deben usarse de una cosa muy sencilla; pasta de almendras dulces disuelta en el agua; la cantidad necesaria para dar á esta la apariencia de la leche. El uso del aguardiente y de la cascarilla adelanta diez años la vejez. Toda cascarilla es un compuesto de cal, ya proceda de la cáscara del huevo, ya de la del caracol, y aunque solamente se use para lavarse con ella, perjudica notablemente á la frescura de la piel por un resto de propiedad cáus-

tica que conserva. El mejor cosmético del mundo es el baño templado, y si se quiere, la pasta de almendras dulces, ligeramente aromatizada. El aire es el enemigo mortal de un hermoso cutis, y si éste está húmedo, los estragos de aquel son mayores. Nuestras lectoras, pues, cuidarán mucho de secarse bien á la salida del baño ántes de esponerse al contacto del aire atmosférico. Las mugeres orientales, conociendo sin duda este riesgo, y apreciando como un tesoro la hermosura de sus carnes, la frescura de su cutis, ántes de entrar en el baño, se hacen untar todo el cuerpo de bálsamos, y aceites olorosos. De esta manera consiguen positivamente dos objetos esenciales; dar á la piel mayor elasticidad y morbidez, y preservarla del contacto del aire atmosférico durante su permanencia en el baño.

En tiempo de calor estamos rodeados de mil agentes destructores, que conspiran contra nuestra existencia. Al propio tiempo que el calor ejerce su accion estimulante, poderosa, sobre nuestra piel, y por consiguiente sobre el tubo digestivo, el aire se vicia con la alteracion de las sustancias animales y vegetales, con el paso de las aguas inmundas al estado aeriforme, con tantas causas de infeccion y de insalubridad. Parece imposible, parece un milagro que el hombre viva en medio de tantos elementos de enfermedad y de muerte. Y el hombre vive, porque ademas de ser eminentemente cosmopolita, lucha con la naturaleza, y la vence. ¿Y cuál es el neutralizante de los efectos del calor sobre la economia? El baño, el baño templado. La naturaleza misma pide imperiosamente el baño cuando los tegidos han perdido su tonicidad á consecuencia del estímulo permanente del calor. Así pues, el baño en nuestro pais no es solamente un medio higiénico, es una necesidad imperiosa.

[Noticioso de la Habana del 8 del pasado.]





JUNIO 29 DE 1841.

FISONOMIA.

EL conocimiento perfecto del aspecto particular del rostro de una persona, que resulta de la varia conviccion de sus facciones, y que puede llamarse la mimica de los sentimientos del corazon humano, forma con la Cranioscopia un sistema completo de Fisiologia intelectual y moral.

Al crear esta ciencia, por decirlo así, Lavater, no tuvo la loca presuncion de querer penetrar, auxiliado de ella, los pensamientos que nacen en el alma, ni precisar todos los cambios de sentimiento que pueden sufrir: su objeto fué solo enseñar á comprender con una rápida ojeada el conjunto de los signos mas notables que ofrece cada individuo, y determinar en general la clase de su humor, el fondo de su carácter, el grado de aptitud y madurez de su temperamento, y las actitudes, la colocacion y los rasgos observados en su fisonomia.

Lavater miraba como un axioma incuestionable, que cada movimiento del alma en el hombre y cada acto de su inteligencia, se retrata por algun rasgo de su rostro, el que viene á ser por lo mismo un cuadro animado del que pasa en su corazon ó en su alma, y que esa variedad de espresiones, por las que se manifiestan aun las mas secretas agitaciones de su ser, tiene una relacion constante con la riqueza de sus pensamientos y afecciones, dirigiendo la flexible elasticidad de las fibras, de los músculos, de los vasos y de los nervios, que constituyen la parte muelle de su rostro y cuyo juego está ligado á las leyes generales de la vida y á las modificaciones mas fugitivas así de la sensibilidad como del entendimiento.

Cuando un gusano roedor se ha introducido en una fruta, se nota bien pronto en su exterior la señal de sus estragos: lo mismo sucede con el vicio y las pasiones; por ocultas y escondidas que estén, no tardan en manifestarse por la fisonomía. El hipócrita, empeñado en disimular, no logra sin embargo, hacer menos horrible su rostro; en vano se esfuerza el crimen por darse el aire ingenuo de la inocencia; el descontento jamás se espresa como la resignación, en una palabra, cada pasión se nos ofrece con un carácter tal, que es imposible desconocerla.

Es verdad que un instante de reflexión, por lo común basta para detener ó cambiar los movimientos del rostro, pero la voluntad no tiene imperio alguno sobre el color encendido que denota la vergüenza, la cólera, el orgullo ó el júbilo, ni sobre la palidez que acompaña al temor, al horror ó á la tristeza. El pasagero colorido del semblante depende de un movimiento de sangre producido á pesar nuestro por el sistema nervioso, órgano de nuestros sentimientos interiores. Los grandes pintores y los hábiles estatuarios han conocido bien esta verdad y han descrito perfectamente las varias actitudes y los diversos movimientos mas ó menos involuntarios de la cabeza, de los ojos, de las cejas, de las pupilas, de los labios, de la boca y de los músculos del rostro, que acompañan á las pasiones vivas y á los sentimientos profundos, como el furor, la cólera, la envidia, los celos, la malicia, la burla, el desprecio, el espanto, el horror, la tristeza, el júbilo, la afecion y el amor.

Recorriendo los principales rasgos que las pasiones presentan á nuestra observación, pueden dividirse las pasiones en cuatro clases. Las pasiones del espíritu, las convulsivas, las opresivas, y las expansivas; pero antes de entrar en estas divisiones examinaremos los principales sig-

nos fisonómicos, darémos á nuestras amables suscriptoras algunas reglas generales sobre su significacion.

La cabeza es el sitio del alma, el de los órganos de los sentidos y el centro de nuestras facultades. Muy gruesa y carnuda, anuncia una inteligencia pesada y grosera; muy pequeña ó mal formada, es un indicio de debilidad y necesidad. En una justa proporcion con el cuerpo contribuye tanto á su belleza como á la perfeccion de los preciosos órganos que contiene. Las principales distinciones establecidas en esta parte del cuerpo, son: el rostro ó la cara, el perfil, las partes laterales, la coronilla de la cabeza, el colodrillo ó hueso occipital, la nuca &c. Con la cabeza llamamos, despedimos, aprobamos, desaprobamos, saludamos, alentamos, desafiamos &c.

El rostro ó la cara. Es preciso examinar desde luego las proporciones respectivas de sus diversas partes y si es ovalada ó redonda; porque todo lo que choca en este primer exámen es un signo negativo. En un hermoso rostro su ancho escede en cerca de un tercio á su largo, y semejante conformacion promete siempre tanta nobleza de alma como finura de espíritu; muy larga ó poco redonda hace temer cierta especie de carácter sórdido y sentimientos morales poco elevados. Establecidas estas nociones generales, deben reconocerse las tres partes esenciales de que se compone. La primera, baja desde los cabellos hasta las cejas, é indica mas especialmente el fondo del carácter ó el talante del espíritu. La segunda se estiende desde las cejas hasta la parte baja de la nariz, y tiene mas relacion con nuestro humor y con la bondad de nuestras facultades morales; comprende la nariz, los ojos &c. La tercera se compone del resto de la cara. Mientras mayor armonia haya en estas tres partes, debe esperarse mas inteligencia y regularidad en la conducta de la persona que la disfrute.

El perfil ó la seccion media, considerado en su conjunto, pinta mejor que el rostro el carácter; sobre todo en las organizaciones muy fuertes ó muy débiles, y se presta ménos al disimulo: en general ofrece rasgos pronunciados mas vigorosamente, líneas mas precisas, mas puras, y cuya significacion por consiguiente, es mas fácil de comprender. Los fisonomistas dividen el perfil en nueve secciones. Primera: la estremidad de la cabeza. Segunda: la frente. Tercera: el intervalo desde las cejas hasta el nacimiento de la nariz. Cuarta: la nariz. Quinta: el labio superior. Sesta: la boca ó la línea de union de los dos labios. Séptima: el labio inferior. Octava: lo alto; y Novena, lo bajo de la barba. Cada una de estas partes tiene su significacion, y mientras mas contrastan entre sí, mas se complica y se hace mas difícil de descifrar el carácter de una persona. Un hermoso perfil es siempre una garantia segura de cierta delicadeza de alma y de inocencia de costumbres.

Los cabellos indican sobre todo, la constitucion física y el temperamento, y anuncian mas especialmente las generalidades y particularidades de carácter; rechazan todo disimulo, y debe notarse en ellos su largo, su forma redonda ó achatada, su color y sus demas cualidades; si son lisos ó encrespados, duros ó blandos, finos ó ásperos, &c. Cuando son largos, son el signo, generalmente hablando, de un carácter afeminado, sobre todo, si son lisos; cuando son ásperos, negros y crespos, suponen menos de irritabilidad que de un carácter salvaje; si son chatos y lisos, implican siempre con una debilidad decidida las facultades intelectuales; los cabellos rojos caracterizan al hombre de muy bueno ó muy malvado.

La frente, se nombra con razon la puerta del alma, el asiento del pensamiento y el templo del pudor. Consi-

derada en su parte huesosa, es la medida de nuestras facultades intelectuales, y particularmente del talante del espíritu. El vello que la cubre, su tez, su tension ó relajacion, y sus pliegues, hacen conocer mas especialmente tanto las pasiones actuales como las habitudes adquiridas. Vista de perfil es prominente, perpendicular ó inclinada hácia atras. En el primer caso, sobre todo, si es estrecha ó poco alargada, anuncia generalmente un espíritu débil y limitado. En el segundo caso, particularmente si ofrece la forma de un 7 perpendicular, se puede contar sobre un gran fondo de juicio y de vivacidad en quien la tiene; pero tambien con un corazon de pura nieve. En el último caso indica imaginacion y delicadeza, si se quiere; pero poco juicio, y su fogosidad está muy deprimida. Las mismas formas de la frente indican en general en los individuos que las tienen, mucha analogía con su modo de ver y de pensar.

Las cejas, consideradas como signos fisonómicos, están colocadas en segunda clase y los ojos en la primera; despues vienen la frente, la boca, la nariz, la cabeza entera, el cuello, las manos, las espaldas, los piés y las diversas actitudes del cuerpo; sin embargo Lebrum en su Tratado de las Pasiones reclama el primer lugar para las cejas. Sea como quiera, sus movimientos son siempre de una espresion sin límite en la vehemencia de las pasiones; su elevacion marca principalmente las pasiones feroces y crueles, así como su inclinacion á los ojos, las pasiones astutas y sombrías. Por lo demas unas cejas muy espesas indican una persona que desprecia todo, siendo ella misma despreciable, y á quien solo se pudiera consultar para ejercer una venganza ó gozar del bárbaro placer de destrozarse un corazon sensible é inocente.

Los ojos, los antiguos filósofos decian que eran el es-

pejo del alma: en efecto, ellos espresan las pasiones mas vivas y las emociones mas tumultuosas, así como los movimientos mas dulces y los sentimientos mas delicados. Los ojos negros tienen mas fuerza y espresion, los azules mas fineza y dulzura, sin escluir la energia: estos últimos son por lo comun mas afectuosos. Los morenos anuncian siempre un espíritu fuerte y vigoroso. Las personas finas y astutas acostumbran á veces tener un ojo, y aun en otras, los dos medio cerrados; este es un signo por otra parte de debilidad, porque rara vez se une la astucia con la energia y el valor. En fin, los ojos sirven tambien de conducto de salida á esos torrentes de lágrimas que en las grandes afecciones se escapan del corazon y se deslizan á veces con tanta amargura, aunque tambien en otras con cierto deleite.

La boca, tanto en silencio como en accion, es á la vez el intérprete del corazon y del alma, y es el mas universal y mas movible de las órganos fisonómicos. Es preciso tratar de comprender bien el juego variado de sus diversas partes, y no dejarse prevenir contra una persona que ya hable ó ya calle, tanto cuando escucha, como cuando refiere; así al preguntar como al responder, y bien ría ó bien llore, conserva siempre una boca llena de gracia y de ingenuidad; pero por el contrario, es preciso huir sin pérdida de momento de una boca entre-abierta que deja percibir un diente cáustico dispuesto siempre á morder. La boca es tambien el asiento de la risa y de la sonrisa, y el órgano de la palabra y de la voz. En el primer caso es preciso distinguir la risa sencilla, natural é inocente que estalla al aspecto de alguna ligera extravagancia ó en medio de una conversacion jocosa, de aquella risa forzada y afectada, que descubre al hombre pérfido y malvado, así como tambien de una sonrisa bur-

lona ó de aquella ironía que anuncia el menosprecio, ó de sardónica que es el efecto del aborrecimiento. En el segundo caso es preciso espiar las palabras con respecto á la pronunciacion de su acento, de su cadencia, de su significacion, y del modo con que están colocadas en la esposicion ó giro del discurso; todas estas circunstancias harán conocer si el espíritu es justo ó falso, seco ó brillante, agradable ó áspero, jugueton ó serio, &c. Es inútil advertir el imperio de una hermosa boca que dice cosas hermosas. En fin, para no omitir nada de importante, diremos: que la boca es tambien el órgano principal del disimulo y de los gestos, y he sabido que sirve al médico para establecer sus pronósticos.

La nariz, segun los antiguos, es la parte mas honesta del rostro, figura mas especialmente en las espresiones del desden y de la ironía. Una persona puede ser fea y tener hermosos ojos; pero una hermosa nariz es una cosa muy rara, que supone siempre una feliz analogía en las otras facciones del rostro, y denota comunmente mucha fijeza de carácter; da constantemente á la fisonomía cierto aire de nobleza y de grandeza notable. Hay pocos pensadores profundos que no tengan algunas rayas ó pliegues en el nacimiento de la nariz.

Las mejillas ó carrillos son en cierto modo el fondo del cuadro y la superficie sobre la que se dibujan los otros rasgos de la fisonomía: participan mucho ordinariamente en la risa y en la sonrisa, en la tristeza y en ciertas afecciones desarregladas. La privacion de goces las disecan; los sufrimientos y el temor las abundan; la rudeza y la tontería las marcan con surcos groseros; y el cultivo del espíritu las ocupa con pliegues ligeros y gratas ondulaciones.

La barba por su forma proporciona al fisonomista, indicios bastante exactos. En el perfil, ó retrocede ó se

encuentra en línea recta con la boca, ó finalmente, avanza respecto de ella. En el primer caso siempre anuncia algo de débil ó imperfecto; en el segundo, debe inspirar cierta desconfianza, sobre todo, si tiene un hoyuelo de una hermosa forma, en cuyo caso, así como los hoyuelos de las mejillas, da una nueva gracia al rostro. En el tercer caso, es siempre la señal de un espíritu activo y delicado, á menos que su elevacion hácia fuera no sea excesiva, ó que forme lo que se llama una barba de gancho ó de chancleta, que es constantemente un signo de pusilanimidad ó de avaricia.

Todos estos detalles manifiestan cuanto puede servirnos el estudio de los rasgos de la fisonomía, y esplican aquel dicho de una muger célebre, que hablando de una persona decia: «Es bastante osado este bribon cuando se atreve á mirarme á la cara sin prevenirme.»

Designados ya los principales signos fisonómicos del rostro, podemos ya examinar el modo con que lo diferencian las pasiones, segun las distinciones que indicamos antes.

Pasiones del espíritu. Las facultades del espíritu toman en ciertos individuos toda la actividad, la energia y el desarrollo de las pasiones del alma, las que se manifiestan en este caso por una especie de tension y contraccion que sufren todas las fibras del cuerpo, principalmente las del cerebro. La atencion, (representada en la figura primera de la adjunta litografía, la meditacion, el recogimiento, la imaginacion, la inspiracion poética, y todas las otras afecciones, tales como la curiosidad, denotada en la figura segunda) el asombro, la sorpresa y la admiracion, son las mas propias para producir este efecto.

En el número siguiente, terminaremos estos elementos de fisonomía, poniendo en otra lámina la expresion de las demas pasiones.—I. G.

A LAS MADRES.

SIEMPRE que los hombres en cualquiera de sus sistemas violan las leyes de la naturaleza, les hace ésta sentir su venganza, castigando á los transgresores de las reglas que ha establecido para el gobierno de sus criaturas. Vénese diariamente ejemplos de esto mismo, mas no por esto se abstienen los hombres de cometer errores que con toda probabilidad deben tener por resultado un género ú otro de ruina. Vemos ancianos que se han hecho durante su vida un hábito de la intemperancia, reducidos á un estado de parálisis; vemos los errores de una generacion castigados con la debilidad de la inmediata; la salud destruida por una adhesion demasiado estricta á las frivolidades de la moda respecto del vestir; las consecuencias mas lastimosas de imprudentes conexiones; niños desgraciados por el mal manejo de sus padres, y los efectos de una educacion mal dirigida: estos y otros mil errores igualmente reprehensibles son conocidos y censurados por todos; sin embargo, pocos dejan de incurrir en ellos. La imitacion momentánea de inclinaciones groseras, ó un estúpido deseo de obrar de conformidad con alguna convencion absurda, destierran al pronto toda prevision de las consecuencias de una conducta que en lo succesivo trae consigo misma un castigo duradero y las mas veces terrible.

No es mi intencion entrar en largas disertaciones para impugnar errores de esta clase; me limitaré solo á combatir la perniciosa práctica en que están muchos padres de escluir á sus hijos del círculo doméstico en los primeros años de su vida, para empezar, dicen, á cultivar sus facultades físicas é intelectuales. La separacion de los recién nacidos del pecho maternal es motivada las mas ve-

ces por imposibilidad de atender á los deberes de la lactancia, en cuyo caso merece disculpa sin duda alguna. La naturaleza, sin embargo, ha impuesto á toda madre este dulce deber, y solo en el caso de infringirse las leyes orgánicas debe negarse al cumplimiento de su objeto. No es un principio inconcuso que el niño adquiera mas ó menos robustez por recibir su nutrición del pecho materno; pero lo que sí es indudable es, que esta circunstancia es absolutamente esencial para producir en la madre sentimientos de afección y simpatía duradera hácia su hijo: ¿puede haber un objeto mas interesante al alcance de nuestras observaciones diarias, que una madre estrechando á su tierno niño sobre su pecho? ¿Con qué deleite observa sus inocentes esfuerzos! ¿Con qué placer le prodiga las mas dulces caricias! El único objeto de su cuidadosa solicitud es libertarle de todo peligro y dirigir los primeros pasos de su vida con aquella intensidad de cariño que solo una madre en igual caso puede experimentar. ¿Qué podrá superar el amor maternal! Las madres, sin embargo, que no han conocido los placeres, las esperanzas y los temores que acompañan al cumplimiento de esta obligación, pueden rara vez amar á sus hijos con aquel ardiente afecto que se siente y no puede explicarse. No es el mero hecho de la maternidad, sino la multitud de recuerdos deliciosos que se asocian con la época de las necesidades infantiles, la que forma la base de un cariño que dura tanto como la vida. Del mismo modo que las madres que no crían á sus hijos no pueden sentir hácia ellos un amor tan vivo como aquel que la naturaleza quiso experimentasen, así los hijos que no han sido objeto de la ternura de sus madres en los primeros años de su vida, carecen de respeto y amor filial hácia el ser á quien deben la existencia. Es evidente que en casos semejantes se

comete una violacion de los deberes morales y sociales, cuyas consecuencias se tocan tarde ó temprano. Mirando, pues, este asunto bajo el punto de vista mas favorable, se nota desde luego la existencia de un mal siempre deplorable, y que deberia evitarse por cuantos medios están al alcance de la posibilidad.

Si se consideran las responsabilidades anexas á la calidad de madre, parece extraño que haya entre ellas algunas, que bajo los mas especiosos pretextos confien el cuidado de sus hijos á manos mercenarias; pero las exigencias de la moda son aun mas fuertes que las prescripciones del deber. Muchas madres hay en el círculo llamado del gran tono que no podrán decir con verdad han prestado jamás á sus hijos una sola hora de atencion esclusiva: abandonan el cuidado de su primera infancia á personas extrañas, los ponen bajo la tutela de criados escogidos de entre la clase mas soez, enviándolos por último á terminar en un colegio distante del techo paterno, una educacion comenzada bajo tan funestos auspicios. De aqui se originan un sinnúmero de resultados fatales, no solo al cariño que debe existir entre padres é hijos, sino tambien al bienestar de la sociedad en general. La naturaleza ultrajada no deja nunca de efectuar su venganza. Los indolentes padres recogen en breve una colmada cosecha de amargos frutos: desobediencia, falta de respeto, mala conducta, y adquisicion de hábitos viciosos en sus hijos, son algunas de las recompensas sobre que pueden contar.

La mayor parte de los hombres notables por su saber ó virtudes, han declarado deberlo todo á sus madres. Ellas fueron las que primero inculcaron en sus corazones los principios de virtud; las que los guiaron y convirtieron en sus juveniles años; las que amenizaron la aridez de sus estudios, estimulándoles á perseverar en ellos

á fin de que alcanzasen con el tiempo los honores y recompensas debidas al talento y á la buena conducta. ¡Felices aquellos que en medio de las vicisitudes y alternativas de la vida, pueden recordar con placer y dulce emoción, la época en que sus primeros pasos fueron guiados y su entendimiento dirigido por una madre amorosa! ¡Desdichados los que se ven privados de esta satisfacción! Probablemente habrán tenido que luchar con mil obstáculos, y soportar varios contratiempos, de los cuales solo la mano de una afectuosa madre pudo haberlos libertado.

Sentada la base de que á los cuidados maternos debe en gran parte atribuirse la felicidad y acierto en la vida de los hijos, es de la mayor importancia concederles oportunamente estos preciosos cuidados. Cuando la madre no pueda alimentarlos por sí misma, debe al menos recompensar este mal á fuerza de solicitudes de otra especie. Nadie puede mejor que ella proporcionarles la instrucción moral formando su corazón; para esto, y á fin de velar cuidadosa á la menor circunstancia relativa al desarrollo de sus tiernas facultades, deberá necesariamente sacrificar gran parte de sus placeres é inclinaciones, pero lo hará por cumplir el más solemne de los deberes «la formación del carácter de un ser racional,” y este es un cargo que no puede mirar con indiferencia; para desempeñarlo dignamente ha de comenzar adquiriendo el cariño ilimitado y el respeto de su hijo; conseguido esto, todo lo demás es fácil. Una de las primeras máximas que debe procurar inspirarle es el aseo y buenos modales; no reñirle con exceso ó asustarle, pero mucho menos manifestar parcialidad ó indulgencia mal entendida. Deberá ser con él dulce, pero firme, acostumbándole á mostrarse reconocido á las atenciones y caricias de que sea objeto. Al paso que á algunos niños se

les estimula ó ser atrevidos y aun insolentes, otros por el descuido ó indolencia de sus padres se hacen totalmente uraños é intratables, particularmente en presencia de personas á quienes no conocen. Ambos extremos son igualmente reprehensibles, y deben evitarse con cuidado. Acostumbrar á un niño á contar con seguridad sobre las promesas que se le hacen, cumpliéndolas con exactitud, es de la mayor importancia. Si algo se les niega, no hay que concedérselo porque lloran; si llegan á percibir que por este medio consiguen sus deseos, muy luego aprenden á hacer uso de sus armas, y viene á ser su llanto el instrumento de perpetuas exigencias. Debe, pues, acostumbrárseles á renunciar á ellas haciéndoles ver que su voluntad no es una ley.

Todo cuidado es poco para evitar que adquieran los niños manías, supersticiones y antipatías de cualquiera clase. El hombre es naturalmente inclinado á destruir, y esta propension debe ser desde luego combatida. Sin embargo, se verifica pocas veces; se les permite la perpetracion de mil crueldades con insectos y otros animales, así como el profesar odio hácia unos y cariño á otros; de donde nacen preocupaciones de las que muchas veces no pueden desimpresionarse en toda la vida. «Creo poder asegurar (dice Locke, autor de un Tratado sobre el entendimiento humano) que entre todos los hombres que vemos, de los diez, nueve son buenos ó malos, útiles ó inútiles por efecto de su educacion; esta constituye la principal diferencia en el género humano. Las pequeñas ó casi insensibles impresiones que recibimos en la infancia, son muy importantes para lo sucesivo; y así como en las fuentes y rios el menor esfuerzo tuerce la direccion del manantial que los forma, haciéndoles seguir un curso enteramente diverso del que hubieran tomado por sí solos,

puede en los primeros años la imaginación de los niños dirigirse con igual facilidad al punto que se desea."

Stewart, otro escritor filosófico, alude á este asunto del modo siguiente: «Esta ley de la naturaleza tan poderosa y de influencia tan estensa, no fué ciertamente dada al hombre en vano: mucho es el partido que puede sacarse de ella en manos de instructores hábiles y celosos que se propongan cooperar á las sábias miras de la Divina Providencia. Inmensos y positivos son los resultados que debe producir en la cultura y progresos de nuestras facultades intelectuales y morales, robusteciendo (por medio de la costumbre de pensar con rectitud) la influencia de la razón y la conciencia, que hace se amalgamen con los sentimientos mas nobles de nuestra alma, las propensiones del gusto y de la imaginación, identificándolas con las ideas placenteras del órden del universo, tan esenciales á la felicidad humana.

En las íntimas y quasi indisolubles combinaciones que formamos en la infancia, tienen su origen muchos de nuestros errores sucesivos, la mayor parte de nuestros principales motivos de acción, el pervertimiento del juicio moral, y varias de las preocupaciones que nos acompañan por el resto de nuestros días. Por medio de una educación juiciosa, esta susceptibilidad de la imaginación de los niños puede emplearse con fruto en favor de los progresos morales, y de la multiplicación de nuestros goces.

La experiencia diaria nos demuestra cuan susceptible es la imaginación de un niño de fuertes impresiones, y qué efectos tan permanentes producen en el carácter y felicidad de los individuos, las asociaciones casuales que se forman en la infancia entre las diversas ideas, sentimientos y afecciones que los ocuparon. Si consigue la influencia de la moda disfrazar la natural deformidad del

vicio, bajo la apariencia del buen tono, la jovialidad y la elegancia, ¿pondrémós en duda la posibilidad de enlazar en la infancia estas gratas impresiones con objetos verdaderamente dignos y loables?

Sin disputa, la mayor parte de las opiniones que sirven de base á nuestra conducta en la vida, no son el resultado de propias investigaciones, sino que fueron implícitamente adoptadas en la juventud sobre la autoridad de otros. Cuando un niño oye repetir un principio absurdo ó erróneo, al mismo labio que le dictó las sencillas y sublimes lecciones de moral y religion que tan bien se adaptan á su naturaleza, ¿será de estrañar que en lo sucesivo halle tanta dificultad en desimpresionarse de preocupaciones cuyas raices se han enlazado con los principios esenciales de su constitucion?

De aquí se deduce cuan necesario es prevenir en los niños la adquisicion de manias y opiniones erróneas, combatiendo su inclinacion á todo aquello que puede ser perjudicial á su progreso moral é intelectual. Sobre todo, debe procurarse con esmero desterrar la innata propension al mal, é inspirarles principios de benevolencia y dulzura, al paso que se dé á su carácter la fuerza y energia necesarias. Media docena de palabras pronunciadas por un criado ignorante, pueden en un solo momento fijar en el entendimiento del niño el origen de una preocupacion que los mas repetidos esfuerzos de la madre y aun la influencia de la razon en lo sucesivo no lograrán tal vez desarraigár completamente.

[*Semanario pintoresco español, Junio de 837.*]

CORRESPONDENCIA ESTRANGERA.

LA lectura continuada de novelas y romances, degenera en peligrosa. Se parecen sus resultados al que alimen-

tindose diariamente de cosas dulces, se le estraga al fin el paladar para saborear los manjares sazonados y sustanciosos que luego se le presenten, y llega por último el desabrimiento á tal grado, que el mismo dulce que tanto gustó, le empalaga y fastidia.

Así como Dios hizo al hombre, por sus altos destinos, el mas fuerte de los dos sexos, así parece, que en compensacion de ese favor, quiso agraciarse á la muger con darle la fuerza en la lengua; y en verdad que es tal, que la potencia junta de todas las máquinas de vapor hasta ahora construidas y por construir, no iguala á la fuerza motriz de la de nuestra dulce mitad.

(Diario de la Habana del 9 del pasado.)

POESIA.—Remitido.

LA DECLARACION.

Moradora del ensueño,
(No sé yo como te nombre)
¿Quién es el hijo del hombre
Digno de llegar á tí?

J. J. PESADO.

Eres mas que el sol hermosa
Cuando asoma en el oriente;
Solo tú llenas mi mente
De encantadora ilusion.
Cuando en apacible noche
Al blando sueño me entrego,
Mi imaginacion de fuego
Vaga en remota region:
Allí te busco, te encuentro
Coronada de amapolas,
Dó besan tus pies las olas
Del embravecido mar.
Con tu hechicera mirada
Mis esperanzas reanimas,
Y pienso no desestimas
Al que te sabe apreciar.
Pero despierto y me miro
En un árido desierto,
¡El mundo parece yerto!
Tambien mi pecho lo está.
Busco con ávidos ojos
Al objeto de mi amor;
¡Vano empeño!... un cruel dolor
A destruir mi vida va.

De mi destrozado pecho
Exhalo suspiros mil,
Por la doncella gentil
Que domina sobre mí:
Entonces mi tierno llanto
Benigno el cielo escuchaba,
Y á mi mente presentaba
Su hermosa faz de aleli.
Sin tí, la vida seria
Una carga insoportable;
Vagabundo y miserable
En el mundo caminará:
Mas tú eres ángel de luz
Que embelleces mi existencia;
Eres de la Omnipotencia
Un destello que bajara.
¡Hermosa! si tú supieras
Lo que mi pecho te adora;
Que tu imagen seductora
En mi corazón está:
Tal vez tu mórbido seno
Blandamente se agitara,
Y en tu mejilla rodara
Una lágrima quizá.—A. RODRIGUEZ.





LA MEXICANA.

LA MEXICANA.

¡Oh alma mia! ¡por qué estás triste!

AL fin, vuelvo á veros, mis queridas montañas, y á pedirlos para un hijo vuestro el descanso de una tumba. Desiertos, volcanes, bosques, orgullo de nuestros campos, por qué me he separado de vosotros en busca de otro mundo mas bello?

La ciudad de donde vengo, es magnífica y soberbia con todos sus prestigios, pero ha perdido la paz, y su soplo dobla las plantas sobre sus tallos aun cuando han crecido al aire libre de nuestros bosques.

Haced sombra á mi frente, ¡oh hermosos bejucos americanos! y bajo vuestros, y bajo vuestras largas ondulaciones, comprimid los tristes edificios de mi corazón.... Pájaros de nuestras savanas, elévense sobre vuestros cantos los gritos de mi dolor....

Y tú, alma mia, vuelve hácia mi aquellas dulces miradas que revolaban bajo las flores de mi naciente porvenir: vuélveme aquellos días de paz que me has robado, ó hazme el tiempo mas corto y el aire menos sofocante. No turbes mas mis noches, ni esa corta juventud que nos promete la vida que tú vas á acortar, y guárdate de que una voz encantadora venga á despertarla al amor y al sufrimiento.

En vano el mundo, ¡oh suerte! intenta comprenderte, cuando tú misma acaso no te comprendes. Déjame siempre despreciarte: el cielo no te hizo para amarte sobre la tierra...

La amistad te ha engañado, tú misma te has engañado tambien, y el frivolo amor ha pasado como la sombra, como la brisa de la tarde...

Quando tú te levantas gozosa y confiada para dar á mi

vida un porvenir de amor, ¡cuán grande era el mundo, y cuán risueña la naturaleza que anunciaba la aurora de tan hermoso día!

Pero el cielo mas puro oculta en su seno la tempestad, y el relámpago nos sorprende cuando la creíamos mas distante, y nuestra alma no es sino el reflejo y la imágen del cielo.

Por un poco de oro habia huido de la Francia, de ese país en que el amor solo es un juego, al que sirven de base con frecuencia el deshonor, la vergüenza y el sufrimiento.

Por un poco de oro me habia dicho sé mia ¡ó jóven del desierto!.. El oro rodaba á sus piés, muy pronto mi frente se hallaba sobre su corazon, y mi mano en la suya, y aun creo que tenia la mitad de mi vida....

Cuántas veces los dos caminando sobre la playa, y al ver el buque que me mostraba con su dedo, oia de su boca estas palabras: Sí, tú irás conmigo, atravesarás este ancho rio, caro ángel de mi vida, y verás á mi hechicera pátria.

Su pátria.... A quien yo habria podido decir país de mi amigo, recíbeme en tu seno, yo soy tuyo; pero á pocos días se perdía en el espacio aquel hermoso buque conduciendo á Francia á mi amigo, y conduciéndolo sin llevarme.

Iba sin mí su hermosa flor de la rica América, como él me llamaba, sin mí, su único amor. Por qué necesito de palabras cuando su sombra mágica se divisa en mi corazon y se retrata en él diariamente....

El me enseñó á amar. ¿Y ha podido decir despues: olvidame? Que pregunte al esclavo cuando ya va á morir, si quiere romper la cadena que arrastra, y él le responderá, ya desde hoy no la sufriré mas.

¡Oh ardientes arenas de mi desierta costa, en vano investigo entre vosotras las huellas de sus pasos! Aun cuando alguna me parece la suya, solo la veo en mi corazón, mis ojos no le perciben ya!

Así como una ola del mar conduce una pluma suave, un musgo ó una espuma, y la ola que le sigue se desliza y queda tan pura que puede reflectar un cielo azul y dorado, así el ingrato amigo en su rápida mansion sobre las costas de México, arrastró tras sí mi felicidad, como el viagero que sediento turba la clara fuente á donde se acerca presuroso á saciar su sed.

(Madama Melania Waldor.)

ROGICA DE LA BUENA ESPOSA.

«**A**compañame á buscar casa para mí y para María.— Es decir, ¿qué te casas?—Si, me caso, soy ya licenciado en farmacia, tengo una profesion honrosa, y Dios no me abandonará. ¡La infeliz María ha sufrido tanto por mí!—Y sufrirá mas si antes de casarte no aseguras una colocacion.—*Contigo pan y cebolla*, y burlense las almas frias del amor desinteresado.—Está bien, pero María nació en dorada cuna; y tú no puedes proporcionarle casa de zaguan, quitrin, un túnico nuevo diario....—Se conforma, se resigna con mi suerte.—Bien, está bien.”

Este diálogo fué el prólogo de un viage que emprendí hace algun tiempo con el amable Luis, el licenciado, por las calles de la Habana. «Yo no quiero, me decia, una habitacion independiente de tres ó cuatro onzas mensuales, no, yo me contento con un cuarto, con un entresuelo de casa de vecindad, donde viva oscurecido con mi adorada María.”—Me parece, Luis, le respondí yo, que

María tiene demasiado orgullo para vivir en una como *Ciudadela*.—Te equivocas, es, sí, muy delicada, de poca salud, pero.....”

Llegábamos en esto enfrente de una casa de buena apariencia, en cuya puerta ostentaba un pequeño armatoste los tabacos de la *Vuelta de Abajo* y los cigarros de la *fábrica de Garcia*.—«¿Preguntan vdes. por el cuarto?» nos dice el tabaquero.—Si señor, le respondí yo, y sin decir mas nos condujo á un lindo cuarto de alto.—Todo me gusta, distribucion, luz, y precio, dijo Luis cuando llegábamos á la calle, pero no sirve para María.—¿Por qué?—Porque tiene la entrada por la tabaquería, y le causa histérico el olor del tabaco.—Ahora me acuerdo, otro puede convenirte.” Así dije, y conduje á Luis á una casa de la calle del Obispo. «Siendo recomendacion de vd., nos dijo su dueño, daré el cuarto en treinta pesos.”—Barato ciertamente, respondió Luis, pero si no me equivoco esta es una fonda y de las buenas.—Ya se ve que lo es.—Pues entónces el cuarto no sirve para María, en dos dias perdía el apetito con ese continuo olor de los alimentos. Un olor de *mondongo*, un olor de *ropa-vieja* la matan. En la plaza de San Francisco se anuncia un cuarto de alto para un matrimonio, dijo el fondista.—Pues vamos, Luis, á ver el *Diario* primero; número..... frente; bien, vamos.”

En efecto, en la plaza de San Francisco reconocimos un cuarto de alto con reja á la brisa, con gabinete, salita y comedor, y muy barato relativamente al punto. Agradó tanto á Luis, que tomó desde luego sus medidas para colocar la cama matrimonial, los libros, un horno de reverbero, dos hornillas pequeñas, una mesa y seis butacas. «Vamos á ver al dueño de la casa,” me dijo bajando la escalera. Al llegar al zaguan, paróse de repente, miró

en derredor, y se puso en actitud de dar mas actividad al sentido del olfato. «Muy distraido, dijo luego, subi yo esta escalera hace un momento. No habia reparado que en este zaguan habia una panadería, y que los señores son los encargados. Ahora me llegó el olor del pan, que sin duda sale del horno.»

Dijo Luis, y saludando á los de la panadería, salió con su amigo á la calle sin arreglar nada sobre el cuarto. «Amigo, lo siento, me dijo, este cuarto me convenia mucho, pero por mi mal no puede servir para María.—¿Por qué, Luis?—Porque en oliendo el pan caliente se desmaya: ¡una panadería en el zaguan, Dios me libre!»

Aunque estoy cansado, te acompañaré, Luis, le dije, á la calle del Obispo otra vez. Estos dias se han anunciado unos cuartos en el corredor de la casa del catalan D. José..... Vamos á verlos. Fuimos efectivamente, y el mayor agradó á mi amigo de tal manera, que hubiera formalizado en el acto el contrato del alquiler, si desgraciadamente se hubiese hallado allí el dueño de la casa. Digo desgraciadamente, porque al llegar al zaguan quedó sorprendido Luis con la vista de una negra frutera que á nuestra subida, un cuarto de hora antes, no habia establecido aun su tienda de plátanos, boniatos, zapotes y piñas. «Todo lo hemos perdido,” dijo mirando tristemente las cestas.—«Menos el honor,” añadió yo; ¡si á lo menos, repuso él, no vendiese piñas esta negra! —¿Por qué, Luis.—Porque María no puede sufrir el olor de la piña.—¿Conque no sirve el cuarto?—Si la negrita se fuese á otro zaguan; no, no quiero perjudicar su comercio.

Doblamos la esquina de la calle de..... cuando vió Luis en una puerta un papel que decia: *Se alquila un cuarto.* Entrar en el zaguan, taparse Luis la nariz, y dar media

vuelta sobre la derecha, fueron operaciones de un instante. «¿Qué es eso?» pregunté yo. — ¡Puff! Si María entrase en este zaguan una vez sola, se moria. El olor del tasojo es para María un veneno.

Un año justo había transcurrido desde este viage callejero sin volver á ver á Luis el licenciado, ni saber su paradero, cuando una mañana, un negrito que olia á aguardiente alcanforado, me entregó un billete concebido en estos términos: «Un amigo feliz que vive estramuros, calzada de... número 72, desea verte en su casa.» Aquella tarde dirigí mi paseo á aquel punto, y sin necesidad de preguntar vi delante de mí el designado número 72. La entrada parecia de tienda, y tenia un escalon. Al subir éste, sale de adentro tan fuerte olor de ajos podridos, asafétida, ó estiércol del demonio, que no pude menos de retroceder como el soldado á quien rechaza el enemigo en la brecha. Para disimular esta impresion con las gentes que pasaban, torné á mirar el número de la casa, cuando sale el negrito que olia á aguardiente alcanforado, y me invita á entrar. Entro, y me hallo en una botica. Bien hubiera querido taparme la nariz, pero un mancebo, blanco por supuesto, que olia á almiztle, alzó el puente levadizo del mostrador, y me invitó á entrar en el *hogar doméstico*. Eran varios los *hogares* de la primera pieza donde entré. El mancebo, al ver que miraba yo de mal ojo, y peor nariz las hornillas encendidas, me dijo: «Esta es una tisana, este el electuario de Masdeval; el álcali volátil es lo que huele; esta otra preparacion es un purgante de Le-Roi; páse vd. adelante, caballero.» Yo que tenia mas ganas que él de pasar adelante, aceleré el paso, y me hallo en un pequeño patio, recipiente general de todos los olores y gases de la botica. En el centro veo sentados en dos butacas al licenciado Luis que

vigilaba la evaporacion de una taza de ópio colocada en una hornilla, y á su esposa María que daba de mamar á un farmacéutico de dos meses. Al verme enfrente de dos amigos, y por consiguiente en libertad de repeler el olor de ajos podridos y del álcali, apreté fuertemente mi nariz con el indice y el pulgar de la derecha, saludé gangoso á la farmacopólica pareja, y besé el producto químico que mamaba. Despues de dos abrazos, durante los cuales hubo de quedar indefenso el olfato, gritó Luis: «¡Ocampio! abre esta puerta.» Dijo, y el negrito *Ocampio* abrió la puerta del patio, que no abricra ipese á mí! porque entró por ella á deshora tal tufo de sebo quemado, que produjo un terremoto en mi estómago.—«Es de nuestra fábrica de velas,” dijo Luis notando mi disgusto.—*Nuestra* has dicho; no me estraña ya que tú y María vivais en esta atmósfera, porque lo *nuestro* nunca huele mal.—Te equivocas, estamos oliendo lo que no nos pertenece; soy regente de esta botica, y director de esa fábrica, pero se gana en la regencia y en la direccion.”

«Pero ¡María, María! decia yo al despedirme, vd. que no podia sufrir el olor del tabaco.—Porque mi marido no es tabaquero.—Vd. que se desmayaba oliendo el pan al salir del horno....!—Porque Luis no tiene panadería.—Vd. que se pone á la muerte oliendo tasajo....!—Porque mi esposo no tiene almacen.—¡Y vd. sufre el olor de ajos podridos....!—Porque es boticario.—Pero María.—María, amiga mio, la novia del licenciado, tenia derechos sobre su olfato.—Ya, pero la esposa....—La esposa del boticario no debe tener narices.—*P.*

(*Noticioso y Lucero de la Habana.*)

MODAS DE FRANCIA.

A principios de Marzo dice así el Nacional de Paris. „Todavía no ha terminado el invierno, y ya se preparan las elegantes parisienses á abandonar la capital: todavía no se ven esmaltados de flores los prados, y las colinas de verdura, y ya quieren marcharse al campo; aun no perfuma el ambiente de los jardines la encarnada rosa, ni se oye en los bosques el gorgceo de los pájaros, y todos hablan ya de trasladarse á la campiña, para no ver mas que horizontes sombríos perdidos entre la niebla.

„¿Pero en qué época, amables lectoras, quieren dejar á la capital? En la estacion mejor para los caprichos de la moda, que en ninguna del año se muestra mas fresca y coqueta con su lujo de lencería, sus manteletas de gasa, sus mantillas de los mas variados y caprichosos colores. El lujo de esta estacion es el lujo por escelencia, ¡Quieren abandonar á la capital sin esperar á esa hermosa época de transicion de la moda invernal á la primavera! ¡Sin aguardar siquiera á que aparezcan esos sencillos adornos para la cabeza, esas capotitas de tanta ligereza y gracia esquisita, como originalidad y buen gusto! ¡Tratan de ir al campo sin visitar ántes las famosas tiendas sobre cuyos mostradores se ven las mas deliciosas telas llenas de los mas variados dibujos, al lado de la mas brillante sedería se espresa el mundo y terciopelos de distintos colores, á cual mas vistosos y elegantes.

No queremos terminar, amables lectoras, este artículo, sin deciros algo de la brillante tertulia dada por Madama Lam.... en la que se reunió la flor de las notabilidades artísticas y literarias de Paris. Respecto á la parte mugeril, básteos saber, que allí estuvieron la célebre autora de la *Angélica*, y del *Alma desterrada*, la que ha escrito el libro de la *infancia cristiana*, la que ha publicado una novela bajo el título de *Luisa de Francia, reina de España*, y por último, no habia en esta reunion una sola muger que no mereciera llamar la atencion por su talento y su instruccion profunda.” (El Nacional.)



12.



16.



11.



13.



10.



14.



9.



12.



JULIO 6 DE 1841.

FISONOMIA.

DAMOS á nuestras amables lectoras en el número anterior algunas indicaciones sobre esta ciencia, manifestándoles la espresion con que se demarcan en el rostro algunas pasiones del espíritu. Tanto en la lámina que entonces publicamos, como en la que acompañamos hoy, podrán hacer las aplicaciones convenientes sobre la espresion de las pasiones, y habiendo ya hablado de las del espíritu, nos resta hoy hacerlo de las del alma, que segun dijimos, se pueden dividir en pasiones convulsivas, opresivas y expansivas.

En el primer grupo, que comprende las *pasiones convulsivas*, deben colocarse el temor, el miedo, el horror (véase la figura 11), el sobresalto (figura 12), el dolor (figura 7), el ódio (figura 15), los celos (figura 16), el furor de quien son una especie de degradaciones el mal humor y la cólera (figura 13), la rabia y la desesperacion (figura 14). En todas estas pasiones los órganos están mas ó menos afectados; la agitacion es estremada y la existencia del individuo que las sufre, está demasiado comprometida.

Las *pasiones opresivas* cuyos efectos no son menos graves que los de las anteriores, tienen un aspecto muy distinto. Casi siempre la cútis pierde el color, las pulsaciones se hacen mas cortas, y la region del corazon palpita bajo el peso de una opresion sofocante y dolorosa, frecuentemente combatida por estremecimientos, palpitations y angustias. En el número de estas pasiones deben colocarse la afliccion, la tristeza (figura núm. 6), la melancolía, la resignacion, el arrepentimiento, los re-

mordimientos y todas sus modificaciones. Un deseo ardiente ó un vivo recuerdo experimentados súbitamente, elevan los pulmones y ocasionan una inspiracion viva y pronta que forma el suspiro. Si no cesan al momento ese deseo ó aquel recuerdo, los suspiros se renuevan y la respiracion se sofoca: la tristeza se apodera del alma, los ojos se humedecen y se cubren de un humor superabundante que los oscurece, y brotando el llanto se inundan en lágrimas (figura 8); las inspiraciones mas fuertes reemplazan á los suspiros, y los sollozos mezclados con los sonidos de la queja, se convierten muy pronto en gemidos espesados á veces con tanta fuerza, que terminan en gritos.

Las pasiones expansivas. En este tercer grupo deben reunirse todos los sentimientos que ocasionan á los órganos aquella especie de bienestar que dilata la existencia y que mejor puede sentirse que explicarse: tales son la esperanza, el amor, la ternura, la amistad, el enternecimiento, la piedad, la clemencia, el deseo, la devocion, el fervor, la contemplacion, el éxtasis (figura 5), el júbilo (figura 4), el reposo, y finalmente el contento (figura 3).

Uno de los efectos de esta última afeccion, es aquel sonido entrecortado que se llama risa, durante el cual el vientre se eleva y se baja precipitadamente; los ángulos de la boca se acercan á los carrillos, que se inflan ó se restiran, y se suceden las carcajadas (figura 9). Cuando la risa es inmoderada, los labios se abren mucho; mas, si se cambia en simple sonrisa, los ángulos de la boca se aproximan sin abrirse ésta, ni inflarse los carrillos; pero basta que el labio inferior se repliegue y apriete al superior, para que esta espresion de benevolencia y de satisfaccion, venga á ser entónces un signo de malignidad, de ironía y de desprecio.

Creemos que lo dicho es bastante para que nuestras amables suscriptoras pudiendo distinguir las diversas pasiones que se espresan en las fisonomías de la lámina que publicamos en el número anterior y las que acompañamos al presente, puedan servirse de estas ligeras nociones, tanto para el uso comun de la vida, como para calificar justamente acerca del mérito de la imitación que sepan adquirir por las reglas dramáticas, los actores ó actrices en una comedia ó tragedia, y el buen desempeño en la pintura de las afecciones que dominan al personaje, ó á la figura que nos presentan á la vista; pero es preciso no olvidar las reglas generales que espusimos en nuestro número anterior al examinar los principales signos fisonómicos de las diversas partes de la cabeza, que es el asiento del alma, la residencia de los órganos de los sentidos y el centro de nuestras facultades.

Pero nos resta que examinar los signos fisonómicos del cuerpo: el tronco es su parte mas considerable y en el que se ejercen las principales funciones de la vida vejetativa. De su bella conformacion depende el juego de los órganos que comprende, y por consiguiente la salud y la fuerza, una constitucion mas ó menos sólida, débil ó robusta y la facilidad y prontitud de sus movimientos. Se divide en cuello, pecho, vientre, espaldas, brazos y manos.

Del *cuello* depende principalmente la belleza del busto y la ligereza de los movimientos de la cabeza. Si se deja caer constantemente hácia atras, anuncia energia y amor propio; si hácia un lado, vanidad y jactancia. Delgado y largo, es un signo de debilidad y timidez; grueso y corto, anuncia por el contrario, la fuerza y la cólera.

El *pecho* cuando es abierto y cuadrado, es indicio seguro de gran vigor, de un pulmon voluminoso y de una brillante voz.

El *vientre* grueso y prominente, indica pereza y ociosidad. Pero, por el extremo opuesto, las personas muy flacas y de un talle demasiado delgado, son tambien por lo comun lentas y desprovistas de energía. En general, un temperamento seco, de músculos compactos y un talle bien proporcionado, prometen siempre mas elasticidad en la fibra viviente, y por consecuencia, mas vigor en el cuerpo y mas rigidez en el alma, que una constitucion sobrecargada de grasa.

Una *espalda* plana, un espinazo derecho y ligeramente flexible, son otras tantas señales de salud y de fuerza. Si por el contrario, por un efecto de la rachitis, las espaldas ó el espinazo se encuentran mal colocadas, la complexion de aquella persona debe sufrir mucho. Sin embargo, puede asegurarse que esta conformacion rachitica favorece la finura y la actividad del espíritu, disponiéndolo á cierta especie de causticidad y al amor del orden y de la exactitud.

Los brazos y las manos contribuyen mucho con la gesticulacion á la expresion de los diferentes afectos del alma. En el júbilo se agitan con movimientos rápidos y variados, mientras que en la tristeza aparecen caidos é inmóviles: se elevan hácia el cielo en los votos, en la plegaria y en la esperanza que la sigue: se abren ó se estienen para recibir, abrazar ó aproximarse los objetos deseados, y finalmente se avanzan con precipitacion, como para rechazar todo aquello que nos inspira temor, odio ú horror.

El modo de andar, la carrera, el salto, y el ponerse de rodillas, son los principales modos de accion de los pies y las piernas. Por medio de los dos primeros, una persona se aproxima ó se aleja de un lugar con mas ó menos rapidez; por el salto se lanza hácia adelante, ya pa-

ra evitar un obstáculo, ó ya para manifestar la alegría de su corazón; el arrodillarse le sirve principalmente en los actos de respeto, de veneración y de súplica y todas estas cuatro acciones hacen en muchas circunstancias un papel más importante de lo que se cree en lo general. Los movimientos graves y mesurados tienen generalmente más dignidad, conciliándose el respeto, mientras que los precipitados y tumultuosos presagian casi siempre algo de adverso, que causa espanto al alma.

Los gestos, el modo de andar, y las actitudes de una persona, siempre están en relación con el interior de ella. Naturales ó afectados, rápidos ó lentos, apasionados ó fríos, monótonos ó variados, graves ó chanceros, fáciles ó dificultosos, nobles ó groseros, orgullosos ó humildes, valientes ó tímidos, imponentes ó ridículos, desagradables ó graciosos, circunspectos ó temerarios, ellos son siempre la imagen del alma que los anima.

No hay hombre ni mujer que compelido por la fuerza de las circunstancias no tenga ciertos modales, ciertos dichos, en una palabra, ciertas hábitos buenas ó malas, que importa advertir y estudiar; ciertos gestos, actitudes, exclamaciones y expresiones favoritas que repiten constantemente en sus discursos y que revelan el estado habitual de su alma. Mientras la conversación de una persona es más rica de palabras, de expresiones y de comparaciones tomadas de diferentes ciencias, y de diversas artes, sus conocimientos son más variados y más estensos; por el contrario, la persona que se aplica más exclusivamente á una profesión especial, casi siempre repite los mismos dichos y se muestra como si estuviese siempre en su gabinete, en su taller, en su tienda, en su tocador ó su cocina; en una palabra, la miseria ó la comodidad, la profesión y el género de trabajo en que se ejercita, como

con tinta indeleble, imprimen en cada individuo manchas muy difíciles de borrar.

El vestido y el porte tienen mas relacion de lo que pudiera pensarse con la disposicion de nuestra alma. La propiedad y la negligencia, la magnificencia y la sencillez, el buen gusto y el malo, la afectacion ó la decencia, la presuncion ó el candor, la verdadera modestia y la vergüenza falsa, son otras tantas afecciones que revelan el carácter de una persona y que distinguen á la que es verdaderamente sábia, de la que procura únicamente agradar ó singularizarse. ¡Cuántas veces el color, el corte ó el adorno de un vestido son otros tantos signos no menos espresivos que los de la fisonomía, para conocer el carácter ó el génio de la persona que los usa!

Estas ligeras teorías, ó mas bien, estas rápidas indicaciones, manifiestan desde luego la vasta estension que puede darse á la ciencia ó á los conocimientos fisonómicos, y solo nos resta que advertir algunos preceptos generales indispensables para dirigirse en la práctica y poderse formar aquel golpe de vista penetrante, que comprende con rapidez los rasgos que caracterizan á cualquier individuo.

Sea cual fuere la condicion de la persona que se presente á vuestra exploracion fisonómica, mis amables lectoras, bien sea hombre público ó privado, jóven ó anciano, orador ú hombre callado, adulador ó adulado, no os dejeis imponer de las primeras impresiones. Si explorais desde luego su temperamento, este exámen os hará conocer la especie de sensibilidad y el grado de energía que posee, así como el tinte general de sus ideas. Si en seguida advertis en su rostro ó en las habitudes de su cuerpo algunos de los rasgos mas notables, conoceréis su humor y el estado habitual de su alma. Esta nueva observacion dará mas precision á la primera, y habreis dado

un paso adelante en las particularidades de su carácter. Hechos los dos anteriores reconocimientos, podeis recorrer los principales pormenores del rostro y del perfil, los gestos, el modo de andar, las actitudes, los movimientos de las estremidades, y advertir lo que hay en ellas de natural ó de fingido, de libre ó de contrario, de gracioso ó de rústico. De aquí puede dirigirse vuestra atencion sobre el metal de la voz; si es grave ó aguda, acentuada ó monótona, si su discurso es animado ó lánguido, rico ó trivial en sus espresiones; y para aseguraros mas, ver si su porte es elegante ó descuidado, y si anuncia la pretension ó la ingenuidad, la afectacion ó la sencillez franca. Cuando háyais formado de esta manera vuestro juicio y reunido con prontitud el resultado de los diversos signos fisonómicos, entónces podreis gloriaros de haber adquirido la habilidad necesaria en el arte de penetrar á los hombres, ó en la ciencia de la fisonomía.—*I. G.*

REMITIDOS.

Sres. editores del Semanario de Señoritas Mexicanas.—Veracruz, Junio 2 de 1841.—Muy apreciables señores míos: quizá la suma ignorancia que me caracteriza entre todas las mexicanas, me determina á meter mi hoz en mies ajena, proponiendo (por si vdes. tuvieren á bien publicarlo) un modo de conservar mas fácilmente en la memoria (á mi parecer) la letra dominical con que empieza cada uno de los meses del año, sin que en esto tenga ánimo (lo que probaria ingratitud ó soberbia) de ilustrar ó corregir las ideas con que nos obsequia el meloso Sr. general Micheltorena. Es como sigue.

Modo de conservar en la memoria, ó recordar con prontitud la letra dominical con que empieza cada uno de los meses del año, y hacer con acierto, y puramente

de memoria, algunas deducciones que proporciona aque-
lla clave.

Enero y Octubre entrarán con A.

Mayo está solo con la letra. B.

Tambien así Agosto tiene ya la. C.

Febrero y Marzo con Noviembre. D.

Mas tan solo Junio conoce la. E.

Setiembre y Diciembre empiezan con. . . F.

Abril y Julio, por fin, con la. G.

Soy de vdes., señores editores, cordial apreciadora:
—Una Veracruzana.

LITERATURA.

POESIA.

LA SENSACION DEL DOLOR.

¿Que es lo que siente mi pecho
Triste, místico y afligido!
¿Por qué en continuo latido
Palpita mi corazón?
¿Será el instante de muerte
Que se acerca con furor?
¿O mas bien que mi alma sufre
La sensacion del dolor?
Ha sido ilusion mi dicha
Cuando es realidad mi pena
Y casado mi alma esta llena
De una bárbara opresion.
Del dolor, no es la muerte
Ha llegado ya el momento,
Y en mi pecho solo siento
La sensacion del dolor,
Vi á una jóven bella, pura,
Llena de un poder divino,
Y su hechizo dulce y fino,
En mi su influencia ejerció.
De ilusiones inundado
Siento el peso del amor,
Cada instante me estremeco
La sensacion del dolor,
Me inflama llama insuciable,
Voy á declarar mi amor;
Pero un recuerdo de honor
Mi pena hace interminable.
Sin conocer tus virtudes
Dije que no te amaria,

Que mi honor lo afirmaria
Con su constancia y su fe.
Mas al mirar tu hermosura,
Tus virtudes y candor,
Mi alma afligida tan solo
La sensacion del dolor,
Entre el honor y el amor,
¿Qué sendero he de elegir?
Si al amor he de seguir
¿Podré faltar al honor?
¿Oh que situacion tan dura
Me destroza con furor
Aumentando á cada paso
La sensacion del dolor!
¿Oh dolor, recuerdo insano,
Desgarra mejor mi pecho,
Rompe su misero estrecho
Y súciate, infernal!
No quiero vida, no quiero,
Si he de vivir sin amor;
¿Mas mi honor me hace sufrir
La sensacion del dolor!
Sensaciones de dolor
Solo han de ser mi elemento
Y aun mi sofocado aliento
Dolor ha de respirar,
Y en mi corazón deshecho
Por el amor y el honor,
Esta inscripcion grabaré:
¿La sensacion del dolor!

México, Junio 14 de 1841.—José Marianz de Castillo.





17. Rape

ELEONORA, O UN RAPTO.

EN el centro de un tocador cubierto de las mas ricas tapicerías venecianas, una hermosa jóven, cuya fisonomía espresaba al vivo el carácter de la fuerza y la resignacion, leía una carta á la luz de dos bujias que reflectaban en el óvalo dorado de su espejo. Algunos pasos atras su camarista la examinaba con atento silencio.

La triste lectora de improviso rompe la carta que leía, y esclama: «¡Todavía una prueba mas; todavía nuevos tormentos!... Mi pobre Judit, véte á descansar. ¿Quién sabe si pronto tendré necesidad de ti para que reanimes mi valor?... No puedes preveer lo que ordenará Grimaldi, y debo aguardarlo en vela. Acaso tendrémos que dejar á Venecia.... ignoro lo que determinará el cielo.... acompaña mis súplicas. ¿Por qué siendo una hija sencilla del pueblo me hizo desposar mi madre con un noble veneciano? Este lujo me recuerda mi miseria, y lo he pagado con mi libertad.»

Habiéndose quedado sola, se hinca de rodillas y eleva sus súplicas al cielo; pero en lo mas fervoroso de su plegaria oye un ligero ruido. ¿Será Grimaldi? dice procurando borrar de sus megillas los rasgos de sus lágrimas.

No señora, responde la voz de un estrangero que se encuentra en el cuarto.

—¡Un ladron! grita Eleonora con espanto.

—¿Quién se atreveria á robar vuestros diamantes? replicó él con ironía.

—¡Miserable! yo no me encuentro sola, le dice, precipitándose hácia la puerta por donde habia salido Judit.

Un puñal brilla en las manos de este hombre, que lo tira al suelo diciéndole: «No deis voces; vuestra mejor defensa la teneis en vos misma.»

Admirada de esta accion ella se detiene. Entónces el extranjero da una vuelta por el cuarto y escudriña sus rincones, mientras Eleonora no puede comprender el objeto de su furtiva introduccion. Un carácter de nobleza brilla en su semblante, en el que estaba retratada la dureza con todo el aire de la resolucion. A la luz de la luna que iluminaba la balaustrada, la jóven percibe una escala atada al balcon, que era sin duda por la que habia subido. Casi maquinalmente pone su pié sobre el puñal, cuando el extranjero le dirige estas palabras:

«Como vos, Eleonora, yo soy de Florencia y del pueblo; no tengo rango ni distincion alguna, pero cualquiera lo encuentra si lo busca; mi nombre es nada; pero será lo que yo quiera. No os hablo, pues, sino con el título de un paisano vuestro.»

Ella no dejaba de examinarlo muy minuciosamente. «Yo creo haberos visto en otra vez» le dijo.

—Vos me habeis visto, respondió él, y en una ocasion bien memorable, hace cerca de un mes. Yo estaba, señora, en la plaza de San Márcos, cuando dos de los veinte tigres de Numidia regalados por el enviado de Tunez á la serenísima república, despues de haber destrozado al negro que los cuidaba, se escaparon de su jaula cubiertos de sangre y llenos de furor. La alerta se oyó muy pronto y se escuchó un clamor horroroso. Llenos todos de sorpresa, no cuidaban mas que de su propia salud; pero á las órdenes del Dux asombrado, la guardia esclavona, para dar muerte á aquellos terribles animales, hacia fuego sobre la multitud; medida que solo aumentaba el mal. Para preservaros á la vez de los tigres y de los esclavones, que aterrorizados usaban de sus armas sin piedad contra los niños y las mugeres, uno de mis amigos intentó sosteneros y libertaros de la muerte. Mi amigo

no os conocia; pero su celo no podia ser dudoso al oír la exclamacion del terror de una muger en idioma toscano. La carniceria no duró sino lo que la claridad de un relámpago; pero sabeis muy bien que en todo aquel espacio se corria con la sangre hasta el tobillo. Mientras que todo acribillado de las balas uno de los tigres ensangrentaba las aguas del canal para atravesarlo á nado, yo degollé con este puñal al otro sobre el cuerpo de una muger cuyo rostro devoraba la bestia feroz á vuestros pies. Entónces fué cuando me visteis, señora.

Eleonora sonriendo, señaló con el dedo el puñal, y exclamó: ¿Con qué derecho podria yo desarmar á un hombre tan valiente?

—Gracias, señora, y pueda yo siempre protejeros contra los ataques de un tigre, mucho mas temible para vos que los de Numidia.

—¿Vos estábais en la comitiva del enviado de Florencia?

—Sí señora.

—Leal florentino, vuestras palabras me dan confianza; ¿pero qué objeto os conduce á mi tocador de este modo.

—El mas triste, señora. Hace tres dias que mientras las barcas empavadas de banderolas, y cargadas de músicos, se dirigian á la ceremonia del casamiento del Dux con el Adriático; mi góndola cruzaba al lado de la vuestra. Una sonrisa llena de cortesía, que se os escapó, hizo dirigir mis ojos hácia un caballero que venia en una barca tras de la mia. Mi preocupacion á vuestra vista, sin que pueda yo designar la causa, me obligó indiscreto á dirigir algunas preguntas relativas á vos á aquel señor veneciano. El se sorprendió con mis palabras, aunque solo le hablé de vuestra belleza, de esa belleza de Florencia, pálida fantasma bajo los dedos del pintor, pero que sale viva de la mano de Dios. El caballero me despre-

ció, y su desprecio era bien excusable. Aquella tarde misma en una de las tiendas de la plaza de San Márcos, Tonini de Acuaviva, uno de los Diez de Venecia, me dijo al oido: «¿Qué loco eres en franquearte á cualquier desconocido, estando en Venecia! Al elogiar la belleza de Eleonora, te dirigias nada menos que á Grimaldi.»

—Mi marido. ¡Gran Dios!

—Sí señora. Tonini de Acuaviva, para invitarme á que estuviera sobre mí, me confió una palabra muy significativa que en su cólera se escapó al Sr. de Grimaldi. Otro todavía, gritó en un arranque de sus celos; pues bien, ¡Uno despues del otro!::—¿Y qué queria decir con esto?

—Hasta ahora, señora, no lo comprendo exactamente, y por lo pronto no hice mas que reirme de este enigma, en que no quise ver sino la amenaza de un fanfarron; pero mi calma picó á Tonini, quien se empeñó en darme á conocer el exceso de furor á que suelen librarse los celos de los venecianos. Por ejemplo, sabeis bien, señora, que el cuarto en que estamos es tan sordo como un sepulcro, y que esta doble ventana una vez cerrada, la explosion de una arma de fuego, los gritos de la desesperacion de una muger enterrada viva en él, y la violencia del imprudente que se obstinase en defenderla, no se escucharian ni aun en el jardin de esta habitacion aislada por el mar.—¿Quién puede dudarle cuando nadie sino vos, ha tenido la audacia de penetrar hasta aqui?

—Hay reductos secretos, señora, practicados en el espesor de las murallas, desconocidos á todos. Desde uno de ellos pueden oirse aun las conversaciones mas secretas, especialmente cuando con la confianza de que gemiais sola en el seno de Judit, deplorábais la suerte de aquellas almas destinadas á quedar virgenes, y que mas amaban el claustro que al mundo, viéndose inmoladas á

la pobreza de sus familias y al lujo de aquellos ricos que no buscan en las mugeres, sino magníficas esclavas.

—¿Pero quién ha podido deciros todo eso?

—El consejo de los diez lo sabe todo, señora. Un miserable á quien Grimaldi paga para que os espíe, recibe un doble salario y confía los secretos de su amo. ¡Esta es Venecia, Eleonora! El espionage se halla organizado por todas partes: tiene sus horas fijas y sus correspondencias nocturnas. En Venecia el dia tiene su máscara, y tambien se vé con ella en medio de las tinieblas. Creis tener un criado fiel en el esclavo que os guarda; pues él vende á Grimaldi vuestras palabras mas insignificantes á precio de oro; y despues á la policia.

Eleonora parecia que tenia alguna repugnancia en dar crédito á lo que el estrangero la decia; pero éste tirando con violencia de un cordon que estaba en la pared, le dijo: «Mirad, señora, si estoy bien impuesto de todo lo mas oculto de vuestra habitacion: de estos dos cordones el uno corresponde al cuarto de Judit y el otro al lugar donde se encuentra habitualmente el esclavo::::!»

Al momento se abre una puerta y se presenta un criado que pregunta á la condesa ¿qué le manda? Pero en el instante se vé sorprendido, sus brazos vueltos atras, atados fuertemente con un cordel, y cuando procura sustraerse á tal violencia, su invisible antagonista le amenaza, si intenta gritar. Fuertemente atado de este modo aquel miserable, el florentino registra los vestidos de su cautivo y saca de su bolsa un papel que desdobra y lo presenta á la condesa de Grimaldi, diciéndole: «He aquí la prueba de todo lo que he dicho: leed, y juzgareis si lo sé todo:::: Este malvado ejecutor de los celos del conde, encargado de velar vuestras lágrimas y de secundar y apoyar vuestros proyectos de evasion para

castigarlos, lleva consigo con el objeto de sustraerse á la responsabilidad de un crimen, la órden expresa de su amo para mataros; pero voy á manifestaros el otro secreto."

Entónces se dirigió hácia una mesa, cuya tabla levantó descubriendo bajo de ella la entrada de una cueva, cuyos fétidos miasmas se exhalaban muy pronto por el cuarto. El florentino pálido volvió á cerrar precipitadamente la mesa, y dijo á Eleonora:

«Podeis ya comprender, señora, que vivis en una cueva de ladrones.»

Eleonora aturdida dejó caer el papel de la mano, y él le manifestó un salvo conducto del embajador de su nacion para que obrando con la mayor prudencia, pudiese libertarla de la muerte y evitar las hostilidades que no podian menos de resultar entre su pais y la república de Venecia, si Grimaldi llevaba al cabo su infame proyecto contra una toscana. El florentino continuó:

«Entretanto, señora, el padre Cirilo, vuestro confesor, y dos benedictinos de Pádua os aguardan á la orilla del mar en mi góndola.

—Eleonora levantándose, le contestó: «¿Acaso intentais imponerme un nuevo yugo, so pretexto de libertarme del que sufro? Rodeada de riesgos, mi pureza me alienta; pero la fuga me haria culpable. ¿Sois vos, acaso, el encargado de hacer justicia en Venecia?:::

—No trato de imponeros, señora, obligacion ni fuerza alguna, al revelaros una série de ultrajes y de violencias de que vais á ser víctima; yo no he dudado de la dignidad de vuestra alma, ni pretendo en erigirme vuestro juez, sino salvaros la vida. Las circunstancias, y no yo, son las que exigen vuestra resolucion. La línea de mi conducta está ya trazada; arreglad la vuestra. Mis derechos son demasiado claros, como lo fueron los de mi bravo com-

patriota que os arrancó de las garras de un tigre. El ha desaparecido, señora, y ha sido muerto en este mismo lugar, y yo he comprendido toda la estension de aquella amenaza de Grimaldi: «Uno despues del otro.» Mi amigo que sabia os hallábais entre las garras de un demonio, y que el puñal brillaba sobre vuestra cabeza, ha intentado en vano la empresa, que su muerte dejó á mi cuidado. Su intento no era otro que advertiros vuestro inminente riesgo. El me exigió la palabra al tiempo de dirigirse á este lugar, y me comprometió solemnemente. Yo convengo en que un temerario debe perecer en esta tentativa; pues bien, señora, teneis en vuestra mano la cabeza de Grimaldi, porque á nombre de Florencia yo puedo demandar justicia á Venecia de un asesinato cometido en un florentino. Vuestra desgracia, bastante descubierta ya por vuestra tristeza, por las confesiones de Judit y por las insolentes revelaciones de un espía, es demasiado conocida á Grimaldi. Sin saberlo vos, sois la victima que debe ofrecerse al frenesí de un celoso, mientras que con vuestro carácter habiais nacido para vivir á la sombra de un claustro. Creedme, señora, vos os debéis á vos misma, y no al asesino, á quien solo consiento en dejar vivo á espensas de esta dura leccion. En Venecia entera no hay mas que vos y yo que podamos dar el ejemplo de un rapto en que nada tiene que ver el amor, nada que perder el honor, y nada que arriesgar la honestidad. A nombre de todas las mugeres, yo os reclamo deis el ejemplo de fuerza y de vigor, libertándoos de un asesino en el sagrado de un claustro, segun vuestros deseos, y libertando de una guerra á ambas naciones.”

La condesa, despues de algunos instantes de silencio, manifestó al florentino el riesgo de encontrar á Grimaldi en la travesia; pero él le contestó, enseñándole un sil-

bato ó pito de plata, que todo estaba prevenido. Al fin se resolvió, y bajando por el balcon, salvó la rampla, conducida por el florentino. Atravesó los jardines, que iluminados por los rayos de la luna, contrastaban sus sombras con las de los valientes que los aguardaban. Ningun rumor interrumpia su silenciosa marcha, sino el sonido de algunos insectos que posaban sobre las flores, ó el ale-tear del blanco cisne que elevaba su vuelo. Llegaban ya á la orilla del mar, la góndola se encontraba, aunque abandonada. Eleonora dudaba, pero el estrangero le dijo: «Y no estaba yo solo con vos en vuestro palacio, ¿por qué temer ahora? Ignoro qué accidente ha podido impedir las medidas que habia tomado; pero nada temais.»

Aun no acababa de hablar, cuando del pedestal de una estatua cercana á la ribera se lanza un hombre con un puñal en la mano. Casi al mismo tiempo otros hombres se precipitan con armas hácia aquel lugar, y en seguida parece el padre Cirilo y otros dos religiosos.

—Yo reclamo á esta muger, gritó Grimaldi.

—¿Podreis reclamarla á la Iglesia? contestó el P. Cirilo.

—¡Oh! dijo Grimaldi, un padre entre los raptos, esta es una infamia.

—No lo permita Dios, contestó el padre Cirilo, vos hicisteis un rapto al santuario, y nosotros no hacemos sino restituir á la casa del Señor, una esposa de Cristo, á quien quereis asesinar. Si ultrajo vuestros derechos, pedid justicia á Venecia.

—¡Infame asesino! gritó el desconocido, yo la demandaré tambien.

Grimaldi lleno de rábia mordía la tierra, mientras se alejaba la góndola.

La condesa Eleonora de Grimaldi veinte años despues moria en el monasterio de benedictinas de Pádua. En cuanto al jóven florentino, era ya conocido con el nombre de Maquiavelo.—[Raymundo Brucker].

(Traducido del *Kepsake francés* del año de 1838.)

EL ARTE DE COCINA.

Introduccion.

TAL vez no creerán nuestras amables lectoras que ninguna de las diversas materias con que hemos procurado amenizar este periódico, nos ha ofrecido mas dificultades que la presente. A primera vista se calificará agena de un Semanario dedicado á las Señoritas mexicanas, y mas de una de nuestras suscriptoras habrá guiñado el ojo, suponiendo en nosotros, al ver el título de este artículo, la idea degradante de hacer de una dama una cocinera, ó de ocupar entre el humo, los sartenes y las cazuelas, un tiempo que seria mas bien empleado entre las flores, las gasas y los adornos. Pedimos á nuestras ceñudas lectoras un momento de atencion, en recompensa, al menos, de la dificultad que deben suponer en nosotros, considerándonos rodeados de escollos y de embarazos al hablar del asunto. Porque en efecto, escribir de la cocina en un Semanario literario, y mezclar los preceptos de un puchero puesto al fuego, con las lecciones de moral, de ciencias y de amena literatura, y con los ejemplos del buen gusto, debe espantar á plumas mas atrevidas que las nuestras. Sin embargo, un periódico para las Señoritas mexicanas ó para las de cualquiera nacion, quedaria incompleto si por críticas tan frívolas ó por temores vanos, escluyese de sus columnas uno de los artes mas esenciales para el manejo de una casa, para el gobierno de una familia, para el placer así de los comensales diarios como de los convidados; y por último, para la economia. Hemos creido por lo mismo, que el interes inherente á las teorías del arte de cocina y á su práctica, han debido decidírnos á tratar de él en un periódico al que hemos procurado dar

todo el tono y todas las ventajas de una enciclopedia doméstica. Desde luego se nos han venido encima las mayores dificultades, pues que si hablamos de algunas aplicaciones de la química, nuestros artículos no serán fácilmente entendidos, siendo por consiguiente inútiles; pero si nos limitamos á las generalidades del arte, muy poca será la utilidad que puedan producir; si hablamos en términos muy vulgares, podría creerse que habíamos ocurrido para su redacción á Emilio, ó á alguno de nuestros fondistas; y si lo llenamos de términos técnicos, deslizándonos por la escala del pedantismo, caeríamos muy pronto en el pozo del ridículo, y lo mas sensible en vez de ocupar el Semanario un lugar en el tocador de las Señoritas, al menos entre los pomitos de olor y las pomadas, tal vez irían á parar sus hojas en envolturas de azafran ó cubriendo un tarro de manteca. La prudencia, pues, dicta en un asunto, acaso de los mas importantes que nos han ocurrido en nuestra larga carrera de periodistas semanarios del Bello Sexo, adoptar un justo medio con tino y con sagacidad. Basta ya de exordio (aunque á la verdad, el asunto lo exigia), y arrojémonos impávidos en materia tan escabrosa, apelando siempre rendidamente á la benevolencia de nuestras lectoras.

Si se consulta la etimología de la palabra, *cocina* viene del arte de cocer: pero la idea de cocer una cosa, supone una perfeccion que no tienen todavía nuestros apaches ni otros salvages que se alimentan de viandas crudas, ni mucho menos algunas naciones enteras que se llaman fructivoras, porque solo comen frutas, raices y yerbas, sin que esto sea difícil creer á muchas de nuestras lectoras, cuando sepan, si no lo saben, que en nuestra república hay poblaciones enteras de indígenas que se mantienen, no dias, sino meses enteros comiendo solo tunas. Se pue-

de, pues, mas bien definir el arte de cocina por el arte de alimentarse, y ya se ve, que considerado de este modo, ninguna de las otras artes puede disputarle la primacía, porque Adan nació en ayunas, como lo hace observar el autor de la *Fisiología del gusto*, y tuvo desde luego que ejercitar este arte.

Despues de haberse alimentado de frutas, es probable que el hombre y la muger hayan comido la carne de los animales que habian matado. Un almuerzo de carne cruda chocaria desde luego, no solo á la delicadeza de las Señoritas mexicanas, sino á la rusticidad de algunos de nuestros campiranos; sin embargo, se asegura que la carne cruda sazonzada con sal se digiere mejor y muy pronto, se hace grata al paladar. Esto es tanto mas fácil de concebir, cuanto que hace veinte años, un plato de roast-beef ó de beef-stack habria espantado y aun horrorizado á nuestros gloriosos antepasados, mientras que hoy el furor de la imitacion hace preferir un plato de carne casi cruda al estilo de la cocina inglesa, y tal vez virtiendo sangre, á nuestros antiguos caldos de sustancia, y á nuestras pechugas deshechas á la antigua española. Por lo demas, esto prueba bastante que la civilizacion se acomoda todavia á algunas de las tradiciones de la cocina primitiva, y que aun son muy estimados algunos alimentos que no han pasado por el fuego.

Las primeras viandas cocidas, lo fueron sobre carbones; en seguida se asaron sobre la llama, y tal era la cocina de los héroes de Homero. Aquiles al convidar á comer á Ulises, dividió en trozos y atravesó con dos puntas de hierro las espaldas de una oveja, las de una cabra y el lomo de un cerdo, las colocó despues sobre un brasero, que soplabá Patroclo y las saló despues. La *Odisea* nos refiere, que eran muy estimadas las entrañas de los

animales, rellenas de sangre y de manteca; por consiguiente, los budines y rellenos disfrutaban el honor de una antigüedad á que no pueden acercarse la mayor parte de nuestras instituciones ni de nuestros trages.

Despues de Homero la cocina, al par que las demas artes, adquirieron inmensos progresos entre los griegos. El refinamiento del Oriente penetró y se difundió en toda la Grecia: Cadmo, que les llevó la escritura, habia sido cocinero del rey de Sidon.

La austera república de Lacedemonia comia muy mal, y sus postres de leche sin azucar han dado una triste reputación á su cocina; pero en desquite, los banquetes atenienses eran unas festividades hermoeadas no solo por la buena carne, por el lujo y por los productos de las bellas artes, sino por los encantos de una conversacion espiritual y amena, y en que los Filósofos figuraban con honor. Por desgracia, la multitud de escritos que acreditaban la superioridad, y que describian las delicias de la cocina griega, se han perdido para nosotros. ¡Qué pérdida tan lamentable para los gastrónomos!

Los romanos vivieron pobremente durante dos siglos, y no tomaron el gusto á la mesa sino despues de haber agotado el de las conquistas. Los cocineros griegos formaron la educacion de la cocina de Roma; pero poco á poco los discipulos escedieron á los maestros, y los sobrepujaron, si no en delicadeza al ménos en lujo y magnificencia. Las importaciones mas preciosas de que goza hoy la Europa como un producto de su suelo, se deben á los romanos que condujeron de la Armenia, de la Persia y de los puntos mas distantes, las aves, la pesca y las frutas mas estimadas.

La comida de un ciudadano romano era sencilla y sustancial, y causaria envidia á muchos ricos de la época

presente. En cuanto á los festines de los potentados de Roma, su lujo en peces, en viandas de todos los paises, en vinos y en la riqueza de los muebles y vajilla, con todos sus accesorios, sobrepujan nuestra imaginacion hasta el extremo de parecerse á la locura. Lúculo, Vitelio, Helio-gábalo, gastrónomos de profesion, hacian contribuir al mundo entero para sus mesas, y gastaban millones en los placeres de sus banquetes; la ostentacion ocupaba tal vez el lugar del buen gusto, pues que los pescados y las aves se contaban á millares en una sola comida, y llegó á verse un plato compuesto de cinco mil sesos de avestruces y otro de cinco mil lenguas de aves.

Los bárbaros destruyeron, no solo las viandas, sino la cocina romana, sin quedarles otra cosa que comidas tan groseras como ellos, y no volvió este arte á progresar sino hasta que se anunció la nueva civilizacion. El lujo de la mesa ya era muy considerable, sin embargo, en la época de Carlo-Magno. Las mugeres volvieron á aparecer en los banquetes de donde habian dejado de ser su mas brillante adorno. La buena mesa recobró sus derechos tanto como podian permitirlo las guerras y las desgracias públicas.

«Las mugeres, dice Mr. Brillat Savarin, aun las mas poderosas, se ocupaban en lo interior de sus casas de preparar los alimentos, lo que consideraban como una parte esencial de los cuidados de la hospitalidad que tanto brillaba en las naciones civilizadas á fines del siglo XV. Bajo sus lindas manos los alimentos obtenian trasformaciones singulares: la anguila se colocaba con un dardo como de serpiente, la liebre con orejas de gato, y otras mil jocosas metamórfosis. Comenzaron á hacer grande uso de las especias que los venecianos traian del oriente, así como de las aguas perfumadas que usaban los

árabes, de suerte que el pescado se cocía algunas veces en agua de rosa de Constantinopla... Estando bien demostrado que las damas francesas siempre han tomado mayor ó menor parte en lo que se guisa en sus cocinas, debe inferirse que á su intervencion se debe la preeminencia indisputable que siempre ha tenido en Europa la cocina francesa, adquirida especialmente por una inmensa multitud de preparaciones calculadas, y de golosinas y platos de buen gusto, de que únicamente las mugeres han podido concebir la idea."

La aplicacion del ajo y del peregil, el desarrollo de la industria en las salzas, las salchichas, los pasteles y los asados mechados, mejoraron el arte, si bien estaba muy léjos de la perfeccion aun en las cocinas de los reyes, hasta que en el siglo XVI, el arte de cocina casi se redujo á hervir ó cocer, á asar, tostar y freir las viandas. Gonthier de Andernach, primer médico de Francisco I, dió un gran paso aplicando la química á la cocina. No solo en aquella época, sino mucho despues, los vinagreros estaban esclusivamente encargados de preparar y vender las salzas destinadas á sazonar las viandas; pero á mediados del siglo XVII hizo una revolucion en el arte de cocina la introduccion del café, de la azúcar y del aguardiente.

Los festines de la corte de Luis XIV en Francia, brillaron por la magnificencia en todos los ramos, y el gusto del rey y de sus cortesanos por el lujo de la mesa, produjo una multitud de cocineros célebres, á cuya cabeza estaba Vatel, cuyo talento y desesperacion heroica lo han inmortalizado. Bajo Luis XV la cocina francesa participó de las delicadezas del espíritu. «En esta época, decia un sábio gastrónomo, se estableció generalmente en todas las comidas aquel orden, propiedad y elegancia con

todos sus esmeros que han ido siempre en aumento hasta nuestros días, y que amenazando exceder todos los límites, casi van conduciéndonos al ridículo."

Las mejoras en la cocina, continuaron bajo Luis XVI: en la revolución, el arte de comer debía ser olvidado por los que apenas se ocupaban del arte de vivir, cuyo ejercicio no dejaba de ser entonces bastante difícil. El imperio le dió una magnificencia extraordinaria, manteniendo los gustos personales de algunos grandes dignatarios. Desde entonces no ha habido otras vicisitudes en el arte de cocina que las de las familias particulares. Los descubrimientos y las aplicaciones usuales de la ciencia, han creado una multitud de perfecciones, se han establecido ó desarrollado porción de nuevas profesiones, las horas de comer se han cambiado generalmente, y se ha extendido demasiado el uso del té y del café; en fin, los gobiernos constitucionales han producido los banquetes políticos, demasiado extendidos, especialmente en Inglaterra, Francia y Norte-América, instituciones admirables para aquellos que saben aprovecharse de ellas, y aun para los que no habiendo sido convidados se consuelan vengándose con epigramas ó con críticas del banquete.—Aquí deberíamos trazar la historia de la cocina mexicana; pero esta empresa, superior á nuestras fuerzas, sería siempre tan mal como inexactamente desempeñada. Bastará decir, que ella ha sido un remedo de la española, mezclada con algunas antiguas tradiciones aztecas, y modificada con otras producciones indígenas, que le dan un carácter bastante peculiar no solo en la república, sino en la mayor parte de sus Departamentos. El uso del chile ó pimiento, de las diversas clases de frijoles, y de la multiplicidad de los usos á que se aplica el maíz, son unos de sus caracteres distintivos. Por lo demas, imitadores sempiternos de todo lo

que llega á nuestro pais, nuestra cocina ni es mexicana, ni española, inglesa, francesa ó italiana: una mezcla de todas, un revoltillo, una torre de Babel; sin embargo, á estas revoluciones de nuestra cocina, debe agregarse otra causada por una obra impresa hace pocos años, titulada: el *Cocinero mexicano*, de la que en otra vez nos ocuparemos, porque es materia demasiado importante para tratarla al fin de un artículo, cuando solo nos queda tiempo para ofrecer á nuestras lectoras, que despues de esta introduccion, en que fa mas delicada nada habrá encontrado de tiznado ó cochambroso, hablarémos otras veces del arte de cocina, cuyos conocimientos no pueden ménos de ser útiles á una señorita, que sean cuales fueren sus proporciones, se verá muchas veces obligada á dirigir esta oficina, y mal podrá mandar la ejecucion quien no tenga alguna idea del arte de alimentarnos.—I. G.

MAXIMAS.

LA prosperidad hace nacer los amigos; la adversidad no hace mas que probarlos. *(Flequier.)*

—La religion es el bien del pueblo, así como lo es del estado. Dudar de la verdad de la religion, es un error personal: combatirla es un atentado contra la sociedad.

(Montesquieu.)

—La principal y mas importante de las cualidades de una muger, es sin duda la dulzura. *(Rousseau.)*

—La economía es hija del orden. *(Levis.)*

—Fácil es á todo el mundo cumplir con su obligacion cuando nada hay que le impulse á quebrantarla.

(Richardson.)

—La alegría es un fruto que no puede crecer sino en el campo del trabajo. *(Young.)*

—El fruto del trabajo es el placer mas dulce.

(Bauvernargues.)

—La gloria llega cuando el trabajo ha abierto el camino. *(Publio Syro.)*





Las hermanas de la Caridad.

JULIO 13 DE 1841.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

Las hermanas de la Caridad que perteneciendo á una orden reverenciada practican las dulzuras de esta virtud, renuncian por veinte años á la dicha de ser amadas y á la felicidad de llamarse con el nombre mas dulce que se puede dar á una muger.

DELFINA GAY.

MUCHAS de nuestras lectoras no sabrán acaso que existe un instituto de mugeres que bajo el nombre de hermanas de la Caridad, fundó San Vicente de Paula en el año de 1640, y cuyos reglamentos dados por su santo fundador, siempre han sido considerados como una obra maestra de sabiduría cristiana. Otras tendrán algunas ligeras noticias de esta comunidad religiosa, cuyas virtudes y constancia, han sabido sobreponerse por el espacio de dos siglos, al torrente de las revoluciones y de las vicisitudes que se han atropellado unas á otras, y de la inconstancia de nuestra época, conservando invariable el fervor y la pureza de su primer instituto; pero al hablar de las hermanas de la Caridad, creeríamos profanar las glorias del bello sexo si tomásemos sobre nuestros débiles hombros una empresa que solo puede ser desempeñada dignamente por la pluma de una señora: así es que, entre muchos artículos que tenemos á la vista, relativos á este admirable instituto religioso, para dar una ligera idea de las hijas de la Caridad, no hemos dudado dar la preferencia al que escribió Madama Constaucia Aubert, el año de 833 para el Diario de las Jóvenes en París.

No hay persona alguna que al encontrar á las hermanas de la Caridad, no fije sobre ellas una mirada atenta y respetuosa. En efecto, existe en esos seres pri-

vilegiados algo que atrae y que arrebatada la mas piadosa veneracion, y se las saluda como podria saludarse á un ángel ó á la imágen de un santo.

¡O jóvenes lectoras! Inclinaos delante de esas mugeres tan amadas de Dios como bendecidas de los pobres; porque ellas son las mas santas sobre la tierra, y porque ellas serán las que se sienten mas cerca del trono de Dios en el cielo.

¡Las hermanas de la Caridad! Nombre sublime y glorioso que hace comprender desde luego la íntima asociacion de esas bellas almas con el vínculo de la mas grande de todas las virtudes.

En su vocacion y abnegacion, se admira á la vez el sacrificio y la firmeza. Dejar todo lo que habia embellecido su existencia durante sus mas tiernos años; abandonar la fortuna, los placeres, y todo cuanto han amado para olvidarlo y llorarlo por largo tiempo, y decir por fin un solemne ¡adios! á los parientes, á los amigos y á los objetos mas tiernos, dan una aunque ligera idea de ese sacrificio grandioso y elevado, y de esa heroica y sublime firmeza.

La hermana de la Caridad al aceptar una vida nueva de obediencia, de privaciones, de penas y fatigas, se constituye como la hija de predileccion á quien Dios llama para hacerla la criada del pobre y la madre del huérfano. ¿Era rica acaso ó de familia distinguida? Al entrar en esta vida de dependencia, no llevará ni su fortuna, ni la menor distincion; cuando mas un pequeño dote y un grosero vestido, pues el sencillo nombre de bautismo seria el único que pudiera sustituir al suyo. La joven que ha dejado el taller de un artesano, ocupará la misma línea que la hija del gran señor que abandona el palacio de su padre, y ambas seguirán la misma carrera de peno-

sos trabajos, dirigiéndose igualmente al mismo objeto sin ambicion y sin recompensa.

Pero yo me equivoqué; su ambicion es acercarse mas y mas á la perfeccion; su recompensa es el cielo, mientras que en la tierra todo es para ellas abnegacion y desprendimiento. La superiora misma de una casa, no es por decirlo, así sino el consejo ó la guia de sus hermanas. La superiora general escogida por cinco años y reemplazada al fin de ellos, si los votos de la mayoría no le exigen continúe por otros cinco, despues de este término vuelve á entrar á la clase de las simples hermanas sin distincion, sin privilegio, ni otro favor que el permiso de escojer la casa á donde quiere ser enviada.

La superiora general reside en la comunidad ó seminario en Paris, calle de Bac en donde están reunidas las hermanas jóvenes durante su noviciado, en el que pasan ordinariamente un año, pudiendo alargarse ó disminuirse este término. Allí toman un traje que no es todavía el de la órden: un vestido negro con mangas ajustadas, un pañuelo blanco cruzado sobre el pecho, y un pequeño gorro de tela con puntas que en el interior de las casas las tienen cruzadas sobre la cabeza, dejándolas caer para entrar en la capilla ó para presentarse en el locutorio; este traje se completa con un delantal amarillo y un largo rosario, como puede verse en la adjunta lámina. (*)

(*) *En la época en que San Vicente de Paula estableció la órden de las hermanas de la Caridad, solo cubiertas con una pequeña toca, acostumbraban presentarse para llevar los restos de la mesa del rey. Un dia acompañada de una anciana tocó este servicio á una joven muy hermosa, á quien Luis XIV reconoció por ser de una familia de las mas distinguidas de la corte. «Hija*

Cuando una jóven entra á la comunidad, debe haber hecho tres ó seis meses antes su peticion en una de las casas ú hospitales del lugar en donde habita con su familia, y todavía se llama señorita: toma el hábito, pero no hace sus votos, y son necesarios cinco años de ejercicio antes de pronunciarlos. Los votos son anuales despues; pero no solo no se exige una obligacion mas larga, sino que antes bien está prohibida. Cada año, el 25 de Marzo, las hermanas los renuevan ó no los continúan, segun les acomoda.

La toma de hábito no está acompañada de solemnidad alguna, la novicia recibe el traje en lo interior de la casa á presencia de las madres, y pocos dias despues parte para el destino que se le indica. Los votos tienen algo mas de imponente; la hermana oye un discurso delante de un altar adornado de flores, estando coronada de rosas blancas y llevando un ramillete de jazmines. ¡Alianza casta y pura, en que la esposa es un ángel de caridad, ocultándose el Esposo bajo el misterio de la sagrada Eucaristia!

En las demas órdenes religiosas cuyos votos son mas rigidos, agregando el de la clausura, la jóven que entra en ellos ha podido pesar de antemano sus deberes y obligaciones, y sabe que su duracion es la de toda su vida:

mia, le dijo, sois muy hermosa para presentaros así á las miradas de todos estos jóvenes aturridos; permitidme que os cubra un poco el rostro. E-ñonces tomó una servilleta de alemanisco adamascado de la mesa, y se la puso sobre la frente, deteniéndola por detras con un alfiler. Esto esplica perfectamente las dos alas cuadradas á los lados del tocado de las hermanas de la Caridad y la punta que les cae por delante que han conservado hasta hoy, y oue llaman capilla.

ha mirado al mundo y ha comprendido sus riesgos: se ha preguntado á sí misma y ha sentido su debilidad, y entre ella misma y este mundo peligroso, ha colocado el retiro haciéndose fuerte por medio de la oración; pero las hermanas de la Caridad no pueden formarse una idea exacta de las penas del estado que abrazan, y á pesar de los fatigantes trabajos y de las enfermedades mas penosas, jamas ha vuelto á la vida del mundo una hija de San Vicente. Los pobres, los desgraciados, siempre ejercen el mismo poder sobre ellas. Pero no todas han podido ensayar sus fuerzas antes de decir: «yo consagro mi vida á los pobres:» no todas han comprendido: que el alma puede concebir un pensamiento magnánimo, pero que acaso la debilidad del cuerpo no se encuentra capaz de cumplir; así es que muchas jóvenes se ven obligadas frecuentemente á renunciar á aquellas tareas bajo cuyo peso succumbirian indefectiblemente. Las vigiliass las fatigan, la enseñanza lastima su pecho, los trabajos destruyen su salud delicada, y entónces la que solo habia mirado la dicha de hacer el bien, no solo se hace inútil, sino que sirve de una carga á aquellas personas con quienes y por quienes querria vivir.

¡Oh jóvenes! si viéseis las miradas que acompañan al padre de una hermana de San Vicente en su órden, y cuán adicta vive siempre á ella por la cooperacion y los cuidados mas voluntarios! Si la oyeseis decir: ¡Mis hijos!... ¡Mis pobres!... ¡Nuestras hermanas!... Entónces comprenderiais lo que ha dejado y la óptima parte que ha escogido.

Todas las órdenes de caridad tienen ciertamente un mismo principio, un objeto semejante, igual mérito. Curar, instruir, socorrer á los pobres y consagrar su vida á la humanidad doliente; pero entre las mugeres san-

tas que las componen, es preciso poner en primer lugar á las hermanas de San Vicente de Paula, á quienes se encuentra ya en la iglesia, ya en los hospitales, y ya en las casas, siempre dulces y sencillas, graciosas y afables.

¡Y todas son lo mismo: la caridad hace su corazón tan bueno! Su religión, es todo amor é indulgencia, porque la vejez, la infancia y el dolor, tienen necesidad de ser tratados con afectuoso esmero, y las personas que se consagran á los seres débiles y dolientes, deben tener una fuerza poderosa, á la vez que una dulzura inalterable.

Yo he visto hermanas jóvenes abrumadas por la fatiga y agobiadas del trabajo, consagrar sus horas de recreación en visitar á los pobres. He visto enfermas plegar en silencio sobre el jergón que las sostenía, hasta que sus superiores les decían: cesad en fin y descansad. Otras octogenarias santificadas por sesenta años de constante dedicación, pasaban sus últimos días en el ejercicio de sus acostumbradas funciones, y jamás se creían incapaces de ser útiles en algo.

¿Y sabéis vosotras, lectoras mías, cuáles son sus tareas diarias? Comenzar desde las cuatro de la mañana los trabajos más duros y penosos; salir en cualquiera estación del año para ir á la choza ó al cuarto de una miserable familia, ó bien á la cárcel que encierra al bandido y al asesino; llevar al moribundo afligido palabras de consuelo y de esperanza; buscar en su desconocido retrete al indigente, que no tiene ni un el valor de mendigar, y á la joven sin padre ni parientes, que necesita de una guía y de un apoyo.

Admiradlas en la casa de expósitos; ved sonreír á ese débil niño, á quien una de ellas arrulla en sus brazos para callar sus gritos, ó mece su cuna para atraerle el sueño; ved á la otra velar sobre todas sus necesidades, aca-

riciarlo, distraerlo, hacerse su madre, y en una palabra, volverle á aquel que jamás ha conocido la suya, la que perdió por la muerte. ¡Pobre infante sin familia! Pero al menos ha encontrado esta familia protectora que lo criará en el temor de Dios y en el amor de la virtud. Cuando sea grande, aprenderá á leer, á escribir y á contar, y recibirá en su tierno pecho las máximas de la religion y los preceptos de la moral.

Si entráis á una de sus clases de niñas durante las horas de estudio, veréis delante de una mesa á una hermana de la Caridad observando y dirigiendo la enseñanza, recompensando la aplicacion con un libro, con una imágen, ó con alguna tela para vestirse; pero todo en medio de un silencio y de un órden admirable. Si alguna alumna se olvida de sus deberes observad con qué dulzura la reprende esta muger paciente, que sabe con su ejemplo dar á la niñez las mejores lecciones.

Yo entré una vez á un hospital de locos que asistian. Los guardas tenian miedo al encontrarse entre ellos: las hermanas de la Caridad no tenian ningun temor, y aquellos infelices les hablaban con la mayor sumision y las trataban con la mayor confianza. Ellas siempre estaban tranquilas y seguras, confiadas en Dios y en el cumplimiento de su deber. —Pero pasemos en su compañía al domicilio del pobre. En lo mas crudo del invierno, la tierra cubierta de nieve, el viento helado y las calles desiertas, sin embargo, una hermana de la Caridad tiene que visitar los enfermos, y nada hay que la detenga cerca del fuego; sale, le lleva los remedios que necesitan, se informa con el mayor interés de lo que falta, y á la mañana siguiente es seguro que volverá á franquearles nuevos beneficios, y que no dejará aquella habitacion miserable, sino despues de haber pasado largas horas á la cabecera

de sus camas. Frecuentemente se vé obligada á ejercer los oficios mas penosos, y por delicada que sea, si es preciso exortar y calmar á una muger robusta en el exceso del delirio, no dudéis que lo conseguirá. ¿Y si muere? Ella sabrá vestirla y colocarla en el fèrètro. Este pensamiento que os asombra y horroriza, es para la hermana de la Caridad un pensamiento dulce en medio de su tristeza. La muerte nos aproxima á Dios: ella no comprende por qué deba temerla, y su asistencia aun en las casas que disfrutan alguna comodidad, mitiga las penas de las moribundas, y sirve de lenitivo á la hija que queda huérfana, ó á la familia desolada.

En los calabozos entra tambien la hermana de la Caridad y hace resonar bajo sus denegridas bóvedas, palabras de consuelo, iluminando su oscuridad con las luces de la fé. Tal vez un criminal cuya alma negra no es susceptible de los remordimientos, no creyendo en la otra vida, aguarda con frialdad la hora que va á decidir para él la alternativa entre el cielo y el infierno. Pues este mismo hombre á la voz de la hija de la Caridad, se arrodilla á pesar de sus grillos, eleva su alma á Dios y recibe la muerte en castigo de sus delitos. Sobre la cruz del Santo Rosario, el asesino eleva su primera plegaria, y á la voz suplicante que esclama: «¡Dios mio, perdónale!» El asesino repite: «¡Perdóname, mi Dios!»

Terminarémós esta idea de las hermanas de la Caridad con las siguientes palabras, que les dirige en sus admirables reglas su santo fundador: «Acordaos que solo puede conteneros el pensamiento de vuestros deberes, pues que teneis que pasar por los paseos y por las calles de las ciudades, así como por los claustros y los hospitales, sin mas velo que vuestra modestia; pero llevando grabada en vuestra alma esta divisa: «Todo por Dios: todo para los pobres.»





Lucia Ashton.

LUCIA ASHTON,

ESPOSA DE LAMMERMOOR.—NOVELA DE WALTER SCOTT.

SI alguno os dijera que una muger habia matado á su marido la noche misma de su boda, no habiéndose visto impulsada á este crimen por ninguna de aquellas provocaciones inmediatas, que se consideran como circunstancias atenuantes en un juicio, ya que no como una excusa completa, ¿qué idea os formariais del carácter de esa muger, ó para hablar en lenguaje juridico, de sus antecedentes? Todos los axiomas conocidos os vendrian á la imaginacion: repetiriais desde luego aquellos versos del autor de Fedra:

La virtud como el crimen
 Tiene tambien sus grados:
 La tímida inocencia
 Jamas paso de pronto
 A la estrema licencia:
 Nunea un mortal virtuoso
 Se convirtió en un dia
 En asesino pérfido, alevoso.

Para enseñaros á desconfiar de esas máximas generales y á absteneros de hacer aplicaciones impremeditadas, voy á poner os á la vista á Lucia de Lammermoor, esa jóven tan hermosa, tan dulce y pura. ¿Quereis que exista bajo el sol un ser mas inocente, una criatura mas pacífica que Lucia Ashton? ¿Con qué colores tan suaves ha dibujado el gran pintor su atractiva imágen! «Sus hechiceros rasgos, dice, aunque un poco pueriles, espresan la quietud de su alma, la serenidad y la indiferencia hácia á los vanos placeres del mundo. Sus cabellos rubios se divisan sobre una frente de brillante blancura, como los rayos pálidos del sol al través de una montaña de nieve. Todo anuncia en ella en el mas alto grado la

dulzura y la timidez: era una belleza de la clase de las madonas de Rafael." No contento con esto Walter Scott, ha tenido cuidado de añadir: que la espresion de su fisonomía no correspondia menos á su salud delicada, que á la habitud que tenia de vivir con personas de un carácter mas enérgico é imperioso que el suyo.

Sin embargo, la tranquilidad pasiva de Lucia no era el resultado de insensibilidad de alma. «Abandonada al impulso de sus gustos y de sus sentimientos, Lucia tenia algo de romanesco: le gustaba leer en secreto aquellas viejas leyendas caballerescas que ofrecen tan brillantes ejemplos de una dedicacion sin límites, y de un afecto inalterable, sin desdeñar las aventuras inverosímiles y los acontecimientos sobrenaturales que se encuentran en ellas. Era un imperio de hechicería en el que su imaginacion se hacia castillos en el aire::: «Pero en sus relaciones esterioras con las cosas de este mundo, Lucia recibió fácilmente el impulso que querian darle las personas que la rodeaban. La alternativa era para ella en lo general muy indiferente, porque se le presentaba al momento la idea de la resistencia, y no sentia encontrar en la opinion de sus parientes, un motivo para decidirse, que acaso habria buscado en vano en su propio corazon." Toda la energia que faltaba á Lucia, parece que la tenia guardada para sí su madre, y la falta de equilibrio entre estas dos voluntades, debia conducir las poco á poco á un desenlace trágico. Desde el dia en que Edgar de Ravenswood y Lucia habian cambiado la promesa de un eterno amor cerca de la fuente de la Sirena, rompiendo la pieza de oro cuyos trozos se habian repartido, Lucia se miraba como ligada á su amante delante de Dios y de los hombres. Figúraos ¡cuál debia ser el valor de un juramento á los ojos de una jóven tan sencilla é ingenua como Lucia!

Pues bien, su madre queria que faltase á él, y como ella sabia bien que ningun poder humano, ningun temor ni amenaza la reducirian al perjurio, la señora Ashton resolvió engañarla. ¡Engañar á Lucia! ¡Qué maldad! ¡Y es una madre la que toma sobre su conciencia y sobre su cabeza tan terrible responsabilidad!

La desgraciada Lucia creyó todo lo que Lady Ashton quiso hacerle creer. Pasaron los dias y las horas sin que ella recibiese noticia alguna de Edgar. ¡Esto es hecho! ¡Edgar renuncia á ella! ¡Edgar le devuelve sus juramentos! Ella puede sacrificarse á otro, aunque no por amor, por sumision. Su madre así lo exige y Lucia busca en vano razones en que apoyarse, para resistir por mas tiempo á su madre. Se redacta el contrato de matrimonio entre Bucklaw y Lucia: la familia se reúne solemnemente para afirmarlo: ya Lucia habia tomado la pluma y firmado con mano trémula al último de todas las firmas, en el lugar en que la escritura es menos legible que sobre todas las otras, poniendo la T de la palabra Ashton, de manera que se conociese la intencion de borrarla.

En este momento se presenta Edgar, y aparece con toda claridad la odiosa traicion de que habia sido víctima. La pobre Lucia reconoce que se han burlado de él y de ella: que Ravenswood no ha cesado de ser fiel á su promesa, y que ella sin quererlo, ni saberlo, la ha violado. La prueba es demasiado fuerte: su razon se abisma en el dolor, en la vergüenza y en la desesperacion. El himenéo no se ha celebrado al menos; pero apenas el nuevo esposo ha pisado el suelo de la cámara nupcial, cuando un grito agudo y penetrante resuena en medio del baile y de la música; se apresuran, corren, penetran en el cuarto; el esposo estaba ya muerto, y la esposa le habia introducido en el pecho un puñal, que se habia proporcionado furtivamente desde la vispera.

Entretanto, volviendo á nuestro tema: ¿Ha habido jamas un crimen mas inesperado é imprevisto que el de Lucia Ashton? ¿Quién duda que menos virtuosa y mas firme habria saltado con menos rapidez las gradas todas de la fatal escala? Su lealtad, su dulzura misma parece que la han conducido al homicidio.

Se ha dicho que en ciertas virtudes entra tambien cierta dosis de debilidad, y que tal probidad ó tal castidad, se esplican, no por un gran rigor de principios, sino por un gran temor de vergüenza y de reproche, ó por una incapacidad absoluta de sostener cara á cara una cólera legitima ó una justa indignacion. El ejemplo de Lucia Ashton demuestra, que si la debilidad puede ser á veces un elemento de virtud, tambien puede llegar á ser en otras una causa determinante del crimen, y siempre por consecuencia de la misma impresion y del mismo terror. Como si Walter Scott hubiese querido reunir en un mismo cuadro todas las clases de malas acciones, que los buenos sentimientos pueden producir al lado de Lucia Ashton, homicida por exceso de fidelidad, ha colocado á Caleb, mentiroso y ladron por exceso de afecto y de celo doméstico. ¡Qué escelente fisonomia la de Caleb! Es la comedia pura y franca de Molière, miéntras que Lucia Ashton es la tragedia de Eurípides y de Shakspeare.—EDUARDO MONNAIS.

La representacion de la ópera de la Lucia de Lammermoor, verificada por la nueva compañía italiana, nos ha impulsado á publicar de preferencia á otros, el rasgo biográfico de esta dama de Walter Scott, si bien no podemos convenir en las ideas de M. Monnais, que parece encontrar falsificada la máxima, de que una alma virtuosa no puede convertirse de pronto en un asesino, porque la ponderada virtud de Lucia y su inocencia, no pueden calificarse

de tales en el hecho solo de haber contraído obligaciones y dispuesto de su corazón y de su mano contra la voluntad de sus padres. Ni se crea por esto que justificamos la conducta de la madre de Lucia; pero de todos modos, nuestras amables suscriptoras, tanto en la ópera como en la novela de Lucia de Lammermoor, no deben ver, sino el funesto resultado de la exaltacion de las pasiones alimentadas indiscretamente en la juventud, y de la imprevision con que por desgracia contraen compromisos y obligaciones contra la voluntad de sus padres en una edad en que la falta de esperiencia y de conocimiento del mundo, no pueden proporcionarles todos los elementos necesarios para hacer una eleccion de que depende nada menos que la felicidad ó la desgracia de toda su vida.—I. G.

LA MUJER SALVAGE,

Ó TAL COMO SE ENCUENTRA EN EL ORIGEN DE LAS SOCIEDADES.

SUCEDE con frecuencia á los habitantes de las grandes ciudades, admirar un hermoso cielo, un mar inmenso, ó una llanura que descuella por un vasto horizonte, y casi siempre estas hermosas vistas nos parecen demasiado gratas, porque las observamos por primera vez, frecuentemente á los quince ó veinte años de edad y despues de haber leído la Atala del célebre Chateaubriand. En medio de esas soledades, bajo de esos palmeros graciosamente inclinados y que se mecen al soplo de la tarde, aparece una jóven graciosa y triste semejante al ángel del desierto; una diadema de plumas rodea su frente, sus formas son demasiado puras para que necesite cubrirse con un velo, y un delantal ondula dulcemente desde su pecho

hasta las rodillas. Encuentra gran trabajo la imaginación del artista para dibujar con coloridos propios á esta hermosa criatura del mundo primitivo.

· Pero yo he visto la muger que habita el desierto, desnuda en efecto y sin tener ningun desasosiego por su desnudez; sus piernas estaban cubiertas de lodo y listadas con las cicatrices de las yerbas y troncos punzantes de los bosques. Si la fatiga habia sido mas fuerte que su juventud, sus formas estaban marchitas. Listas de amarillo, de bermellon y naranjado, pintadas con bizzarria, cubrian sus brazos y su seno. Se notaba en la espresion de su rostro mas bien el abatimiento que la resignacion. El ardor de sus miradas se templaba por un círculo amarillo de *janipaba*, fruto de un árbol de América algo parecido al membrillo, groseramente trazado al rededor del ojo y bastante semejante á las marcas que se imprimen con la punta de un puñal ó de una gruesa aguja, algunas gentes miserables en las cárceles de nuestras ciudades. Por sarcillos de sus orejas se veian mover al lado de sus megillas dos ruedas de madera ligera, trabajadas artisticamente como las damas de un tablero. Podia decirse sin necesidad de metáfora, que su boca ofrecia á la vista dos andanas de perlas; pero en medio tenia una incision hecha en la época de su niñez, y horadado su lábio inferior, pendia de él un adorno semejante al de las orejas. En fin, su peinado se componia de un sombrero viejo de marinerero, y para no disimular nada, agregaré que ella apreciaba sobre todas estas cosas, el aguardiente de caña, y despues del aguardiente, la dicha de dormir sobre la tierra blanda cuando su marido no habia matado algun tapir ó conseguido alguna otra piel que iba á buscar en medio de las espinas y de los insectos, á riesgo de morir de hambre antes de reposar y de tomar algun alimento. ¡Cuántas ve-

ces la he visto cercana al parto en la soledad, reuniendo los dolores de madre á los de muger, y sin saber si la miseria de su vida le proporcionaria la leche suficiente para mantener el fruto de su amor, ó si este seria arrebatado á su ternura por el hambre, el eterno enemigo del salvaje, que necesita á huir rápidamente con frecuencia en medio de los bosques: todo el ardiente amor de una madre no es siempre suficiente para conservar á su hijo!

Pero he visto mas todavía: á la compañera del hombre de los bosques que pertenecia á una raza salvaje en medio de los salvajes mismos, agobiada bajo el peso de una carga que habria abrumado aun á las bestias destinadas á la conduccion, ó bien labrando la tierra para plantar algunos granos de maiz que abandonaba á Dios, que cuida las siembras del desierto: incierta muchas veces de recoger el fruto de su trabajo, por ignorar si su amo la conduciria á otro lugar y no volveria á ver jamas aquel en donde estaba. ¡Cuán decaida parecia aquella pobre criatura, consumida por la dominacion absoluta de su amo, en medio de la que apenas podia divisarse la ternura de una sonrisa que dirigia á su pobre hijo. Es verdad que en medio de esos grandes bosques, bajo esas bóvedas inmensas en que la brisa dispersa tantos perfumes desconocidos y en que el dia fugitivo descubre tantos misteriosos esplendores, la voz sumisa y triste de una muger americana oida de improviso, hace soñar al que la escucha, mil dolores á la vez que mil esperanzas, siendo á un tiempo la acusacion de los tiempos pasados y como un eco del porvenir. ¡Ah! No hay duda que la mas sublime poesia se presta fácilmente á aquel que intenta pintar á la muger de los bosques, porque la humanidad y el amor que la rodea jamás se encuentran aun en medio de los mayores males, sin algunos consuelos.

¡Cuántas veces ha sucedido á un viagero encontrar en los bosques á una muger desnuda, de piel abronzada, con su cabellera negra y flotante, sentada á las orillas de un rio, trenzando con aquella admirable paciencia del salvage, los hilos de un bejuco para formar los arcos y las flechas, preparando el algodón y tejiendo sus hilos con aquel instinto de poesía que da á la muger un amor iniciado por las flores! Si alguna vez se distrae, respirando el perfume de las plantas y flores aromáticas, otras cae en dulce melancolía al escuchar los fúnebres trinos del fatidico pájaro que le habla de sus antiguos difuntos; pero bien pronto se la ve caer en una tristeza tan profunda, que pasa á veces horas enteras con la cabeza entre sus manos como abismada en los dolores morales que parecen aumentarse con la civilizacion, y cuya estension infinita no conocen ciertamente los salvages.

Al contemplar la monótona actitud de esa pobre muger americana, no puede cualquiera menos de compararla á sus semejantes sobre toda la estension de la tierra, á las otras mugeres, vestidas como ella de inocencia, y errantes tambien en los campos desiertos y en los bosques sombríos. Es preciso siempre considerarlas á todas como hijas, como esposas ó madres, y se llena el corazón de compasion al reflexionar las compensaciones que ofrece la civilizacion á la compañera del hombre.

A pesar de la variedad de los climas y de las razas, la vida del salvage, ya sea cazador ó ya nómado que habite la Nueva-Zelanda, ó el Brasil, la Australia, el Norte-América ó los confines de Sonora y Californias, se notan algunos puntos entre ellos de absoluta semejanza, sobre todo, en lo que mira á la condicion de las mugeres; como los pueblos civilizados, tienen ciertas analogias independientes desu nacionalidad. En todos ellos se vende y compra

á las mugeres, y rara vez la jóven de los bosques conoce los risueños amores, ni las ilusiones de los tiernos años. En las bellas campiñas de la Florida, ó en las deliciosas soledades de la Oceania, la muger mas hermosa siempre es ofrecida al mas rico, y su suerte está decidida desde la infancia, porque en cuanto nace, se considera una propiedad de su amo. En muchas tribus americanas, la muger tiene un lenguaje distinto, y no pueden ni deben esarse en el del hombre á quien acompañan.

En la Nueva Holanda, tierra infeliz, sin cosechas ni frutos, y en que el salvage quema los bosques como si quisiera vengarse de la estéril belleza de una naturaleza inflexible, el hombre solo tiene sangrientos amores. Jamas se casa en su tribu, y va á buscar entre sus enemigos una muger que perpetúe su feroz raza, y á la vez, una esclava que quiera sujetarse á todos los caprichos de su crueldad: é infeliz de ella si al encontrar acaso á su madre ó hermanos, se detuviese algun tiempo en mirarlos.

En Otahiti y las demas graciosas islas del mar del Sur, en las que los filósofos del siglo XVIII han colocado al salvage por escelencia, rodeándolo de una pretendida felicidad, que solo existe en su fantasía, la muger tiene que ocurrir al fallo inflexible de un gefe para adquirir el derecho de comer con los hombres. Pero tantas humillaciones y tantos ultrages son nada, al leer lo que escribe un célebre viagero.

«Una pobre muger de los bosques del Orinoco dió á luz un niño mal formado; la madre lloraba y preguntándole el viagero la causa, no se atrevia á responder; pero el salvage le contestó: «Al pobre le seria imposible seguirnos, seria preciso aguardarlo á cada instante en el bosque, y no podria llegar á tiempo al lugar donde pasamos la noche.» La pobre madre sabia muy bien lo que significaban estas

palabras. Un misterio de sangre::::: La muerte indefectible del niño."

He indicado rápidamente las miserias y los grandes dolores que siente el corazón de una mujer salvaje; no serían bastantes muchas páginas, para describir las calamidades vulgares que rodean su vida doméstica. Tan deplorable es su situación, que hace suponer al Barón de Humboldt, que algunas mujeres cansadas de tanto infortunio y de tanta esclavitud han podido formar una especie de sociedades de Amazonas en los desiertos que baña el gran río americano.

De la acumulación de tantos males resulta que la mujer en muchas naciones parece ha perdido sus verdaderos atributos, tomando á veces un carácter de crueldad, mucho más terrible que el de los hombres.

Una cosa maravillosa debe notarse en la historia de la mujer, durante los primeros periodos de la infancia de las sociedades: ciertas virtudes se ignoran completamente en el desierto, y nacen al momento del contacto de los salvajes con los europeos. Los caribes no tenían ni aun palabra para expresar el pudor; pero el pudor estaba oculto en su alma, y cubriéndose con sus largos cabellos, las mujeres decían á los europeos: «Estrangeros, á la frente es adonde debeis mirarnos." Tan pronto como esta virtud ha nacido, la mujer de los bosques se ruboriza de su desnudez á la voz del hombre civilizado, como Eva tuvo vergüenza cuando conoció su falta.

En este periodo del estado social, la admiración hacia un ser que le parece superior, desarrolla en la mujer una elevación nueva, un sentimiento casi divino más fuerte que el amor, y á quien no podríamos dar nombre. La mujer busca la superioridad de las facultades del alma, como una patria nueva en un mundo moral ignorado.

Para terminar esta rápida ojeada sobre la suerte de la muger en la infancia de las sociedades, diré que al examinar atentamente lo que presenta de horrible ó humillante, se nota luego la fuerza brutal de que el hombre mismo es la primera victima. No es fácil figurarse las maravillas que obra en medio de una horda salvage, una palabra de compasion y de paz, cuando todo respira muerte y sangre. La muger es quien dice esta palabra, y tanto mas poder adquiere, cuanto mas frecuentemente se la escucha. Los siglos han cambiado y por la condicion de las mugeres podria examinarse hoy la civilizacion de los pueblos.—FERNANDO DENIS.

[Traducido del Diario de las mugeres de Paris, año de 1832.]

EDUCACION.

ACABA de publicarse en Puebla el Nuevo Mentor de los jóvenes, ó coleccion de cuentos morales traducidos del ingles por el ciudadano Rafael Espinosa, y se espende en México al precio de seis reales, en la alacena de D. Antonio de la Torre, portal de Mercaderes. Empeñados en procurar con todos nuestros esfuerzos la educacion de la tierna niñez, no dudamos recomendar á las madres de familia esta preciosa obrita, tan útil para el cultivo del entendimiento de sus hijos como para la perfeccion de su espíritu. A la sencillez de su estilo reúne la naturalidad con que de los objetos mas comunes y familiares á los niños, saca lecciones morales y piadosas para su ejemplo é instruccion; siendo por lo mismo su lectura, en nuestro concepto, muy adecuada para formar en ellos un corazon sensible y compasivo, reverente y puro. Para dar una pequeña muestra de su estilo y de su mérito, copiaremos á continuacion dos de sus pequeños cuentos morales.—

EL HERMANO Y LA HERMANA.

UN caballero tenia dos niños, varon y hembra. El primero era mas frecuentemente admirado por su hermosura que la segunda. Aconteció un dia que ambos estaban jugando junto al tocador de su madre: el niño, agradao de su figura, se dilató algun tiempo mirándose en el espejo, é hizo observar á su hermana lo hermoso que era.

La pobre niña se ofendió mucho de esto, y fué á ver á su padre para que la vengase de su hermano, diciéndole en el calor de su resentimiento, que era una vergüenza que un niño, que habia nacido para ser hombre, usase tan libremente de una pieza de los muebles que estaban enteramente dedicados á las mugeres.

El buen caballero tomando entónces á ambos en sus brazos con toda la ternura de un padre, les dijo: Mis queridos hijos, yo deseo que diariamente os veais en el espejo de vuestra vida; tú, hijo, para que nunca desgracies tu belleza con una accion indigna; y tú, hija mia, para que cubras tus defectos personales con los encantos de la virtud.

ALEXIS Y AMANDA.

EN un hermoso dia de verano habiendo prometido un padre cariñoso á sus dos hijos, Alexis y Amanda, ir á dar con ellos un paseo á un bonito jardin poco distante del pueblo, se fué á su recámara con el objeto de prepararse, dejándolos en la asistencia. Alexis estaba tan contento pensando en el placer que disfrutaria con el paseo, que comenzó á bñucar por toda la asistencia, sin discurrir que podia acontecer algun funesto accidente; así fué, que sin quererlo, el faldon de su frac dió contra una esquisita flor que su padre guardaba con gran cuidado, y la que desgraciadamente acababa de quitar de la ventana, para que no la marchitase el calor del sol.

¡Oh! hermano, dijo Amanda, levantando la flor que se habia caido de su tallo: ¿qué has hecho? La niña tenia la flor en la mano cuando su padre volvió á la asistencia. ¡Válgame el cielo, Amanda, le dijo, cómo has podido

ser tan indiscreta, que hayas cortado una flor, que has visto he cuidado tanto para tener semilla de ella! Quedó tan espantada Amanda que solamente pudo suplicar á su padre no se encolerizase; y éste la replicó que no estaba colérico, pero que le recordaba que iban á un jardín donde habia variedad de flores, y bien podia haber aguardado á que llegasen allí para cortar una flor, añadiendo que no obraria por lo tanto con rigor si la dejaba en casa.

En tan terrible situacion Amanda bajó la cabeza y nada contestó. Alexis, sin embargo, era muy generoso para que guardase silencio por mas tiempo; y, «no fué Amanda, dijo á su padre, sino yo he sido el que arranqué casualmente la flor con el faldon de mi frac, y por lo mismo os suplico que la lleveis al paseo, y á mi me dejéis en casa.” Se alegró tanto el padre con la generosidad de sus hijos, que, olvidando inmediatamente aquel accidente, hizo caricias á ambos, complacido al observar el afecto que se profesaban, y les dijo que á los dos amaria igualmente y los llevaria consigo.

Los tres pasearon en el jardín donde vieron plantas de distintas y esquisitas clases: Amanda recogió su vestido por ambos lados y Alexis metió debajo de sus brazos los faldones de su frac, temerosos de hacer algun daño con ellos á las flores. La flor que el padre habia perdido le causó algun pesar; pero el placer que recibió al descubrir el mutuo cariño y consideracion que existia entre sus dos hijos, le recompensó ámpliamente su pérdida. No puedo omitir la oportunidad que aquí se presenta de recordar á mis niños lectores, no solo lo necesario sino tambien lo digno de elogio, que es, que los hermanos vivan siempre en armonia y amor.



VENTAJAS DEL PELO RUBIO.

YO no sé porque he deseado siempre ser rubio: tal vez será porque la Providencia ha dispuesto que sea moreno; pero prescindiendo de esto, yo veo un sinnúmero de ventajas en los rubios, que no favorecen á los morenos.

Un rubio ó una rubia es constantemene mejor recibido en una tertulia que un moreno ó una morena.

Para un rubio hay tres morenos. El rubio parece que encierra en si un no sé que de aristocrático, lo que mueve á las señoras á tratarle con particular distincion.

Cuando un criado entra con una bandeja de dulces ó llena de bebidas, desde luego puede apostarse á que va á presentar el homenaje primero de sus sorbetes y rosquillas, á un rubio que ha llamado desde luego su atencion, gracias á la magnificencia de sus rizos.

Es una opinion generalmente adoptada, que los cabellos rubios se rizan por si mismos; pero los rubios no se rizan mas naturalmente que los negros, y necesitan, como estos de la cooperacion del hierro y del fuego.

¿Hay que dar un empleo considerable? pues es seguro que el rubio se lo soplará al moreno.

Los poetas elegiacos, son rubios.

Los respetables abuelos y algunos padres, no son ni rubios ni morenos; sino que son calvos; pero adviértase que si se determinan á ponerse peluca, infaliblemente será rubia y no negra.

Parece que un rubio no tiene cosa alguna de las que pueden desagradar en quien no lo es.

Se diria al verle que nunca se emborracha, ni aun se achispa siquiera: que no fuma; una muger hermosa adorará á un rubio que ande á caballo y un moreno necesaria para prenderla tener coche ó landó.

¿Qué se ve en los teatros, en los balcones y lunetas primeras? rubios y rubias. ¿Y en las galerias, y en el patio? Morenos y trigueñas.

El rubio bulle por todas partes, se le recibe bien en donde quiera, y todos le saludan nada mas que por el color de su cabello.

En confirmacion de lo dicho, consúltense á las pomadas para teñir los cabellos. Las hay á millares para teñirlos de negro, y ni una sola para teñirlos de rubio.

El que sea casado ruegue á Dios que le de hijos rubios, pues puede estar seguro que tendrá por progenitores, duques, marqueses ó condes, aunque él sea el último de los sacristanes de su pueblo. [*Semanario Pintoresco.*]

REMITIDO.

Señor editor del Semanario de las Señoritas.—Zacatecas, junio 18 de 1841.—Muy señor mio y de mi respeto: tengo el honor de acompañar á V. una traduccion de la Señorita Doña Josefa Letechipia de Gonzalez, para que si la juzga digna del apreciable periódico que V. redacta, se sirva mandar insertarla.

La señorita Gonzalez, zacatecana, y de una brillante educacion, se hace recomendable por sus talentos, por su bellissimo carácter, y por su dedicacion constante á la lectura de las obras mas selectas. La siguiente traduccion, hecha por gusto, y sin ánimo de darla á luz, la pedí á un amigo mio con este objeto y con el de que ceda en honor de mi pais.—Quedo de V. afectísimo servidor q. ss. ms. b.—*J. V. B.*

TRADUCCION LIBRE

De los versos que se encuentran en el „Voyage en Orient par Lamartine“ tomo 2.º página 99 hasta la 101 de la edicion en Bruselas de 1835.

Ex los jardines de Knipha
Hay una flor que el sol busca
Con sus rayos, al través
De las palmas que la ocultan.
Sus claros ojos parecen
Gotas del agua mas pura
Que en una concha de nacar

Arrojó el mar en su espuma.
Al scheik que perseguido
Huye de la lanza aguda
En su yegua mas veloz
Que el agua al caer de la altura,
Le embriaga tanto su aroma
Que al percibirlo, no duda

En pararse á respirarlo,
 Olvidando así su fuga.
 Si el viento lleva al viajero
 El olor que lo perfuma,
 Nunca puede disipar

Les de esta flor bella y pura.
 Se ve á orillas de una fuente
 Que á sus plantas corre muda:
 Dime el nombre de tu padre
 Si saber el suyo gustas.

Quando en tu verde orilla fuente grata,
 La pensativa Silvia se reclina:
 En tu onda azul su imágen se retrata
 Como en el mar estrella vespertina.

Tus aguas sosegadas se estremecen;
 No hay en el fondo juncos, no hay arena:
 Encanto, mágia, luz solo parecen,
 Y el cielo miro en tí fuente serena.

No crees mas que el reflejo de unos ojos
 Azules cual las yedras que te cercan,
 Dientes de nácar entre lábios rojos,
 Globos que al respirar á tí se acercan.

Cabellos enlazados con mil flores,
 Perlas que brillan entre arenas de oro,
 Collares que reaniman sus colores
 Y que he pensado asir como un tesoro.

Mi mano he sumergido en donde nada
 Esta sombra que temo borre el viento;
 Y mi boca querría verse anegada
 En las olas dó he visto tal portento.

Mas Silvia se levanta, vase y miro
 Que no hay mas que agua en un estanque oscuro,
 Y agua salobre ¡en vano yo suspiro!
 El cieno empañá aquel cristal tan puro.

Lo que haces jóven, en la clara fuente
 Es lo que en mi alma causa la belleza:
 Me da la vida cuando está presente;
 Y cuando no, tormentos y tristeza.

Tomo 2.º página 420.

Si mis miradas
 En tus mejillas
 Rosas tan lindas
 Hacen brotar,
 ¡Por qué no ¡quieres,
 Jóven doncella,
 Que yo las coja
 Con libertad!

El que cultiva
 Cualquier terreno,
 Tiene el derecho
 De cosechar
 Todos los frutos
 Que le produce....
 No me lo prohibas....
 Voy á cortar.—J. L. dz. G.

(Pabellon, junio 11 de 1841.)





Cassandra

JULIO 20 DE 1841.

CASANDRA.

Heroína de la tragedia de Shakspeare, titulada:

TROILDO Y CRESIDA.

LA elección de los hechos y de los personajes históricos ó fabulosos mas propios para excitar la admiración, el terror y la piedad en el corazón de todos los hombres, de todos los tiempos y de todos los países, es la condición mas importante del arte dramático, y la que mas distingue el genio eminente de los grandes poetas. Tal es la cualidad que admiramos especialmente en los autores griegos, cuyas invenciones sostenidas por una elegante ejecución, merecerian imitarse de siglo en siglo por todas las naciones. Partiendo de esta consideración general, nadie dudará poner en paralelo con ellos la superioridad de las inspiraciones de Shakspeare. La universalidad de sus miras lo coloca en un rango muy elevado, entre los pintores de las grandes y dolorosas pasiones humanas: su excelencia se reconoce no solo en las producciones originales de su fecundidad, sino aun en los objetos que ha tomado en las fuentes originales de las musas antiguas, y ese verdadero sublime, tan conforme siempre al de los perfectos modelos, le ha merecido incontestables derechos á la inmortalidad.

Se le ha llamado con razón, el Eschylo inglés; porque iguala al antiguo Eschylo en magnitud y en cierta magestuosa sencillez que ambos han sabido dar á sus rasgos; se le ha denominado tambien el Euripides inglés; porque se ha mostrado siempre no menos natural y patético, ni menos filosófico en sus creaciones que sus antecesores; asemejándose á ellos por su suprema inteligencia en el estilo ateniense, no solo por servirse de sus formas clásicas, si-

no por haber aplicado el juego de sus dramas á los análisis de su patria, á las crónicas de sus antepasados y á las costumbres de sus contemporáneos, resucitando finalmente, á los ojos del pueblo inglés, los héroes de su propia historia. Si busca en otra parte los personajes de sus composiciones, es únicamente con el objeto de completar la pintura de las variedades de todas las pasiones teatrales por medio de la variedad de las diversas influencias de los climas y de las distintas preocupaciones locales.

No podia escapársele por lo mismo en medio de tantas imágenes que se ofrecian á sus combinaciones sorprendentes ó terribles, la célebre troyana Casandra. Examinemos, pues, á esta tierna hija de Priamo tan bien concebida para conmover por todos estilos, y para reunir todas las condiciones trágicas. Su plan no le permitió desarrollar ampliamente en el drama de Troilo todo el carácter de Casandra; pero sin ponerla cara á cara, la presenta por un perfil tan puro, tan exacto y natural, que nadie puede desconocerla y que se ostenta tal cual debia ser, para exitar y aumentar la emocion causada por la catástrofe que predice y anuncia. Nada puede imaginarse mas noble y deplorable que aquel bello aspecto de una hermosa jóven salida de una casa real, que amenaza el trastorno próximo de las grandezas de su familia, y la catástrofe de sus parientes inmolados, y de todo un pueblo enteramente destruido. ¿Quién no admira aquel esfuerzo naturalmente profético bajo el emblema de una jóven inspirada de Apolo, que anuncia á todos su futura ruina, sin poder conseguir que crean en sus profecías, atribuyéndolas por el contrario á un exaltado trasporte de demencia? Jamas se ha ideado una alegoría mas instructiva de la tenaz incredulidad humana contra los presentimientos de la desgracia y los consejos de la imprevision intuitiva, imaginada sin du-

da para iluminar la ceguedad incurable de los pueblos y de los gobernantes de los diversos estados. Eschylo introdujo aquel notable símbolo que personificó en medio de un coro compadecido de sus lágrimas, formando con sus palabras un diálogo valiente y sublime, bastante para inflamarlos y suficiente para proporcionarle todo su poder dramático. El poeta no se asocia por la magestad de su pitonisa á los intereses apasionados de la accion, sino que la separa, aislándola, para engrandecerla idealmente. Una imitacion de Séneca reprodujo entre los latinos este mismo empleo de los éxtasis de Casandra; pero el énfasis declamatorio y vario de que usó, disminuyó notablemente su admirable efecto; y en su tragedia de Agamenon vengado, este papel no interviene sino como un frio é inútil adorno de su grande obra. Shakspeare lo puso mas dignamente en la escena, y aunque no pudo colocarlo en el drama que nos ocupa, sino de paso, siempre nos hace ver á Casandra en el seno de su familia desgraciada, esforzándose en contener á su hermano Hector, armado de pies á cabeza, próximo á entrar en su último combate, presagiándole su muerte delante de Andrómaca, delante de Priamo, y llorando mucho antes de su partida, la caída de Troya. Su adivinacion y sus suplicantes plegarias, dan un realce magnífico al heroismo de Héctor, atrayendo por su sola pérdida el desastre de Illion, á quien veia caer en su mas sólida defensa. ¿Y no es esto precisamente escoger con maestría el punto culminante de su trágica fabula?

Eurípides habia retratado tambien á la desgraciada intérprete de Apolo, en el cuadro de la cautividad de las hijas de Priamo, repartidas entre los vencedores sobre las ruinas mismas de la incendiada Troya. En este pasage brilla el genio del poeta griego por un admirable contras-

te. Todas las hermanas y parientas de Casandra gemian al rededor de la inconsolable Hécuba su madre, cuando de pronto esta jóven profetisa, ultrajada por Ajax, suelto el cabello, se presenta ante ellas llevando en sus manos las teas consagradas á las fiestas, y devorada por el exceso de la desesperacion, que espresa en su delirio con un siniestro júbilo, baila y canta en alta voz: «Oh Himeneo, Himeneo,» y cae privada en medio de su fatal desvanecimiento. Al querer yo reproducir la originalidad de este papel, el movimiento patético me inspiró estas espresiones.

Al ver Casandra humeando á Illion, canta sobre sus cenizas: «¡Síguelas hasta el templo; une tu voz á sus conciertos; canta á la espirante Troya y á sus hijos prisioneros!»

¿Este mismo recurdo fué el que inspiró á Shakspeare el delirio que pinta en la melancólica Ofelia, exhalando despues de la pérdida de su padre, muerto por su amante Hamlet, un romance, cuyas lamentaciones preceden á la hora de su triste fin? ¿O mas bien, es el fruto de la conformidad de ideas y de impresiones semejantes entre los bellos genios, sin que se hayan comunicado entre si? Yo me inclino á pensar esto segundo. Por lo demas, Shakspeare ha retratado á la divina griega conforme al dibujo de su primer modelo, y segun los signos característicos impresos en su memoria por los hermosos versos de Virgilio.

Las últimas quejas que exhala Casandra en mi tragedia de Agamenon al deplorar su desgracia sin ser jamas creida sin oírsele, ántes bien imputándosele á locura cada una de sus previsiones, indican completamente el carácter de su infortunio, cuando dice al ilustre gefe de los griegos:

«¡Ah! La fatalidad estendida sobre ambos, hace mas es-

pesa la venda que te cubre la vista. El cruel Apolo que me persigue siempre, hace sordos á mi oráculo á todos los mortales. ¿De qué me sirve llevar estos velos y estos simbolos, atributos de un poder que se ha quitado á mis palabras? ¡Dios terrible! Tiempo es ya de despojarme de estos sagrados adornos, de que la muerte va á privarme. Yo he querido salvarte, y yo misma voy á perecer. La parca ha marcado ya la última hora de los dos; á ambos nos inmola, y mis restos errantes flotarán sin sepultura, presa de los negros torrentes. Ya está pronta á levantar sobre nosotros sus impiás manos; el crimen en este momento nos entrega á las furias. Mañana tú dormirás en el lecho de sus abuelos; acuérdate de estas palabras: «¡Y tú desde lo alto de los cielos, separa de sus maldades tu luz adorada: Divino Sol! Escucha á una muger desgraciada, y despues de muertos nuestros asesinos, haz recaer sobre ellos el dia de la venganza acordada á mis votos!»

En mi tragedia de Baudoin emperador, sacada de la historia de las Cruzadas, he ensayado reemplazar á Casandra sobre la escena con el nombre de Atanasia, derramando lo mismo que la fabulosa pitonisa un misterioso terror con sus profecias: asi es que dos veces he probado cuan provechoso es imitar las invenciones de los grandes maestros, y asemejarlos en lo posible por medio de justas analogías. Acaso en virtud de semejantes relaciones Shakspeare al crear su sublime Hamlet, se apropió bajo nuevas formas uno de los mas terribles asuntos antiguos, en que su genio hizo obrar y hablar á la tristeza de su héroe llamado el Orestes del Norte.—NEPOMUCENO LEMERCIER, *de la Academia francesa.*

[Traducido para el Semanario, de la Galeria de mugeres de Shakspeare.]

HISTORIA.

AUNQUE desde principios de Enero dimos á nuestras amables suscriptoras la primera leccion de esta ciencia en la página 113 de nuestro primer tomo; considerando la mayor utilidad que les resultaria de obtener anticipadamente las nociones elementales de cronologia y geografia, que son los ojos de la historia, tomamos las primeras nociones de aquella, de la cartilla historial del Sr. D. José Gomez de la Cortina, y no habiamos querido continuar esta materia mientras no terminásemos las de aquellas dos ciencias primordiales; sin embargo, algunos suscritores nos han indicado que podriamos tratarlas alternativamente, lo que produciria una variacion y amenidad mas grata á nuestras lectoras. Siempre dóciles, como hemos indicado, á las insinuaciones de nuestras suscriptoras, nos hemos resuelto á dar hoy la segunda leccion de Historia general. Mas no habiéndonos ocupado en las dos épocas primeras de la Historia antigua sino solo de lo relativo á la Sagrada, daremos hoy á nuestras amables lectoras algunas ideas de la Historia profana con respecto á la segunda época, que comprende, como ya vimos, desde el dilubio hasta la vocacion de Abraham, ó desde el año de 1756 hasta el de 2083 de la creacion del mundo, en una duracion de 426 años; pero será indispensable anticipar algunas indicaciones sobre los pueblos primitivos y sus colonias.

El hombre vivió por mucho tiempo solo; mas no siendo tal estado adecuado á su destino natural y habiéndole dotado la divinidad de una parte de su faego celestial que debia propagar y estender, conoció muy pronto la necesidad que tenia del auxilio de sus semejantes, y este conocimiento, así como la piedad que le impulsaba por una

especie de instinto á socorrer á sus semejantes, determinaron sus primeras relaciones.

El hombre por su fuerza física fué con razon el jefe y el protector de la primera familia. Al principio estando solo, tenia que sufrir las intemperies de la atmósfera y abrigarse de las inclemencias; asociado despues á seres débiles que no podian seguirle en sus escursiones y caminatas, fijó probablemente su primera residencia en las cavidades de las rocas; mas refinado despues su gusto, proyectó construir un techo que lo libertase del hielo y de la lluvia, y que le sirviese de sombra contra los ardores del sol, valiéndose de los troncos y ramas de los árboles; mas apenas reconoció la insuficiencia de aquel abrigo y que tenia que buscar hasta muy lejos el comun alimento; que sus hijos, incapaces de resistencia, se hallaban espuestos á la rapacidad de los animales homicidas, su ternura se alarmó, y la fuerza del amor paternal exitó su industria, cercó su morada con ramas clavadas sobre el suelo y cavó el primer foso.

Bien pronto admiró los prodigios de la vegetacion y advirtió que los frutos esparcidos en la tierra germinaban y producian plantas cargadas de frutos semejantes. Un bosque abrasado por el rayo le reveló el poder del fuego, del que se sirvió para sus necesidades nacientes.

Su voz flexible y sonora le facilitó imitar el grito de los animales; y las exclamaciones inarticuladas que le arrancaban la sorpresa y el júbilo, la admiracion ó el amor, formaron un lenguaje, cuyo vocabulario se grabó fácilmente en su memoria.

Acaso desde estos tiempos remotos comenzó la música primitiva que inspiró á los hombres el cuadro de las maravillas de la naturaleza para acompañar las espresiones de su entusiasmo poético, y ese canto que existe desde el

principio de los siglos sobre todas las montañas del globo. Esos ecos que atraviesan los montes repiten los mismos aires que los hieren, y el hombre *nómado*, notando desde luego que los ecos le repetían su grito en diferentes tonos, se volvió músico, imitando á la naturaleza.

Apenas el hombre sacudió las primeras trabas que tenían cautiva su imaginacion y que sintió la fuerza de la necesidad, inventó nuevas armas para defenderse contra las agresiones; á pesar de eso, notó que algunos intentaban franquear el foso de su morada y arrancar las palizadas que impedían la entrada á ella, y los habitantes de las habitaciones mas cercanas, por una obligacion tácita, ó por un convenio espreso, se prometieron socorros y mútua proteccion. He aqui el origen de las primeras poblaciones.

Por mucho tiempo facilitó estas reuniones la sola adopcion de un mismo language, y se propagaron y aumentaron á virtud de los tratados y de las alianzas. De este impulso rápido, se escapó bien pronto una poblacion superabundante. Los mas jóvenes, formados en colonias, fueron á demandar otra pátria á puntos mas lejanos, y separados del pueblo indigena, enriquecieron el asilo hospitalario con las preciosas invenciones de sus padres.

Tres de estas colonias primitivas en razon de su importancia, han llamado especialmente la atencion de los historiadores.

Los Atlantes se apoderaron del monte Atlas, estendiéndose en el Africa y sobre las costas del Asia.

Los Persas ó Parsis aparecieron sobre la parte mas elevada de la Asia, y aumentaron su conquista con nuevas tierras, libertándola de las aguas que la inundaban, merced á su industria agrícola.

Los Scytas ó Celtas se estendieron al norte del Asia,

y en gran parte de la Europa hasta las islas Británicas.

Tal fué, mis apreciables lectoras, la parte que se adjudicó cada una de las tribus errantes y que formó las primeras poblaciones y los primeros gobiernos despues del patriarcal. Estas diversas colonias marchaban á paso de gigante hácia la civilizacion. Entre los Atlántides, se colocan comunmente el opulento Sirio, el Fenicio, padre de Cartago, y el Etiope. De los Parsis del Asia se derivan los Asirios, y los Persas, fundadores de los primeros imperios conocidos; pero todas estas naciones casi se ven olvidadas al presentarse los Egipcios, que se conceptúan por su ilustracion y su dedicacion á las ciencias, como que merecen cierta preferencia sobre todas las naciones, y cuyos anales nos proporcionan mayores datos en su historia para conservarlos en el derecho de antigüedad que reclaman.

Descripcion del Egipto y de sus habitantes.

El fabuloso origen del antiguo Egipto se pierde en el origen de los tiempos, y su reino florecia ya en el gobierno de los patriarcas. El Egipto es un pais de la Africa, que separado del Asia por el mar Rojo, contenia un gran número de ciudades, de las que Menfis, Thebas y Heliópolis eran las capitales del Alto, Bajo y Medio Egipto.

Celosos estos pueblos de immortalizarse en la posteridad, habian hecho construir inmensos obeliscos con los que adornaban sus plazas públicas: hoy muchos de estos monumentos cargados de inscripciones religiosas, han sido trasportados á Roma, y uno de ellos, el del Luxor, acaba de ser colocado en una plaza de Paris.

Pocas de nuestras lectoras no habrán oido hablar de las famosas pirámides de Egipto y de las sumas considerables que muchos príncipes sacrificaron en su elevacion, con el objeto de eternizar un nombre de que se olvida con fre-

cuencia la historia cuando no lo ve recomendado sino por semejantes empresas. En efecto, ¿qué de esacciones se habrán cometido para proporcionar estos gastos inmensos, y cuántos hombres habrán perecido víctimas de esa ambición quimérica!

Pero al lado de esos delirios y de esas estériles creaciones, el lago *Moeris* perpetuó el nombre del rey que mandó construirlo con el fin de corregir la irregularidad de las inundaciones del Nilo. Cuando el desborde de este río salía fuera de medida, el lago recibía las aguas sobrantes; y cuando el país estaba amenazado de esterilidad, cortaduras saludables iban á dar nueva vida á las tierras disecadas.

El Egipto es un país privilegiado, que ofrece un aspecto de abundancia debido al río Nilo, que recorriendo un espacio de más de quinientas leguas, lo riega abundantemente, depositando un limo de una fecundidad siempre naciente, desde mayo á setiembre, volviendo después á su curso ordinario.

El Egipto, á estas ventajas naturales, reunió el genio activo de sus hijos que cultivaron con el mejor éxito las ciencias, las artes y la política. Muchos personajes célebres de la Grecia, como Homero, Pitágoras, Licurgo y Solon, fueron á tomar al Egipto lecciones de filosofía con que enriquecieron á su patria.

El reino de Egipto era hereditario, pero los príncipes, lejos de satisfacer sus pasiones, á pesar de sus caprichos, sufrían los que se les imponían tanto en su mesa y sus vestidos, como en las leyes que reglaban su conducta; de este modo descollaba una admirable sencillez que producía la felicidad de sus subordinados. Para mantener este amor del bien público, mientras que el pontífice cubría de maldiciones á los malos ministros, un heraldo leía ca-

da día al soberano las buenas acciones de sus predecesores. Treinta egipcios escogidos por el monarca eran los oráculos de la justicia; del cuello del presidente pendía una pequeña efigie de la verdad, á fin de recordarle sin cesar que á vista de ella debía prescindir de todo afecto ó consideracion personal. Los sacerdotes egipcios eran depositarios de los archivos y de los libros sagrados; no revelaban al pueblo sino lo que querian sobre los misterios de su religion, cuya base era la inmortalidad del alma.

Los egipcios, entusiastas ridiculos, adoraban á la vez y con el mismo fervor un fruto de la tierra, un perro, ó un crocodilo, que á Osiris y á Isis, bajo cuyas figuras representaban al sol y á la luna. En su celo supersticioso miraban como un odioso sacrilegio la muerte de un ibis ó de un gato. El buey Apis gozaba de una veneracion particular; al momento que moria cada egipcio hacia resonar el aire con dolorosos gemidos, y se abstenia de bañarse y de toda diversion hasta que los sacerdotes encontraban al buey que debia sucederle; una mancha blanca sobre la frente en forma de una luna creciente, les indicaba el celeste origen; entónces los trasportes del gozo público acompañaban á su instalacion solemne en el templo.

Los egipcios se distinguian entre las demas naciones por los ritos piadosos que acompañaban á sus funerales: embalsamaban el cuerpo del difunto, y lo entregaban despues á su familia, que lo encerraba en una especie de nicho practicado á este efecto en una pared. Durante la ceremonia religiosa, el acusador público recordaba toda la vida del difunto; si su conducta había sido la de un hombre de bien, se hacia su panegirico; pero si se hallaba tildado con una mala accion, se le privaba de los honores de la sepultura. Los reyes mismos no estaban esentos de este tribunal augusto, ni de este terrible juicio.

El ejército egipcio se componia de soldados muy ejercitados de antemano en las fatigas del combate: se les acostumbra desde la infancia á correr á pié y á caballo y sobre carros armados, formando con ellos una línea defensiva contra las agresiones estrangeras.

El adulterio era castigado con penas muy severas: se azotaba con varas hasta que sucumbia, al hombre condenado de este crimen, y se cortaban las narices á la mujer á quien se le probaba haberlo cometido.

Nacidos en un fértil clima y bajo un cielo inspirador, los egipcios se aplicaron al estudio de las ciencias, y á ellos se deben las primeras bibliotecas, las primeras nociones de astronomía, de geometria y de agricultura, y fueron los que inventaron el Zodiaco y dividieron el año solar en 365 dias.

Os he dado, amables suscritoras, estas ligeras nociones de los usos y costumbres de los antiguos pueblos, omitiendo las indicaciones que se hallan en algunos historiadores sobre los primeros príncipes y los reyes pastores, como todo lo demas que solo se funda en los delirios de los tiempos fabulosos y de los siglos heroicos, porque estoy bien persuadido de que semejantes nociones, solo pueden servir para cansar la memoria con hechos oscuros, absurdos ó equivococ.

Reyes principales de Europa.

Menés es el primer rey de Egipto sobre el que se tienen algunos datos históricos mas fijos; pero antes de él debió haber algunos otros monarcas, porque para construir á Menfis, hizo cambiar el curso del rio Nilo, cuyo trabajo supone una nacion fuerte y poderosa y bastante adelantada ya en las artes. En el Egipto, como en todas partes, la poblacion fué primero salvaje y despues conquis-

tadora, haciendo tributarios á sus vecinos vencidos. Bien pronto se elevó en su mismo seno un hombre mas interesante que atrajo á su rededor á todos estos vencedores parciales. Tal fué seguramente el origen del reinado ó de las monarquías.

Busiris II, uno de los sucesores de Menes, hizo construir la famosa Thebas con sus cien puertas, y estableció en ella la capital de su imperio.

Despues de muchos años Moeris inmortalizó su reinado con la construccion del lago de que hemos hablado antes. A pocos años, el Egipto fué invadido por los árabes que bajo la denominacion de reyes pastores gobernaron por mas de doscientos años los paises que habian sometido. En seguida la historia calla y los historiadores caen otra vez en el dominio siempre vago de las conjeturas, sin poder enlazarse el hilo de ella hasta el gran Sesostris. Su padre el rey Amenofis lo habia preparado para los altos destinos á que estaba reservado, haciéndole dar una educacion fuerte y severa en que la caza y los demas ejercicios del cuerpo lo ocupaban completamente, á la vez que desarrollaban las fuerzas de sus miembros. Despues de haber hecho tributaria á la Ethiopia, sometió este príncipe una gran parte de la Asia, dejando en muchas partes de ella inscripciones que testifican sus triunfos, y volvió al Egipto cargado de despojos preciosos despues de haber recompensado dignamente á los compañeros de su gloria. Entónces aprovechándose de las ventajas de la paz, crió instituciones notables, fomentó los giros del comercio por medio de canales que multiplicaron sus comunicaciones, é hizo erigir muchos templos en accion de gracias de sus victorias. Ciego ya en los últimos dias de su vejez, se dió la muerte despues de un reinado de treinta años.

Es preciso franquear un intervalo muy considerable, en que Ferón, Proteo y otros reyes oscuros, apenas dejaron hechos dignos de notarse, para llegar al año de 660 antes de Jesucristo, época en que reinaba Psammetico, el cual subió al trono gracias al decreto de un oráculo, y se sostuvo en él merced á las tropas griegas. En recompensa de este servicio abrió sus puertos á los pueblos sus auxiliares y entabló con ellos relaciones de comercio.

Nekos su hijo le sucedió é ilustró su reino con una empresa que coronó el éxito mas feliz. Hizo partir del mar Rojo algunos buques con orden de descubrir las costas de Africa. Los intrépidos exploradores engrandecieron el dominio de la ciencia, y despues de tres años de fatigas y peligros, volvieron á Egipto por el estrecho de Gibrantar.

Nekos tuvo por sucesor á su hijo, que fué destronado por Amasis, quien legitimó en cierto modo su usurpacion, con la nueva estension que dió al comercio y con la acogida que hizo á Solon y á Pythagoras, que atrajo él mismo á sus estados. Pero no obstante estos progresos fué el último de los reyes de Egipto, pues que en el reinado siguiente, es decir, 525 años antes de Jesucristo, Cambyses, rey de Persia, subyugó todo el Egipto.—I. G.

LA INDOLENTE.

HAY algunas señoritas que no pueden dejar de ser indolentes, no obstante su mucha inclinacion á la sociedad, y á pesar de la ansia con que buscan los placeres y diversiones que en ninguna parte encuentran. Si se les examina con alguna atencion, se conocerá que donde quiera se hallan con la imaginacion vacía y su corazon distraido, fastidiadas de dia y noche, y causando fastidio á los que

que tienen la desgracia de tener que tratarlas. Parece que están ocupadas, y en realidad nada hacen, corren sin cesar y se encuentran en un mismo sitio; se lamentan de que la vida es demasiado corta, y con las ocupaciones en que la emplean, á cualesquiera parecerá demasiado larga; miran con pesadumbre que se acumulan sus atenciones y sus tareas, que apenas empiezan y jamas concluyen, deploran la multitud de sus quehaceres, olvidándose de que el trabajo es el único medio de minorarlos. Les sorprende á veces el ver que se acerca el fin de un mes ó de un año, y sin embargo, cada mañana se preguntan á sí mismas, en qué pasarán el dia, sin tomarse la pena de reflexionar en qué han pasado el anterior. Suspiran en verano por el invierno, y echan de menos el frio en tiempo de calor; por la mañana quisieran que fuese de noche, y en la noche anticiparian de buena gana la mañana inmediata, que cuando llega, no deja de cansarles bien pronto.

Estos seres desgraciados parecen empeñados en hacerse infelices cada vez mas y mas: por lo comun carecen de ideas ó al menos de fijeza en ellas, y una tan infundada como frecuente voluminidad les impide aun el ejercicio de su voluntad, siendo muy frecuente que ignoren ellas mismas lo que quieren y cual es el objeto verdadero de sus deseos. Contra un mal tan cruel y de tan funestos resultados como es el de la indolencia, no ha podido encontrarse otro remedio que la tenacidad en un constante trabajo que fije toda la atencion sin divagacion alguna: contribuye tambien la intempestiva variacion de objetos, de usos y costumbres. El campo, los alimentos y las ocupaciones sencillas de un pueblo, han sido alguna vez bastantes para cambiar el fastidio y displicencia de una jóven en una indolente corregida.—*I. G.*

LITERATURA.**POESIA.—Remitido.****MI DESTINO.**

No juzgaba ¡oh dolor! que con mi llanto
Se calmara mi amargo padecer;
O que fuera sensible á mi quebranto
El tierno corazón de una muger!

Mas ¡ay! en vano compasion implora
Trémulo el labio y lleno de pasion;
Una fantasma horrible y vengadora
Me responde: “¡tormento y maldicion!”

Y estos acentos hórridos que suenan
Cual huracan que en las montañas zumba;
De espanto al alma miserable llenan,
Repitiendo: “¡las penas ó la tumba!”

¡Ah si la tumba compasiva fuera,
En su frialdad mi fuego se calmara,
Y el sueño eterno plácido durmiera
Si el llanto de esa hermosa la regara!

Mas yo cruzo la vida transitoria
Yendo en pos de una mágica beldad,
Que cual sombra fantástica ilusoria,
Huye y se pierde en negra oscuridad.

¡Ay! mi vida es mas triste que la muerte,
Y en su libro fatal está ya escrito:
Que he de ir gimiendo hasta el sepulcro inerte
De infausto amor el natural delito.—M. E.







Lady Blessington

LADY BLESSINGTON.

LA condesa de Blessington, tan célebre en Inglaterra por sus gracias como por su belleza y su talento, es una de aquellas felices celebridades que han sobrepujado todas las distancias. Aun antes de haber visto su hermoso retrato, la Francia habia comenzado á amarla en cuanto leyó un libro muy ingenioso y lleno de interes que la condesa escribió sobre Lord Byron, que en nada se parece á ninguna de las enfáticas biografías con que se ha visto perseguida tan miserablemente la memoria de aquel gran poeta. Este libro, en que Lady Blessington se manifiesta haciendo su mas parecido retrato, se intitula: Conversaciones de Lord Byron con la condesa de Blessington.

La primera vez que la condesa vió al Lord, fué en Génova en 1822. La vida del gran poeta en aquella época se habia cumplido enteramente: nada tenia que emprender en este mundo á escepcion de su viage á Grecia. Esta pausa de un dia en la vida de Lord Byron, cuando revisó todos sus poemas, agrupó todos sus escándalos y acabó todos sus amores, cuando todos sus enemigos estaban espantados, hecho su testamento y sus memorias escritas, cuando habia apreciado en su justo valor á todos sus amigos á escepcion de Tomás Moore, que traicionando su confianza debia atraerse los odios del poeta: este momento, digo, es ciertamente una época memorable, en la que Lady Blessington ha escrito la biografía de nuestro héroe, incompleta, sin principio ni fin, llena de sarcasmos y de palabras de amor, de rasgos de entusiasmo, elegante, absurda, apasionada, en una palabra, tal cual debia ser la vida de Lord Byron, una vez que habia cumplido su destino.

El primer efecto que produjo Lord Byron sobre el es-

piritu de su bella compatriota debió ser poco agradable al poeta, que tenia tanta vanidad como amor propio. Visto al través de su aureola poética, visto de lejos, y visto bajo la capa del D. Juan, Lord Byron habia parecido á Lady Blessington con una talla mas elevada, imponente, digna y melancólica, le habia parecido mas héroe; sin embargo, lo que quedaba al hombre visto de cerca, todavía hacia reconocer al poeta. Su cabeza era hermosa y bien hecha, su frente descubierta, elevada y noble, sus ojos azules muy grandes y llenos de espresion; su nariz, mas bella de perfil que de frente; su boca admirable, bien hecha, fuerte, burlona, desdeñosa sin afectacion y con dientes tan blancos como bien colocados. Su rostro era pálido; pero con aquella palidez que se hermana tan bien con los cabellos negros. Su trage, que nuestros jóvenes se figuran tan de moda, su caballo que algunos creen tan hermoso, y su equipage, que algunos juzgan conforme á las descripciones de sus poemas jamas han existido; son vanas ilusiones de su imaginacion ó de la de sus lectores. El trage de Lord Byron era comprado en una tienda de las de la última clase, y ni su caballo era bueno, ni él sabia montarlo. Su timidez era notable; á cada tropezon del caballo caía frecuentemente, é iba paso á paso siempre que el camino era un poco difícil.

En cuanto á su habitacion, estaba en armonia con su trage y arneses de montar. «Yo tuve ocasion, dice la condesa, de ver su cama, y era el mueble mas vulgar y ordinario que pueda imaginarse; la hechura, así como los demas muebles, eran de muy mal gusto.»

No es creible cuanto placer me han dado estas líneas. Hace mucho tiempo que estaba fatigado al ver que lo que se llama el gran mundo, hacia de Lord Byron, un hombre á la moda, un dandy, un elegante. Me parecia que

algo le faltaba cuando me lo figuraba tan ocupado de su peinado, sus coches, sus caballos, sus sastres y todas esas insignificantes y ridiculas fruslerías del gran tono. Yo quiero á Lady Blessington porque ha justificado para mí, bajo este concepto á Lord Byron, á quien quiero ver entre los poetas y no entre los Lores, y á quien deseo borrar de la lista de los dandys ó de los elegantes.

Pero volviendo á las conversaciones de Lord Byron y de Lady Blessington, es preciso recordar que Lord Byron solo ha escrito versos, y que pocos puede ya escribir ántes de su muerte: que toda su poesía, toda la hiel y todo el dolor de su alma, debían pasar á sus discursos y conversaciones que nos ha conservado Lady Blessington.

Desde luego se conoce que tratándose de unas conversaciones sencillas sobre toda clase de asuntos, no podia Lady Blessington poner mas lógica que la que ha usado el mismo Lord Byron, ni espesar sus conversaciones sino cuales fueron. La primera persona de quien le habló, fué de Lady Byron. «Le he lanzado bastantes epigramas, decia, pero el sarcasmo no era sino el del amor vuelto á mi corazon, y yo me arrepentia de haber abierto este pobre corazon al público.» Hablando de la bella condesa italiana Güicciolo: «¡Oh! es una muger generosa y elevada, ha hecho por mí todos los sacrificios posibles, y ha empleado toda su influencia para impedirme que terminara, ó al menos que corrigiera el *Don Juan*.» Y como Lady Blessington le diese á entender que la condesa Güicciolo habria sido muy desgraciada con él, «Teneis razon, le contestó, mis gustos y hábitos no son propios para hacer la felicidad de una muger, y mucho menos de una italiana. Estoy convencido de que en el temperamento poético, hay algo que disminuye la felicidad. ¡Desgraciada de aquella que ama á un poeta; pero si muere ántes que él, se verá bien vengada!»

Hablando de Napoleon Bonaparte (y tenia derecho de hablar de él; porque fué el primer poeta del mundo que imaginó que Bonaparte caido y viviendo todavia, era ya un ser poético:) «Atravesar la Italia sin pensar en Napoleon, decia él, seria pasar á Nápoles sin ver el Vesubio. Napoleon es un coloso caido de su pedestal; pero como la estatua de Mémnon aun caida, nada ha perdido de su altura.”

Al recordar á Sheridan esclamaba: ¡Qué alma tan grande de la suya; pero helada por la pobreza, al ver nadar en el oro á aquellos cuya vida habia pasado, y cuyas sombras habia iluminado con el reflejo de su genio! Sibaritas cuyo sueño habia sido turbado por una hoja de rosa y que lo dejaron morir sobre la cama de la miseria. Es en efecto una mancha imborrable en la frente de la aristocracia inglesa, haber dejado morir sobre unos escombros al pobre y honrado Sheridan, habiendo reducido á esta grande alma á vivir en medio de las humillaciones, hacerlo emplear la mañana en gracejos y bufonadas para calmar á sus acreedores, y la tarde y la noche en llorar y sonreirse alternativamente para divertir una mesa de convidados estúpidos y beodos.”

Pero el hombre que preocupaba mas al Lord Byron era su émulo, el célebre Sir Walter Scott; hablaba de él siempre con la mas viva admiracion, al considerar su genio como autor, y con la estimacion mas afectuosa al considerar sus cualidades como hombre privado. Walter Scott era en efecto la única gloria que podia inquietar á Byron, porque era una gloria tan feliz, honrosa y tranquila como incontestable. Byron miraba la felicidad de Walter Scott sin envidiarla, y la admiraba porque reconocia en sí mismo que si él hubiera encontrado mas indulgencia en los demas, habria sido el mejor de los hombres. Hablando una vez de una persona desgraciada por su fal-

ta, dijo: «Si es desgraciado por culpa suya, debe quejarse doblemente; porque su conciencia envenena la llaga de los remordimientos. Le tengo compasion por sus faltas, y lo respeto por su desgracia.»

En resúmen, en el libro de Lady Blessington se ve al Lord Byron tal cual es, y hasta Tomás Moore, que ha puesto sus manos pérfidas en las memorias de su amigo, se ha visto precisado á confesar que las conversaciones de Lady Blessington, son la biografia mejor y mas verdadera de aquel poeta. Lady Blessington no le defiende, pero le retrata al natural sin exageracion, y ha sabido recoger con un esmero religioso el último suspiro de este hombre muerto tan lejos y tan jóven, conservándonos los últimos restos de aquella inteligencia consumida al fuego de las pasiones.—JULIO JANIN.

[Tomado del *Keepsake francés de 1838.*]

EDUCACION.

EJERCICIO FÍSICO DE LOS NIÑOS.

NO es posible preservar la salud ni promover el desarrollo del cuerpo y el de los sentidos y espíritu, sino cultivándolos simultáneamente: verdad es esta que debieran siempre tener presente las madres de familia. Solo ejercitando las fuerzas físicas se logra llegar á tener un cuerpo sano y robusto; pero las facultades perceptivas se embotarán con el desuso, y las intelectuales serán tardías y siempre poco eficaces: por la inversa si prestamos toda nuestra atencion educando á un niño al cultivo de los sentidos, vendremos á formar un esperto mecánico ó un hábil artífice, pero no sin peligro de que su físico sea debil y su mente inhábil para dixerir otras ideas que las pertenecientes al ramo á que se haya dedicado.

Los que están acostumbrados á ver niños medianamente bien educados sin observar con atencion los varios medios que para el cultivo de su cuerpo y espíritu se han empleado, no comprenden como un niño que puede usar libremente de sus miembros haya de sufrir tanto en su constitucion misma por la falta de cultivo de sus facultades intelectuales; pero si examinaran de cerca lo que sucede con los niños de la clase menesterosa, por lo comun abandonada y abyecta, se convencerian muy luego de la importancia y utilidad de desarrollar á la par las fuerzas físicas, la mente y los sentidos.

El ejercicio mas saludable para los niños, es seguramente la carrera y el juego al aire libre, y de este necesario ejercicio que la naturaleza sabiamente ha convertido para ellos en placer, no se les debe privar en ningun tiempo, no siendo precisamente el del mayor rigor de las estaciones. En las grandes ciudades es difícil por lo regular proporcionar á los niños que habiten y jueguen en parages donde se respira aire puro; pero no debe perdonarse sacrificio alguno para conseguirlo, mirando este punto como esencialísimo para su salud. Los niños que han adquirido la costumbre de salir diariamente de casa, aunque solo sea por una hora, padecen indudablemente si se les priva de tan útil recreo, y así es que se ponen tristes, displicentes, y de mal humor, como que el ejercicio al aire libre es esencial no solo á la salud física, sino á la mental, por decirlo así.

Al cultivo de los sentidos y de las facultades intelectuales puede muy bien atenderse durante estos paseos, contribuyendo así eficazmente al solaz y diversion no solo de los niños, sino tambien de sus madres: digo de sus madres porque supongo que solo una imposibilidad absoluta debe privarlas del placer de acompañar á sus niños en el paseo y aun en sus alegres juegos. La extraordinaria

ría influencia de esta circunstancia en el carácter moral del niño es incalculable. En paseo hay mil ocasiones de ejercitar el sentido de la vista en el niño, señalándole objetos distantes y preguntándole lo que son; si se equivoca se le acerca mas á ellos repitiendo la pregunta hasta que logra distinguirlos. Un simple guijarro puede suministrar materia para una leccion: examínese su figura, su color, su peso; dese al niño una idea de su dureza comparándole con otro objeto blando, y que pruebe si lo puede romper ó pulverizar entre los dedos como la arena; cojer una flor y enseñar á un niño el nombre de sus diferentes colores y de las partes que la componen, es una verdadera leccion de no poca utilidad. Puede sin dificultad acostumbrársele desde muy temprano á distinguir el diferente olor de las flores ó de cualquiera otro objeto grato al olfato. El oido se cultiva asimismo dirigiendo su atencion á sonidos distintos y variados. Percíbese por ejemplo el ruido de unas ruedas; ¿es un coche, un carro, ó un carruage mas ligero? El canto de las aves y la voz de otros animales suministran tambien un ejercicio útil y fácil de practicar.

Al paso que el niño ejercita de este modo los sentidos, sus facultades intelectuales reciben asimismo un impulso notable. Se le acostumbra á la observacion, sin la cual nada nos dice la página mas bella del libro de la naturaleza; ejercita su atencion examinando diversos objetos con cuidado bastante para poder reconocerlos en lo sucesivo, particularmente si se le exige que haga una descripcion de ellos á su padre al volver á casa. Así se le conducirá gradualmente á percibir la diferencia entre los objetos y las partes que los componen: su memoria tampoco carecerá de ejercicio, y finalmente irá adquiriendo gusto á los goces puros y multiplicados que la naturaleza atesora para sus hijos.

Pero llega la estacion en que no siempre permite el tiempo disfrutar de un paseo por el campo y á veces ni salir de casa; pues no por esto se ha de privar á los niños del libre ejercicio de sus miembros y pulmones, aunque con riesgo de atronar la cabeza de su madre ó nodriza. No es esto decir que los niños hayan de ser siempre alborotadores, pero á veces no solo debe permitirseles, sino inducirles á que jueguen, corran y salten. Quien haya visto los risueños semblantes y oido la alegre algazara de una porcion de niños saltando y riendo en una tarde de invierno, alentados por su padre que se mezcla en sus inocentes juegos, ¿podrá condenarlos con estóica dignidad á la gravedad y compostura del estrado? Déjenseles para su uso las piezas retiradas de la casa, los pasillos y habitaciones en que no haya lumbre, para que jueguen hasta que entren en calor; enséñeseles á dar palmadas guardando tiempo y compás, y acompañándose con la voz, ó á brincar sobre cualquier objeto blando colocado en el suelo.

Estas observaciones parecerán á algunas de nuestras lectoras superfluas y á otras pueriles, pero no merecen ni uno ni otro dictado, máximas cuya adopcion ó desprecio influyen infaliblemente en la salud, índole y disposicion de la niñez. Habitúese á un niño á la quietud y silencio, y será indolente y estúpido: prohibasele el ejercicio vigoroso de sus miembros y de su voz, y muy luego se tocarán los funestos resultados de este error en su debilidad física y mental. Por el contrario, déjesele obrar como niño que corra, brinque, ria, grite, y su sistema muscular y nervioso adquirirá robustez; reinará la alegría en su espíritu, y se hallará así mejor preparado para luchar contra los azares de la vida con energía varonil.

(Semanario Pintoresco de Madrid, del mes de Enero de 838.)





Egle ó la buena hija.

EGLÉ, Ó LA BUENA HIJA.

» **E**N un valle situado entre dos montañas que se elevan magestuosamente por la parte que sale el sol, habia una cabañita á la que daban sombra cuatro grandes álamos. Aquella era la habitacion de la anciana Amina y de la jóven Eglé su nieta, la cual aun no tenia quince años. Desde su primera infancia Eglé habia quedado huérfana, y Amina, su abuela, la habia criado con la mayor ternura. Su amor y sus buenas prendas formaban toda la felicidad y eran la recompensa de la anciana Amina. Al modo que una tierna azucena crece y se abre bajo los esmeros del prudente cultivador, y que para recompensarle de sus trabajos le prodiga los mas exquisitos olores, así la tierna Eglé colmaba de placeres á su buena abuela.

No se ha visto cariño mas tierno que el de estas dos personas, ni mayor felicidad que la que ellas disfrutaban. Algunas ovejas y una vaca pacian en las faldas del valle; un gallo magestuoso, á quien seguian solícitas sus esposas, cantaba junto á la casa, y varias especies de legumbres crecian en su pequeña huerta. Satisfechas y tranquilas con su corto haber pasaban Eglé y Amina una vida tranquila y deliciosa bendiciendo á la Providencia, y no deseando mas que la continuacion de aquella felicidad; pero la Providencia determinó probar el corazon de Eglé.

Sobrevino un invierno tan cruel, que los mas ancianos de aquel pais no habian visto otro igual. La nieve caia sin cesar, y no se conocia ya en el suelo ni los limites que separan los campos, ni los abrojos que rodean los caminos. Eglé y su madre (pues no daba otro nombre á su abuela)

se encerraron en su cabaña dando gracias al cielo de que les hubiese proporcionado aquel asilo.

Por fin, al cabo de unos frios los mas rigurosos, se vió brillar el sol de la primavera; y los árboles empezaron á dar de sí las hojitas verdes con que empiezan á anunciar su vegetacion: el trigo empezaba á brotar saliendo por encima de la nieve, y pronto de lo alto de los montes empezó á derretirse, arrojándose en cascadas impetuosas por el valle y formando un rio arrebatado. Caen grandes pedazos de hielo con estruendo y arrastran consigo cuanto se encuentra al paso. ¡Dios mio! exclamarán estremecidas nuestras lectoras, ¿y qué sucedió á Amina y Eglé? Amina, señoritas, viendo que el agua penetraba en su habitacion, trémula y desconcertada se echa en los brazos de Eglé. Ven, querida mia, exclamó, ven, abandonemos nuestra casita, que seguramente no volveremos á ver mas. No, no volveremos á verla. Adios querido asilo, adios á los frondosos, adios viña mia que rodeabas mi amada habitacion con tus hojas verdes; no, ya no hay felicidad para mí, pues pierdo mi chocita, mis álamos y mi viña. Al decir estas palabras Amina prorrumpia en un torrente de lágrimas, y Eglé inmóvil junto á ella lloraba tambien, y miraba la cabaña.

Retiráronse entónces á una de las montañas, llevándose consigo la vaca y las ovejas, y pronto vinieron los destrozos de la casa, nadando por encima de las aguas del torrente.

Tú te criaste en el seno de la felicidad, dijo Amina á su hija; yo vivía en la confianza de que no conocerias jamas la adversidad; y actualmente nos vemos sin asilo para podernos poner al abrigo de los vientos y las tempestades. Si vendemos este rebaño, podremos proporcionarnos otra choza, pero nos será indispensable trabajar para

vivir.—Querida madre, respondió Eglé, aunque me veais tan tierna, tendré fuerzas suficientes y trabajaré, te alimentaré; tú que eres débil descansarás; confíame el cuidado de tu vida, pues bastante lo hiciste por la conservación de la mía. Yo sembraré, espigaré, se me verá en todas las cosechas, en todas las vendimias, todos los días te traeré el fruto de mis trabajos, y te diré: «Este es el precio de los sudores de tu hija: tómallo y bendicela.» No, hija mía, no, le respondió Amina, tu débil trabajo no nos puede sostener; sin embargo, bendito sea Dios que dió á mi hija un corazón tierno y sensible.

Hablando de este modo llegan hasta una casa de campo, y viendo allí al amo, Amina se para y le dice. Tú tienes un asilo, árboles que te dan sombra, y una viña, cuyos frutos te son sabrosos, y además rebaños que corren por la verde pradería; yo he tenido los mismos bienes, pero todo estaba en el valle, y este no es más en el día que un río destructor. Los que son dichosos deben socorrer á los que no lo son: compra mi rebaño para que yo pueda tener un abrigo para mí y esta niña.

El colono acepta su propuesta y les dá un abrigo: al cabo de pocos días Amina compra una cabañita, pero en ella no había olmos, viña ni jardín.

Mis manos tiernas y débiles, dice Amina á Eglé, no pueden hacer otra cosa que hilar, esto lo haré desde el amanecer hasta la noche: tú vete á encontrar al colono, quien sin duda tendrá piedad de nuestra desgracia, pídele que te encargue el cuidado de uno de sus rebaños. Eglé obediente á su madre va á encontrar al colono, quien le entrega una porción de ovejas para que las conduzca por aquellos prados: por la tarde iba ella con su madre á un parage del monte desde donde se descubría el valle, y Amina suspiraba mirando los álamos que el

torrente habia respetado.—A su sombra, decia, mis cabellos han encanecido, y á su sombra confiaba yo terminar mis dias. La buena Amina lloraba, y sus lágrimas llenaban de amargura el corazon de la sensible Eglé.

Entretanto la estacion iba adelantándose, y Eglé y su madre se acongojaban de ver acercarse el invierno. Amina llena de pesadumbre y de sobresal o escaseando el alimento, se vió acometida de una fiebre lenta que la conducia al sepulcro, y la pobre Eglé se desesperaba. Una tarde que venia de dejar su rebaño, habia hablado de su miseria al colono, el cual arruinado tambien por los rigores del último invierno, no habia podido darle mas que muestras de compasion, y algun corto auxilio, apenas suficiente para pasar el dia. Ningun recurso se presentaba ya á su imaginacion, y tenia que ver perecer lentamente á su madre, y seguirla al sepulcro. Mientras estaba abismada en toda la amargura de sus reflexiones, acertó á pasar junto á ella un hombre, cuyo trage le daba á conocer por habitante de la ciudad. Eglé, llevada de un movimiento casi involuntario, le para, y como no conocia mas language que el de la naturaleza, le dice con una voz casi ahogada: Vos no me parece que os hallais en el infortunio. Mi madre está muy enferma y carece de alimento, ¿y no habrá un remedio para que no perezca?

Mientras decia estas palabras estaba temblando de tal modo que apenas podia sostenerse. Su rostro se hallaba encendido y bañado en lágrimas. El extranjero la miró y le dijo con un aire de bondad: ¿con que segun parece eres muy desgraciada? La única respuesta que pudo darle Eglé fué un profundo suspiro. Pues bien, continuó él, dándole una moneda de oro, pueda este débil auxilio devolver la salud á tu madre; pero yo quisiera saber la causa de vuestros infortunios. Eglé se la contó circunstan-

ciadamente, y mientras que estaba hablando, el extranjero iba concibiendo el designio de socorrerla con mayor estension; pero antes queria probarla y conocerla mejor.

Eglé concluyó su relacion, añadiendo con tristeza: Ah señor! vuestra bondad va á devolver la vida á mi madre, pero no podrá ser por mucho tiempo: el invierno se acerca; y ¿qué harémos entónces, buen Dios? Los sollozos la interrumpieron. Yo voy á ofrecerte un medio de subsistir, dijo entónces el extranjero; sigueme á la ciudad y ven á servir á mi esposa. El salario que te daré será suficiente para alimentar á tu madre, y si quedo contento de tu servicio, prometo volver á edificar vuestra cabaña.

Yo separarme de mi madre, exclamó Eglé, y ponerme á servir! ¿Pero qué digo? añadió luego; generoso extranjero, concededme algunos dias para participarlo á mi madre y obtener su consentimiento: compadeced mi debilidad; iré... serviré... sí... la dejaré. Hombre bienhechor, ojalá el cielo derrame sobre vos todas las bendiciones que nos ha negado!...

Separáronse los dos, y Eglé se fué á encontrar á su madre, á la que entregó la limosna del extranjero, pero le calló las propuestas que le habia hecho. Como Amina estaba todavia tan débil, no hubiera podido sostener la idea de una separacion tan dolorosa.

Apenas Amina hubo recobrado algunas fuerzas, cuando apoyada de su hija quiso ir á ver el valle. Sentóse á la falda de la colina y Eglé, triste y pensativa se sentó junto á ella. El torrente, decia Amina, se llevó toda mi felicidad con la cabaña. ¡Ay de mí! Yo no volveré á recobrar jamas mi casita ni mi felicidad.

Eglé entónces se echa en sus brazos llorando. Querida madre, no te abandones á la tristeza: tú las recobrarás; pero será con la condicion de que me pierdas. En-

tónces le contó precipitadamente todo lo que le habia dicho el extranjero. Amina la estrechaba en su seno. No, no me dejes, le decia, no hija mia, no abandonarás á esta pobre madre que no tiene otro consuelo que á ti. Yo moriré pero será en tus brazos. ¡Oh cuánto mas dulce me será esta muerte que la mi-ma vida, si durante esta tuviésemos que estar separadas! Reflexiones mas prudentes calmaron los primeros movimientos del dolor. Fué preciso, pues, ceder á los consejos de la razon, y quedó resuelto que la separacion se verificaria. ¡Cuántos combates, cuantas lágrimas se derramaron antes que decidirse á esto! Por fin Eglé hizo avisar á su nuevo amo que dentro de pocos dias pasaria á su casa.

Determinada á salir de ella sin avisar á su madre, se levantó un dia al amanecer. El rocío de la aurora aun no habia sembrado de perlas las verdes praderías, y un débil crepúsculo daba á la tierra un resplandor que se confundia con las sombras de la noche. Todos dormian, la misma Amina á pesar de sus penas estaba tambien entregada á las dulzuras del sueño.

Estando á punto de partir, Eglé le dió con mucho cuidado un beso en la frente. Adios! le dijo bañada en lágrimas. Adios! la mejor y mas tierna de las madres! ¡quiera el cielo que no te abandones á un exceso de dolor, que no seas tan infeliz como yo! Velad sobre ella, Dios mio, velad sobre mi madre; tended vuestra mano bienhechora sobre su cabeza encanecida.

Sofocada por su dolor, continuó Mirra, Eglé salió de su cabaña, y reuniendo todas sus fuerzas, se escapó tan aprisa como pudo sin atreverse á volver á mirarla.

Faltóle el valor luego que empezó á ver los altos edificios de la ciudad, y corrieron de sus ojos las mas amargas y abundantes lágrimas. Sentóse á la sombra de un

manzano, cuyos frutos se inclinaban hácia ella, como convidándola á que los cogiera. Gran Dios! exclamó con una voz que interrumpian los sollozos: con que esta es la última vez que me sentaré en estos frescos y floridos prados! ¡Hermoso árbol! tú serás el último que estenderá sobre mí su sombra agradable! Volvió entónces la vista á la parte de levante, en donde los primeros rayos del alba empezaban á dar sobre la cabaña de su madre. ¡Y tú, brillante aurora, continuó: tú que derramas tus rosas sobre nuestra cabaña, tú que desde mi infancia me llenaste de placer todos los dias, recibe mi saludo por la última vez. Acaso en este momento mi madre desconsolada busca á su hija; tal vez... No puedo proseguir: la aurora, la campiña, desaparecen de sus ojos, y cae en un profundo letargo.

Sin embargo, el valor volvió á entrar insensiblemente en su corazon, y la esperanza de poder sostener á su madre y volver con el tiempo al valle, se reanimó en su alma. Levántase y despues de haber dado una última mirada á aquel inmenso y rico jardin, que se estendia hasta donde la vista no puede alcanzar, se dirige á la ciudad.

¡Con que tendré que vivir aqui! se decia á sí misma, mirando las calles con suma tristeza. Oh madre mia; que para habitar esta triste prision, tu hija ha tenido que dejar la risueña cabaña desde donde nuestros ojos creian ver toda la naturaleza.

Haciendo estas tristes reflexiones, Eglé se para á la puerta de su nuevo domicilio, arrójase á los pies de su ama exclamando, acabo de dejar á la persona que amo mas en este mundo: jamas la olvidaré! siempre la querré de corazon; pero yo voy á amaros como á mi segunda madre; dignaos, pues, mirarme como una de vuestras hijas... Ah! qué digo! ¡Sé yo si podré sobrevivir á tan cruel separa-

cion?... Pero vos, continuó dirigiéndose á su amo, prometedme que si muero volveréis á edificar la cabaña de nuestros padres, para que mi madre pueda terminar en ella los últimos instantes de su triste vida.—El caballero se sonrió; no creo que te mueras, le dijo, pero está cierta que tu demanda queda concedida.

A los tres dias de haber sucedido esto, Eglé arrodillada en su cuartito levantaba sus manos al cielo, exclamando: Dios mio, ¿con que mi madre se halla actualmente tan infeliz como yo? ¿Permitiréis que padezca, y muera separada de su Eglé? Una voz dulce le contestó: querida Eglé no reconoces ya á tu tierna madre? Eglé entonces se arroja á los brazos de Amina, pues era ella misma la que le hablaba, á quien el caballero habia llamado, no queriendo que la triste Eglé padeciese mas tiempo, y estando seguro de que derramaba sus beneficios sobre la virtud desgraciada. Madre mia, dijo Eglé, no te dejaré ya, harto he padecido en estos dias: no, no volverémos á separarnos en la vida. Volvamos al monte, olvidemos los olmos, vivamos juntas, muramos la una en los brazos de la otra, y permanezcamos unidas en una misma tumba.

No, no, vivid, dijo el caballero, vivid y no os separéis. Pronto volveréis á habitar vuestra preciosa cabaña. Figuraos cual fué el consuelo de estas dos mugeres, mayormente cuando vieron que les cumplia la palabra, pues al cabo de poco tiempo quedó reedificada la choza en medio de los cuatro álamos: una tierna viña corria alrededor entapizando las paredes con sus hojas: un rebaño igual al anterior pacia en la falda del valle junto á la joven Eglé, y dos terneras negras hacian resonar con sus mugidos los ecos de aquel recinto: por fin, la felicidad volvió á habitar con Eglé y Amina.

(Galería de Señoritas, escrita en frances por Jumel.)

JULIO 27 DE 1841.

COSTUMBRES MEXICANAS.

EL CORPO DE SANTIAGO TLAFTEROLCO.

DIFÍCIL es trazar cuadros de costumbres nuestras, originales; porque rigorosamente hablando, no las tenemos propias, escepto entre los indios, donde á pesar de las ominosas tres centurias, subsisten algunas de las primitivas, y se conservan ciertas tradiciones, de las que pudiera sacarse mucho fruto todavía por los hombres investigadores y estudiosos.

En nuestras grandes y medianas poblaciones, solo existen restos de los antiguos hábitos, confundidos con los que nos inocularon los españoles, y con nuevas alteraciones, especialmente en la capital de la república y en los puntos litorales, desde que reconquistada nuestra existencia política, se abrió el país á la concurrencia estrangera de todas las partes del globo.

Tales como son, sin embargo, las costumbres que tenemos, merecen formar parte de cuando en cuando de las tareas de los escritores, y llamar la atención de los hombres que meditan. Convencidos de esta verdad, vamos á dar gusto á muchos de los suscritores al Semanuario, que nos han suplicado toquemos esta materia, en la persuasión, de que si los cuadros de costumbres no son otra cosa, que relaciones fieles de las escenas que pasan á nuestra vista todos los días, no dejan por eso de ser necesarios para fijar la meditacion sobre ellas, porque tal es la condicion de la humana naturaleza, que ha menester muchas veces del testimonio ageno para dar ascenso á la percepcion de los sentidos. El camino no es tan lla-

no como parece: la dificultad de presentar detalladamente las cosas, sin fastidiar con minuciosidades pueriles, para patentizar los hechos, y el dar á cada uno el colorido que le corresponde, exigen plumas muy diestras, y precisamente este género puede decirse que es nuevo entre nosotros, si exceptuamos una que otra produccion muy rara.

A pesar de todo, harémos lo que esté en nuestra posibilidad, comenzando hoy por el Córpus de Santiago Tlalotelco, una de las festividades mas antiguas del pais, y de bastante nombradía.

Amaneció el domingo último, como casi todos los dias del año en nuestro privilegiado clima, sereno, templado, alegre y estimulando á los habitantes de México, á gozar las siguientes horas, que desde entónces se anunciaban bonancibles. A las nueve de la mañana (dice el cronista que hace esta relaeion) se presentó en mi casa Mr... á quien habia yo convidado el dia antes para ir juntos á Santiago, y no exagero al decir que hay proyectos de ley que sufren menos discusion, que la que se promovió entre nosotros sobre el modo de emprender nuestra viajata, pues habian ya dado las once, y todavía no estaba definitivamente acordado si iríamos á caballo, en coche ó á pie, porque para todo teníamos razones fuertes. Cedi por fin, temeroso de perder la fiesta, al capricho del testarudo escoces, mi compañero, aferrado en que habíamos de ir en coche; pero la fortuna hizo que no se hallase en toda la ciudad ninguno de providencia, como sucede en tales dias, y triunfó por necesidad mi parecer de ir á caballo con los mejores arneses posibles.

Todo dispuesto, partió la caravana, dije mal, partimos solos mi compañero y yo á un trote continuado hasta la plaza de Santiago, eu la que penetramos con bastante dificultad, por la multitud de coches y caballos que obs-

truan las avenidas. Nos colocamos en una posición favorable, desde la cual pudimos observar perfectamente el lujo de las señoras que no abandonaban sus respectivos carruages, la muchedumbre de trages poblanos en nuestras mugeres de la plebe, la extraordinaria afluencia de indigenas, y la multitud de caballos á cual mas hermoso y mejor enjaezado; de cuando en cuando veíamos pasar uno que otro charro costosísimamente vestido, y yo llamaba la atención de mi escoces entónces, contándole que en otros tiempos estaba mas generalizado el gusto por esta clase de traje en esta fiesta, y que aun hoy venian de largas distancias los hacencados y otros ricachos para ostentar en ella la gallardía de sus caballos.—¡Como que Santiago era buen ginetel me decia mi adjunto.— Ahí viene, le contesté.—¿Quién?—Santiago, sobre su caballo blanco, matando moros todavía; á pesar de que en algun tiempo se quiso poner en lugar de estos á los indios contra quienes se supuso venia á pelear. En efecto, ya la procesion se acercaba hácia donde estábamos nosotros, y mi compañero distinguió bien pronto lo que yo le señalaba.

Disertábamos sobre lo poco notable de esta procesion, que nada tiene que ver con el córpus de Sevilla, de Valencia, ni de México, de que hemos hablado en otro número de nuestro periódico, cuando un cohete estraviado espantó el caballo de mi compañero y amigo y dió con él en tierra. No pude lograr que cabalgase de nuevo, ni que creyese que un cohete habia sido la causa de su descenso: se empeñó en que aquel ruido mas se acercaba á cañonazo que á otra cosa, y entónces yo le hice ver que los indios de la parcialidad y de los contornos gastan en esta fiesta en cohetes cuanto tienen disponible, pero lo que les gusta sobremanera es que truenen mucho.

Me aproveché de la oportunidad de hallarse mi amigo á pie para llevarlo á la iglesia, en la que le hice observar en los arcos y rosarios de flores que habia en ella, otra costumbre de los indios en esta festividad. Luego colocados bajo el cimborio, le enseñé los cuatro Evangelistas que se hallan representados en sus ángulos, los cuales, como son de figura colosal, hacen el mas bello efecto desde la distancia á que los mirábamos, en que imitan la estatura regular. De hito en hito los estuvo contemplando el escocés, y luego me dijo: hombre, esto es muy bueno, están tan perfectamente tallados los evangelistas, sus dimensiones son tan proporcionadas, y tan esquisito en todo el gusto de este relieve, que no temo aventurar que es uno de los mejores que posee México.

Salimos del templo y fui á enseñar á mi escocés la casa de gobierno. Esta, le dije, era la habitacion de los antiguos gobernadores de indios, porque ha de saber vd., que durante la dominacion española se dividió á estos en las dos parcialidades de San Juan y de Santiago Tlaltelolco, que fué siempre la mas numerosa, y los vireyes para cada una de aquellas, nombraban un gobernador ó gefe de indios. En este dia concurría siempre el virey á la casa del gobernador, y hoy lo verifica la municipalidad.—Tiene su parte de historia, bastante curiosa, me dijo el británico, el tal Santiago Tlaltelolco.—Sí la tiene, repuse yo, y si no fuera porque hoy no es dia de contar historias, sino de divertirse, le diría á vd. los pormenores de la llegada de los aztecas á este lugar, como unos 300 años ántes de Cortés; le referiría la separacion de Tlaltelolco del imperio mexicano, rigiéndose por algunos años independiente de aquel, y su posterior union verificada por enlaces de familias de las reinantes en ambas casas. Le hablaria á vd. del sitio de *maa de cien dias*

que sostuvieron los habitantes de Tlaltelolco cuando la conquista, y de otras cosillas no menos ciertas que agradables, y tan curiosas como las que nos refiere Walter Scott del país de vd.; pero ya estamos en la alameda.—¿Cuál es?—Tiene vd. razón en dudarle: aquí debía estar, pero se ha descuidado el plantío de los árboles que debían acompañar á estos pocos, que se hallan tan solitarios y afligidos que no lloran porque no saben llorar. ¡Qué parque tan lindo sería este, si perteneciese á vdes.! Mas entre nosotros!....—Es verdad, me interrumpió; pero en Escocia no tenemos la abundancia de frutas que hay aquí. ¡Qué de tunas, granadas, naranjas, nueces, peras y duraznos! Creo que hay mas que en la plaza de México.

—Quisiera que viera vd. la danza de indios, le dije, para que nada le quedase por ver de esta fiesta; pero no las hay todos los años. Vienen llenos de plumas y bailan con una sonaja en una mano y en la otra una especie de mitra de plumas que en su dialecto se llaman *ayacastle*, ó sonaja.

—Prescindamos por hoy de la danza, aunque la haya, me dijo mi compañero de viaje, y vámonos porque el calor es inaguantable, y mas que el calor el polvo.—Esperémonos siquiera, le dije, á que quemen aquel castillo y den fin con aquellos cohetes.—¡Castillo, cohetes! Para el demonio, dijo el escocés; y sin esperar otra contestación, ni despedirse de mí, montó aceleradamente sobre su caballo, le metió las espuelas y.... hasta ahora no le he vuelto á ver. Se acordaba todavía seguramente del lance del cohete, cuando pasaba la procesion. ¡Vaya una memoria feliz!

REMITIDO.

Sr. Editor del Semanario.—En contestacion al artículo de V., titulado: *El no hacer nada*, inserto en el N. 8 del 15 de junio para que tenga la satisfaccion de saber que no ha predicado en desierto, sírvase V. insertar en sus columnas el siguiente

SONETO.

¡Que cómodo! ¡qué dulce es descansar!
 Levantarse á las doce de dormir,
 Y envuelta en un gran chal de cachemir,
 Emplear hasta las dos en almorzar.
 Allá, al caer de la tarde ir á pasear
 En landó á la Alameda por lucir,
 Volver luego á comer y digerir,
 Cosa en que es necesario trabajar.
 En el teatro en calma sin ardor,
 Pasar la noche ó irse á recoger
 Exenta de tarás y de dolor.
 ¿Viene otro día? Como hoy y como ayer
 Yo vivo sosegada, sin temor
 De mañana tener algo que hacer.—J. MANZANO.

Post-data. No es nada lo que se me olvidaba: para que vea V. que me fundo en autoridad de toda nota, voy á citarle á Breton de los Herreros, que seguramente es de mi opinion en esto de no matarse por nada de esta vida.

LETRILLA.

¡Oh que linda es la pradera
 Un día de primavera
 Cuando la rosada aurora
 Perlas y diamantes llora
 Sobre la yerba y la flor!
Pero la cama es mejor.

¡Cómo es grato entre la sombra,
 Pisando la verde alfombra,
 Por la vereda del río
 Caminar al caserío
 Del vecino labrador!
Pero en un coche es mejor.

¡Oh cómo en estiva siesta
 Regocijan la floresta
 Fresca, lozana y umbría,
 Con su dulce melodía
 El mirlo y el ruiseñor!
Pero la ópera es mejor.

¡Oh que hermosa es la perdiz
 Con su galano matiz,
 Volando de ramo en ramo
 Hacia el mentido reclamo
 Del astuto cazador!
Pero en la mesa es mejor.

¡Oh cómo en la pura fuente
 Bulliciosa y trasparente,
 Entre las menudas guijas
 Sin auxilio de botijas
 Brinda el agua! Si señor,
Pero un sorbete es mejor.

Si no sopla rudo cierzo,
 ¡Oh que bien sabe el almuerzo
 En campiña libre y rasa!
 Sí por cierto, pero en casa
 De mi amigo el senador,
Se almuerza mucho mejor.

HIGIANA.—La pesadilla.

BAJO este nombre no se comprenden todos los ensueños penosos en general, sino un estado en el que la persona dormida, creyendo que se halla en un peligro eminente, no puede hacer uso de sus movimientos ni de su voz para repeler el peligro, huir de él ó pedir favor. Estas engañosas situaciones suelen ser muy variadas, tales como las de la caída en un precipicio, la de verse en un incendio sin poder sustraerse á las llamas que se acercan, el ataque de un asesino, &c. Sin embargo, hay una variedad genérica en esta clase de sueños terribles que espresa mas fijamente la idea de la pesadilla. Constituyen á esta generalmente aquellas posiciones en que durmiendo el hombre se siente oprimido de una incomodidad física causada por un peso ó un monstruo, colocados comunmente en el pecho, y que amenazan ahogarlo. Las gentes del campo suelen decir que una bruja oprime entónces al dormido.

Lo cierto, es que despues de haber padecido cruelmente con esta especie de ensueños, que por lo común tienen conexión con alguna verdadera indisposición física, despierta el individuo fatigado, continuando todavía la espantosa ilusión por algun tiempo en los niños y jóvenes de imaginación desarreglada. La frecuencia de las pesadillas merece atención y cuidado: muchas veces es indicio y aun causa de una afección cerebral grave, como la epilepsia, el histérico y la demencia.

A veces existe la causa de la pesadilla en el centro mismo de la percepción, y otras influye en el cerebro el padecimiento de otro cualquier órgano mas ó menos próximo. Entre las causas cerebrales deben contarse los cuentos espantosos, de que tanto gustan los niños y aun las señoritas de mayor edad, las relaciones ó pinturas fantásticas y sombrías, las emociones terribles ó muy aflic-

tivas, y las vigilijs demasiado repetidas ó prolongadas. La pesadilla simpática puede proceder de un estado particular del corazon, los pulmones, el estómago (y esto suele ser lo mas comun), el hígado &c. Asi es que la padecen con mas frecuencia los aneurismáticos y asmáticos, los que se acuestan con el estómago demasíadamente lleno y se duermen con la cabeza baja, ó boca abajo, horizontalmente ó sobre el lado izquierdo.

Toda persona que repetidas veces padece ensueños tristes ó pesadillas, tiene un interes en averiguar las causas que los producen. Puede observar, pues, cuales son las circunstancias á las que se siguen estos sueños, y si se repiten unas mismas, podrá tal vez con fundamento evitarlos. Convendrá por regla general, precaverse de todo cuanto conmueva el sentimiento ó la imaginacion espantosa ó tristemente, y prepararse para descansar con lecturas ó conversaciones agradables, no comer demasiado ó muy tarde, y sobre todo, abstenerse de alimentos indigestos; acostarse con el cuerpo inclinado al lado derecho, con la cabeza alta y los piés calientes: postura que recomiendan diferentes consideraciones anatómicas y fisiológicas; manteniendo el vientre lijero. Se ha de procurar por último despertar al paciente siempre que la dificultad de respirar, la angustia del rostro y el sudor, anuncien que tiene ya la pesadilla; tratando de tranquilizarle en vez de sorprenderle.

[*Semanario pintoresco.*]

Deseoso de proporcionar á mis amables suscriptoras, las fáciles y amenas lecciones de Geografía que acaba de dar en el Ateneo mexicano el Sr. D. José Gomez de la Cortina, no he dudado publicarlas en este periódico, persuadido de que su método y claridad, las pone al alcance de cualquiera persona aunque carezca de todo otro conocimiento prévio.—*J. G.*



<p>1</p>	<p>2</p>	<p>3</p>	<p>4</p>	<p>5</p>
<p>6</p>	<p>7</p>	<p>8</p>	<p>9</p>	<p>10</p>
<p>11</p>	<p>12</p>	<p>13</p>	<p>14</p>	<p>15</p>
<p>16</p>	<p>17</p>	<p>18</p>	<p>19</p>	<p>20</p>



LECCIONES ELEMENTALES DE GEOGRAFIA.

LECCION I.

Nociones preliminares.

P. ¿Qué debe hacer el que intente estudiar geografía?

R. Antes de todo, debe acostumbrarse á definir las cosas, y en seguida adquirir ciertos conocimientos preliminares que facilitan y abrevian el estudio de esta ciencia.

P. ¿Por qué debe acostumbrarse á definir?

R. Porque la definición es la que nos facilita el conocimiento verdadero de los objetos, haciéndonos concebir una idea justa y verdadera de ellos.

P. ¿Pues qué cosa es definición?

R. La esplicación clara y sencilla de una cosa, de modo que conozcamos sus principales accidentes o atributos y la distingamos de las demas.

P. ¿Y qué reglas observaremos para poder definir?

R. Las principales son estas: 1.^a Debemos expresar el género á que pertenece la cosa. 2.^a Enumerar los principales accidentes; ó las cualidades que la distinguen de cualquier otro objeto. 3.^a Expresar tambien su uso. 4.^a Debemos cuidar de no incluir en la definición la misma palabra que intentamos definir.

P. Sírvase vd. explicármelo con un ejemplo.

R. Si tratásemos de definir una silla, v. g., deberíamos decir que es un *mueble* compuesto de un asiento, un respaldo y tres ó mas piés,

y que sirve para sentarse en él una sola persona. En esta definición espresamos el género á que pertenece la silla, diciendo que es un *mueble*, la cual palabra, si bien hasta para que no confundamos á la *silla* con las demas cosas que *no son muebles*, aun no nos basta para distinguirla de cualquiera otro de estos; pero lo logramos inmediatamente describiendo sus accidentes y su objeto, esto es, diciendo que este mueble llamado *silla*, tiene respaldo, asiento y piés, y que sirve para sentarse en él una sola persona; así queda la silla perfectamente diferenciada de los demas muebles. Mas si en lugar de decir en esta definición que silla es un *mueble*, hubiésemos dicho que *silla* es una *silla*, ó que tiene asiento, piés y respaldo como las demas *sillas*, quedaríamos en la misma dificultad en que estábamos ántes de definir este objeto, porque puesto que intentamos conocer la cosa que se llama *silla*, porque no sabemos lo que es, será imposible que lo consigamos repitiendo una palabra que no nos da ninguna idea de la cosa que deseamos saber, y que por consiguiente nos deja en la misma ignorancia.

P. ¿Cuáles son los conocimientos preliminares que se necesitan para estudiar geografía?

R. Los mas indispensables son los siguientes: 1.º Algunas nociones de geometría. 2.º La inteligencia de los instrumentos geográficos. 3.º El conocimiento de las principales voces técnicas propias de otras ciencias que sirven de auxiliares á la geografía.

P. ¿Cuáles son las nociones de geometría que son absolutamente necesarias?

R. Por lo menos las definiciones y esplicaciones de lo que es geometría, cuerpo, dimension, punto, línea, ángulo y figura.

P. ¿Y por qué razon son necesarios estos conocimientos?

R. Porque sin ellos será imposible, ó á lo menos, muy difícil formar ideas exactas de lo que es una esfera, un meridiano, una medida geográfica, &c. &c.

P. Segun eso, sírvase vd. decirme ¿qué cosa es geometría?

R. Geometría es la ciencia que trata de las dimensiones de los cuerpos.

P. ¿Y qué cosa es cuerpo?

R. Todo lo que hace impresion en nuestros sentidos, como una piedra, un madero, un astro, un líquido &c., pero la geometría comprende bajo la denominacion de cuerpo cualquier cosa que tiene dimensiones.

P. ¿Y qué se entiende por dimensiones?

R. Lo ancho, lo largo, y lo grueso de cada cuerpo, ó hablando científicamente, la estension que tiene cada cuerpo en longitud, en latitud y en profundidad.

P. ¿Qué es longitud?

R. La estension á lo largo.

P. ¿Qué es latitud?

R. La estension á lo largo y á lo ancho, la cual tambien se llama superficie.

P. ¿Y qué es profundidad?

R. La estension á lo largo, á lo ancho y á lo grueso, la cual se llama tambien volumen ó sólido.

P. Sírvase vd. explicármelo con un ejemplo.

R. Supongamos la tabla de la figura 1.^a: la estension desde *a* hasta *b* es la longitud; la estension desde 1 hasta 2 es la latitud; y la estension desde *o* hasta *c*, es la profundidad ó el grueso. Estas tres estensiones hacen que la tabla de que tratamos sea un volumen ó sólido.

P. ¿Y cómo se forman estas dimensiones?

R. Todas ellas proceden del movimiento del punto y del de la línea.

P. ¿Qué es punto?

R. En geometría se entiende por punto *un cuerpo tan sumamente pequeño que no puede dividirse en partes*; y esta es la razon porque algunos autores lo definen diciendo *que es lo que carece de partes*.

P. ¿Qué cosa es línea?

R. *Una serie de puntos continuados que se tocan*; y esta es la razon porque tambien se define el punto diciendo: *que el punto es la estremidad de una línea*. Tambien podemos decir *que línea es el rastro que dejaría un punto, si se moviese*.

P. ¿Qué se deduce de esto?

R. Que el punto es el origen de todos los cuerpos, y que por esto lo llaman algunos autores *cuerpo generador*.

P. ¿Y es cuerpo la línea?

R. No señor: no es mas que la estension á lo largo; esto es, una sola dimension que sirve únicamente para determinar la distancia que hay entre dos puntos.

P. Sírvase vd. explicármelo mas claramente.

R. Cuando decimos que el camino de México á Tacubaya, v. g., tiene una legua de largo, prescindimos del ancho del camino y de su

espesor ó grueso; únicamente concebimos la idea de lo largo, la cual idea es una sola, y este largo es la distancia, esta distancia es la longitud, y esta longitud es la *línea*. Por consiguiente la línea es *una longitud sin latitud ni profundidad*.

P. ¿Debemos considerar á la línea siempre del mismo modo?

R. No señor, varia su denominacion segun la direccion que sigue, y asi podemos decir que hay dos especies de líneas, la recta que es aquella cuyos puntos están todos en una misma direccion y que por lo mismo determina ó mide la distancia mas corta entre dos puntos, y la curva que es aquella cuyos puntos siguen siempre distinta direccion y que mide por consiguiente la distancia mas larga entre dos puntos.

P. ¿Ofrece alguna particularidad la línea recta?

R. Si señor: varia tambien su denominacion segun el modo de ofrecerse á nuestra vista. Cuando la línea cae de arriba abajo perfectamente á plomo, sin inclinarse á ningun lado, se llama *perpendicular*; cuando se inclina hácia un lado, se llama *oblicua*, y cuando sigue la misma direccion que la línea en que al parecer se junta con la tierra en el horizonte la bóveda del cielo, se llama *horizontal*.

P. ¿Para qué sirven las líneas?

R. Consideradas aisladamente, sirven para determinar la distancia y direccion de los objetos y combinadas unas con otras sirven para determinar la figura, magnitud y valor de los cuerpos.

LECCION II.

De las líneas combinadas.

P. ¿Cómo se combinan las líneas?

R. De mil modos diferentes; pero la combinacion mas sencilla que ofrecen es la union de dos líneas en un mismo punto.

P. ¿Cómo se llama esta combinacion?

R. Se llama ángulo.

P. ¿Y qué hay que notar en ella?

R. Primero: que cada una de las líneas que componen el ángulo, se llama lado; y la punta que forman las mismas líneas, se llama vértice. (La figura 2.^a representa un ángulo cuyos lados son las líneas rectas *A d*, y *A e* el punto en que se unen es el vértice). Segundo: que el ángulo se llama rectilíneo si se compone de líneas rectas (A); curvilíneo si consta de curvas (B); y mixtilíneo si se compone de recta y

curva (C en la misma figura). Tercero: que en general el punto en que se reunen dos ó mas líneas, se llama punto de coincidencia, y el punto en que se cruzan ó cortan, punto de interseccion. (En la figura 3.^a *a* es el punto de coincidencia, y *b* el punto de interseccion).

P. ¿Y siempre que se prolongan dos líneas, deberá resultar ángulo?

R. Hay un solo caso en que dos líneas nunca se juntarian aun cuando se las prolongase hasta lo infinito, y seria cuando estas líneas estuviesen *equidistantes* entre sí.

P. ¿Qué quiere decir *equidistantes*?

R. Que todos los puntos de la una están á igual distancia de todos los puntos de la otra.

P. ¿Y cómo se llaman las líneas en este caso?

R. *Paralelas*, y la igualdad de distancia que hay entre ellas, se llama *paralelismo*, el cual se considera en las ciencias tan vigorosamente, que basta la mas imperceptible inclinacion en cualquiera de las dos líneas para que estas no sean paralelas. (Figura 4.^a)

P. ¿Pues qué serán entónces?

R. *Convergentes* ó *divergentes*.

P. Sírvase vd. definirme esas voces.

R. *Convergentes* son las líneas que se dirigen hácia un mismo punto, de modo que prolongadas formarian ángulo; y *divergentes* las que van separándose á medida que se alejan de un punto en que formaban ó podian formar ángulo. (En la figura 4.^a *a b* y *c d*, son *convergentes*; *b a* y *d c*, *divergentes*).

De los círculos y de los ángulos.

P. ¿Hay mas que advertir acerca de los ángulos?

R. Sí señor. Hasta ahora los hemos considerado solamente con respecto á la figura de sus líneas; pero hay otro modo de considerarlos, mucho mas importante y de mucho mayor uso en la ciencia, y consiste en conocerlos por su valor.

P. ¿Y cómo se consigue esto?

R. Atendiendo á su abertura; esto es, á la cantidad de circunferencia que abrazan los lados de los ángulos en el círculo.

P. Pues sírvase vd. esplicarme ántes lo que es *círculo*.

R. *Círculo* es una línea curva continuada hasta el mismo punto de donde empezó; pero de modo que todos sus puntos disten igualmente de otro punto que se llama *centro*.

P. ¿Cómo se concibe la formación del círculo?

R. Figurándonos que una línea recta, estando fija en una de sus estremidades, gira al rededor de ella y traza el círculo con la otra estremidad.

P. ¿Y esta línea curva así trazada, cómo se llama?

R. Circunferencia.

P. ¿Qué ofrece de particular?

R. Primero: que como hemos dicho, todos los puntos que la componen distan igualmente del punto llamado *centro*. Segundo: que la circunferencia de todo círculo, sea grande ó pequeño, se considera dividida en 360 partes iguales llamadas *grados*; cada uno de estos grados se considera dividido en 60 partes iguales, llamadas *minutos*; cada minuto en otras 60 llamadas *segundos*; cada segundo en 60 *terceros*, y así sucesivamente.

P. ¿Cómo se indican estas denominaciones?

R. Los grados se indican poniendo un cero pequeño en la parte superior del número, hácia la derecha de la persona que escribe; los minutos poniendo una virgula ó comilla del mismo modo; los segundos poniendo dos comillas; los terceros poniendo tres, &c. Así, para indicar, v. g., treinta y cinco grados, veinte minutos, diez y seis segundos y ocho terceros, deberá hacerse de este modo: 35° , $20'$, $16''$, $8'''$.

P. ¿Tiene algun nombre particular el espacio encerrado dentro de la circunferencia?

R. Sí señor; se llama *área*, y en ella se encuentra el centro, el cual, como hemos dicho, dista igualmente de todos los puntos de la circunferencia. (En la figura 5.^a la línea curva *a, b, c, d*, es la circunferencia. El espacio contenido dentro de ella es el área, y el punto *E* es el centro.)

P. ¿Cómo conoceremos los ángulos por su valor?

R. Atendiendo á la parte de circunferencia que abrazan colocados en el círculo. Para esto se coloca el vértice del ángulo en el centro, y se vé el número de grados que queda comprendido entre los lados del mismo ángulo. Si estos comprenden noventa grados, esto es, la cuarta parte del círculo, el ángulo se llama *recto*: *A, E, D*, ó *A, E, B*, son ángulos rectos; si comprenden menos de noventa, el ángulo se llama *agudo*: *D, E, F*, es un ángulo agudo, y si comprende mas de noventa, se llama *obtusó*. *A, E, F*, es un ángulo obtuso.

P. ¿De qué especies de líneas se compondrán los ángulos en estos casos?

R. El *recto* constará de dos rectas, cada una de las cuales caerá siempre perpendicularmente sobre la otra; y tanto en el *agudo* como en el *obtuso*, una de las rectas será siempre oblicua respecto de la otra.

P. ¿De qué medio nos valdrémos para conocer las demás propiedades del círculo?

R. Para esto nos valdrémos principalmente de la línea recta, que es la que determina ó indica las principales divisiones del círculo.

P. Sirvase vd. explicármelo.

R. Si intentamos dividir al círculo en dos partes iguales, será necesario que lo cortemos rectamente por su centro; y determinaremos esta división por medio de una línea recta que se llama *diámetro*: por consiguiente, *diámetro es la línea que partiendo de un punto de la circunferencia, toca en otro punto opuesto de la misma circunferencia pasando por el centro.* (En la misma figura 5.^a D, B, es el diámetro.)

Cada una de las mitades en que el diámetro divide al círculo, se llama *semicírculo*, por ejemplo, D A B ó D C B. Cada mitad del diámetro se llama *semidiámetro*. D E es un semidiámetro lo mismo que A E, que B E y que E F.

Para dividir al círculo en dos partes desiguales, bastará hacer que la recta no pase por el centro, y en este caso se llama *cuerda* (c n en la figura 6), el pedazo de circunferencia que ella separa se llama *arco*; de lo que se deduce que *arco es una porción cualquiera de la circunferencia; pero en general cuerda es la línea recta que corre de la estremidad de un arco á la otra.*

P. ¿Segun eso, el diámetro puede mirarse como una cuerda?

R. Si señor, sin duda alguna, y es la mayor que puede trazarse en el círculo, pero nunca se designa con el nombre de *cuerda*.

P. ¿Y todas las mitades de diámetro se llaman *semidiámetros*?

R. Se llaman tambien *radios* cuando no hay necesidad de considerarlas como mitades de diámetro, sino simplemente como rectas que parten del centro á la circunferencia; por ejemplo, para concebir la formación de la circunferencia suponemos que la forma un *radio* girando al rededor de una de sus estremidades, y en este caso, no fijamos la idea en el diámetro, que todavia no puede existir, ni sernos necesario, porque aun no existe el círculo.

P. ¿Qué otras combinaciones puede ofrecer la línea recta con el círculo?

R. Puede tocar una recta á la circunferencia sin cortar á ésta, y entónces la recta se llama *tangente*.

P. Y ¿cómo podrá verificarse esto?

R. Tocando la recta á la circunferencia por la parte convexa que es la exterior, y no por la cóncava que es la interior. La línea recta *b d* (Fig. 6.) que toca al círculo *c a n* en el punto *e*, es una *tangente*.

Puede además suceder que un radio se prolongue rectamente hasta salir fuera de la circunferencia y tocar á la tangente, y entónces se llama este radio *secante*; así, por *secante* se entiende la *recta*, que *saliendo del centro del círculo, se prolonga hasta llegar á tocar á la tangente*. (La línea *f o* es una *secante*.)

Llamamos *seno* á la línea perpendicular que cae de la estremidad de un arco ó de un ángulo, sobre el semidiámetro que pasa por la otra estremidad del mismo arco; y este *seno*, se llama también *seno recto* ó *seno primero*. (La línea recta *h m* (Fig. 7.) que cae de la estremidad del arco *h f*, sobre el semidiámetro *y f*, es el *seno*.)

Si al ángulo ó al arco de que hablamos, se le traza otro arco ó ángulo que lo complete hasta 90° y se le traza también su correspondiente *seno*, este será el *coseno* del anterior. Por consiguiente el *coseno* no es mas que el complemento de un *seno* hasta noventa grados. (En la misma figura *o h* es el *coseno*.)

Se llama *seno verso*, la parte del semidiámetro que queda interceptada entre la estremidad del arco y el *seno* respectivo de este (*m f* en la misma figura.)

Finalmente, se llama *sector de círculo*, el espacio de área comprendido entre dos radios y el arco que estos abrazan. D E F, (Fig. 5.)

P. ¿Puede haber alguna combinacion de un círculo con otro?

R. Si señor, y puede suceder de tres maneras.—

Primera. Hallarse un círculo dentro de otro y tener ambos un mismo centro, y entónces se llaman *concéntricos* ó *paralelos*. (Fig. 8.)

Segunda. Hallarse un círculo dentro de otro, y tener cada uno de ellos diferente centro, y entónces se llaman *excéntricos*. En ambos casos, el círculo interior es *inscripto*, y el exterior *circunscripto*. (Fig. 9.)

Tercera. Tocarse dos círculos por la parte exterior de sus circunferencias ó cortarse éstas mutuamente, teniendo cada círculo su centro fuera del área del otro círculo, en cuyo caso se llaman *círculos en contacto*. (Fig. 10.)





María.

AGOSTO 3 DE 1841.

BOTÁNICA.

(Véase nuestro número 21 del 27 de Abril.)

DESDE que comenzó la primavera quisimos aprovechar la estación mas proporcionada para comenzar á publicar algunas nociones de esta tan útil como amena y divertida ciencia, pero es imposible de toda imposibilidad, poder dar gusto á cada una de nuestras benévolas suscriptoras, mas aficionada á esta ó la otra ciencia, á este ó al otro ramo de diversion ó de entretenimiento, y así hemos tenido que satisfacer otros deseos sin poder hasta ahora continuar la lección que dejamos pendiente en el citado número. Vamos á terminarla hoy, advirtiéndole desde luego, que aumentándose el número de las señoritas deseosas de dedicarse al estudio de la botánica, y estando tan léjos San Agustin de las Cuevas, en vez de continuar nuestro diálogo con la jardinera ó florista con quien lo habiamos comenzado, hoy tendremos por interlocutora á María, una señorita que posee un hermoso jardin y una espaciosa huerta en San Cosme, y cuya fisonomía y gracias personales no nos detendremos en pormenorizar, bastando á nuestras lectoras que se la figuren, poco mas ó menos, semejante á la litografía que está al frente de este artículo.

MARIA.—He leído con gusto el artículo del Semanario, en que hablando de botánica ha dado vd. á mi amiga la florista algunas ideas sobre las raices, que son uno de los órganos conservadores de las plantas, al mismo tiempo que han llegado á mis manos los dos primeros cuadernos que ha publicado el ciudadano Miguel Bustamante, catedrático de botánica y director del jardin nacional bajo el modesto título de *Curso de botánica elemental*, y me li-

songeo de que con las lecciones del Semanario y con estos preciosos cuadernos, quedarán satisfechos mis ansiosos deseos de instruirme en una ciencia á la que tengo la mas decidida aficion; pues como dice aquí en su prólogo: la botánica es el estudio de todos los tiempos, de todas las edades y de todos los hombres: pudiendo decirse que entre las ciencias naturales, ninguna merece ser mas cultivada, pues á la vez que satisface al entendimiento por las numerosas aplicaciones que proporciona á la medicina, á las artes, á la economía doméstica, y yo agrego á la hermosura y adorno del bello sexo, ofrece á la curiosidad objetos de estudio tan variados como agradables. Los seres de que se ocupa, repartidos con profusion en la superficie de la tierra, y creados para servir á un mismo tiempo á la conversacion y goces de la vida, se presentan como un objeto digno de admiracion en sus diversos estados: su modo de vivir, su estructura, los medios por los cuales se reproducen, su muerte, todo en una palabra, produce en nosotros una sorpresa siempre naciente, y no obstante que la botánica sea hoy una ciencia tan estensa que aunque se consagrare la vida entera á su estudio, no bastaria para profundizarla completamente, y estoy persuadida de que ninguna señorita bien educada puede omitir el estudio, al menos de sus primeros elementos.

EL EDITOR.—Con grata satisfaccion he escuchado á vd., señorita, y desearia que su aficion á la botánica fuese tan general en nuestras paisanas como lo es ya en los paises mas cultos de la Europa, y puesto que las circunstancias tan felizmente me proporcionan la consecucion de mis deseos, al ofrecer á mis amables suscritoras algunas nociones de la ciencia de los vegetales en la reciente publicacion del Curso de botánica del Sr. Bustamante, omitiendo únicamente las ideas que ya he dado tanto en el

núm. 11 pág. 249 del tomo 1.º, como en el núm. 1 pág. 7 de este mismo tomo, no dudo que habrá vd. leído con gusto algunas otras indicaciones, que tomadas del primer cuaderno del mencionado Curso, completarán la primera lección que tiene vd. á la vista, tanto sobre los vegetales en general como sobre las raíces.

MARIA.—En efecto, la formación de los vegetales está tan bien explicada por el Sr. Bustamante, que nada deja que desear.

«Los vegetales, dice, están compuestos de partes muy simples y homogéneas llamadas *fibras* y *utriculos*. Estas partes reunidas en un tejido utricular, forman membranas, vasos llenos de un jugo nutricional; y jugos propios á las plantas. Estos diferentes tejidos producen la *medula* que ocupa el centro, la *madera* que la rodea, y la *corteza* que lo cubre todo, en fin, de estas partes nacen los órganos destinados á la reproducción de la especie que componen la flor y el fruto: la reunión de todos estos órganos constituye al vegetal.»

«Los jugos preparados en la tierra son absorbidos por las raíces y suben por los vasos del tallo: las plantas tiernas los contienen en mas cantidad, porque los vasos endureciéndose con la edad, disminuyen de diámetro.»

«La parte de la savia que asciende entre la madera y la corteza, forma el *liber*, membrana interna de esta corteza, y la *albura*, capa esterna del cuerpo leñoso: la savia por sí no tiene olor ni sabor; pero se elabora de diferentes modos, produciendo jugos melosos, gomosos, resinosos y acres que salen por los pelos y las glándulas. Así es como se verifica en los vegetales la nutrición y circulación. También se observa en estos seres una función semejante á la respiración, pues absorben diferentes principios contenidos en la atmósfera: los fluidos elásticos son

trasmitidos á sus órganos por las *tracheas*. Estas diversas funciones bastan para conservar la vida del vegetal y las otras tienen por objeto la reproducción de las especies, la que se efectúa por la plantación de los renuevos en la tierra, por el desarrollo de las yemas, en las que están contenidas las hojas y las flores: por el injerto de una parte de un árbol en el tronco de otro: por los bulbos ó cebollas, y principalmente por la fecundación."

"Cada vegetal tiene su propio modo de existir, y por decirlo así, sus costumbres particulares: unos habitan en climas diferentes; otros prefieren un suelo particular: muchos emigran siendo llevadas sus semillas por los vientos á grandes distancias, mientras que otras son arrastradas por las aguas, y algunas arrojadas por las aves, que las depositan en lugares propios á su germinación; y de esta manera franquean los límites que los mares y las montañas parecían haberles prescrito, poblando la superficie toda del globo y acomodándose á todas las modificaciones de las diversas localidades."

EL EDITOR.—La división que hace el Sr. Bustamante de los órganos de los vegetales según las funciones que desempeñan, es seguramente la más perceptible y adecuada. Los órganos de la vegetación ó nutrición, son los que contribuyen esencialmente á la vida del vegetal: tales como la *raíz*, el *tallo*, las *hojas*, los *arréos* y los *invernáculos*. Los órganos de la reproducción ó de la fructificación son los que sirven para reproducir las especies: tales como el *cáliz*, la *corola*, el *estambre*, el *pistilo*, el *pericarpio*, la *semilla* y el *receptáculo*.

MARIA.—Me parece también muy importante la división que hace de la raíz en tres partes: la superior, llamada *nudo vital* ó *cuello de la raíz*, que es el punto del contacto entre la raíz y el tallo: la intermedia, llamada

cepa, parte carnosa ó fibrosa, destinada á preparar los jugos de la tierra, haciéndolos mas propios para la nutricion del vegetal; y la inferior que tiene el nombre de raicilla compuesta de fibras que se ramifican de varios modos, y que estendiéndose por el terreno, absorven los jugos y los conducen á la cepa.

EL EDITOR.—La primera division de las raices entumosas y fibrosas, es sin duda la mas general, comprendiendo en las primeras todas las raices carnosas y sólidas, que tanto por la base como por los lados producen raicillas, y en las fibrosas, todas las que están compuestas de fibras; pero para su mas completa distincion, es muy útil considerarlas por su figura, su direccion, su duracion y consistencia, y su situacion.

Trece son las clases en que se dividen las raices atendiendo á su figura. Primera, raiz globosa que es la que se acerca á la figura esférica, como la *coloquintida*. Segunda, raiz nudosa cuyas ramificaciones presentan á cierta distancia hinchazones á manera de nudos, como la *pendolera*. Tercera, raiz tuberoso-didima que se compone de dos tubérculos casi adherentes y parecidos en su figura á un huevo, como la *ofris* amarilla. Cuarta, raiz agamonada formada de varios tubérculos que parten todos de la base del tallo, como la *rosilla*. Quinta, raiz palmeada cuyas porciones carnosas de que se compone están divergentes y algo apartadas, como la *orchis*. Sesta, raiz agrumada compuesta de pequeños tubérculos adheridos unos á otros, como el *ramínculo*. Sétima, raiz granulosa que presenta su superficie con desigualdades en forma de granos, como la *ninfea* ó cabeza de negro. Octava, raiz fibrosa sencilla, que no echa ramos sino á lo mas algunas barbillas delgadas, como el *berro*. Novena, raiz fibrosa ramosa que se divide en ramificaciones mas ó menos nu-

merosas y delgadas, como la *alfalfa*. Décima, raiz aguzada que siendo sencilla y gruesa, va disminuyendo hácia la punta al modo de un cono inverso, como la *maravilla*. Undécima, raiz truncada que no terminada en punta, parece como cortada é interrumpida como el *llanten*. Duodécima, raiz capilar compuesta de fibras muy delgadas á manera de cabellos, como la *cebada*; y décima tercia, raiz articulada ó que presenta articulaciones, como la *cola de caballo*.

Si se considera la raiz con respecto á su direccion, se divide en perpendicular, como el *tianguis pepetta*; en horizontal como el *lirio*; en rastrera ó que arroja barbillas por todas partes sin que profundicen en la tierra, como el *sombreroillo*; y en cundidora, que es la rastrera cuando produce renuevos que echan tambien raices, como la *rubia de tintoreros*.

En razon de su duracion y consistencia, la raiz se divide en leñosa ó de fibras duras que viven con su tallo muchos años: en perenne que dura algunos años aunque perezca su tallo: en bienal, que dura con su tallo dos años; y en anual, que perece en el mismo año en que nace.

Por último, si se consideran las raices por su situacion, el mayor número de ellas, crece bajo de tierra, algunas sobre las piedras ó troncos de los árboles, y otras en las aguas. En general se llaman plantas *parásitas* las que nacen y viven sobre otro vegetal de donde estraen los jugos para su nutricion.

Yo creo, señorita, que con lo dicho, es mas que suficiente para tener las nociones elementales de botánica, relativas al primero de los órganos de la vejetacion que es la raiz. Muy pronto nos ocuparémos del tallo.—I. G.



LITERATURA.
POESIA.

UNA GOTA DE ROCÍO.

GOTA de humilde rocío,
Delicada,
Sobre las aguas del río
Columpiada,
La brisa de la mañana
Blandamente,
Como lágrima temprana
Transparente,
Mece tu bello arreból
Vaporoso,
Entre los rayos del sol
Carinoso,
¡Eres, di, rico diamante
De Golconda,
Que en cabellera flotante,
Dulce y blonda,
Trajo una Sífide indiada
Por la noche,
Y colgó en hoja liviana
Como un broche?
¡Eres, lágrima perdida,
Que muger
Olvidada y abatida
Vertió ayer?
¡Eres alma de algún niño
Que murió,
Y que el materno cariño
Demando?
¡O el gemido de espirante
Juventud,
Que traga pura y radiante
El ataud?
¡Eres tímida plegaria
Que alzó al viento
Una virgen solitaria
En un convento?
¡O de amarga despedida
El triste adiós,
Lazo de un alma partida
Ay! entre dos!

—

Quizá tu frágil belleza,
Quizá tus dulces colores,
Tus cambiantes y pureza,
Y tu esbelta gentileza,
Tus fantásticos albores,
Son imágenes risueñas
De contento y de ventura;
Son citas de una hermosura,
Son las tintas halagüeñas
De alguna mañana pura.
Que acaso bella te alzaste
Entre el cantar de las aves,

Y magnífica ostentaste
Tu púrpura y oro suaves,
Y con ellos te ensalzaste.
Que acaso en cuna de flores
Viste la lumbre del día,
Y, blando soplo de amores,
Te llevó una noche umbría
En sus alas de colores.
Y en la rama suspendida
De un almendro floreciente
Oíste trova perdida,
En el perfumado ambiente
Por los eces repetida.
Raisenor enamorado
Cantaba encima de tí,
Y, junto al tronco arrugado,
Oíste un beso robado
A unos labios de rubí.

Misterios, y colores, y armonías
Encierras en tu seno, dulce ser,
Vago reflejo de las glorias mías,
Tímida perla que naciste ayer.
Pero es tan frágil tu existencia hermosa
Y tu espléndida gala tan fogax,
Que es un vapor tu púrpura vistosa
Que quiebra el ala de un insecto audaz.
Mañana ¡qué será de tus encantos,
De tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para tí ni llantos,
Ni mas recuerdo que mi triste amor.
Si tu vida fué un soplo de ventura,
Si reflejaste el celestial azul,
No caigas, no, sobre esta tierra impura
Desde tu verde trono de abedul.
Pídele al sol que, con su rayo ardiente,
Disipe por los aires tu vivir,
O a un pájaro de pluma reluciente
Que recoja en su pico tu zafir.
Que no naciste tú para este suelo,
Para trocar en lodo tu beldad:
Tú mas baja que espíritu del cielo,
Mas alta que la humana vanidad.
Quédate ahí pendiente de tu rama,
Cual blanco mensajero de oracion,
Que solo el verte la esperanza inflama
Y alienta el quebrantado corazón.
Quizá, al pasar, un ángel solitario
Te cubrirá con su orla virginal;
Si caes, envolverá frío sudario
Tu forma vaporosa y celestial.

ENRIQUE GIL.

LA HERMOSURA.

No consiste en el color, ni en las formas, ni en las proporciones.

SI la beldad ó hermosura exalta tantas veces nuestra imaginacion y la obliga á producir tantas obras maestras artísticas como ha dejado en todos los siglos, es preciso convenir en que la imaginacion es á su vez sumamente agradecida, pues busca lo magnífico, lo bello y lo sublime hasta en un mundo ideal, y nunca se muestra mas generosa que cuando trata de prestar sus encantos á un objeto determinado. El hombre que naturalmente se inclina á la union conyugal halla todas las perfecciones posibles en la muger que ha elegido para labrar su dicha. Así lo cree por mucho tiempo; pero si una casualidad ó cualquiera razon poderosa reformase su imaginacion y se viese obligado á prescindir del cariño que le profesa, experimentaria desde luego que una parte de aquel mérito y de aquellos encantos, habian perdido ya su energía. Es la misma muger ¡pero cuánto ha mudado! Roto el prisma de la imaginacion, el rayo de hermosura que ántes aparecia con tan vivos colores, ya no se reflecta por ese cristal mágico, ni ofrece á la vista natural, sino una luz pálida y monótona.

El analisis de la beldad no puede someterse á un cálculo comun. ¡Qué perpleja se veria cualquiera de nuestras amables suscriptoras, aun la mas favorecida de la naturaleza, si yo le suplicase me respondiera á esta pregunta: ¿Qué cosa es hermosura? Ocupadas muchas señoritas la mayor parte de su vida en el cuidado de parecer bellas, cifrando todo su encanto en la beldad, y haciéndola superior á todos los demás méritos y prerogativas, empleando toda clase

de medios para dar mas valor á su atractivo, y teniendo por último muchas de ellas la destreza de hacer resaltar con cierta naturalidad los defectos de sus rivales, ¿sabrán qué cosa es hermosura?

Esos jóvenes amantes (si quedan todavía algunos que sepan amar hoy segun los designios de la moral y de la virtud), ¿cuán perplejos se hallarian tambien si les dirijese tal pregunta!

Y los artistas y profesores que tanto hablan de la hermosa naturaleza, que se pierden en las imaginaciones fantásticas de la belleza ideal, que no ven que su arte dista tanto todavía de la belleza visible, ó que descuidando la hermosura real andan en busca de la beldad abstracta, ¿qué contestarian á esta pregunta?

Aristóteles respondió que era pregunta de ciego. Es verdad que basta tener ojos para percibir la belleza ó hermosura de todos los objetos, ó para verla en donde se encuentra; pero no basta para explicar en qué consiste. Para esto seria menester algo mas que el simple órgano de la vista: se requiere toda la penetracion de la inteligencia, con una percepcion clara y distinta de las relaciones, y puede decirse, que si la pregunta hecha á Aristóteles era de ciego, su respuesta fué de sordo.

Los poetas, los artistas, los filósofos, no se reputan ciegos, y sin embargo, se han hecho esta pregunta unos á otros muchas veces, y han intentado tambien dar una idea esacta de la hermosura, sin que por esto hayan dejado de equivocarse casi todos.

Es bastante conocida la historia del célebre diente que ocupó tanto tiempo á los eruditos de Alemania. Se anunció que habia nacido un niño con un diente de oro. Inmediatamente se pusieron en movimiento filósofos, fisiólogos, médicos, naturalistas, anatómicos, todos á porfia

examinaban en sus doctos cerebros como era posible nacer con un diente de oro, y multiplicaron sus obras y opúsculos sobre este objeto. Es fácil concebir cuántos sistemas singulares, cuántas ideas estrañas, cuántas suposiciones ridículas debieron su origen á esta discusion estraordinaria, y cuánto tuvieron que atarearse para demostrar que era posible nacer con un diente de oro. Pero si los ilustrados investigadores de este hecho, se entendieron muy bien en cuanto al resultado, entendieron muy poco de los medios con que habia podido enriquecerse la mandíbula humana con tan precioso instrumento: cada uno dió su parecer indicando el modo como habia procedido para adivinar la naturaleza en arcano tan escondido.... En fin, terminadas las discusiones, ocurrió á algunos examinar si realmente aquel diente era de oro, y uno de ellos descubrió que no era sino un diente comun, al que un charlatan habia cubierto de oro, con el fin de ganar algun dinero enseñando al público este prodigio.

¿No sucederá con la hermosura lo que con aquel diente, y que despues de haber disputado tanto, nos veamos obligados á examinar si realmente hay hermosura, ó con mas esactitud, si hay una belleza física?

¿Cómo es eso? parece que oigo esclamar á algunas de mis lectoras:.. ¿negar la existencia de la hermosura?.. Poco á poco, señoritas, entendánonos primero, en cuanto á las palabras, para ahorrarnos la molestia de disputar sobre las cosas: préstennme vds. algunos momentos de atencion, y se persuadirán de que esta digresion no puede menos de terminarse en su provecho, y de que leidas mis reflexiones, sus gracias adquirirán nuevo realce.

Pregunto si hay hermosura física positiva: si lo que se llama hermosura depende de formas que puedan determinarse, de proporciones que puedan indicarse, de co-

lores que puedan clasificarse, &c.... y veremos pronto que nada de eso puede constituir la hermosura.

Si hay una belleza física constante, ¿por qué ningún filósofo ha podido aun determinar su esencia? ¿por qué ningún artista ha podido hasta ahora probar ni enseñar lo que la constituye.

Si hay una belleza física, real y positiva, ¿por qué los hombres de diferentes países están tan discordes sobre sus cualidades? ¿por qué una misma nación en diferentes épocas tiene gustos tan diferentes? ¿por qué un mismo hombre, algunas veces en diferentes edades de su vida, se ve sujeto á experimentar variaciones en sus sentimientos sobre lo que constituye la hermosura?

Volvamos á examinar estas diferentes cuestiones. Algunos autores han querido que el colorido, la regularidad, el orden y la proporción de las formas constituyan la hermosura; pero esto no es exacto.

Es muy cierto que en los bellos objetos nos lisongea el color, la forma y las proporciones. El color, dice Winkelmann, contribuye á la belleza, pero no la constituye: realza y da valor á las formas. ¿Pero hay color, forma y proporción que merezcan preferencia? ¿No vemos mugeres hermosas con tez pálida, á la vez que otras con tez sonrosada? ¿Los cabellos rubios son superiores á los castaños? ¿Los ojos azules no tienen tantos partidarios como los ojos negros? ¿Hay acaso un color que por sí mismo pueda parecernos hermoso? ¿Dirémos por ejemplo, que el color rubio es el de la hermosura? ¿ni que lo es el blanco? ¿ni que lo es el trigueño? El bermejo del coral nos es grato, por cierto, en unos labios; pero póngase este mismo color en el extremo de la nariz, y estará feo; trasládese al borde de los párpados, y producirá un efecto de pena y de disgusto. Por consiguiente, el color no cons-

tituye la hermosura, pues nos encanta en ciertas circunstancias, y nos horroriza en otras.

La forma no puede tampoco indicarnos lo que es hermosura. Digan lo que quieran algunos filósofos y artistas, no hay una forma que pueda decirse mas hermosa que las demas. Todas lo son igualmente, como lo probaremos muy pronto. Algunos admiradores de la naturaleza, contemplando la redondez aparente del universo, y la de todos los globos que atraviesan la inmensidad del espacio, han decidido que la forma redonda es la mas perfecta y hermosa. La forma no constituye la hermosura: la forma que contribuye á hacer á un hombre hermoso, haria fea una muger. La forma redonda nos es grata en el rostro de una jóven; pero dése esta misma forma á sus pies, y pregúntese á los señores filósofos, si la forma redonda es la mas hermosa.

Si la forma constituyese la hermosura, ¿por qué no puede determinarse? Todos darán su dictámen sobre una nariz muy larga, muy gorda ó muy pequeña, torcida ó aguileña: sobre una boca grande ó pequeña; pero ninguno puede alabarse de conocer la exacta figura de la nariz, boca y frente perfectamente hermosas. Lo que nos está mas oculto es la medida de cada cosa, y el secreto de su perfeccion se nos ha reservado.

Pasemos á las proporciones: aquí sin duda van á admirarse algunas de mis lectoras, si me atrevo á afirmar que la hermosura no depende de las proporciones. ¡Qué paradoja! esclamarán. Confieso que esta proposicion podrá parecer muy extraordinaria, principalmente si se le da una estension que no tiene. Examinemos, pues, á qué puede reducirse.

Conferamos que en todos los objetos bellos existe órden regularidad y proporciones conocidas; ¿pero acaso nos pa-

recen hermosos estos mismos objetos por sus proporciones? ¿ó bien nos parecen tales porque estas proporciones nos agradan?

Si hay proporciones constantes que determinan la hermosura, todos los objetos que nos ofrezcan estas proporciones serán hermosos, y los que se separen de ellas dejarían de serlo: mas esto no es cierto. Si por el contrario, es la hermosura de los objetos, la que nos hace agradables sus proporciones, diferentes objetos podrán parecernos hermosos con diferentes proporciones, que es puntualmente lo que sucede.

No faltará quien nos responda que los hábiles profesores han determinado las proporciones que constituyen la hermosura, y así es; pero no confundamos los términos. Estos profesores han medido, por ejemplo, las proporciones de las mugeres mas hermosas en una nacion ó pais en que lo son mucho, y nos han manifestado realmente las proporciones de una muger hermosa: ¿mas son estas las proporciones exclusivas de la hermosura? ¿No vemos diariamente mugeres hermosas que no tienen las proporciones ni las formas del estilo griego? Podríamos citar á México, cuyo clima, sin embargo, no es favorable á la hermosura, y con todo eso hay mugeres tan hermosas como la misma Venus de Médicis. No hay que separarse de las proporciones, ni de las formas griegas, dicen algunos profesores: tanto peor, diré yo, pues si así se introducen en el arte la monotonia y uniformidad que no se ven en la naturaleza. Con razon han impugnado algunos críticos á Winkelmann, que nos presenta sin cesar las obras de los artistas griegos, como verdaderos modelos de hermosura en todo género, queriendo que esta generacion raye en delirio, cuando si consideramos la materia á la luz serena de la filosofia, hallarémos que solo la costumbre es la que nos arrastra á esa ciega admiracion.

Sin embargo, los profesores siempre fueron constantes en sus ideas sobre las formas y proporciones. En tiempo de Luis XIV en Francia, los pintores y escultores creyeron debían abandonar el estilo griego, para adoptar otro género de hermosura, que era en su idioma la hermosura nacional. Entónces fué moda Pintar cabezas francesas, porque la moda estiende su imperio hasta la region de las bellas artes.

Deduzcamos, pues, de lo dicho, que la hermosura no depende ni de los colores, ni de las formas, ni de las proporciones. ¿Es acaso un ente imaginario? Y si existe, ¿cuál es su naturaleza? ¿Cuál su esencia? Examinarémos de nuevo en nuestro siguiente número esta materia que hemos copiado de una preciosa obrita, titulada *La Hermosura*.



EL RECONOCIMIENTO.

LA ingratitud es un vicio tan odioso, que por fortuna solo habita en almas bajas y despreciables. Aun los animales mas feroces le tienen horror, y con vergüenza de la humanidad, varias veces han dado notables ejemplos de gratitud: la historia siguiente es una prueba de ello.

Hallándose sitiados los españoles de Buenos Aires por los pueblos de las cercanías que se habían amotinado, el gobernador de la plaza, declarada en estado de sitio, prohibió severamente saliese de las cortaduras ninguna de las personas que vivían en ella; pero temiendo que el hambre, que comenzaba á sentirse horrorosamente, hiciese violar sus prevenciones, apostó centinelas por todas partes con órden de hacer fuego sobre cualquiera que se atreviese á atravesar la línea de circunvalacion. Aunque este rigor contuvo á la multitud hambrienta, una mu-

ger llamada Maldonada, logró burlar la vigilancia de los guardas, y despues de haber andado errante por mucho tiempo en los campos y en los desiertos, descubrió una caverna que le pareció el lugar mas seguro para pasar la noche, que ya se acercaba; pero no bien se habia internado en ella, cuando sus ojos divisaron á una leona, y su temor llegó á tal punto, que estuvo por mucho tiempo inmóvil, sin atreverse á dar un paso. Insensiblemente las caricias del animal la tranquilizaron un poco, mucho mas cuando advirtió, que sus halagos eran interesados, pues la leona se hallaba en los momentos del parto, y parece que demandaba el auxilio de Maldonada, la que sacando fuerzas de flaqueza, se animó á acercarse á ella y á socorrerla del modo que pudo. Cuando la leona hubo dado á luz dos cachorrillos, su reconocimiento no se limitó á los halagos y caricias, sino que salió de la caverna, volviendo muy pronto con algunos alimentos, que desde aquel dia no dejó de poner siempre á los piés de su libertadora, con quien partia sus provisiones. Estos cuidados duraron tanto tiempo, que los leoncillos no solo entraban y salian de la cueva, sino que se alejaron de ella en términos que la leona desapareció, seguramente en su busca, y no volvió en todo el dia. Maldonada se vió por consiguiente obligada á buscar por sí misma su subsistencia, y en una de sus primeras escursiones fué sorprendida por los indios, que la hicieron esclava y la conducian á sus aduares, cuando á virtud de un encuentro que tuvieron con los españoles, fué rescatada y conducida á Buenos Aires.

El gobernador, hombre cruel y feroz, apenas supo que Maldonada habia violado sus órdenes, no la creyó bastante castigada con los infortunios que habia padecido, y mandó que la atasen á un árbol en el campo para que

allí muriese de hambre, desgracia de que habia querido libertarse con la fuga, esponiéndose á ser devorada por las bestias feroces. Dos dias despues quiso saber lo que habia sucedido, y mandó que algunos soldados fuesen á averiguarlo; mas ¡cuál seria su sorpresa al encontrarla viva, aunque rodeada de tigres y de leones, que no se atrevian á acercársele, porque una leona sentada á sus piés con dos leoncillos parecia defenderla. A la vista de los soldados la leona se retiró un poco, como para dejarles la libertad de desatar á su bienhechora. Maldonada les contó la aventura de aquel animal, que la habia reconocido, desde el dia anterior y partido con ella sus alimentos, como lo habia hecho cuando estaba en la caverna. En prueba de la verdad de lo que les referia, los soldados vieron con sorpresa que cuando se disponian para conducir la á Buenos Aires, la leona se acercó á ella, prodigándole las mas tiernas caricias, manifestando de un modo muy espresivo su sentimiento al verla partir. La relacion que hicieron al comandante de las escenas que acababan de presenciar, le hizo comprender al fin, que sin parecer mas feroz todavía que las fieras mismas, no podia dejar de perdonar á una muger, en cuya defensa se interesaba tan visiblemente la Providencia.—I. G.

Aunque con el objeto de evitar el fastidio y la monotonía, nos hemos propuesto alternar el estudio de las ciencias, sin embargo, hemos creido absolutamente necesario continuar hoy las Lecciones de Geografía dadas por el Sr. Cortina en el Ateneo mexicano, y que comenzamos en el número anterior, porque de este modo será mas fácil á nuestras amables suscriptoras, adquirir los elementos indispensables de Geometría para el estudio de aquella ciencia, cuyas siguientes lecciones iremos publicando oportunamente.



Fig. 17.

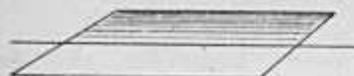


Fig. 18.



Fig. 19.



Fig. 20.

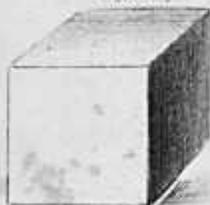


Fig. 21.

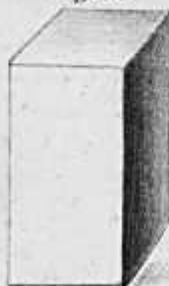


Fig. 22.

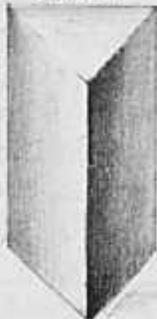


Fig. 23.



Fig. 24.

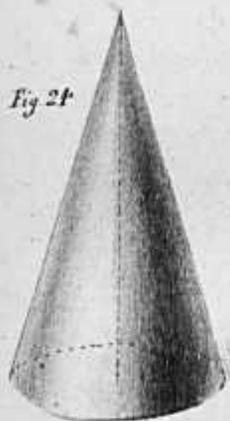


Fig. 25.

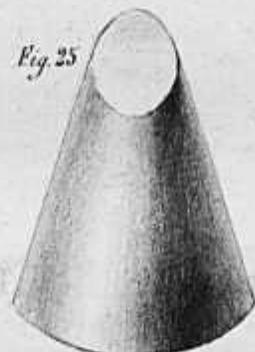


Fig. 26.

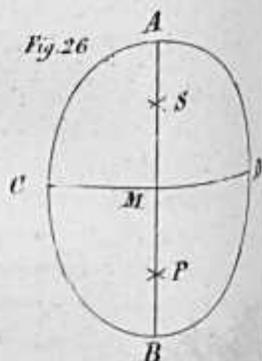


Fig. 27.

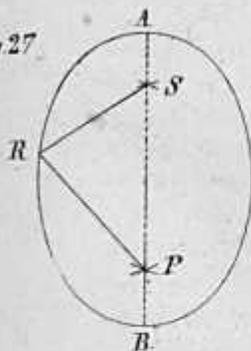


Fig. 28.



Fig. 29.

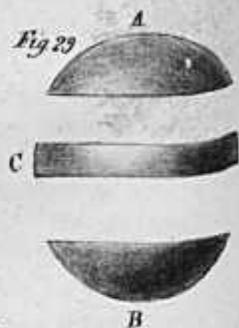


Fig. 31.

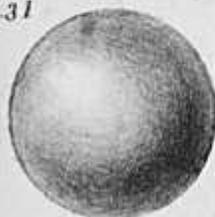


Fig. 30.



LECCION III.

De las figuras planas.

P. ¿De qué otro modo pueden combinarse las líneas?

R. Despues de la combinacion de dos líneas solas, la mas simple es la de tres líneas unidas, de modo que encierren un espacio cualquiera, y en este caso formarán *figuras*.

P. Pues qué ¿los ángulos no forman figuras?

R. No señor, porque por *figura se entienda el espacio terminado por una ó varias líneas*, y en los ángulos no está terminado el espacio, pues la abertura del ángulo deja el espacio sin término ó sin fin.

P. ¿Por qué dice vd. que el espacio puede ser terminado por una línea?

R. Porque así sucede en el círculo, y en toda figura compuesta de una sola curva que vuelva á cerrarse en ella misma.

P. ¿Qué se deduce de esto?

R. Que para formar figura con líneas curvas, bastará á veces una sola; pero para formar figura con rectas, se necesitan tres, al menos.

P. ¿Cómo se llaman estas figuras de tres líneas?

R. *Triángulos*, y tienen otras denominaciones particulares, que varían segun se les considera.

P. Sirvase vd. esplicarmelo.

R. Se dá el nombre general de *triángulo*, á toda figura que consta de tres lados, de manera que formen tres ángulos; pero para distinguir á los triángulos entre si, podemos considerarlos de tres modos:

1.º : *con respecto á sus líneas*, esto es, si el triángulo se compone de líneas rectas, se llamará *rectilíneo* (A, figura 11); si se compone de curvas, se llamará *curvilíneo* (B, figura 11) ó esférico; y si consta de recta y curvas, ó de curva y rectas, *mixtilíneo* (C, figura 11).

2.º : *segun la relacion de sus lados entre si*, esto es, cuando los tres lados son iguales, el triángulo se llama *equilátero* (D, figura 12); cuando solo tiene dos lados iguales, se llama *isósceles* (E, figura 12), y cuando los tres lados son desiguales, se llama *escaleno* (F, figura 12).

3.º : *segun sus ángulos*; esto es, cuando los tres ángulos son agudos, se llama *acutángulo*; cuando uno de los ángulos es recto, se llama *rectángulo*, y cuando uno de los ángulos es *obtusos*, *obtusángulo*.

P. ¿Qué mas hay que advertir acerca de los triángulos?

R. Que en todo triángulo se toma por *base* uno de sus lados; que

el ángulo opuesto á esta base se llama *vértice*; y que la perpendicular que se baje del vértice á la base se llama *altura* del triángulo.

P. Después de las figuras terminadas por tres líneas, ¿cuáles otras son las mas sencillas?

R. Las terminadas por cuatro, las cuales se comprenden bajo la denominacion general de *cuadriláteros*, esto es, de cuatro lados, porque indican un espacio encerrado entre cuatro líneas rectas.

P. ¿Y todas estas figuras son iguales?

R. No señor; todas varian y se denominan de distinto modo, segun la situacion y la relacion de sus lados y ángulos.

P. ¿De qué manera?

R. Si un cuadrilátero tiene *los cuatro lados y los cuatro ángulos iguales*, se llama *cuadrado* (Q, figura 13). Si tiene *paralelos é iguales solamente los lados opuestos*, se llama *paralelogramo* (P, fig. 13). Si tiene *iguales los lados y no los ángulos*, se llama *rombo* (R, fig. 14). Si tiene *iguales los ángulos y lados opuestos*, se llama *romboide*, y si sus lados no son iguales ni paralelos, se llama *trapezio* (T, figura 14).

P. ¿Y no puede suceder que esté terminada una figura por mas de cuatro líneas?

R. Si señor, sin duda alguna, y entónces toma el nombre segun el número de los lados y ángulos de que consta, de este modo: De cinco ángulos, *Pentágono* (G, figura 15).—De seis, *Exágono* (E, figura 15).—De siete, *Eptágono*.—De ocho, *Octógono* (O, figura 15).—De nueve, *Eneágono*.—De diez, *Decágono*.—De once, *Endecágono*.—De doce *Dodecágono*. Cuando la figura pasa de doce lados, se denomina en general *polígono*, y se espresan los lados de que consta, v. g.: *polígono de 18 lados, de 25 lados &c.*; de lo contrario, la denominacion griega seria mas embarazosa que útil, escepto para espresar *mil* lados, pues es mas cómodo decir *kiliógono*, que *polígono de mil lados*.

P. ¿Cómo debemos considerar estas figuras?

R. Como planos que solo constan de longitud y latitud, y por este razon se llaman *figuras planas ó superficies*. Nada puede darnos una idea mas precisa de ellas que considerarlas como hechas de una hoja de papel muy delgado.

P. Segun eso, ¿cómo podrá definirse la superficie con exactitud?

R. Diciendo que es el *resultado de la combinacion de la longitud con la latitud, sin ninguna profundidad*.

P. ¿Cómo se concibe la formacion de una superficie?

R. Suponiendo que se mueve una línea, no en la dirección de sus extremos, esto es, no á lo largo, sino á lo ancho.

P. ¿Y es aplicable esta doctrina á la formación del círculo?

R. No señor: la superficie plana del círculo se forma por el movimiento de la línea que gira al rededor de una de sus estremidades.

P. ¿Qué mas hay que advertir acerca de las figuras planas?

R. 1.º : Que el conjunto de líneas que forman su contorno, se llama *perímetro*. 2.º : Que cualquiera parte que se separe de una de ellas, se llama *segmento*. 3.º : Que siempre que se corte á un cuadrilátero rectamente, desde uno de sus ángulos hasta otro ángulo opuesto, resultará un triángulo. 4.º : Que todas ellas pueden hallarse *inscritas*, ó *circunscritas* unas dentro de otras, del mismo modo que el círculo. 5.º : Que el *cuadrado* es la medida comun de todas las superficies.

P. Sírvase vd. explicarme esto último.

R. Puesto que por *medida* entendemos *una cantidad conocida que se adopta para saber cuántas veces la contiene otra desconocida*, los géómetras han adoptado el cuadrado, como la figura mas regular y sencilla de todos los cuadriláteros, para hallar la razón en que están todas las figuras planas, con un cuadrado conocido. De aqui vienen las frases tan comunes y usuales de *cuadrar el círculo, hallar las leguas cuadradas de un terreno, &c.*

P. ¿Cómo hallarémos el valor de un cuadrado?

R. Multiplicando su altura por su base, ó lo que es lo mismo, multiplicando uno de sus lados por otro.

P. ¿Y la de un paralelógramo?

R. Multiplicando uno de sus lados mayores por otro de los menores.

P. ¿Y cómo hallarémos el valor de un triángulo?

R. Multiplicando su base por la mitad de su altura.

P. ¿En qué consiste esta diferencia?

R. En que todo triángulo es la mitad de un paralelógramo de base y altura iguales á las del mismo triángulo, pues como hemos dicho, éste se forma cortando al paralelógramo en dos partes iguales, desde uno de sus ángulos, hasta otro ángulo opuesto. Por consiguiente, el valor del triángulo será el mismo que el de su cuadrilátero, menos el producto de la parte de éste que le falta al triángulo, es así que el triángulo tiene la misma base que el cuadrilátero, y la mitad menos de la área de este, luego para hallar el valor de la del triángulo, debe multiplicarse su base por la mitad de su altura.

- P. ¿Qué se entiende por *área* en las figuras planas?
 R. Toda la superficie encerrada dentro del perímetro.

LECCION IV.

De las figuras sólidas, ó cuerpos.

P. Pues que según hemos visto, el movimiento produce las superficies, ¿no pueden éstas moverse y producir otras figuras?

R. Si señor. Así como moviéndose el punto forma la línea, y moviéndose ésta, forma las superficies ó figuras planas, así también moviéndose la superficie forma los *cuerpos ó figuras sólidas*.

P. ¿Y cómo deberá moverse?

R. En la naturaleza no hay más que dos especies de movimiento, uno directo y otro de circunvolucion, ó circular. Si la superficie se mueve directamente, producirá cuerpos terminados por planos, y si se mueve circularmente, producirá cuerpos terminados por curvas.

P. ¿Cómo quedan determinados los cuerpos en ambos casos?

R. Por las tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad.

P. ¿Y cómo podrá definirse el cuerpo con exactitud? R. Diciendo que es el resultado de la combinación de aquellas tres dimensiones.

P. ¿Es acaso preciso que un cuerpo tenga las tres dimensiones?

R. Sí señor: no podría existir si le faltase cualquiera de ellas, porque le faltarían los límites, y no hay en la naturaleza cuerpo alguno que exista sin ellos.

P. Cuáles son los límites de todo cuerpo?

R. Los límites de un cuerpo son las superficies; los límites de éstas son las líneas; y el límite de las líneas es el punto.

P. ¿De cuántos modos puede ser una superficie?

R. De dos; plana y curva.

P. ¿Qué es superficie plana?

R. La que no es convexa ni cóncava, de modo que estendiendo sobre ella horizontalmente una línea recta en todos sentidos y direcciones, los puntos de ésta quedarían en contacto con otros tantos puntos de la misma superficie (figura 17).

P. ¿Y qué es *superficie curva*?

R. La que no es *plana*; y puede ser *curva* de dos modos, á saber: *convexa*, sobre la cual, estendiendo horizontalmente una línea recta, solo un punto de ésta tocaría en otro punto de la superficie (fig. 18). y *cóncava*, sobre la cual estendiendo horizontalmente la línea recta; solo dos puntos de ésta tocarían en otros dos de la superficie (fig. 19).

P. ¿De qué medios nos valdrémos para distinguir los cuerpos?

R. Atendiendo á las superficies que los terminan, segun las cuales toma cada uno su nombre particular.

P. ¿Cómo se llaman los cuerpos terminados por superficies planas?

R. Llámanse en general *poliedros*; pero la denominacion particular de cada uno, depende del número de los planos que lo determinan.

P. Sírvase vd. explicármelo.

R. Si el *poliedro* tiene *cuatro planos*, se llama *tetraedro*. Cinco, *pentaedro*. Seis, *hexaedro*. Siete, *eptaedro*. Ocho, *octaedro*. Nueve, *eneaedro*. Diez, *decaedro*. Once, *endecaedro*. Doce, *dodecaedro*, y si tiene mas de doce, se llama *poliedro* de (tantos ó cuantos) *planos*, excepto cuando tiene veinte, pues entónces se le llama *icosaedro*.

P. ¿Cómo se denominan estos cuerpos terminados por superficies curvas? R. Cada uno de ellos tiene un nombre particular; pero tanto de éstos como de los poliedros, consideraremos los que son mas indispensables para el fin que nos hemos propuesto.

P. ¿Cuáles son éstos?

R. El *cubo*, el *prisma*, el *cilindro*, el *cono* y la *esfera*.

P. ¿Qué cosa es cubo?

R. Es un cuerpo terminado por seis superficies planas, cuadradas é iguales, y en el cual son por consiguiente iguales la longitud, la latitud y la profundidad (figura 20).

P. ¿Qué circunstancia notable ofrece este cuerpo?

R. Que sirve para medir la solidez de todos los demas cuerpos, de modo que así como el punto es la medida de la linea, y la linea es la medida de longitud; y el cuadrado es la medida de longitud y latitud combinadas (esto es de las superficies ó figuras planas), así tambien el cubo es la medida de la solidez de los cuerpos, ó de las tres dimensiones combinadas.

P. ¿Cómo se hallará la solidez de un cubo?

R. Multiplicando una de sus superficies por la altura del mismo cubo.

P. ¿Y cómo se llama esta operacion?

R. *Cubatura*, y mas comunmente *cubacion*.

P. ¿Cómo se concibe la formacion del cubo?

R. Suponiendo que una superficie cuadrada se levanta hasta una altura igual á la misma superficie.

P. ¿Qué es prisma?

R. Es un sólido terminado por varios planos, y cuyas bases son polígonos iguales, paralelos, y colocados del mismo modo.

P. Según esa definición, habrá diferentes especies de prismas.

R. Si señor, y se denominan según el número y la configuración de sus bases, v. g., si estas son cuadradas, el prisma se llamará *prisma cuadrangular* (figura 21); si las bases son triángulos, se llamará *prisma triangular* (figura 22), &c.

P. ¿Cómo se concibe la formación del prisma?

R. Suponiendo que uno de los polígonos que le sirven de base se mueve, levantándose de plano directamente, hasta determinada altura.

P. ¿Qué es cilindro?—R. Un cuerpo terminado por dos círculos iguales y paralelos (figura 23).

P. ¿Cómo se concibe su formación?

R. De dos modos: suponiendo que un paralelógramo gira circularmente sobre uno de sus lados; ó suponiendo que un círculo se eleva de plano directamente hasta determinada altura.

P. ¿Qué se entiende por cono?—R. Un sólido que tiene por base un círculo, y que termina en punta llamada vértice (figura 24).

P. ¿Cómo se concibe su formación?

R. Pudiendo el cono ser *recto* ó *oblicuo*, solo hablaremos de la formación del primero, y diremos que esta se concibe suponiendo que un triángulo rectángulo gira circularmente sobre uno de sus lados; en cuyo caso, este lado será el *eje del cono*.

P. Sirvase vd. decirme ¿cuándo es *recto* ó *oblicuo* el cono?

R. Es recto un cono cuando la perpendicular que se baje de su vértice cae sobre el centro de su base; y es oblicuo el cono, cuando la perpendicular cae fuera del centro de la misma base.

P. ¿Ofrece el cono alguna otra circunstancia notable?

R. Si señor, según el modo con que se le divida, produce cinco figuras que se llaman *secciones cónicas*.

P. ¿Cuáles son?

R. Primera: si cortamos á un *cono recto* perpendicularmente sobre su base por el eje, tendremos un *triángulo isósceles* plano. Segunda. Si cortamos á un *cono recto* paralelamente á su base, tendremos el *círculo*. Tercera. Si cortamos á un *cono recto* paralelamente á uno de sus lados, resultará la *parábola*. Cuarta. Si cortamos á un *cono recto*, no paralelamente á uno de sus lados, pero fuera de su eje y en una inclinación mas ó menos aproximada á la perpendicular, tendremos la *hipér-*

bola. Quinta. Si cortamos al mismo *cono* oblicuamente sobre su base, esto es, sin cortar á esta, resultará la *elipse* (figura 25).

P. ¿Cuál de estas figuras importa mas para nuestro intento?

R. La *elipse*, porque la necesitamos despues para la inteligencia del movimiento de la tierra y de los cuerpos celestes; para la de la figura de la tierra; y para aprender el modo de representar los planos geográficos.

P. ¿Cómo definirémos la *elipse* con toda exactitud?

R. Diciendo que es *la curva enjendada por un plano que corte á un cono recto oblicuamente sobre su base*.

P. Sirvase vd. explicarme analíticamente la *elipse* y el modo de trazarla en el papel.

R. Debemos advertir que la *elipse* es una curva que vuelve á entrar en sí misma (figura 26) en ella se consideran *dos ejes*, uno *mayor* y otro *menor* (*A B* y *C D*) que forman entre sí ángulos rectos. Se llama *centro* de la *elipse* el punto *M* en donde se cortan los ejes; y se llaman *focos* de la *elipse* los puntos *S P*, cada uno de los cuales dista igualmente del centro *M*.

Para trazar la *elipse* deberémos proceder de este modo: dado el eje mayor *A B*, lo dividiremos en dos mitades iguales trazando el eje menor *C D*; tomaremos con un compas, ó con un cordon la mitad del eje mayor *A M*, y trasladando esta medida sobre el eje menor, fijaremos una pierna del compas (ó una de las estremidades del cordon) en un punto cualquiera del eje menor, pero de modo que podamos trazar dos arcos de círculo que se corten precisamente sobre el eje mayor, y que formarán los dos focos *S P*: tomaremos en seguida un cordon del tamaño total del eje mayor *A B*, y fijaremos sus estremidades en los focos *S P*: así fijado el cordon lo estiraremos de modo que haga un ángulo *S, R, P*, (figura 27) y sujetando en este ángulo un lápiz, lo correremos manteniéndolo siempre unido al cordon hasta dar la vuelta entera, la cual terminada, habrémos trazado la *elipse*.

P. ¿Qué es esfera?

R. Es un sólido terminado por una superficie curva, cuyos puntos distan igualmente por todas partes del centro del mismo sólido (fig. 28).

P. ¿Cómo se concibe su formacion?

R. Suponiendo que un círculo gira sobre sí mismo al rededor de su diámetro.

P. ¿Qué circunstancias ofrece la esfera dignas de atencion?

R. Ofrece muchas, pero nos limitaremos á indicar las siguientes.

Primera. Todo corte ó toda seccion de una esfera, hecho por un plano es un círculo. Segunda. Si este plano pasa por el centro de la esfera, la seccion se llama *círculo máximo ó mayor* y si el plano no pasa por el centro de esta esfera, la seccion se llama *círculo menor ó mínimo*. Tercera. De aquí se deduce que todo *círculo máximo* divide á la esfera en dos partes iguales y estas partes que son mitades de esfera se llaman *hemisferios*. Cuarta. Si cortamos á la esfera con dos círculos paralelos, quedará dividida en tres partes de las cuales, dos serán segmentos A y B (fig. 29) y la otra se llamará *Zona C*. Quinta. Puede hacerse en la esfera una seccion de tal modo, que resulte un cono de base esférica, y este cono se llama *sector esférico* (fig. 30), por consiguiente, si tratamos de definirle, diremos que sector esférico es un segmento de la esfera y de un cono, cuya punta llega al centro de aquella.

P. ¿Cómo se concibe la formacion de este sector?

R. Suponiendo que un sector circular gira al rededor del radio del círculo de quien es sector.

P. ¿Cómo se llama la base del sector de la esfera?

R. Casquete esférico (*m, n, o*, en la misma figura).

P. ¿De qué medio nos valdrémos para hallar la solidez de una esfera?—R. Multiplicando su superficie por el tercio de su radio.

P. ¿Y cuánto vale su superficie?

R. Cuatro veces el área de uno de sus círculos máximos.

P. ¿Cómo se hallará el valor del área de un círculo?

R. Multiplicando su circunferencia por la mitad del radio ó por la cuarta parte de su diámetro, de lo que se deduce que el valor de la superficie de una esfera, es el producto de la circunferencia de uno de sus círculos máximos multiplicada por su diámetro.

P. ¿Qué se entiende por esferoide?

R. Un sólido cuya figura se aproxima á la de una esfera. (fig. 31).

P. ¿Cómo se forma?—R. Por la circunvolucion de una esfera sobre su diámetro ó por la de una elipse sobre su eje mayor.

P. ¿Pues qué, girando una elipse sobre su eje menor no producirá un esferoide?—R. No señor, en ese caso producirá una figura mas ó menos aproximada á la de la misma elipse, que se llama *elipsoide*.

P. ¿Qué otro nombre se da á la esfera?

R. Tambien se llama globo, y ambas denominaciones son necesarias en el estudio de la Geografía.





18. salle de la Salina. N. 1. †

Celina.

AGOSTO 10 DE 1841.

CELINA.

I.

QUÍASE aun por los aires el eco del toque de silencio que poco antes resonara en el campamento de Isabel, y al bullicio de los soldados y al estrépito de las armas habia sucedido un profundo reposo que solo alteraba de vez en cuando el alerta de los centinelas; grandes fogatas de trecho en trecho con seca leña, daban pábulo á las llamas, reflejando en las tersas armaduras de los soldados; la apacible luna que plateaba la helada Sierra Nevada, semejava á una lámpara que se mecía en la celeste bóveda. Un jóven de gallarda estatura estaba en pie á la puerta de una tienda, y dirigía ansioso sus inquietas miradas hácia la bella Granada, donde el arrogante moro se enseñoreaba: notábase en su rostro é impacientes ademanes, el desasosiego que reinaba en su alma, y lanzando un profundo gemido, se dejó caer sobre un asiento. Dos días, dijo, se han pasado, ¡oh Alfonso! sin que hayas visto á la hermosa Celina, y antes de que esta noche la veas, se han de pasar algunas horas, que hallarás tan lisongeras como cortas las que pases en su compañía, y no obstante, el mismo espacio de tiempo tienen unas que otras; mas al lado de Celina pasa el tiempo para mí con la misma presteza que se sumerge en los abismos el agua que se despeña de los elevados torrentes. Y ¿cómo no ser así estando al lado de la candorosa Celina, de la tímida y honesta musulmana, que como yo, cree la existencia de un Ser omnipotente, y que no es el profeta á quien ella venera, porque es virtuosa, porque es la creencia de sus padres, porque es la sola que le han enseñado desde la niñez?

Pero yo espero que en breve lucirá el dichoso día en que abjurando los errores de su secta, abrazará la religión santa, única verdadera de ese Ser omnipotente á quien aun no conoce, y entónces.... pero ¿quién va? —Vuestro fiel Hernando, señor.—Que al momento apresten un caballo de batalla, el brioso, incansable; que entre el jóven Bermudo; y tú Hernando, prepárate á seguirme.—Señor, voy al punto á obedeceros; pero disimulad al cariño que os profeso y á mi lealtad, os haga presente que los moriscos están alarmados, y acaso esta noche....—Basta, y agradezco el aviso: Hernando puede quedarse, pero Alfonso debe ir á Granada, y acompañado ó solo, irá. Celina me aguarda esta noche, y por mí arriesga su vida; yo le he dado palabra de ir, y la cumpliré. Si el cielo me depara algun encuentro con los moriscos, no será la primera vez que el brazo de Alfonso, movido por el brazo de Dios, ha triunfado de sus enemigos. Dame, Bermudo, el casco de la pluma negra, el escudo de campo liso y la lanza de los combates.—Ya, señor, nos aguardan los caballos, dijo desde la puerta el sumiso Hernando.—¡Hola! parece que el buen Hernando quiere venir á Granada: bien, yo acepto su compañía: y si nos encontramos con los moriscos...—En este caso, señor, Hernando probará no temer otra cosa sino el peligro que corra su señor.—Nunca he dudado de tu cariño, ni valor; pero ya es hora de partir. Bermudo cuenta con tu discrecion durante mi ausencia... dijo Alfonso entrándose el escamoso guantelete, y calándose la visera salta sobre el fogoso alazan haciéndole doblegar bajo el peso de su armado cuerpo, y picándole los hijares, desaparece con la velocidad del corzo.

II.

En un gracioso gabinete una jóven recostada en ricos

almohadones respiraba el aroma de variados perfumes: su cabellera se ocultaba en los pliegues del turbante: sus hermosos ojos árabes lanzaban penetrantes miradas, y su esbelto cuerpo lo cubria una larga túnica de brocado: á su lado se hallaba otra jóven mora á cuya belleza solo aventajaba la de Celina. ¡Oh querida Zora! ya pasó la hora en que debia venir Alfonso, y no parece; mil fantasmas sangrientas se presentan á mi imaginacion, y preveo un funesto porvenir. ¡Oh Alfonso! Alfonso! ¿Dónde estás?—A tus piés, y vengo de nuevo á ofrecerte mi corazon, ángel mio, dijo Alfonso saliendo por una puerta secreta que contenia una de las columnas.—¡Alfonso!.... ¡Alfonso!.... fueron las solas palabras que pudo articular la sensible Celina, y abundantes lágrimas corrieron de sus hermosos ojos.—¿A qué ese llanto, mi bien, héme á tu lado decidido á arrostrar los mayores peligros y á defenderte hasta perder una vida que, lejos de tí, me es enfadosa.—Este llanto, Alfonso, es hijo del corazon, y ya es para mí imposible verte y no llorar; ¡es de tanto alivio á un corazon oprimido el llorar!—Celina, ¿mi presencia exita tus lágrimas? ¿Acaso merece....—No, no: tu amor es digno de recompensa; mas ¿qué recompensa podrá dar Celina, la hija del poderoso Muley, al intrépido Alfonso, caudillo de huestes castellanas, cuyo triunfo está cifrado en la ruina de la que ama, y que acaso derramará la sangre de su padre ó de su hermano!!!...—Celina, por piedad no destroces mi corazon con un porvenir, cuya idea me estremece: te amo, sí, pero ántes de amarte era cristiano.—¡Ah! ¿por qué no naciste bajo el clima en que vi la luz? ¿Por qué una misma no fué la religion de los dos? Entónces podriamos amarnos á la faz del mundo, y un santo lazo nos uniria hasta el sepulcro; pero no: tú no debias nacer musulman; Ce-

lina debió nacer cristiana. ¡Ah! ¡cuán dichosa sería entonces!...—Aun puede serlo.—¡Dichosa!...—Sí, aun hay un medio.—¿Cuál?—El de hacerte cristiana.—¡Hacerme cristiana! Yo lo deseo: ¡me has pintado tan dulce tu religion!... Pero huir de los míos... abandonar á un padre: ¡jamás será el instrumento de la muerte del autor de mis días.—Jamás!... ¡con que Celina nunca será de Alfonso! ¿Y tú me amas? no: nunca me has amado.—Sí, Alfonso, Celina te ama y te amará...—Me ama, me amará, y nunca será mia... no: nunca me amó.—Alfonso! Alfonso! esa duda es para mí un suplicio: te amo y...—Pronto, Celina, pronto remedio, pues pelagra la vida de Alfonso, dijo saliendo sobresaltada la jóven Zora.—¿Y quién conspira contra ella? repuso Celina con indignacion: ¿quién es el atrevido?...—Almanzor.—¡Mi hermano!—Sí, el fiel Alí acaba de decirme: Almanzor sabe que un cristiano ha penetrado por la oculta cueva, y le busca acompañado de los suyos.—Adios, Celina, dijo Alfonso tirando de la espada y dirigiéndose á la columna.—Detente, Alfonso, tu muerte es cierta si te encuentran, son muchos y... Zora, corre, y que en el momento entre Muley.—¡Muley!..—Sí, pronto, que venga; es generoso, y no verá en Alfonso sino una victima de la traicion: querido Alfonso, baja por esa escalera, dijo tocando el resorte de una losa.—Bajar, no; aqui esperaré á los viles asesinos: que venga Almanzor con los suyos, y mi espada me abrirá camino.—Alfonso, por piedad, baja, yo te lo ruego: si no puedo salvarte morirémos juntos; pronto, que álguien viene. ¿Sois vos, Muley? dijo Celina que habia cerrado la trampa, arrojándose á sus piés.—Alzad, señõra.—No, valeroso Muley; no me levantaré hasta que me hayas concedido una gracia...—Juro por el profeta que la mas pequeña insinuacion vuestra, será para mí una órden inviolable.

—Muley, siempre he sido sorda á vuestros ruegos; vos me amais porque no habiais prometido ántes amar á otra; pero Celina lo habia prometido ya cuando Muley se lo dijo; y Celina jamás abrigará un corazón falso, ni faltará á sus promesas; he aquí el motivo que me priva de recompensar vuestro amor.—Señora, culpa es de mi estrella, y no vuestra.—Escuchad: si es cierto que me amais; si alguna vez me habeis amado, librad de la muerte al amante de Celina; el implacable Almanzor le busca con los suyos para inmolarle.—¿Qué causa?—No es musulman!...—¿No es musulman!...—¿Un enemigo!...—Si ese enemigo deja de existir, Celina morirá; estoy resuelta; un veneno...—¿Que horror, señora!—Libradle.—¿Un cristiano!...—A un cristiano debeis vuestra vida, acordaos...—Bien, le salvaré: ¿dónde está?—Recordad que si muere dejaré de existir, y jamás podreis libraros del horror que caería sobre vos, si entregáseis á un hombre solo á sus verdugos, superiores en número.—Yo le acompañaré hasta su campo, y sin hollar mi cadáver nadie le ofenderá; os lo prometo.—Bajó Celina precipitadamente la escalera, y volvió seguida de Alfonso.—¿Qué veo? exclamó Muley, es el generoso cristiano á quien debo mi vida y libertad.—Te engañas, sarraceno; no soy sino el enemigo á muerte de los musulmanes.—Sí, pero solo en el ardor de la pelea; pasada esta sois el que alivia la suerte de los desgraciados; sin saber que érais vos, habia prometido salvaros ó morir, y lo cumpliré; marchemos.

Un ruido de armas que se oyó entónces, hizo caer á Celina desmayada en los brazos de Zora; Alfonso se dirige á ella, Muley se interpone, y le dice: Alfonso, yo la amo; ella os ama, y voy á salvaros la vida...—Partamos, dijo el impetuoso Alfonso, y desaparecieron.

III.

Ondeaba en las torres de la Alhambra el pendon real de Castilla; los moriscos habian sucumbido al valor de las armas cristianas, y la gran mezquita, ya santificada se habia erigido en templo del Altísimo, cuando la mañana de un hermoso dia discurria por la plaza de Vivarrambra, con direccion al templo, una numerosa y brillante comitiva; en ella se veian los esclarecidos timbres de los Córdovas, Laras, Aguileras, Garcilazos, y los de otros muchos esforzados campeones que ayudaron á los Reyes Cáticos en tan gloriosa empresa; y que vestidos de lucientes y ricas armaduras, adornados los cascos de vistosas plumas, con sus alegres y animados semblantes presentaban un grandioso espectáculo; precedian estos á un caballero anciano, cuyo porte mesurado y cabello blanco, á la par que infundia respeto y revelara el imperio de los años, formaba un contraste singular con las risueñas fisonomías y soltura de los jóvenes paladines. Llegado que hubieron al templo, salió á recibirlos el venerable prelado acompañado de sus prestes, y fuéronse colocando en magníficos escaños; un numeroso concurso ocupaba las naves de la iglesia, y ante el altar se veian arrodillados una joven cubierta con un largo velo, y un caballero cuyo pecho cruzaba una banda roja. Llegóse el prelado á la joven, y despues de algunas ceremonias, echó agua sobre su cabeza: en seguida tomó la mano del caballero, la juntó con la de la joven, profirió varias palabras, y les echó la bendicion. Concluida la ceremonia religiosa, Celina se llamaba Isabel; Isabel era esposa de Alfonso.—J. DE URROZ.

(El Siglo XIX.)



LITERATURA.—POESÍA.

A GUADALUPITA.

RESUENA con fervor, humilde lira,
 Resuena con fervor, ó lira mía,
 Lira que fuiste un día
 La que mi voz ardiente acompañaba,
 La que amor entusiasta suspiraba
 Y la que himnos de gloria repetía.
 No atónito ante el mar junto el estruendo
 De las soberbias ondas que se chocan
 Al retumbar omnipotente el trueno,
 Y el relámpago lívido serpea
 Sobre las negras olas, y en su seno
 Rápido y horroroso centellea;

Tampoco junto al férvido torrente
 De lo alto de los montes despeñado,
 Como azote de Dios que desarraiga
 Al pino erguido y al feroz sembrado;
 Ni audaz, osado en medio á la pelea
 Describe de la guerra los horrores,
 Porque nuestras contencidas son de hermanos,
 Cubre una nube el astro de Dolores
 Que vió besar el polvo á los tiranos.

Sed de amor inmortal, amor de gloria
 Hierve aún en mis ardientes venas;
 Mas vencer á un hermano no es victoria,
 Ni triunfo, ó patria, redoblar tus penas.
 No canto envilecido, prosternado
 Ante del sollo del poder. Que humilla
 Tu libertad, sublime pensamiento,
 Y mustio, débil, enfermizo, brilla
 En dorados salones el talento.

Mas libre, mas feliz, independiente
 Mi amortecido génio se renueva,
 Y como incienso cándido se eleva
 Sin cuidarme de honores ni fortuna,
 Al lado, ó niña, de tu frágil cuna.

Cuna que como débil barquichuelo
 A la márgen te mece de la vida
 Bajo un hermoso y apacible cielo;
 Niña tierna, feliz, niña mas pura
 Que en el bosque ignorada clavelina,
 Cuando besa su cáliz con dulzura
 Apacible la brisa matutina.

Niña pura en el lecho que naciste
 Como perla en el seno de la concha,
 Que está intacta en el fondo de los mares,
 Iris en los tormentos y pesares

De tus amantes padres, niña hermosa,
 Duerme en tu tierna cuna
 Cual duerme en el capullo
 Defendida la rosa.

¡Oh! como abrigo, bácaro seguro
 La niñez del jazmín, tal duerme, ó niña,
 En tu cuna infantil un sueño puro.

Vive con tu ignorancia y desafia
Desde la barca humilde la tormenta,
Y disfruta de ensueños de alegría
Burlando la inconstancia de la mar.

Porque eres de tus padres la esperanza,
Porque en el porvenir eres su estrella,
Porque por tu sonrisa, niña bella,
Lloran de gozo, olvidan el pesar.

Quién dicho hubiera, pobre desterrado,
Cuando gemía allende de los mares,
Que recuerdos, pobreza y pesares
Le borrarán tu plácido reír.

Hoy, cuando opura amargos sinsabores,
Y solo te recuerda, niña amable,
Un consuelo purísimo, inefable
Ante tus ojos mira relucir.

Cuando la juventud rompa tu cuna,
Y derribe los diques del torrente
De la edad del placer, niña inocente,
A tu padre recuerda con amor.

Como exótica planta brotó al mundo,
Y el albor de su infancia aun no lucía,
Cuando contra su cuna se rompía
Una ola caprichosa de dolor.

Y cual planta su frente se elevaba:
El parche de la guerra fué su canto,
Y velaban la muerte y el quebranto
Su sueño de zozobra y de inquietud.

Cuando su lábio apenas balbucía
Ya clamaba por muerte á los tiranos,
Y ya ensayaban trémulas sus manos
La coyunda romper de esclavitud.

¡Que horror! ¡que horror! pero el varón proclamo
De quien exede sangre y ardimiento,
Gritaba libertad.... un fin sangriento....
¡Ah! mi pátria sus hechos te dirá.

De entonces.... ¡ay! versátil como la hoja
Que los vientos arrojan al acaso,
Huérfano sin amparo, hácia el ocaso
Miraba su existencia descender.

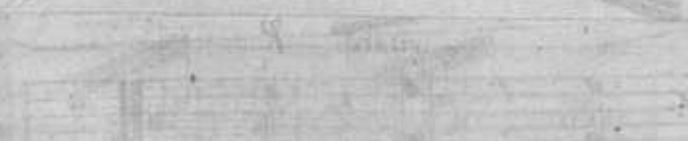
Vida sin juventud, vida sin goces,
Rodó de torbellino en torbellino
Cual frívolo juguete del destino,
Maltratado sarcasmo del placer.

Y allá del fondo de su oscura suerte,
Brotó el sol, ilumina de repente
A mi pátria feliz, independiente,
Y un grandioso y sublime porvenir.

Tú sabrás lo demas cuando naciste,
Naciste entre perfumes y entre honores,
La ignorada corriente brotó flores,
Mimada del poder y la virtud.

El que tiene el poder, dejó la silla
Para cojerte ufano en su regazo,
Y el Pastor de la iglesia tendió el brazo
Y te puso en el gremio de la cruz.

British Museum Library



al
h
ce
H
to
a

Flor delicada, nacida
 A la márgen de un torrente,
 Mecida por un ambiente
 De opulencia y de poder.
 El bello ángel de tus días
 Tienda sus doradas alas,
 Y te haga ostentar las galas
 De hermosura y de placer.
 Puedan legarte tus padres,
 ¡Oh pimpollo de inocencia!
 Uno, su vasta experiencia,
 La otra, su tierna virtud.
 Y mire correr tus años
 Como límpido arroyuelo,
 Benigno el Señor del cielo,
 Risueña la juventud.
 Gota que tiembla en una hoja
 Del árbol de nuestra vida,
 Indecisa, suspendida
 Entre la nada y el ser.
 Duermes en dichosa ignorancia
 No despierte tu razón
 Para llamar, maldician
 O desventura nacer.
 Sueña en juegos infantiles
 Entre los bosques sombríos,
 Viendo girar mansos ríos
 Que fecundan un jardín.
 Ve palacios de diamantes,
 Lindos cielos, aire suave,
 Y oye cantar como á una ave
 Al hermoso serafín.
 Que es la edad de la ilusión,
 Tu tierna edad, flor temprana,
 No te despierte mañana
 De tus sueños el dolor.
 Y espas que es un delito
 La ingenuidad, la hermosura,
 Y que gimo la ternura

En los brazos del amor.
 La existencia es un arcano,
 Es un engaño la suerte,
 Solo el dolor y la muerte
 Nos revelan la verdad.
 La nube de linda grana
 Es un vapor fugitivo,
 El iris de color vivo
 Es agua, nada, ficción.
 Y ficción las ilusiones,
 Y los halagos, y honores,
 Frívolas y mustias flores
 Que marchita la aflicción.

Pobre niña, tus sueños infantiles
 Volaron como nubes dispersadas
 Como hojas en el fango que regadas
 Son ya despojos y basuras vilas.
 Como el recuerdo de que en noche un

Alumbro una luz fitiva hermosa prada
 Y que se miran mustios y secados
 Al alumbrales el fulgor del día.

Como el recuerdo de que en noche un
 Alumbro una luz fitiva hermosa prada
 Y que se miran mustios y secados
 Al alumbrales el fulgor del día.

Como el recuerdo de que en noche un
 Alumbro una luz fitiva hermosa prada
 Y que se miran mustios y secados
 Al alumbrales el fulgor del día.

Como el recuerdo de que en noche un
 Alumbro una luz fitiva hermosa prada
 Y que se miran mustios y secados
 Al alumbrales el fulgor del día.

MUSICA.

AL presentar á nuestras amables lectoras el wals que está al frente, compuesto por una suscritora al Semanario, hemos creído útiles algunas ideas sobre el estudio de la composición música, que hemos tomado del Diario de la Habana del 20 de diciembre último.

Demasiado complicado en los primeros siglos el arte de la composición se dirigia mas bien á los ojos que á los oídos, teniendo en él pocas veces, una pequeña

parte el corazón, cuando Claudio Monteverde, hombre de genio, penetrante y audaz, osó en el quinto libro de sus madrigales, formar una completa revolución en este ramo, haciendo uso del tritono ó sea cuarta aumentada: á favor de estos adelantos y del impulso que dió la ópera á pesar de estar naciente en aquella época, no tardó en conocerse la verdadera melodía que ha hecho tantos progresos en la espresion de los afectos y en lo ideal de sus inspiraciones; sobre la cual se habrán ocupado ya varios escritores teóricos, cuando Antonio Raimba la metodizó en su tratado impreso en París hácia el año de 1813.

La armonía libre, reducida hasta el siglo XVI á los acordes de tercera y quinta, de tercera y sexta, y á algunas suspensiones ó prolongaciones que permitian sus notas, empezó á enriquecerse con multitud de combinaciones, adquiriendo tal desarrollo, que Rameau pudo sistematizarla en su tratado de armonía en 1722, desde cuyo tiempo han visto la luz pública centenares de obras, en las que ha sido considerada en sus diversas faces. Al estudio de la armonía se ha unido despues el de acompañamiento del bajo cifrado, y ambos se consideran hoy como preliminares ó preparatorios en la gran ciencia de las composiciones músicas.

El contrapunto, único género de composición usado hasta fines del siglo XVI, fué perdiendo terreno y cediendo á la irresistible invasión de la música libre é ideal, hasta el extremo de no ser hoy mas que un mero estudio. Pero como los teóricos mas célebres de nuestros dias, lo apropian á la tonalidad moderna, despojándole de algunas sutilezas inútiles, ha pasado á ser el principal estudio de la composición, y tan indispensable, que él solo enseña el arte de escribir con pureza, y manejar con independencia todas y cada una de las partes ó voces de una obra,

dándole á la vez una marcha franca y elegante; además de suministrar tanta mayor fuerza y consistencia á las ideas del compositor cuanto mayor sea el esfuerzo que haya impendido éste en su adquisicion: en una palabra, el contrapunto es hoy un simil de las sandalias de hierro que los antiguos hacian soportar todo el dia á sus bailarines para que adquiriesen mayor fuerza y soltura en los piés, luego que se sintieran libres de estas trabas.

La introduccion de los instrumentos en los diferentes géneros de música; los adelantos y perfeccion que ha recibido la construccion de ellos, y los muchos que se han inventado de nuevo, han proporcionado al compositor la facilidad de amenizar y colorear sus inspiraciones, por medio del contraste de diversas sonoridades, y por la magia irresistible de sus masas, de donde se formó el estudio de la instrumentacion.

Por lo espuesto, se deduce que el estudio de la composicion música, está hoy dividido en cuatro grandes secciones que forman por consecuencia otros tantos estudios: el contrapunto, la armonía, la melodía y la instrumentacion, clasificacion adoptada por los principales conservatorios de Europa.

Estos son los estudios materiales y prácticos de que no puede prescindir todo el que pretenda hoy ser compositor; mas si despues de poseerlos quiere pasar á juzgar con acierto las producciones ajenas y propias, internándose en los secretos del arte y elevando su espíritu á la altura teórica, capaz de verificar el exámen de la poética ó de lo ideal de la música, debe entrar en el gran estudio de la estética, fundado en la naturaleza y el buen gusto, en que no es dado sobresalir y campear libremente, sino á un ingenio vivo y analizador, que reuna á todos los estudios que hemos indicado, otros muchos de historia y amena literatura.

HERMOSURA.

(Véase nuestro número anterior.)

UN filósofo ha dicho que los hombres en los objetos que se les proponen, se detienen con mas gusto buscando su causa, que examinando su existencia: y ordinariamente empiezan preguntando ¿cómo sucede esto? en vez de averiguar si realmente sucede.

La mayor parte de los autores que han escrito sobre la hermosura han dado por supuesta su invariabilidad y sus formas primitivas, sin indagar al menos cual fuese esa forma original. Camper es el único que ha llegado al principio de la cuestion, probando que en la naturaleza no hay hermosura positiva é invariable: que lo que llamamos hermoso solo consiste en las ideas que de esta palabra hemos recibido desde la infancia, ideas formadas por una especie de conveniencia mútua establecida en la anterioridad de un corto número de personas: que la belleza solo es un ente sostenido por el hábito, la moda ó las preocupaciones particulares que reinan en cada pueblo: que la idea de la hermosura hasta cierto punto, está sujeta á la autoridad de ciertas personas que nos parecen mas aptas para juzgar bien: que la aptitud para conocer lo hermoso que llamamos sentimiento, tacto, ó gusto, aunque dependientes de una modificaciou particular del entendimiento, solo debe atribuirse en general á la educacion y al hábito de contemplar los mejores productos de la naturaleza y del arte: y que ese gusto, ese tacto se perfeccionan en nosotros á proporcion de los conocimientos que hemos adquirido por el estudio: en fin, demuestra que no tenemos ningun sentimiento innato de la

hermosura física, como lo tenemos muy claro de la belleza moral.

Todas estas aserciones están apoyadas en pruebas concluyentes; pero lo que demuestra palpablemente que la hermosura no es invariable, es sin duda la poca ó ninguna semejanza que tienen las mugeres hermosas en cada país, la poca ó ninguna concordancia de los diferentes pueblos en las ideas que se forman de la hermosura y la diferencia de gusto que se observa aun entre los diversos individuos de un mismo pueblo.

Las hermosuras españolas, italianas, inglesas, mexicanas, chinas, mingrelianas y aun negras, son sin disputa mugeres hermosas: cada una de ellas tiene en su país quien pondere sus encantos, cada una inspira á sus poetas y fija las miradas de los filósofos, siendo el modelo de sus artistas; sin embargo, ¿cuánto se diferencian entre sí?

Examinemos rápidamente esa variedad de opiniones de los diferentes pueblos. En general las naciones cultas, gustan de una cabeza que presente la forma oval, los caribes no reputan hermosa la que no es perfectamente redonda ó aplanada, cuidando mucho desde el nacimiento de los niños que quede así, á cuyo efecto la comprimen; y finalmente otras naciones prefieren la forma cuadrada y amoldan entre cuatro tablas las cabezas de sus tiernos hijos.

La misma diferencia se nota en las proporciones de la frente. Los moradores de Aracán estiman mucho las frentes anchas y aplastadas, y aplican á los niños luego que nacen una plancha de plomo para darles el género de hermosura que prefieren. Los siameses por el contrario, gustan de las frentes que terminan en punta por su parte superior, de manera que su cabeza representa una figura alargada, cuyas dos puntas opuestas son la fren-

te y la barbilla. Los antiguos mexicanos apreciaban la frente sumamente pequeña, y al efecto empleaban todos los medios posibles para que les naciese el pelo en esa parte del rostro.

Las orejas pequeñas no en todas partes obtienen la preferencia. En los mas de los pueblos del oriente, y aun entre los chinos las orejas hermosas son las mas grandes, mas largas y mas caidas, y para procurarse esta perfeccion, cuelgan de ellas materias tan pesadas que los habitantes de Laos tienen los agujeros tan grandes, que puede pasarse por ellos tres ó cuatro dedos.

Un pueblo cree que la hermosura de la nariz consiste en su mayor longitud, y otro en su pequeñez. La nariz prominente es un vicio para los chinos, que acostumbran aplastarla desde la cuna. En muchos pueblos se ponen pendientes en la ternilla de la nariz, como entre nosotros se los ponen en las orejas, y este mismo uso se advierte en los isleños del golfo Pérsico y en los indios de nuestra California, mientras que en el Mogol por el contrario, los hombres esclusivamente usan de estos adornos para parecer hermosos.

Hay nacion que se arranca los dos dientes del medio de la mandíbula, y las mugeres de los jaggas en Africa para ser hermosas, tienen que quitarse cuatro, dos arriba y dos abajo: la que no tuviese valor de sacárselos seria despreciada, como se desprecia en China á la jóven que tiene los piés del tamaño natural. Entre los siameses la hermosura de los dientes consiste en tenerlos negros teñidos con un barniz: los habitantes de Macassar se los pintan con diversos colores.

La piel ó el cútis recibe diversas preparaciones en varios pueblos. Los indios de Californias se untan con aceite ó grasa: los caribes y apaches se tiñen con achiote: los

groelandeses se embadurnan la cara de blanco y amarillo: las mugeres de Zembla se hacen rayas azules en la frente y la barbilla: las japonesas se pintan los lábios y los párpados de azul: las mugeres del reino de Decán colorean de amarillo y rojo sus manos y sus piés: las árabes pintan sus uñas de rojo, los piés y manos de amarillo subido, y el borde de los párpados de negro: las mongolesas cortan su piel en flores que tiñen con jugos de raíces, y en Trípoli y en Otaiti, se hacen picaduras á manera de lunares, que renegrecen por medio de un licor que introducen en ellas.

No hay mayor conformidad entre las naciones con respecto á la hermosura de la talla. Los turcos y alemanes prefieren á las mugeres gordas: á los chinos les gustan las flacas. Algunos pueblos aprecian el talle corto, y para las mugeres de Trípoli la hermosura consiste en tenerlo largo. Esto no debe admirar á nuestras lectoras, cuando han visto adoptar alternativamente en México el talle sumamente alto y estremadamente bajo; esto prueba que no se sabe lo que constituye la hermosura del talle, pues que la mayor parte de los hombres han encontrado esas dos modas muy agradables, ó para decirlo mejor, muy hermosas: demostracion positiva de cuán falso es que la hermosura sea siempre la misma, y cuán cierto por el contrario, que solo pertenece á la moda.

Esta pintura, muy variada sin duda, manifiesta que los hombres de las diversas partes del globo están en absoluta discordancia sobre la naturaleza de la hermosura.

Pero me parece oír á alguna de mis lectoras que me replica con viveza: que esos gustos estraños son hijos únicamente de la grosería de ciertas naciones salvages. Mas yo le suplicaré reflexione que los chinos de todos los tiempos, los griegos y los romanos no pueden conside-

rarse, como bárbaros y sin embargo, opinaban con respecto á la hermosura de muy distinto modo que nosotros.

Los romanos gustaban de las cejas juntas, los griegos de las separadas; aquellos de los ojos poco abiertos, estos de los mas grandes, y basta examinar los bustos y medallas griegas comparadas con las romanas, para juzgar de la diferencia de su gusto.

Ni aun es necesario ocurrir á las diferentes naciones; los individuos contemporáneos de un mismo pueblo difieren extraordinariamente en los objetos hermosos de su gusto. ¿Qué diversidad de opiniones, sobre todo, con relacion á la hermosura del bello sexo, que es el objeto de nuestras reflexiones? ¿Cuántas causas influyen en nuestro juicio? El hombre prevenido ó preocupado en favor de una muger la halla hermosa, y su imaginacion siempre casada con el amor propio, encuentra mil perfecciones en el objeto de su cariño; porque lo estima y quiere que todo se conforme á su voluntad; sin embargo, estaria indeciso y vacilante para decidir si la hermosura es el motivo de su aprecio ó el aprecio es la causa de que lo juzgue hermoso.

El gusto nacional tiene tambien una influencia decidida sobre esta especie de calificaciones. No podemos dejar de tener por hermoso lo que hemos visto admirar desde que existimos, y los artistas mas distinguidos á pesar de un largo estudio en los diferentes estilos, jamas pudieron adquirir un completo desprendimiento de las preocupaciones nacionales, ni dejar de conservar siempre en sus obras el carácter del gusto de sus compatriotas. Véanse, por ejemplo, las pinturas de Rubens: todas las mugeres que pintó son de talla agigantada y demasiado gordas; sin que pueda decirse que no fué su ánimo retratar la hermosura, sino solo representar la naturaleza cual la

veia; si se examina su cuadro de las tres diosas disputando delante de París la manzana destinada á la mas perfecta en belleza, Rubens no pudo llevar otro fin en este argumento, sino el de representar la hermosura misma. Ahora bien, en el cuadro vemos que Minerva, Vénus y Juno, son tres gruesas flamencas con demasiadas carnes.

Las primeras impresiones que hemos recibido, contribuyen mucho á determinar nuestros juicios. Ciertas formas nos agradan toda la vida, porque fueron las primeras que nos gustaron desde la niñez, y que por primera vez afectaron nuestros sentidos. Las amamos, no por percepcion razonada de su hermosura, sino porque despiertan en nosotros las sensaciones mas vivas que hemos experimentado y que tuvieron para nosotros todos los encantos de la novedad. Esta causa llega muchas veces hasta el punto de hacernos encontrar un atractivo irresistible aun en los defectos, y á producir en nosotros, gustos singulares y extravagantes. Descartes conservó toda su vida una decidida propension á las mugeres bizcas, porque lo fué la primera que supo mover su afecto. Queda pues, demostrada la imposibilidad de asegurar positivamente ¿en qué consiste *La hermosura*?

LECCION CUARTA

SOBRE LA PERFECCION DE LAS FACULTADES INTELECTUALES.

(Véase el número 8 página 177.)

De la lectura.—El mundo está lleno de libros, pero hay infinidad de ellos tan malos, que jamas deberian haber sido leidos: los hay tambien á millares que pueden ser buenos en su clase; pero que nada valen cuando al cabo de un mes ó de un año ha pasado la ocasion y el objeto

para que fueron escritos. Otros hay tambien de mucho valor en sí mismos para algun fin especial ó para alguna ciencia en particular; pero cuya utilidad se reduce á las personas que se dedican á ciertas clases. Por ejemplo, un teólogo, un médico ó un comerciante, sacarán poquisimo provecho de los enormes volúmenes que hay escritos sobre jurisprudencia, y un abogado poco adelantará con leer las obras de Hipócrates y Avicena. Es, pues, de suma importancia para no perder el tiempo, que las señoritas mexicanas, ansiosas de leer todas las obras que se les proporcionan, consulten antes con personas juiciosas é instruidas, ¿cuáles son los libros cuya lectura les será mas conveniente y provechosa?

Las obras importantes de cualquiera clase que sean, deben leerse la primera vez como en sumario ó compendio, porque antes de todo, es preciso saber lo que promete aquella obra, y lo que puede esperar la persona que la lea del sistema y talento del escritor; por lo mismo conviene leer el prólogo ó introduccion de toda obra, por mas que se critique, y algunas veces con razon, la vaciedad, monotonía ó generalidad de muchos de ellos. La segunda lectura debe por el contrario hacerse con detenida reflexion, y empaparse, por decirlo así, en todo lo que ha querido enseñar el autor. En donde se encuentre algo nuevo, debe releerse el párrafo ó capítulo, y no pasar adelante hasta que nos sea familiar lo que antes ignorábamos, y podria aseguraros, amables lectoras, que hay pocos capítulos de libros científicos dignos de ser leídos una vez, que no merezcan segunda lectura.

A primera vista os parecerán muy difíciles algunos puntos, los que ya entenderéis mejor, despues de leídos por segunda vez, pues á medida que los leais, os familiarizaréis con las ideas y conceptos del autor, encontrando á veces

en un capítulo posterior, la solución de dificultades que tal vez os arredraron en alguno de los primeros.

Si dos ó tres amigas se conviniesen en leer un mismo libro, y reuniéndose despues en conversacion, cada una de ellas manifestase su opinion y concepto sobre lo que habia leído, entablado así una amigable discusion, no es fácil formarse una idea de la utilidad y adelantos que les proporcionaria este sencillo método.

En la lectura es necesario recordar siempre lo mismo que en la conversacion, el recto fin que debe proponerse toda persona que quiere por estos medios perfeccionar su entendimiento, y que no es por lo mismo el de conocer y abrazar sin exámen alguno la opinion del autor ó del interlocutor, pues si es necesario conocerla, debe tambien meditarse y reflexionarse sobre ella, examinando si está disorde ó conforme con nuestros conocimientos y observaciones, y en los libros no debe convencernos el nombre del autor, sino la evidencia de la razon y la fuerza del discurso. La fuerza de nuestro entendimiento solo debe doblgarse á la fé cristiana y á los dogmas religiosos.

Despues de haber leído por segunda vez un libro científico, es muy útil á la perfeccion del talento, notar los defectos que en él se hayan observado, tanto con respecto á la doctrina del autor, como á la confusion, oscuridad de ideas ó digresiones inútiles que puedan encontrarse en la obra, haciendo ensayos en un papel de algunos pasages que contengan una nueva redaccion, purgada de tales vicios, y á la que se agregue lo que parezca que el autor hizo mal en omitir. Al principio esta empresa no puede menos de ser difícil, pero observada algunas veces, se facilita con extraordinaria utilidad.

Muchas de las reglas indicadas son tan comunes á la

lectura como á la conversacion; pero hay tambien otros medios para adelantar con la primera: si siéndonos útil un autor, es vicioso el método que sigue en sus esplicaciones, puede rectificarse haciendo un análisis ó poniendo notas á la obra, ó bien recopilando lo que se halle mal distribuido en toda ella, y separando del mismo modo lo que parezca que no conviene reunido. Con tales ejercicios, mis amables lectoras, progresaréis sin advertirlo en la perfeccion de vuestro entendimiento, mucho mas, si despues de concluido este trabajo, formais un resúmen de todos los conocimientos que haya adquirido desde que empezásteis á leer aquella obra, cuya suma advertiréis, que no ha sido tan corta, como creiais al principio.

Me tomo la libertad de aseguraros, mis amables lectoras, enseñado por la propia esperiencia, que semejantes ejercicios en la lectura aunque muy penosos el primer año de estudio y en los primeros autores que se leen; despues son tales las ventajas que se palpan, y el gusto que se encuentra en los años siguientes de seguir este método, que quedan indemnizadas con usura las primeras incomodidades.

Innumerables son las personas que leen mucho y aprisa, y que con todo, nada adelantan en ciencias ni conocimientos. Encantadas de las novedades que encuentran en la lectura, lo mismo que las que se divierten con cuentos ó con chismes, no pesan lo que leen, en la balanza de su juicio, no meditan sobre ello, ni deducen sus consecuencias: una tras otra, cada una de las páginas del libro, va resbalando por sus dedos y pasando por sus ojos, acaso sin hacer mas impresion en estos que en aquellos.

Es indispensable, por lo mismo, penetrar el verdadero sentido del autor de la obra que leemos y examinar todas sus pruebas para juzgar entónces de la debilidad ó de

la fuerza de sus opiniones, subiendo como por grados hasta el estado de poder discurrir, juzgar con acierto y aun imitar ó mejorar las obras de esos mismos autores.

Incómoda, penosa es, ciertamente, la tarea de pesar y medir todas las razones y argumentos, y de remontarse hasta el origen de las cosas. ¿Cuánto mas descansado es admitirlo todo de buena fé sin discutir, sin examinar? Pero nuestras lectoras sensatas conocerán que al querer perfeccionar sus facultades, no tratamos de formar entes nulos ó mugeres superficiales, sino jóvenes instruidas con sano juicio y con entendimiento cultivado.

Es una precaucion muy oportuna no empezar la lectura de un libro con prevenciones favorables ó adversas á su autor, porque solo así se admiten las luces y las verdades, y se dejan los errores y sofismas. ¿Cuánto daño causa á la buena instruccion el que la mayor parte de los jóvenes de ambos sexos, acaso ántes de pedir un libro, tengan ya adelantado su concepto ó por la fama del autor, ó por voces vagas, por espíritu de partido, ó por lo que les dijo una persona que acaso no lo ha leído!

Ni se crea que intentamos persuadir que no debe regir principio alguno sobre el modo de conocer y juzgar los libros, los hombres y las cosas. Por el contrario, creemos que para establecer sólidamente los fundamentos de ciencia é instruccion en cualquiera materia, se deben leer y estudiar con entera independendencia las obras que tratan de cualquier objeto que admita dudas ó discusiones razonables; y que la juventud especialmente no debe decidirse por ninguna de las opiniones opuestas, ni mucho menos comprometerse á desechar las nuevas luces y descubrimientos que pueda ofrecer la opinion contraria.

Al leer los autores cuya opinion ó doctrina coincide con la nuestra, no debemos pensar que todos sus argu-

mentos son sólidos: precisamente entónces es cuando conviene pesarlos mas, separar lo sustancial de sus razones, del ornato y profusion de sus frases, y acrisolar de este modo la fuerza de nuestra opinion ó conocer los puntos en que flaquea. Dejando á un lado toda vanidad y amor propio, si vemos que los autores contrarios niegan cosas que nos habian parecido palpables y fuera de toda duda, es preciso examinar con sinceridad si los argumentos que presentan destruyen los que nos sirvieron de fundamento para abrazar nuestra opinion, ó si tenemos otros que echen por tierra los de nuestros adversarios.

Hemos hablado de los libros científicos; réstanos hacerlo de los de historia, poesía, viages, y de las obras de recreo ó diversion, entre las cuales colocaré los folletos y periódicos en general, anticipando, desde luego, que para muchos de estos últimos, sobra una rápida lectura.

En los libros de recreo se encuentran á veces muchas cosas que avivan el ingenio; pero el modo de sacar mejor partido de ellos aprovechando el tiempo, es leerlos dos ó tres personas reunidas, que haciendo sus observaciones cuando encuentran algun párrafo que merece su atencion, lo leen por segunda vez, ya para aprovecharse de las luces que encierre, ya para conocer y discutir los errores ó vicios que contenga.

Cuando la narracion histórica es perfecta, y cuando brillan la belleza y buen gusto en la poesía y oratoria, entónces deben contarse en el número de los libros que exigen mas de una lectura. Siempre que el gusto y el placer se reúnen á la instruccion, muy embotadas tendrá sus facultades intelectuales el que se satisfaga con leer sola una vez semejante obra.

Las jóvenes amantes del estudio, deben saber que los vocabularios, diccionarios y enciclopedias, pueden ser-

virles de utilísimo auxilio: los nombres técnicos en artes y ciencias, para saber su uso y aplicación: los nombres de hombres célebres, de países, ciudades, ríos &c. se nos familiarizan por medio de esta clase de obras; mas quien no las posea puede suplirlas preguntando á las personas de mayor instrucción; pero formando siempre apuntes y sin dejar escapar ni en la lectura, ni en la conversacion una palabra nueva cuya significacion no quede apurada exactamente.

Ridículo seria contentarse con el nombre de los buenos escritores, sin haber estudiado sus obras. Es bastante comun, sin embargo, en muchos jóvenes de ambos sexos, el creerse instruidos con sola la adquisicion de varios libros cuyos títulos aprenden; pero no advierten que este es el oficio propio del librero, y que no es lo mismo enriquecer su biblioteca que su entendimiento. Con llenar sus estantes de buenos libros (*) y recorrer á lo mas el indice de las materias, se creen eruditas muchas personas y hablan con orgullo de los autores mas célebres; pero lo cierto es, que no pueden entrar en discusion sobre lo que estos escribieron, sin incurrir en mil necedades. Por grande que sea el número de volúmenes, será muy escasa la instruccion de quien los posea, mientras que por la lectura acompañada del estudio y la meditacion, no se haya hecho capaz de discurrir y juzgar con acierto sobre su contenido.—I. G.

[*] *Algunos se contentan con tenerlos de palo, sobre lo que recordamos el siguiente epigrama de un autor mexicano.*

En su casa D. Gonzalo
Tiene muchos libros bellos
Pues; pero libros de palo,
Alguno dice que en ellos
Nunca aprendió nada malo.....
Ni tampoco nada bueno.

REMITIDOS.

Sans, editores del Semanario de Señoritas Mexicanas.—Muy señores míos: ya que tuvieron vds. la bondad de incluirme en su apreciable Semanario, porque hablé (nada científico) con relacion á las letras Dominicales, quiero comunicar por el mismo conducto (si á vds. place) á mis paisanas, dos cositas que muchos dias ha me enseñaron, y puede, la una de ellas, libertarlas de algun equívoco: á saber.

Que en el año bisiesto, los dias 24 y 25 del mes de febrero, tienen ambos, ó ha de suponerseles, la letra fija F; al 26 G, y así sucesivamente, para que toque al 29 C: que es la letra fija del 28 cuando no es bisiesto, y en el que el dia 25 conserva la G.

La otra es una reglita para saber en un momento si fué, será, ó no, bisiesto cualquier año pasado, ó venidero que cite, y es la siguiente:

1842.—Se toma el pico 42: su mitad, 21, ¿son nones? pues no es bisiesto: 43: su mitad 21 y medio: ¿nones? pues no es bisiesto: 44: su mitad, 22: ¿pares? luego es bisiesto. Se ha de exceptuar el año 1900, que no ha de ser bisiesto, como no lo fueron 1700 y 1800: la razon de esta escepcion, no nos importa á las que no hemos de componer los calendarios públicos, y bástenos saber que despues del año 1900, será constante é infalible la reglita de pares y nones ya ejemplarizada.—Se repite de vds. cordial apreciadora—*La misma veracruzana.*

PARTICULARIDADES DEL NUM. 7.

LOS antiguos contaban 7 planetas, 7 colores primitivos, 7 sabores, y 7 olores, 7 maravillas del mundo, 7 sabios de la Grecia, 7 solemnidades de los juegos del circo, y 7 generales destinados á la conquista de Tebas: casi todos los pueblos han dividido el tiempo en periodos de 7 dias, y algunos geógrafos han sustituido á los 7 dias de la creacion, 7 creaciones sucesivas; 7 son las notas de la música, y durante 7 siglos solo se han conservado 7 metales. Los griegos inmolaron generalmente 7 victimas: en la Biblia se encuentra con mucha frecuencia el número 7, como son las 7 iglesias, los 7 candeleros, las 7 lámparas, las 7 estrellas, los 7 sellos, los 7 ángeles, las 7 trompetas, las 7 plagas de Egipto, las cabezas de dragones con 7 diademas, las 7 semanas de Daniel, &c.: en el catolicismo se cuentan los 7 salmos penitenciales, las 7 alegrías y los 7 dolores de la Virgen, las 7 palabras que dijo Cristo en la cruz, los 7 dones del Espíritu Santo, los 7 gozos de Sr. San José, los 7 sacramentos, los 7 pecados mortales, los 7 vicios capitales, las 7 partes del oficio ú horas canónicas; y segun un antiguo adagio, el sabio peca 7 veces al dia. Entre los ingleses 7 fueron las mugeres de Enrique VIII, 7 los obispos asesinados por Maria Tudor, y 7 las victorias ganadas á los Estuardos.—*Un suscriptor.*



Casamiento de Rebecca.



AGOSTO 17 DE 1841.

HISTORIA ANTIGUA.

EN la página 116 del primer tomo de este periódico, dividimos la historia antigua en diez épocas, de las que en el mismo número y en el 13, página 294 de este segundo, nos hemos ocupado de la creación del mundo, del diluvio y de la vocación de Abraham; mas para pasar á la cuarta, que comienza en la salida de los israelitas del Egipto, nos resta indicar los acontecimientos principales que ocupan la historia sagrada de esa misma tercera época, la que dijimos comenzó cuatrocientos veinte y seis años después del diluvio y dos mil ochenta y tres de la creación del mundo. Desde la vocación de Abraham hasta la salida de Egipto, hay un periodo de cuatrocientos treinta años, que es el que vamos á recorrer rápidamente.

Después de haber manifestado su fe de un modo tan heroico el padre de los creyentes, y de haber recibido del Altísimo el premio de su virtud con la conservación de Isaac, queriendo casar á éste, llamó á su mayordomo para que fuese al país de Nacor, su hermano, con objeto de buscarle en su familia una muger. Este, para mejor desempeñar su comisión, estando sentado al lado de un pozo, dirigió sus plegarias á Dios, diciendo: «Las mozas del pueblo van á venir á buscar agua á la fuente; las pediré de beber: Inspírala á la que debe ser muger de Isaac, que me presente su cántaro y que me ofrezca también agua para mis camellos.»

Entre las mozas que salieron luego de la ciudad, había una muy hermosa á quien se acercó el mayordomo

y le pidió un poco de agua.—Con mucho gusto, le respondió ella bajando su cántaro, y luego que bebió le dijo.—Quiero también dar de beber á vuestros camellos. El mayordomo le dió las gracias, y la preguntó como se llamaba: á lo que respondió, me llamo Rebeca y soy nieta de Nacor. Entónces el mayordomo le regaló una sortija de oro y unos hermosos pendientes.

Rebeca corrió á su casa para enseñar aquel presente, porque sabia que una jóven no debe aceptar regalos de los hombres sin permiso de sus padres. Laban, hermano de Rebeca, se dirigió á la fuente y suplicó al mayordomo fuese á alojarse á su casa. Este pidió en casamiento á Rebeca para Isaac, y sus hermanos consintieron en ello, despues de haberla preguntado si queria casarse con su primo Isaac, y que ella hubo consentido. Tal es el pasage que representa la adjunta litografia (1). Rebeca marchó con el mayordomo y se casó con Isaac, de cuyo matrimonio tuvieron dos hijos, Esau y Jacob.

Era costumbre en aquellos tiempos, que el hijo mayor recibiese una bendicion particular de su padre, y que despues de su muerte heredase la mayor parte de sus bienes. Un dia que Esau habia estado mucho tiempo cazando, volvió con tanta hambre, que al ver un plato de

(1) Este hermoso cuadro de Claudio de Lorena, que se encuentra en la Galeria real de Lóndres, presenta una escena deliciosa de pastores y zagales, que celebran una fiesta campestre en una verdosa y florida campiña. Dejando sus vasos y canastillos, saltan ligeros y alegres al son del tamboril, de pitos y de címbalos. Al lado de algunos niños, se ve una pastora reclinada en su cayado, mientras otra que va á traer agua cargando su cántaro, se olvida de su peso al escuchar la música, y disfruta de la alegría general. A lo lejos se divisan algunos pescadores, un pastor que conduce á beber su ganado, y una banda de cazadores que acaba de entrar al valle.

Esta escena puramente pastoral se halla bosquejada en un clima vivificante, en que la naturaleza ostenta toda su abundancia vegetal, y el pintor como que se gloria en la amenidad que ha caracterizado su hermoso paisaje, immortalizando su pincel. Los árboles son de la forma mas hermosa, lo mismo que el ramaje, y numerosas cascadas embellecen las distancias. La luz, distribuida con artificio al traves de la escena, brilla sobre la rueda de un molino que está cerca del centro.

[Traducido de la Galeria Inglesa.]

lentejas que Jacob habia preparado para su comida, le pidió se lo cediese. —«De muy buena gana; respondió Jacob, si quieres cederme tu título de primogénito.» Esau, goloso, sin reflexionar un momento, vendió su derecho de primogenitura por un poco de lentejas.

Algun tiempo despues, estando Isaac muy enfermo, quiso dar su bendicion á su hijo mayor antes de morir. Rebeca, que sabia lo que habia pasado entre los dos hermanos, dijo á Jacob, que se cubriese las manos con una piel de cabrito para que pareciesen semejantes á las de Esau, que las tenia muy velludas, y miéntras que éste estaba en la caza, condujo á Jacob junto á su padre, que muy viejo y además ciego, no pudiendo advertir el engaño, le dió su bendicion. Luego que Esau volvió y supo lo que habia pasado, se encolerizó mucho, arrepintiéndose de que su gula le hubiese privado de la bendicion que le estaba destinada como primogénito.

Rebeca, que temia la cólera de Esau, y su venganza, aconsejó á Jacob se marchase á casa de su tío Laban, y así lo verificó al instante.

Laban tenia dos hijas, Lia y Raquel, Jacob le pidió en casamiento á ésta; pero Laban solo consintió en ello con la condicion de que le sirviese de criado por siete años. Habiendo consentido en ello Jacob, al cabo de aquel tiempo reclamó á Raquel, á la que no pudo conseguir sino sujetándose á servir por otros siete años, al fin de cuyo largo término, cargado de riquezas volvió á su patria, logrando reconciliarse con Esau.

Establecido Jacob con su familia cerca de Sichem, tenia once hijos y una hija llamada Dina. Esta jóven, demasiado curiosa, quiso ir á Sichem para ver como estaban vestidas las mugeres de la ciudad, mas habiendo llamado su hermosura la atencion del hijo del rey, este la robó.

Los hijos de Jacob se preparaban para vengarse, cuando el rey lizo que se casase su hijo con Dina, no obstante lo cual, dos de ellos, Simeon y Levi, mataron al rey, á su hijo y á los principales hombres de Sichem, haciendo prisioneras á sus mugeres.

Cuando supo Jacob aquella mala accion, su alma se llenó de terror, se apartó de aquel sitio, y se fué á vivir á Betel, que despues se ha llamado Belen, en donde tuvo al último de sus hijos, habiendo muerto de resultas del parto Raquel, por lo que le llamó Benjamin, es decir, el hijo de mi dolor.

José era entre todos sus hijos al que mas queria Jacob, por cuya razon los otros le tenian envidia, y su aborrecimiento se aumentó cuando habiendo cometido una mala accion, José dió parte de ella á su padre.

Un dia, José dijo á sus hermanos haber soñado que ocupados todos en formar haces de trigo, el manajo suyo estaba derecho, y los otros se inclinaban delante de él. Otra vez les contó haber soñado que el sol, la luna y once estrellas, se postraban ante de él; mas sus hermanos, creyendo que les contaba aquellas cosas por orgullo ó soberbia, se quejaron á Jacob, quien lo riñó, pero no contentos con esto, reunidos una vez que lo habia enviado Jacob para saber como estaban, determinaron matarlo. Ruben, que no era tan malo como los demas, les indicó seria mejor echarlo en un grande hoyo que habia allí cerca, y dejarlo morir de hambre. Al indicarles esta idea, pensaba volver de noche y extraerlo de la cisterna, pero durante su ausencia, los demas hijos de Jacob, viendo pasar unos mercaderes que iban á Egipto, sacaron á José del hoyo y lo vendieron como esclavo.

Cuando Ruben llegó por la noche para libertar á José, se afligió mucho de no hallarlo, pero sus malvados hermanos, que se habian quedado con la túnica de José, la

mojaron en sangre y la enviaron á Jacob, diciéndole que una fiera habia devorado á su hijo.

Entretanto, los mercaderes que habian comprado á José, le vendieron á un gran señor de Egipto llamado Putifar, cuya muger quiso obligar á José á que hiciese traicion á su amo; mas furiosa, por no haberlo logrado, lo acusó á su marido de haberla querido seducir, de cuyas resultas José fué puesto en la cárcel. Allí estuvo mucho tiempo, y su virtud y buena conducta le grangearon la amistad de todos los que se hallaban encerrados con él.

Habia en la cárcel dos oficiales del rey Faraon, que reinaba entónces en Egipto, su copero y su panadero mayor. Un dia, dijo el primero á José, que habia soñado que esprimiendo unas uvas, el rey habia bebido de aquel jugo. José le dijo que su sueño indicaba: que el rey le perdonaria y le volveria á su empleo, suplicándole que hablase al rey en su favor, porque estaba inocente. El panadero tambien manifestó á José, que habia soñado llevar en la cabeza una cesta de panecillos, de los que, venian á comer los pájaros. José le respondió, que aquel sueño queria decir: que seria ahorcado y comido su cuerpo por las aves. Los pronósticos de José se cumplieron esactamente; pero cuando el copero estuvo en la córte, se olvidó de su amigo, que permaneció en la cárcel, hasta que un sueño del rey vino á recordárselo.

Faraon soñó una vez que veia siete vacas hermosas y gordas, á las que devoraron poco despues otras siete flacas y macilentas. Ansioso solicitaba quien pudiese decifrarle su sueño; pero no encontrando quien lo hiciese, el copero se acordó de José, que fué llevado á la presencia de Faraon, y le dijo, que las siete vacas gordas significaban: que durante siete años habria mucho trigo, y las vacas flacas que devoraban á las gordas, indicaban que seguirian otros siete años de esterilidad.

El rey dijo á José: puesto que has conocido el mal, preciso es que pongas tú el remedio, á cuyo efecto haz lo que quieras en mi reino: José hizo edificar grandes trojes donde guardó todo el trigo sobrante por el espacio de siete años, durante los cuales nadie sabia el objeto de tan grandes provisiones; pero cuando se conoció la escasez en los años siguientes, todos elogiaban su sabiduría. Faraon le tomó mucho afecto, le llenó de riquezas y honores, y le hizo el señor mas grande de su reino. ¡Cuán admirable es la Providencia que así se sirve de las desgracias de José, para elevarlo!

El hambre se habia estendido hasta el pais que habitaba Jacob, cuya numerosa familia carecia de pan; mas sabiendo que se vendia en Egipto mandó á sus diez hijos, quedándose solamente con Benjamin. Cuando se presentaron delante de José, este los conoció al momento, mientras que ellos no le conocieron; entónces queriendo probarlos, les dijo que eran espías, y que no creeria lo que le referian de su familia, mientras no le llevasen al hermano menor, que aseguraban haber quedado con su padre, permaneciendo uno de ellos en rehenes. Volvieron pues, los nueve hijos de Jacob, y cuando al llegar vaciaron sus costales de trigo, se admiraron al encontrar dentro de ellos el dinero que habian dado para pagarle, porque José habia mandado lo ocultasen entre el trigo.

Cuando contaron á Jacob lo que les habia sucedido y le dijeron que debian llevar á Benjamin, dijo resueltamente no consentiria en ello; sin embargo, habiéndose consumido el trigo que habian traído y jurándole á Jacob su hijo mayor, que moriria ántes de que Benjamin sufriese el mas leve daño, se decidió á dejarle marchar.

José se alegró mucho cuando volvió á ver á Benjamin, mandó buscar á Simeon á la cárcel, y previno se dispu-

siese un banquete; mas al acordarse de su padre, no pudo contener sus lágrimas y tuvo que retirarse de la mesa para ocultar su enternecimiento, dando órden de que sirviesen á Benjamin una porcion cinco veces mayor que á los demas. Al dia siguiente el mayordomo de José les dió el trigo que habian pedido y los despidió; pero al mismo tiempo, de órden de su amo, hizo ocultar en el saco de Benjamin una hermosa copa de oro.

Cuando estaban ya un poco distantes, el repostero corrió tras ellos acusándolos de ladrones, por haberse llevado una copa de oro. Todos respondieron:—Os juramos que no hemos hecho esa mala accion: registrad nuestros sacos y si hallais la copa, consentimos en quedar esclavos.

Entónces los criados de José se pusieron á vaciar y revolver los sacos, y encontraron la copa en el de Benjamin: todos los hermanos cayeron en una gran desesperacion y fueron conducidos delante de José, quien les dijo:—Podria tomaros á todos por esclavos; pero como no seria justo que los inocentes sufriesen por el culpable, quedará Benjamin, y los demás podreis volveros.

Judas, uno de ellos, se puso entónces de rodillas á los piés de José y le dijo:—Señor: os suplico que me permitais quedar de esclavo en lugar de Benjamin, porque si nuestro padre nos viese volver sin él, moriria de pena; y mas quiero sufrir las penalidades de la esclavitud, que ser testigo de su dolor.

Al ver José los buenos sentimientos de sus hermanos y el cariño hácia su padre y hácia Benjamin, no pudo ya contenerse: mandó salir á todos sus criados y descubriéndose á sus hermanos, les dijo:—Soy José vuestro hermano á quien habeis vendido; pero no tengais temor alguno, pues os he perdonado hace mucho tiempo. Dios lo ha permitido todo para que hoy pudiera daros pan.

Cuando el rey Faraon supo que José habia vuelto á

encontrar á su familia, se alegró mucho y le dijo:—Toma carretas y bagajes, y envia á buscar á tu padre: quiero que venga á Egipto con todos sus hijos, y le daré un hermoso pais para que viva en él. José dió gracias al rey y despues de haber llenado de regalos á sus hermanos, les dió carros para que condujesen á Jacob.

¡Cuán hermoso es el ejemplo que nos dá José, mis amables lectoras, pues que en vez de vengarse de sus hermanos, no trató sino de hacerles bien y de procurarles su felicidad para todo el resto de sus dias. Esta noble conducta os enseñará á no vengaros nunca de los daños ó agravios que háyais recibido, procurando mas bien perdonar y favorecer á los que hayan querido perjudicaros.

Cuando los hijos de Jacob llegaron á la casa de su padre le anunciaron con júbilo que José no habia muerto, y que por el contrario, era la segunda persona del rey de Egipto. Tardó mucho Jacob en creer tan buenas noticias; pero asegurado de ellas y viendo los regalos de su hijo, dió gracias á Dios, y se dispuso á marchar.

Alegre José cuando volvió á ver á su padre, se lo presentó al rey, á quien dijo Jacob:—Tengo ciento treinta años, y mi vida ha sido corta y desgraciada. El rey le contestó que esperaba que el resto de ella seria dichoso en el pais que le daba para que lo habitase con sus hijos. Vivió todavía algunos años, y ántes de morir pronosticó á cada uno lo que debia suceder á sus descendientes. José vivió tambien muchos años, y como presagiaba que los israelitas debian salir algun dia del Egipto, pidió á sus hijos se llevasen sus huesos y los colocasen al lado de los de Jacob en el sepulcro de sus padres.

El resto de los acontecimientos de esta época notable, están comprendidos en la historia de Moises, hasta que el pueblo de Dios salió de Egipto, pero ella será el objeto de otra leccion.—*I. G.*





Un coin de la Tribune n° 4

1855

INES.

EN una de las montañas de Asturias, se encuentra un pequeño pueblo, llamado Careja, en un llano rodeado de rocas con todo el aspecto de una posición militar que la naturaleza misma parece se empeñó en hacer inexpugnable, sembrando alrededor de ella todos los obstáculos que pueden oponerse á la marcha y á las operaciones de un cuerpo de ejército. Acaso á estas mismas ventajas debió la de escaparse de la atención de los partidos que destrozaban á la España á fines de 1822. No obstante su corta distancia del camino que conduce á la frontera de Portugal, los tiros de los fusiles se habian oido muchas veces en las gargantas de las montañas vecinas, pero su ruido jamas habia llegado hasta Careja, y sus felices habitantes preservados hasta entónces de los horrores de la guerra, vivian tranquilos, aunque no sin temor de verse alguna vez privados de tan singular privilegio.

Entre las ruinas que componian aquel lugarejo, habia una que se elevaba mas alto que las otras, y cuyo techo presentaba el lujo de una azotea de ladrillos coronada de un pequeño cono, alrededor del cual se veian volar dos ó tres pares de pichones. Esta era la habitacion de un venerable hidalgo, llamado Segismundo Gomez de Bastos, arruinado por la primera invasion de 1810, y á quien de una numerosa familia, solo le habia quedado una hija de diez y seis años, fresca como las flores de la montaña, ligera como las cabras que la seguian en la ladera, é inocente como los ángeles, cuya belleza conservaba.

Es preciso decir que Ines (así se llamaba el hermoso

serafin de Careja), era á la vez el consuelo, el orgullo y el amor del buen anciano que habia concentrado en ella sus afecciones todas, todas sus esperanzas y aun los recuerdos de su viejo corazon. Ines, tiernamente mimada por su padre, rodeada del respeto y consideraciones de sus vecinos y de la amistad de sus compañeras, vivia dichosa en la modesta mansion de su familia, y el reflejo de su buen humor vivificaba de tal modo aquella pobre y destruida casa, que el escelente hidalgo casi habia olvidado sus antiguos pesares, y todos los dias daba gracias á la Providencia de la felicidad que prodigaba á sus últimos años; pero el azote mortal que desolaba España parecia que por encima de las nubes soplabá la guerra civil, y que ninguna habitacion de aquel pais desgraciado, por so litaria y miserable que fuese, se escaparia del contagio.

Un dia que Ines se paseaba triscando en un pequeño bosque situado al lado de la montaña, oyó algunos tiros seguidos de gritos semejantes á los que dan los cazadores persiguiendo la caza. La jóven persuadida de que algunos habitantes de los pueblos cercanos seguian el rastro de una cabra ó de algun conejo, echó á correr en la direccion del ruido, á fin de gozar de aquella diversion; habia llegado ya al lugar mas espeso del bosque, cuando oyó una especie de gemido. Ines se detiene de pronto y dirige sus miradas investigadoras por si encontraba el animal herido y refugiado acaso por allí cerca. Por segunda vez escucha el quejido, y cuando se ocupaba de desembarazarse de las ramas de los árboles que impedian sus investigaciones, la sorprende un estraño terror, reconociendo en el gemido una voz humana, y percibiendo al mismo tiempo sobre la yerba á un jóven que con el dedo sobre los lábios le suplicaba guardase silencio.

«Vos me perderiais, dijo el desconocido cuando habia

pasado el primer momento de temor y de sorpresa. Hace dos horas que huyendo de una partida de realistas que me persiguen, he entrado á este bosque: si me encuentran, mi muerte sería segura.

—Callad, le interrumpió la jóven, parece que se acercan hácia este lado!”

Ines se apresuró á cubrir con las ramas el hueco que habia abierto, y se dirigió á algunos hombres que se acercaban á aquel lugar. Cuatro ó cinco soldados sofocados de una rápida carrera se acercaron á ella bien pronto preguntándole si habia visto un hombre que huia hácia la montaña.

«Le he visto, respondió con firmeza, y mintiendo acaso por la primera vez de su vida: pero iba corriendo al contrario, como si se dirigiese al camino de la frontera...”

Los soldados sin replicar una palabra, echaron á correr en la direccion indicada, y al cabo de algunos minutos quedó el bosque tan silencioso como de ordinario.

«No temais ya, dijo la jóven entreabriendo las yerbas que ocultaban al fugitivo; acabo de ver á los soldados que se han encaminado al valle; podeis levantaros, y si no teneis asilo, yo conozco una persona que podrá recibirlos en su casa.” El jóven en lugar de responderle, apenas pudo levantarse y le enseñó una de sus piernas atravesada de una bala y cubierta de sangre.

«¡Jesus, gritó la jóven temblando, vd. está herido! Pero si me aguarda, voy corriendo al pueblo, porque no tendria fuerzas para sostener á vd., y dentro de pocos momentos volveré á socorrerlo.” Sin esperar respuesta y con el corazon palpitante, corre con la rapidéz de una flecha el espacio que la separa de su casa, y cuenta á su anciano padre que un hombre herido por los soldados re-

clama su asistencia. El buen Segismundo, sin calcular las resultas que podia tener su beneficencia, no duda un momento y marcha en auxilio del desconocido, acompañado de algunos paisanos hasta el bosque, de donde conduce á su casa al pobre herido.

Este se llamaba Juan Borgues de Silva, y era uno de los gefes subalternos de los patriotas insurgentes. Su herida, que no presentaba ninguna gravedad, fué curada muy pronto, y el reconocimiento que le inspiraba el esmero cuidadoso de Ines, cambió en un sentimiento mas tierno, que no tardó en exitar en el corazon de la virgen, una pasion tanto mas peligrosa cuanto que se entregaba á ella con el candor de una alma que aun no se conoce á sí misma.

El viejo Segismundo no percibió el riesgo que amenazaba á su hija, sino cuando ya no era tiempo de evitarlo, y cediendo á las instancias de los dos jóvenes, unió llorando la sencilla mano de su hija á la del impetuoso partidario de las Córtes, quien al cabo de algunas semanas, marchó con su esposa, dejando tristes y afligidos en extremo á todos los habitantes de Careja.

El venerable anciano abandonó su antigua mansion, vegetando durante algunos meses en una especie de estupor que participaba tanto de la indiferencia como de la desesperacion. Privado de las cariñas de su hija á que estaba acostumbrado, consumó bien pronto el resto de una existencia tan debilitada ya por sus desgracias anteriores.

El marido de Ines sufrió como tantos otros, los cambios de una lucha desigual y fué hecho prisionero en un encuentro con las tropas francesas. Su vencedor en atencion al valor que le habia visto desplegar en el combate, se interesó por su suerte; pero su recomendacion si fué

suficiente para salvarle la vida, no fué bastante para preservarlo de los rigores de una detencion perpetua. En cuanto á Ines, despues de haber agotado toda especie de súplicas en favor de su desgraciado marido, tuvo que ir á reunirse con algunos parientes de su padre que vivian en Madrid, los que la acogieron dándole un asilo en su casa.

Siete años habian pasado sin que la pobre Ines hubiese podido ver al objeto de su ternura: su juventud y su belleza se consumian en las lágrimas, y ya habia perdido hasta la esperanza, única ancla que sostiene á los desgraciados, cuando un grande acontecimiento político vino á reanimarla, haciendo renacer en ella pensamientos de consuelo y de felicidad. La reina María Cristina, esposa de Fernando VII, se hallaba en cinta, y el monarca que concebía al fin la esperanza de obtener un heredero de su corona, pareció abandonar un poco aquel inflexible rencor que hacia el fondo de su carácter. Se creyó que se concederian algunos indultos al tiempo del parto de la reina, y la familia de Ines juzgó se aprovecharia de esta ocasion en favor de Borgués.

Desde el momento en que Ines concibió esta esperanza, no dejaba de asistir á las iglesias rogando á todos los santos del calendario, á fin de obtener por su intercesion el feliz alumbramiento de la reina. A medida que se aproximaba el instante decisivo, sus prácticas ordinarias de devocion ya no le parecian bastantes, hacia votos particulares, repetidos ayunos y emprendió una nueva peregrinacion á una capilla de Nuestra Señora, distante dos leguas de Madrid, con una vela de cera dedicada á la Virgen, que ofreció tener en las manos todo el tiempo necesario para que se acabase.

Ines tenia solo veinticuatro años, su belleza sin perder

nada de su frescura, habia adquirido cierto carácter de gravedad y de espresion que se atraia á los corazones de cuantos la miraban. Bajo el traje grosero de peregrino, el efecto que producía su rostro lleno de gracia y de tristeza era irresistible. Los monjes que servían la capilla la admitían en todo tiempo á visitar los preciosos relicarios y el camarín que solo se ofrecían á la veneracion de la multitud en épocas determinadas. En una de estas visitas la jóven encontró una señora, que como ella, hacia una novena á la Virgen, y notó que siempre llegaba en un gran coche seguida de un lacayo que le llevaba un cirio. Conoció que su rango seria muy distinguido por el respeto particular que le manifestaban los monjes y la servidumbre de la capilla; sin embargo, su atencion era muy secundaria para detenerse en mas pormenores, y la señora fué la primera que le dirigió la palabra, porque teniendo su buena parte de la curiosidad natural á las hijas de Eva, deseaba saber el poderoso motivo de aquellas plegarias tan humildes y fervorosas.

„¡Ay señora, le respondió Ines con su sencillez característica! No tengo por qué ocultarlo: pido al cielo por el feliz parto de nuestra buena reina Maria Cristina.”

—En verdad, gritó la señora con admiracion, la reina es feliz de inspirar á sus súbditos una solicitud tan notable. En cuanto á mí, agregó dejando caer una mirada sobre su seno, que manifestaba los signos de un embarazo avanzado, mis oraciones son personales, teniendo necesidad para mí misma de la intercesion de la Virgen, á quien vengo á pedirselas.

—Yo os concedo la razon, señora, replicó modestamente Ines, vuestro sentimiento es muy natural; pero aun cuando yo me encontrase en una posicion semejan-

te á la vuestra, Dios sabe que mis plegarias y mis oraciones todas solo se las dirigiria por la reina.

—Decidme, continuó la señora, ¿teneis que pedir alguna gracia á María Cristina?

—Ninguna, respondió la jóven: no tengo el honor de conocer á su magestad; pero sé que su feliz alumbramiento, será un beneficio para el pais, y no cesaré de rogar á los santos hasta obtener un feliz resultado.

Una ó dos semanas despues de esta conversacion, la reina dió á luz á Isabel, y aunque por su sexo no llenó los deseos de Fernando, los indultos que estaban acordados para esta circunstancia, se publicaron efectivamente; pero Fernando tuvo cuidado de conciliar estas gracias de la corona con sus resentimientos vengativos, y si perdonó la vida á muchos malvados que habian merecido mil veces la horca, por el contrario á los gefes del partido vencido no quiso hacerles gracia, considerándolos antagonistas particulares del trono: asi es que, Juan de Silva continuó en su prision á pesar de las recomendaciones y memoriales de los parientes de Ines.

Acababan de participarle á esta la resistencia del rey, cuando un page (el mismo que acompañaba á la señora desconocida á la capilla de la Virgen), se presentó y suplicó á Ines tuviese la bondad de ir á casa de su ama que deseaba verla. Una carroza aguardaba á la puerta: Ines subió á ella con la esperanza de que la influencia de aquella señora, podria acaso modificar las resoluciones de Fernando. El carruage se detuvo á la puerta de un palacio que estaba contiguo al del rey; el page introdujo á Ines en una larga fila de salones suntuosos pero que parecian inhabitados; por fin llegaron á uno lleno de criados: el page dijo algunas palabras al oido á un ugiar que desapareció y volvió dentro de algunos minutos, ha-

ciendo á la jóven una señal respetuosa que la invitaba á entrar.

Ines á los primeros pasos que dió en la recámara adonde habia sido introducida, reconoció en una soberbia cama á la señora que habia visto en la capilla de la Virgen. Cerca de ella estaba sentado un señor de edad madura que sin levantarse ofreció la mano á la jóven como para ayudarla á subir la tarima.

„Ya lo ves, hija mia, dijo la señora con un acento de benevolencia casi maternal, enseñándole una cuna espléndida en que reposaba una niña, mis oraciones no han sido estériles; pero creo que las vuestras no son estrañas á la felicidad de que hoy disfruto.

—Os engañais, señora, respondió Ines con modesta firmeza; cualquiera que haya sido el interes que V. S. me haya inspirado, yo nunca dirigí mis oraciones en favor de V. S.; el parto de la reina era el que únicamente ocupaba todos mis pensamientos.

—„Ella es, hija mia, respondió Fernando VII, ella misma es la que os da las gracias:::::”

Pocas palabras bastarán para terminar esta historia: el rey Fernando no rehusó por la intercesion de su esposa, la gracia que no habian podido obtener sus cortesanos, y á pesar de su carácter caprichoso en sostener sus decisiones, á la llegada á su casa la fiel Ines, abrazaba á Juan Borgués de Silva, puesto ya en absoluta libertad.—ESTE-
VAN DE LA MAGDALENA.

(Traducido para el Semanario, del Keepsake frances de 1839.)

EDUCACION.

EL primer deber de los padres, es dar á sus hijos una educacion adecuada al rango que ocupan en la sociedad; deber que impone la razon y el mas importante de todos; pues ciertamente no hay fundamento para imaginar que un padre ha hecho un notable servicio á su hijo con solo darle el ser, si en lo sucesivo descuida la cultura de su espíritu y su razon, y le deja arrastrar una vida inútil para los demas y vergonzosa para sí mismo.

LITERATURA.—POESÍA.

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

I.

TRIUNFANTE Señora,
Ya que tu Asuncion
Celebra hoy la Iglesia,
Quiero alzar la voz.

Manda el rey supremo
Que porque vivió
María sin culpa
Para sin dolor.

Vivió inmaculada
Y así fué razon
Que muera Maria
Conforme vivió.

Mérito es su muerte
Y no obligacion,
Pues pagó el tributo
Que nunca debió.

A la misma muerte
Con la suya honró
Porque hasta la muerte
Gozó su favor.

Por otro motivo
Que todos murió
No de hija de Adán,
De Madre de Dios.

Y por esta causa
El Señor mandó
Que goce la gloria,
Pues la mereció.

II.

A la que triunfante
Bella Emperatriz
Huella de los aires
La region feliz.

A la que ilumina
Su vago confin
De arboles de oro,
Nácar y carmin.

A cuyo pié hermoso
Espera servir
El trono estrellado
En campo turquí.

A la que confiesa
Cien mil veces mil
Por Señora el Angel,
Reina el Serafin.

Cuyo pelo airoso
Desprende sutil
En garzotas de oro
Banderas de Ofir.

Proceloso y crespo
Se atreve á invadir
Con golfos de Tiber
Reinos de marfil.

De quien aprendió
El sol á lucir,
La estrella á brillar,
La aurora á reir.

Cantemos la gala
Diciendo al subir:
Pues vivió sin mancha,
Que viva sin fin.

Obras poéticas de Sor Juana Ines de la Cruz, religiosa
de San Gerónimo de México, ó sea la Poetisa mexicana.
Impresion de Madrid, año de 1714.

COSTUMBRES MEXICANAS.

LOS VELORIOS.

EL deseo de holgar y de divertirse, genial en los hombres, y especialmente entre los habitantes de los climas templados, es causa de muchas costumbres que han ido perpetuándose en los pueblos. Algunas de ellas son tan repugnantes á la razon, discrepan tanto de lo que exigen la cultura y la civilizacion actual, que puede asegurarse subsisten únicamente porque van pasando sin ser advertidas, como olvidadas, y solo presentes á la infima clase de la sociedad, donde tienen la misma boga que tuvieron en remotisimos tiempos. Como la gente que no ha tenido siquiera una educacion mediana, se dirige y obra en todo por la rutina que guió á sus abuelos, de ahí es que son mas permanentes en las naciones los hábitos y hasta el carácter de la plebe, que los que distinguen á los hombres de otro rango, y no puede atribuirse á otra causa la sencillez y pureza, que ha llegado á hacerse proverbial, de los pobladores de los campos, que van transmitiendo por imitacion sucesiva las primitivas inocentes costumbres de sus antepasados.

La que motiva este artículo ha sido trasplantada á nuestro suelo de las provincias meridionales de España, donde tambien se conserva todavía, y ha sido objeto de la critica del literato D. Eugenio de Ochoa, en una produccion inserta en el Artista, y si es verdad que hay algunas pequeñas diferencias entre nuestros *velorios* y los *velatorios* españoles (esta última es la palabra castellana), en la esen-

cia son lo mismo. Por una rara casualidad me hallé en uno, como van á ver mis amables lectoras.

Cuando los franceses bloquearon nuestros puertos y no faltó quien creyese que el cielo se desplomaba sobre nosotros, ó que un abismo nos tragaba, así como otros creyeron otra cosa, yo me persuadí, que aunque el bloqueo no fuese tan largo como el sitio de Troya, los efectos extranjeros iban á escasear, y por consiguiente, á subir extraordinariamente de precio en la plaza. Con esta persuasión y con las evidentes pruebas que tenía de que mi equipaje no se encontraba en las mejores circunstancias, siendo susceptible de muchas ereces, y exigiendo por lo menos algunos reemplazos y mejoras, me dí á correr como galgo por los campos, por esas calles de Dios, visitando sin dejar uno, todos los almacenes, alacenas y cajones de México, en busca de algun oportuno refuerzo para mi raquí-tico ropero. Si hubiera podido desarrollar el vasto proyecto de multiplicar mis trapos, es decir, si mi bolsillo, primo hermano del guarda-ropa mencionado, y tan tísico como él, no se hubiera puesto de por medio como un obstáculo insuperable, la mitad del Parian hubiera quedado vacía al ímpetu de mis pedidos; pero no era posible por entónces, y así, despues de hacer á los cajeros y dependientes de todo el comercio desenfardelar aquí, abrir cajas mas allá, desenvolver, medir, cortar muestras, sostener el diálogo sobre calidad, y casi rendirlos á discrecion á mi prolongado regateo, hube de saciar mi apetito de manufacturas de mares allende con una pieza de Holanda, con que entré en casa, despues de ocho dias de incesante requisitoria.

Constituido en mi domicilio, hice venir á una moza del barrio de S. Sebastian, de oficio costurera, que las vecinas con sus desmedidos elogios y recomendaciones me

habian puesto en los cuernos de la luna, á la cual despues de ajustado y ratificado el competente convenio, entregué para que me devolviese lo mas pronto posible en camisas hechas y derechas, la tela de que me habia provisto.

Muchos dias habian pasado ya, y la costurera de S. Sebastian no daba cuenta de sí ni de las camisas, hasta que cansado de esperar, y temeroso de que se hubiese largado al ejército disfrazada de soldado (pues esto pasaba en fines de octubre de 1838, en aquella época en que se acercaba el ataque de los franceses, contra los cuales era decidido entusiasta), y sobre todo, recelando que mis camisas hubiesen ido á llenar la mochila de su marido, que estaba de guarnicion en S. Juan de Ulúa, determiné ir á ver á su casa una tarde despues de oscurecer, pareciéndome la hora mas oportuna, por ser en la que se retiran al hogar doméstico las de su oficio.

En efecto, concluia el toque de oraciones y daban las siete en el relox de la catedral, cuando salí, no me acuerdo que dia, á poner en ejecucion mi proyecto, y no tardé mucho tiempo en llegar á mi destino. Mi costurera no se habia escapado, como yo ligeramente maliciaba; estaba en su casa y tan alegremente entretenida, ó tan apesadumbrada, como van á ver mis lectoras. La salita ó pieza principal, contenia una porcion de gente de ambos sexos: en uno de los rincones se hallaban juntos tres tocadores de vihuela y uno de harpa: esta orquesta, amen de algunas jaranitas que tañian otros, al parecer aficionados, era la que animaba aquel sarao, ó lo que fuese; aunque yo por tal le tuve: andaban de mano en mano unos vasitos, que despues supe eran de aguardiente, y no se economizaban los bizcochos y las tortitas de cuajada en toda la redonda, y en medio de la sala sobre una mesita

estaba tendido entre cuatro velas de sebo el cadáver de una criatura como de dos años de edad, cubierto de flores y con una corona de ellas en la cabeza. Cuando yo entré, mi indefinible costurera era una de las personas que demostraban prácticamente la agilidad de sus piernas, bailando un jarabe con el barbero del barrio, que como padrino del muerto, costeaba la fiesta, y los músicos del rincón entonaban sonecitos, que hacían reír á todos los circunstantes. Esperé á que se concluyese el jarabe para dirigir la palabra al ama de casa y la pregunté el motivo de aquella diversion. Me dijo que el motivo estaba á la vista, en medio de nosotros: que aquel cadáver, era el de un hijito suyo, y que sus padrinos, que eran gentes de medianas facultades, habían dispuesto el velorio que estaba presenciando. No pudo ser mas larga nuestra conversacion, porque volvieron los músicos á poner en movimiento á todos los asistentes tocando otro jarabe, que al momento salieron á bailar dos parejas nuevas. Esto se repetía con pequeñas pausas ó interrupciones, que llenaban los traguitos de aguardiente, y aunque la protagonista del drama, mi costurera, no era siempre de las bailarinas, no estaba sin embargo ociosa un instante, ni la dejaban sentada dos minutos: unas veces sirviendo ella misma ó dando órdenes para que se sirviese la bebida y los bizcochos, daba mil vueltas por la casa: otras, llamada por fulanita desde el extremo de la sala, iba y volvía como una exhalacion, ó se llegaba á la criada á decirle alguna cosa al oído, ó la hacía señas para que entrase á buscar ó llevar algo á la cocina: el resultado es que los jarabes se multiplicaban, el aguardiente y los bizcochos se consumían, iban subiendo de tono las voces de todos, el tiempo volaba y yo no hallaba modo de meter baza en averiguacion de lo

que me interesaba; verdad es que por otro lado juzgaba yo imprudente y extemporánea la esplicacion del objeto que me habia llevado á aquel lugar, y ya por este convencimiento, ya por las dificultades que habia para ello, determiné diferir para el día siguiente la resolucion del problema que deseaba. Con este propósito, y cansado de ser espectador de una fiesta tan absurda, que léjos de alegrarme, me horrorizaba, traté de marcharme cuanto ántes; pero al despedirme, no solo me instaron y rogaron todos, sino que á la fuerza me detuvieron, para que tomase una taza de chocolate, que empezaba á sustituir ya en aquel círculo á los tragos de aguardiente. Me resigné y fui testigo por esta detencion de la llegada del alcalde de barrio, que aunque venia á recomendar, no se alterase la tranquilidad pública, se sentó á tomar su chocolate como uno de tantos, y que se fué saliendo, no sin haber cuidado de antemano de llenarse los bolsillos de bizcochos. Detras de él me salí yo, á pesar de las nuevas instancias de la finísima costurera, que me suplicaba me quedase hasta el fin, que no le tuvo sino con la aparicion de la aurora.

Muchas reflexiones hice, luego que me hallé en mi casa, sobre el espectáculo que acababa de presenciar. ¡Es posible, me decia á mí mismo, que pueda tanto la fuerza de la costumbre, que llegue á embotar los sentimientos mas nobles del corazon, desnaturalizando á las madres hasta el punto de olvidarse que lo son, y que se hallen arraigados estos hábitos en nuestro pais, por excelencia sensible, benéfico y hospitalario, cualidades que aun esas mismas gentes de la ínfima clase tienen! Parece increíble. Hubiera querido en aquel mismo momento presentarme al ayuntamiento, á las autoridades, al congreso, á los ministros, á todo el mundo, y decirles, póngase re-

medio en esto: es menester remediarlo pronto, pronto; pero era ver visiones; lo que á mí me convenia por entonces era dormir, y no pude conseguirlo absolutamente, yo no sé si por la fresca idea de los velorios, ó por lo que me escocia la dudilla sobre la suerte de mis futuras camisas. De todo pudo haber, porque al dia siguiente á la misma hora que en el anterior, tomé el rumbo de San Sebastian, y fui á parar en derechura á casa de mi dolorida costurera, con la firme resolucion de no volverme, sin averiguar el estado de mi holanda y esperanzas que prometia. ¡Cuál fué mi asombro al encontrarme con igual espectáculo al de la noche anterior! El muerto, el jarabe, los chocolates, el velorio, en fin. En esta ocasion no quise tomar la menor parte en él, y deseando alejarme pronto de allí, me arrimé á la costurera y la pregunté con decision por mis camisas. Me aseguró que el velorio de su hijo concluia esa noche: que se iba á poner á trabajar en mi obra sin levantar mano, y que ofrecia llevármela con toda puntualidad ocho dias despues.

Con esta noticia me largué corriendo, y renegando de la costumbre que hace conservar en una casa un cadáver dos ó mas dias, contra todas las reglas de la higiana, y contra todas las de una buena policia.

Mucho hubiera yo clamado en aquellos dias contra estos abusos, si cosas de mas importancia no hubieran tenido embargados todos los ánimos. Las insinuaciones de los franceses, no me parecian, ni á ningun mexicano, tan amistosas, como nos las querian hacer tragar, y como cada dia se iba generalizando mas la opinion sobre este punto, era lo único de que se hablaba, lo único que ocupaba á todos.

Una mañana, cuando menos lo pensaba, se presentó en mi casa la costurera que ya conocen mis lectoras: se ha-

bia cumplido el plazo señalado y venia á entregarme con toda puntualidad las consabidas camisas, cuya hechura le pagué con arreglo á lo pactado. En seguida me convidó para otro velorio que tenia aquella noche. ¡Pobre de vd.! la dije, se va á quedar sin hijos por muchos que tenga, si la muerte se apresura de ese modo á llevárselos.— No señor; me decia ella.—¿Y de qué murió este último?—Si no es lo que vd. cree. No se me ha muerto mas hijo que el del velorio pasado, ni era fácil, porque es el único que he tenido, y lo peor es que ni esperanzas me quedan, si este maldito bloqueo dura mucho, ó la guarnicion de Ulúa no se releva. El velorio que hoy vamos á tener es el del hijo de una vecina, que me lo presta para ese objeto.—¿Con que tambien se prestan? repuse yo. Adios, adios, la dije, no puedo concurrir.

Desde entónces me convencí de que sobre esta materia, como sobre otras muchas, era preciso formar primero la opinion que debe desterrar esos abusos, y que hay que esperar á que el tiempo vaya trayendo poco á poco el remedio. Ya que las lectoras del Semanario desean artículos de costumbres y que le llegó su vez á este, tengo esperanzas de sacar algun fruto; porque entre ellas ¿quién no tiene una comadre, ó una ahijada por compasion ó por compromiso entre los moradores del campo ó en la clase infeliz de nuestra sociedad? Pues no hay que dudar que vuestros consejos, señoritas, contribuirán mas á inculcar buenas máximas en la clase inferior de nuestro pueblo, que las leyes mejor dictadas, y que cuanto pudiera escribir el Semanario de Señoritas sobre el particular.







*Il teatro de la Lima III **

JESSICA.

AGOSTO 24 DE 1841.

JESSICA,

Hersina del drama de Shakspeare, titulado:

EL MERCADER DE VENECIA. (*)

SHAKSPEARE, aquel gran creador que da la vida á todos sus personajes evoca los pasages de la historia y los hace revivir cual si los hubiese visto, produciendo nuevas criaturas y haciendo que los hijos de su imaginacion renazcan siempre con una nueva vida. Si algunas veces su genio poderoso nos parece inimitable, es porque en medio de su prodigiosa grandeza, conserva la mas admirable sencillez, es porque abre las barreras que encierran la verdad del arte para encontrar la verdad de la naturaleza, es porque posee lo positivo en lugar de lo ideal, y es por

(*) *Analisis del drama.*—Porcia era la rica heredera de un comerciante que dejó tres cajas, una de oro, otra de plata y la última de plomo, con obligación á su hija de casarse con aquel de sus pretendientes á quien la suerte favoreciera, eligiendo la caja en que estuviere su retrato. Bassanio fué el mas feliz escogiendo la tercera; pero Antonio, para obligar á su amigo Bassanio habiéndole prestado cierta suma á nombre del judío Shylock, rico mercader, había consentido en darle una libra de su carne si no le devolvía en el plazo prefijado la cantidad que le había prestado. Entretanto, Lorenzo, amante de Jessica, hija de Shylock, la tomó por esposa. No habiendo podido satisfacer Antonio la deuda de Shylock, éste reclamó la ejecución rigurosa de su contrato, y rehusó aceptar de Bassanio, hasta diez veces mas el valor de la suma prometida; entónces Porcia, disfrazada con el traje de abogado, segun la costumbre de Italia, se anunció como que venia á pronunciar la sentencia en un caso tan difícil. En aquella época los puntos litigiosos no se decidían por los jueces ordinarios, sino por los doctores en derecho que se hacían venir de Bolonia y de otras ciudades distantes. Se consultó al juez improvisado sobre la legitimidad de las reclamaciones del judío, y Porcia decidió que tenia el derecho de exigir la libra de carne convenida; pero que perdería la cabeza si quitaba una sola gota de sangre de su deudor. Shylock, espantado de tal sentencia, declaró que renunciaba la cláusula de su contrato y se decidía á aceptar sencillamente la suma estipulada; pero ya no era tiempo; pues que en el hecho de haber exigido quitar una libra de carne

último, porque hace al hombre á la imágen del hombre. Animando y agitando su drama con el soplo del poeta, talla en el trozo de madera ó de mármol, cual un escultor, las formas de un héroe, y graba con el buril profundamente los rasgos de una reina, ó diseña graciosamente los perfiles de una jóven, y entónces la gracia, la frescura y la esactitud respiran en todos sus contornos; entónces Jessica respira una naturaleza diamantina, jovial, melodiosa, que habia producido la sangre judaica y satánica del sombrío Shylock, como las nubes producen el arco iris, ó como una concha negra encierra una blanquísima perla. En efecto, ved á esa gentil Jessica asomada al balcon; su cabeza brilla á la claridad de las estrellas, y su pelo ondea al impulso de los vientos: atenta escucha al menor ruido y advierte á un hombre que se acerca y se detiene á sus miradas. Una voz le llama pronunciando *Jessica*, á la que responde *Lorenzo*, y desde la calle á la ventana se forma un diálogo mas dulce que las notas de la serenata que comenzaba á escucharse, y Jessica indiscreta ofrece su mano á Lorenzo sin el consentimiento de su padre, pasando á un depósito por orden del juez.

Quando el judío recibe la notificacion, no piensa en la pérdida de su hija, sino en que teniendo las llaves de su tesoro puede haber estraido de él algun dinero ó alhajas. «¿Qué me importa que muriese si pudiera estar seguro de

á su deudor, habia atentado indirectamente contra su vida, merecia la muerte; sin embargo, por favor se le condenó á que diese á Antonio la mitad de su fortuna por rescatar su vida. Bassanio, que no habia conocido al doctor, le ofreció de pronto lo que llevaba de mas valor en su persona, su anillo nupcial como una prenda de su reconocimiento por el servicio que habia hecho á su amigo. Porcia, despues de haber tomado el trage de su sexo, le dirigió vivas y serias reconvenções sobre la pérdida del anillo, fingiendo que ignoraba el uso que habia hecho de él. En fin, explicado todo, Jessica supo que su padre habia aprobado su matrimonio y la habia declarado su heredera.

que nada falte en mis cofres? pero yo haré que se le condene como ladrona.

—Sí, le responde Salarino, si el diablo es su juez.

A pesar de todo, Jessica se casa, mostrándose siempre como la amante mas apasionada. Escuchémos una escena que pasa en una bella noche del estío, aunque solo demos una imperfecta idea de la sublime erudicion y de la imaginacion brillante de los interlocutores de este amoroso diálogo.

LORENZO.—En una noche semejante á esta, cuando los vientos pasaban dulcemente sobre las flores, Troilo agobiado de su dolor, inmóvil sobre las murallas de Troya, se volvia hácia el campo de los griegos y miraba las tiendas de campaña que guardaban á su querida Cressida.

JESSICA.—Tambien en una noche semejante á la actual, hollando con sus pies las flores y las verduras del campo para anticipar el momento de su dulce enlace, Thisbe percibió en la ribera, un leon cuyas sangrientas uñas y erizada melena, la hicieron huir toda despavorida.

LORENZO.—Parecida esta noche y con la misma claridad del astro que nos ilumina, fué aquella en que Dido agitando una rama que arrancó de un cipres, vuelta hácia Cartago llamaba al objeto de su amor.

JESSICA.—En una noche semejante á esta, Medea usando de su poder, propicio ó dudoso, iba á recoger las yerbas encantadas en las llanuras de flores plantadas por la naturaleza, para rejuvenecer al viejo Eson.

LORENZO.—En una noche tal como esta, la bella Jessica, absorta de amor, me ofreció su mano asomada á la ventana de la casa del judío su padre.

JESSICA.—Y en una noche en todo semejante á la presente, Lorenzo hablaba á Jessica y le juraba seria su único amor, pues que su vida le era mas necesaria que el ai-

re para respirar: y sus juramentos eran sinceros. Esta dulce conversacion fué interrumpida marchando la escena del drama que cubre con negras sombras la graciosa imagen de Jessica, la que aparece siempre como un reflejo del crepúsculo de la tarde ó como una paloma sobre el mar.—JULIO DE RESSEQUIER.

PORCIA.

HEROINA DEL DRAMA DE SHAKSPEARE, TITULADO:
EL MERCADER DE VENECIA.

PORCIA es la luz mas pura que ilumina el cuadro sombrío que ha trazado este célebre poeta ingles en el drama mencionado. Es la doncella cristiana en todo el brillo de la belleza, de la inocencia puesta en contraste con la codicia y la perversidad del representante de una raza envilecida, del feroz Shylock. La imaginacion del poeta ha reunido sobre su rostro maravilloso, los rasgos de una perfeccion ideal, la gracia y la dignidad de la constancia, un origen ilustre, inmensas riquezas, altos y delicados sentimientos, la sumision y el respeto á la memoria y á las órdenes de su padre, el sacrificio en la amistad, el desinterés en el amor, la jovialidad del alma y la elocuencia del corazon.

„En Belmont, dice Bassanio, ví una rica heredera mas hermosa que la belleza misma, dotada de virtudes sorprendentes: su nombre es Porcia y en nada cede á la hija de Catón, á la Porcia de Bruto. El universo entero no desconoce su mérito, y los vientos le traen de las cuatro partes del mundo adoradores que se renuevan sin cesar. Sus cabellos brillantes como el sol, caen sobre sus



De ville de la Palma 1844.

PORCIA.



orejas en doradas trenzas. Su residencia de Belmont como otras veces Colchos, atrae multitud de Jasones que intentan su conquista.

La mayor parte de estos pretendientes no habian nacido para cautivar el amor de Porcia. Un príncipe napolitano, por ejemplo, prescindiendo de su nacimiento, no tenia otro mérito que el de saber amansar y herrar sus caballos: un conde palatino era mas cosquilloso que un filósofo griego, y los cuentos mas jocosos jamás podian hacerle reir: un jóven frances, que sin ser hombre tenia todos los defectos de los hombres, tan vana su cabeza, como frívolo su corazon é incapaz de ninguna afeccion seria: un jóven baron ingles, hermoso á la verdad, pero con un carácter tan mudò, que nadie podia arrancarle dos palabras; y por último, el sobrino del duque de Sajonia, á quien lo que agradó por la mañana, le disgusta á la tarde, y que si en sus ratos de buen humor parece mas que hombre, en sus momentos de cólera acaso es inferior á los brutos.

Parece que Dios guardaba á Porcia de este modo de un mal casamiento, porque desde su infancia siempre habia respirado una atmósfera embalsamada de perfumes. En su continente, en sus modales, en sus palabras nada hay que no sea gracioso, elegante, magnífico, y que acredite su ilustre origen. Ella anda como si sus piés estuviesen acostumbrados á correr en palacios de mármol, á hollar en parques de cedro, en pavimentos de jazpe ó de pórfito, ó en tapices de verdura, paseando en jardines adornados de estatuas al murmullo de bulliciosas fuentes y al rumor de músicas encantadoras. Dotada de una sabiduría penetrante, de una ternura ingénua, y de un espíritu tan vivo como ella misma, jamas ha conocido ni el sufrimiento, ni el temor, ni el disgusto; su sagacidad jamas

se ha visto mezclada de ningun tinte de tristeza; sus afec- ciones siempre llenas de confianza, de esperanza y de se- reno júbilo, y en su alma finalmente, no se encuentra ni un ápice de malevolencia ó de malignidad.

¿Cuál será, pues, el feliz poseedor de este tesoro de sa- biduría y de belleza? Los originales cuyas figuras acabo de bosquejar, han abandonado la plaza no queriendo so- meterse á la prueba, y no han quedado mas que los princi- pes de Marruecos y de Aragon, y el jóven veneciano Bas- sanio. ¿Cuál de los tres escojerá la feliz cajita que contie- ne el retrato de Porcia y que es el premio de la victoria? Es preciso escojer entre el oro, la plata y el plomo, y pe- netrar el sentido de tres diferentes divisas. La prueba de cada pretendiente debe ser sucesiva sobre todas las ca- jas. El príncipe de Marruecos se deja deslumbrar por el oro, el aragones se prenda de la plata, y Bassanio, mejor inspirado, prefiere el plomo, y por esta eleccion sabía y modesta llega á ser el Jason de este nuevo Toison de oro, y para completar su felicidad, Porcia hacia votos secre- tos en su corazon por el feliz éxito del jóven veneciano.

Resignada Porcia á recibir el esposo que le diera la suerte en ejecucion de esta estraña determinacion de su padre, aguarda con dignidad el resultado de la prueba á que se han sometido los dos principes que no han sabido interesar su corazon, y cuando se han engañado los reci- be con gracia, sin dejar entrever por un solo movimien- to de júbilo, cuán feliz es por su engaño; porque es pre- ciso no alucinarse, la pasion que se entreve por el jóven Bassanio ha echado ya profundas raices, y si este preten- diente no hubiese tenido mejor inspiracion que los otros, no habria hecho la felicidad de la divina heredera de Bel- mont. Esta alma tan delicada y tan pura, habria sido cruelmente destrozada. ¡Cómo retarda la hora del sa-

crificio, como cubre inocentemente su ingenua y profunda pasion saboreando las dulzuras de un entretenimiento que prefiere! ¡Cuál manifiestan todos sus movimientos su inocente afecto! ¡Y cuántos secretos de amor se le revelan en aquel instante, sin que el pudor sufra el mas ligero menoscabo!

En fin, llega el fatal momento; las tres cajas misteriosas se hallan á la vista de Bassanio. Porcia conoce la que encierra su retrato; una palabra, una mirada, un gesto podrian fijar la eleccion del jóven veneciano; pero esta palabra seria un perjurio, esa mirada ó ese gesto una traicion que haria á la sombra de su padre. Porcia se abandona á la Providencia; su lenguaje oculta su alma y deja impenetrable el secreto de que depende su destino. ¡Qué de angustias ocultas bajo de esa aparente serenidad! Ellas resplandecen al fin cuando Bassanio, mas avisado ó mas feliz que sus contendientes, encuentra en la caja de plomo el retrato de Porcia y la carta que se la da por esposa; ella estalla en transportes de júbilo, y su vivacidad es tal, que el triunfo de Bassanio estuvo á riesgo por un momento de causar la muerte de Porcia. El exceso de la felicidad manifestó entónces cual habria sido en caso contrario la amargura de su desesperacion; sin embargo, no se ve en su exterior, sino un apresuramiento templado de reserva y de dignidad con que abandona á su feliz vencedor su persona y sus bienes.

En esta primera parte del drama, el poeta nos ha mostrado el alma entera de su heroina, su pureza, su inocencia, su amor y su desinteres; le resta sacar á luz los tesoros de su inteligencia, y el proceso del judio contra Antonio le dará oportuna ocasion. Porcia se disfraza, deja á Belmont y bajo el traje de abogado viene á defender la causa del amigo, del bienhechor de Bassanio. En

su ingeniosa defensa llena de saber sin pedantismo, y de sensibilidad sin declamacion, toca hábilmente todas las cuerdas que hacen vibrar el corazon humano; se dirige despues á la piedad del inexorable acreedor poniendo en juego su avaricia, en fin, reuniendo todo el poder de la elocuencia apela á la codicia al mismo tiempo que á la piedad. Pero Shylock cierra sus oidos á todos estos móviles de la humanidad y aun su amor al oro se ve vencido por la insaciable sed de la venganza, con que quiere la carne del cristiano. Pues bien; que use de su derecho; pero que no abuse de él: si queda mas acá ó si va mas allá de la deuda, su cabeza responderá de su maldad. La prueba es demasiado peligrosa para acometerla, y el judio retrocede ante la sentencia del nuevo Salomon, y el simple buen sentido de una muger, adquiere el triunfo de la justicia y de la humanidad que amenazaba la ley, arma demasiado terrible en manos de un furioso.

Tal es esta Porcia, la jóven mimada del genio de Shakspeare, la mas ideal y la mas positiva de su creacion. El poeta ha concentrado en ella todos los dones que ha podido repartir la naturaleza en la sociedad, y todos los bienes que se encuentran en aquellas personas que han nacido bajo el radio de su feliz influencia. ¡Dichoso aquel que así sabe dar vida á las fantasías de su imaginacion, y oponer á las frias realidades del mundo, las creaciones ideales de la poesia! Porque lo ideal concebido en las condiciones de la verosimilitud y de la posibilidad, es á la vez el aguijon de la virtud, el encanto de la inteligencia y el auxiliar mas poderoso de la moral.—GERUZEZ.

[Traducido para el Semanario, de la Galeria de Mujeres de Shakspeare.]

HISTORIA ANTIGUA.

CONCLUYE LA HISTORIA SAGRADA DE LA TERCERA ÉPOCA DEL MUNDO.

(Véase nuestro número anterior.)

MULTIPLICÁNDOSE prodigiosamente la familia de Jacob, se hizo bien pronto un pueblo muy numeroso. El rey Faraon, descendiente del amigo de José que reinaba en Egipto, concibió tal odio contra los israelitas, que queriendo hacerlos perecer, les mandaba ejecutar los trabajos mas penosos, pero Dios permitia que cuanto mas trabajaban disfrutaban de mejor salud, aumentándose sus familias. Entónces mandó que arrojasen al Nilo á todos los hijos varones que naciesen de los israelitas, y al momento se ejecutó su cruel mandato; pero un descendiente de Levi logró sustraer de todas las pesquizas por el espacio de tres meses á un hijo suyo. Sin embargo, amenazado de verse descubierto á cada paso, resolvió con su muger esponerlo en una cesta á la corriente del rio, con la esperanza de que algun egipcio lo encontrase y tuviese lástima del pobre niño. María, que era su hermanita mayor, quedó en atalaya al lado del río para ver lo que sucedia.

En el momento mismo en que la cesta se detuvo en unos juncos, la hija del rey se acercó á aquel parage con el objeto de bañarse, observó la canasta y mandó á sus criadas la abriesen, y viendo un niño tan hermoso, se movió á compasion y resolvió salvarle. Entónces María se presentó á la princesa, y le dijo conocia á una muger que podria servirle de nodriza: la princesa consintió en ello. Al punto fué á buscar á su madre, la que de este modo vino á dar de mamar á su propio hijo. Al niño se le puso por nombre Moises, que quiere decir, libertado de las aguas.

La hija de Faraon lo hizo criar como si fuese su propio hijo y lo colmó de riquezas; pero ni estas, ni los placeres de la corte fueron bastantes para hacerle olvidar á sus ascendientes y á su pueblo.

Un dia vió á un egipcio que hacia perecer á golpes á un paisano suyo; al momento se lanza á su socorro y mata al asesino, ocultando su cuerpo bajo de la arena; sin embargo, la cosa no dejó de saberse y de llegar á oídos del rey, quien queria castigarle; con tal motivo tuvo que huir á otro pais, y despues de haber andado mucho tiempo, se sentó al lado de un pozo para descansar. Las hijas de Gethro llegaron despues á sacar agua para sus ganados, algunos pastores quisieron echarlas de allí y Moises tomó su defensa. De vuelta á casa de su padre, le contaron lo que habia sucedido. Gethro, agradecido al favor de Moises, corrió á buscarle, le trajo á su casa, y algun tiempo despues, le dió en casamiento á la mas jóven de sus hijas, llamada Sefora.

Estando Moises guardando los ganados de su suegro, llegó un dia hasta la montaña de Horeb, donde vió una zarza toda encendida, y al acercarse á ella, oyó una voz que le decia:—«Descálzate y detente, porque este lugar es santo» Obedeció Moises y se postró con el rostro en tierra: entónces oyó estas palabras:—«Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; he oido el grito de mi pueblo que está en Egipto, porque los israelitas son mi pueblo. Te mando que vayas á ellos para libertarlos, diciéndoles que vas de mi parte.»—Señor, dijo Moises, no sé vuestro nombre, ¿cómo podré decirlo?—Yo soy el que soy, respondió la voz: vete á ver á Faraon y le pedirás permiso para llevar á mi pueblo al desierto, donde tiene que hacer un sacrificio durante tres dias.

Asustado Moises, respondió: Pero Señor, Faraon no

querrá creerme y me hará morir.—Yo estaré contigo, replicó la voz; y te daré poder para hacer milagros. Hecha en el suelo la vara que tienes en la mano. Moises obedeció; la vara se convirtió al momento en una serpiente. A su vista Moises echó á correr; pero la voz volvió á llamarle, diciéndole: Coje esa serpiente por la cola y volverá á ser una vara. Moises obedeció temblando, y sucedió lo que le habia anunciado la voz. Dijole despues que pusiese su mano en el pecho y al momento se le cubrió de lepra, le dijo á continuacion, que la volviese á poner y se la curó al instante. Entónces conoció Moises que era el mismo Dios el que le hablaba; sin embargo, temeroso de presentarse ante Faraon, «Señor, dijo, ya sabeis que no tengo la lengua muy suelta: toda mi vida me ha costado trabajo el pronunciar, y desde que me habeis hablado, siento mas dificultad que antes.»—¿No soy yo, replicó la voz, quien ha hecho la boca del mudo y la del que habla? Marcha al momento, yo estaré á tu lado y te daré la facilidad que te falta: lleva tambien á tu hermano Aaron que debe ayudarte en esta empresa.

Moises ya no se atrevió á resistir á las órdenes de Dios: bajó de la montaña, marchó á Egipto y anunció á Aaron lo que el Señor le habia prevenido. Ambos se dirigieron al momento á ver á Faraon á quien le dijeron:—El Eterno Dios te manda dejes ir á su pueblo al desierto para que ofrezca un sacrificio. Faraon respondió:—No conozco á tu Dios y no dejaré salir á los israelitas de Egipto. Luego mandó buscar á los que hacian trabajar á los israelitas y les dijo:—Aumentad la tarea de esos operarios puesto que todavía tienen tiempo para pensar en viages y sacrificios. Las tareas se acumularon de tal modo, que desesperados los israelitas, acusaban á Moises de haber sido la causa del aumento de sus penalidades. Entónces Moises

imploró al Señor y exclamó:—¿Qué es lo que puedo hacer? Faraon se rehusa y mi nacion se vuelve contra mí. El Señor le respondió: Yo daré á los israelitas la tierra de Chanaan: vuelve á Faraon; y Aaron hará prodigios en su presencia para darle á conocer que soy el verdadero Dios.

Moises y su hermano fueron á ver al rey: Aaron echó su vara en el suelo y se convirtió en un dragon. Los magos á quien el demonio prestaba su poder, cambiaron tambien sus varas en dragones; pero el de Aaron se arrojó sobre los dragones de los magos y los devoró: dió despues con su vara en las aguas del rio y al momento se mudaron en sangre, y los que bebían de aquel agua morían; pero como los mágicos de Faraon hiciesen otro tanto por su parte, el rey no se persuadió de que Moises le hablaba de parte de Dios y no quiso dejar marchar á los israelitas.

Entónces Aaron estendió su vara y en el momento apareció una inmensa cantidad de ranas que se esparcieron por todas partes, y como los mágicos no pudiesen echarlas del palacio de Faraon, hizo llamar este á Moises y le dijo:—Ruega á tu Dios que haga morir esas ranas, y te prometo dejar marchar á los israelitas.

Moises hizo oracion á Dios y las ranas murieron; pero cuando Faraon se vió libre de ellas, no quiso ya cumplir su promesa. Entónces Dios envió una inmensa cantidad de insectos aun mas incómodos que las ranas; luego un granizo espantoso que mataba á los hombres y á los animales: en fin, cubrió el Egipto con una niebla tan espesa, que ni aun á medio día se veía bastante para andar por las calles. El pais de los israelitas no experimentaba ninguna de estas calamidades; pero aunque Faraon no podia dudar que eran causadas por su desobediencia á Dios, se empeñaba en no dejar salir á los israelitas.

Dios dijo entonces á Moises:—Es llegado el momento de la libertad de mi pueblo: que cada familia de los israelitas tome un cordero y que lo mate el dia 14 de este mes, marcando con su sangre todas las puertas de sus casas: este cordero deben asarlo y comerlo con pan sin levadura: todo lo que no se consuma deberá ser quemado: y hareis esta comida en pié, vestidos de viage y de prisa porque voy á sacaros de Egipto.

Los israelitas hicieron todo lo que Dios les habia mandado por conducto de Moises. A eso de media noche Dios envió su ángel, quien mató á todos los primogénitos de los egipcios, libertándose los israelitas, porque Dios habia dado orden al ángel, que nadie muriese en las casas marcadas con la sangre del cordero.

En vista de esta calamidad, Faraon consintió en la marcha del pueblo de Dios, y salieron conducidos por Moises mas de 600 mil hombres divididos en tribus, cada una de las cuales tenia el nombre de uno de los hijos de Jacob. Luego que entraron en el desierto, el Señor mandó á su ángel que los guiase: de dia marchaba delante de ellos en una nube, y por la noche en una columna de fuego. Sin embargo, Faraon sintiendo haber dejado marchar á los israelitas, se puso á la cabeza de un ejército en su persecucion: cuando aquellos vieron las tropas, comenzaron á murmurar de Moises; pero este los exhortó á que pudiesen su confianza en Dios, y en el momento un ángel que estaba delante de los israelitas, se puso á retaguardia entre ellos y los egipcios. Por el lado de los primeros, la columna de fuego los alumbraba, pero por la parte de los egipcios una grande y espesa niebla les impedia ver al pueblo de Dios.

Entonces Moises estendió su vara sobre el mar Rojo y al momento se abrieron las aguas, de manera que levanta-

tadas á cada lado como una muralla, podian andar por en medio sin mojarse. Durante toda la noche estuvieron pasando los israelitas, y al amanecer habiéndose disipado la nube, los egipcios los vieron al otro lado del mar. Como las aguas seguian suspendidas, creyeron poder tambien pasar; pero luego que estuvieron dentro, mandó Dios al mar que volviese á su lugar, ahogándolos á todos, sin que escapase uno solo. Entonces Moises, Aaron y su hermana Maria se pusieron de rodillas con todo el pueblo, y entonaron un cántico de alabanzas al Señor cuya bondad les habia libertado de sus enemigos.—I. G.

LITERATURA.—POESIA.

SALMO CXXIII.

LA LIBERTAD DE ISRAEL.

CUANDO del yugo bárbaro
Fué Jacob redimido,
Rompiendo las cadenas
Del opresor egipcio,

Entonces su potencia
Mostró el Señor Altísimo,
Fundando entre nosotros
Su estable poderio.

Las aguas al mirarlo
Abrieron sus abismos,
Y el Jordan caudaloso
Retrocedió sumiso,

Saltaban los collados
Llenos de regocijo,
Cual suelen en el prado
Trizar los cordones.

¡O mar! ¿Por qué tus senos
Abriste de improvisó?
¿Por qué, Jordan, tus ondas
Vuelves á do has nacido?

¿Por qué mostrais ¡o montes!
Cual tiernos corderillos,
El gozo que os ocupa
Con saltos repetidos?

Ya veo que el Eterno
Ostenta su dominio,
Dejando á una mirada
El orbe estremecido.

El torna en un estanque
El arenoso sitio,
Y en copiosos raudales
El escarpado risco.

Señor, no por nosotros,
Mas por tu nombre mismo,
Aterra con tu nombre
Al adversario impío.

Haz muestra desde el cielo
De tu poder invicto,
Apoyos de tu trono
Son la verdad y el juicio.

Cuando á insultarnos vengau
Eos pueblos inicuos,
Y pregunten con mofa
Dó está tu domicilio.

Dirémos:—En el cielo
Mora Dios de continuo:
Con su poder inmenso
Produjo cuanto quiso.

No así los simulacros
Del ciego gentilismo,
Forjados de oro y plata
A golpe de martillo,

Lábios tienen y no hablan,
Sus ojos nada han visto,
Ni gozan los aromas
Que exhala el sacrificio.

De fauces siempre mudas,
De pies siempre tullidos,
Tienen manos sin tacto,
Y sin oír oídos.

Es á ellos semeiante
El necio que los hizo,
Y pone su confianza
En troncos sin sentido.

Mas el pueblo, que dócil
Sigue al Señor, propicio
Sobre él derrame el cielo
Su luz y sus auxilios.

Si en el Eterno espera,
Si le adora rendido,
Si obedece sus leyes
Con corazón sencillo,

Entónces á su sombra
Descansará tranquilo,
De bienes abastado
Y de virtudes rico.

Nunca su pueblo caro
Entregará al olvido:
El es constante objeto
De todos sus cariños.

Sobre todos derrama
Tesoros infinitos,
Y su favor alcanzan
Los grandes y los chicos.

Al justo favorece
Con dones excesivos,
Logrando sus pidades
Los hijos de sus hijos.

Los que seguís constantes
Las sendas y caminos
Del Dios de cielo y tierra,
Seais siempre benditos.

El reina coronado
Allá sobre el empíreo,
Dejándonos del mundo
El cetro y el dominio.

Dános, Señor, aliento
Para cantar unidos
Acordes alabanzas,
Y reverentes himnos.

No con un golpe cortes
De nuestra vida el hilo;
¡Quién cantará tu gloria
En el sepulcro frío?

Mientras aquí vivamos,
Señor, te bendecimos:
Después te gozaremos
Por siglos infinitos.

POESÍAS DE D. JOSÉ J. PESADO.

LECCION QUINTA.

SOBRE LA PERFECCION DE LAS FACULTADES INTELECTUALES.

(Véanse los números 8 y 16 de este tomo, páginas 177 y 377.)

Juicio que debe formarse sobre los libros.—Corta es la vida humana y demasiado precioso el tiempo para poder leer por entero un libro nuevo, con el solo fin de saber si es digno de ser leído. Como los títulos suelen prometer mas de lo que el libro cumple, y como los autores abusan á veces de su fama, al mismo tiempo que un autor nuevo puede ser tan bueno como cualquiera otro de los ya conocidos, solo podemos aconsejar á nuestras amables suscriptoras que recorran el índice de materias, que escojan los capítulos que les parezcan mas interesantes, y que pesen las verdades y razonamientos que contengan á fin de conocer si predominan el error, la trivialidad y la inesactitud: y si en el exámen de algunos de sus capítulos nada encuentran que aprender, pueden dejarlo al momento para ocuparse de otros.

Pero con el objeto de no inducir á nuestras señoritas á un engaño, agregaremos algunas advertencias. Si un tratado está de acuerdo con nuestros principios, y si sostiene nuestras opiniones, solemos aplaudirlo aunque no sea mas que mediano. Al leer un escrito sobre materias que no entendemos, pero que de algun modo nos halaga, todo nos parece sublime, no obstante que si consultásemos á las personas científicas en aquel ramo, nos dirian tal vez que el libro no merece ser leído. Por el contrario, cuando teniendo bastantes nociones de una ciencia, se nos presenta un libro exelente con acertado método y claras definiciones para aprenderlo, como nada nuevo encontramos en él, no reparamos en despreciarlo y en calificar-

lo de comun y vulgar, olvidándonos de que tres ó cuatro años antes lo hubiéramos admitido como una preciosa joya. De este modo, tanto las personas ignorantes como las instruidas, se hallan espuestas á errores y preocupaciones al formar juicio sobre el mérito de los libros.

No deja de haber en el Bello sexo cierta clase de personas de carácter indócil y orgulloso, que quisieran ser sabias sin tener el trabajo de aprender, y que deciden de un libro solo por el título, por el prurito de que no se diga que ignoran cosa alguna de las que saben las demás; si á esta índole dominante se añade la de ser ricas ó la de haber tenido una educacion esmerada, entónces llegan á creer que el saber puede infundirseles sin trabajo y estudio, y no vacilan en criticar, aplaudir, despreciar ó alabar las cosas á primera vista, dando su voto decisivo en todas materias, sin presentar otros títulos de su aptitud y suficiencia, que su vano orgullo, su posicion social ó sus riquezas.

Un pernicioso influjo suele dominar en ambos sexos al tiempo de juzgar los escritos ajenos. Por secretas miras de vanidad ó de envidia, se oye tal vez á algunas personas vilipendiar el mérito de cualquiera obra; pero al querer indagar las razones de su severidad, se reducen tal vez á dos ó tres errores leves ó á que el lenguaje ó la expresion no se avienen á su gusto ó á su genio. Momo por ejemplo, sostiene que el *Paraiso perdido* no es un buen poema, y que se ha querido dar á Milton mas mérito del que realmente tiene, dando por única razon de su invectiva algun verso que ha encontrado demasiado tribal ó algo incorrecto.

Es necesario siempre hacer prudentes distinciones para juzgar de las cosas humanas; pero la envidia condena por lo comun en masa. Esta pasion es una planta cuyas

raíces están entretrejidadas en la naturaleza humana, y que tiene una acción vigorosa aunque á veces imperceptible, á la cual no resisten ni las personas mas recomendables por su prudencia y nobles sentimientos. Rarísimo es el que puede soportar los aplausos que se tributan á un autor de mérito, especialmente si es contemporáneo y de su misma profesion. Así notareis, mis amables suscritoras, que hay personas que se desviven por encontrar las mas leves faltas en una obra, buscando la ocasion de denigrarla: que se usa con frecuencia rebajar el mérito de un escrito por bueno que sea, atacándolo con mordaz critica, sin dominar su envidia ni perdonar al autor sus leves faltas, en recompensa de lo bueno que se encuentra en sus escritos: y por último, que no falta quien aplauda en general un artículo con mentirosa apariencia de ingenuidad; pero que sus malignas observaciones posteriores aniquilan completamente sus primeros afectados aplausos.

Varias reflexiones pueden corregirnos de la envidia: calcúlese imparcialmente si las bellezas y primores de la obra que se critica, superan mucho á sus defectos: medítese que no hay obra humana sin defectos, y que si un autor ha escrito cosas de mucho mérito, en lugar de desvelarse el crítico mezquino en anotar sus leves faltas para contribuir á la utilidad comun, podria dedicarse á escribir un tratado mejor que el que da pavor á sus celos, y entónces se conoceria la nobleza y finura de su critica.

Ante el público, casi siempre deseoso de la sátira y de la impugnacion, un maligno pedante podrá acumular páginas llenas de epigramas y de sarcasmos, contra el error verdadero ó supuesto de un exelente autor; pero si en lugar de un público veleidoso, quisiese justipreciar un profundo censor la produccion del audaz crítico, no en-

contraria otro arbitrio mejor que el de obligarle á escribir y publicar otro tratado sobre el mismo asunto. Entónces se conoceria la nulidad del juicio del pedante, quien aprenderia á respetar las ajenas producciones que no podia igualar. El genio mas raquítico encontrará algo que tachar en la obra mas acabada; pero cuando de la mas nimia objeccion, de un insignificante olvido, se quiere tomar motivo para declararse contra un autor de mérito, ó contra una obra admirable, es prueba de que dominan la mezquindad de espíritu y la miserable envidia.

Se comete tambien con frecuencia el error de aplaudir ó de rechazar en globo toda una obra cuando realmente tiene capítulos que merecen mucho aprecio, á la vez que otros acreedores á muy severa crítica, y así en lugar de una acertada distincion, se da un fallo injusto en perjuicio del autor y del público. Milton por ejemplo, es un genio inimitable, todo el mundo le hace justicia: su *Paraiso perdido* es una produccion gloriosa que rivaliza con las mas célebres de la antigüedad; pero esto no obsta para observar que lo sublime de sus sentimientos, la belleza y la fuerza de su espresion, no están siempre sostenidas con uniformidad, y que hay algunos versos en cuya frialdad podria decirse que el poeta quiso descansar y reponerse del fogoso ardor de los anteriores. En resumen, para dar importancia al juicio que oigais, señoritas, que otra persona forma de un libro, será preciso reflexioneis si es juez proporcionado y bastante para dar su fallo, y si procede imparcialmente ó dominado acaso por secretos intereses ó mezquinas pasiones.

MI IMAGINACION Y YO.

MI imaginacion es como la hojilla de un árbol que corre, salta, va y viene con la ligereza de una mariposa; si yo tuviese un hijo con tanta petulancia y vivacidad, le azotaria treinta veces al dia; pero mi imaginacion me domina y se burla de mis graves reconvencciones; en vano le digo: ven acá, estate ahí; yo pierdo mi tiempo y ella quiere seguir á cada instante el sendero fertilizado por la razon, la ciencia y el ingenio; despues se vuelve al momento á jugar con una mosca; recorre con horror sobre los restos ensangrentados de la corrupcion y del crimen, al paso que se divierte en deshojar las flores; ya se precipita en los vastos abismos, ó ya quiere penetrar los secretos del cielo y de la tierra; unas veces se lanza en los espacios imaginarios, y otras intenta recorrer los límites del mundo y de la naturaleza; y no se espone á tantos riesgos sino solo por hacerme decir alguna tontería. Yo me aburro, me impaciento, procuro fijarla, retenerla cautiva: imposible, ella se me escapa, se echa á correr por los campos y se rie de los esfuerzos que hago para domar su turbulento humor; en vano este le ha causado mil disgustos, inquietudas y tormentos: nada es capaz de corregirla. Yo creia que envejeceria conmigo y que la edad le daria alguna calma y algun juicio; pero la edad si la ha hecho triste, pálida y fatigada, no ha logrado convertirla en menos ligera y vagabunda. Ni aun la misma vista de un sepulcro puede distraerla de sus hábitos errantes, y cuando la paseo por las hileras silenciosas de los sauces llorones de un cementerio, escucha con placer el canto de los pájaros y examina las flores que nacen al pie de las tumbas.

Esta imaginacion aturdida que se dejaba deslumbrar en mis primeros años por la claridad del dia, y que no veia todo lo que se presentaba á mis ojos sino revestido siempre de colores celestiales, no puede hoy decidirse á caminar oscuramente en el silencio de mi soledad: quiere hacer del sábio, medir el poder de las pasiones, numerar los desvarios del espiritu y sondear los pliegues mas profundos del corazon. ¿Qué haré con esta indomable enemiga de mi reposo que sin cesar me engaña, me arrastra y enajena? Débil y enfermiza me veo precisada á someterme á sus despóticos caprichos y sufrir las consecuencias de sus veleidades. Yo le diria: mi querida, hace cincuenta años que me ocupo de tu educacion, tú has sido alimentada por la desgracia, y ella tambien te ha dado sérias lecciones; si no eres sábia, no es por falta tuya ni mia, te he predicado bastante y tú has agotado toda mi retórica: convengo en que á veces me has prestado algunos servicios; que sin tí no habria podido disipar los negros vapores que el infortunio ha aglomerado sobre mi cabeza; que me has preservado de los riesgos del naufragio, trasladándome sin cesar léjos de los lugares donde tronaba el rayo, á la vez que cuando la insensibilidad y la ingratitud de mis semejantes me hacian encontrar un árido desierto, en medio del mundo, tú me llevabas á viajar á las regiones habitadas por los ángeles, donde esperaba encontrar la paz y la felicidad: siempre conservaré la memoria de estos ligeros beneficios, y los consejos que voy á darte son la mejor prueba de mi gratitud. Recuerda, imaginacion mia, mi bella amiga, que ya no tienes ni los encantos ni la frescura dela juventud; que eres pequeña y mezquina, que tu andar es vacilante, tu voz cascada y tus ideas sencillas y comunes: que vas á descarriarte sin guia en un camino en que á cada paso tropezarás, causando risa

á la multitud ó cubriéndote de ridículo: para agradar en el día, es necesario que una imaginacion se muestre firme, vigorosa, sombría, atrevida y terrible; que sus acentos sean varoniles, sonoros y retumbantes, que no se presente sino vestida de negro y de color de fuego, la frente cargada de brillantes ó de frescas flores; y tú, pobre, insensata cuyos adornos son pajizos y cubiertos de polvo, ¿qué podrás inspirar sino miedo ó terror: cuando quieras reírte las lágrimas saldrán á tus ojos, y para espresar tu cólera, no tendrás dientes que rechinar? Pero ya oigo que me respondes, que entre los espinos que se pisan en un terreno inculto, suelen tambien encontrarse plantas saludables; que el sol que no ha brillado en todo el día, puede ejercer su dulce influencia al traves de las nubes de la tarde: que por otra parte el siglo en que vivimos es tan indulgente, que concede la palabra á todo el mundo: que á cualquiera le es permitido emitir libremente sus pensamientos; y por último, que tú, imaginacion mia, has querido á tu vez gozar de esta preciosa prerogativa. Ya te he repetido, le contesto, que únicamente la juventud tiene derecho á reclamar este privilegio, que para hablar es necesario ser orador, que cuando se piensa mal es indispensable pensar para sí solo, y que los viejos deben hoy reducirse á escuchar, admirar y callar.

—Pues seguramente yo no haré esto último, me respondió la impertinente, puesto que no se dejan vegetar los arbustos, sino con la esperanza de que embellezcan alguna vez los valles, y que el anciano marinero suele calmar el disgusto de los viajeros cantando sus antiguas baladas.

Mi imaginacion es incorregible; veo que jamás se rendirá á la razon, y conservará eternamente sus pretensiones estando como está persuadida, de que se hace agra-

dable á todos los que escuchan sus sentencias anticuadas y sus viejos proverbios, mezclados con añejas historias, que se empeña absolutamente en contar y repetir á todo el mundo, bosquejando retratos á cada paso, con su temblorosa mano, y queriendo pintar sitios y perspectivas amorosas á pesar de su cansada vista; sin embargo, aunque con timidez me resolví á dirigirle estas últimas advertencias: „Querida mia, renuncia ya á esos ridículos y peligrosos pasatiempos; diviértete en contar las mallas de tus tejidos, echa aceite en tu lámpara que está pronta á apagarse: á pesar de tu oposicion, yo debo interesarme siempre en tu suerte: si me has procurado algunos placeres constantemente, he participado tambien de tus pesares. Por favor, no rechaces mis saludables avisos, vive de una manera pacífica, deja tu pluma y tu pincel como una tarea que ya no es adecuada á tu edad ni á tus fuerzas.

—Son inútiles tus reflexiones, mi edad misma reclama en el siglo XIX mi entera emancipacion: he tomado mi partido: quiero gozar de una libertad ilimitada. Para poder vivir tú, necesitas de mi auxilio, y no es posible ejercer en mí esa tutela que reclamas.

—Está bien, pobre idiota, es preciso romper los vínculos que me unian á tí, no volveré á mezclarme en tus asuntos. Jamás vuelvas á hablarme de tus esperanzas ni de tus tribulaciones; te abandono enteramente::::: Ella ya no me escucha, ha volado á los espacios imaginarios, y se ha elevado tanto, que no volveré á verla sino hasta los momentos en que se vea precisada á acompañarme desde la tumba á otra nueva vida.—*Una suscritora de sesenta y dos años.*

PENSAMIENTOS SOBRE LAS MUGERES, POR MADAMA PAULINA GUIZOT.

LAS mugeres jamás han pensado ni imaginado nada que no tenga relacion con ellas. La imaginacion de un hombre se lanza sobre todos los puntos á que puede llegar, pero la de una muger se concentra solo á lo que le toca; conoce perfectamente todo lo que se encuentra á su derredor, pero poco, y muy mal lo que está distante; si con una mirada perspicaz advierte algunos rasgos, la debilidad de su vista pronta á fatigarse no le permite comprender el conjunto. Pero cuando vuelve sus ojos sobre sí misma, nada se le oculta, y si no teme sondear los pliegues de su corazon, ni los mas recónditos pueden resistir á sus esfuerzos: puede aspirar á descubrir sus pensamientos mas secretos, y aun multiplicar sus progresos en la senda de sus deberes. Es cierto que hay secretos de moral que la bondad únicamente aprende de la virtud, y que hay otros mil que la sensibilidad solo revela á la bondad, y en esto consiste el dominio de las mugeres bien educadas, y de aquí nace para ellas una fuente inagotable de riquezas, porque es muy raro que la muger gane algo cuando quiere salir de sí misma.

Se ha dicho que las mugeres conservan siempre cierto espíritu de corporacion, y yo lo creo así. A la verdad, cuando se critica á una de ellas de coqueta ó de orgullosa, las demás no se quejan; cuando se divulgan las aventuras ó galanterias de una jóven, las demás las escuchan sin inmutarse; y cuando se maldice á una señora, las demás como que se gozan inocentemente siempre que la ofensa es particular como que no tiene fuerza para irritarlas. Mas cuando se trata de una ofensa general dirigida contra el bello sexo entero, cuando un imprudente escritor impugna á todas en conjunto, lo que podria haber dicho de cada una en particular sin que las demas se hubiesen dado por ofendidas, al momento se inflaman de cólera, se reunen, se coligan, juran vengarse, proyectan, maquinan, aunque acaso al separarse, no hayan podido ponerse de acuerdo.

(Traducido para el Semanario, de las Lecturas para las jóvenes de Madama Amable Tastu, año de 1840.)





AGOSTO 31 DE 1841.

XOCHITL, REINA DE TULA.

PAPANTZIN, uno de los principales de la corte tolteca, fué á visitar un dia al rey Tecpancaltzin en compañía de su hija, jóven de 15 años, de extraordinaria belleza, quien habia inventado una bebida sacada del aguamiel del maguey, que despues se llamó pulque. El rey recibió el obsequio con agrado, y aquella bebida fué como un veneno fatal que produjo en él una pasion amorosa, voraz, é indomable hácia la jóven. Aquella visita no fué la última, y habiendo logrado que le hiciese otras, acompañada de una anciana, le manifestó el transporte de su pasion, mas hallándola insensible á sus insinuaciones, recurrió á la violencia, y olvidándose de lo que debia á su decoro y á su dignidad, hizo trasladarla al palacio de Palpan, sitio de diversion de los reyes toltecas, ubicado sobre una colina á poca distancia de la ciudad de Tula, donde fué encerrada, previniendo á los guardas que nadie la viese. La anciana que cuidaba á la niña ignoraba lo que habia pasado, y el rey le previno que dijese á su padre que en prueba del afecto que le profesaba habia tomado á su cargo su educacion, entregándola á unas maestras que le enseñasen toda clase de habilidades, y que en lo futuro corria por su cuenta la fortuna de Xochitl, á quien haria tratar con la magnificencia correspondiente á tan señalada proteccion.

Muy desconsolado recibió Papantzin este mensaje, pero el alto concepto que tenia de la virtud del rey, no le permitia formar ninguna sospecha criminal. Al dia siguiente recibió la noticia de que el rey le habia concedi-

do en señorío perpetuo algunos pueblos. Al momento partió á dar las gracias al rey, manifestándole sin embargo la pesadumbre que amargaba su satisfaccion, viéndose privado de la compañía de una hija única y muy querida, que era toda la alegría de su casa. El rey ostentando cierta severidad, le aseguró de tal suerte la felicidad futura de su hija bajo su proteccion, que volvió á su casa algo mas consolado; pero pasó muy pronto el momento de tan dulce ilusion. Papantzin buscaba impaciente á su hija por los rincones de su palacio, creia verla, oirla y hablar donde pasaba con ella muchos ratos de complacencia en los suaves transportes del amor de padre sencillo, tierno, y desinteresado, y nada bastaba para llenar aquel hueco de su corazon: ¡ah! todas las delicias de una corte brillante no equivalen á un momento de sociedad doméstica y de familia! La vida de Papantzin era un tormento prolongado. Entre tanto Xochitl avisó al rey que habia dado á luz un hijo, á quien pusieron por nombre Meconetzin ó sea el niño del maguey; pero despues es conocido en la historia por Topiltzin ó el justiciero, de la palabra topili, insignia que llevaban los que hacian justicia.

El rey á pesar de sus promesas no pudo calmar la inquietud de Papantzin, quien supo burlar la vigilancia de las guardias y penetrar disfrazado hasta el interior del palacio de Palpan, en traje de labrador; mas ¡cuánta fué su sorpresa cuando al entrar en las viviendas, el primer objeto que se le presentó fué su hija querida que llevaba en sus brazos un niño! Conociéronse mutuamente, pero los afectos de su corazon eran muy distintos: en Xochitl se veia retratado el susto y la sorpresa; en Papantzin el gozo y la alegría en medio de las lágrimas: ambos querian hablarse pero un gran sentimiento siempre es mudo; con todo, despues de algunos momentos el padre pregun-

tó á Xochitl si el rey la tenia encerrada en aquella casa para ser pilmama de sus niños. La respuesta de esta fué un raudal de lágrimas que, antes que sus lábios, dieron á entender á su padre lo que habia pasado, mientras interrumpiendo sus palabras pudo referirle circunstanciadamente su desventura. Se habia terminado el corto plazo concedido á Papantzin por su introductor para que pudiese permanecer en el palacio, y á pesar de sus instancias no pudo prorogarlo. De vuelta á su casa revolvía en su cabeza mil proyectos para vengar aquel ultraje hecho á su honor y al de su familia, resolviéndose por último á presentarse al monarca para reconvénirle por su indigna conducta: de facto, se presenta al rey, le afea sus exesos, le hace cargos severos y le confunde de tal modo, que no pudiendo menos de confesar su crimen, solo se ocupa de averiguar como lo habia sabido. Papantzin lo reserva con la misma entereza, y no deja que contestar al rey confuso y sobrecojido. ¡Tal es el imperio de la razon, y tales los fueros sacrosantos de la justicia! El rey como si estuviera delante de Papantzin á la vista de un juez incesorable, se le humilla, recurre á los halagos y promesas, para calmarle, asegurándole: que á no estar casado habria tomado á Xochitl por esposa; pero que no teniendo sucesion, ni esperanza de tenerla por la avanzada edad de la reina, le empeñaba su palabra de hacer jurar por rey á Topiltzin cuando concluyese el tiempo legal de su gobierno, permitiéndole entre tanto, que visitase á Xochitl cuando quisiese, aunque con sigilo.

La educacion que se dió á Topiltzin fué proporcionada al alto destino que se le preparaba: el tiempo que todo lo descubre fué manifestando al pueblo el secreto de su nacimiento, y luego que murió la reina pocos años despues, el rey casó publicamente con Xochitl, declarando á Topiltzin su sucesor en el trono.

Xochitl, al lado de su esposo, mostró las bellas prendas que debía á su esmerada educacion cultivada en un retiro y amaestrada por la desgracia, hasta llegar á tomar una parte activa en el gobierno y ganarse la voluntad del pueblo. Sin embargo, tres feudatarios, parientes inmediatos del rey, la veian con esquivéz no menos que á su hijo. El principal, llamado Huehuetzin, pretendia tener derechos al trono de Tula por la falta de sucesion legitima de Tepancaltzin. El rey conocia estas malas disposiciones de sus parientes, y con arte y política dejaba en manos de Xochitl y del príncipe las riendas del gobierno, para que por sí mismos se formasen sus hechuras y grangeasen con beneficios mayor número de prosélitos. La coronacion de Topiltzin se fija por los historiadores en el año de 1091 de la era vulgar y á los cuarenta de su edad. La sublevacion de los tres feudatarios mencionados obligó despues de algunos años á Topiltzin á organizar una milicia respetable, estendiéndose hasta levantar un ejército de mugeres á cuya cabeza se puso Xochitl, manifestando un brío y magnanimidad poco comun en su sexo y en su edad avanzada. Despues de una guerra continuada por tres años en que Xochitl emuló la bizarria de los mayores generales, murió en una retirada que hizo el ejército de Totolapan á Xochitlalpan, cubierta de heridas y de gloria á manos de uno de los feudatarios que ni supo ser fiel vasallo ni generoso caballero, batiéndose con su antigua soberana. Su noble espíritu y su gran talento parece que la hacian digna de mejor suerte. ¿Mas quién osará mancillar la conducta de una jóven que si no hizo lo que Lucrecia, supo reparar su ultrage y hacerse útil á su mismo pueblo, logrando no sobrevivir á la destruccion de su nacion? pues aquella derrota, puede decirse fué el término de la nacion Tolteca, acaecida

el 1.º de junio de 1116. Xochitl no tiene igual en la historia: su vida es un tejido de aventuras que exitan la compasion y el aprecio: su valor la hace admirable, y su muerte en campaña, la arrebató hasta la region del entusiasmo. Puede compararse con Artemisa, que si manifestó su prudencia en el gran consejo de capitanes, obligando á decir á gefes que las mugeres obraron como hombres; Xochitl exitó el mayor brio y resolucion en el de su esposo, contribuyendo de un modo muy positivo á la grandeza de su hijo Topiltzin, último rey de los toltecas.

Este rasgo histórico de la reina Xochitl que hemos tomado de las *Mañanas de la Alameda* de México, indicará á nuestras amables suscriptoras, que en la historia antigua mexicana, se encuentran tambien bellezas, que aunque desconocidas en el pais donde tuvieron lugar, llaman ya hace algun tiempo la atencion de los sábios tanto extranjeros como nacionales, mereciendo que D. Carlos María Bustamante haya dedicado á las señoritas mexicanas la obra que tiene este título para facilitarles el estudio de la historia antigua y moderna de su pais.—I. G.

LA MUGER,

CONSIDERADA EN SU ACEPTACION MORAL Y SOCIAL.

LA muger, esa mitad del género humano á quien hemos dedicado nuestras taréas periodísticas, puede considerarse de dos modos, tal como la hizo la naturaleza, ó tal como se encuentra hoy en la sociedad segun la variedad de las costumbres en los distintos paises.

La Providencia con su prevision infinita todo lo ha

compensado, y con su eterna equidad todo lo ha medido. Los grados y diferencias que ha establecido entre los sexos, si puede decirse así, forman con su reunion un todo completo. Cada especie de individuos trae consigo á la sociedad las disposiciones particulares de que debe componerse el todo. Cada cual tiene su lugar y cada uno hace su papel; pero en el vasto campo de las pasiones, la fuerza ha llegado á ser opresiva y la belleza seductora, de manera que este bello conjunto se ha trastornado muchas veces, no solo por los individuos aislados, sino aun por naciones enteras y por las leyes mismas.

Toda sociedad, supone superioridad y subordinacion, porque así lo exige la imperfeccion humana. Eva habia sido dada por compañera á Adan; pero despues del pecado debió quedarle sometida, y este decreto tiene hoy todavía en aquellos países donde fué pronunciado una ejecucion tan rigurosa, que parece mas bien ofender á la bondad del padre comun que satisfacer su justicia. El abuso del poder una vez consagrado y justificado por la degradacion moral de los seres á quienes subyuga y envilece, ha inspirado á los hombres las mas estrañas ideas y los sistemas mas ofensivos con respecto á esta mitad del género humano, á estas mugeres que son sus madres y de quienes reciben con tanta frecuencia, no solo sus rasgos sino otras mil disposiciones, porque es preciso notar desde luego que el Criador que no ha querido establecer entre los sexos esa desigualdad y esa distancia imaginaria de que se ha prevalido la fuerza, ha formado de preferencia el hijo á la imágen de su madre, y esta á la del padre.

No nos detentrémos un momento en combatir esas opiniones delirantes que no han dejado de existir sobre la espiritualidad del alma de la muger, escluyéndola de las recompensas eternas. La planta que el aire vivifica y que

el sol calienta, se cubre de hojas y de frutos, mientras que la que está ahogada ú oprimida, no estiende sobre la tierra sino pálidos y estériles ramos; pero tambien hay otras que haciéndose á fuerza de cultivo mas fuertes y hermosas, sin embargo, no producen retoños ni fructifican. Del mismo modo las mugeres serán suficientes á cumplir sus deberes en el estado de natural libertad, miéntras que indolentes, egoistas y frívolas se vean privadas de los derechos de la familia y de la sociedad, ó que renuncien voluntariamente á esos deberes que deben reclamar como el mas precioso de sus derechos.

El alma se alimenta ds ocupaciones y de intereses. Su privacion es tan mortal para ella, como la inaccion lo es para el cuerpo. Las mugeres á quienes la naturaleza ha formado activas, previsoras y hacendosas soportan la inacion con mas dificultad todavía que los hombres; su espíritu por lo comun ligero y curioso y evidentemente destinado á intereses privados, las precipita muy pronto en los escollos de la ociosidad y en los estravíos de la vanidad, de aquella vanidad embriagada de la adulacion durante su juventud y muy vulnerable á los disgustos de la edad. Su infancia es á la vez mas dulce y mas precoz que la de los hombres, y aunque parece que no debian ir tan léjos, llegan siempre mas pronto, su adolescencia está llena de encantos; la jóven cuyo corazon se abre al sentimiento, se entrega toda entera á su familia; respeta y quiere á su padre, cuya voz toma un acento mas dulce cuando le dirige la palabra; ama y cuida á sus pequeños hermanos y nada hay capaz de igualar al amor que profesa á su madre, y á la entera confianza que pone en su afecto y esperiencia. No hay cosa mas dulce que la union que se establece entre una buena madre y su hija jóven, siendo para ambas una de las épocas mas felices de su vi-

da, aunque por desgracia sea la mas pasagera como todas las felicidades humanas. El deseo de agradar, el gusto de los adornos, el atractivo del placer vienen á agitar este tierno corazon y á turbar esa vida tan calmada y tan pura: ¡felices aquellas jóvenes que se encuentran adornadas de una educacion cultivada apoyada con buenos ejemplos, y que solo aspiran á cumplir sencillamente su destino y los deberes mas caros á su corazon!

La belleza que trasforma las esclavas en reinas, y que puede contravalancear la gloria, el poder y la riqueza, hace siempre un gran papel en la historia de las mugeres de todos los paises y de todos los tiempos, y puede mirarse como la causa principal de su destino así como de sus debilidades y sus faltas; las ventajas exteriores así como son las mas reconocidas son tambien las que se sienten con mas viveza siendo sus triunfos los mas notables: en vano la razon reconoce su vanidad, ellas siempre seducen é inflaman su corazon. ¡Feliz la muger cuya razon solo perturban por un momento sin pervertir completamente su alma! Sin embargo, no todas son hermosas aunque todas querrian serlo, y el amor de la composura, inspirado por el deseo de agradar, es como innato en el bello sexo. Eliezer, mayordomo de Jacob, ofrece á Rebeca braceletes y pendientes para disponerla en favor de su amo. El cazador salvaje prepara á su querida las plumas de los pájaros que ha hecho caer al impulso de su flecha. Los adornos agradan á las mugeres, y su vanidad viene á ser la causa de sus profusiones.

Sin embargo, los primeros de todos los adornos, la gracia y el gusto, son naturales á la muger. Amables compensaciones de la fuerza, embellecen la hermosura ó la suplen cuando no la hay. Compañera de la juventud y á la que no abandona en ninguna clase, la gracia, si pue-

de limitarse no se adquiere jamas; el gusto, si no se tiene enteramente, se forma al menos como un atributo especial de la educacion; pero tambien se extravía con la moda, cuyos caprichos adoran las mugeres aunque perjudique muchas veces á la naturaleza, porque fascinados los ojos, se acomodan fácilmente á sus extravíos. La pobre muger del esquimal, cuando despues de largos sufrimientos ha llegado á horadar su lábio para introducir en él un hueso de pescado, está tan satisfecha de su adorno como lo puede estar una princesa europea con sus diamantes.

Por lo demas, las aberraciones del gusto son el menor inconveniente de esta aficion á la que se sacrifica algunas veces aun lo mas necesario, y cuyo objeto no es únicamente el de agradar y parecer hermosas, sino el de rivalizar y sobrepujar á las demas mugeres. Los celos no constituyen únicamente aquella pasion que hace homicida á quien la alimenta, y cuyos furores deben colocarse en el primer rango de las plagas comunes de la humanidad, sino que forman tambien la exclusiva de la vanidad, que no obra con puñales, pero que cria mil acciones malignas que siembra la amargura y turbacion en la sociedad.

Una causa no menos grave de esos efectos funestos, es la locuacidad ó el hablar demasiado y las indiscreciones que frecuentemente se critican á las mugeres, aunque sean menos, un atributo del sexo que una consecuencia necesaria de las ocupaciones pacíficas y sedentarias á que se acostumbran, y que impiden el esfuerzo de sus pensamientos, y el desarrollo de sus fuerzas. Sea como quiera, la vivacidad de las impresiones, cierta movilidad de pensamiento acompañado del vacío en el espíritu, y de la falta de instruccion, y por último (es preciso decirlo tambien) la curiosidad, rasgo característico de las hijas de Eva, explican bastante esta disposicion que aun-

que sin objeto y sin malicia, puede colocarse en el número de las plagas de la sociedad.

Estas debilidades, estas sinrazones mas inherentes al carácter femenino, no dejan de pertenecer á la humanidad toda entera y la Providencia no menos generosa hácia las mugeres, que hácia los hombres, las ha dotado como á estos de virtudes, de talentos, de pasiones, no dirémos que de menor especie, pero sí con notables diferencias: los tintes son en ellas mas vivos, mas pronunciados y mas brillantes; pero menos profundos, menos sólidos, mas fáciles de modificar, y que se alteran con mas frecuencia por las circunstancias exteriores. Se ha dicho que las mugeres perciben con mas viveza y que ven tambien mejor, pero que observan menos tiempo. La sensibilidad y el orgullo muy irritables en las mugeres, las elevan hasta el heroismo del sentimiento; pero las estravian hasta los mas criminales excesos del celo y de la venganza. Sus faltas se juzgan tambien con mas severidad que las de los hombres; porque sus consecuencias son mucho mas graves. Depositarias del primero de todos los intereses, el de la paternidad tienen en sus manos la integridad de la familia, el honor y la paz del hogar doméstico, y la prosperidad de la casa, y de ellos reciben por último los niños los primeros cuidados de la educacion y las semillas que han de influir en toda su vida.

El amor maternal ó el amor solo hácia á la infancia es un sentimiento tan instintivo en el bello sexo, que ni las vanidades, ni la depravacion, son capaces de enervarlo. A este primer amor que la naturaleza ha impreso tambien en los brutos, suceden los cuidados y las previsiones que solo es dado tener á la inteligencia y al esmero de las mugeres. Encargadas de criar y alimentar á la infancia, de curar sus enfermedades, y de consolar su do-

lor, les pertenece tambien calmar sus nacientes pasiones, extinguir sus pequeños resentimientos, y endulzar sus primitivas costumbres. En cualquier pais donde se cultiva la educacion de las mugeres y donde adquieren un lugar en el mundo inteligente y espiritual, la misma rudeza se puede, y la sociedad se perfecciona. El nivel ordinario en todas partes es el libre ejercicio de sus deberes; pero esta mision que les ha destinado la naturaleza, está muy lejos de acordárseles por todas las sociedades. La influencia que ejerce el clima sobre las costumbres, tan incontestable como la de la posicion social sobre el desarrollo de las facultades intelectuales, establece una desigualdad inmensa, así en la suerte como en la moralidad de las mugeres. Menos precoz la naturaleza y menos fogosas las pasiones, permiten en los paises templados una igualdad mayor entre ambos sexos. La razon y la esperiencia replazan gradualmente en el bello sexo el encanto de la juventud, sostienen el afecto; y la habilidad y la comunidad de intereses cimentan la union: el esposo, de mayor edad por lo comun que su muger, envejece dulcemente á su lado. No sucede lo mismo en los paises meridionales en que las mugeres comienzan y acaban mas temprano, porque les faltan los consejos y la esperiencia para ejercer en tan tierna edad sus importantes deberes.

La pluralidad de las mugeres y su esclavitud se opusieron tambien en los primeros siglos del mundo á esa diversidad entre los dos sexos. Estaba reservado al cristianismo depurar la ley natural y corregir los códigos de las naciones: haciendo indisoluble el matrimonio del hombre con una muger, puso en manos de esta el cetro del hogar doméstico que la naturaleza le habia dado.

Asociadas las mugeres al culto por el paganismo, participaban en muchas partes de las funciones y los privi-

legios del sacerdocio. Los honores tributados á las vestales por los romanos, eran debidos á la pureza é inocencia de sus costumbres. Este sentimiento en el cristianismo ha consagrado á las vírgenes al culto del Señor.

Las disposiciones afectuosas y entusiastas de las mugeres, las elevan fácilmente á las ideas contemplativas y religiosas: el afecto parece una produccion espontanea de su alma. El honor que el raciocinio diseca y destruye, es muy vivo en las mugeres que sienten mas que raciocinan: se muestra en las crisis de la fortuna, y bajo los rasgos de valor en los dolores físicos cercanos á la muerte en la que las mugeres aparecen frecuentemente mas fuertes que los hombres. En la India las mugeres se disputan la hoguera en que la esposa preferida únicamente tiene el derecho de seguir á su esposo, comprando con la muerte el derecho de participar de ese bien imaginario que se llama honor. En los tiempos y las naciones modernas la civilizacion fué lo mismo que lo será siempre, favorable á las mugeres. La sociedad perfeccionada les concede necesariamente el lugar que el Creador les ha destinado, ese lugar cerca de el del hombre y sobre el trono en que ambos deben gobernar en comun á todas las criaturas que Dios les ha sometido.—MADAMA DE MAUSSION.

(Traducido para el Semanario, del Diccionario de la conversacion, año de 1836.)

LITERATURA.

POESIAS

DE LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA MASSARIÉ.

SEGUN sentimos y conocemos las cosas, y conforme las espresamos verbalmente, demostramos los límites breves

ó vastos de las facultades de nuestra alma, y presentando en cuanto es dable á la palabra la grandeza en el sentir ó la verdad que nace del entender, seguimos á la imaginacion que concibe y cria, ó nos sujetamos al corazon que sufre, goza y padece. Por consiguiente, tendrémós poesia de inteligencia y poesia de corazon, cantos de gloria, himnos eucarísticos, plegarias de fé, poemas nacidos en el pecho ó emanados del entendimiento. Pero como éste es infinito en sus concepciones, como en las pasiones lo es el corazon, de ahí es que segun el estado en que se hallen uno y otro, sus exhalaciones serán apacibles ó tempestuosas, alegres ó melancólicas, ascéticas ó evangélicas, calificándose por ellas el carácter de los poetas.

El entendimiento es un espejo de cristal que refleja siempre con verdad los objetos; el corazon es un espejo formado por el agua de un lago, que á merced del viento se mueve, se agita, se riza y alborota, y no deja ver claro en su fondo mas que durante la calma. El entendimiento es una voz que nunca varía, ó el suave murmurio de una fuente; el corazon es un clave cuyas cuerdas pueden dar sonidos diferentes segun el temple de cada una. Conforme concuerden unas con otras formarán una música divina al alma, pero si se desafinan, saldrá de ellas un desórden lleno de melodías horrorosas, desórden inteligible, pero aterrador, real, pero fantástico al mismo tiempo. Aquellas cuerdas son las pasiones mas ó menos agudas segun su intensidad, la fé, la duda, la ciencia, la ignorancia, el error, el engaño, cuanto el hombre ve ó piensa ver, cuanto alcanza ó espera alcanzar, cuanto cree ó piensa creer, y cuanto ama ó se finge amar. Combinad estas voces y la música será dulce, armónica; música de fé y de religion, poesia santa, ilusion de amor y de beatitud, será la Mesiada de Klopstock ó el paraíso del Dan-

te. Desacordadlas, poned la duda al lado de la ciencia, una verdad de la naturaleza que desmiente un arcano de la revelacion, unid al amor el engaño, enlazad con la virtud la hipocresia, y resultará una disonancia tempestuosa, horrible como tormenta nocturna, opaca como la duda, infernal y cierta: será el llanto de Ugolino en *Alighieri*, la desesperacion de *Manfredo* en *Byron*, será las horas de tristeza de los hombres todos, será el mundo en los instantes en que desaparecen las ilusiones.

La realidad es triste en todo, porque en ella no existe el nùmen, y si el hombre arrebatado en su entusiasmo se llama *Homero*, cuando rastrea por el suelo tras la seca verdad no pasa de anatomista, sea cual fuere el objeto de su exámen. Si tal vez saca de las ciencias una belleza, si de la fangosa mina estraee un diamante, es porque al traves de mil tinieblas se desliza un rayo de luz emanado del sol de los recuerdos, ó que penetra entre las sombras del porvenir el genio audaz de la profecia.

Descubiertos de algun modo los focos de la inspiracion, conviene saber, pues ya pecamos de prolijos, de cual ha salido ese torrente de dulzura, ese volcan de afectos puros y santos que se encierran en el libro que acaba de publicar la jóven poetisa doña *Josefa Massanés*. Fácil es verlo, pero difícil decir quien ha tenido mas parte entre la razon y el entusiasmo, entre el cerebro y el corazon.

Hemos visto que los que analizan las obras de nuestros poetas contemporáneos, presentan un cuadro de la sociedad moderna para manifestar la relacion que hay entre ésta y las obras de aquellos: pero en el ingenio de una muger, de una doncella, de una jóven modesta y recatada, ¿puede haber influido el calor de las revoluciones? ¿Puede haber tenido parte en su desarrollo la vista de los trastornos que hemos presenciado en nuestros dias? Sin

duda que si. Esa jóven extraordinaria, sin pasar el umbral de su casa, ha visto tambien sucederse los vaivenes políticos, ha sido testigo de cuanto ha pasado en torno nuestro, se ha entusiasmado como nosotros, y no pudiendo mas por ser muger, ha mostrado su corazon de poeta, y nacida para consolar como las mugeres todas, ha cantado para dar consuelo y alivio por medio de la fé, de la esperanza y de la ternura. Si tiene la cabeza de Oberman y el corazon de Werter no le falta la religion de Eudoro, y donde mejor la place descubre manantiales de divina poesia, poesia de amor, poesia de heroismo grave y profunda, ligera y alegre, triste y dulce, melancólica y consoladora á un tiempo mismo. Ni se crea que aprovechando un pensamiento, una idea, una voz, una palabra, compile y amontone flores para formar despues un ramillete, no, do quiera que fija su planta hace la rosa de los amorés, el lirio de casta ternura, el alelí de la tristeza, y la sedosa trinitaria, bella flor de los recuerdos. Su corazon es una mina inagotable y su vista descubre á cada instante lo mas bello, lo mas grande y portentoso que se halla en los libros, y lo mas hermoso y magnífico que se ve en la naturaleza. Los que tenemos la dicha de hablarla alguna vez, vemos su prodigiosa imaginacion y la riqueza de su entendimiento. Abrid el libro que anunciamos, y si os parais en el *Velo perdido*, sabed que se lo inspiró una pluma que volaba junto á su balcon; *la Paviota* la escribió quizá en el derrame de una ventana que da al mar, y la *bandera marítima española* acaso la compuso algun dia de gala viéndola flotar en los buques del puerto.

Parece imposible que la que ha escrito el poema sobre Cataluña, digno por su valentia de la pluma de Herrera, pinte el *Espiritu de la caridad*, oda magnífica que se con-

fundiria con las mas hermosas del maestro Leon. Pero el estilo de nuestra jóven poetisa es un Proteo que cambia de formas á su voluntad y antojo. Si embelesada se estasia en el amor del cielo, se ve la aureola radiante de la fé; si pinta los efectos del alma, descúbreñse en toda su pureza; si algazarosa se divierte en trazar un cuadro de costumbres, á la par que nada olvida, conócese siempre á la que habla por la sencillez y delicadeza de su language. —*Barcelona, 16 de Abril de 1841.* (GUARDIA NACIONAL).

Para presentar una muestra, á nuestras amables suscriptoras de los bellos rasgos de esta célebre poetisa española, copiamos el siguiente:

RISA Y LLORO.

Llora el arbol resinoso
Y sus lágrimas espesas
Forman arroyos de goma
Sobre las bruscas cortezas.
Rie la gaja pradera
Cuando de flores se esmalta,
Y la susurrante abeja
Cuando el dulce jugo asalta.
La flor lágrimas despide
Desde su caliz de aroma,
Si por sonrosado oriente
La luz matutina asoma.
Rie de la fugace brisa
Rebullendo entre las cañas,
Y rozando por las yerbas
Que azotan las espadañas.
Lloran por las anchas grietas
De los montes, las corrientes,
Llora gota á gota el agua
De los húmedos torrentes.
Y se sonrien las nieves
Al reflejar de la luna,
Sobre los tersos cristales
De congelada laguna.
Y el piélagó hundoso gime
Con dolorosos bramidos,
Y son sus lágrimas, montes
De salobre espuma henchidos.
Con descompasada risa
Pasa por la selva el viento,
Columpiándose en las ramas
Con ligero movimiento.
Y las lágrimas se muestran
De la fuente saltadora,
En las convexas burbujas
Que el sol con su luz colora.
Con las gotas del rocío

Llora la rosa temprana,
Y se baña con su lloro
La mariposa liviana.
Del firmamento las nubes
Se rasgan y á mares lloran,
Y los matices del iris
Riendo al cielo coloran.
Y sonrien las estrellas
De clara noche serena,
Y rie la mar en calma
Acariciando la arena.
Se vela compacta risa
De la ciudad populosa,
Cuando sus pizarras brillan
Del sol á la luz hermosa.
Y el derruido edificio,
Con su llorar salitroso,
Baña las ruinas tristes
Del pardo muro arenoso.
Y la carcajada suelta
En el lúbrico festin,
El jóven sin acordarse
De que se acerca su fin.
Tendido el misero anciano
En su lecho solitario,
Llora, al ver do quier la muerto
Brindarle con el sudario.....
Llora el pobre y el rico,
Y rien tambien los dos;
Llora la bravia fiera,
Y rie el ave veloz.....
Todo rie, todo llora
En la vasta creacion,
Cuanto carece de vida,
Cuanto tiene corazón.

JOSEFA MASSANES.





La Zelosa.

MORAL.
LOS ZELOS.

EL zelo es aquella afeccion del alma que la impele á envidiar la gloria, la felicidad ó los talentos de otra persona: es la sospecha, inquietud ó recelo de que la persona amada haya mudado ó mude su cariño ó aficion, poniéndola en otra ó de que le prefiera á otro, y por último, es un impetu tan semejante por su naturaleza y sus efectos á la envidia, que muchas veces se confunde con ella: sin embargo, poseidos de la envidia no consideramos al bien sino en cuanto á que otro disfruta de él á la vez que lo deseamos para nosotros mismos, miéntras que dominados de los zelos, nuestro propio bien es el que tememos perder. Se envidia la autoridad que otro tiene, se está zeloso de la que se posee.

Los zelos no dominan únicamente á los particulares, avasallan tambien á las naciones enteras entre las que estalla á veces con la violencia mas funesta en rivalidades mortales de posicion, de comercio, de artes y de talentos.

Los zelos amorosos son una fiebre ardiente que devora á los habitantes de las regiones inflamadas por la influencia del sol, pero que no deja de estender su imperio en las benignas y aun en las zonas heladas, y en todas partes es la disposicion sombría de una persona que ama, y que teme que el objeto amado no haga parte de su corazon, de sus sentimientos y de todo lo que pretende que debe reservársele, que se alarma de sus menores movimientos, que en sus mas indiferentes acciones ve siempre indicios ciertos de la desgracia que teme, que vive siempre entre la sospecha y la inquietud al mismo tiempo que

hace vivir á la persona amada en medio de la amargura, la contradiccion y los tormentos.

Esta pasion que con frecuencia es tan cruel como irracional, marca desde luego la desconfianza del propio mérito del que la alimenta: es por sí misma una confesion paladina de un rival, y produce comunmente el mal que se presume.

¿Cuán pocos hombres y cuán pocas de nuestras amables suscriptoras se habrán visto exentas de los zelos? Los amantes delicados temen confesarlos y los esposos se avergüenzan de darlos á conocer; pero es digno de notarse que las personas de cierta edad se muestran siempre mas zelosas sin advertir que así dan á conocer mas su insuficiencia. Los zelos, por último, como toda pasion, rayan en locura: ellos disminuyen el tamaño de los pies del bello sexo en China, cubren con un manto que solo permite la vista de un ojo á las bellezas de Lima, redoblan las celosías en España, é inmolan la libertad de las mugeres en casi todos los paises del Oriente.—I. G.

FISICA.

REGION CUARTA.

EN nuestro tomo 1.º, páginas 145 y 338, y en la 69 de este 2.º, hemos dado las primeras lecciones de esta tan importante como amena ciencia, proporcionándolas al alcance aun de aquellas de nuestras lectoras, que carezcan de los conocimientos matemáticos que frecuentemente se anticipan al estudio de la física. Hemos hablado en general de las propiedades comunes á la materia, estudiándonos un poco mas sobre la impenetrabilidad, la

atraccion y la divisibilidad, pero á fin de que algunas de nuestras suscriptoras, puedan adquirir mayor facilidad, hemos creido satisfacerlos retrocediendo un poco y ocupándonos hoy únicamente de las

Nociones elementales para el estudio de la Física.

La Física es la ciencia que nos enseña los fenómenos de la naturaleza y la causa de ellos: tiene por objeto el exámen de las propiedades mas generales que presentan las materias inertes en el estado sólido, de líquido, fluido acríforme y fluido incoercible: examina las acciones mecánicas que bajo estos diferentes estados ejercen los cuerpos unos sobre otros, y las diversas circunstancias de sus movimientos. Bajo estos cuatro diferentes estados los cuerpos presentan ciertas propiedades particulares, de las que vamos á tratar luego con aquella brevedad indispensable á nuestro objeto; pero antes conviene explicar algunas nociones preliminares para comprender mejor las diversas materias que abraza la Física.

Se llama *espacio indefinido ó absoluto*, la idea que queda despues de haber hecho abstraccion con el pensamiento de todos los cuerpos del universo: cada parte de este espacio ó de este vacio, que se puede concebir limitado de diferentes maneras, se llama *espacio relativo*.

Cuerpo, es la estension limitada dotada de propiedades materiales que nuestros sentidos pueden percibir de diferentes modos: ó mas claro, se da el nombre de *cuerpo* á todas las sustancias materiales, de cuya reunion resulta la composicion del universo, y que se nos manifiestan por medio de alguno de nuestros sentidos.

Los cuerpos sólidos son los que presentan al tacto una resistencia bastante sensible para poder ser cojidos y apretados con los dedos: son susceptibles de ser cortados de

diversos modos y conservan inmediatamente la figura que se les da ó la que ellos pueden tener naturalmente.

Las arenas y el polvo no son mas que una reunion de pequeñas particulas sólidas sin conecision alguna entre sí, y de las que al menos se puede tomar cierta porcion si su pequenez no permite aislar á una sola.

Cuerpos líquidos, son los que no manifiestan inmediatamente al tacto sino una muy débil resistencia aunque bastante sensible para iudicar su presencia, como el agua. No pueden cojerse ni apretarse entre los dedos, ni tampoco amontonarse, y no conservan otra figura que la que pueden hacerles tomar los vasos ó recipientes que los contienen.

Fluidos *aeriformes* son aquellos cuerpos por la mayor parte invisibles, que como el aire que nos rodea, no pueden palpase, ni manifiestan su presencia al tacto cuando están en reposo, y solo se conoce su existencia cuando están en movimiento.

Los fluidos *incoercibles* ó imponderables son cuatro: se han imaginado para esplicar los fenómenos del calor, de la luz, de la electricidad y del magnetismo. No se ha podido aun determinar ni su impenetrabilidad ni su peso, lo que hace un poco dudosa su existencia; pero sin embargo parece bastante bien probada por las diversas circunstancias de sus movimientos.

Llamamos propiedades de la materia, ciertos modos de obrar que son constantes á todos los cuerpos. Aunque, como dijimos en la página 146 de nuestro primer tomo, no podemos lisongearnos de conocer todas las propiedades generales de la materia, designarémolos las mas conocidas. Estas son la estension, la divisibilidad, la figurabilidad, la impenetrabilidad, la rarefactibilidad, la condensabilidad, la compresibilidad, la elasticidad, la dilatabilidad, la movilidad, y la inercia.

Estension es aquella propiedad que poseen todos los cuerpos de tener una magnitud determinada en la que concebimos siempre una agregacion de partes. Esta estension, por pequeña que sea, tienen siempre tres dimensiones, que son longitud, latitud y profundidad ó grueso.

De la *divisibilidad* nos hemos ocupado ya en la segunda leccion, pág. 338 del primer tomo.

La *figurabilidad* es la propiedad natural á todos los cuerpos de tener una figura cualquiera. Todos ellos están terminados por superficies; estas tienen necesariamente cierto orden entre sí, y á este orden ó arreglo se da el nombre de figura. Entre las formas bajo las cuales se nos presentan los cuerpos sólidos hay un gran número que son producidas por el arte; otras que resultan de algunas causas mecánicas accidentales, que han obrado sobre estos cuerpos despues de su primera formacion, los han quebrado ó han redondeado sus fragmentos; otras en fin, que dependen inmediatamente del modo con que las partículas integrantes se han colocado en el acto de hacerse sólido el cuerpo. Las formas regulares que se designan bajo el nombre de *cristales* son unos poliedros (figura de cinco lados) terminados por facetas ó caras planas, unidas, regulares y tan brillantes algunas veces, como si hubiesen sido labradas por un lapidario. Estas formas regulares se hallan abundantemente en la naturaleza á la vez que se pueden obtener por el arte. Las formas irregulares se presentan bajo diferentes aspectos: ya como agujas rayadas ó acanaladas, ya como láminas aplicadas unas á otras, ya como un monton de fibras en diversa colocacion: ya como granos mas ó menos finos ó ya finalmente compactas en las que no se advierten ni láminas, ni fibras, ni granos.

Sobre la *impenetrabilidad* hemos hablado bastante en nuestra primera leccion, página 146 del primer tomo.

La *porosidad* es la propiedad que obtienen todos los cuerpos de tener algunos huecos ó vacíos entre las moléculas que los componen. En efecto, aunque la atracción de estas partículas solo obren cuando están infinitamente cercanas unas á otras, parece sin embargo, que las moléculas en sus reuniones no se hallan en contacto inmediato; porque en el interior de los cuerpos sólidos hay una infinidad de pequeños vacios que se llaman poros. La mayor parte de los físicos alemanes consideran el espacio ocupado por los poros demasiado pequeño, y por consiguiente no admiten la porosidad como una propiedad esencial á la materia; pero los físicos de las demás naciones la tienen como tal, porque en su concepto, la distancia entre las moléculas de los cuerpos es incomparablemente mayor que los diámetros de estas mismas moléculas. Para comprender la porosidad de los cuerpos, basta reflexionar que aun los metales mismos son muy porosos; porque si se llena de agua una bola de metal cuyas paredes sean delgadas y despues de haberla cerrado perfectamente se somete á la acción de una prensa, se ve aparecer el agua como un rocío en la superficie, lo que manifiesta que el metal ha permitido la salida del líquido por sus poros. La facultad que tienen ciertos cuerpos de embeber los líquidos es tambien una prueba de su porosidad, aunque no todos embeban indiferentemente toda clase de líquidos: el mármol por ejemplo, no embebe al agua y sí al aceite; la madera por el contrario, absorbe con mas facilidad á aquella que á este. Las telas que pueden mirarse como compuestas de cuerdecitas cruzadas, no se estrechan en el agua en todos sentidos, cuando son nuevas, y su tejido se hace al mismo tiempo mas tupido. Despues de mojarse muchas veces ya no se angostan: si por el contrario, se moja un pedazo de tela vieja, se ve que se

alarga en todas direcciones; pero en secándose, vuelve á su primer tamaño. Es muy notable la fuerza prodigiosa con que obran los líquidos para aumentar el volúmen del cuerpo sólido, y alguna vez se hace uso de esta fuerza con grande utilidad de las artes, como cuando se quiere dividir una piedra en dos, haciendo con el cincel unas hendiduras estrechas y profundas, en las que se introducen á fuerza cuñas de madera tierna secas al fuego, en seguida se mojan estas cuñas y el aumento de su volúmen basta, para hacer estallar ó abrir la piedra.

La *rarefactibilidad* es la propiedad que tienen todos los cuerpos de aumentar de volúmen por la accion del calor. El aire goza de esta propiedad en muy alto grado.

La *condensabilidad* es la propiedad contraria á la anterior, es decir, la que tienen los cuerpos de disminuir de volúmen por la accion del frio. Faltando el calor que habia separado sus moléculas, éstas tornando á su primer estado, vuelven á juntarse otra vez.

La *compresibilidad* es la propiedad con que los cuerpos pueden disminuir de volúmen por la accion de una causa exterior como la presion ó la percusion. En efecto, siendo porosos, si se comprimen sus moléculas, haciéndolas juntarse, deben ocupar menor volúmen. Los cuerpos sólidos dúctiles que no presentan poros aparentes son muy dificilmente compresibles, y hay muchos que no dan jamas señal alguna sensible de compresion, tales como el mármol, el vidrio &c., que se quiebran á un choque un poco violento.

La *elasticidad* es la propiedad que tiene todo cuerpo comprimido de hacer esfuerzos para restablecerse á su primer estado, ó segun Beudant, la propiedad que poseen ciertos cuerpos de conservarse de un modo permanente en un volúmen ó en una forma determinada y volver á

ella, cuando han variado por una causa cualquiera. Hay diferentes grados de elasticidad en los cuerpos, y ésta suele variar con la temperatura en algunos, y por último, algunos cuerpos flexibles son elásticos cuando están estirados, como por ejemplo, las cuerdas de los instrumentos de música y la piel de un tambor; pero se sabe que la humedad disminuye mucho la elasticidad.

La *dilatabilidad* es la propiedad que tienen todos los cuerpos de aumentar de volumen por la fuerza de su resorte luego que dejan de ser retenidos por algun obstáculo. Pero es preciso no confundir esta propiedad con la rarefactibilidad ó dilatacion, pues la dilatabilidad es producida por el resorte de los cuerpos y la otra, como hemos dicho, por la accion del calor.

La *movilidad* es la propiedad que tienen los cuerpos para poder ser transportados de un lugar á otro mediante una fuerza suficiente.

Ultimamente la *inercia* es la propiedad universal de la materia, por la cual todos los cuerpos resisten á variar de estado, es decir, por la que estando quietos resisten al movimiento, y cuando se mueven resisten al reposo.—I. G.

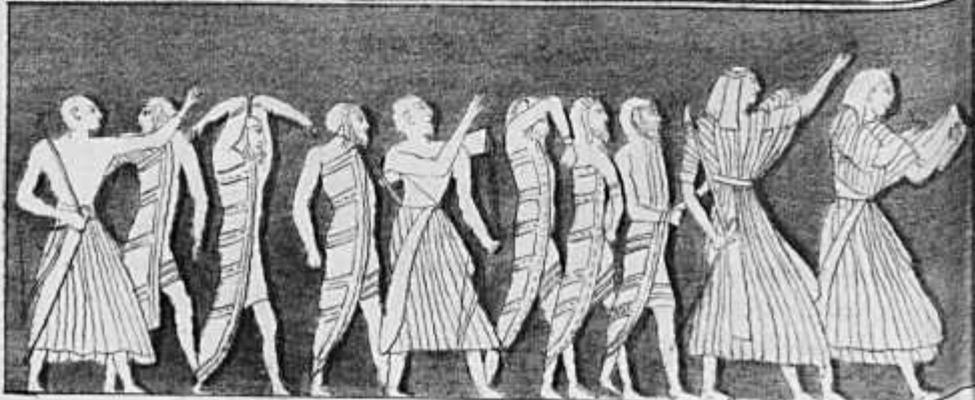
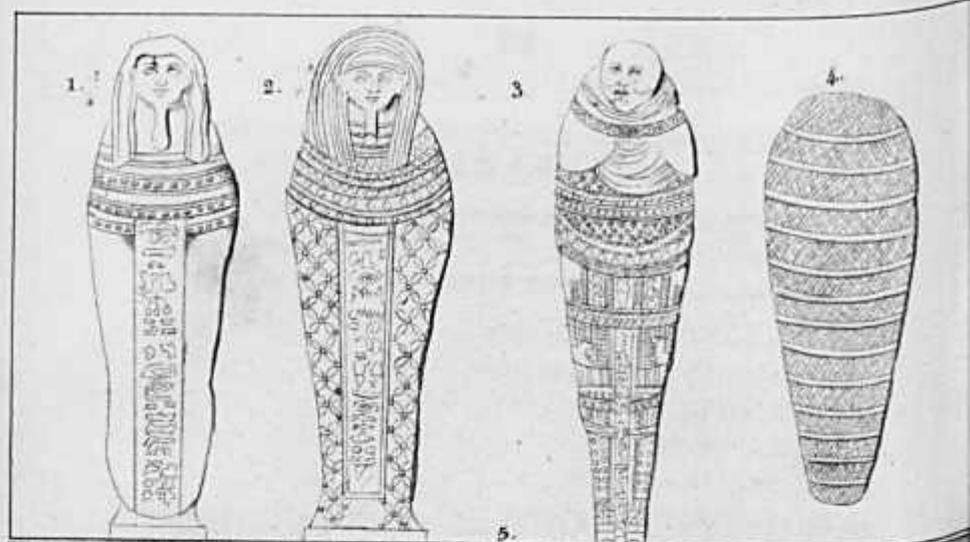
CORRESPONDENCIA ESTRANGERA.

ESCESO DE ROMANTICISMO.

EN uno de los periódicos de Paris se lee lo siguiente:

„Una de nuestras leonas (quiero decir elegantes ó románticas) muy rica y viuda hace bastantes años, anunció hace pocos dias á sus numerosos pretendientes que se hallaba resuelta á contraer segundas nupcias. Esta declaracion la hizo la viuda en el tiro de pistola de Lepage, á donde concurre diariamente dicha señora vestida de hombre, para disparar algunos tiros al blanco. En el momento que oyeron los pretendientes la suspirada resolucion de su dama, se acercaron á ella para implorar la preferencia; pero su ardor se enfrió considerablemente cuando la joven viuda les manifestó que daría su mano de esposa únicamente al que consintiese en sacar su reloj y tenerlo con la punta de los dedos á 30 pasos de distancia para ver como ella lo hacia añicos al primer pistoletazo. M. de F..., el mas intrépido ó el mas enamorado, fué el único que consintió en admitir tan peligrosa condicion. Colocóse en efecto á 30 pasos; presentó su reloj y aguardó el tiro. El reloj fué partido en mil pedazos al primer tiro, y la viuda cumplió su palabra casándose con el intrépido pretendiente. Hoy dia no es conocida en Paris esa señora, sino con el nombre de madama Guillermo Tell.”





SEPTIEMBRE 7 DE 1844.

HISTORIA.

HABIENDO recibido un comunicado en que una de nuestras respetables suscriptoras nos insta á que ampliemos un poco mas las nociones históricas pertenecientes al Antiguo Egipto que dimos en nuestro número 13 página 294 del tomo que hoy concluye, no hemos dudado un momento obsequiar su indicacion, con tanto mayor motivo cuanto que conociendo las muchas analogías que se encuentran entre las antigüedades egipcias y las mexicanas, nos consta la aficion general que se tiene en México á todo lo que dice relacion con aquella nacion célebre, y especialmente con sus construcciones, usos y costumbres.

Ampliacion á la historia del Antiguo Egipto.

Los sábios no están de acuerdo sobre el origen de este antiguo reino, que tuvo en sus manos acaso el primero, el cetro de los conocimientos del mundo. Unos fijan su cuna en las montañas de la India, otros en el Cáucaso, algunos en la Etiopia, y no deja de haber quienes sostengan que los antiguos egipcios así como los indios, tenian en la época mas aproximada á su origen los caracteres esteriore de la raza negra, que la civilizacion y el enlace de otras naciones ha hecho desaparecer, perpetuándola en las orillas del Nilo y en la Cafrería; pero esta asercion se desvanece por sí misma, porque ninguna momia, aun de las mas antiguas, presenta la fisionomía negra, y porque jamas los negros, á pesar de su mezcla con otras razas, pierden su tipo característico. Se ignora igualmente quien fuese el fundador del reino de Egipto.

El culto egipcio se conservaba por los sacerdotes en el secreto de sus colegios, así como el origen, la esencia y el espíritu de sus ritos y ceremonias, sin comunicar los fundamentos de su religion y de su existencia independiente, sino con mucha reserva y precaucion. Los gefes de la nacion, los Faraones, los reyes, estaban sujetos á su imperio: presidiendo á su educacion y juzgando de su conducta cuando habian cesado de vivir, interpretaban las leyes: daban las sentencias en los tribunales: guardaban el depósito de las ciencias: conservaban los anales públicos y tenian el buril sagrado de la historia cuyas decisiones se grababan en geroglíficos sobre los monumentos á que presidian.

Despues de Menes, que fué el primer rey de quien se tiene noticia, reinaron un gran número de monarcas y de dinastías alternadas con las conquistas de estrangeros bárbaros y crueles que se denominaron Hyksos; sin embargo, es muy digno de notarse Sesostris, el Alejandro del Egipto que despues de haber recorrido como vencedor el Asia Occidental y una gran parte de la India, volvió á ocuparse esclusivamente de la felicidad de su pais, construyendo largos canales que atravesaban en diversas direcciones las llanuras, estendiendo por todas partes las vivificantes aguas del Nilo.

La poblacion llegó á ser inmensa, pero los pueblos solo eran tropas miserables de esclavos, criados y nutridos por sus amos para servir á sus necesidades, su lujo y sus placeres. En las ciudades brillaban un gran número de templos y de palacios magníficos, cuya vasta estension y cuyas proporciones colosales se manifiestan todavía hoy en sus sorprendentes ruinas. Los sacerdotes, los reyes y los guerreros llenos desde su infancia de las ideas sublimes de la inmortalidad del alma y de la eternidad, de las

recompensas y de las penas, dieron á sus templos y á sus palacios toda la solidez imaginable, así es que sus monumentos han atravesado los siglos sin poder ser borrados de la superficie de la tierra, y ninguna nacion ha podido exederles en el arte de embalsamar los cuerpos de sus muertos y de impedir su destruccion durante un gran número de siglos.

Los reyes de Egipto tenian un gran número de carros destinados para los combates. La profesion de los guerreros era hereditaria. Los vencedores eran honrados con los triunfos mas brillantes y solemnes. Se cubria de menosprecio al que desertaba de sus banderas. Vivian en comunidad y no podian cultivar sino las artes relativas á su profesion. Los reyes los convocaban y los volvian á mandar á sus casas, y ellos obedecian ciegamente sus órdenes.

El código de sus leyes estaba comprendido en los libros sagrados, como que componia la doctrina inmortal de Hérmes, de la que cuidaban los sacerdotes, que ellos solos conocian y que solo ellos podian citar é interpretar, aprovechándose por último, de los principios del arte de curar que encontraban en los libros de Hérmes, para no dejar nada de lo que pudiese atraerles la veneracion y el respeto público.

Es muy digna de notarse, como una gran singularidad, que el pueblo mas antiguo, entre todos los que la historia nos ha conservado su memoria, sea tambien aquel de quien poseemos mayor número de antigüedades. Se han recogido en Egipto infinita variedad de armas, de muebles y utensilios, sus monumentos han desafiado el influjo de una larga série de siglos, encontrándose todavia mas y mas en la célebre espedicion de Napoleon, y merced á los esfuerzos infatigables del inmortal Champollion, el Egipto se ha descubierto de nuevo á las investigaciones

del mundo sábio, y la nueva colonia francesa de Argel, todos los dias presenta á la Europa recientes objetos conservados de siglos tan remotos.

El traje mas comun de los egipcios antiguos, era un vestido de lino ó calasiris que bajaba hasta los pies, con una franja en su orilla, sobre el cual llevaban los hombres un manto de lana que dejaban al entrar en los templos. Caminaban frecuentemente con los pies desnudos; sin embargo, se han encontrado mómias que tenian sandalias hechas de hojas de palma tegidas, y que se detenian en el calcañar por una mala correa de cuero ó marroquin de diversos colores. Los hombres habituados desde su infancia á tener la cabeza descubierta, iban comunmente sin sombrero ni otra cosa que los cubriese, y apenas se ha notado una que otra estátua con una especie de bonete. Las mugeres se adornaban con collares y brazaletes de oro, de plata y otros metales, con piedras finas, con esmaltes y con pendientes en las orejas: frecuentemente se las ve tambien con pelucas muy voluminosas.

Una estrema riqueza distinguia el traje de los reyes: sobre su túnica de algodón muy blanco y sobre su cinturón magníficamente bordado, así como sobre su capa de color de púrpura brillaban multitud de alhajas; una cadena de oro rodeaba su cuello; tenian una especie de bonete adornado de plumas ó una peluca tegida de cabellos y plumas.

Los sacerdotes llevaban como los reyes un cetro, sus sandalias eran blancas y atadas con lazos de papiro; su cabeza estaba rasurada, hacian frecuentes abluciones y se bañaban con continuacion, tanto para preservarse de muchas enfermedades especialmente de la lepra, como para dar al pueblo el ejemplo del cuidado que debia tener por la conservacion de su salud.

La division del pueblo entero en castas ó tribus hereditarias, ejercia la mas grande influencia sobre el estado político de los egipcios. Se contaban siete de estas castas, la 1.^a, de los sacerdotes, que era la mas altamente considerada y á la que no solamente pertenecian los ministros de los altares sino tambien los administradores de la justicia. Tenian bienes inmensos, rodeaban constantemente al rey, formaban su consejo, y aun á veces ejercian el destino de censores y tenian en la corte el rango de príncipes hereditarios.

La 2.^a casta era de los guerreros ó soldados que se dividian en hermotybianos y calasirienses, ó veteranos y milicianos: los primeros formaban un cuerpo de ciento sesenta mil hombres y de doscientos cincuenta mil los segundos. Recibian su sueldo en tierras divididas en diversos distritos. Los mil hombres que formaban la guardia del rey, recibian además diariamente cierta porcion de pan y de vino. Esta casta ocupaba principalmente el Bajo-Egipto.

La 3.^a casta era de los artesanos, muy numerosa y que comprendia á todos los oficios, los artistas, los comerciantes y los menudeadores.

La 4.^a era de los barqueros y marinos, que pasaba por la mas antigua, los barqueros habitaban las orillas del Nilo y se alimentaban de pece. Era muy numerosa, como puede concebirse fácilmente, reflexionando la multitud de barcos de transporte que debia mantener durante las inundaciones periódicas del Nilo para conservar las únicas comunicaciones posibles.

Los agricultores formaban la 5.^a casta; habia tambien pastores que se distinguian de los paisanos, en que estos últimos habitaban los pueblos y se dedicaban igualmente á la agricultura.

La 6.^a casta era de los porqueros, muy despreciada y á quien, considerada como impura, se le prohibia la entrada á los templos. La última casta de los intérpretes, se formó bajo el reinado de Psammetico. Este rey, favoreciendo á los griegos con una predileccion particular llamó á un gran número de ellos á Egipto para que cuidasen de la educacion de la juventud; pero como fuesen perseguidos por las antipatías nacionales, formaron una casta particular que muy pronto se hizo bastante poderosa, con el monopolio que ejercia del comercio con los extranjeros.

Heródoto refiere que los soldados egipcios llevaban cascos muy altos, hendidos por la parte superior; se encuentran sobre algunos monumentos corazas, que verosimilmente eran de metal: tenian por armas, la lanza, la maza de armas, el sable, el puñal y el arco, que era de madera, muy duro y de cinco pies de largo. Las flechas eran de diversos tamaños, y los escudos en la mayor parte redondos y muy fuertemente contruidos. Sobre las banderolas fijadas en las lanzas, se veia la figura de un animal sagrado, que por lo comun era un perro, un gato ó un ibis. En los sepulcros se han encontrado arcos que tenian todavía sus cuerdas.

Los egipcios habian inventado ó perfeccionado un gran número de artes y de instrumentos útiles, tanto para construir sus templos y palacios, como para la agricultura: trabajaban muy bien el cobre, porque este metal tan fusible, se encontraba desde el origen de las sociedades en gran cantidad y sin mucha mezcla muy cerca de la superficie de la tierra. En los gabinetes y museos de Europa se conservan diferentes instrumentos y utensilios del antiguo Egipto, tales como paletas de pintura con sus pinceles y colores, paletas de escritores con sus calamos ó plumas y los dos colores negro y rojo con que escri-

bian, navajas de bronce, reglas, escuadras, cinceles, instrumentos de cirugía, cuerdas, hachas, arados, piochas, vasos de todas formas, espejos de bronce, cajas de madera, asientos de lo mismo, embutidos de marfil y de évano, utensilios de diversas artes, peines, cucharas, &c. Entre los instrumentos de música se notan el harpa con su caja sonora y sus siete cuerdas de tripa, de diversos tamaños y por consiguiente destinadas á producir en diferentes alturas los siete tonos de la gamma prescripta por la naturaleza, el laud, la flauta y la lira de tres cuerdas, sistros de bronce, tambores, triángulos de metal y otros muchos que seria difuso detallar.

Las figuras 1, 2 y 3, representan algunas de las mómias egipcias con sus correspondientes geroglíficos; el número 4, las mismas en el estado en que se encuentran cerradas y llenas de ligaduras para su conservacion. La número 5 es una cópia de un relieve del Antiguo Egipto en que se ven figurados algunos de sus instrumentos de música, y finalmente, la figura 6 representa otro en que se ven algunos de sus primitivos trages.—*I. G.*

LITERATURA.

ENSAYOS POÉTICOS

DE DON SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

EN un juicioso análisis de esta obra que acaba de publicar en Madrid la Gaceta del 12 de abril copia tres trozos como muestras del estilo y perfeccion de este poeta, que no dudamos leerán con gusto nuestras amables suscriptoras.

I.

Mi Dios es el Criador, bajo su planta
Lanzando pura luz, blanda armonía,
Por medio de la bóveda sombría
Esos millares de universos van.

El arranca del sol los rayos rojos
Que demandan las mieses del verano:
Y desde el hombre al mísero gusano
Vida y amor y sentimiento dan.
El desde el carro de la blanca luna

Vierte á la flor el plácido rocío;
 El lleva el paso del corriente río
 Hasta los brazos de la inmensa mar.
 A sus miradas, lánguida la fuente
 Brota del monte en la florida falda;
 Y él arroja en sus ondas de esmeralda
 Virgen violeta, cándido azahar.
 A su voz el frenético torrente
 Entre las altas rocas se despeña;
 El tímpano de hielo de la breña
 Se desprende con fúnebre clamor.
 Flota á su soplo la purpúrea nube,
 Del cielo en el azul tranquila nave,
 Y la brisa aromática y suave
 Duerme en el cáliz de la amante flor.
 De mi Dios contemplando los portentos,
 No aguardando decretos de venganza,
 Angeles mil radiantes de esperanza
 Giran en torno al místico dosel.
 Y las flores, el aura silbadora,
 El tronador torrente, el claro día,
 Exhalan sus perfumes, su armonía
 Su clamor y sus luces para EL....

II.

TROVA.

Deja brillar, mi señora,
 Tu lindeza y donosura
 para mí:
 Ca tu amante que te adora

Plañendo su desventura
 finca aquí.
 ;Noble dama! en los torneos,
 En las justas me seguía
 tu mirar:
 E luego ardiendo en deseos
 En los jardines te oía
 sospirar.
 Y en tanto que yo te adoro
 Tú no tienes en memoria
 mi dolor.
 En las justas, contra el moro,
 Honra y prez ganó mi lanza
 por tu amor.
 ;Abra tu mano esa reja!
 Del caballero te guardas
 que te adora;
 Oyes empero mi queja,
 ;Y tú tardas, y tú tardas
 mi señora!
 Delante de otra doncella
 No dobló la su rodilla
 mi troton.
 La divisa mi escarcela
 De otra dama non manecilla
 ni mi airon.
 Non hayas pena ninguna:
 Yo aplacaré, mi señora,
 tu desden.
 La noche vuela y la luna
 Palidece ante la aurora;
 ;ven, ay, ven!

SONETO.

LOS DELEITES.

Crecen dos palmas su ramaje alzando
 En orillas opuestas de un torrente,
 Sin juntar nunca su follage ardiente
 Sin unirse jamas, mas siempre amando.
 Crecen, sus frentes tristes inclinando,
 Hasta que airado el ábrego inclemente
 Las sepulta á la par en la corriente
 Juntos sus troncos á la mar llevando.
 Así también tu suerte de mi suerte
 Separa ;oh Julia! piélagos enemigo,
 Y muero solo, y mísero sin verte;
 En vano en mi delirio te persigo,
 Que en las espesas sombras de la muerte
 La tumba sola me unirá contigo.

VIAJES HECHOS ULTIMAMENTE

A LOS MARES DEL POLO NORTE.

ESTAS dos expediciones las ordenó el gobierno ruso para determinar la existencia de un continente en el Polo Norte, y aunque ni con la una ni con la otra se consiguió el fin, se logró por lo menos reconocer todas las costas que ya estaban descubiertas, porque por todas partes estaba el mar obstruido de hielo y formando una llanura llena de obstáculos. Pasarla en *trineos* ó penetrar, aun en verano, por los témpanos flotantes, era imposible. Si se ha malogrado el objeto principal de la expedición, ha servido por lo menos para enriquecer considerablemente el depósito de las noticias geográficas. Von Wraugell, capitán de la segunda, no es á la verdad uno de aquellos viajeros que cruzan rápidamente un país sin estudiar la historia y las costumbres del pueblo que le habita: al contrario, su aptitud natural fué la que determinó el gobierno á elegirle. A la verdad, pudo ejercer á su satisfaccion su carácter observador, durante los largos inviernos de latitud septentrional, en que la naturaleza entera parece muerta, y durante esos veranos tan cortos, en que la vejetacion se apresura de un modo tal, que los ojos y los oidos pueden seguir sus progresos. Solo la primavera era favorable á las escursiones del intrépido viajero. En esta estacion la temperatura se ablanda y el hielo es aun bastante firme para aventurarse á marchar por él; y estos peligros eran los que buscaba con ansia Von Wraugell. A fin de aumentar las probabilidades de un éxito feliz, no llevó consigo sino el bagaje

y las provisiones puramente indispensables, como son: un poco de aguardiente, algunas medicinas y te, que es la única bebida de la tripulación, que la experiencia ha manifestado ser la mejor. La gente que le acompañaba estaba á racion: tenia fuego cuando su suerte le hacia hallar madera echada á la costa por el mar, que suele ser con bastante frecuencia. Era cosa digna de ver como esos rusos formaban pequeñas tiendas para abrigarse contra las nieves, los hielos y los rigurosos vientos del círculo polar ártico; sin embargo, tal es la fuerza de la costumbre, que algunas veces se quejaban de que el calor les impedia salir cuando el viento venia del Sur, ó que un pálido rayo del sol se mostraba entre aquellas nieves.

El viage de Von Wraugell abunda en curiosos pormenores y en observaciones interesantes acerca de los hombres y de las cosas. Para citar algunos de los principales pasages, referirémos lo que dice respecto de los perros de Siberia, que es un elemento necesario para todo el que viaja en el Norte.

Estos perros se parecen mucho á los lobos: tienen el hocico largo y puntiagudo, las orejas derechas y delgadas, con una cola grande y muy poblada: unos tienen el pelo liso, otros frisado, y su color varía, porque los hay negros, oscuros, blancos y pintados. Su tamaño es diverso, y se sabe que un buen perro de *trineo* debe tener á lo menos dos pies, siete pulgadas y media de alto, y tres pies una pulgada de largo (medida inglesa): su ladrido es como el ahullido del lobo. Pasan toda su vida á cielo descubierto. Durante el verano hacen agujeros en la tierra para buscar el fresco, ó se echan al agua para librarse de los mosquitos.

En el invierno escarban en la nieve y se ponen al abrigo de ella escondiendo el hocico bajo de su poblada cola.

Los machos se emplean en conducir los trineos: los que nacen en invierno son puestos á trabajar el otoño siguiente; pero no sirven para los largos viages sino hasta los tres años de edad. Es necesario un arte particular para enseñarlos, y es todavía mas difícil saberlos conducir: los mejor enseñados sirven de guías: como la velocidad y la buena direccion del tiro, el cual es comunmente de doce perros, así tambien la seguridad del viajero depende de la sagacidad y docilidad de los guías principales.

Es necesario que obedezcan á la voz del amo, que no se extravíen del camino para seguir el rastro de algun otro animal; circunstancia que es muy difícil conseguir; así que algunas veces sucede que el tiro entero echa á correr por los campos, y en este caso todo esfuerzo es inútil para detenerlos. ¡Desgraciado el viajero que se aventura en uno de esos trineos estrechos en una noche oscura á atravesar llanuras cubiertas de nieve que algunas veces levanta el huracan en espesos torbellinos! ¿Cómo podria entónces en medio de tanta oscuridad y de la lucha de los elementos encontrar el camino que conduce á la choza ó *powarna* á que debe acogerse? Esta cuestion de vida ó muerte quien la decide es el perro conductor. Si ha estado alguna vez en el llano que se trata de pasar, si ha descansado una vez sola en la *powarna*, no titubeará un momento en decidirla favorablemente: guiado por un instinto infalible, marcha derecho á la choza, que hallándose entónces sepultada bajo una capa de nieve, no puede la vista humana descubrirla; pero el perro reconoce el parage, se detiene, indica por sus movimientos el punto donde existe, y el viajero no tiene mas que despejar el sitio quitando la nieve.

El autor hace luego la descripción de la temperatura de la Siberia en estos términos:

«El frío se mantiene constantemente en los 58 grados que marca el termómetro. En esta temperatura un viaje en trineo sería muy penoso y de peligro, por lo que debe hacerse el viaje á caballo. Cualquiera que no haya hecho la experiencia, no puede figurarse los preparativos y precauciones que son necesarios. Cubierto de la cabeza á los pies de pieles, cuyo peso excede de cuarenta libras, apenas puede moverse. Encima lleva un capote de piel de oso, que cubriéndole todo el rostro, le permite solo respirar por intervalos un poco de aire exterior, que es tan vivo que causa un dolor muy grande en la garganta y los pulmones. Para pasar de una parada á otra se necesitan comunmente diez horas, trecho que es preciso que el viajero ande á caballo, porque el peso de treinta ó cuarenta libras de que está cargado, no le permite andar á pie. Los desgraciados caballos no padecen menos que sus dueños, porque el aliento que se hiela en sus narices los sofoca; y cuando la nieve no cubre el yelo, éste destruye sus uñas. Cuando una caravana está marchando de esta manera, se halla rodeada de una especie de vapor, porque el humo no solamente sale de los cuerpos animados, sino que tambien la nieve lo despide.

Estas exhalaciones se cargan muy presto de un millon de puntas de hielo que llenan la atmósfera, produciendo un ruido continuo, semejante al roce del raso ó de la seda. Los reunes ó reugíferos buscan tambien un abrigo en los bosques, y cuando se hallan en alguna llanura, se cierran unos contra otros para calentarse mutuamente. De cuando en cuando bandadas de cuervos se ven atravesar un cielo pardusco. El rigor del frío es tan grande, que la naturaleza inanimada lo experimenta tambien; así es que gruesos troncos de árboles se abren de arriba abajo con un ruido que en los desiertos parece un cañona-

zo disparado en la mar; masas enormes de peñascos se desprenden de su base, y á trechos se ve el suelo quebrado."

Sigamos ahora á los viajeros que dejando la tierra firme se aventuran á la superficie del mar.

«Hasta aquí nuestra marcha, dice Von Wraugell, no habia encontrado obstáculos muy grandes; pero ahora tenemos á la vista llanos inmensos de hielo, que aunque unido, está cubierto en muchos parages de una capa espesa de sal marina. Cuanto mas nos adelantábamos se aumentaban las dificultades. A cada paso la nieve se hacia mas blanda, el viento que venia del est-nor-est, doblaba su violencia, al mismo tiempo que nos envolvia una niebla intensa que penetraba nuestros vestidos; circunstancias todas que indicaban la inmediacion de un mar libre. Nuestra situacion era enteramente aventurada, pues no se calmaba el huracan, y la neblina que cerraba el horizonte nos impedia que viésemos donde íbamos. ¿Qué hacer, pues, en este caso? Si era peligroso el ir adelante, no lo era menos el hacer alto en el punto en que nos hallábamos: la nieve y el hielo estaban demasiado saturados de sal, para que pudiésemos hacer uso de ellos como bebida: ningun abrigo nos ofrecia la superficie llana y triste que nos sostenia. ¿Qué seria de nosotros si el temporal con su furia la rompía? Miétras estábamos deliberando en medio de esta cruel ansia, se disipó algun tanto por la parte del norte la neblina, y divisamos á distancia de un Werste (1) algunos témpanos inmensos de hielo, hácia los cuales nos apresuramos á dirigirnos con el objeto de aguardar detras de esa especie de muralla á que cambiase el tiempo. Hallamos allí una capa de nieve de un pie de espesor; pero tan cargada de sal, que yo empe-

(1). Medida de camino.

cé á temer que el hielo no fuese bastante fuerte para sostenernos durante el temporal que se acercaba: hice, pues, con una hacha un agujero, y vi con gusto que tenia tres pies y medio. El temporal que aguardábamos no tardó en declararse: duró toda la noche, y nos habria quitado nuestras tiendas si no los hubiésemos fuertemente atado.

El viento que soplabá del lado del norte, trastornó sin duda la parte de mar que estaba libre; porque oíamos debajo de nosotros bramar el elemento agitado. La capa de hielo que le cubria, crujiá de cuando en cuando, y la sentíamos ondear de una manera espantosa. Cualquiera puede figurarse nuestras ansias y nuestros temores. Muy pocos fueron los que en noche tan horrible pudieron cerrar los ojos. Solo los perros durmieron tranquilamente, porque tenían la dicha de no conocer el peligro.

«La mañana siguiente, como los témpanos amontonados por la parte del norte nos cerraban enteramente el paso, tuvimos que dirigirnos al oeste-nord-oeste: llegamos á un parage donde el mar estaba libre como unas cinco werstes, y solamente le cubria una capa de hielo, cuya superficie enteramente lisa indicaba que habia poco tiempo que se habia formado; por lo cual, no debiendo pensar en rodearla, quedamos en aquel punto toda la noche.

«En cuanto amaneció, nuestro primer cuidado fué el de examinar si podíamos ir mas léjos. A la otra parte de la especie de lago helado, en cuya orilla habíamos parado, los témpanos parecían menos unidos: los hubiéramos pasado si hubiéramos conseguido alcanzarlos; pero para esto era menester aventurarnos á marchar sobre el hielo, Me determiné en efecto á intentar la empresa y conseguí el éxito mejor que lo habia esperado, gracias á la rapidez de nuestros perros, á los cuales probablemente debimos nuestra vida. Aunque nuestro trineo fuese casi deshe-

cho, estos animales, conociendo por instinto el peligro y escitados por nuestras voces, nos trasportaron felizmente sobre esta superficie movable á la otra orilla, donde hicimos alto algunos instantes para que descansasen.

„Tres millas mas lejos fuimos detenidos de nuevo por inmensos témpanos, unidos unos á otros y con grandes quebrajas, por lo que nos vimos obligados á dejar una parte de las municiones y del bagaje que traíamos con nosotros; pero despues de haber andado todavía dos werstes nos vimos completamente cercados por pántanos que cada vez se aumentaban, hasta que al fin divisamos al oeste el mar enteramente deshelado; solo contenia algunos témpanos flotantes y salia de él una neblina que oscurecia la atmósfera y estrechaba el horizonte. Vimos hácia el Sur una cosa que nos parecia un llano de hielo; pero nos era imposible llegar á él, porque nos separaba un brazo de mar. Cercados de esta manera aguardamos la noche con ansia. Felizmente el mar y el cielo estaban en calma, circunstancia que alentó nuestra esperanza. Durante la noche, una brisa del oeste-nord-oeste arrojó la isla de hielo en la cual estábamos, en la direccion del este y hácia el llano de que acabamos de hablar; de manera que no tardamos en distar solo algunos centenares de brazas. A fin de pasarlos trajimos con ganchos los pequeños témpanos que flotaban á nuestro lado, y formamos con ellos un puente que la helada de la noche debia probablemente consolidar.

„Habiéndonos adelantado de esta manera el espacio de un werste, nos vimos en medio de un verdadero lavrinto de charcos de agua. Todos los témpanos que nos cercaban eran mas pequeños que el que nos sostenia: al mismo tiempo indicios ciertos nos indicaban una tormenta, por lo que nos decidimos á entregarnos á la Providen-

cia. A poco tiempo empezaron á levantarse al oeste negros nubarrones, y oscureció toda la atmósfera una densa niebla. La violencia del viento era muy grande y en menos de media hora adquirió la fuerza de un huracan: á cada instante los témpanos que nos rodeaban chocaban unos contra otros, y rompiéndose saltaban hechos mil pedazos. Nosotros muy unidos nos manteniamos en nuestro islote que las olas empujaban en diversas direcciones. Reducidos á la inaccion y temiendo perecer, contemplá-bamos con horror el choque de los elementos. Tres horas largas tuvimos que permanecer en esta situacion, hasta que al fin arrojada nuestra isla por la tormenta, dió contra un enorme témpano, y el choque fué tan espantoso, que creimos haber llegado á nuestra última hora; pero la mas flotante que habia chocado con nosotros, se rompió y cubrió el mar con sus fragmentos: la nuestra, mas sólida, fué arrojada hácia el parage adonde deseábamos llegar; debiendo nuestra salvacion á la Providencia solo."

Al leer esta descripcion no podemos menos de admirar con respeto á los hombres intrépidos que osan arrastrar semejantes peligros. Es preciso que esas regiones polares en que domina un invierno eterno tengan un atractivo particular para ciertos navegantes, pues de cuando en cuando se han presentado algunos que han tratado de llegar al polo ártico, y abrirse paso al nord-oeste. He aquí lo que acerca de esto dice un marino inglés.

«Esta es la sola empresa en que puede distinguirse un hombre.» Empresa verdaderamente grande por el número de obstáculos que hay que vencer, y por los resultados importantes que ofrece; pero todos los esfuerzos hechos hasta ahora se han malogrado. Los rusos han reconocido exactamente la costa del Océano glacial; marcando aun la existencia de algunas islas. Por lo que toca al paso que se busca, es uno de aquellos problemas cuya solucion lisongea el ánimo de los navegantes aventureros, y que sirven á manifestar tanto el valor del hombre como su impotencia.

(*Eco del Comercio de Madrid de 21 de mayo de 1841.*)





EL AMOR MATERNAL.

HE aquí á una madre tierna y hermosa como la mayor parte de las madres. Solo sus hijos hacen palpar su corazón y exitan sus deseos: contenta con saber que es feliz y dichosa, sin fausto, con la modestia de la virtud. En lugar de collares brillantes deja que se suspenda á su cuello de marfil esa hija pequeñita, cuyos cabellos dorados como los frutos del otoño, se mezclan á los negros y brillantes de su adorada madre: deja tambien á su hijo que arranque el adorno del sofá y que se sirva de la pluma de un pavo real para jugar con su hermanita...

¿Y sabeis, mis amables lectoras, que es lo que quiere decir una madre? ¿Y sabeis cuánto comprende ese cuadro que teneis á la vista, que aunque solo contiene una madre con sus hijos encierra en sí los misterios todos de la maternidad, la sublime mision del bello sexo? Una madre con sus hijos. ¿Pero que es esa madre? ¿qué son esos hijos? Yo no podria responderos de un modo mas adecuado, que contestandoos con Victor Hugo: «¿Sabéis lo que quiere decir un hijo? Un pobre niño débil, desnudo, miserable, hambriento, solo en el mundo, que necesita siempre estar con su madre, al lado de ella, cercado por sus brazos, que marcha cuando ella anda, que se para cuando ella se detiene, y que á veces sonrie cuando ella llora... ¿Y una madre? Es un ángel que vela sobre sus hijos, que los enseña á hablar, que hace nacer en sus lábios la risa, que les da lecciones de amor, que coloca su cuerpecito en su regazo y su alma en su corazón, que los nutre á sus pechos cuando pequeños, les proporciona el aliento cuando grandes, y que en todas épocas les prodiga su vida. Un hijo es el único que puede pronunciar

estas palabras: ¡Madre mia! y solo de la boca de una madre pueden escucharse estas tiernas voces: ¡Hijo mio! pero de un modo tan dulce y espresivo, que serian capaces de regocijar á la misma deidad."

El amor maternal, representado en esta litografia, es uno de los objetos que han ocupado muchas veces las plumas bien cortadas de los mas sábios moralistas; pero bien comprenderéis, mis amables lectoras, que si el abuso que se ha hecho de la razon no hubiese servido á veces para depravar el instinto de la naturaleza, nada tendrian que decir los moralistas sobre el amor maternal, pues que los brutos no necesitan de sus tratados para aprender á amar á sus hijos, criarlos y alimentarlos, guiados naturalmente por el instinto solo. Si el hombre, pues, obra-se en este punto como los otros animales, desde que el niño hubiese visto la luz, su madre lo alimentaria con su propia leche, velaria por él en todas sus necesidades, trataria de precaverle de cualquier accidente, y no creeria poder emplear mejor todos los instantes de su vida, que ocupándolos en tan importantes deberes: contribuiria á formarle, estudiaria su gusto, su humor y sus inclinaciones, para aprovechar sus talentos: cultivaria por sí misma esta tierna planta y miraria como una indiferencia criminal la indiscrecion de entregarlo á cuidados mercenarios, siempre incapaces de sustituir el amor maternal.

Pero el poder de la costumbre, á veces el influjo de la moda y muchas otras, la preocupacion ó el orgullo, á pesar de la fuerza del instinto, lo disponen de otro modo.

Apenas ha nacido el niño, se le separa de su madre: acaso está muy débil ó es demasiado delicada, ó se halla espuesta á perder su hermosura, para que pueda dedicarse á su crianza. En vano la naturaleza ha dirigido el curso del licor que ha nutrido al infante en el seno maternal á

los pechos de la madre, produciendo dos rios de leche para su subsistencia: no siempre se escucha á la naturaleza; sus dones á veces son rechazados y menospreciados, y la que estaba enriquecida con ellos se espone á perecer empeñada en segar la fuente de ese néctar benéfico, mientras que se entrega el niño á una madre prestada, que tal vez solo mide sus cuidados al salario que recibe.

¿Qué madre consentiria en recibir un hijo que supiese no era suyo? Sin embargo, el recién nacido que entrega á la crianza ajena, es hijo de sus entrañas. ¿Acaso ignora que al cabo de algunos años la pérdida continua de las sustancias que forman á cada instante un cuerpo vivo, se habrán reparado por una leche estraña que lo habrá transformado en un nuevo cuerpo? ¿Y quien ignora que no hay ni puede haber un alimento mas provechoso para el niño que la leche maternal? ¿Y quien sabe si esa trasformacion no pueda influir tambien en su corazon?

Estas indicaciones no deben sin embargo estenderse mas allá de lo justo. A veces la salud de la madre puede peligrar con la crianza; pero solo en este caso y con la seguridad que presta la esperiencia á un sábio facultativo, creiamos excusable en una madre la falta del cumplimiento acaso del primero de sus deberes, mas en ningunas circunstancias puede excusarse de aquella atencion vigilante, de aquel cuidadoso esmero y de aquella continuada inspeccion que solo puede desempeñar á todas horas y de todos modos el amor maternal.—*I. G.*

MARIA LA ESCULTORA.

UNO de los mas famosos escultores de Roma tenia una criada que se llamaba Maria. Nacida en una humilde cabaña, de padres pobres y oscuros, se hacia distinguir

por sus buenos modales y delicado porte: en sus ojos se advertía una vivacidad extraordinaria al par que modesta: desempeñaba con la mayor celeridad las tareas domésticas para dedicarse en seguida á otras ocupaciones mas dignas de su talento natural: siempre pensativa pasaba con prontitud del silencio al entusiasmo, aunque inaccesible por otra parte á las debilidades de la coqueteria y de la vanidad. Tal vez escuchando á los grandes hombres que venian á la tertulia de su amo, comenzó á formar sus ideas sobre el arte maravilloso de la escultura, y poco á poco el amor de la fama vino á apoderarse de ella.

Comenzó desde luego á concebir la mas viva admiracion á las obras del hombre célebre á quien servia y muy pronto alentó el deseo de ser aplaudida algun dia por él, valiéndose de este stratagemata. Confió su proyecto á un artista muy hábil que frecuentaba la casa de su amo y le suplicó le diese, á escondidas de éste, algunas lecciones. El doctor Corona, iniciado en el secreto, se declaró su Mecenaz, contribuyendo á los gastos de su enseñanza. María nada omitió por aprovechar los esfuerzos de ambos.

La jóven poseía una de aquellas imaginaciones poderosas en que la naturaleza toda viene hasta cierto punto á reflejarse, causando no poca sorpresa encontrar cualidades tan eminentes en una persona cuya educacion primaria no habia pasado de los conocimientos mas vulgares. Ella misma aseguraba que no habia existido sino desde el dia en que se habia entregado al estudio de la escultura. Jamas se la veia en inaccion: el deseo de adelantar, era su única idea fija; y cuando tal vez comenzaba á resfriarse, corria al Vaticano, donde al momento renacian sus inspiraciones. Con frecuencia iba á las iglesias de Roma donde procuraba adivinar los altos pensamientos de los grandes artistas por la contemplacion de sus obras maestras. Pa-

saba horas enteras al pié de las estatuas y acaso lo que otros veian en ellas con frialdad, exitaba sus emociones.

Estudiaba la escultura, no como un arte, sino como una ciencia y todas las verdades se fecundaban á medida que penetraban en su alma en aquella tierra clásica del génio. Todo es solemne en Roma, todo engrandece el espíritu con los mas nobles y grandiosos recuerdos. Aquellas columnas, aquellos obeliscos, mausoleos y sarcófagos, no son mudos para el artista: de la tumba de sus difuntos centellean llamas que electrizan á los vivos.

La voluntad es el don mas precioso del genio y aun se puede decir que es la garantia mas segura del éxito. Maria triunfa de todos los obstáculos en el estudio de un arte que parece incompatible con la debilidad de su sexo. Sus esfuerzos increíbles no tenian otra mira que obtener un triunfo público y merecer la aprobacion de su amo. Ademas hay en el estudio de las bellas artes, algo de religioso que depura el alma y la engrandece.

Cuando oia disertar á su amo con sus discípulos sobre el valor de la espresion moral en las artes de imitacion, no perdía ni una palabra de todas las impresiones que podian elevar su alma á grandes resultados. Un dia en que se trataba de la preeminencia de la escultura sobre la pintura, Maria no pestañaba al escuchar las cualidades que distinguian á Miguel Angel de Rafael de Urvino.

Se ha dicho que el genio no es sino la mayor ó menor aptitud para la paciencia. Maria estaba dotada de una perseverancia poco comun en todo cuanto emprendia y empleaba todas las horas que podia robar á sus ocupaciones, en la composicion de su obra. En fin, despues de dos años de un trabajo continuado y tenaz, sacó á luz una estatua de Minerva que se creeria animada del soplo divino. Esta produccion no tenia todo lo que el arte es

capaz de producir; pero si todo lo que el alma comunica, y todo lo que hay de mas espresivo en el mundo ideal.

Algunos dias despues se reunieron los jueces para decretar la palma en medio de una multitud de artistas rivales. El amo de Maria presidia el certámen y los votos premiaron la estatua de Minerva enviada secretamente al concurso, y que revelaba el gérmen de un talento muy notable, sin que nadie sospechase pudiese ser el resultado de los esfuerzos de una muger. La artista bajo el velo del incógnito con el modesto traje que llevaba en su humilde condicion, habia penetrado hasta la galeria en que su obra maestra se hallaba espuesta á la vista de los curiosos. Admirada de sí misma, embriagada de gloria y de felicidad saboreaba extasiada los elogios que todos prodigaban á la obra de sus manos, sin que una crítica turbase su triunfo. ¡Aun los defectos se perdonan al talento que se oculta!

Pero aguardaba á Maria un gozo mas dulce cuando de vuelta á su casa oyó en presencia de los amigos de su amo prodigar los mas grandes elogios á la estatua coronada. Este se perdia en vanas conjeturas sobre el verdadero autor de esa obra anónima sin poder acertar. Pero la admiracion que se inspira produce frecuentemente una agitacion nerviosa á que no es fácil resistir. Maria no pudo oír este concierto de elogios, sin conmovirse hasta derramar lágrimas, divulgando de este modo su secreto. Su amo que estaba muy lejos de creer que Maria hubiese hecho jamás el menor estudio de las bellas artes, quedó por algun tiempo inmóvil de sorpresa, y la cumplimentó despues por el triunfo que acababa de obtener, declarándole que no permitiria continuase sirviéndole, pues por el contrario contribuiria en lo de adelante al complemento de su instruccion, asignándole su propio taller para que en él siguiese trabajando. Maria confusa no hallaba palabras para espresar lo que pasaba en su alma. El júbilo de Corina cuando fué conducida al Capitolio no podria compararse con el suyo.

(Traducido y extractado de Alibert para el Semanario.)

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO DEL SEMANARIO DE LAS SEÑORITAS.

RELIGION.

Pensamientos sobre su estudio	1.
La venida del Espiritu Santo.....	117 y 140.
La fiesta del Señor ó del Corpus	164.
La Asuncion de Nuestra Señora	401.
La libertad de Israel, traduccion del Salmo CXVIII..	422.
Historia de Jacob y de José.	385.
—de Moises.....	417.

MORAL.

Moral práctica.....	121.
Vanidad de la vida.....	87.
Pensamientos morales de Madama Necker.....	95.
El juego	134.
Máximas morales.....	264.
Las hermanas de la Caridad.	265.
Los zelos.....	443.
Amor maternal.....	470.

NOVELAS

Y ANECDOTAS MORALES.

Maria Calderona.....	33.
El gran Pompeyo.....	97.
Los Españoles.....	129.
Las ruinas de Palmira....	169.
La Mexicana.....	233.
Lógica de la buena esposa..	235.
Eleonora.....	249.
El hermano y la hermana..	284.
Alexis y Amanda.....	id.
Eglé, ó la buena hija.....	313.
El reconocimiento.....	350.

Celina	361.
Ines.....	393.

CIENCIAS.

LOGICA. Perfeccion de las facultades intelectuales.....	177, 377 y 424.
HISTORIA. Antigua sagrada.....	385 y 417.
—Antigua de Egipto.....	294 y 457.
—de las mugeres en Inglaterra.....	81.
—de la muger salvaje.	277.
—de Xochitl, reina de Tula.....	433.
—del número 7.....	384.
CRONOLOGIA..	54, 247 y 384.

HISTORIA NATURAL.

—Botánica.....	9 y 337.
—Ornitologia.....	112.
—Zoologia: propagacion de las chinches.....	168.

GEOGRAFIA. Elementos geométricos para su estudio.....	329 y 353.
-------------------------------------------------------	------------

FISICA. Atraccion.	41 y 69.
—Nociones elementales	450.

ASTRONOMIA mitológica	152.
-----------------------	------

FISONOMIA.....	217 y 241.
----------------	------------

HIGIANA. Los baños.....	213.
-------------------------	------

—La pesadilla.....	327.
--------------------	------

FILOSOFIA. La hermosura.....	344 y 372.
------------------------------	------------

LITERATURA.

Principios elementales.....	73.
-----------------------------	-----

La hermosura de Brighton. 145.	drújula 183.
Ventajas del pelo rubio.... 285.	—La mañana de San
Lady Blessington..... 305.	Juan 199.
A la luna..... 93.	—La declaracion.... 232.
Mi imaginacion y yo..... 429.	—La sensacion del do-
La muger considerada en su	lor. 248.
acepcion moral..... 437.	—Traduccion de un tro-
Pensamientos sobre las mu-	zo de Lamartine..... 287.
geres 432.	—Mi destino..... 304.
DESCRIPCIONES de las	—El no hacer nada... 326.
ruinas de Palmira..... 175.	—Una gota de rocío... 343.
—de Guadalajara.... 137.	—A Guadalupita.... 367.
—de la procesion del	—La Asuncion de Ntra.
Corpus..... 161.	Señora 401.
CUADROS DE COSTUM-	—La libertad de Israel. 422.
BRES. Del dia de San	—Poesias de Doña Jo-
Juan en España..... 195.	sefa Massanés..... 444.
—en México..... 199.	—Risa y lloro..... 448.
—del no hacer nada.. 190.	—Poesias de D. Salva-
—del Corpus de San-	dor Bermudes de Castro.. 464.
tiago 321.	ARTES.
—de los velorios..... 409.	MUSICA 17, 207 y 369.
RASGOS CARACTERIS-	BAILE 25.
TICOS.	DIBUJO 89.
Evelina Berenger, heroína	BORDADO de Cancvá.... 184.
del Condestable de Ches-	PINTURA. Modo de lim-
ter, de Walter Scott..... 41.	piar las pituras al oleo... 167.
Lucia Ashton, id., de la titu-	—Cuadro de San Juan
lada: la Esposa de Lamer-	Bautista, de Carachio... 193.
moor, de id..... 273.	—Id. del casamiento de
La indolente 302.	Rebeca, de Claudio de Lo-
Casandra, heroína de la tra-	rena..... 386.
gedia de Shakspeare <i>titu-</i>	ESCULTURA. Maria.... 475.
<i>lada</i> Troilo y Cresida.... 289.	CULINARIA ó arte de co-
Jessica y Porcia, id. del dra-	cina 257.
ma de id. el Mercader de	VIAJES.
Venecia 409.	Al polo..... 465.
POESIA. Tempestad y	EDUCACION.
muerte..... 22.	Necesidad de la del bello sexo. 106.
—A María..... 52.	A las madres..... 225.
—Vanidad de la vida. 87.	El nuevo mentor..... 283.
—La venida del Espíri-	Ejercicio fisico de los niños. 309.
tu Santo..... 117 y 140.	El deber de los padres.... 400.
—Poesias mexicanas en	MODAS en Europa y Méxi-
1805 167.	co..... 23 y 240.
—Temores pánicos.... 182.	Correspondencia estrangera
—Sobre la poesia es-	91. 53. 66..... 72 y 231.
	Exceso de romanticismo... 456.

LISTA

DE LOS SUSCRITORES AL SEGUNDO TOMO DEL SEMANARIO DE SEÑORITAS.

MEXICO.

SEÑORITAS.

- Acevedo de la Torre doña Dolores.
Alfaro doña Josefa.
Alva doña Francisca.
Amazol doña Soledad.
Andrade doña Manuela.
Andonegui de Alvarez doña Amada.
Andrade doña Pilar.
Anievas doña Guadalupe.
Arangoiti de Rodriguez doña Francisca.
Barrera doña Luz.
Barreiro doña Josefa.
Bates doña Concepcion.
Beltran de Ulloa doña Dolores.
Bezarez doña Joaquina.
Bocarando de Castro doña Dolores.
Bravo de Aranda doña Genoveva.
Caballero de San Miguel doña Dolores.
Cadena doña Guadalupe.
Casares doña María.
Casasola doña Mónica.
Caso de Prieto doña Ma. de los Angeles.
Castera doña Josefa.
Castrillo doña Guadalupe.
Cepeda y Cosío doña Jesus.
Cervantes doña Guadalupe.
Cervantes doña María Guadalupe.
Cordero doña Soledad.
Cubas doña Josefa.
Dávalos de Contreras doña Casimira.
Diaz doña Dolores.
Elevavuru doña Luz.
Estanillo de Borbolla doña Luz.
Fernandez doña Silveria.
Filisola doña Guadalupe.
Flores doña Dolores.
Fuente de Moreno doña Manuela.
Galindo de Noriega doña Luisa.
Garay doña Javiert.
Garcia de Figueroa doña Dolores.
Garcia de Garibay doña Soledad.
Garcia doña Carmen.
Garrido doña Dolores.
Gomez Eguarte doña Rafaela.
Gomez de la Cortina doña Paula.
Gomez de Navarrete doña Luz.
Gonzalez doña Angela.
Gonzalez doña Rafaela.
Govais doña Guadalupe.
Griz de Galindo doña Clara.
Guerrero de Riva Palacios doña Dolores.
Guizasola doña Carmen.
Guizasola doña María.
Herrera doña Mariana.
Herrera doña Rafaela.
Ilueca doña Soledad.
Iniestra doña Prisciliana.
Iniestra de Barbañano doña Guadalupe.
Jáuregui doña Ana.
Landa doña Josefa.
Lara de Araujo doña Ana.
Lavin de Vieyra doña Mariana.
Lira doña Dolores.
Lombardo doña María de Jesus.
Luna doña Juana.
Marin doña María.
Marmolejo de Alas doña Zenona.
Medina doña Josefa.
Mendez Dacomba doña Dolores.
Mendivil Moncada doña Guadalupe.
Mendoza doña Luz.

Michel doña María Sara.
 Montero de Estevan doña Encarnacion.
 Moran de Cuevas doña Teodosia.
 Moreno Deper doña Antonia.
 Moreno doña Merced.
 Muñoz de Rico doña Antonia.
 Noriega de O'Gorman doña Ana.
 Olivas doña Narcisca.
 Otal de Iniestra doña Juana.
 Otal doña Ramona.
 Paredes doña Loreto.
 Perez Palacios de Quijano doña Dolores.
 Peña de Lavin doña Ana.
 Peña doña Angela.
 Ramos de Flores doña Anastasia.
 Rodriguez doña María Dolores.
 Rodriguez doña Rita.
 Rosas doña Francisca.
 Rubio doña Soledad.
 Rul de Alvarez doña Dolores.
 Salgado doña Josefa.
 Sanchez doña Josefa.
 Sicujano doña Guadalupe.
 Torrecano doña Antonia.
 Trebuesto de Muñoz doña Manuela.
 Uribe doña Gerónima.
 Valdivielzo doña Dolores.
 Valle doña Luisa.
 Velazco doña Josefa.
 Vellis de Mejía doña Petra.
 Villa doña Dolores.
 Villamil doña Amparo.
 Vivanco de Moran doña Loreto.
 Vocero doña Rosario.
 Yturria doña Carolina.
 Zamora de Bustillos doña Eusebia.

SEÑORES.

Abarca D. José María.
 Aduna D. Leon.
 Aguilar de Bustamante D. José María.
 Aguilar y Lopez D. Vicente.

Alarcón D. Mariano.
 Aleman D. Simon.
 Almeria D. Pablo.
 Alvarez D. Juan.
 Alvarez D. Manuel.
 Amador D. Eugenio.
 Ambla D. Cristobal.
 Andrade D. Francisco.
 Andrade D. José María.
 Andrade D. Juan.
 Andrade D. Manuel.
 Anievas D. Ignacio.
 Anza D. Agustin.
 Arambert D. José María.
 Aranalde D. José María.
 Aranda D. José María.
 Arechaga D. José María.
 Arellano D. Ignacio.
 Ayala D. Francisco.
 Badillo D. Miguel.
 Baez D. Agustin.
 Barrera D. José María.
 Barrera D. Manuel.
 Barroso D. Jacobo.
 Benfield D. Gerónimo.
 Berasaluce D. Nicolás.
 Beristain D. José María.
 Bernal D. Vicente Agustin.
 Betancourt D. Ramon.
 Bocanegra D. José María.
 Bodega D. Julian.
 Bros D. José María.
 Buenrostro D. Agustin.
 Bustamante D. Mariano.
 Cadena D. Joaquin.
 Cadena D. José María.
 Cagasavilla D. Domingo.
 Calderon D. Manuel.
 Calderon D. Rafael.
 Camacho D. José María.
 Campos D. Mariano.
 Candil D. Mariano.
 Carmona D. Pedro.
 Carrera D. Martin.

Carrillo D. Mariano.
Carvajal D. Vicente.
Casas D. Miguel.
Castillo D. Antonio.
Castillo D. Mariano.
Castillo D. Ildefonso.
Castrejon D. José
Castro D. Antonio.
Castro D. Domingo.
Castro D. Pedro, libreria Mexicana, con diez y nueve ejemplares.
Chazari D. José.
Chico D. Crescencio
Cervantes D. Juan.
Conejo D. Florentino.
Corral D. Mariano.
Cosio D. Luis.
Cosio D. Miguel.
Covarrubias D. Guadalupe.
Cuellar D. Simon.
Cumplido D. Ignacio.
De la Fuente D. José.
Daiz de Noriega D. José Maria.
Daiz D. Agustín.
Diez de Bonilla D. Miguel.
Diez de Bonilla D. Pedro.
Dosamantes D. Juan.
Duarte D. Ramon.
Duncasis D. Manuel.
Echandia D. José Maria.
Echávvarri D. Luis.
Echávvarri. D.
Echave D. Manuel.
Escobar D. Manuel.
Escobedo D. José.
Escudero D. Agustín.
Espínola D. Miguel.
Espinosa de los Monteros D. Juan José.
Espinosa D. Ramon.
Falcon D. José Ignacio.
Figueroa D. Guadalupe.
Flores D. Estanislao.
Flores D. Francisco.
Flores D. Manuel.

Flores D. Nicolás.
Fragoso D. Antonio.
Franco D. Pablo.
Fernandez D. Vicente.
Fuente Perez D. Francisco.
Fuentes D. Angel.
Gangoitia D. Miguel.
Garay D. Antonio.
Garay D. Pedro.
Garcia D. Luis.
Garcia Revollo D. Manuel.
Garmendia D. José.
Garza Flores D. Rafael.
Gayoso D. Ignacio.
Gomez de la Cortina D. José.
Gomez D. Antonio.
Gonzalez D. Agustín.
Gonzalez D. Epigmenio.
Gonzalez D. Miguel.
Gonzalez D. Vicente.
Guerra D. Mariano.
Guerra D. Pedro Marcial.
Guimbarda D. Bernardo.
Gutierrez D. Bernardino.
Gutierrez D. José Luis.
Gual D. Manuel.
Guzman D. Juan.
Henriquez D. Juan.
Herrera D. Cristobal.
Hidalgo y Esnaurrizar D. José Manuel.
Inicestra D. José Maria.
Jarcro D. José Maria.
Jáuregui D. Hermenjildo.
Jáuregui D. José Maria.
Jimenez D. José Maria.
Larrainzar D. Manuel.
Larrañaga D. Rafael.
Latorre D. Antonio, con 20 ejemplares.
Latorre D. Rafael.
Lasqueti D. Manuel.
Legorreta D. Pedro.
Licona D. Juan.
Lopez D. Cristobal.
Lopez D. Cristiano.

Lopez D. José Maria.
 Lozano D. Trinidad.
 Llaguno D. José.
 Madariaga D. Luis.
 Malagon D. José.
 Malo D. José Ramon.
 Meacotk M. Guillermo.
 Medina D. Antonio.
 Mejia D. José Maria.
 Mendez Torres D. Telésforo.
 Mendivil D. Juan.
 Mendivil.
 Mercado D. José.
 Michotorená D. Manuel.
 Miramon D. Ricardo.
 Moncada D. Agustin.
 Monteverde D. Manuel.
 Mora de Mendez D. Manuel.
 Mprales D. Joaquin.
 Morales D. José Luis.
 Morales D. Manuel.
 Morejon D. Anastasio.
 Muñoz de Coto D. José Maria.
 Muñoz D. Alvaro.
 Navarro D. Juan.
 Navarro D. Juan Remigio.
 Olvera D. Antonio.
 Orduña D. Esteban.
 Ornaechea D. Ignacio.
 Orozco D. Agustin.
 Orta D. Andres.
 Ortega D. Francisco.
 Oseguera D. Andres.
 Osorio D. José.
 Palacios D. Antonio.
 Parada D. Agustin.
 Pasalagua D. Pedro.
 Pastrana D. Joaquin.
 Pena D. José Maria.
 Peralta D. Manuel.
 Perez de Lebrija D. Agustin.
 Peza D. Ramon.
 Piedras D. José.
 Pinal D. Leandro, por dos ejemplares.

Pifa D. José.
 Pliego D. José.
 Ponce de Leon D. Vicente.
 Ponton D. Fernando.
 Posa D. Juan.
 Querejazu D. José Maria.
 Raigadas D. Gabriel.
 Raigadas D. Francisco.
 Ramires D. Pedro.
 Rangel D. Joaquin.
 Retana D. Luis.
 Reyes Veramendi D. Manuel.
 Reymon D. Carlos.
 Reina D. Marcos.
 Robles D. Francisco.
 Rodriguez D. Feliciano.
 Rodriguez D. José Maria.
 Rodulfo D. Agapito.
 Rojas D. José Maria.
 Rojas D. José.
 Rojas D. Luis.
 Romero D. Agapito.
 Rosas D. Julio.
 Royuela D. Matias.
 Ruvio D. Cayetano.
 Salgado D. Antonio.
 Sámamo D. José Encarnacion.
 Sámamo D. José Maria.
 Sarmiento D. José.
 Sanchez Vergara D. Vicente.
 Sanchez D. Juan Tereso.
 Sartorio D. Santiago.
 Segura D. Vicente.
 Suarez D. Mariano.
 Tagle D. Mariano.
 Tapiza D. Antonio.
 Tello D. Juan.
 Terreros D. Pedro.
 Tinoco D. Gabriel.
 Tornel y Mendivil D. José Maria.
 Torres D. José.
 Valderas D. Lucas.
 Valdes D. José Maria.
 Valentin D. Miguel.

Vallejo D. Antonio.
Vallesi D. José Antonio.
Vazquez D. Pedro.
Vega D. Ignacio.
Vega y Zavala D. Juan.
Velez D. Joaquin.
Vertiz D. Juan Nepomuceno.
Vicario D. Angel.
Villamil D. Lázaro.
Villaurrutia D. Valentín.
Viñega D. Fermín.
Vriosti D. José Antonio.
Uasi D. Miguel.
Yrazaval D. José María.
Yepes D. Felipe.
Zamora D. Ventura.
Zamorano D. Agustín.
Zavala D. José María.
Zenizo D. José.
Zúñiga D. Ignacio.

Sigue el Departamento de México.

ACTOPAN.

Fernandez doña Mariana.
Gres doña Jacinta.
Martínez doña Dolores.
Ramírez doña Dolores.
Mejía D. Hermenegildo.
Ramírez D. Luis.

ATOTONILCO.

Asiayn doña Juana.
Duran D. Felipe.
Fernandez D. Sebastián.

HUEJUTLA.

Viniestra doña Genoveva.
Zurita D. Pedro.

IAHUALICA.

Gomez Escalante doña Francisca.
Rivera D. José.

IGUALA.

Grimaldos doña Josefa.
Arce D. Manuel.

Castañón D. Ignacio.
Lome D. Isidro.
Ocampo D. Francisco.
Peña D. Mariano.
Vieyra D. Ignacio.
Vieyra D. José María.

MINERAL DEL MONTE.

Castelazo D. Ignacio.
Gomez D. Francisco.

PACHUCA.

Cisneros D. José.
García D. Márcos.
Perez Fernandez D. José.

TASCO.

Bandera D. Miguel.
Rivera D. Manuel.
Zárate D. Rafael.

TOLUCA.

Garduño de Suarez doña Jesús.
Vargas de Arrizcorreta doña Matilde.

Gonzalez D. Pascual.
Muñoz D. Antonio.
Rayon D. Miguel.
Reina D. Francisco.

ZACUALTIPAN.

Lezama D. Francisco.

AGUAS CALIENTES.

Avila doña Dominga.
Delgado doña Carmen.
García Rojas doña Atanasia.
García Rojas doña Encarnación.
Lopez Elizalde doña Josefa.
Lopez Nava doña Josefa.
Mazon doña Cecilia.
Olmedo doña Mariana.
Pareda doña Guadalupe.
Rincon Gallardo doña Josefa.
Valdepeña doña Guadalupe.
Gonzalez D. José María.

CHIHUAHUA.

Larriba de Artalejo doña Luz.
Maieyra doña Josefa.
Uranga de Guerra doña Rosa.

Arriola D. Ignacio.
Castañeda D. Laureano.
Chavez D. Cástulo.
Escudero D. Juan Bautista.
Frias D. Angel.
García D. Rodrigo.
Garza D. Melehor.
Horcasitas D. José María.
Irigoyen D. José María.
Irigoyen D. Pedro.
Iriol D. Luis.
Jaurieta D. Miguel.
Lujan D. Jesus.
Macayra D. Mariano.
Miramontes D. Jesus.
Nava D. Anastasio.
Ramos D. Juan María.
Riego D. José Antonio.
Salcido D. Francisco.
Zuvia D. Felix.

PARRAL.

Lujan y Cordero D. José.
Pedraza D. Felipe.

DURANGO.

Acosta doña Guadalupe.
Alcántara doña María de Jesus.
Alcalde doña Manuela.
Araujo doña María.
Baca Ortiz doña Guadalupe.
Bárcena doña Ramona.
Duran doña Dolores.
Fierro doña Josefina.
Flores doña Margarita.
Gamiochipe doña Isabel.
Illanes doña Cármen.
Machinena doña Guadalupe.
Manero doña Dolina.
Martínez doña Rita.
Mena doña Rosa.
Mijares doña Dolores.
Mijares doña Luz.
Mustin doña Guadalupe.
Pacheco de Arenas doña Dominga.
Pando doña María de Jesus.

Ramírez doña Mariana.
Ramos doña Refugio.
Rodríguez doña Manuela.
Seoquí doña Francisca.
Tovar doña Petra.
Usabiaga doña Trinidad.
Arriaga D. Fermín.
Batiz D. Mariano.
Celis D. José María.
Jimenez D. Jesus.
Knauff D. Antonio Teodoro.
Pedroza D. Felipe.
Rivas D. Francisco.
Semería D. Francisco.
Zárate D. Mariano.

GUANAJUATO.

Aguirre doña Vidala.
Aldama doña Luisa.
Alvarez doña Luz.
Anda doña Josefa.
Arrieta doña Francisca.
Baranda doña Antonia.
Bustamante doña Julia.
Cadena doña Pilar.
Chavez doña Dominga.
Chico doña Antonia.
Cervantes doña Guadalupe.
Cobo doña Mariana.
Contreras doña Luz.
Flores doña Ceisa.
García doña Juana.
García doña Luisa.
García de Leon doña Modesta.
Hernández doña Antonia.
Herrera doña Guadalupe.
Lamadrid doña Petra.
Lewis doña Fany.
Lozano doña Guadalupe.
Madrid doña Mecedonia.
Marmolejo doña Angela.
Mejía doña Josefina.
Navarro doña Nicolasa.
Obregon doña Juana.
Obregon doña Luisa.
Ormalechea doña Jesus.

Palacios doña Gertrudis.

Perez doña Isabel.

Pesquera doña Felipa.

Piña doña Irene.

Ramirez doña Juana.

Robles doña Francisca.

Rocha doña Dorotea.

Rojas doña Concepcion.

Rubio doña Ignacia.

Ruiz doña Julieta.

Saenz doña Martina.

Sanabria doña Dolores.

Sosa doña Leonor.

Villegas doña Ignacia.

Otero D. Felix.

SAN MIGUEL DE ALLENDE.

Bustamante doña Antonia.

Bustamante doña Dolores.

Bustamante doña Guadalupe.

Bustamante D. Casimiro.

Bustamante D. Jesus.

Caballero D. Francisco.

Caballero D. Joaquin.

Caballero D. Manuel Ignacio.

Garcia de Leon D. Pablo.

Gonzalez D. Mariano.

Morclos D. Jesus.

Mota D. Juan.

Redondo D. José María.

SALAMANCA.

Flores D. Vicente.

Saavedra D. Luis.

Velez D. Rafael María.

SILAO.

Campos D. Luis.

Ponce D. Juan.

IRAPUATO.

Chavez D. Pablo.

Del Muro D. Francisco.

JALISCO.

Grijalva de Trellez doña Petra.

Hijar doña Antonia.

Brambila D. Juan María, con diez y ocho suscripciones.

Diez de Landazuri D. Vicente.

Dominguez D. Benito.

TEPIC.

Rivas y Góngora D. Luis.

MICHOACAN.

Abarca de Anzorena doña Jesus.

Alzúa de Montenegro doña Macaria.

Burgós de Benites doña Dolores.

Caballero de Puga doña Sabina.

Canto de Martinez doña Rita.

Cárdenas de Campuzano doña Luz.

Cevallos de Ugarte doña Guadalupe.

Galindo doña Isabel.

Garfias de Magaña doña Guadalupe.

Garrido doña Mariana.

Gonzalez de Arango doña Dolores.

Gonzalez de Dominguez doña Ignacia.

Larreategui de Losa doña Teodora.

Martinez de Gomez doña Soledad.

Mejia de Cortés doña Cármen.

Navarrete de Huerta doña Francisca.

Paniagua de Córdova doña Ursula.

Sonoso de Macoucit doña Ignacia.

Sosa de Sosa doña Loreto.

Villamil de Gil doña Dolores.

Garcia D. Luis.

Gomez D. Fernando.

Loreto D. Bernardino.

Orozco D. José María.

Ruiz D. Luis.

Vallesteros D. José María.

CITACUARO.

Irazabal D. Francisco.

URUAPAN.

Izazaga doña Leonarda.

OAJACA.

Bolaños doña Eusebia.

Bolaños D. Juan, con once suscripciones.

Salamanca D. José.

PUEBLA.

Almendaro doña Manuela.

Alonzo doña Mariana.

Alvizuri doña Guadalupe.
Antuñano doña Encarnacion.
Bastida doña Antonia.
Bonilla doña Francisca.
Bueno doña Josefa.
Corichi doña Teresa.
Daza doña María.
Delgado doña Ignacia.
Diaz doña Concepcion.
Dominguez doña María de la Luz.
Duarte doña María de la Luz.
Fernandez doña Dolores.
Duque de Heredia doña Carlota.
Fernandez doña María Josefa.
Garduño doña Manuela.
Gonzalez doña Dolores.
Guevara doña Concepcion.
Hernandez doña María de la Luz.
Herrera doña Ignacia.
Iliezcas doña Josefa.
Inclan doña Dolores.
Insunza doña María de la Luz.
León Armas doña Rosa.
Manzano doña María de la Luz.
Mellado doña Francisca.
Molina doña Josefa.
Moron doña María de la Luz.
Oropesa doña Loreto.
Osio doña Guadalupe.
Priego doña Micaela.
Rabelo doña María de Jesus.
Rangel doña Francisca.
Rivas doña María de la Luz.
Robles doña Carmen.
Robles doña Josefa.
Rosales doña Antonia.
Sandoval doña Margarita.
Serrano doña Rosa.
Sierravigas doña María de la Luz.
Torrens doña Paz,
Torres doña Guadalupe.
Trillanes doña Amada.
Urrutia doña Mercedes.
Zapata doña Guadalupe.
Zeron del Valle doña Josefa.

Arriola D. Macedonio.
Carreto D. José María.
Castillero D. Mariano.
El establecimiento de la Lonja.
García D. Manuel Vicente.
Haro D. Luis.
Muñoz D. José María.
Nieto D. Andres.
Soto D. José María.
Valle D. Juan.
Villalao D. Rafael.

QUERRETARO,

Acevedo de Varasorda doña Ana.
Acevedo de Covarrubias.
Acevedo de Pradel doña Refugio.
Acevedo doña Jesus.
Carrillo doña Ignacia,
Concha de Perez doña Ignacia.
Corsal de Rojas doña Guadalupe.
Fernandez de Lastra doña Mariana.
Fuentes de Guevara doña Bruna.
García de Medina doña María de Jesus.
Jáuregui de Sámano doña Dolores.
Llaca doña Guadalupe.
Lopez de Marroquin doña Ana.
Marroquin de Villasana doña Dolores.
Maciel de Urrutia doña Margarita.
Mutio de Garduño doña Vicenta.
Pardo de Canalizo doña Dolores.
Perez de Novoa doña Teodora.
Primo doña María.
Razo de Herrera doña Antonia.
Rodriguez de Villaseñor doña Antonia.
Rubio de Rubio doña Dolores.
Septien de Jáuregui doña Dolores.
Soveron doña Ignacia.
Soto de Frias doña Antonia.
Vazquez doña Mariana.
Villaseñor doña María.

Carrillo D. Mariano.
Montañez D. Remigio.
Vazquez D. Manuel.
Villa D. Pedro.
Villaseñor D. Pedro.

ACAMBARO.

Vargas D. José Mariano.

SALVATIERRA.

Flores D. Mariano, con cinco suscripciones.

SAN LUIS POTOSI.

Abascal D. José María.

Arriaga D. Ponciano.

Avila D. Florencio.

Carrera D. Casiano.

Carrillo D. Ventura.

Castro D. Lorenzo.

Castro D. Marcelino.

Chavez D. Juan José.

Chico Sein D. Vicente.

De los Reyes D. Juan Francisco.

Esparza D. José María.

Guzman D. Luis.

Montante D. Rafael.

Paez D. Luis.

Pedrujo D. Mariano.

Pulgar D. José.

Rentería D. Arcadio.

Sámamo D. Pedro.

Velez D. Rafael.

Villalobos D. Mariano.

Zárate D. Mariano.

CHARCAS.

Sanchez Lara D. Francisco, con cuatro suscripciones.

SINALOA.**MAZATLAN.**

Chafino de Casares doña Trinidad.

Gomez de la Peña doña Fandila.

Murna de Portillo doña Rafaela.

Pelaez de Gonzalez doña Rafaela.

Pelaez doña Guadalupe.

Ramírez doña Ignacia.

Rojo de Sanchez doña Juana.

Serrano D. José María.

TAMAULIPAS.**MATAMOROS.**

Alvarez de Montaña doña Francisca.

Castillo doña Guadalupe.

Guzman doña Teresa.

Pardo doña Gerarda.

Prieto de Ortega doña Juana.

Reed doña Gertrudis.

Salazar doña Simona.

Solis de Chowel doña Gertrudis.

Solis doña Francisca.

Arzamendi D. Francisco.

Ampudia D. Pedro.

Cruzado D. Manuel.

Payno Bustamante D. Manuel.

Tola D. Luis.

Treviño Canales D. Victoriano.

TAMPICO.

Carsi de Ordozgoiti doña Manuela.

Castillo doña Maria Antonia.

Becerra D. Francisco.

Berea D. Manuel.

Bonén D. Ignacio.

Camacho D. Dionisio.

Castello D. José.

Castilla D. Juan G.

Chavez D. José María.

Cordero D. Francisco.

Gomez D. Joaquin.

Henriquez D. Francisco.

Jas y compañía.

Jos D. Federico.

Labreure D. Julio.

Lazo D. Miguel.

Martinez D. Gabriel.

Menchaca D. Agustin.

Prieto D. Pedro.

Rivas D. Joaquin.

Rivera D. Longino.

Rodriguez D. Zeferino.

Rojas D. Francisco.

Sanviné D. José.

Solana D. Eusebio.

Torre D. Pedro.

Vella D. Manuel.

Zurita D. José.

VERACRUZ.

Acedo doña Manuela.
 Anglada doña Pilar.
 Arzamendi doña Josefita.
 Batres de Muñoz doña Dolores.
 Bravo de Gago doña Gertrudis.
 Caballero doña Soledad.
 Carrillo de Serrano doña Dolores.
 Dominguez doña Martina.
 Eizaguirre de Riva doña Carmen.
 Esteva de Sanchez doña Josefa.
 Esteva doña Dolores.
 Garcia doña Encarnacion.
 Herrera doña Isabel.
 Landero de Esteva doña Luz.
 Molina doña Mercedes.
 Mosquera doña Dolores.
 Mosquera doña Isabel.
 Pasquel y Senties doña Amada.
 Perez doña Angela.
 Rocha doña Maria Belen.
 Romero doña Soledad.
 Ruiz de Gutierrez doña Carmen.
 Sans Rico doña Petrona.
 Troncoso doña Rosa.
 Usabal de Ferrin doña Juana.
 Ascorbe D. Manuel.
 Berea D. Francisco.
 Escandon D. Domingo.
 Esteves D. José Maria.
 Fernandez D. José Maria.
 Garcia de Tejada D. Manuel.
 Hernandez D. Ramon.
 Herrera D. Gabino.
 Herrero D. José.
 M. Maguin Bojorquez.
 Prado D. Pedro.
 Rosas D. Francisco.
 Sanchez D. Juan.
 Sevilla D. Juan.
 Shneider D. Francisco.
 Troncoso y Troncoso D. Pedro.
 Valdes D. Antonio.
 Zamora D. Juan.

ALVARADO.

Ruiz D. Luis.

CORDOVA.

Delgado D. Pedro.

JALAPA.

Llera de Zuleta doña Dolores.
 Zuleta de Barceló doña Ignacia.
 Bárcena D. Juan.
 Camargo D. Manuel.
 Diaz de Aparicio D. Marcos.
 Garcia D. Joaquin.
 Gorospe D. Javier.
 Laredo D. Manuel.
 Landero D. José Juan.
 Mora D. Mariano.
 Rebollo D. Mateo.
 Rivera D. Francisco.
 Salonio D. Antonio Maria.
 Sanchez Serrano D. Martin.

ORIZAVA.

Fernandez doña Trinidad.
 Lopez doña Ignacia.
 Acosta D. José Maria.
 Alvarez D. Juan.
 Cervantes D. Francisco.
 Mosquera D. Manuel Maria.
 Majin Bojorques D. Ignacio.
 Maris D. Juan.
 Nieto D. Apolinario.
 Paz y Puente D. Miguel.

ZACATECAS.

Ablay de Solano doña Joaquina.
 Ablay doña Luisa.
 Beltran doña Juana.
 Cosio de Piedras doña Manuela.
 Esparza de Larrañaga doña Estéfana.
 Gonzalez de Esparza doña Brígida.
 Hoyo doña Josefa.
 Guerra doña Francisca.
 Jimenez doña Macedonia.
 Leres doña Guadalupe.
 Letechipia de Beltran doña Guadalupe.
 Letechipia de Calderon doña Manuela.

Moza de Solana doña Jesus.
Noriega doña Loreto.
Santana doña Leonarda.
Aranda D. Manuel.
Arrieta D. Francisco.
Aróstegui D. Nicanor.
Canales D. Eustaquio.
Castrillon D. Antonio.
Cerdea D. Estevan.
Llamas D. Gregorio.
Llaguno D. Francisco.
Macías D. Rito.
Marín D. José Maria.
Marín D. Mariano.
Palacios D. Luis.
Ramírez D. Juan.
Ramírez D. José Fernando.

Rodríguez D. Francisco.
Rivera D. Jacinto.
Ruelas D. Jesus.

Suevano D. Antonio.

Zaldesa D. Ignacio.

Zamora D. Victoriano.

FRESNILLO.

Acebedo de Anza doña Maria.

Lelo de Larrea D. Francisco, con siete
suscripciones.

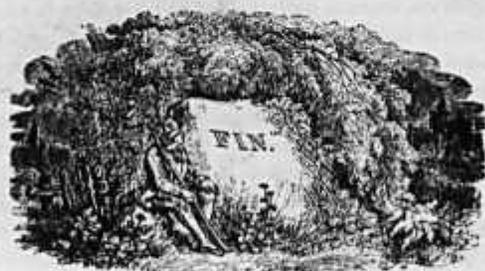
MINERAL DE CATORCE.

Serraton de Gonzalez doña Juana.

SOMBRETE.

Mejía de Mercado doña Josefa.

Fernandez D. Daniel.



ADVERTENCIA

A NUESTROS SUSCRITORES.

Con este número termina el segundo tomo del SEMANARIO DE SEÑORITAS MEXICANAS, según indicamos al fin del primero, no habiendo podido lograr, á pesar de reiterados esfuerzos, que en la lista anterior se encontraran los nombres de todos nuestros suscritores de ambos sexos. Las circunstancias políticas de la capital en estos días, han demorado la publicación de este último cuaderno; pero hemos tomado todas las medidas convenientes, á fin de evitar semejante falta en las semanas siguientes.

22 AP 69

Aunque teníamos dispuestas varias mejoras tipográficas para el tercer tomo, el estado de la capital ha impedido la llegada de la letra nueva que viene en camino, así como un surtido de viñetas y adornos que esperamos de un día á otro; entretanto, con el objeto de aumentar las materias de lectura, usaremos de un carácter de letra un poco mas pequeña y de las viñetas y adornos que nos hemos podido proporcionar, variando la carátula en los términos que verán en el primer número nuestros lectores; por lo demás esta mejora material nos facilitará continuar el plan que nos hemos propuesto desde un principio, procurando unir lo útil á lo ameno y la instrucción al recreo del bello sexo, mezclando las nociones de las ciencias á la distracción de la literatura, pues una empresa de esta naturaleza, no pudiendo atenderse á los diversos gustos de todas las edades y posiciones sociales, se ve precisada á alternar sucesivamente las materias que acaso son preferentes para ciertas personas, cuando otras tal vez las consideran muy subalternas.

La buena acogida que continúa disfrutando el SEMANARIO, como puede conocerse comparando la lista de suscritores al primer tomo con la anterior, es otra de las causas que nos impelen á no variar el sistema que hemos observado hasta ahora; sin embargo, siempre dóciles á las menores indicaciones de nuestros suscritores, estamos prontos á ejecutar las reformas que se nos indiquen, ó á manifestar los motivos poderosos que acaso nos impidan realizarlas. Meditamos otras mejoras, que acaso mas adelante podrán tener lugar cuando la paz se restablezca, tal como dar dos números por semana; pero la situación actual de la república no nos permite manifestar de otro modo nuestra gratitud al público, que empeñándonos, como ofrecemos hacerlo, en multiplicar nuestros esfuerzos tanto en la parte literaria como en la tipográfica.

Las suscripciones al tercer tomo, se recibirán en los lugares que se marcan en el forro, y se admitirán nuevas desde dicho número, pues tenemos el sentimiento de anunciar, que á pesar de la reimpression que hemos hecho de algunos números sueltos, no nos queda ya ninguna colección del tomo primero, y muy pocas completas del segundo.

Los señores suscritores de los Departamentos, se servirán acudir á renovar su suscripción á los respectivos puntos, si gustan no sufrir retraso en el envío, tanto de este periódico como en el del Semanario de Industria y el Apuntador, cuyo primer trimestre de estos últimos concluyó en 31 de Agosto. El Un Periódico mas, volverá á aparecer luego que cambie el estado de cosas.—L. G.